La noche que Thor conoció a Catwoman



DEBORAH P. GÓMEZ

Título original: La noche que Thor conoció a Catwoman
Primera edición: diciembre 2021

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798763446128
Depósito Legal: 2111099755875

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y s. del Código Penal).

Los derechos de las fotografías de portada y contraportada pertenecen a Deborah P. Gómez. Obra realizada por Miblart.

Derechos de fotografías de los vectores:
Icons made by Nikita Golubev from www.flaticon.com
Vector de Cartel creado por macrovector - www.freepik.es

Los personajes y eventos que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

© 2022 Deborah P. Gómez
www.deborahpgomez.com

La noche que Thor conoció a Catwoman

DEBORAH P. GÓMEZ

Prólogo

LUCAS

No sé cómo voy a superar a Leah Madison.

Ni siquiera sé si la idea de dejar Australia va a cambiar en algo las cosas.

Termino de preparar mi equipaje con lentitud, repasando mentalmente todo lo que he metido en la maleta y mirando a mi alrededor cualquier cosa que pudiera hacerme falta en Londres, pero no encuentro nada que tenga el suficiente valor para mí como para no prescindir de ello por un año. Salvo mi vieja y desteñida camiseta de la suerte que ya llevo puesta. La compré con veinte años en un puesto callejero de California y, desde entonces, siempre me ha acompañado en las grandes ocasiones, aunque fuera debajo de una camisa de Armani. Y de eso ya han pasado doce años, una vida más que digna para una camiseta de algodón.

Un año. Ese es el tiempo que mi padre me ha dado para superar mi crisis personal –como él la llama– y regresar a Brisbane para hacerme cargo de los negocios familiares, tal y como se espera de mí. Supongo que cualquiera mataría por estar en mi lugar, por llevar una vida de lujos y comodidades y acostarse cada día sabiendo que su destino ya está resuelto. Sin preguntarse qué iba a ocurrir en un año o si conseguiría aquel puesto de trabajo para el que tanto ha estado preparándose. Yo no tenía que hacerme esas preguntas porque el puesto de trabajo ya es mío. O lo será cuando tenga las agallas de asumir el mando de Daintree, la empresa de venta online más grande de toda Australasia[1] y principal competidor de Amazon a nivel mundial. Pero cuando yo pienso en esa empresa con nombre de selva y en la vida que ha llevado mi padre –el magnate William James Doyle–, en todo lo que ha sacrificado para llevar Daintree a lo más alto, no veo el éxito y el glamour que todos ven desde fuera. Lo que yo veo es a un niño pequeño que lloraba por las noches porque quería que su padre le contara un cuento. Veo a una mujer que se acostaba sin saber dónde estaba su marido, confiando en que estuviera encerrado en esa maldita oficina y no con alguna furcia en un burdel. Veo viajes a Tokio, París y Nueva York que no puedo disfrutar porque tengo la agenda organizada al milímetro. Y yo tengo claro que no quiero esa vida para mí. No quiero vivir por y para el trabajo, sentir que el tiempo se me escurre entre los dedos mientras paso los días encerrado en una oficina. No quiero perderme el crecimiento de mis hijos, ni pasar una sola noche lejos de mi esposa… suponiendo que algún día logre tener una.

Cuando veo a la hija del socio de mi padre noto una energía que yo no desprendo. Ella ha nacido para ese puesto. Es ambiciosa, territorial e imperialista. Y disfruta hablando de trabajo con sus amistades hasta matarlos de aburrimiento.

Aún con todo y eso, tenía asumido que ese era mi destino y estaba dispuesto a acatarlo sin rechistar, pero algo cambió dentro de mí el día que Leah me dejó y todo el maldito mundo parecía tener algo que decir.

De repente, me sentí perdido. No quería seguir siendo el chico perfecto que siempre complacía a su padre en contra de su felicidad. Observaba en la distancia al Lucas que siempre fui y no podía reconocerme en él. Empecé a odiar mi vida, a ahogarme en la cárcel de lujos en la

que siempre he vivido, necesitaba salir de Brisbane a riesgo de volverme loco. Alejarme de Leah y su mundo de estrellitas y unicornios que me estaba arrastrando con ella.

Necesito VIVIR. ¿Acaso estoy pidiendo demasiado?

Me muero de ganas por amanecer resacoso un domingo por la mañana, descubrir lo que es no llegar a fin de mes o besar a una mujer sin preocuparme por si volveré a verla al día siguiente. Son cosas que la mayoría experimenta en la adolescencia, pero a mí no me lo permitieron. Yo siempre he vivido esta vida perfecta sin salirme ni un ápice de lo establecido por miedo a dañar la imagen empresarial de mi padre. Nunca he bebido de más y nunca he tenido un arrebato pasional con Leah por si algún paparazzi andaba al acecho.

¡Y estoy harto! Estoy harto de reuniones de negocios, de romances por interés con mujeres políticamente correctas que mi padre previamente ha aprobado y de cenas de etiqueta, cuando lo que realmente me gusta es disfrutar de unas buenas arepas en un mercado de Medellín o perderme por las calles del barrio mochilero de Bangkok. Quiero saber lo que es tener una vida en la que nadie esté pendiente de cada uno de mis movimientos, donde cometer errores esté permitido y nadie tome las riendas de mi destino.

¿Qué temperatura hará ahora en Inglaterra? He oído que el invierno allí puede ser muy frío, por eso he escogido el mes de abril para mudarme, en plena primavera. No sé si lograré acostumbrarme al hecho de que las estaciones funcionen al revés en el hemisferio norte… En Australia podría decirse que ya es invierno. El calor es húmedo y pegajoso, en parte debido a la lluvia que se ha empeñado en arruinar mi último día en aquel idílico lugar del planeta en el que nunca llueve. Porque Brisbane, situado al sur de Queensland, en la costa este australiana, es un lugar paradisíaco. O eso dicen los que tienen libertad para moverse a sus anchas mientras me envidian por vivir encerrado en esta maldita mansión a la que mis padres insisten en llamar hogar.

Como era de esperar, no se han tomado nada bien mi decisión de irme a Europa. Especialmente mi madre, con la que tengo un vínculo que va más allá de madre e hijo. Es mi mejor amiga y mi apoyo constante, además de una de las personas a las que más admiro en este mundo. Suplió las carencias afectivas de mi padre con clases de cocina que le han llevado a convertirse en la famosa *influencer* gastronómica Victoria ‘Saffron’[2] Doyle que es hoy día. Su imperio de cocina vegana está valorado en varios millones de dólares, su canal de YouTube alcanza los trescientos millones de seguidores y la revista People la ha nombrado una de las mujeres más influyentes de nuestro tiempo por su contribución a la gastronomía sostenible. De ella he heredado mi pasión por la cocina y por cuidar el medio ambiente, además de mi vegetarianismo. Y reconozco que la idea de hacerme cargo de su negocio me pesaría mucho menos que el de mi padre, pero como hijo único, no tengo mucha más opción que tomar el mando de Daintree.

Me dejo caer sobre la cama con cierta congoja al darme cuenta de que en apenas tres horas sale mi avión. No tengo ni puñetera idea de qué voy a hacer con mi vida. No sé cuándo volveré a ver esa habitación, los muebles de madera maciza y el papel pintado con estampado damasco que a mí siempre me ha parecido anticuado, pero que nadie me permitió cambiar por ser una reliquia. No sé qué va a ser de mí… Lo único a lo que aspiro ahora mismo es a olvidarme de ella…

Olvidar a Leah Madison sería mucho más sencillo si la prensa no disfrutara aireando mis miserias, especialmente el morbo que trae un corazón roto. La exclusiva vale el doble si la causante no es otra que la hija del político aspirante a la presidencia; el triple, si consideramos que es una conocida influencer del mundo de la moda, y ya alcanza un valor astronómico si la

susodicha se deja fotografiar en un yate besándose con el hijo de un famoso multimillonario. Un idiota que, poco después de acostarse con ella, la dejó tirada tras subir unos humillantes vídeos a las redes sociales en los que una Leah borracha no me dejaba muy bien parado. Al parecer, soy aburrido en la cama.

Blogueros y paparazzi de toda Australia comenzaron a perseguirme en busca de una exclusiva que nunca quise conceder. Me llovieron las ofertas para campañas publicitarias, pases de modelos y programas rosas. Supongo que pensaron que aceptaría a juzgar por cómo me había comportado estando con ella. Me desenvolvía como pez en el agua con la única finalidad de complacerla a pesar de que nunca me sentí cómodo en su mundo. Y con mi negativa a aceptar sus propuestas, la fama se volvió en mi contra.

El escándalo de nuestra ruptura, alimentado en las redes sociales por las más crueles suposiciones ideadas por los fans de Leah, dañó la imagen pública de Daintree y el canal de YouTube de mi madre se llenó de comentarios de todo tipo que iban destinados a mí, desde ofertas de matrimonio hasta amenazas. Un drama familiar en toda regla en el que nunca nadie me ha preguntado cómo me siento yo al respecto, si aún sigo torturándome por las noches con el recuerdo de sus ojos verdes o me masturbo pensando en la calidez de sus pechos.

Me he comportado como un idiota sin personalidad para bailarle el agua porque Leah es la única mujer en el mundo por la que he estado dispuesto a dejarlo todo. Pero eso no cambia el hecho de que me ha sido infiel en reiteradas ocasiones, me ha humillado públicamente y se ha reído de mí. ¿Cómo confiar en ninguna otra mujer después de esto?

Me levanto de la cama con ímpetu, dispuesto a despedirme de la que ha sido hasta ahora mi vida y todo lo que he conocido. Me sorprende la crueldad con la que el espejo me devuelve una imagen que no me hace ningún bien. He perdido algo de peso en los últimos meses, mi pelo rubio está más largo y alborotado de lo normal, y esos expresivos ojos azules que siempre me han servido para salirme con la mía se esconden ahora tras unas anticuadas gafas de pasta y tienen un brillo apagado. No veo ni un atisbo de la persona en la que siempre pensé que me convertiría. Tengo treinta y dos años y aún no he logrado nada por mí mismo. Bueno, sí, he terminado la carrera de Empresariales –que nadie me preguntó si quería estudiar, simplemente se dio por hecho–, y tengo un Master en Finanzas. Ninguna de las dos cosas me produce orgullo. Ha sido, como siempre, lo que mi padre quiso que hiciera.

Cierro los ojos con fuerza y vuelvo a abrirlos. Ha llegado el duro momento de la despedida.

Un sonido procedente del reloj de cuco del salón me indica que son las cinco y media de la mañana. A esas horas, el “jefe”–como así llamamos a mi padre– está ya en su oficina arreglando el mundo.

Me encuentro a mi madre en el porche, recostada en el *chaise longue* de cuero blanco respondiendo emails en su tablet y desayunando una infusión depurativa con una tostada de aguacate con queso blanco. Con una mueca que se esfuerza por parecer una sonrisa para disimular que tiene lágrimas en los ojos, me da un fuerte abrazo de esos que huelen a tristeza. En veinte minutos comienza su clase de yoga. No recuerdo que se haya saltado su rutina ni un solo día. Parte de su éxito radica en la constancia de sus hábitos.

–Me tengo que ir, mi taxi está esperándome en la puerta –añado con tristeza.

Nunca se me han dado bien las despedidas. Y esta va a ser la más dolorosa a la que me he enfrentado nunca.

–¡Mi Luke! –Mi madre se acerca a mí y me abraza tan fuerte que me deshago entre sus brazos como un helado al sol–. Prométeme que me llamarás cada día para saber cómo estás.

–No sé si cada día, pero te llamaré. Necesito un poco de espacio ahora mismo.

–¿No piensas decirnos dónde vas al menos?

–Lo siento, pero no quiero que nadie sepa nada de mi paradero –respondo al fin–. Los dos estáis muy expuestos mediáticamente y las fugas de información involuntarias son demasiado sencillas.

–Tu padre está convencido de que te vas a Berlín, pero yo apuesto por algún lugar en la costa donde puedas hacer surf, tal vez San Diego –afirma contundente–. Te gusta demasiado la playa para renunciar a ella.

–¿Quién sabe? –respondo enigmático.

–Cuídate cariño, y avísanos cuando llegues.

La abrazo por última vez y abandono con tristeza la enorme mansión que ha sido mi refugio en los últimos años. Rodeo el jardín en busca de la puerta trasera donde me espera mi taxi. El sol aún está bajo, pero lo distingo con claridad en la oscuridad.

–¿Este es todo su equipaje? –pregunta, sorprendido.

Miro mi maleta de cabina y mi mochila de aventuras y me encojo de hombros.

–Intento ser práctico. En menos de un año estaré de vuelta –respondo.

El taxista levanta una ceja y se aguanta una sonrisita que no me hace ninguna gracia.

–¡Por supuesto! Eso mismo dije yo cuando llegué a Australia por primera vez. Y de eso han pasado ya quince años…

SOFÍA

Soy un desastre. Y no lo digo porque mi hermana mayor, Sonia, me lo recuerde de continuo. ¡Es que es la pura verdad! A mis 26 años no tengo "un trabajo decente", no tengo pareja estable (ni de ningún otro tipo) y aún dependo de la generosidad de mis padres para llegar a fin de mes. Bueno, esto no es del todo mi culpa… Lo cierto es que trabajar, trabajo, y en una buena empresa de publicidad de Londres. ¡La mejor! Es solo que aún no han descubierto mi talento y se abstienen de hacerme fija.

Lo de encontrar pareja va a ser más complicado y lo peor es que no me quita el sueño. Después de varias relaciones fallidas en Barcelona y algún que otro perdedor al que tuve el placer de conocer en Londres, compartir mi vida con un hombre no está en mi lista de prioridades. Ni siquiera tengo tal lista, me dejo llevar por la vida sin tener nada planeado. Así soy yo, una improvisadora nata, caos en movimiento.

Como decía, primero llegó Oscar, mi amor de la adolescencia, al que me encontré metiéndole la lengua en la garganta a otra delante de mis narices, creyendo que yo estaba de vacaciones en el pueblo. El muy imbécil pretendió hacerme sentir culpable por no haberle avisado de que estaba de vuelta en la ciudad.

Después, Iván le tomó el relevo y le hizo parecer un santo. Aunque conmigo era encantador, descubrí de la peor manera que coqueteaba con las drogas y, si tenía que elegir entre ellas y yo, la decisión estaba muy clara.

¿Tenía mala suerte en el amor o es que siempre perseguía el mismo perfil a sabiendas que no iba a funcionar? Siempre me sentía atraída por hombres que llevaban en la frente la palabra "problema". La emoción. El vértigo. La adrenalina. Y, finalmente… la hostia.

En el caso de Xavier, esto último fue literal. Estuve tan enamorada de él que perdoné y justifiqué sus continuos dramas, sus faltas de respeto y sus humillaciones. Hasta que un día se le fue de las manos y decidí que no iba a aguantarlo más. Juro que aquel día pasé miedo. Xavier me agarró del pelo y me empujó contra la pared justo antes de acorralarme y gritarme todas las cosas que se le pasaron por la cabeza. No me atreví a mirarle a los ojos. Tan solo pude llevarme la mano a la cara para evitar que así doliera el golpe, pero ya no pude hacer nada con el dolor que sentía en mi corazón. Aquel hombre que afirmaba quererme, se había extralimitado. Otra vez. Y todo por haber acudido a esa estúpida fiesta con mis amigas, a la que él me había pedido expresamente que no fuera. Claro que, la vez anterior, todo había comenzado por una falda demasiado corta; la otra, por "culpa" de un compañero de clase que me había escrito para preparar una presentación. Y antes de eso… ¿Quién sabe por qué fue?

Pero lejos de sentirme culpable, como él pretendía, yo sabía que era él quien tenía un problema. Y también sabía que, aunque no todos los hombres fueran iguales, mi futuro iba a quedar marcado para siempre por aquella angustiosa experiencia.

Por suerte para mí, aquel idiota no volvió a llamarme y encontró a otra infeliz a la que amargarle la vida.

¿Puede culparme alguien por no querer más hombres en mi vida? Tal vez para un rato, aunque el placer que pueden proporcionarme no es muy diferente al que puedo obtener de un juguete a pilas. No merece la pena el esfuerzo.

Fue precisamente la experiencia con Xavi, sumado a varios años trabajando de becaria en una

agencia de publicidad de Barcelona por doscientos míseros euros al mes, lo que me animó a probar suerte fuera de España. Necesitaba cambiar de aires y salir de mi zona de confort. Borrón y metas nuevas.

Empecé mi aventura como *au pair* en Suiza, pero aquel país tan frío no era para mí. Conocí a una chica que me animó a apuntarme como cuidadora en un campamento de elefantes en Tailandia durante tres meses y después acabé sirviendo copas a irlandeses al borde del coma etílico en Dublín, hasta que, finalmente, aterricé en esta ciudad, primero como cajera en un supermercado de precios bajos y después como becaria "mal pagada" de la prestigiosa agencia publicitaria Petrichor. Cualquiera de mis amigos de Barcelona mataría por un sueldo de mil libras, pero lo cierto es que ese dinero no da para pagar un alquiler en la capital y permitirse el caro lujo de comer todos los días, así que estoy siempre a dos velas.

Y de eso han pasado ya casi dos años. Dos años en los que he experimentado, conocido gente increíble y visitado lugares maravillosos, siempre manteniéndome firme a mi promesa de no enamorarme; a pesar de los intentos fallidos de Colin y Chloe, mis compañeros de piso en Hammersmith, por emparejarme con cualquiera de sus amigos *nerds*[3] con los que al parecer haría una pareja genial. ¡No, gracias!

Colin Y Chloe –alias "los tortolitos"– empezaron a salir durante el instituto, pero no fue hasta hace un año que él decidió instalarse a vivir con nosotras en nuestro piso de solteras. La noticia no me importunó demasiado. Yo apenas paso tiempo en casa y él ayuda a compartir los gastos, lo cual es una enorme ventaja porque últimamente he dejado de pedirle dinero a mis padres.

Colin responde a la perfección al prototipo de *lord* inglés: sus modales son exquisitos, es respetuoso y todo un caballero. Tiene el cabello castaño claro, los ojos azules y viste como un estudiante americano de los años cincuenta, empoderando el estilo *Ivy League*. Trabaja como informático en una empresa de servicios de almacenamiento virtual para empresas, razón por la cual, al llegar a casa nunca está de humor para arreglar el ordenador de su novia, quién insiste en que todos los cacharros electrónicos del mundo se han confabulado en su contra.

Por el contrario, Chloe es una de las personas más variopintas que he tenido el placer de conocer jamás: cuando no está cuidando pacientes en el hospital de Charing Cross, puedes encontrarla tocando el ukelele en el balcón, adoptando un kéfir como mascota o aprendiendo danza polinesia en el centro cultural. Tiene unos vibrantes ojos azules, es morena, bajita –lo que se acentúa aún más al lado de su novio, que mide metro ochenta y cinco– y tiene un ligero sobrepeso que solo parece importunarle a ella y hace que su guardarropa estilo pin up le siente de infarto.

A decir verdad, Colin y Chloe no son los únicos empeñados en que rompa mi voto de castidad. Mi amiga Patricia, "el huracán colombiano", tiene una preocupante afición por presentarme perdedores con los que espera que pase el rato. No me pide más que eso, una noche. Patri defiende firmemente que los hombres son como los kleenex y que, una vez usados, hay que deshacerse de ellos. Sospecho que ha alcanzado ese nivel de frivolidad y seguridad en sí misma a base de varios corazones rotos y por eso deshumaniza cualquier relación sentimental, reduciéndolas a meras transacciones comerciales en las que el acuerdo es beneficioso para ambas partes. Y cuando la relación no da más de sí, no hay daños emocionales que lamentar.

A Patri le gusta el sexo, divertirse y emborracharse. En ese orden. Así es ella, una diosa latina que consigue que todos se giren a su paso, hombres y mujeres, cada uno por sus propias razones. Su físico y carisma despiertan pasiones y envidias allá por dónde va. Tiene una frondosa y larga melena lisa color miel, unos enormes ojos negros que siempre parecen estar provocando y una

sedosa piel canela que recorre una exuberante anatomía creada a base de gimnasio y bisturí. Está considerada una de las mejores profesoras de pole dance y bailes latinos de la ciudad, además de ser conocida por participar en shows para adultos acompañados de strippers o Drag queens en el archiconocido club Paradise.

Completa mi pequeña familia londinense Fabio, mi compañero de trabajo y aventuras, un milanés cuyos mayores temores en esta vida son volverse vulgar, envejecer y sentir que se deja cosas por hacer. Es una de esas personas que necesita exprimir cada día de su vida como si fuera el último y está dispuesto a sacar el máximo partido a su estancia aquí, descubriendo los planes más rocambolescos que Londres tiene que ofrecer. Y no sé cómo, siempre me veo arrastrada por sus extravagancias que, confieso, son lo único que dan algo de picante a mi anodina vida.

Ha hecho piña con Patricia, con quien comparte un carácter extravagante y excesivamente dramático que a menudo emplea para provocarme por mi decisión de vivir por y para el trabajo y no correr más riesgos de los necesarios.

–Un día de estos te voy a enseñar a vivir, a vivir de verdad –me dice siempre para tocarme la moral. Y cuando yo le pregunto cómo se hace eso, su respuesta es tan misteriosa como inefectiva–: Cuando estés preparada, lo sabrás.

–Yo ya estoy viviendo, Fabs. ¡Me lo paso genial con vosotros dos!

–Eso no es vivir, ¡es pasar de largo por la vida! –protesta él–. Tienes que perder el control, conocer a alguien que te deje cicatrices en el alma.

–¿Más?

–Lo que necesitas es despertarte un día con un extraño en tu cama, la resaca de tu vida y un salero en el bolso, y no tener ni idea de cómo has llegado hasta allí.

Para mí no tiene ninguna lógica, pero él parece saber bien de lo que habla. Igual que sabe que no voy a hacer caso a sus consejos porque esta niña buena siempre acaba metida en follones amorosos cuando se pasa de copas. Tengo un prototipo. ¿Qué le voy a hacer?

Pero dejando a un lado mi celibato voluntario y el hecho ya mencionado de que mi vida es un desastre ahora mismo, también tengo cosas buenas…

Si le preguntáramos a Colin, destacaría que mi inteligencia es superior a la media, lo que demuestro con comentarios ágiles e ingeniosos que a menudo dejan a cualquiera sin palabras.

Chloe, sin embargo, alabaría la perfecta proporción de mi cuerpo menudo –a pesar de que yo siempre me quejo de mi falta de curvas–, y el fuego español que albergan mis ojos almendrados.

Mi amiga Patri admiraría mi belleza discreta e inocente, y esa dulzura que parece envolverlo todo cuando estoy presente y de la que yo no soy consciente.

Mi hermana Sonia diría… Bueno, ella nunca tiene palabras amables para mí.

Y Fabio, mi querido italiano, reconocería con cierta envidia profesional que soy el ser más creativo de la Tierra. Y a la vez, lo suficientemente honesta y leal como para no robarle las ideas. Aseguraría con orgullo que juntos somos el equipo de publicistas más potente del país.

Pero yo no me veo así en absoluto. Me miro en el espejo y veo a una muchacha tímida y delgaducha, demasiado convencional para una ciudad como esta y demasiado bajita para hacerse respetar en un mundo dominado por tiburones.

Y lo peor es que mis amigos tienen razón… En ese intento constante por protegerme, por no dejar que nadie llegue a mí para evitar que me hagan daño, me he perdido muchas cosas por el camino. Tal vez por eso nunca llegaré a ser una buena publicista, porque no me entrego al 100% como hace Fabio, no expongo mi alma y no dejo que nadie vea lo que hay dentro. No muestro la pasión de Patri a pesar de que la llevo dentro. ¿Pero cómo aprende uno a VIVIR de verdad? ¿A

amar con locura? ¿Cómo se aprende a dejar el miedo a un lado cuando te han hecho tanto daño? ¿A lanzarse a montar en bicicleta sin pensar en la caída? ¿Cómo?

1

SOFÍA

Entro en la oficina con prisas y saludo a Fabio, que apenas levanta la vista para mirarme, concentrado como está en una nueva campaña publicitaria sobre productos para combatir las pérdidas de orina que nos trae de cabeza.

–¿Qué tal con la jefa? –pregunta, ahora sí, mirándome con interés.

–¡Cómo siempre! Dice que está encantada conmigo, pero como no me cambie el contrato pronto me veo mendigando en Hyde Park para poder seguir pagando el alquiler.

Fabio tuerce el labio sin saber qué decir. La agencia Petrichor es famosa por haber creado las campañas publicitarias online más transgresoras. Otra fama muy distinta le persigue como una sombra: su facilidad para extender los contratos basura hasta los límites legales antes de contratar a sus becarios, algo que en este país no está demasiado bien visto.

–¿Sofía? –Fabio chasca los dedos para que vuelva al presente–. Sabes que soy el primero al que le encanta el drama, pero como no tengamos un boceto para las mujeres meonas antes de las cinco, Karen nos va a poner a los dos de patitas en la calle –analiza con un dramatismo digno de un culebrón–. Y sabes que no podría soportar vivir en la indigencia. Este aspecto tan magnífico cuesta *a lot of money*, *amore*[4].

Pongo los ojos en blanco y contengo una sonrisa burlona. Fabio corresponde al prototipo de hombre milanés que siempre he tenido en la cabeza: atractivo, elegante y gay. Terriblemente gay, algo que a él le gusta enfatizar con afeminados gestos que él cree le dan un toque de glamour muy adecuado en la industria. Y es cierto, por alguna extraña razón que desconozco, nuestras presentaciones parecen ganar credibilidad delante de los clientes cuando descubren que Fabio es italiano y gay. El zenit del buen gusto.

Nos conocimos en esta misma agencia y somos íntimos amigos y compañeros de aventuras, una unión que se hace incluso más fuerte cuando aparece Patricia en escena.

–¡Relájate anda! Lo tengo todo bajo control –garantizo con seguridad, sacando una carpeta de papel reciclado de mi maletín de trabajo.

Comienzo a esparcir sobre la mesa folletos de publicidad del cliente y sus competidores, algunos artículos de prueba que nos han dado para preparar la campaña y varios bocetos en los que he trabajado insaciablemente la noche anterior. Fabio mira el material con una mueca de aceptación.

–No te lo vas a creer, pero anoche estaba cenando con Chloe y me vino la inspiración de golpe –explico, ante el despliegue de medios–. Hasta ahora hemos estado enfocando esta campaña en mujeres mayores, pero…

Fabio pone una mueca de autosuficiencia y me interrumpe con arrogancia.

–¡Obviamente! ¡Es que esa es la clientela que va a comprar este producto! –Tuerce el gesto con repelo mientras sostiene en alto una de las braguitas absorbentes que comercializa el cliente, enfatizando así su discurso.

–¡Te equivocas! –le contradigo. Su mueca de desconcierto ya vale la noche de insomnio

preparando la presentación–. Para empezar, esas mujeres de las que hablas no van a ver nuestras campañas digitales porque tienen mejores cosas que hacer que estar enganchadas a las redes sociales y a YouTube.

–¡Mini punto para Sofía! –exclama, para después mirarme confundido–. Pero no te sigo… ¿Chloe tiene pérdidas? ¡Dime que no, porque he compartido cama con ella en Lake District!

–No habitualmente, pero anoche me contó que una vez había estado tan borracha que se meó encima mientras dormía.

–Creo que no volveré a mirarla con los mismos ojos, gracias. –Su gesto de damisela en apuros me hace reír.

–Lo que quiero decir es que he mirado las estadísticas y hay muchas mujeres jóvenes que tienen problemas y no se atreven a hablarlo con naturalidad. Muchas sufren de incontinencia post parto o temporalmente por una infección urinaria o… ¡Hombres! ¿Sabes cuántos hombres hay que sufren este problema?

–Sí, pero nuestro cliente vende bragas para abuelas –responde condescendiente.

–Si te hubieras molestado en abrir el paquete que nos entregó con el mismo entusiasmo con el que abriste el de condones ultra sensitivos, verías que también había un bonito par de bóxeres para ti –replico en el mismo tono que él ha usado conmigo.

Fabio deja de escucharme para centrarse inmediatamente en su bolsa de muestras, de la que extrae un bóxer negro elástico que analiza con aprobación.

–Parecen de cemento armado, aunque estéticamente no son tan horribles –reconoce al fin–. ¿Qué se te ha ocurrido entonces? ¿Qué nos olvidemos de las abuelas y centremos la campaña como ropa interior para noches de fiesta salvaje en las que sepas que te despertarás solo, meado y con la resaca de tu vida? Si dejamos la orina de lado, sabes que es mi especialidad…

–¡No seas animal! Solo estaba pensando en abrir un poco el campo. En lugar de centrarnos en mujeres menopaúsicas, había pensado en desarrollar diferentes personajes y crear una serie de videos cortos con sus historias de manera que cale en distintos públicos. Divertido y personal, ¿qué me dices? –propongo. Fabio me mira con aprobación–. Por ejemplo, Cristina, 34 años, madre de tres demonios, incontinencia tras su tercer parto. Peter, varón, 55 años, operado de cáncer de próstata…

–¡Me gusta! –se pronuncia, mordisqueando con interés el capuchón del bolígrafo–. En esa caja hay modelos de ropa interior diferente, podríamos pensar en qué nos inspira cada prenda. –Un Fabio algo más emocionado sujeta unas braguitas negras de talle alto con encaje superpuesto sobre la lycra–. Estas las va a llevar Martha, 89 años y ex pianista. Una vez dio un concierto con Pavarotti en el Albert Hall, y se emocionó tanto al tocar para su ídolo, que se meó en el escenario. Pero no pasó nada, porque llevaba puestas las bragas mágicas y la actuación fue un éxito –continúa, metiéndose demasiado en la campaña. Le miro con sorpresa y no puedo evitar reírme–. ¿Qué? Hay que darle un toque de glamour a nuestros personajes. Martha es vieja y se mea encima, al menos vamos a darle un poco de aliciente a su personaje.

–¡Está bien! Martha será pianista, soprano o lo que tú quieras –me rindo. Sé por experiencia que hacer concesiones extravagantes con él siempre nos da buenos resultados–. Y ahora viene lo mejor, la hora de la verdad…

Saco del maletín una funda dónde guardo productos de higiene personal de la competencia, en su mayoría, pañales, compresas y la ropa interior más antiestética que nadie pueda imaginarse. Fabio coge un par de calzoncillos reforzados, de talle alto y tamaño XXL y pone cara de circunstancias.

–¿Esto no será de tu último ligue? ¡Me acaba de bajar la libido a los pies!

–Es de Pipi Underwear, los competidores directos de nuestro cliente, y quiero que hagamos lo que siempre hacemos antes de lanzar una campaña.

Fabio sabe bien de qué le hablo, por eso tiene esa expresión de pánico dibujada en el rostro y mueve la cabeza negativamente.

–¡Ni de coña! No pienso cambiar mis estilosos Calvin Klein por este cinturón de castidad absorbente.

–¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que vas a hacerlo! –garantizo, sacando los calzoncillos de la caja y poniéndoselos en la mesa–. ¡Ya estás yendo al baño a cambiarte!

–¡Tengo una cita esta tarde! Va a ser algo rapidito para aliviar estrés y me niego a llevar esto puesto.

–Pues mucho me temo que te has quedado sin polvo –afirmo. Él sigue negando con la cabeza. Sujeto su cara y le obligo a mirarme a los ojos–. Fabs, mírame, ¿cuál es el secreto de nuestro éxito? ¿Qué nos ha convertido en los publicistas más afamados de todo Londres?

–Que siempre nos ponemos en la piel del consumidor –afirma entre dientes.

–¿Y cómo logramos eso? –insisto, decidida a convencerle para que pruebe los calzones.

–Probando en primera persona todos los productos del cliente y los competidores directos antes de presentar la campaña –pronuncia con lentitud, como si aquellas palabras le doliesen–. Pero esta vez es distinto, *amore*.

–A las buenas y a las malas. Si fuiste el primero en probar los juguetes eróticos masculinos y los chocolates belgas de Placer Adulto, también quiero que seas el primero en irte al baño, ponerte estos calzoncillos y… –No acabo la frase. En su lugar, le dejo una botella de un litro y medio de agua en su escritorio que dice más que mis palabras.

–¡Tienes que estar de broma!

–¡Eh, que yo también llevo las mías puestas!

Él me mira incrédulo, lo que me obliga a subirme la falda con disimulo para que vea mis estilosas braguitas borgoña con encaje en la cintura. Fabio me mira muy serio y entrecierra los ojos, suspicaz.

–Voy a dar por hecho que todo este tiempo que has estado ahí plantada, con tu faldita plisada y mirándome con esa cara de niña buena, no estabas orinándote encima.

–¡Negativo! He bebido tres litros de agua para ver si se me escapa alguna gotita, pero siempre acabo corriendo al cuarto de baño. He pensado que igual, al aire libre y sin lavabos cerca, podría hacer el “test de la braga” sin sentirme tan violenta. Igual salgo luego a dar un paseo por el Támesis…

–¡Está bien! Me pondré los calzoncillos de cartón piedra y comprobaré su eficacia. ¡No sé cómo, siempre acabas liándome! –protesta de mala gana, rumbo al cuarto de baño–. Que sepas que me debes un polvo.

–Mientras no quieras echarlo conmigo…

Le lanzo un beso en el aire y sonrío satisfecha. Cuando mi jefa vea la pedazo campaña que vamos a preparar, va a suplicar que me quede.

LUCAS

Cinco. Ese es el número de días que llevo despertándome antes de las seis de la mañana, con el molesto sonido del metro que pasa justo por debajo de la habitación del *bed and breakfast* en el que me hospedo.

Desde que he aterrizado en Londres, he invertido mi abundante tiempo libre en buscar trabajo y un apartamento medianamente decente. Si pienso quedarme aquí una temporada, no puedo seguir viviendo en una pensión con baño compartido y olor a tuberías rancias, aunque he tenido que ajustar ligeramente mis expectativas y asumir que voy a tener que compartir piso si no quiero tirar de ahorros.

Encontrar trabajo va a ser otra historia. Aunque he estudiado en una prestigiosa universidad de Sídney, mi experiencia laboral se ve drásticamente reducida a trabajos administrativos y de liderazgo para la empresa de mi padre, algo que he preferido omitir por miedo a que alguien me reconozca. Del mismo modo, he renunciado a usar mis apellidos en el currículo, con lo que no es de extrañar que, cuando esta mañana tuve mi primera entrevista de trabajo, el chico de recursos humanos se mostrara comprensivo conmigo y me sugiriera, discretamente, que siguiera buscando a través del portal de empleo para gente con antecedentes penales. ¡Bochornoso!

Por último, me he prometido a mí mismo que voy a vivir al máximo, que voy a hacer todas aquellas cosas que nunca me he atrevido a hacer en Australia por miedo al qué dirán. Allí no podía permitirme ningún desfase porque salirse de mi rol de chico perfecto podría haberle costado caro a la imagen pública de mi padre, pero aquí soy libre. Tan solo un extranjero más en la treintena con ganas de comerse el mundo, uno más entre los millones de inmigrantes que viven aquí.

Es jueves y he decidido que voy a tomarme el día libre para hacer un poco de turismo en plan guiri. Me he puesto lo primero que saqué del macuto, me he aseado un poco y he cogido el metro hasta Piccadilly Circus, el punto de la ciudad donde confluyen las principales calles y se forman los peores atascos peatonales. He comprado una guía de viajes de segunda mano por dos libras y media en una tienda de beneficencia, con la buena suerte de que está garabateada a mano por alguien que parece haber disfrutado la ciudad a fondo y da buenas recomendaciones sobre las mejores puestas de sol y restaurantes, lo que le otorga un valor incalculable.

Observo maravillado las pantallas de Piccadilly y decido que este lugar me gusta, tiene una mezcla de contrastes que, sospecho, no tardará en enamorarme. Edificios de cristal y hierro resaltando imperiosamente entre la arquitectura Tudor, una versión futurista y ecológica de los míticos autobuses rojos de dos plantas, los arcos asiáticos de China Town…

A medida que voy dejando Piccadilly atrás rumbo a Waterloo, me entretengo en la tienda de dulces de M&Ms, me hago un selfie en la estatua de Harry Potter de Leicester Square e incluso degusto un té tailandés con bolitas de tapioca en un puesto callejero. Caminar por el centro de la ciudad, sin que nadie se gire para mirarme como si fuera un bicho raro, es un placer que nunca antes había experimentado. Y reconozco que podría acostumbrarme a ello.

El sol empieza a apretar y la humedad se hace insoportable, contradiciendo a todos los que se empeñan en ver Londres como una ciudad sumida en las tinieblas. ¿Quién hubiera imaginado que no era más que una leyenda urbana?

Llego a Jubilee Gardens y decido que el calor me está ganando por K.O. Tiempo de entrar en

una cafetería, refrescarme un poco en el lavabo y coger un sándwich con un café con hielo. Siempre he tenido una preocupante adicción al café que ya tengo asumido que no voy a conseguir curar en un país dónde las tazas tienen el mismo tamaño que el caldero de mi abuela.

Cuando me doy por satisfecho, mi café con hielo y yo nos vamos a continuar la ruta. Me dirijo hasta el Puente de la Torre que ya diviso de lejos, no sin antes detenerme en los puentes de Londres, Southwark y Milenio. El turista misterioso ha escrito en la guía que hay unas vistas magníficas de la catedral de San Paul desde el Puente del Milenio, y no pienso regresar a mi pensión sin comprobarlo. Camino ligero, maravillándome de todos los edificios que encuentro a mi paso, hasta que llego al famoso puente. El turista misterioso no se equivocaba. Saco la guía de viajes para leer cuáles son los edificios que veo a mi alrededor y pierdo momentáneamente la concentración mientras sigo caminando en dirección al Tate Britain. Craso error.

–¡Mira por dónde vas, idiota!

¡A la mierda tres libras cincuenta de café! Tardo un rato en descubrir que el insulto procede de una joven que ahora se encuentra en el suelo rodeada de panfletos publicitarios manchados de mi café. Mi primera reacción es de pánico, un miedo extremo porque me identifique y le cuente a cualquiera que Lucas William Doyle ha sido visto en la capital inglesa. La segunda es de aviso, y todo mi cuerpo reacciona poniéndose en tensión: algunas partes porque es muy atractiva; otras, porque enseguida se me encienden todas las luces de alarma. Este tipo de mujeres no me han traído nunca más que problemas. Tiene el pelo castaño oscuro, largo y liso; los ojos igualmente oscuros (y enfadados) y unas piernas inusualmente largas para su corta estatura. O eso se intuye bajo la diminuta falda plisada que, tras la colisión, ha dejado al descubierto mucho más de lo que a ella le hubiera gustado mostrar. La joven se da cuenta de que estoy mirándole las bragas y se cubre con pudor mientras me asesina con la mirada. No la culpo. Aclaro que no soy un baboso, pero su ropa interior ha llamado poderosamente mi atención por ser demasiado puritana y antiestética, pero ¿quién soy yo para juzgar los gustos de nadie?

La chica se levanta del suelo y me dedica una mirada de hartazgo. Me doy cuenta entonces de lo poco educado que he sido, ni siquiera le he tendido la mano o me he disculpado por el accidente.

–¡Podrías tener la decencia de ayudarme en vez de mirarme como un pasmarote! –replica la morena, como leyéndome el pensamiento. Tiene carácter, me gusta.

–Tienes razón –afirmo con mi mejor actitud. Ella me mira con incredulidad.

Sin embargo, me veo incapaz de añadir nada más. Mis ojos se han ido directamente a los panfletos publicitarios que está recogiendo del suelo y metiendo torpemente en una carpeta. Compresas, pañales, ropa interior para pérdidas de orina… todo un ritual a los artículos de higiene íntima que explican su mal gusto comprando lencería y hacen que sienta lástima por ella. No solo porque tenga problemas de incontinencia siendo tan joven, sino porque estoy seguro de que la pobre está pasando la vergüenza de su vida.

La meona –así decido apodarla dadas las circunstancias– levanta unos folios escritos a mano e impregnados en café y pone cara de asco. Obviamente, no siente la misma adoración que yo por ese néctar negruzco.

–¡Qué asco, por favor! –se queja de forma altiva–. ¡Tantas horas de investigación reducidas a esto!

–Lo… lo siento –consigo articular–. Déjame que te ayude.

–¡Déjalo, puedo sola! –bufa orgullosa–. ¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡Qué desastre!

La meona sigue balbuceando con un exagerado dramatismo en la voz. ¿Tendrá síndrome de

Diógenes? Jamás pensé que alguien pudiera tenerle tanto cariño a unos folletos de publicidad que la gente normal tira a la basura sin siquiera mirar lo que hay en ellos.

–Míralo por el lado positivo: con tanta cafeína, seguro que lo que sea que has escrito ahí, ahora es más excitante –bromeo en un absurdo intento por ganarme su simpatía, pero algo me dice que he conseguido el efecto contrario–. Estoy probando el humor inglés, pero veo que he fallado estrepitosamente –me justifico.

La meona me mira como si acabara de decir la cosa más estúpida que ha oído jamás.

–Así que no eres de aquí… Debería haberlo supuesto, los ingleses suelen ser bastante correctos.

–¡No tienes ni idea de quién soy! –observo en voz alta, emocionado por el descubrimiento, aunque ligeramente ofendido porque acabe de insultarme con tan poca sutileza.

–¿Un tipo que no mira por dónde va?

Confirmado, ni un atisbo de reconocimiento en su mirada. Mi risa se hace más sonora cuando oleadas de satisfacción casi orgásmica me recorren el cuerpo. A esa mujer que apenas me llega a los hombros en tacones, le resulto indiferente. Y eso me gusta. Me gusta muchísimo.

–Perdona, ¿nos hemos visto antes? –pregunta torciendo el gesto–. Dime que sí, que hemos ido juntos a la escuela y has cambiado tanto que no te reconozco, o que vamos al mismo gimnasio y no te recuerdo porque, seamos realistas, tampoco es que vaya mucho por allí… El caso es que estoy empezando a pensar que eres un poco *creepy*[5].

La meona sigue mirándome con una mezcla de curiosidad y repelús, y yo me río aún más. No puedo expresarle la satisfacción que me produce que me trate con tanta indiferencia, es algo realmente indescriptible y placentero.

–Okey, creo que he tenido suficiente por hoy: eres un tío muy raro –afirma dándose media vuelta con cara de consternación.

La meona emprende paso entre la multitud y yo me quedo mirándola alelado, hipnotizado por el sonido de sus tacones pisando con fuerza el acerado y el suave balanceo de sus caderas. No puedo dejarla escapar, no sin saber al menos su nombre. Me he prometido a mí mismo que jamás volveré a fijarme en una mujer morena, pero algo dentro de mí me dice que ella es distinta. Algo me pide que salga corriendo detrás de ella y le haga un montón de cosas que no me atrevo a pronunciar en voz alta porque, en el fondo, sí que soy un caballero.

–¡Espera! –pronuncio al fin, sujetándola del brazo para que se detenga–. ¿Te apetece tomar un café?

La meona se da media vuelta y me mira levantando las cejas. La sorpresa se ha dibujado en sus preciosos ojos negros, tan expresivos, que parecen tener voz propia.

–¿Perdón? –pregunta, más para mostrar incredulidad que para obtener una respuesta.

–Que si te apetece tomar un café… te invito –insisto dubitativo–. Al fin y al cabo, me has tirado el mío.

Sus ojos se abren como dos ostras mostrándome una perla única y exclusiva. Creo que le he roto los esquemas con mi atrevimiento, y me encanta. Entonces, parece que se lo está pensando y veo un atisbo de esperanza. No es que me haya enamorado de una completa desconocida ni nada de eso, pero me siento muy solo aquí y agradecería un poco de compañía. Especialmente, la de una mujer tan guapa.

–¡Te juro que no soy peligroso! –insisto para que valore mi oferta–. Acabo de llegar a Europa y no conozco a nadie. Estoy un poco harto de hacer todos los días lo mismo.

–Bueno, por un café… –responde ella confusa, para inmediatamente después, maldecir algo

en una lengua que no entiendo–. ¡Mierda! ¡Maldita campaña publicitaria y maldito test de la braga! ¡No puedo!

–¿Lo siento? –consigo pronunciar al fin. La morena no parece consciente de que no hablo su idioma.

–Me encantaría tomarme ese café, pero no puedo. ¡Me tengo que ir! –Parece apurada y me despacha con viento fresco.

–¿Podrías darme tu número de teléfono al menos?

Después me arrepiento por ese intento desesperado por cortejarla, pero en realidad, solo quiero conocer a alguien con quien poder explorar otras facetas de mí mismo sin tener que esconderme.

–Dejemos que el destino decida –responde misteriosa–. Si él quiere que suceda, seguro que volveremos a encontrarnos.

–¿Entre nueve millones de habitantes? Haberte encontrado una vez ya me parece suficiente suerte –bufo viéndole lagunas al plan.

–¡Bienvenido a Londres!

Me guiña un ojo y desaparece de mi vista como una estrella fugaz.

2

SOFÍA

Nunca puedo dormir la noche antes de una presentación con un cliente. Siempre repaso mentalmente todo lo que voy a decir o hacer, e incluso se me ocurren giros imprevistos de última hora. Y esta noche no ha sido una excepción.

Entro en la sala de reuniones y me encuentro a Fabio, hecho un manojo de nervios, y rodeado de tazas de café ya acabadas.

–*Buongiorno, amore*! Te he pedido un capuchino, aún está caliente.

–¿Qué tal fue tu cita de ayer? –pregunto, aunque en realidad me interesa más otra cosa–. ¿Conseguiste…?

–La cita muy bien, Carlos es un caramelito. Un caramelito que no pude comerme por culpa de esos calzoncillos. Lo que me recuerda que hoy estoy estresado por tu culpa. –Fabio me señala con el dedo y entorna los ojos con rencor–. Y sí, conseguí probar el producto. Muy absorbentes. Recuérdame que me suicide antes de llegar a viejo y necesitar usarlos.

–¡Qué dramático te has levantado hoy, por Dios! Si te sirve de consuelo, ayer conocí al hombre más atractivo que he visto en mi vida, me quiso invitar a un café y tuve que dejarle escapar por la misma razón –explico, aún lamentando el café que no acepté–. Rubio, metro noventa, piel bronceada, espaldas anchas, ojos azules y afilados ocultos tras unas gafas de intelectual que le daban un toque interesante…

–¡Mayday, mayday tenemos una emergencia! –bromea afable–. ¿Acabas de reconocer en voz alta que te has sentido atraída por otro ser humano? ¿Tú?

–Te dije que estaba lista para volver al mercado. Ya les he guardado demasiado luto a esos gilipollas.

–¡Amén, hermana! –Fabio alza las manos al cielo con el dramatismo que le caracteriza–. Háblame de ese macho, ¿cuándo vas a tirártelo?

–¿Nunca? –respondo acalorada al recordar el encuentro–. Nos tropezamos y se me abrió todo el material de la campaña en medio de la calle. –No tengo que completar la historia para que Fabio rompa a reír estridentemente–. Y cuando digo que se me abrió “todo el material”, no me refiero solo a la carpeta… Me caí al suelo abierta de piernas.

–¿Y después de ver “todo el material” te invitó a un café? –Fabio no puede parar de reírse–. ¿Por qué no aceptaste? No es como si fueras a irte a la cama con él en la primera cita. Bueno, tratándose de ti, ni en la segunda, ni en la tercera…

–Te aseguro que, si no hubiera llevado puestas esas malditas bragas, hubiera perdido de buen grado los modales.

–¡A otro con ese cuento, Caperucita! ¡Si necesitas un GPS para encontrar una bragueta!

–Con esos ojos, le hubiera dejado que me hiciera el amor en un vagón del metro. ¡Era ridículamente atractivo! De esos hombres que solo se ven en las películas. Parecía que se hubiera escapado del mismísimo Olimpo.

–¿Y por qué no le diste tu número?

–¡Ni siquiera le pregunté el nombre! Estaba más preocupada por recoger los restos de mi dignidad y desaparecer de allí cuanto antes. Además, me iba a reventar la vejiga.

–La próxima vez que te choques con un apuesto desconocido, asegúrate de tener a mano la campaña de profilácticos, suele dar mejores resultados –se burla–. Acaba el capuchino y volvamos al trabajo, tenemos solo dos horas para preparar la presentación.

* * *

Las siguientes horas son un derroche de creatividad y cafeína hasta que llega el cliente y Karen, nuestra jefa, nos comunica que ya están todos listos para la presentación. Karen tiene 35 años, es rubia, muy estilosa y un auténtico tiburón para los negocios. No tiene reparos en aplastar a nadie para cumplir sus ambiciosos proyectos y reconozco que su actitud de *femme fatale* siempre me ha intimidado un poco.

Entramos en la sala y mi jefa nos introduce como los cerebros detrás de la campaña que va a arrasar en las redes. Intento que no se me note el nerviosismo, pero lo cierto es que estoy atacada. Normalmente, Karen revisa las campañas antes del gran día, pero acaba de volver de unas vacaciones en Aruba y no hemos tenido tiempo de ponerle al día de nuestra genialidad, y sabemos que el enfoque es arriesgado.

Miro a Fabio de refilón y noto que está tan nervioso como yo, a pesar de que lleva seis años trabajando para ella. Ya no hay marcha atrás, la suerte está echada.

–Antes de presentaros a los protagonistas de nuestra campaña, me gustaría comenzar con algunos datos que nos han hecho reflexionar sobre cómo nuestros competidores están enfocando el producto. –Mi voz se hacer oír en la sala y noto todas las miradas posarse sobre mí. A pesar de mi corta estatura, cuando estoy presentando me crezco–. Aunque el impacto de la incontinencia es superior en las mujeres, 1 de cada 3 a partir de los 50 años, no podemos omitir que hay 1 de cada 4 hombres que sufre este problema a partir de los 40 años, y la mayoría lo sufre en silencio.

–Pero hay una clara diferencia entre hombres y mujeres –Fabio toma el relevo y acapara toda la atención–. Mientras que las mujeres no tienen reparos en buscar ayuda, las estadísticas nos muestran que el 60% de los varones sienten vergüenza en consultarlo con el médico, a pesar de que el 50% reconoce dormir peor por las noches, un 45% que afecta a su vida sexual y el 20% afirma que este problema interfiere en su trabajo.

–El 35% de la población masculina no conoce la existencia de los productos que hoy estamos intentando vender con esta campaña –continúo yo–. Y solo un 7% de los hombres, los usa.

–¿Qué nos dice esto? –pregunta Fabio con el dramatismo que le caracteriza.

–Yo diría que los publicistas no están haciendo bien su trabajo –remato yo.

Las palabras comienzan a hacer su efecto. El cliente no pierde detalle de una exposición que pone en evidencia la complicidad que tengo con Fabio cuando salimos a escena. Me siento invencible en esa sala, ya sea anunciando ordenadores de última tecnología o las más sofisticadas bragas absorbentes.

El cliente se relaja y en su rostro tenso deja entrever un atisbo de satisfacción. Por el brillo que desprenden sus ojos, sabemos que hemos ganado el proyecto.

LUCAS

Creo que por fin la suerte me sonríe. Y eso que he empezado el día reprendiéndome a mí mismo por haber fallado a una de las promesas que me hice al mudarme a Inglaterra: no volver a mirar el Instagram de Leah.

Las redes sociales deberían ser ilegales, no son más que un arma de tortura para arruinarte el día al comprobar que a tu ex le va mejor que a ti. Porque Leah ha pasado página (si es que en algún momento ha lamentado lo más mínimo nuestra ruptura), o al menos así lo muestra en esos vídeos que ha colgado donde presume de bronceado mientras anuncia unas cremas ecológicas de las que es embajadora. No puedo evitar reírme con su mensaje verde: a Leah le traía sin cuidado el medio ambiente. Si yo les contara a todos esos fans que se reía de mi madre por promover la cocina sostenible, el comercio local y el cuidado de los animales, su reputación se iría al traste.

También he descubierto que sigue juntándose con esas harpías a las que ella llama amigas que solo están con ellas por su status social. Sus fotos tomando el sol en un barco y bebiendo cócteles promoviendo una amistad de cuento de hadas, han incendiado las redes. En algún momento de la mañana, dolido con su indiferencia y cabreado por la falsedad que venden las redes, decido dejar el móvil en un rincón y salir a hacer un poco de ejercicio.

Mi golpe de suerte llega cuando una empresa de informática a la que he enviado el currículo hace unos días, me contacta para hacerme una entrevista como comercial esta misma tarde. No lo dudo ni un minuto. Salgo a comprarme una camisa bonita, me doy una ducha rápida y me planto en las oficinas centrales de Canary Wharf, un barrio que bien podría ser un pequeño Nueva York dentro de Londres y que apuesto es espectacular por la noche.

Me recibe una recepcionista con gafas que rondará los sesenta años y me ofrece un té con leche mientras espero mi turno para la entrevista. Es una señora muy agradable que enseguida me explica que lleva veinte años en la empresa y que su hijo mayor también trabaja aquí como informático. Empatiza con mi situación y mi soledad temporal y promete presentarme a ese chico para que tenga alguien con quién salir y deje de aburrirme como una ostra.

Un hombre trajeado se acerca a mí y, por un momento, temo estar causando mala imagen por entretener a la recepcionista, pero el hombre me dirige una sonrisa de oreja a oreja y se presenta.

–Buenas tardes, soy George Peterson, jefe del departamento comercial. ¿Y tú eres Lucas….? –Me tiende la mano y sé que espera que le responda a la eterna pregunta que me he negado a contestar en todas las entrevistas anteriores: mi apellido.

–Doyle –respondo al fin, con la esperanza de que no ate cabos.

–Lucas Doyle, perfecto. Sígueme, por favor.

Le sigo a través de una luminosa oficina abierta en la que se respira un ambiente muy agradable con el que conecto enseguida. Además, la mujer de la entrada me ha contado que la empresa incentiva bien a los empleados y que prima el buenrollismo.

Llegamos a una pequeña sala de reuniones llena de pantallas digitales y me pide que me siente en una de las sillas blancas en lo que él sirve dos cafés.

Después, me cuenta en que consiste el trabajo y me pregunta por mi experiencia previa. La entrevista transcurre durante los siguientes treinta minutos de manera relajada e informal, como si fuera más una charla entre amigos. Por último, me habla de condiciones laborales, salario y comisiones. La verdad es que el puesto promete mucho y siento que le he gustado porque resalta

varias veces mi carisma y mi don de gentes, algo necesario para un puesto como aquel, recalcando además que el buen ambiente laboral es una prioridad y considera que podría encajar bien en el equipo.

–Por cierto, Lucas, corrígeme si me equivoco, pero tú eres… –Por un momento, temo que vaya a delatarme– australiano, ¿verdad?

–Así es –asiento–. Pero tengo una visa de trabajo. Todos mis papeles están en regla.

–¿Qué podría llevar a alguien a dejar una isla como Australia para venirse a una islita como Inglaterra donde el sol se esconde 350 días al año? –pregunta sin terminar de entenderlo.

–Necesito nuevos retos –respondo apático, esquivando la conversación lo mejor que puedo.

–¿Podría ver tu pasaporte?

George me mira con recelo. Saco el pasaporte y se lo dejo encima de la mesa. Sé que con el tema del Brexit las leyes de inmigración se han vuelto más estrictas, pero me he asegurado de legalizar mi situación antes de venir. El tipo abre el pasaporte con lentitud (los tres segundos más largos de mi vida), mira la foto, me mira a mí, y percibo un cambio en su cara, una sonrisa de medio lado que él trata de disimular.

–¿Cómo van las elecciones por allí? –pregunta, dejándome atónito por ese cambio de tema tan repentino que, además, no viene a cuento–. He oído que ese tal Madison ha bajado varios puntos desde el escándalo de su hija.

Me guiña un ojo y me doy cuenta de que no es estúpido. Seguir mintiendo es un ejercicio de futilidad.

–Bueno, la verdad es que ambos candidatos han bajado varios puntos.

Hablar de este tema no me resulta sencillo. Para él, Leah es tan solo la atractiva hija del político australiano a la que pillaron medio en pelotas en un yate, pero para mí lo era todo. Mi sol, mi luna y mis estrellas. Y mi fuente inacabable de sufrimiento.

–A ese tipo de mujeres es mejor tenerlas lejos –afirma, empatizando de algún modo con mi drama personal–. No sé si habrás conocido ya a alguien, pero en Londres hay unas mujeres muy bonitas, y de la nacionalidad que quieras. Estoy seguro de que estás en el lugar correcto para empezar de cero, muchacho.

–La verdad es aún no conozco a nadie. La recepcionista ha prometido presentarme a su hijo, pero…

–¡Ah! ¿Qué te van más los hombres? –Me mira con sorpresa y yo niego ipso facto–. Creo que ese chaval tiene novia, pero Charly, de Recursos Humanos, también es gay y es un chico encantador…

–¡No me gustan los hombres! –insisto, molesto por que ya me hayan tomado por ex convicto y homosexual en menos de 24 horas–. Solo estoy intentando conseguir un trabajo y un apartamento, hacer amigos y, tal vez, conocer a alguna mujer que me ayude a olvidar.

No sé por qué le cuento todo eso. A ese tal George lo único que le interesa es mi habilidad para venderle a las empresas los paquetes de la tecnología que venden. Punto.

–Querido Lucas William Doyle –comienza, mirándome de un modo que no sé identificar– realmente quiero ayudarte con esta segunda oportunidad que te brinda la vida. Si de verdad te interesa el puesto, es tuyo. Te garantizo que en Cloud Computing somos muy discretos y te sentirás como en casa.

La curvatura que se dibuja en mis labios es suficiente para que George sepa que acepto el puesto. Promete mandarme el contrato a la pensión esta misma semana y me acompaña hasta la recepción, dónde Maggie –que así se llama la recepcionista– insiste en que conozca a su hijo

antes de que me vaya.

Aguardo en la sala de espera pensando que, si de verdad salgo de esa oficina con un pu

esto de trabajo y un futuro amigo, voy a empezar a creer en Dios, en el karma, en el destino y en todas esas chorradas. No pasan ni cinco minutos hasta que veo al clon de Eddie Redmayne aparecer ante mí. Más concretamente, a su versión de Stephen Hawking en *La Teoría del Todo*. El parecido es tan alarmante que tengo que parpadear dos veces para comprobar que no se trata del actor que, al igual que yo, necesita un cambio de aires. El chico se presenta y yo, sumido en mis pensamientos, no escucho su nombre. No quiero causar mala impresión así que no le hago repetirlo. Para mí es y siempre será Stephen Hawking.

–¿Qué hay? –saluda de un modo informal–. ¿Tienes plan esta noche?

–Sí, claro. ¡Me llueven los planes!

Mi sarcasmo es más bien un grito de auxilio. Me niego a quedarme otro fin de semana en el hostal, bebiendo cerveza en mi habitación mientras veo por enésima vez alguna vieja película.

–Te vienes conmigo entonces. Voy a presentarte a mis amigos.

SOFÍA

–Espero que no os importe que me una. –Chloe mira a Patri y Fabio con cara de no haber roto un plato–. Colin ha quedado con sus amigos del curro y no me apetecía estar sola en casa.

–¡Para nada, querida! Es un placer volver a verte.

Patricia abraza a Chloe hasta la extenuación, a pesar de que salta a la legua que solo se toleran porque ambas son mis amigas. Patri no se fía del aspecto de mosquita muerta de Chloe, y ésta aprovecha la mínima ocasión para faltarle al respeto con poco disimulo y mucha mala leche.

Fabio nos saluda vigorosamente y me doy cuenta de que nos lleva varios *gin tonics* de ventaja. Sí que ha empezado fuerte…

Cada viernes, Fabio, Patri y yo elegimos cuidadosamente el restaurante más extravagante que encontramos en Internet, y esta semana toca Sarastro, un local de Theatreland's que se ha puesto de moda por su decoración fuertemente influenciada por la ópera de Mozart, fusionado con elementos árabes y teatro victoriano. Muy chic.

–¿Os hemos contado ya que la campaña de hoy ha sido otro éxito? –A Fabio le encanta alardear de nuestro trabajo. O, al menos, cuando sale bien.

–¡Será para ti! –replico con cierta tristeza–. Yo sigo sin contrato. Pensaba que, si la sorprendía con esta campaña, tal vez…

–¡Pues deja de pensar tanto y vive el presente! *Carpe diem, amore mio*! –Fabio me coge la mano en tono confidente y me obliga a girarme hacia unos chicos que están tres mesas por detrás de nosotros–. ¿Qué te parece ese chico? El de la camiseta negra.

–¿Es gay? –pregunto sorprendida. Obviamente mi radar no es tan preciso como el suyo.

–¡No es para mí, boba! –replica ofendido–. Dijiste que estabas lista para salir al mercado.

–¡Sí, pero no hoy y con el primero que se me ponga delante!

–¡Déjate de excusas, Sofi! ¿No te parece que así despeinado tiene un aire muy sexy, muy a lo Johnny Depp en sus mejores tiempos?

–¡Uy, sí, rompedor! –digo con sorna al ver su aspecto desaliñado–. Y eso que lo de dejar de ducharse no le sienta bien a cualquiera…

–¿Qué me dices de ese de ahí? –Fabio me gira violentamente la cabeza en dirección a una mesa dónde se está celebrando un cumpleaños–. El de las gafitas. Creo que tiene ese rollo de intelectual que últimamente te pone tanto.

–¿Qué dices? ¡Estoy segura de que su madre aún le elige la ropa!

–¡Ay, chica, hoy estás imposible! –se rinde.

–A estas alturas, no sé por qué sigues intentando emparejarla con nadie, si sabes que a Sofi solo le interesa su trabajo –añade Patri con desdén, sacándome la lengua–. Veo más factible que tú sientes cabeza a que ella tenga un ligue.

–No sé si os habéis dado cuenta, pero estoy delante –protesto, fingiendo interés en la carta de entrantes–. Además, sabéis que tuve una muy mala experiencia con mi último ex y…

–¡Bla, bla, bla! –me imita Patri abriendo mucho los ojos para dar mayor énfasis a sus palabras–. ¿Cuándo fue eso, cielo? ¿Hace un millón de años? ¡Ya va siendo hora de que le abras a alguien las piernas o el corazón! Lo que te sea más fácil.

–¡Tengo un bombazo informativo! –comienza Fabio agitando la mano de arriba a abajo. Por cómo me mira, yo ya sé que va a volver a meterse conmigo–. Sofía ha conocido a un empotrador

que le ha dejado las bragas húmedas. Literalmente. ¡Menos mal que eran super absorbentes!

–Un momento, ¿qué me he perdido? –Chloe me mira acusadoramente–. ¡Colin tiene a alguien preparado para ti! Pensaba presentártelo en su cumpleaños, dentro de unas semanas.

–¿Otro pajillero friki como el de la última vez? –Fabio no se molesta en disimular su desprecio–. No, gracias. Dile a tu chico que se guarde los orcos para cuando queramos ir a Mordor.

–En serio, chicos… –insisto, incapaz de creer que estén hablando de mi vida privada con esa ligereza delante de mí–. De verdad que os agradezco mucho vuestro interés por ennoviarme con alguien desesperadamente, pero sabéis que estoy bien así, a mi aire, sin ataduras.

–Creo que te estás equivocando, cielo, aquí nadie está tratando de "ennoviarte" –Patri me sonríe maliciosa–. Yo solo quiero que eches un polvazo y te quites las telarañas, que desde que te conozco, tus ligues pueden contarse con los dedos de las manos.

–De una sola mano –añade Chloe.

–Una mano amputada –matiza Fabio.

–¿Os parece bien si pido calamares? –pregunto, cambiando de tema con frustración.

–Cambiemos de tema entonces –sugiere Chloe, echándome un cable–. En unas semanas es el cumpleaños de mi chico y necesito prepararle algo especial. No se cumplen treinta todos los días. ¿Ideas del Comité de Fiestas y Eventos?

Chloe nos mira a Patri y a mí, que somos dos organizadoras natas.

–¿Qué tal una fiesta temática? –propongo–. Que todo el mundo vaya disfrazado de algo que le guste a Colin como… –Tuerzo el gesto al darme cuenta de lo especialito que es mi compañero de piso–. ¿Coches, cómics o informática?

–¡Me estoy imaginando al clan completo de *Big Ban Theory*! –añade Fabio, quien tiende a burlarse de los amigos de Colin cruelmente, pero más de una vez, ha abandonado la fiesta enganchado de alguno de ellos.

–¡Claro, superhéroes! –afirma Chloe contundente.

–¡Cumple treinta, no cuatro! –protesta Patri–. Se me ocurre que podríamos hacer una fiesta de máscaras dónde todo el mundo mantenga el misterio sobre su identidad. Sensualidad y buen gusto. ¡O de vampiros! No hay nada más erótico que un vampiro victoriano.

–Creo que podría hablar con Dave para que nos deje su pisazo de Southwark. –Chloe ignora por completo las sugerencias de mi hedonista amiga–. Sus padres le compraron el piso contiguo, así que el tío se ha montado un "cuádruplex" con terraza y unas vistas espectaculares al distrito financiero.

–¡Qué emoción! –agrega Fabio moviendo las manos de arriba a abajo–. Ya sé exactamente de qué me voy a disfrazar.



3

LUCAS

Esta mañana me he despertado con una extraña sensación al darme cuenta de que, no sé cómo, ya llevo dos meses aquí. Ya he visitado la mayoría de atracciones turísticas, me he emborrachado tontamente a base de inocentes chupitos de Jägerbomb con mi nuevo amigo Stephen Hawking y he sufrido la peor de las gastroenteritis tras comer un pollo con salsa de curry Phaal, considerada una de las más picantes del mundo.

A pesar de la euforia inicial de empezar una nueva vida, me siento un poco solo. Me he instalado en un piso de Canary Wharf –gracias a la inestimable ayuda de mi hada madrina, la secretaria Maggie–, pero mis compañeros de piso distan mucho de la idea idílica que yo he tenido siempre, alimentada erróneamente por años de estímulos televisivos como *Friends* o *Cómo conocí a vuestra madre*. La vida es muy diferente a lo que te muestran las series de televisión, los días no se suceden como un guion lleno de chistes y frases ingeniosas. Mi realidad aquí es insulsa y gris, a excepción de los cuatro días contados que Stephen Hawking logra escaquearse de su novia y me propone salir a tomar unas cervezas o jugar a juegos de mesa en casa de algún amigo.

Mis compañeros del departamento de ventas son simpáticos, pero cada uno va a lo suyo y no parecen socializar mucho entre ellos después del trabajo. Así que he empleado mi tiempo libre en hacer turismo por la isla: Cambridge, Oxford, Canterville, Brighton…

Viajar solo puede llegar a ser un poco monótono así que, en un arranque de desesperación, me he apuntado a una red social que organiza actividades en función de tus intereses y me ha permitido conocer gente con gustos afines a los míos. Hace poco me uní a ellos en una excursión por el Valle del Cheddar para amantes del senderismo y del queso, y poco después, en un evento en Stonehenge para astrónomos amateur, que era en realidad una excusa encubierta para meterse mano con quien fuera bajo un manto celeste cubierto de estrellas.

También me he apuntado a una aplicación de citas, pero aún no me he animado a quedar con nadie. Eso de tener que juzgar a la gente por una simple foto como si fuera un escaparate, no va demasiado conmigo. Al menos, he comprobado con satisfacción que nadie parece reconocerme en Europa, menos aún, con mis viejas gafas de pasta que no uso desde la adolescencia, y ya entonces, estaban anticuadas…

El día en la oficina pasa rápido entre llamadas a clientes potenciales o emails a existentes que necesitan soporte técnico. Cuando me quiero dar cuenta, mi amigo está esperándome para bajar a la cafetería. Mientras él hace cola para pedir la porquería precalentada que tengan hoy en el menú, yo saco mi táper con comida casera que preparé anoche siguiendo una de las recetas del canal de mi madre, un risotto de champiñones que está para chuparse los dedos.

Aunque me he prometido un millón de veces que no voy a seguir espiando a Leah, no puedo evitar meterme de nuevo en su perfil. Descubro que las famosas fotos en bikini son para una campaña de una prestigiosa marca de moda de baño. Seguro que le han pagado un pastizal.

–¿Es tu novia? ¡Caray, es muy guapa! –asegura, dejando su bandeja de comida encima de la mesa. Lleva macarrones al horno y rollos de salchicha. ¡Viva la comida inglesa!

–Lo fue –asumo, apagando el móvil con rencor. Por suerte, mi amigo no es de esos que están al día en influencers–. Y sí, es muy guapa… y muy zorra. Cuando me quise dar cuenta, se había acostado con media Australia a mis espaldas.

Mi amigo tuerce la cara en un gesto de compasión.

–Y, claramente, no la has olvidado.

–Estoy en ello. –Sonrío a medias–. ¿No tendrás por ahí alguna amiga que me pueda ayudar?

–Sí, un montón, pero no como la de la foto… Mis amigas juegan en otra liga, pero son buena gente.

–No me interesan las mujeres como Leah. Tu madre ha intentado desesperadamente que le pida salir a Cristina, la de Marketing, pero no es para nada mi tipo. Otro demonio vestido de princesa.

–¿Quién es Cristina?

–La rubita de piernas interminables que siempre se pasea por nuestro lado de la oficina con aire de perdonavidas –explico. Mi amigo gira la cabeza de un lado para otro, consternado.

–La Señorita Peggy. Aunque está muy buena, los informáticos no solemos mirar a ese tipo de mujeres: es una pérdida de tiempo para nosotros y para ellas –afirma, dándome un útil consejo de vida.

–Te aseguro que los de ventas sí la miran… –confieso divertido.

–Déjame que piense a quién te puedo presentar en la fiesta…

La fiesta. Me había olvidado por completo de esa fiesta a la que, seamos sinceros, no me apetece ir. Sonrío por cortesía y miro para otro lado. Hace tres semanas que me lo dijo y aún no tengo ni idea de qué voy a ponerme para tan peculiar evento.

SOFÍA

–Sofía, querida, ¿tienes un momento?

Pego un brinco en la silla al comprobar que mi jefa se dirige a mí. A Fabio se le iluminan los ojos de esperanza. Odio que haga eso, ya ha conseguido que yo también me haga ilusiones.

Atravieso la oficina detrás de ella en silencio hasta acabar en su despacho, una estancia bien iluminada dónde no hay apenas objetos decorativos que muestren un ápice de su personalidad, o más bien, la definen a la perfección: fría como el hielo. Las vistas a Blackfriars, sin embargo, son inmejorables. Me pide que me siente y me tiende un sobre tamaño A4 que hace que mi corazón lata desbocado.

–Quería felicitarte por tu trabajo de las últimas semanas –comienza con una voz aséptica de la que no consigo extraer nada–. Tus campañas de chicles con sabor a chorizo y bragas para la incontinencia han sido impecables.

Sonrío sin evitar un destello de esperanza que me delata. Tengo la corazonada de que esta vez (¡por fin!) va a ofrecerme un contrato. Abro el sobre con emoción contenida y compruebo decepcionada que hay una carta de recomendación y unos vales con descuentos para restaurantes y museos de la zona.

–Gra… Gracias –digo con la voz pequeña, sintiéndome más ofendida que otra cosa.

–¡De nada, encanto! ¡Te lo has ganado! Ya puedes volver a tu escritorio.

Tengo sentimientos encontrados hacia esa mujer. No puedo evitar sentirme humillada, y aun así, no diría que la odio. No creo que sea consciente siquiera de lo mucho que me ha dolido su gesto, simplemente es ambiciosa y antepone sus deseos y los de la empresa a los de cualquier otra persona. Y ese es el problema, un conflicto de interés: yo quiero una oportunidad que ella no quiere darme.

De nuevo en mi mesa, me encuentro a Patri sentada en mi silla despreocupadamente. A veces come con nosotros a mediodía porque da clases de fitness en un gimnasio de la zona.

Fabio me mira con los ojos chispeantes, pensando que por fin vamos a ser compañeros de crimen, pero le cambia la cara al ver la desilusión en la mía. No hace falta explicar más.

–¡Venga, cambia esa cara! –pide, atusándome para infundirme ánimos–. Esa bruja solo te está echando un pulso, pero acabará sucumbiendo a tus encantos.

–Espero que tengas razón, no sé cuánto tiempo más voy a poder seguir malviviendo así antes de tener que pedirles dinero a mis padres otra vez.

–Esta noche, en el cumpleaños de Colin, nos vamos a coger un pedo que se te va a olvidar hasta tu nombre.

Le miro con alicaída consternación. Mi amigo aún no se ha enterado de que en las fiestas que organiza el amigo de Colin nunca hay una gota de alcohol porque, años atrás, sus amigos le vomitaron la moqueta de diseño y la broma le costó varios miles de libras.

–De todos modos, no pensaba hacerlo. ¿Qué tiene de beneficiosa una resaca?

–¡Estás perdiendo lo esencial! –interviene Fabio, con ese gesto tan dramático que le define–. Las resacas son horribles, pero son tus heridas de guerra, el alcohol será el responsable de las historias increíbles que algún día le contarás a tus nietos.

–De verdad que no entiendo por qué cogerme la borrachera de mi vida iba a mejorar en nada la noche.

–Para empezar, hará que dejes de lado todos esos prejuicios que tu familia conservadora te ha inculcado en la cabeza desde pequeñita –complementa Patri–. No eres una golfa por acostarte con un tío en la primera cita. Y sí, puede que vuelva a llamarte por el simple hecho de que le has gustado. Hoy en día a nadie le importa lo que hagas mientras no acabes en la cárcel.

–Enamórate de alguien que te ponga la piel de gallina –agrega Fabio–. Sin preguntarte si saldrá bien o mal, simplemente, limítate a sentir.

–O hazte uno de esos tatuajes ridículos por ver qué se siente –añade Patri, enseñando con orgullo el dibujo que recorre su espalda.

–Voy a asegurarme de que regreses a casa bailando La Cucaracha –propone Fabio.

–Venga va, os prometo que haré todas esas cosas esta misma noche…

–¡Trato hecho! –responden los dos al unísono.

–No sé si el cumpleaños de Colin es el mejor lugar para poner en práctica nuestros consejos, pero vale… –añade Patri.

Les digo lo que quieren oír y miro para otro lado. Probablemente esté en casa antes de las diez, como cada año en esa misma fiesta.

* * *

A las cinco en punto salgo de la oficina sin molestarme siquiera en despedirme de nadie. Por alguna injusta razón, me siento como si todos estuvieran en mi contra, a pesar de que sé que la mayoría de mis compañeros han pasado por lo mismo que yo antes de ganarse una silla en esta oficina. Petrichor es famosa por ello y, aun así, todos soñamos con trabajar aquí. Estupideces del ser humano.

Hace rato que Fabio se ha ido a prepararse para la gran fiesta temática de superhéroes.

Una vez en casa, me doy una ducha rápida, me maquillo, me rizo el pelo para que la diadema con orejas de gata se pierda en su frondosidad, y me pongo mi ajustadísimo mono negro de lycra con escote *halter* en uve y con solapas, rematado con una sexy cremallera frontal que se pierde en mi ombligo. Sé que con ese ceñidísimo atuendo de Catwoman no voy a ser capaz de bailar en toda la noche, pero, si la memoria no me falla, eso no debería suponer un problema en ninguna fiesta de Colin. La última, acabó a las seis de la mañana con una partida interminable de Dragones & Mazmorras de la que huí despavorida.

Me encuentro con Fabio en el metro a medio camino de Southwark y le miro con cara de sorpresa. Había prometido que iba a vestirse como el personaje más sexy de todos los tiempos, pero tan solo lleva un traje negro, una camisa roja y unos elegantes zapatos que destilan lujo italiano. Lo único que se sale del atuendo de cualquier sábado por la noche son unas lentillas rojas, pero Fabio es un tanto excéntrico, así que no estoy muy convencida de si es parte del disfraz o un mero complemento a juego con su camisa.

–¿Se puede saber de qué vas vestido? –Frunzo el ceño, incapaz de frenar mi curiosidad.

–¡Pero cuánta incultura! –Creo que le he ofendido–. ¿Tom Ellis? –insiste, pero mi mirada de desconcierto le provoca aún más–. ¡Voy de Lucifer, por supuesto!

–¡Claro, eso es! Ya sabía yo que me sonaba de algo…

–¡Vas a caerte muerta con el disfraz de Patri! Va a venir tarde, pero su entrada va a ser triunfal, la guinda del pastel.

Me temo lo peor. Va a ser difícil superar el atuendo con el que se presentó en el cumpleaños de Fabio, un diminuto vestido de terciopelo rojo con un lazo gigante alrededor del pecho que

dejaba muy poco para la imaginación.

Llegamos a nuestro destino. Un tipo delgado y desgarbado disfrazado de Hulk nos abre la puerta y nos invita a pasar a una enorme sala plagada de superhéroes y heroínas. A la derecha, hay una pequeña barra de bar improvisada con todo tipo de bebidas no alcohólicas y varias mesas con snacks donde los invitados han ido dejando sus aportaciones. Nos acercamos a la mesa y dejamos la tortilla que yo he preparado y el maravilloso tiramisú de Fabio, dónde ha puesto ración extra de alcohol para equilibrar la noche.

Como cada año, el nostálgico de Colin ha seleccionado cuidadosamente las canciones que sonarán en la fiesta, un remix de temazos de los ochenta y noventa que han marcado de algún modo su vida. En estos momentos, la inconfundible voz de la rubia de No Doubt entona desesperadamente su *Don't Speak*. Todo tiene su lugar y su momento, y no sé por qué sospecho que vamos a necesitar un Dj profesional con urgencia…

Después de un breve recorrido por la sala, no tardamos en encontrar a Colin y Chloe entre el gentío, hablando animadamente con un grupo de hombres disfrazados que reconozco como sus amigos del trabajo. Identifico algunos rostros camuflados bajo los disfraces de Iron Man y Darth Vader, e incluso a Chris, una cita fallida que me abochorna recordar y que, viéndole así, vestido de Princesa Leia, no ayuda demasiado a engrandecer su memoria. Me acerco al grupito con una amarga sonrisa al intuir que Chris no ha sido la primera ni será la última cita fallida que mis compañeros de piso van a organizarme a traición. Llevan meses queriendo emparejarme con cualquiera de sus amigos, y ya he pasado por varias citas dobles de las que he salido espantada. ¡Ni una más!

Al verme, a Colin se le iluminan los ojos y hace un gesto a Batman para que se acerque. Suspiro, cansada del mismo juego de siempre. ¡Por supuesto que tenía que haber un Batman en la fiesta!

–¡Felicidades, grandullón! –Le doy un fuerte abrazo y finjo que no he notado sus malévolas intenciones.

Entonces, reparo en su atuendo con cierta sorpresa. Si Fabio luce exactamente igual que cualquier fin de semana, Colin no se ha molestado en quitarse la ropa de oficina: camisa de cuadros verde oscura, traje marrón, corbata negra y sus habituales gafas de pasta. Chloe, por el contrario, parece una muñeca pin up con ese disfraz de Wonder Woman que realza sus curvas y sus bonitos ojos azules.

–¡No me lo digas! –exclama Fabio, a quién le entusiasma adivinar cosas–. ¡Clark Kent!

–¡Te dije que me reconocerían! –Colin le sonríe a su novia con autosuficiencia y ella le dedica una mirada de aburrimiento.

–¿Qué te hubiera costado vestirte de Superman en horas de trabajo? –protesta ella–. ¡Te has puesto la misma ropa que llevas cada día a la oficina!

–Cof, cof, lo confirmo –toso por lo bajo.

–Chicos, os presento a mis compañeros de curro. Hay algunas caras nuevas –comienza Colin ignorando nuestras críticas–. Batman, Thor, Iron Man, Sailor Moon y Joker. Superhéroes y super villanos, os presento a Catwoman y… ¿Versace?

–¡Soy Lucifer! –exclama Fabio ofendido–. ¿Pero es que nadie tiene Netflix?

Sin embargo, yo no estoy pendiente de las presentaciones. El cerebro se me ha hecho serrín al ver aquel cuerpo musculoso y esos ojos tan azules como el Pacífico. Lleva unos pantalones entallados negros, un jersey de punto gris de manga larga que realza la perfecta definición de su torso, una especie de armadura vikinga por encima, una capa roja y un martillo en la mano

derecha.

–¿Qué haces tú aquí?

No me doy cuenta de que aquella pregunta ha salido de mi garganta hasta que Colin frunce el ceño y me saca de mi error.

–Creo que le estás confundiendo con otra persona, Thor trabaja conmigo. Acaba de llegar a la ciudad y no conoce a… –Colin deja de hablar al ver que su amigo entrecierra los ojos para mirarme con curiosidad. Creo que está intentando reconocerme–. Un momento, ¿os conocéis de algo?

–Nos chocamos en la calle hace algunas semanas –explico, tratando de ser más agradable de lo que fui en nuestro primer encuentro–. Me alegra comprobar que has encontrado trabajo y amigos con los que tomar café.

–¡Ya me acuerdo de ti! –Thor aprieta los labios con cierta incomodidad.

–Un momento… –El rostro de Colin adopta una mueca divertida mientras su dedo índice nos señala a él y a mí intermitentemente–. ¿Esta es la "simpática con problemas de incontinencia urinaria" de la que estuviste quejándote el otro día?

Mi compañero rompe a reír al recordarlo, una actitud muy diferente a la que muestra Thor, que adopta un cariz serio y mira para otro lado.

–¡Ey! ¡Yo no tengo problemas de incontinencia urinaria! –protesto inútilmente.

–¡No puede ser! ¿Este es "el idiota" que casi arruina nuestra campaña publicitaria? –agrega Fabio, salvando la situación y mi orgullo, para después venderse al enemigo y tenderle la mano con muchísima teatralidad–. Soy Fabio, ¡encantado! ¡Sofía me ha hablado muchísimo de ti!

Aprovecho que llevo unos *stilettos* para pegarle un merecido pisotón que él no se molesta en disimular.

–¿Qué dices que arruiné? ¿Sois publicistas? –Thor parece genuinamente interesado, no sé si en nuestro trabajo o en Fabio. Debería haberlo imaginado: todos los guapos están cogidos o son gais.

–¡Así es! –Fabio, de repente, es un derroche de amabilidad–. Trabajamos en Petrichor, la agencia número uno de publicidad en el Reino Unido. Estos cuerpos de infarto son los responsables de campañas como Sopas enlatadas El Champiñón Feliz, la última colección de Modas Sensation o aquel magnífico anuncio en YouTube para refrescos Summer Bliss.

–¿Es ese en el que una super modelo eructa después de probar el refresco? –Su tono de voz me da a entender que no le ha impresionado nuestro anuncio. Fabio se da cuenta y le cambia el gesto–. Publicistas. Eso explica lo de los pañales…

Su rostro permanece inexpresivo, mirándome con curiosidad mientras Colin, Chloe y Fabio ruedan por el suelo de la risa. Yo estoy del mismo color que la barra de labios y no me veo capaz de pronunciarme al respecto.

–Thor, Batman y compañía, un verdadero placer. Que disfrutéis de la fiesta. –No espero que Fabio me conteste: le agarro del brazo y le arrastro, literalmente, hasta la mesa de bebidas–. Necesito una copa.

–Pues vas a tener razón con lo de que se había escapado del Olimpo, ¡más bien del Valhalla! –se burla mi amigo entre risas cuando ya nadie puede oírle–. ¿Vas a hacerle el amor en un vagón del metro? Alguien prometió perder los modales si volvía a ver esos ojos…

–"Alguien" dice muchas tonterías cuando está cachonda.

–¿Tengo que recordarte que hoy ibas a tener una noche loca para variar? ¡Nos lo has prometido!

–¡Mira a tu alrededor! ¡Lo más loco que voy a hacer esta noche es ver *El juego del calamar* cuando llegue a casa! –respondo sin demasiadas expectativas en la fiesta.

–Hasta el infierno puede ser divertido si estás con el demonio correcto, Sofi.

–Por eso yo he traído a Lucifer conmigo –sonrío malévola–. ¿Limonada? –pregunto llenando dos vasos–. Ahora mismo, mataría por poder echarle un chorrito de vodka a esto.

–Deseo cumplido, nena.

Me guiña un ojo y saca su petaca de cuero, vertiendo unas gotas de alcohol en nuestros vasos de zumo. Brindamos y lo bebemos de un trago. Tiene tanta azúcar que me siento drogada.

Vuelvo a llenar los vasos –esta vez, con refresco de cola light– y nos acercamos de nuevo al grupo que rodea a Colin. Respiro aliviada al comprobar que Thor se ha ido a cazar truenos y puedo volver a ser yo misma sin morirme de vergüenza. Sin embargo, Chris (ahora "princesa Leia") sigue ahí, mirándome de un modo que me hace sentir incómoda, mientras se ajusta las ensaimadas que decoran su peluca. Decido mirar para otro lado, un grupo de cosplayers masculinos van vestidos como todos los personajes femeninos de Sailor Moon. No falta ni un detalle, lo que me hace pensar que no es la primera vez que lo hacen. Creo que permanezco mirando más tiempo del debido, porque Guerrero Luna se me acerca con aire seductor y me pregunta:

–¿También eres fan?

–Todas las niñas de mi generación estaban enganchadas a Sailor Moon –decido hacerle cómplice de mis recuerdos de la infancia–. Y te confieso que amaba en secreto a Armando.

Mi confesión no provoca el efecto esperado. Sailor Moon frunce el ceño y me mira con indiferencia.

–¿Quién es Armando?

–Tu interés romántico –respondo sorprendida de que a esta Guerrero Luna con bigote le traiga sin cuidado el amor de Armando.

–¡Oh! Mamoru Chiba –responde con autosuficiencia. No me sorprendo al comprobar que un profesional del disfraz sabe el nombre japonés de Armando–. La verdad es que ninguno de nosotros quisimos vestirnos de Mamoru, es el disfraz más aburrido del mundo.

Discrepo, pero no se lo digo. Si a alguno de sus amigos se le hubiera ocurrido ponerse el esmoquin, la chistera, el antifaz y la capa, en lugar de ese disfraz de colegiala japonesa, probablemente la noche acabaría muy diferente para ellos…

–¿Os disfrazáis a menudo? –pregunto por dar conversación.

Temo haberlo ofendido, pero algo en su respuesta me hace ver que en realidad está muy satisfecho con su elección.

–Acudimos a todas las conferencias y eventos de cosplayers de Europa –explica con orgullo–. Una vez incluso fuimos al Comic-Con[6] de San Diego vestidos como los personajes femeninos de nuestras series favoritas: Ranma, One Piece, Seven Deadly Sins, Code Geass…

–¡Ah! –replico elocuente. No tengo ni idea de qué está hablando.

–Oye, Catwoman, ¿qué te parece si nos vamos al piso de arriba y te cuento más sobre mi disfraz? –propone. Le miro, sorprendida de que alguien socialmente calificado como "friki" tenga tanta confianza en sí mismo–. Si la cosa va bien, puede que incluso te deje ver lo que escondo debajo de la falda…

Le dedico una mueca forzada y aprieto los labios lo más que puedo. Pies, ¿para qué os quiero?

–Creo que mi amigo me está llamando…

Hago mutis por el foro y regreso con Colin y Chloe, que están charlando animadamente con

su grupo de superhéroes más cercano.

–¡La madre que la parió! ¿Es que siempre tiene que dar la nota?

La voz agitada de Chloe hace que todos sigamos la dirección de su mirada para toparnos con Patricia, que se acerca en un diminuto bikini verde de látex que deja al descubierto un cuerpo escultural. A falta de tela, ha cubierto estratégicamente algunos centímetros de piel con hojas de enredadera. Para dar más glamour al atuendo, lleva unas sandalias verdes con purpurina que le han hecho crecer al menos quince centímetros. Se ha pintado su salvaje melena con tinte lavable en un tono rojo intenso y lleva un elaborado maquillaje en la misma gama cromática.

Miro alrededor y observo sorprendida que Patri ha vuelto a conseguirlo: todos los hombres de la fiesta la están mirando con auténtico deseo, mientras que la mayoría de las mujeres quieren estrangularla.

–¡Oh, Chloe, estás preciosa! –Patri se acerca a mi amiga y la aprieta entre sus brazos con falsedad. Aquélla la mira con cara compungida–. ¡Felicidades, Colin, querido! ¿De qué vas vestido?

Mientras Colin vuelve a explicar su disfraz por enésima vez, observo la reacción de Chloe, que está haciendo esfuerzos titánicos por mantener la boca cerrada.

Después de los saludos y presentaciones, Patri mira a su alrededor con curiosidad y analiza el ambiente. Yo ya sé lo que está haciendo, lo he visto demasiadas veces antes y sé que no tardará en agenciarse algún guapo desconocido y desaparecer enganchada de sus labios. Tan solo le bastan diez segundos para tener claro su plan para esta noche.

–Colin, querido, ¿podrías presentarme al chico del martillo de plástico?

LUCAS

–Ey, Lucas, quiero presentarte a alguien.

Me giro y me encuentro a Colin (quién con ese atuendo de Clark Kent, parece más Stephen Hawking que nunca) del brazo de una exuberante mujer que ha decidido olvidarse la ropa en casa.

Siempre me ha gustado observar a la gente. Hace apenas unas semanas que conozco a Colin y ya me ha bastado para identificar su lenguaje no verbal. Por ejemplo, sé que, cuando está estresado en el trabajo, se concentra tanto en la pantalla que frunce el ceño hasta envejecer diez años en un segundo. He notado que, cuando habla por teléfono con su novia, tiene un brillo inusual en los ojos y una media sonrisa que se esfuerza en disimular para que los demás no creamos que es un cursi. Y también puedo reconocer la tensión en su rostro cuando está incómodo con una situación, se le pone una voz aguda como si alguien le estuviera apretando los huevos. La misma voz que tiene ahora mientras afirma que quiere que conozca a esta stripper.

No, es imposible que Colin quiera presentarme a esta mujer por voluntad propia, después de haberle confesado el infierno que he vivido con Leah. A pesar de todo, sonrío y no pierdo los modales. Tal vez me sorprenda y, tras toda esa capa de purpurina sobre piel desnuda, se esconda una chica sencilla, humilde y cariñosa, aunque la verdad es que lo dudo bastante.

–Me llamo Patricia, pero puedes llamarme Patri. O Hiedra Venenosa, por el disfraz.

El abrazo que da es tan fuerte que puedo sentir la calidez de sus pechos desnudos y firmes contra mi cuerpo. Estoy seguro de que son de silicona, igual que los de Leah, aunque mucho más voluminosos. Es evidente que Patri es plenamente consciente del magnetismo de sus atributos y no tiene reparos en exhibirlos.

–Lucas –digo al fin por toda presentación.

Observo molesto cómo Colin regresa con su novia y me deja a solas con Patri. Ya hablaremos el lunes en la oficina…

La miro sin saber qué decir, dedicándole una mueca incómoda. Se me ha quedado su olor impregnado en la nariz con el abrazo, un perfume intenso a base de vainilla y pachuli que alguien solo se pondría si va buscando guerra. El perfecto complemento al look de esta noche.

–Me ha dicho Colin que acabas de llegar desde Australia. ¿Qué te trae por aquí?

–Trabajo –miento, dispuesto a no dar ninguna pista que me relacione con mi pasado–. La empresa para la que trabajo tenía una vacante en Europa y me pareció buena idea probar suerte.

–Supongo que, si estás en esta fiesta, eres uno de los amigos informáticos del cumpleañero, ¿me equivoco? –Patri parece contrariada e ignoro por qué.

–Departamento comercial –aclaro ipso facto–. ¿Por qué pareces tan sorprendida?

Sonríe coqueta por toda respuesta y cambia de tema.

–Pues yo soy de Medellín –dice con orgullo–. En ningún otro lugar encontrarás mujeres tan ardientes y con tanto sabor.

Su atrevida provocación no produce ningún efecto en mí. Si espera que se me olvide la extraña reacción de antes, lo lleva claro conmigo.

–¿Has estado alguna vez en Colombia?

Mientras hace la pregunta, no duda en desplegar sus encantos femeninos conmigo, dejando su voluptuoso escote bien a mi vista mientras se coloca una de las enredaderas que recorren sus

esculturales piernas. Como buena experta en el arte de la seducción, mantiene el contacto visual conmigo, advirtiendo con la mirada de toda clase de aventuras eróticas. Aunque no sea mi tipo, reconozco que no soy de piedra y aquella mujer voluptuosa remueve algo dentro de mí, o más bien, de mis pantalones.

–¿Lucas? –insiste ella, orgullosa de saber que me ha tenido por unos momentos en Babia–. Te preguntaba si conoces mi país.

–Sí, conozco Medallo –respondo casual. Patricia me mira con aprobación al oír esa manera de referirme a su ciudad–. Estuve viajando de mochilero por Latinoamérica.

–Mmm… Entonces ya habrás comprobado que lo que dicen de las colombianas es cierto… –El modo en el que me aborda, descarado y agresivamente sexy, hace que me sienta intimidado.

–La verdad es que no tengo preferencias. Me gustan todas las mujeres, sean de donde sean –contesto cortante–. Oye, Hiedra Venenosa, ¿no deberías estar persiguiendo a Batman?

–Desde pequeñita me gusta cambiar los cuentos y tengo una especial predilección por los héroes de Marvel. –Su tono de voz sugerente no es lo único que me incomoda: el hecho de que me ponga los pechos casi en la boca mientras se sirve una bebida en la barra, también.

Patricia es demasiado para mí. Demasiado escandalosa, demasiado atrevida, demasiado arrogante, demasiado sexy. Y no es un cumplido. A mí me gustan más las mujeres como "la meona" (como he bautizado a la otra amiga de Colin), con una belleza natural y discreta muy atrayente. El sutil rubor de sus mejillas cuando la he delatado, aún perceptible en la oscuridad de la sala, ha sido enternecedor. Su piel emana una delicada fragancia floral, ligeramente afrutada, que me adelanta algunos rasgos de su personalidad, que intuyo inocente y bondadosa. Y esos ojos negros que me vuelven loco… se me quedaron grabados en la memoria aquel día, pero esta noche, ocultos tras ese antifaz de gata, se me antojan irresistibles. ¿Por qué Colin no ha pensado en ella cuando le pedí que me presentara a una amiga?

Hace rato que la meona ha desaparecido de la mano de aquel tipo trajeado que no la deja sola ni a sol ni a sombra. Me pregunto qué clase de relación tendrán. Él no parece la clase de tipo que ella elegiría… En realidad, no la conozco de nada como para hacer semejante afirmación.

–¡Lo siento! No quería hacerte sentir incómodo –Patri se ha percatado de mi silencio y trata de disculparse–. Me gusta mucho coquetear, pero soy inofensiva. Supongo que aún no estás preparado para conocer a otra mujer después de…

Patri no termina la frase y no me gusta lo que intuyo en sus palabras.

–¿Después de… qué exactamente?

–Disculpa, yo no… –Ahora es ella quien parece cohibida–. Lo siento, me lo ha contado antes Calvin. Me pidió que fuera buena contigo…

–¿Calvin? –pregunto con sorpresa. Ella se muerde los labios sabiendo que ha metido la pata–. ¡Ah! ¿Te refieres a Colin?

–¡Colin! –afirma al fin, mordiéndose el labio con incomodidad.

La miro de soslayo y decido no creerla. No me creo que alguien de quien no recuerda ni su nombre sea capaz de confiarle mis miserias de ese modo. Colin no es un chismoso, y no me gusta que ella me esté mintiendo para salir del paso cuando es evidente que me ha reconocido por sus propios medios.

–¡Por favor, no le digas nada! –ruega, sabedora de que está metida en un lío.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia, pero en realidad yo ya he tomado una decisión respecto a ella: no quiero volver a verla ni en pintura.

–¿Por qué no nos olvidamos de este incidente y me invitas a una copa? –propone, tratando de

salvar la situación–. Si todo va bien esta noche, tal vez yo te invite a desayunar…

Sonrío por educación y decido que nuestra no relación acaba aquí y ahora. Me pregunto nuevamente qué habrá llevado a Colin a querer emparejarme con semejante bomba.

4

SOFÍA

Odio salir de fiesta con Fabio porque siempre acabo volviéndome a casa sola. En su empeño por vivir la vida al máximo, tiende a pernoctar en camas ajenas con demasiada frecuencia, aunque él prefiere acuñar un término del oficio para describir su promiscuidad: investigación de mercado. Y en este preciso instante, está tratando de descubrir quién besa mejor, Lobezno o el Capitán América. Y es muy probable que Patri ya le esté enseñando sus artes amatorias a Thor no muy lejos de aquí. Juro que a veces me gustaría ser así, tener esa facilidad para irme a la cama con un completo desconocido sin sentirme rara por ello. Poder ver el sexo como una necesidad física y no como un intercambio en el que necesariamente tenía que haber algún tipo de conexión emocional.

Ante la evidencia de que no voy a volver a verles el pelo esta noche y mi negativa de despertarme mañana con ninguno de los amigos raritos de Colin, cojo un cóctel sin alcohol de la improvisada barra y subo a la terraza de arriba en busca de un poco de aire fresco. Hace tiempo que he dejado mi antifaz olvidado en algún lugar de esa fiesta, pero me trae sin cuidado.

El propietario de la casa se lo ha montado muy bien al comprar ese ático dúplex, las vistas a La City le quitan a uno el sentido. Lo que también diviso desde la terraza es a una parejita que, aprovechando la tranquilidad del piso de arriba, se ha adueñado de una de las habitaciones acristaladas que da a la terraza para darle rienda suelta a la pasión.

Me apoyo en la barandilla y dejo mi mocktail a un lado. No voy a tardar en irme. Incluso la música se me antoja deprimente esta noche. La última media hora ha sido un recopilatorio de canciones sentimentaloides de los 90, y en estos momentos está sonando el *I want it that way* de Back Street Boys. Por favor, que alguien traiga un Dj y nos ponga algo de reggaetón, que no le gustará a nadie, pero todo el mundo se anima en la pista cuando canta J. Balvin.

–¡Ey! ¿Qué haces aquí tan sola, gatita?

Su voz detrás de mí hace que me sobresalte. Estaba tan concentrada en el paisaje urbano, que no le he oído llegar. Me giro y emito una sonrisa tímida, la perfección de sus rasgos y su masculinidad me ponen nerviosa. ¿Qué demonios hace Thor aquí?

–Disfrutar de la fiesta a mi manera –respondo poco elocuente, levantando en alto mi bebida.

–¿Dónde has dejado a tu diablo vestido de Prada?

–Ha encontrado un par de superhéroes con los que entretenerse. ¿Y tú? A estas alturas te hacía ya cazando truenos, pero no ha caído una sola gota en toda la tarde.

Thor sonríe para sí. No es una risa arrogante, sino dulce y espontánea, y eso me intimida aún más: es la clase de sonrisa por la que sé que podría perder la cabeza. Le noto inquieto, analizando todo a nuestro alrededor en busca de no sé muy bien qué.

–¿Por qué estás tan agitado? Parece que estuvieras escondiéndote de alguien…

–Así es –confirma con una mueca de hartazgo–. No sé si habrás visto por ahí a una mujer desvestida de verde…

Tengo que hacer auténticos esfuerzos por no romper a reír aquí mismo.

–¿En serio estás huyendo de Patri?

–¿La conoces? –pregunta frunciendo el ceño–. Entonces, no te sorprenderán sus métodos de cortejo.

–Lo que me sorprende es que no sean efectivos. Patri siempre consigue lo que quiere. Y, obviamente, esta noche te quiere a ti en su cama. ¿Para qué va a andarse con rodeos?

–Pues me temo que esta vez no van a funcionarle. De hecho… Estaba a punto de irme –confiesa con una sonrisa encantadora–. Agradezco mucho la invitación, pero esta fiesta es un coñazo. ¡Y los cócteles son horribles! Llevo al menos siete mojitos y aún no me he emborrachado, que era justo lo que necesitaba esta noche.

–Es que son sin alcohol. Solo espero que no seas diabético…

–¡Eso lo explica todo! ¿Y no hay ninguna manera de conseguir una cerveza en este lugar?

–Sí, llamando a Harry Potter, pero está liado esta noche y no ha venido a la fiesta –contesto. Su tímida sonrisa me muestra que no me ha tomado en serio–. ¡Oh! Lo decía en serio, nuestro Harry es irlandés y no tiene varita, pero siempre trae algunas cervezas de extranjis.

–Descartado el alcohol. ¿Y quién ha elegido esta música? ¡Me están entrando ganas de saltar por el balcón!

Mientras protesta, oigo de fondo *Eternal Flame* versionado por Atomic Kitten. La canción anterior no era mucho más animada, el *Careless Whisper* de George Michael.

–¡Colin! –suspiro, dándole la razón–. Es un nostálgico. Y sí, la fiesta es horrible. Por no mencionar la comida... Algún cutre ha traído pan de sándwich adornado con confeti como si fuera un pastel. ¿Puedes creerlo?

Mientras escucha mi verborrea, la cara de Thor se pone de todos los colores y deduzco que algo en mi discurso le ha ofendido.

–Es *Fairy bread*[7]–explica con una mueca– y es lo más típico que te puedes encontrar en Australia en una fiesta infantil. Dadas las circunstancias, los disfraces, la falta de alcohol… Pensé que sería apropiado.

–¡Así que eres australiano! –exclamo sorprendida por el hallazgo y tratando de olvidar mi metedura de pata–. Eso explica que esté tan bueno…

–¿Perdona? –Su rostro muestra confusión.

–¡El pavlova! –aclaro, consciente de que estaba pensando en voz alta–. Supongo que también lo has traído tú, ¿no?

–El pastel, claro... Además de echar confeti sobre pan de molde, también sé cocinar –aclara con sorna. Estoy a un tris de recordarle sus bromitas sobre mis pérdidas de orina, pero decido no seguir humillándolo–. Me alegra que te guste, es una versión vegana.

–¿Eres vegano?

–No me gustan las etiquetas.

–Así que eres de esos.

–¿Que soy de cuáles? –Su mirada azul me penetra con curiosidad, pero no parece ofendido.

Me oculto misteriosa tras mi bebida por toda respuesta. Hay algo en él que me fascina, una mezcla interesante de rasgos que hacen imposible descifrar su personalidad. Parece frágil y, a la vez, orgulloso y seguro de sí mismo, como si pudiera escribir un poema y ganar una pelea en el mismo día. Tiene un aire de autosuficiencia como de quien lo ha visto y lo ha vivido todo y, a la vez, una mirada ingenua y soñadora que le confiere un aire muy naíf. Desconcertantemente atractivo y lleno de misterios que yo quiero resolver.

El sonido de unos tacones acercándose con fuerza rompe el silencio. Unos balbuceos

quejumbrosos se dejan oír a lo lejos, que enseguida reconozco como la voz de mi amiga Patri después de unas cuantas copas. ¿De dónde ha sacado el alcohol?

–¿Thor? ¿estás aquí? –Mi amiga tiene claro que no va a dormir sola esta noche–. ¿Fabs? ¿Sofi?

El sonido de su voz se escucha cada vez más cercano.

–Creo que tu supervillana no se ha dado por vencida…

–Eso me temo.

Thor mira a nuestro alrededor en busca de algún lugar dónde esconderse, pero la terraza es tan amplia como minimalista, así que tendrá que enfrentarse a mi amiga tarde o temprano. Entonces, agarra con fuerza mi mano y me arrastra, literalmente, hacia la ventana de la habitación donde sé de buena tinta que hay una pareja magreándose.

–¿Pero tú estás loco o qué?

En realidad, no lo estoy preguntando: lo afirmo. El superhéroe sin nombre de pila no contesta por evitar hacer más ruido del necesario, mientras me obliga a entrar en la habitación a través de la ventana. La pareja ni siquiera se inmuta al ver a dos desconocidos irrumpiendo de manera tan abrupta y siguen a lo suyo, ajenos a nuestra presencia.

Thor sigue arrastrándome a través de la amplia habitación y salimos a una especie de pasillo con una suerte de escaleras que llevan a la planta de abajo, donde se desarrolla la fiesta. Pero él no toma el camino fácil, sino que sigue a lo largo del pasillo y se mete en otra de las habitaciones. Es igual de amplia que la anterior, con un billar en el centro de la estancia, un proyector al frente, varias estanterías abarrotadas de libros y un par de sofás de terciopelo azul marino en un lateral. Lujo y confort de estilo vintage. Mataría por tener una sala así en mi casa.

–¡Los hay que no pierden el tiempo! –exclama. Tardo en comprender que se está burlando de la parejita a la que hemos interrumpido en pleno acto.

–¡Creo que estoy más abochornada yo que ellos! ¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer conmigo? –pregunto con los ojos como platos, esperando que a Thor se le ocurra una grandiosa idea.

La voz de Patri de fondo nos indica que no se ha dado por vencida en su búsqueda. Thor vuelve a coger mi mano sin mediar palabra y decide cruzar la sala hasta dar con una puerta que da a un pasillo angosto y que alberga otras dos habitaciones. ¡Este dúplex es más complicado que el laberinto de Alicia! Sin pensarlo ni un segundo, Thor se mete en la habitación que queda a nuestra derecha y cierra con cuidado de no hacer demasiado ruido. A estas alturas ya no sé qué pensar: si es un cobarde, un pirado, o si es tan solo una excusa para quedarse a solas conmigo.

–¿Se puede saber qué estamos haciendo aquí? –indago, sin entender su plan maestro.

–Asegurarme de que tu amiga no descubre mi paradero. No puedo dejar testigos ni cabos sueltos. Lo siento, era eso o matarte.

–En ese caso, me alegro de seguir con vida –bufo por lo bajo–. ¿Por qué no eres claro con ella en lugar de esconderte?

–¿De verdad sois amigas? –inquiere con ironía–. Porque creo que no la conoces demasiado bien.

Sí, la conozco lo suficientemente bien para saber que Patri no va a aceptar un “no” por respuesta.

–¿Sofiiii, estás aquí? –La voz inestable de mi amiga sigue oyéndose en la proximidad–. ¿Fabs? ¡Esta fiesta es un muermo! ¿Por qué no nos vamos al Salsa a mover el esqueleto?

Por primera vez, examino la habitación en la que nos hallamos, un dormitorio tan amplio como mi piso entero, en el que hay una cama de madera maciza con dosel, un gran armario

empotrado con espejos que van de pared a pared y dos mesitas de noche. La ventana también da a la terraza, así que estamos de nuevo en un callejón sin salida.

–Mira, creo que deberíamos salir ahí afuera y enfrentar… –propongo, pero él no me está escuchando.

El pánico se dibuja en sus ojos y me doy cuenta de que realmente no quiere ver a Patri ni en pintura, aunque ignoro el porqué. Me dirige una mirada que no sé descifrar, y añade:

–Perdóname.

Para no variar desde que ese hombre entró en escena, no tengo ni idea de qué está pasando.

–¿Por qué tengo que perd…?

–¡Por esto!

Thor no lo piensa dos veces y me empuja dentro del armario con él. Mi cara se topa torpemente con lo que parece un pesado abrigo de paño, y mis pies parecen atrapados por toda suerte de zapatos y complementos que descansan en el suelo. Si hubiera un simple rayito de luz, Thor se habría dado cuenta de la cara de perplejidad que inunda mi rostro en estos momentos, mezclada con la cohibición de estar en un espacio tan reducido con un hombre tan atractivo y que huele tan bien. Porque sí, a pesar del fuerte olor a ambientador de lavanda que desprenden las prendas que nos rodean, también puedo oler el embriagador perfume de su piel, una sensual mezcla de ámbar, especias y cítricos muy varonil. Entre el disfraz, la oscuridad y el encierro, mis sentidos se agudizan, percibiéndolo todo de un modo más intenso. La voz de Patri en la lejanía. El calor voluptuoso que exuda su cuerpo tan cerca del mío. Los latidos de mi corazón.

–¡Definitivamente estás mal de la cabeza! –exclamo más divertida que preocupada.

Saco el móvil del mini bolso y enciendo la linterna. La cara de pánico del dios del trueno no tiene precio, y el hecho de que esté encogido para poder caber en el armario, hace la situación aún más ridícula si es posible. No puedo evitar reírme mientras él me interroga con sus ojos azules, que ahora están llenos de sombras.

–Te has fijado en que estamos dentro de un armario, ¿verdad?

–Te aseguro que todo esto tiene una explicación lógica que no puedo darte ahora mismo.

–Y yo te aseguro que me muero por conocerla.

–¡Chist!

Me quita el móvil y aprisiona la pantalla contra su pierna para apagar la luz, mientras un dedo se apoya suavemente sobre mis labios, invitándome a callar. Aquel gesto tan erótico hace que me tiemblen las piernas.

Un silencio sepulcral invade la estancia cuando Patri irrumpe en ella, encendiendo todas las luces que encuentra a su paso y dejándose caer sobre la cama, abatida.

–¿Dónde narices os habéis metido todos? –protesta en español.

Mi móvil comienza a vibrar violentamente contra su pantalón. Estoy tan cerca de él que puedo notar las vibraciones en mi propio cuerpo. Solo espero que Patri no se dé cuenta de que algo se está moviendo en el armario o va a ser muy difícil explicarle qué hacemos aquí dentro si ni yo misma lo sé.

–¡Pues nada! Que disfrutéis mucho de la fiesta sin mí, ¡yo me voy a bailar!

–¿Sabes qué ha dicho? –pregunta Thor tan cerca de mis labios que hace que note un escalofrío.

–Dice que se va a bailar.

–Ah, pues muy bien por ella. –Su indiferencia resulta llamativa–. Con ese atuendo, seguro que no le faltarán voluntarios para bailar en horizontal.

–En serio, ¿qué clase de hombre eres tú? –pregunto sorprendida de que el minúsculo modelito de mi amiga le inquiete tanto.

–No soy un hombre corriente, soy un dios, ¿recuerdas? –Thor eleva su martillo lo que la estrechez del armario le permite y gruñe asemejándose a un vikingo listo para el ataque–. Por cierto, ¿qué idioma era ese? ¿Italiano?

–Español. Soy la que ha traído la comida de verdad a la fiesta.

–Llamar fiesta a esto es ser muy optimistas, ¿no crees?

–El plan ha mejorado infinitamente ahora que estamos dentro de un armario –replico con sarcasmo–. ¿Piensas tenerme mucho más tiempo encerrada? No es que me importe perderme el cumpleaños, pero empieza a hacer demasiado calor aquí dentro. Y apesta a Lavanda.

Thor abre la puerta y me devuelve el móvil. Por un segundo, temo que aquí acabe nuestra aventura. Por muy triste que suene reconocerlo, estar encerrada con un superhéroe falso en un armario es lo más excitante que me ha pasado en el último año.

–Lo siento, pero esta noche no puedo dejarte libre, gatita. Demasiado arriesgado. Tu amiga te está buscando y podrías irte de la lengua, no quiero que me delates.

–¿Así que vas a secuestrarme? –flirteo con voz coqueta. El plan suena deliciosamente bien.

–Me temo que no tengo otra opción, a no ser que tengas ganas de regresar a la pista y cortarte las venas a ritmo de *Nothing Else Matters*.

–Por mucho que me guste Metallica, reconozco que al plan le veo lagunas.

–¡Decidido!

Mi misterioso superhéroe se mueve por los pasillos como Perico por su casa, y yo, idiota de mí, soy cómplice de su delito. Le sigo por el corredor hasta la habitación del fondo que aún no hemos explorado, y Thor la abre sin ningún tipo de miramientos. Nos encontramos un despacho decorado al estilo años 20, con una máquina de escribir Remington que me chifla coronando la mesa. Thor coge la silla de escritorio y la cubre con folios que ha cogido de una impresora. Sinceramente, no estoy muy segura de qué está haciendo. Lo siguiente que veo es que ha movido la silla hasta situarla debajo de una trampilla que hay en el techo y que, deduzco, lleva hasta una buhardilla.

Le observo con los ojos como platos. Una cosa es deambular por las habitaciones libremente –que ya de por sí me parece una falta de educación–, y otra muy diferente, allanar de ese modo una estancia que parece oculta al público. Nada parece detenerle, abre la trampilla, baja una escalera plegable y comienza a subirla con decisión. Yo me quedo un rato en tierra firme pensando que la aventura está llegando demasiado lejos, pero Thor vuelve a tenderme la mano con insistencia y ese gesto que se dibuja en sus labios entre tímido y provocador que hace que me derrita. A pesar de que acabo de conocerle y esto es impropio de mí, sé que ya he caído como una colegiala. Además, estoy aburridísima en esta fiesta que no merece tal nombre. ¿Y a quién vamos a engañar? Con mi vida en general. No puede ser tan terrible dejarse llevar un poco por una vez…

–¿Subes o no? –insiste–. Aquí arriba es donde esconden el alcohol y el tocadiscos, igual podemos hacer que la fiesta mejore.

–Dime una cosa, Thor, ¿sueles asaltar todas las casas a las que te invitan o habías estado aquí antes?

–¿En la casa de Iron Man? –pregunta perplejo, resolviendo la duda de quién era el propietario del casoplón–. ¡Por supuesto! Es aquí donde tuvieron lugar todas las reuniones super secretas con la agencia S.H.I.E.L.D. que viste en *Los Vengadores*.

Su falta de decoro me aturde las neuronas y no puedo hacer más que tenderle la mano para que me ayude a subir al desván. La estancia en la que nos hallamos me deja obnubilada, una especie de sala de estar secreta decorada con mullidos sillones de cuero marrón, una pequeña nevera congeladora para guardar el hielo y una barra de bar decorativa que alberga toda clase de bebidas alcohólicas que cuestan por botella lo que mi sueldo de un mes. Todo en esa sala sigue una temática clara de viajes, desde souvenirs de los lugares más recónditos del mundo hasta mapas antiguos enmarcados en las paredes o una bonita lámpara con forma de bola del mundo.

Le observo algo confusa mientras analiza las botellas de vino con total familiaridad y se decanta por un Shiraz australiano que sirve en dos copas de cristal que saca del armario. Como Iron Man nos pille saqueando sus reservas, vamos a dejar de ser bienvenidos en la "Mansión Stark", pero tengo que confesar que la pequeña travesura me está excitando muchísimo.

–Oye, ¿traer al enemigo a la base de operaciones no se considera alta traición? –Trato de sonar inocente, pero hasta yo me he dado cuenta de que estoy coqueteando descaradamente con él.

–Mmm… no lo había pensado, gatita. –Me tiende la copa y me mira de un modo que hace que me sienta desnuda–. ¿No estarás intentando sacarme información para contárselo a Loki?

–¡Me has pillado! –brindo contra su copa antes de darle un sorbito al vino, que está francamente delicioso.

Por un momento, me pregunto si va a invitarme a sentarme con él en el sofá o vamos a quedarnos de pie toda la noche como dos pasmarotes. Reconozco que no he pensado muy bien en lo que hacía cuando acepté quedarme a solas con él en ese desván, así que me limito a sonreír y beber a la espera de que pase algo. Lo que sea. Afortunadamente, Thor toma cartas en el asunto y sujeta mi mano con decisión, guiándome lentamente hacia el sofá.

Los nervios me secan la saliva de golpe y decido humedecer la boca con un trago de vino. Thor mantiene el contacto visual y yo nado en la profundidad de su mar azul, ahogándome en él. Nunca he sido demasiado buena en esto del cortejo. Necesito sacar cualquier tema de conversación antes de que él haga algo tan estúpido como besarme y me pille fuera de juego.

–Veo que ya te has instalado bien, tienes trabajo, amigos…

¡Bingo! Eso sí que ha sido estúpido.

–La verdad es que he tenido suerte –responde con dejadez, concentrado en abrir la ventana que hay sobre el sofá en el techo abuhardillado y desde la cual se vislumbra un hermoso cielo plagado de estrellas, algo inusual en este rincón del planeta–. Y la madre de Colin me ha ayudado muchísimo. Fue ella quien nos presentó. Es como mi hada madrina.

–Maggie es fantástica, también ha sido mi hada madrina desde que llegué. Y es una gran cocinera, hace unos pasteles galeses para morirse… –Me interrumpo al ver que está sacando medio cuerpo por fuera de la ventana sin importarle lo que yo le esté diciendo–. Perdona, ¿me estás escuchando?

–¡Claro que sí, gatita! Los pasteles de Maggie son increíbles, los trajo a la oficina el otro día –asegura. El brillo de sus ojos se intensifica. Deduzco que está tan maravillado con las vistas a La City como yo lo estaba desde la terraza–. ¡Ven, anda! Quiero mostrarte algo. Será mejor que te descalces.

LUCAS

No sé en qué estoy pensando para pedirle que se suba conmigo al tejado. Es una locura impropia de mí y probablemente ella esté arrepintiéndose de haber seguido a un lunático hasta aquí, pero por alguna extraña razón que no logro entender, su simple presencia me hace sentir vivo. Apenas hemos cruzado un puñado de frases y ya han sido suficientes para que mi organismo reaccione ante ella. Me matan las ganas y la curiosidad.

Me hubiera gustado ser sincero, contarle que en realidad estaba huyendo de su amiga porque, además de su agresivo modo de ligar conmigo que me estaba incomodando, está el hecho de que Patri me ha descubierto. Reconozco esa mirada lasciva en cuanto la veo porque, por desgracia, la he visto cientos de veces. La veía en Leah cuando decía que me amaba y por detrás se estaba tirando a otro mejor posicionado que yo. A Patri también le trae sin cuidado cómo soy o qué siento, solo ve el personaje social que he creado para protegerme. Y sospecho que es cuestión de tiempo hasta que se lo acabe contando a mi meona, lo que es una pena, porque realmente estoy disfrutando de su compañía esta noche. Por eso la he traído al tejado, porque quiero atesorar este momento tan nuestro, esa inocencia, lo máximo que pueda.

–¡Debo de estar como una cabra para hacerte caso! –interrumpe mis pensamientos con una expresión divertida en el rostro.

Creo que aún se está preguntando por qué me ha seguido hasta el tejado. Y, seamos sinceros: yo también me muero por conocer la respuesta.

–¡Y, sin embargo, aquí estás! –me burlo, metiendo el dedo aún más en la llaga.

Catwoman me mira con desconfianza, pero me sigue el rollo. Le tiendo la mano con galantería, ayudándole a salir al tejado, donde nos sentamos a disfrutar de la brisa de verano y de unas vistas que acaban de mejorar con creces con su compañía.

–¡Creo que estás loco y vas a conseguir que nos matemos los dos!

Protesta con palabras mientras sus gestos la contradicen, acomodándose en el tejado, y sin soltar la copa de vino que le he ofrecido.

–¿Tú no tenías siete vidas, gatita? ¿A qué le tienes miedo?

–No estoy dispuesta a perder ninguna esta noche, forastero.

–Mientras tenga mi martillo, estarás a salvo. Por cierto, ¿has dicho que conoces a Maggie? –pregunto recordando que la meona conoce a la secretaria de mi empresa–. ¿No me dirás que eres una ex trabajadora de Cloud Computing y lo dejaste todo por la publicidad?

–¡Qué va! –se ríe por la ocurrencia. Me encanta hacerla sonreír–. Soy la compañera de piso del cumpleañero. Bueno, de Chloe en realidad… Colin se nos ha metido de okupa hace unos meses y me da que ya no va a marcharse.

–¿Tú eres la famosa Sofía? –pregunto incapaz de creer mi suerte. Ella me mira con curiosidad y me incita sin palabras a seguir hablando.

–¿Famosa? ¿Qué te ha dicho Colin de mí? ¿No me digas que está intentando emparejarte conmigo? ¡Qué bochorno!

–¿Tan malo sería?

Sofía se gira para mirarme con perplejidad.

–Reconozco que no eres la peor opción en el caso de que estuvieras soltero... ¿Vas a contarme qué te contó sobre mí o no?

Acaba de decirme sutilmente que está disponible y en sus palabras hay una pregunta tácita que me da a entender que ella siente por mí la misma curiosidad que yo hacia ella. Me gusta su estilo, cuidado e inteligente. Contraigo los labios en una sonrisa canalla que sé que está desquiciándola aún más. A estas alturas, ya he observado que Sofía no tiene paciencia y que se pone nerviosa cuando le toman el pelo.

–La verdad es que, después de lo que me contó, te imaginaba más… distinta –le provoco.

En realidad, el cotilleo me da igual, pero provocarla es demasiado sencillo.

–¡Thor! –insiste ella perdiendo los nervios–. ¿Qué demonios has oído?

–¡Está bien, está bien! Fue el otro día en esta misma casa –comienzo con lentitud–. Estábamos jugando al Risk y Chris preguntó si vendrías al cumpleaños –según pronuncio ese nombre, su cara se pone pálida como la luna que nos ilumina esta noche–. Y por la cara que estás poniendo deduzco que toooodoooo es verdad.

–¡Solo fue una vez! –se defiende ella ofendida–. Colin y Chloe tienen cierta tendencia a organizarme citas con sus amigos. No tengo ningún interés, pero ese día me pilló con la guardia baja, y… ¡yo qué sé! ¿Tú sabes el tiempo que hacía que no…?

–¡Okey, demasiada información! –suelto con los ojos como platos. Su confesión me ha dejado abrumado–. Me cuesta creerte, pensé que una chica tan guapa estaría ciega a citas.

–Lo de Chris fue hace tiempo… ¡Y un auténtico desastre! Me paso el día conociendo a capullos que se acercan a Patri solo por sus tetas, y Chris parecía un buen chico, aburrido, pero buen chico. Y es amigo de Colin… Pensé, "¿por qué no?".

–¿Así que te van los chicos buenos? –Su verborrea me divierte y me incita a querer saber más.

–¡Por supuesto que no! Pero me he equivocado demasiado con los malos en esta vida y ya no soy una niña. Los chicos malos están muy bien para que te empotren contra la pared, pero sabes que van a acabar haciéndote daño antes o después…

–Depende de la pasión con la que te empotren… –bromeo. Ella me mira de repente y me deleita con esa dulce sonrisa que parece calentar el aire–. De todos modos, no tienes nada de lo que avergonzarte, yo tampoco he estado con alguien en bastante tiempo.

–Lo mío fueron casi dos años –confiesa apesadumbrada–. ¿Puedes superar eso?

–¿Dos años? –pregunto ojiplático perdido y pensando que la gatita tiene que tener alguna tara que aún no he descubierto–. ¿Qué te llevó a estar dos años sin sexo?

–Varias cosas en realidad. He estado demasiado centrada en el trabajo, el bajón que me producía la colección de mamarrachos que se liaban con Patri, una relación fallida que me dejó hecha polvo… –responde con la mirada perdida en sus pensamientos–. ¡En fin! No sé por qué te estoy contando todo esto.

No me atrevo a indagar más, aunque de algún modo, me alegra saber que no soy el único que tiene cicatrices. Sin embargo, la manera en la que ella habla de ello, sin tapujos, me da a entender que tal vez ya lo haya superado.

–Lo de Chris es agua pasado –concluye–. No duró más de un par de citas y ahora nos evitamos cuando coincidimos en las fiestas.

–Tú le evitas –corrijo–. Él estaba deseando volver a verte.

–¡Lo que sea! ¿Y cuál es tu excusa? ¿Cuánto llevas sin estar con nadie? –pregunta mirándome con curiosidad. Sonrío apretando los labios sin saber qué responder a eso. A diferencia de ella, yo no estoy aún preparado para hablar de mi situación–. ¡Lo siento! No debería haber…

–Cinco meses y veintiún días –confieso al fin, notando que me libera hablar con ella–. Desde el día en que me enteré de que mi novia me los ponía con un pijo engominado.

–Lo siento. –Su preocupación parece sincera–. Pensaba que todos los hombres superabais las rupturas a base de sexo desenfrenado con atractivas desconocidas en bares de copas.

–Era una opción, pero, francamente, le cogí manía a las de tu especie, así que opté por desintoxicarme de mujeres y tomarme un tiempo para intentar conocerme a mí mismo.

–¿Y ha funcionado? –Su mirada me desconcierta. Creo que de mi respuesta va a depender el rumbo que tome esta noche.

–Ya lo he superado –miento–. Estoy haciendo deporte, conociendo gente nueva, me he mudado a esta ciudad… Romper con ella fue lo mejor que me ha pasado, ¿sabes? Últimamente estoy descubriendo cosas de mí mismo que ni yo conocía. Me he dado cuenta de que, con ella, estaba constantemente fingiendo ser otra persona para agradarle.

–Entiendo… –dice ella con un gesto de consternación–. Pero eso no es amor entonces. Dependencia, necesidad tal vez, pero no amor.

–¡Sí que era amor! –exclamo, defendiendo a capa y espada ese sentimiento que me ha estado martirizando durante los cinco largos años que he pasado con Leah. Que aún me martiriza.

–Está bien, no tienes que darme explicaciones. ¿Quién soy yo para juzgar tu relación tóxica? ¡Yo me he liado con un tipo que hoy va vestido como la princesa Leia!

–Precisamente por eso me he sorprendido al saber que tú eras Sofía. Pensé que serías más…

–¿Más qué? ¡Termina la maldita frase!

–Más como Christian.

–A decir verdad, tú tampoco cumples precisamente el perfil de los amigos informáticos de Colin. –No sé si es un piropo o me está insultando.

–Es que soy de ventas.

–Y debes de ser de los buenos… –Su mirada se burla de mí de algún modo.

–¿Por qué dices eso?

–Tu reloj –aclara mirando mi Rolex–. Vale más que todo lo que poseo junto.

–Fue un regalo de mis padres cuando cumplí los 30 –explico con autosuficiencia.

–¡Ah! Burgués y viejo.

–¡Ninguna de las dos cosas, meona! Más bien diría que mis padres no me conocen demasiado bien. El dichoso relojito no pega con mi tabla de surf y mis chanclas, pero rechazar un regalo es de mala educación.

–¿Eres surfista?

–Lo era en Australia.

–Pues espero que te guste el agua fría, porque aquí corta como cuchillos.

–¿Aquí se puede hacer surf?

–Eres consciente de que estás en una isla, ¿verdad? –pregunta con socarronería. La verdad es que ni se me había pasado por la cabeza explorar la costa–. No es Australia, pero al menos ningún animal asesino intentará matarte.

Sonríe y sé que está provocándome de nuevo, buscando alguna reacción en mí más allá de una mera conversación.

–¿Es cierto que en España seguís yendo a caballo? –pregunto devolviéndole la pulla.

–¡Por supuesto! Hace juego con nuestros trajes de torero y flamenca. Por cierto, ¿estás de paso o tienes pensado quedarte?

–¿En Londres? Si te tomas ese café conmigo, puede que me quede.

Sonríe satisfecha y mira para otro lado con timidez, dándole un sorbo a su copa que le moja sutilmente la boca de vino. Aquel gesto hace que desee aún más morder esos labios rojos,

besarlos hasta que no quede rastro de su pintalabios.

–A decir verdad, cuando me has encontrado en la terraza estaba huyendo de alguien… Sailor Moon se ha ofrecido a enseñarme lo que hay debajo de su falda.

Rompo a reír con la imagen grotesca que proyecta en mi mente y ella se cubre la cara con la vergüenza.

–¡Ups! Imagino que tiene que ser duro ser la única mujer de la fiesta.

–¡Ni te lo imaginas! –suspira ella apesadumbrada–. ¿Y vives lejos de aquí? –pregunta. No sé si está siendo curiosa o me está incitando a que la lleve a mi casa y la haga mía. Mataría porque me dijera que sí a lo segundo…

–En Canary Wharf, cerca de la oficina –respondo–. ¿Has visto ese barrio alguna vez de noche? ¡Es espectacular!

–¿Lo has visto tú alguna vez desde el teleférico? –pregunta con seguridad–. ¡Te vas a quedar sin palabras!

–¿A qué hora cierran?

–No sé, como a las 11.

Miro el reloj que queda oculto tras el disfraz de Thor. Las diez y media, aún hay tiempo de mejorar la noche. Si subirnos al tejado era de locos, con estoy voy a conseguir que me encierre…

–Si corremos, aún llegamos a tiempo para el último pase... –propongo.

–¿Tú estás loco? Como Colin se entere de que me he perdido su fiesta de treinta cumpleaños, me mata. Y te recuerdo que vivo con él.

–No tiene por qué enterarse… Te traeré de vuelta antes de las 12, como a Cenicienta. Además, no puedes negarme que te estabas aburriendo antes de que yo te rescatara…

–Puede que estuviera a punto de largarme –confiesa, restándole importancia–. En cualquier caso, lamento decirte que no llegamos al teleférico.

–¡Vayamos a otro sitio entonces! ¡Londres está lleno de posibilidades!

–No sé…

–Ey, me dijiste que ibas a dejar ese café en manos del destino –le recuerdo, agarrándome a la última esperanza de salir de aquel muermo de fiesta con ella–. ¡Y míranos! Creo que el destino se ha posicionado.

–Thor, ¡eres una malísima influencia! –reconoce, mientras le da vueltas al plan.

–Me temo que no tienes opción, gatita. No voy a arriesgarme a dejarte sola y que le cuentes a la mujer de verde mi paradero.

Sofía se muerde el labio, nerviosa, mientras le da vueltas al plan. Ya es definitivo: necesito saber a qué saben esos labios, con urgente desesperación.

–Me encantaría saber cómo vamos a salir de este piso sin que nadie se dé cuenta. A no ser que estés planeando usar tus super poderes…

–Me temo que no estoy autorizado a mostrar mis poderes delante de ninguna villana de la competencia, cosas del guion, así que tendremos que usar una de las cuatro puertas que hay en esta casa y que da la casualidad que conozco a la perfección.

–Confiesa: ya has salido huyendo de una de estas fiestas antes, ¿verdad?

–El domingo pasado. Cuatro horas de Dragones y Mazmorras escuchando a London Grammar de fondo. ¡Te juro que casi me corto las venas cuando sonó *Wasting my young years* por tercera vez! –confieso un tanto melodramático–. ¿Por qué no vamos a algún sitio tranquilo donde podamos charlar y conocernos mejor?

Sofía entrecierra los ojos y tuerce el gesto, como tratando de tomar una decisión de manera

muy teatral. Sonrío satisfecho. Mucho antes de que ella pronuncie las palabras, yo ya sé que va a decirme que sí.

–Sé exactamente dónde llevarte.

5

SOFÍA

Mientras observo a Thor pidiendo nuestra segunda cerveza en aquel bar decorado con hermosas pinturas sobre las maravillas arquitectónicas de la capital, me pregunto cómo he acabado aquí, en este bullicioso pub de Southwark, acompañada de un apuesto desconocido y vestidos de la manera más llamativa posible. Mi disfraz aún tiene un pase, pero el suyo, sumado a un físico tan escandaloso, llama la atención allá por dónde va. Apuesto a que la camarera que le está sirviendo está pensando en la manera más rápida de quitarle la ropa.

Los temas de conversación han surgido con tanta fluidez, que hemos llenado el tiempo sin apenas darnos cuenta.

Se acerca de nuevo a la mesa, deja las cervezas y señala una de las imágenes que tenemos cerca, una cúpula con pinchos que enseguida reconozco como el estadio.

–¿Qué es eso? –pregunta Thor .

–Es el O2 Arena –explico–. Ahí tienen lugar los mayores eventos deportivos y musicales del país. Hace un par de años fui a ver a The Scorpions y la acústica fue brutal.

–¿Te gustan The Scorpions? –No duda en mostrar su sorpresa con el hallazgo mientras choca su pinta de cerveza contra la mía en un improvisado brindis.

–¿Por qué pareces tan sorprendido? ¡Ah, ya sé! Como soy española, has dado por hecho que solo escucho flamenco, ¿verdad? ¡Olé, Olé! –me burlo, algo achispada por el alcohol.

Mi comentario parece divertirle, a la vez que se esfuerza en buscar excusas para justificarse.

–Estaba pensando en Ed Sheeran y en los Jonas Brothers en realidad. Es música más apropiada para alguien de tu generación.

–¿Mi generación? –repito boquiabierta–. ¿Pero qué edad crees que tengo, hombre de Cromañón?

–Espero que la suficiente para que este secuestro no se considere ilegal. No me gustaría acabar en la cárcel por raptar y emborrachar a una menor.

Me doy cuenta de que está provocándome de nuevo a la espera de que le dé esa información, lo cual me da a entender que tiene algún tipo de interés en mí. Le miro con detenimiento un segundo, antes de decidir qué actitud voy a tomar frente a él ahora que sé a ciencia cierta que está coqueteando conmigo. Nunca me han gustado los capitanes de equipo, las estrellas de rock frustradas o los surfistas bronceados, pero sinceramente, no sé dónde encasillarle. Tiene un cuerpo fornido digno de un atleta, y el ingenio e inteligencia de una rata de biblioteca. Esa combinación me resulta demoledoramente sexy. Y muy peligrosa.

–Soy legal, acabo de cumplir los veintiséis –respondo al fin, analizando en su rostro si aquella información es de su agrado o no, pero su expresividad parece ausente–. ¿Y tú?

–Treinta y dos –responde con indecisión. Creo que ha pensado que voy a salir corriendo, porque noto que está impaciente porque le responda algo–. Y ahora es cuando te estás preguntando qué haces a las once y media de la noche con un vejestorio australiano al que le

encanta el pan de molde con confeti porque le recuerda a su infancia.

–No sabía que ya existiera el pan de hadas en los tiempos de Tutankamón.

–En aquella época lo llamábamos “pan de Nefertiti”.

Su fingida seriedad me hace sonreír. No llego a contestar, un grupo de chicos que parecen altamente perjudicados por el alcohol, se acerca a nosotros con unos disfraces aún más ridículos que los nuestros que me hacen entender que están celebrando una despedida. Uno de ellos va vestido de novia con un pomposo velo de tul en la cabeza que parece un nido de avestruces. El resto, van ataviados con vestidos corte sirena de imitación a seda fucsia, converse blancas y pelucas rubias, formando un perfecto séquito de damas de honor.

–¿Podríamos molestaros un minuto? –pregunta el novio con la educación que caracteriza a los ingleses. Deduzco que no traman nada bueno porque su séquito de tiarrones están riéndose a mandíbula batiente–. Hoy es mi despedida de soltero y tengo esta lista de 101 cosas que hacer antes de morir, y estos cabrones quieren que haga al menos treinta esta misma noche o no me dejarán regresar a Newcastle para casarme con mi novia.

–Creo que estás en un apuro, amigo. –Thor tuerce el gesto en una expresión burlona–. ¿En qué podemos ayudarte?

–Pues, necesito hacer un trío –explica con la voz entrecortada por el alcohol. Me ahogo con la cerveza y mi acompañante parece haberse quedado de piedra con la abrupta petición–. ¡Oh, no, no, no! No quiero que nos… ¡No, por Dios! –se excusa nervioso, mientras sus amigos no pueden dejar de reírse–. Con un beso a tres bastará… ¿Crees que podríais ayudarme?

–Dejemos que decida la señorita… –responde Thor, dejando la pelota en mi tejado.

Observo al futuro novio, ataviado con ese vestido ridículo que le queda al menos dos tallas pequeño, y siento cierta compasión por el apuro que sus amigos le están haciendo pasar, aunque también sé que, algún día, recordará esta como su gran noche. Tiene el pelo rubio y escaso, con algunas entradas profundas que me hacen adivinar que debe rondar la treintena. Sus ojos son de un azul apagado, la tez blanquecina, y una sonrisa amigable que me cautiva al instante. Medirá fácilmente veinte centímetros más que yo y tiene un ligero sobrepeso, algo bastante habitual en el país.

–¿Podría ver esa lista antes de tomar una decisión? –indago, muerta de curiosidad–. ¿Seguro que no hay nada más entre esas 101 cosas en las que podamos ayudarte?

–No creo, hay cosas muy variopintas: hacerte un tatuaje, casarte de una manera original (que estoy en ello), nadar con tiburones (que espero hacerlo en mi luna de miel).

–¡Mira! Esa la puedo tachar –responde Thor feliz–. Y después del beso, también la del trío.

–¿Queréis una copia de la lista? –pregunta uno de los “damas de honor” emocionado–. Hemos impreso de más por si alguien más se unía al reto.

Thor me mira a mí tratando de adivinar mi respuesta, y creo que mi rostro habla por mí. ¡Sí, sí y sí!

–¿Por qué no? –respondo emocionada ante tan disparatado plan.

Los chicos nos tienden dos copias con las 101 aventuras sacadas de un libro de Richard Horne, con algunas líneas extra en blanco para añadir tus propias metas.

–¿Hay beso a tres entonces? –pregunta el novio esperanzado.

–¡De perdidos al río! –respondo yo con decisión.

–Vale, pero solo si prometéis no grabarlo. –Thor muestra su determinación. Hay algo en su semblante, serio y decidido, que me inquieta.

–¡Eso, tíos, los móviles al bolsillo! –El novio se une a la petición–. No me apetece que mi

novia sepa que le he puesto los cuernos por una estúpida prueba, y nada menos que con Catwoman y Thor.

Me levanto de la silla y Thor me sigue sin reparos, aunque en su rostro puedo ver que está tan nervioso como yo. No estoy segura de si es por besar a otro hombre o por besarme a mí. Llevo toda la noche imaginando cómo sería nuestro primer beso y esta situación dista mucho de mis fantasías más románticas, rodeada de extraños morbosos y con Dua Lipa de fondo cantando *Levitating*.

Me siento el centro de atención en ese círculo que ha creado a nuestro alrededor el séquito del novio, vitoreando y aplaudiendo con su cerveza en alto, asemejándose a un grupo de vikingos festejando la victoria tras una dura batalla. Todo el bar nos está mirando, no porque sean conscientes del juego, sino porque están montando más ruido que un coro de flamencas en la Feria de Abril.

Cojo un aire que resulta insuficiente para mis pulmones y noto que se me seca la boca. ¿Cómo se me ha ocurrido acceder a algo así?

–¿Y bien? ¿Quién debería empezar el beso? –pregunto por romper el hielo.

–Teniendo en cuenta que vosotros sois pareja, tal vez deberíais ser vosotros los que rompierais el hielo, y ya, si eso, me uno después… –balbucea el novio, que no las tiene todas consigo.

–No, si nosotros no… –Un Thor acalorado intenta explicar la inusual situación.

–Nos acabamos de conocer –añado, aclarándome la garganta con nerviosismo.

–¡Oh! ¿Qué este va a ser vuestro primer beso? –pregunta uno de los chicos, a lo que siguen las risas del resto–. ¡Vaya! Espero que la cita haya ido bien u os acabamos de meter en un buen marrón…

Miro a Thor insegura, tratando de adivinar qué se le está pasando por la cabeza, y él me mira a mí. El fuego de su mirada hambrienta posándose sobre mis labios me indica que él también se muere por ese beso, aunque no sea la situación más propicia para ello.

–Está bien. Empezamos nosotros y, cuando quieras, nos interrumpes y te unes –propone Thor.

Me parece lo más descabellado que he hecho nunca, pero algo ha cambiado esta noche y estoy lista para dejar de ser la mojigata que lo piensa todo demasiado. Me he cansado de ver pasar de largo los días sin hacer ninguna locura, harta de reprimirme, mientras esos chicos tienen por delante una noche épica que siempre permanecerá en sus recuerdos. Y yo pienso asegurarme de que este beso sea digno de recordar.

Thor me mira, dubitativo, y apoya sus manos en mi cintura en un intento por romper el hielo y allanar el camino hacia mi boca. Sus ojos de mar se posan en los míos, revelando incertidumbre y pasión contenida, los míos le responden con lujuria. Apenas hace unas horas que lo conozco, pero la sensualidad de sus actos ya me tiene cautiva, anhelando descubrir a qué saben sus besos. Sus labios del pecado se aproximan a los míos de un modo terriblemente lento y tortuoso, encontrándose con mi boca hambrienta, que le recibe curiosa. Nuestras lenguas comienzan a bailar un vals, elegante y correcto, que va ganando intensidad con la fuerza del deseo. Sus fuertes brazos me aprietan contra su cuerpo, invitándome a atraerlo hacia mí para llegar mucho más profundo en ese encuentro, y evidenciando una erección que promete una larga noche de aventuras. La música deja de sonar, los gritos del bar se hacen más estridentes, pero, de algún modo, cesan. Juro que nunca he deseado nada tanto. Aquí. Ahora.

Cuando oigo al corrillo de machos, vitoreando y aplaudiendo, me doy cuenta de que el futuro novio está esperando para interrumpirnos en algún momento y hacer acto de presencia. Me

separo un poco de mi dios del trueno y me seco los labios sugerentemente con la mano. Él no deja de mirarme ni un segundo, algo que me está poniendo muchísimo. En realidad, no quiero dejar de besarle, podría hacerlo toda la noche. Toda una vida si sabe de ese modo. Thor se humedece los labios, la fuerza con la que me mira hace que sienta sus pensamientos en mi piel. Me encuentro a mí misma repasando mentalmente todos los hoteles que hay alrededor para trasladar ese beso pecaminoso a un escenario en el que poder dar rienda suelta a la locura. Y no pienso tener piedad.

Llega el momento de la acción, la verdadera excusa que ha impulsado ese beso. Miro al joven que tengo a mi lado, temblando como un flan, y deseo acabar con esto cuanto antes. Tengo la impresión de que le apetece besar a otro hombre aún menos de lo que a mí me apetece besarle a él, pero es su honor lo que está en juego, y ha encontrado el coraje que le hace falta en una jarra de cerveza. La última de una larga lista, posiblemente. En eso, nos lleva bastante ventaja...

«Allá vamos», pienso.

Me armo de valor, cierro los ojos y le planto un morreo falto de pasión, pero con mucha teatralidad. Cuando termino la hazaña, mi boca busca de nuevo a Thor y le regalo un beso que recorre mi organismo como una corriente eléctrica que va a parar justo a mi entrepierna, humedeciendo y excitando mis zonas más sensibles. Decido no darle importancia al calentón y me separo de él con una sonrisa malévola que esconde mis verdaderas intenciones. Cojo a los dos chicos de la mano y tiro de ellos hasta el centro del círculo para que cumplan su parte del plan. No se recrean demasiado en ese beso obligado, tan solo unos segundos, y se separan con cierto repelo. El novio lo está pasando francamente mal, a pesar de que tiene los ojos bien cerrados. Thor, sin embargo, parece un témpano de hielo, sin mostrar un ápice de emoción en el rostro. Los amigos vitorean la jugada y pegan brincos hasta impregnarnos a todos de cerveza caliente.

–¡Prueba número 7 superada!

–Muchas gracias por ayudarme, pareja. –El tipo le tiende la mano a Thor, quien transforma el gesto en una amistosa palmada en la espalda–. ¡No me puedo creer que me haya dejado convencer por estos capullos!

–¡Eh! ¡¿No te quejarás? ¡Acabas de besarte con Catwoman y Thor! –responde uno de los amigos.

–Un placer –responde Thor–. Besarte no ha sido tan terrible como esperaba, aunque confieso que la prefiero a ella. Pica un poco menos. Solo un poco… –añade mirándome de refilón para que entienda que me está vacilando.

–Muchas gracias por la ayuda. Ahora necesito acercarme a la tienda de tatuajes más cercana antes de que me cierren. ¡Nos vamos a hacer lo más absurdo que se le ocurra al tatuador!

–¡Buena suerte con la lista! –deseo a modo despedida.

Así que Thor y yo volvemos a quedarnos solos y sin excusa para volver a besarnos. Yo no la necesito, pero él parece de nuevo cohibido y políticamente correcto, a pesar del derroche de pasión que ha mostrado minutos antes. ¿Lo habría fingido para meterse en el papel? Sonrío con los labios apretados y me siento de nuevo en la mesa, sujetando la lista a la altura de los ojos para ver lo que hay en ella.

–¿Sabes? Llevo tiempo queriendo hacer algo así –informa–. Nunca he hecho nada realmente loco.

–Ya somos dos. Patri cree que para mí la palabra “riesgo” significa pedir pizza con extra de picante.

–Creo que tenemos una larga noche por delante entonces. –Sus palabras están llenas de promesas.

–Mmm… veamos cuántas de estas cosas hemos hecho ya –pregunto a nadie en concreto. Thor me mira satisfecho con el plan y comienza a tachar cosas en la lista.

–Bañarme con tiburones, ganar un trofeo, bucear, ver un eclipse lunar y otro solar, pasar la Navidad en la playa, un beso a tres… ¡Hecho! –tacha orgulloso–. Algunos de estos países y edificios también los he visitado. También puedo tachar algunos libros y películas, ver animales salvajes…

–¿Te gusta leer? –pregunto sorprendida.

–¡Me encanta! Y me frustra un poco que ninguna de mis amistades lea, no tengo nadie con quién comentar las lecturas.

–Hay cerca de 90 libros en esa lista. Creo que vamos a tener que volver a quedar para comentarlos todos… –me atrevo, y no me reconozco.

–Podré sacrificarme.

Su respuesta me hace saltar de alegría y echa por tierra mis defensas. Sí, lo sé. He prometido dejar de pensar en las consecuencias de mis actos, en si aquello irá a alguna parte o no, pero está en mi ADN. No puedo evitarlo.

–¿No piensas tachar nada de tu lista? –pregunta.

–Veamos… Correr una maratón, aunque fuera corta y benéfica, ¡hecho! Aprender otro idioma, visitar algunos de esos países, el trío, los eclipses, algunas pelis y libros, vivir en otro país… ¡Hecho!

–¡Mira! Esa también la puedo tachar yo.

–¡Aún no, forastero! Sólo llevas aquí unas semanas, bien podrían considerarse unas vacaciones –protesto con mi actitud más competitiva–. ¡Y por supuesto que has pasado las Navidades en la playa siendo australiano! ¡Para ti Navidad es en verano! Esa no te la doy por válida.

–¿Acaso es mi culpa que esta lista la haya escrito alguien del hemisferio norte?

–Quiero que lo taches y escribas “pasar las Navidades en la nieve”.

–Está bien, iré mirando vuelos para Finlandia –bromea–. ¡Mira! También puedo tachar lo de tirar los noodles precalentados y aprender a cocinar.

–Siento romper tu burbuja, pero el pan de hadas no cuenta como cocina de alto standing.

–Te sorprenderías, gatita –responde con una mueca seductora–. ¿Algo más que puedas tachar de esa lista? Porque te llevo una seria ventaja…

–Mmm… creo que no –reconozco decepcionada–. Estaba mirando las montañas rusas más altas del mundo, pero solo he estado en la de Thorpe Park, en Kent. ¡Oh, espera! “Responder a un anuncio de una sección de contactos”.

–¿Has hecho eso?

–Bueno, la versión millennial: he tenido una cita con un desconocido de una app de citas, y fue un completo fracaso.

–Te la doy por válida, táchala. Te garantizo que pienso cumplir todas estas cosas, más algunas que voy a añadir en esos espacios en blanco, y no pienso pasarte ni una –informa.

–¡A sus órdenes, mi sargento!

Thor finge que lo he ofendido con el mote mientras sigue añadiendo cosas en su lista. Me tomo unos minutos para pensar qué me gustaría realmente ver en esa lista, algo que me muera por hacer y nunca me haya atrevido hasta ahora por cobardía o falta de recursos. Cuando tengo

anotadas un puñado de cosas, el dios de las tormentas me mira con curiosidad.

–¿Qué más has anotado ahí?

–Estar en dos lugares a la vez. Ser una publicista de éxito. Tener un tórrido romance con un desconocido, sin preocuparme de si volveré a verlo o no. Enamorarme hasta perder la cabeza, no necesariamente del mismo tipo de la frase anterior. Echar un polvo apasionado sobre una mesa de billar…

–¿En una mesa de billar? –Frunce el ceño en un gesto que le define.

–¿Por qué no?

–No parece muy cómodo… ¿Qué más tienes ahí?

–Perdonar a alguien que me hizo daño, y aprender a interpretar el firmamento.

–Esa es la número 77, escribe otra cosa –señala revisando la lista–. Yo también tengo lo de enamorarme otra vez, quiero vivir uno de esos amores de película. La de "perdonar a alguien que me hizo daño" me gusta, te la copio. Además, he anotado practicar esquí, escalar una montaña, tener una mascota…

–¿Nunca has tenido una mascota?

–¡Está claro que no conoces a mis padres!

–Aburridos, me queda claro. ¿Algo más que se te ocurra?

–Montar un restaurante, montar en helicóptero y aprender un idioma nuevo. Creo que eso es todo por ahora.

–Número 51, esa ya está en la lista. ¿Quieres montar un restaurante?

–No creo que llegue a hacerlo, solo es una idea absurda que me ronda la cabeza desde hace tiempo. Mi madre es la mejor cocinera del mundo y sé que sería una buena socia.

–Un cambio un poco radical pasar de tu cómodo trabajo de oficina a llevar un restaurante, pero… ¿por qué no? –comento sorprendida–. No sé qué tienen las madres, que cocinan como nadie. Supongo que aprendiste a hacer pan de hadas con ella…

–¡Eres terrible! –Thor rompe a reír, dedicándome una de las sonrisas más bonitas que he visto nunca hasta ahora–. Pensaba ofrecerme voluntario con las clases de astronomía, pero te has quedado sin ellas.

–¡Pues tú te has quedado sin tus clases de español!

–¿Qué te hace pensar que elegiría tu idioma entre todos los que hay en el mundo?

–Seamos realistas: después del inglés, el español es el idioma más útil. A no ser que estés pensando en montar tu restaurante en China…

–En Australia se habla más chino mandarín que español por razones geográficas –replica resabido–. De hecho, creo que nunca he conocido a ninguna española hasta hoy.

–¡Me encanta ser tu primera vez! –replico coqueta–. ¿De veras te interesa la astronomía o ha sido una excusa para tachar cosas de esa lista?

–¿Ves esa estrella de ahí? –pregunta señalando al cielo por la ventana, de tal manera que su brazo al descender, me rodea por completo en un gesto muy íntimo. Yo niego con la cabeza, sorprendida de que sea capaz de ver ninguna estrella con la contaminación de la metrópoli. Tal vez solo se lo esté inventando–. Es la Estrella Polar, es la que está más próxima del polo norte. Muchos no lo saben, pero no siempre es la misma estrella. Verla es una de las cosas que tenía pendientes por hacer en la vida.

–¿Cómo es posible que no hayas visto Polaris antes? ¡Es la primera estrella que sale cada noche!

–No en Australia, gatita. La noche en el hemisferio sur es totalmente diferente a lo que tú

estás acostumbrada a ver. Por ejemplo, yo no puedo ver la Estrella Polar desde allí, pero tenemos la Crux o Cruz del Sur, que es lo que indica nuestro sur celeste. Si te fijas, esta constelación está representada en la bandera australiana.

–Jamás me había planteado que el cielo fuera diferente en cada parte del mundo.

–¡Oh, sí! ¡Es completamente distinto! –exclama exaltado, mostrando lo mucho que le apasiona el tema–. La luna, por ejemplo, se ve justo al revés desde Australia. En el Norte, la llamáis la "luna mentirosa" porque, cuando está decreciente, tiene forma de C y, en creciente, tiene forma de D. Pero para nosotros es justo al revés, una luna sincera. Incluso la trayectoria del sol es diferente allí abajo. Y, ahora mismo, es invierno en mi ciudad mientras que aquí los ingleses insisten en que es verano.

Le escucho hablar de estrellas y constelaciones con auténtica fascinación. Su mano aún descansa en mi cintura, provocándome una sensación muy agradable y acogedora.

–¡Menudas confianzas, forastero! –bromeo, observando cómo esa misma mano va ganando terreno muy al sur de mi cadera, aunque no puedo decir que me importune su atrevimiento.

–Después de ese beso a tres, y haber visto tus bragas de abuela el otro día, pensé que podríamos saltarnos las formalidades –bromea. Su descarada insolencia me pilla por sorpresa–. Además, tenemos un montón de cosas que probar juntos esta noche.

–¿Y si no nos da tiempo?

–Tendremos que seguir otro día, así que me temo que tendrás que darme tu número de teléfono entonces…

Thor me tiende su lista para que lo escriba al final del todo. Su mirada se me clava con intensidad, haciendo que se me erice la piel y me ruborice. Miro para otro lado, con una mezcla de excitación e incomodidad, y lo escribo sin dudarlo un segundo.

–¡Sí! –grita, eufórico y haciendo un gesto con el brazo en señal de victoria–. ¡Ya puedo tachar otra cosa de mi lista: conseguir el teléfono de Catwoman!

–¡Eres un tramposo! –protesto, viendo cómo realmente tenía escrito eso en su lista–. ¿Por dónde quieres empezar? Propongo que aprovechemos esa diana de ahí y tiremos los dardos en un mapa para decidir dónde nos vamos a ir de vacaciones.

–¡Necesito un boli y un folio! Ahora vuelvo.

Me acerco con decisión hasta la diana y cojo uno de los dardos. Thor no tarda en regresar con dos hojas de una libreta de contabilidad y un boli de publicidad del bar, y nos dividimos el mundo para dibujar las dos partes siguiendo un mapa de Internet.

–No te olvides de escribir dentro las iniciales de cada país –recuerdo.

–Ya tenemos todo. Coloco los mapas en la diana y que la suerte decida. –Thor se levanta y engancha los mapas con un dardo en cada esquina–. ¿Qué tal es tu puntería?

–Horrible.

–¡Genial! Entonces tú haces los honores. Yo soy un experto en los dardos y no quiero condicionar una decisión tan trascendental como esta.

Thor me tiende el dardo expectante. Cierro los ojos con fuerza para no ver el mapa y tiro el dardo, que va a dar directamente a la pared.

–Vale, realmente eres horrible con esto –se burla–. Deja los ojos abiertos para evitar accidentes y tira de nuevo.

Cojo el dardo de nuevo y apunto en dirección a Latinoamérica. Si vamos a hacer una escapada juntos, mejor que sea a un sitio calentito y exótico. Pero mi puntería es tal que el dardo acaba en… ¿Islandia?

–¡Islandia! –confirma él con ilusión–. Si vamos en Navidad, podremos tachar un país de la lista, ver la aurora boreal si somos afortunados, pasar la Navidad en la nieve y vivir en una caravana. ¿Qué me dices?

–Mientras no veamos un volcán en erupción, me vale. Me dan un poco de miedo esas cosas…

–Deduzco que no eres canaria entonces…

–Catalana. ¿Y tú? ¿De qué parte de Australia eres?

–No creo que nunca hayas oído hablar de ello...

Desaparece sin dar una explicación y le veo acercarse a la barra para agenciarse otras dos pintas de cerveza. Ocupa la espera mirando algo en el móvil y, cuando regresa conmigo, me recuerda tanto a un niño travieso que me desconcierta.

–Del 24 de diciembre al 2 de enero, super oferta para ir a Islandia. Alta probabilidad de ver la aurora boreal en Akureyri, Isafjordur y Húsavík. Navidades pintorescas comiendo Skata en Reikiavik. ¿Qué me dices?

–¡Busca otra fecha! Mi familia me va a matar si no vuelvo a casa en Navidad por haberme ido con un extraño de vacaciones.

–¡No soy un extraño! Soy el dios del trueno, conocido mundialmente desde tiempos ancestrales, adorado por unos y odiado por…

–¡Corta el rollo! La respuesta sigue siendo no.

–Acabas de decirme lo que quiere tu familia, pero ¿qué quieres tú, gatita?

¡Mierda! Esa frase tiene el mismo efecto en mí, que si alguien me dijera “no hay huevos”. Además del hecho de que mi familia vaya a matarme (especialmente mi hermana, Sonia, que utiliza cada una de mis flaquezas en mi contra), está el hecho de que Thor es realmente un desconocido, un tipo carismático y atractivo que he conocido en una fiesta de cumpleaños y del que no sé ni su nombre de pila. Aunque, por otro lado, si quiere ir conmigo en Navidad a Islandia, es obvio que, o quiere volver a verme o es un actor de primera, dispuesto a cualquier cosa por echar un polvo esta noche. ¡Mierda! Prometí que no iba a pensar las cosas demasiado y aquí estoy, dándole vueltas a unos billetes de avión que, en el peor de los casos, me harán perder setenta y cinco libras si no voy. No es el fin del mundo.

–Voy a pulsar el botón… –amenaza sugerentemente, con esos ojos que me están matando.

No lo pienso demasiado cuando le quito el teléfono y soy yo la que pulsa el botón. Thor sonríe victorioso, sacando la tarjeta de crédito y el pasaporte de sus pantalones.

–Islandia, ¡allá vamos! –respondo, imitando su gesto y aún sin terminar de creer mi arranque de espontaneidad.

–Número 43, lanzar un dardo en un mapa y viajar donde haya caído, en proceso. –Le veo rodear la hazaña en la lista–. ¿Qué hacemos ahora?

Ojeo la lista por encima y miro a mi alrededor, tratando de encontrar el lugar perfecto donde podríamos continuar la aventura.

–Okey, este es el plan –propongo–: hay una fiesta privada cerca de aquí a la que solo se puede acceder con invitación, pero da la casualidad de que conozco al dueño. Creo que podríamos hacer un triple: la 56, colarnos en una fiesta elitista; la 65, gritar “yo pago esta ronda” en medio del bar; y la 45, irnos de un restaurante caro sin pagar.

–¿En esos sitios no hay cámaras de seguridad? –duda él–. Porque no tengo ninguna objeción en que me arresten si está en la lista, pero la noche es aún joven, y preferiría pasar por el calabozo después de conducir un coche a su máxima velocidad…

–Habrá más cámaras que en Gran Hermano –confirmo. Thor tuerce el gesto dudoso–. Tú

ponte el casco de dios nórdico y no tendrás nada de lo que preocuparte.

LUCAS

–A la de tres, salimos corriendo –propongo–. Una, dos… ¡Tres!

Agarro su mano mientras tiro de ella hacia la salida del bar más de moda de Southwark. Sin embargo, no llegamos muy lejos en nuestra huida antes de que varias personas nos detengan. Todas las miradas están puestas en nosotros después de que Sofía gritara a voz en grito que ella pagaba las copas y nos convirtiéramos en los más *"cool"*[8] de la fiesta. Reconozco que la aventura se me queda grande, sobre todo, por el constante miedo a que alguien me reconozca y se haga viral algún video que me comprometa y, por ende, afecte a la reputación de Daintree. Demasiada presión en mi día a día para hacer una locura o, simplemente, pasármelo bien.

–¡Tíos, sois lo más! ¡Vaya baile os habéis marcado en medio de la pista! ¿Cómo era la canción…? –Un tipo, con un polo con flamencos y pantalones chinos blancos se cuelga de mi hombro, como si fuéramos amigos de toda la vida. Sonrío por educación, aunque estoy deseando deshacerme de él y de este casco vikingo cuanto antes.

–El *Chiki Chiki* –explica Sofía, que fue quien movilizó a todo el bar en esa improvisada *performance* (número 66 de la lista)–. Quedó en el puesto 16 de Eurovisión en 2008.

–¡Claro! El tipo raro con tupé, ¡ya sabía yo que me sonaba de algo! ¡Sois geniales!

Sofía sonríe incómoda con el contratiempo: escaparnos de esa fiesta sin llamar la atención después del jaleo que hemos montado, va a ser harto difícil.

–A la de tres, nos marchamos –susurra ella entre dientes.

–Eso llevamos intentando hacer veinte minutos, pero el camarero se nos ha acercado tres veces para cobrar parte de la cuenta, y toda esta gente quiere que les enseñes más coreografías ridículas.

–¡Ey, un respeto a los bailes de mi tierra! –Sofía finge que la he ofendido–. El *Aserejé* lo petó en su momento, no había persona que no saliera a la pista con los primeros acordes.

–Ya, y el himno ruso ese del tío que comía pasteles es el alma de las bodas… –Recuerdo horrorizado el extraño baile que hemos protagonizado en fila con un montón de desconocidos, moviéndonos hacia adelante y hacia atrás en una danza tribal de apareamiento grotesca.

–¿El tío que comía pasteles? ¡Ah! ¿Te refieres a *Paquito el Chocolatero*? –Me mira de un modo que cabalga entre la burla y la incredulidad–. Gracias a mi himno ruso, como tú lo llamas, hemos hecho la 66, participar en un *flashmob*[9]. –Me restriega, orgullosa de su genialidad–. Se me ha ocurrido una idea para salir de aquí: finge que te están llamando y sal afuera a responder. Haz como que discutes con alguien y sigue avanzando por la acera hasta la parada de metro. Yo saldré por la ventana del baño de las chicas y me reuniré contigo allí.

–¡Estás mal de la cabeza! –exclamo, incapaz de creer que realmente estemos haciendo esto.

–A la de una… –comienza la cuenta atrás ignorando mis quejas–. A la de dos…

–¡Nos vemos al otro lado! –Me despido con un pico rápido que le pilla por sorpresa.

Decido que es el momento de coger el teléfono y salir pitando para seguir con mi parte del plan. Desde la puerta, veo a Sofía dirigirse al baño. Solo espero que el plan salga bien.

Salgo del local, saludando a unos y otros, que me paran para felicitarme o darme las gracias por haber pagado sus copas. Me siento terrible por el pufo que le vamos a dejar al bar. Supongo que no tiene nada de malo aliviar mi conciencia sin que Sofía se entere, así que me acerco al barman y le pido que me cobre la deuda y deje de cargar bebidas en nuestra cuenta. La broma de

ser legal me cuesta la friolera de mil doscientas treinta y dos libras, bastante más que el alquiler de mi habitación para un mes.

–¿Te importaría cobrarme solo la mitad? Mi acompañante ha insistido en pagar la otra parte… –pido, dispuesto a ser legal solo a medias, a riesgo de tener que alimentarme únicamente de arroz cocido lo que resta de verano.

Sigo sintiéndome mal por la travesura, pero seamos realistas: nadie en su sano juicio cobraría quince libras por un vaso de hielo con hierbabuena y se atrevería a llamarlo mojito. En cierto modo, se merecen que nos vayamos sin pagar.

Supongo que debería echarme a llorar aquí mismo en vez de reír como un demente. Está siendo la noche más absurda de mi vida, pero la estoy disfrutando al máximo. A veces, las mejores decisiones son las que no tienen ningún sentido.

Salgo del bar con la cabeza alta y la adrenalina corriendo por mis venas como fuego líquido. Me encuentro a Catwoman en la parada del metro y se le ilumina el rostro al verme llegar. Es rabiosamente atractiva, original, divertida, y he descubierto que besa muy bien. Me muero por invadir esa boca de nuevo hasta que nos sorprenda la luz del día, cogerla en volandas y llevarla a mi cama. Juro que, con una mujer así, que tiene tanto fuego por dentro, se me iba a olvidar lo de ser un caballero.

–¡No me digas que no ha sido increíble! –comienza ella, a quien empiezan a notársele demasiado los efectos del alcohol–. ¡Hemos tachado cuatro cosas de la lista!

–Te juro que tengo un subidón ahora mismo…

–¡Yo también! Perfecto para la siguiente misión –susurra guiñándome un ojo–. Por cierto, anota en tu lista “aprender a bailar”. ¡Chico, parece que tuvieras dos pies izquierdos!

–¡Venga ya, no lo hice tan mal! –me excuso, fingiendo estar ofendido–. Si midieras un metro noventa como yo, verías que no es tan fácil…

–¡Excusas! ¿Qué te apetece hacer ahora?

–Me encantaría la 83, bañarme desnudo a medianoche. ¿No había una playa cerca de aquí? –propongo. Sofía niega con la cabeza con auténticos signos de terror.

–Folly House Beach, pero me niego a bañarme desnuda en el Támesis y en la ciudad más sobrepoblada de Europa. Creo que esa podremos dejarla para otro día…

–93 entonces, comencemos con la ruta de bares del Monopoly. Teniendo en cuenta la hora que es y la distancia que hay entre bares, calculo que, si corremos, podría darnos tiempo a tomar un chupito rápido en al menos tres de ellos antes de que cierren.

–Perfecto, próxima parada, Lord Nelson en Old Kent Road entonces –confirma la gatita.

Cogemos el metro rumbo al primer pub de la ruta del Monopoly, a menos de diez minutos de donde estamos. Entramos decididos en ese pub de fachada roja y blanca, y pedimos al camarero que nos sirva un chupito de lo que quiera. Al fin y al cabo, uno de mis propósitos de esta noche es emborracharme, y aún estoy muy lejos de ello. Lo bebemos de un trago, y salimos escopetados hasta la parada de metro que nos llevará a nuestro siguiente destino, The Hoop and Grapes, en el 47 de Aldgate High Station. Considerado uno de los pubs más antiguos de la ciudad, reconozco que este bar del siglo XVII me gusta más que el anterior. Tal vez, porque todavía conserva esa esencia de la Edad Moderna, o puede que sea por la historia que atesora, ya que este edificio fue uno de los pocos que sobrevivió al Gran Incendio de 1666, que tuvo lugar a tan solo 50 yardas de aquí. Pedimos media pinta para compartir y la bebemos de dos tragos.

Agarro a mi gatita de la mano y caminamos ligero hasta la próxima parada del metro, que nos llevará a The White Hart Brew en Whitechapel. Bajamos un poco el ritmo y pedimos media pinta

de refresco de cola para compartir, que vaciamos en nuestras gargantas resecas en tiempo récord, justo antes de encaminarnos a Hamilton Hall, en Liverpool Street Station.

Este tiene un techo azul cielo con una decoración rococó en dorado, rematada por ángeles en las columnas, que antiguamente constituía el salón de baile del hotel Great Eastern. Reconozco que no me gusta demasiado ese estilo.

–Podemos pasar de este… –propone, leyéndome el pensamiento–. Si nos damos prisa, aún llegamos para tomar algo en The Angel en Islington. Es mucho más moderno.

Dicho y hecho. Salimos corriendo a la estación de metro, entre risas y bromas absurdas, dignas de dos borrachos a quienes no les importa nada.

Este bar está, con diferencia, más petado que los anteriores. Sofía mira la carta con decisión, tratando de decidir qué vamos a pedir esta vez, pero una idea absurda se me pasa por la cabeza y se la quito de las manos.

–Vuelvo en dos minutos, no te muevas.

Catwoman me mira atónica mientras me alejo de la barra para saludar a un camarero al que conocí en unos de los grupos de senderismo. Le pido que me deje entrar dentro de la barra y, aunque duda un instante, cuando le explico lo que tengo en mente, accede encantado.

–¿Qué haces al otro lado de la barra? –pregunta Catwoman, mirándome sin dar tregua.

–Cumplir una de las cosas de tu lista –le informo. Arquea las cejas, confusa, sin entender qué estoy tramando.

–Vale que estoy ya un poco borracha, pero no recuerdo haber escrito nada que tenga que ver con esto…

Sonrío y hago caso omiso a su comentario. Comienzo a mezclar en una coctelera un poco de ginebra rosa con tónica, unas gotitas de zumo de arándanos, un chorrito de zumo de lima, medio chupito de vodka, unas gotas de zumo de naranja y, finalmente, lo aderezo con bayas de enebro y pimienta rosa. No tengo ni idea de a qué sabrá esto, pero lo divido en dos vasos con mucho hielo, y lo decoro con unas pajitas de papel a rayas y una rodajita de naranja.

–¡Ah! Ya entiendo –comienza Sofía–. Estás demostrándome que sabes cocinar para poder tachar la número 89, pero me temo que no voy a dártelo por válido hasta que te vea preparar un plato de verdad…

–Como excusa para que te invite a cenar en mi casa, es un poco pobre, pero tomaré nota. –Le guiño un ojo y ella me muestra ese encantador rubor en sus mejillas–. Aquí tienes, un “Sofía on the rocks”, creado especialmente para la señorita. Ya puedes tachar la 94, conseguir que le pongan tu nombre a algo, y yo tacho la 34, inventar mi propio cóctel.

–¿Acabas de ponerle mi nombre a un cóctel? –La emoción inunda sus ojos, creo que el exceso de alcohol también ha ayudado un poco–. ¡No sé qué decir, Thor!

–¡No digas nada y bébetelo! Si es que no mueres en el intento…

–¡Ajá! Tacho la 21 también, por ser tu conejillo de indias. Con todos los ingredientes que le has puesto a esto, no puede ser mejor que beber un vaso de gasolina con zumo.

–Te lo acepto. ¿Cuál es el siguiente bar de la lista?

–Siento mucho decirte que no llegamos. Creo que ésta es la última parada del Monopoly por hoy. Pero aún podemos seguir con la lista en el Soho, conozco un sitio que abre hasta tarde...

Sonrío por toda respuesta y me bebo el cóctel casi de un trago, sorprendido de que no esté tan malo.

6

SOFÍA

No recuerdo haber estado nunca en mi vida tan borracha. Ni excitada, emocionada, alterada… tengo un cúmulo de sentimientos que no sé bien cómo definir, aunque todos ellos pueden resumirse en una sola palabra: éxtasis. Es cierto, me siento pletórica, flotando en una nube. No podría haber elegido mejor compañía para liberarme que ese australiano con un martillo, que se encuentra en la barra pidiendo dos nuevas cervezas y prometiendo una noche inolvidable. Dejando de lado un físico digno de anuncios de colonia, su sencillez, ese sentido del humor y su dulzura han terminado por embaucarme. Y sé que suena a locura, pero puedo sentir una conexión que va más allá de lo humanamente explicable. ¿Es posible que existan las almas gemelas? Hace poco vi una serie acerca de una aplicación de citas que emparejaba a sus usuarios en base a la compatibilidad genética. Aunque ahora mismo suena a ciencia ficción, me resulta plausible que determinadas personas tengan una química que active la tuya, que te ponga las hormonas a bailar un chachachá con solo rozar tu mano. Así es como me siento cuando Thor está cerca, en un cohete espacial que me ha catapultado directamente a las estrellas y sigue flotando en el espacio, a millones de años luz de nuestra galaxia.

–¡Tacho la 13! Acabo de conocer, no a una, sino a dos personas con mi nombre –me susurra al oído en tono misterioso, mientras me tiende la bebida y señala a un grupo de chicos disfrazados en otra despedida de solteros.

Entiendo la broma al instante al ver que todos ellos van vestidos de héroes Marvel y, al menos dos de ellos, llevan un disfraz de Thor.

–¡Ni de coña! Esta no te la doy por válida. Por cierto, ¿te has fijado en que el bar está lleno de patitos de goma? –Sostengo en alto un patito azul que he encontrado en el suelo y lo aprieto a la altura de sus ojos para que emita su característico “cuac-cuac”.

–Mmmm… ¡Qué curioso! ¿Estaban ya aquí cuando entramos? –pregunta. Yo me encojo de hombros.

Thor coge un patito personalizado de la reina Victoria y lo aprieta para dejar oír el estridente ruidito, que se pierde con la música del local.

–Por cierto, gatita, ¿cómo funciona lo de los apellidos en España? Estaba pensando que, teniendo tantos apellidos, estás en clara desventaja para encontrar a alguien que se llame igual que tú.

–No tenemos tantos, solo el del padre y el de la madre, y los conservamos hasta el día que nos morimos.

–¿La mujer no cambia de apellido al casarse?

–No –afirmo orgullosa de que mi país no sea partícipe de una tradición tan machista–. Además de no perder la identidad, ahorra papeleo. No me imagino tener que cambiar mi email de trabajo o mi pasaporte por el solo hecho de haberle jurado amor eterno a un tipo del que probablemente acabe divorciándome.

–¡Guau, eres una romántica! –se cachondea–. ¿Padres separados?

–No, infelizmente casados. Más bien, malas experiencias en el amor que me han vuelto una cínica.

–Brindo por eso. –Levanta la copa y la choca contra la mía–. Supongo que vuestro sistema es más práctico que el de los países anglosajones, aunque confieso que a mí lo de cambiar el apellido me gusta… –Le miro un tanto sorprendida por esa afirmación arcaica, pero se autocorrige–. No me refiero al hecho de que la mujer adopte el apellido del varón, sino a crear un apellido familiar conjunto mezclando los de los dos, algo único y muy nuestro.

–¡Thor, tú sí que eres un romántico! –Ahora soy yo quién se burla. Él se ruboriza, lo que me enternece.

–¿Qué dices? ¡Soy un tipo duro! –Se defiende con la cara más digna que es capaz de poner–. Aunque supongo que estaría dispuesto a hacer concesiones si algún día encuentro a mi Elsa Pataky.

Aquel paralelismo entre el actor australiano que da vida a Thor en la gran pantalla, casado con una actriz de mi país, me hace sonreír como una idiota.

«Sofía, que te vas a dar otra hostia…», recuerda mi subconsciente. Decido no escucharle y tirarme a la piscina. Porque, que alguien sea capaz de hacerte sentir ese torbellino de sensaciones sin siquiera tocarte, debería considerarse magia.

Escucho las primeras notas de *Shut up and dance* de Walk the Moon. Thor me quita la bebida, la deja sobre una mesa pegajosa y me lleva de la mano hacia la pista. Me muevo algo perjudicada por los efectos del alcohol sobre mi organismo. Pero a él no parece importarle, como tampoco le importa ser un terrible bailarín, porque esta noche todo vale.

–¿Quién es la que no sabe bailar ahora? –agrega divertido, obligándome a hacer piruetas hasta marearme.

A esa canción, le sigue el clásico de The Pointer Sisters, *I'm so excited*, y la que se ha convertido en himno oficial de este verano, *Watermelon Sugar* de Harry Styles, una oda al cunnilingus camuflada de *smoothie* de sandía. Me duelen los pies de bailar y el estómago de reírme. Mantengo que Thor es un pésimo bailarín, pero no puedo negar que es un tipo muy divertido.

–¡Ey, otra vez vosotros! –vitorea el novio al que poco antes hemos besado en un bar. Está bastante más perjudicado de lo que estaba al comenzar la noche, y su vestido es ahora un amasijo de tela sucia hecha jirones.

–¿Cómo va esa lista, amigo? –saluda Thor–. ¿Crees que podrás casarte?

–Acabamos de hacernos el tatuaje –responde uno de los amigos entre risas, enseñando orgulloso lo que parece una jarra de cerveza.

–La tatuadora nos soltó un rollo sentimentaloide de que teníamos que buscar un elemento que nos definiera y nos uniera como tribu, así estaríamos todos conectados por los siglos de los siglos…

–¡Amén! –vocifera el séquito, levantando sus jarras de cerveza.

–No sé nos ocurrió nada más que nos uniera tanto como la birra –concluye.

En serio, ¿cuánto han bebido? Están aún más borrachos que cuando nos los encontramos la primera vez, y deduzco que ellos están pensando lo mismo de nosotros.

–Todavía estáis a tiempo de haceros el vuestro, el local está justo aquí a la vuelta –informa una de las peludas damas de honor, cuyo vestido rosa está ahora hecho trizas y remangado alrededor de sus piernas para poder moverse con ligereza.

–No, gracias, he decidido saltarme algunas cosas de la lista, y esa es una de ellas –informa Thor.

–¡Eso no lo hemos discutido aún! –replico, ofendida porque no me hubiera explicado sus reglas del juego.

–La borrachera se me pasará mañana, los tatuajes son para toda la vida –afirma determinante–. Está fuera de toda discusión.

–Podríamos hacernos algo pequeñito y discreto, como la cerveza de estos chicos.

Thor frunce el ceño y niega con la cabeza.

–Lo siento, gatita, creo sinceramente que eres la mujer más divertida que he conocido nunca, pero no me voy a hacer un tatuaje a juego contigo.

–¡No te he pedido que te tatúes mi nombre! –protesto inútilmente–. Y ni siquiera es un recuerdo mío, tan solo de esta noche loca que viviste en Londres. Así, cuando seas viejo y estés sentado en una mecedora en Australia con tu mujer y tus nietos, te acordarás de la noche en la que Thor conoció a Catwoman.

–La respuesta sigue siendo la misma… –canturrea, pegándole un trago a su cerveza.

–¡Pues yo sí que me voy a hacer uno! Está en la lista y voy a cumplir con ello.

–También has puesto que ibas a tener un romance apasionado con un desconocido y dudo mucho que lo cumplas.

–¡Es que el desconocido está tardando mucho en besarme! –grito para hacerme oír por encima de la música.

Tierra, trágame. El Dj ha aflojado la música para anunciar que van a cerrar pronto y todas las miradas se han centrado en nosotros. Mi rostro se tiñe de todas las tonalidades de rojo habidas y por haber, consciente de que no soy yo la que habla, son las cervezas y el “Sofía on the rocks” que me he tomado. Thor no dice nada. No sé si le he ofendido o simplemente mi propuesta no le interesa lo más mínimo, tan solo veo un fulgor que oscurece sus ojos mientras me arrastra por toda la pista para sacarme del bar.

–¿Se puede saber a dónde vamos con tanta prisa? –Mis protestas se oyen en todo el local, mientras intento seguirle el paso con estas armas de tortura que me he calzado.

–A la tienda de tatuajes, van a cerrar pronto –informa sin apenas mirarme–. Estoy comprobando si estabas hablando en serio.

–¡Yo siempre hablo en serio! –replico por lo bajo, molesta porque no haya reaccionado a mi provocación anterior.

Llegamos a la tienda de la mano y solo me la suelta para abrir la puerta e invitarme a entrar. Me sorprende que un sitio así esté abierto a las dos de la mañana, pero la propietaria, una mujer de mediana edad con el pelo negro, los ojos azules y el cuerpo repleto de tatuajes, nos explica que los fines de semana ganan un buen pellizco gracias a las despedidas de solteros y los turistas borrachos.

–¿Para quién de los dos es el tatuaje?

La tatuadora nos mira a los dos sin mucho énfasis. Ha visto a demasiados primerizos para saber quién realmente quiere hacerse un tatuaje y quién va a salir corriendo en cuanto vea la aguja. Pero yo no pienso echarme atrás.

–Para mí. –Mi voz suena decidida. Thor me mira por encima del hombro, incrédulo.

–¿Tienes claro lo que te quieres tatuar? –pregunta–. ¡Mira que un tatuaje es para toda la vida!

No, no lo tengo claro. Siempre he querido hacerme uno, pero todavía no he encontrado ese algo que me defina, que muestre mi personalidad en cada trazado de tinta. Hubo una época en la

que quería una brújula por mi pasión por los viajes y el cada vez más explotado concepto del "*wanderlust*", pero pronto me cansé al ver a toda mi generación tatuada con el mismo dibujo. Poco después me dio por la flor de loto, elegancia y sensualidad con un toque de inocencia, pero pasó tres cuartos de lo mismo. Y ahora, pretendo encontrar en tres minutos ese algo que sea solo mío y nadie más vaya a llevar en la piel, pero ¿el qué?

–¿Te importa si miro los dibujos hasta que me decida? –pregunto dubitativa, acercándome a los libros que tienen de muestra.

–¡No, claro! Tómate tu tiempo.

Ojeo los álbumes sin tenerlo claro. Todos me parecen auténticas obras de arte, pero ninguno me representa. Levanto la vista al ver que Thor me está mirando impaciente.

–¿Estás segura de que quieres hacer esto? No tienes que demostrarme nada…

–Quiero hacerlo –confieso al fin–. Solo estoy intentando encontrar ese dibujo que, cuando lo vea, sienta "es este".

–Okey, no puedo creer que vaya a hacer esto, pero… ¿Confías en mí?

La pregunta me pilla por sorpresa. La mueca compungida de su rostro, también. Hace apenas unas horas que lo conozco y ya me he subido a un tejado con él, protagonizado un trío y bebido hasta el agua de los floreros, así que creo que la respuesta es bastante obvia.

–Pues… no sé por qué, pero diría que sí, Thor. Confío en ti.

–¡No me puedo creer que vaya a hacer esto!

Thor se acerca a la tatuadora para discutir algo con ella en privado. Ella sonríe, no sé si por lo que sea que se le ha ocurrido a este loco o porque tampoco es capaz de resistirse a sus encantos. Entonces, Thor regresa conmigo y ella se pone manos a la obra a dibujar como una loca, tras pedirnos que esperemos en la sala de afuera.

–¿Qué estás tramando? –La incertidumbre me delata–. ¡Te advierto que no pienso tatuarme nada pornográfico!

–La chica me ha cedido muy amablemente esta mini botellita de vodka y un spray de pintura –explica. Entiendo que el vodka lo necesita antes de hacer una locura, pero ¿para qué es el spray?–. Voy a bebérmela de un trago y, cuando me haga efecto, vamos a meternos los dos ahí dentro a hacernos el tatuaje que la chica está diseñando para nosotros.

–¿Qué? ¿Tú también vas a tatuarte? –pregunto sin dar crédito. Él afirma apesadumbrado, consciente de que se va a arrepentir de esto–. ¿Ya has elegido tú por los dos?

–Espera y verás–. Se bebe el vodka de un trago y tuerce el gesto ante la quemazón del licor–. Gatita, ¿quién es ahora la mala influencia?

La curiosidad y los nervios hacen de motor cuando la tatuadora nos pide que entremos. No sé muy bien qué esperar, y lo que veo supera con creces mis expectativas. La mujer ha realizado dos bocetos muy parecidos, aunque con varias diferencias que se adaptan bien a cada uno de nosotros. El mío es una fina y elegante tobillera, adornada con dos colgantes que caen en el lado interior del tobillo: el martillo Mjölnir y una gata con un lacito en la cabeza. El de él, un tribal aborigen rodeando su tobillo que, al igual que el mío, muestra el martillo de Thor y una gata en la pieza central, incorporado con maestría en el diseño. Es tan perfecto, tan nuestro, que no lo dudo ni un instante.

–¡Somos nosotros! –susurro en voz baja. Thor me mira satisfecho y asiente con la cabeza.

–Somos nosotros.

–Si os parece bien, tortolitos, voy a empezar con la señorita. A ti, Thor, voy a dejarte unos minutos más para que te haga efecto el vodka… –ofrece la tatuadora.

Me siento en la camilla y miro a Thor, sorprendida porque realmente vaya a saltarse sus principios más básicos para hacer esta locura conmigo. Aunque acabo de conocerle hace escasas unas horas, diría que no parece algo propio de alguien con un reloj como ese.

–Oye, no te sientas presionado –comienzo, comprensiva–. Estás a tiempo de echarte atrás…

–Ni para coger impulso –asegura con el rostro tenso. Sé que está dedicándole más de un pensamiento a la hazaña.

Pego un bote cuando noto la aguja atravesando mi piel en la zona del hueso, pero me relajo al comprobar que no es tan doloroso como había esperado en un primer momento. Menos de quince minutos después, mi tobillo ya está tintado –y enrojecido– y Thor está dispuesto en la camilla para recibir su dosis de tinta.

Pagamos a la chica y abandonamos el pub con las endorfinas a flor de piel. Una ligera llovizna cae sobre nosotros a medida que caminamos sin un rumbo fijo. Hace tanto calor que la lluvia se agradece, es fresca y ligera, aunque pronto me doy cuenta de que estoy prácticamente empapada.

–¡Han quedado muy bien! –observo, complacida con mi nuevo complemento corporal.

–¡No me puedo creer que me hayas convencido para esto! –Sin embargo, no es una protesta, diría que Thor está contento con el resultado–. ¿Qué es lo próximo en esa lista, gatita?

–Pues, dada la hora que es y que esto es Londres, diría que lo más sensato es regresar a la fiesta. Apuesto que la mayoría aún están enfrascados en una partida de Risk, que se prolongará hasta bien entrada la madrugada.

La lluvia se agrava hasta convertirse en un torrente de agua dulce que se derrama sobre la urbe como un monzón asiático. Es lo malo de esta ciudad, que no llueve tan a menudo como la gente cree, pero, cuando lo hace, no hay escapatoria posible. Todo el mundo ha comenzado a correr para refugiarse como si lo que cayera del cielo fuera algún líquido radiactivo, todos menos nosotros, que seguimos mirándonos bajo la lluvia y sin decir nada, dejando que nos cale hasta los huesos.

Mis ojos analizan la zona en busca de la parada de metro más cercana, pero algo me detiene: Thor no parece molesto por la lluvia, al contrario, diría que la está disfrutando. Una hipnótica sonrisa asoma de sus labios mientras eleva la cabeza al cielo y deja que el agua le empape por completo. No me atrevo a decir nada que interrumpa esta hermosa visión. Si Marvel fuera testigo de semejante espectáculo, estoy segura de que prescindirían de Chris Hemsworth para la próxima entrega de *Thor*, y contratarían a este chico en su lugar.

Por el contrario, apuesto que yo soy un desastre, con el pelo húmedo y enredado, y el rímel corriendo peligrosamente por mis mejillas hasta hacerme parecer un Picasso, pero él está increíblemente sexy, salvaje. Su pelo rubio está mojado y pegado en la cara, al igual que las densas pestañas que esconden unos ojos zafiro, que me miran con curiosidad. Lo encuentro irresistible, me atrevería a decir que su piel huele incluso mejor. A naturaleza. A selva.

–¿Es que no piensas hacer nada? –pregunto tratando de romper el silencio–. ¡Utiliza tu martillo y acaba con la tormenta!

–¡Acabar con la tormenta es lo último que deseo! ¡Me encanta el olor de la lluvia!

–Petricor –informo. Thor agacha la cabeza y me mira sin entender–. El olor de la lluvia al caer sobre el suelo seco. La agencia donde trabajo se llama así porque las mejores campañas publicitarias de Londres huelen a lluvia.

–¡Petricor! –repite exaltado, como si fuera el sonido más hermoso del mundo.

Hay momentos en los que no hacen falta las palabras. Y ese es uno de ellos, porque no

necesito más para entender que él se siente exactamente igual que yo: poderoso, excitado y feliz. Por eso no me extraña cuando sus manos se posan en mis caderas y me acerca a su cuerpo, un gesto que desemboca en un beso pasional, de esos de película que te dejan las piernas temblando y el corazón flotando en una nube.

Mis manos responden voluntariamente a su cercanía, enredándose en su cuello y atrayéndolo aún más hacia mí.

Oficialmente estoy empapada –por la lluvia, quiero decir–, y he sucumbido a los encantos de ese demente. Aventura número 102 de la lista, enrollarme con un extraño, en proceso. De cabeza y sin frenos.

LUCAS

NO sé por qué la he besado. Tal vez porque aquella ha sido la noche más increíble de mi vida o porque, por primera vez en mucho tiempo, he sentido que podía ser yo mismo sin ataduras, sin miedos o sin tener que estar fingiendo ser otra persona para complacer a nadie. O, porque por unas puñeteras horas, no he vuelto a acordarme de Leah.

Así es como Sofía me hace sentir: libre. Tal vez sea esa expresividad risueña que me está volviendo loco, o el olor afrutado de su piel, que envuelve el aire cuando camina. No sé lo que es, pero ha despertado cosas en mí en tan solo unas horas que jamás creí que volvería a sentir.

Ella me devuelve un beso ansioso que va encendiendo mi organismo hasta hacerme perder el control. No puedo esperar a desvestir su cuerpo, deleitarme en su desnudez. Necesito con urgencia sentir la perfecta definición de sus curvas en mis manos, su piel húmeda en sudor mezclándose con el mío, protagonizar juntos una lenta carrera hacia el clímax. Estoy ardiendo solo de pensarlo.

–¿Por qué no vamos a tu casa? –propone, separándose un poco de mí.

¡Pues sí que iba en serio con lo de vivir un tórrido romance con un desconocido!

–¡Mierda! Tengo las llaves en la mochila. Están en casa de Iron Man –lamento entre beso y beso–. No había planeado acabar así la noche. Pero podríamos ir a la tuya…

–También mis llaves están allí, pensaba quedarme a dormir –susurra con fastidio, sin dejar de besarme ni un segundo–. ¿Qué hacemos?

–¿Desván? –propongo ante la evidencia de que los dos queremos lo mismo.

–Desván –confirma, mirándome con sus ojos de fuego.

Su mirada provoca un efecto inmediato en mi entrepierna, que ya de por sí está a punto de salirse del ridículo pantalón de disfraz. Creo que nunca me han mirado así antes, no sabría describirlo, pero sus ojos albergan un fuego que me quema inmediatamente las entrañas. Esa mujer ha llegado a mi vida para explicarme todo lo que me he estado perdiendo hasta ahora por jugar al aparentar, y me ha vuelto a dar razones para sonreír. Me muero por comprobar si la famosa pasión española de la que hablan es real o son habladurías…

Cogemos el metro con prisas y sin poder quitarnos las manos de encima. Esta sensación es nueva para mí, yo nunca me he dejado llevar en público de un modo tan irracional, pero es que con ella me cuesta mantener la compostura. Sobre todo, cuando posa sus manos sugerentemente en mis muslos, tan cerca de mi entrepierna. Estoy caliente y completamente empapado, pero lo único en lo que puedo pensar es en desabrochar la cremallera de ese mono que me está volviendo loco de remate. No, no puedo seguir imaginándola desnuda moviéndose encima de mí o no llegaré al desván. Decido cambiar de pensamiento y probar con la tabla de multiplicar del doce. Doce por uno, doce. Doce por dos, veinticuatro. Doce por tres…

Catwoman se separa un poco de mí, mira a nuestro alrededor y me dedica un gesto pícaro que adelanta muy malas intenciones. No sé qué me va a proponer, pero con ella, sé que estoy perdido. Voy a rendirme a todo lo que me pida.

–¿Has leído la número 62?

No es una simple pregunta, suena demasiado sugerente para pasarlo por alto. Saco la lista del bolsillo, sintiéndome algo ansioso, y la miro sin dar crédito.

–¿Estás pensando en coger un avión a estas horas? –indago sin entender.

–Estoy pensando en hacer la número 62 en el metro.

¿Cómo puede decir algo así y quedarse tan tranquila? La sola idea de imaginarme haciendo un 62 en el metro, hace que casi me corra de placer.

–¿Estás loca? ¡El vagón está lleno de cámaras, y no quiero que me deporten!

–Prometo que seré discreta. ¡Quítate la capa!

Me desabrocho la capa y se la tiendo sin entender qué pretende. Sofía nos cubre con ella, como si de una manta se tratase, y comienza a hablar de clásicos de literatura británica.

« *WTF?* »[10]. No es que no me apasionen Lord Byron y Jane Austen, pero el cambio de ritmo me ha dejado frío. Entonces, siento sus manos perdiéndose por debajo de la capa hasta aterrizar en mi bragueta, deslizando la cremallera sin ningún tipo de pudor, y haciendo que pegue un brinco en el asiento. Mi primer instinto es apartarla. Lo que ha comenzado como una caricia discreta que ha endurecido mi miembro hasta la extenuación, es ahora un ejercicio de concentración en toda regla por no correrme en su mano. Porque Sofía tiene mi polla entre sus dedos y está regalándome la mejor paja que me han hecho en mi vida. Ni yo, que tengo veinte años de experiencia, sé tocarme así.

–¡Gatita, no…! ¿Qué haces? –El hecho de saber que nos pueden pillar, hace que me cabree muchísimo. Y, a la vez, me está poniendo como una moto–. Sofía…

Gimo su nombre a modo protesta, pero ella sabe de sobra que quiero más.

–Pídeme que pare y lo haré.

La miro consternado. Mientras yo estoy al borde del infarto, ella está como si nada, como si en vez de tener mi miembro entre sus manos en medio del metro, estuviera leyendo una obra de Shakespeare.

Unos versos del poeta inglés acuden a mi mente mientras hago esfuerzos sobrehumanos por no perder la cordura. "*Conservar algo que me ayude a recordarte, sería admitir que no te puedo olvidar*".

¿Cómo voy a olvidarla después de esta noche? ¿Cómo olvidar su recuerdo si la llevo tatuada en la piel? Da igual lo que pase mañana o si no volvemos a encontramos. Sé que, ni en un millón de años, podría olvidar todo lo que me está haciendo sentir, todo lo que hemos vivido.

–¿Y bien? –insiste–. ¿Quieres que pare, entonces?

–¡Sigue! –le urjo.

Miro para otro lado para no mirarla a ella. Como mantengamos el contacto visual, sé que no voy a ser capaz de controlarme. Su mirada hipnótica tiene ese efecto sobre mí. Mis pulsaciones se aceleran al ritmo que ella marca sobre mi cuerpo. Arriba y abajo, arriba y abajo... Su delicadeza me tiene al borde del zenit. Aprieto los ojos con fuerza y sé que no voy a aguantar más, estoy a punto de…

–¡Ya hemos llegado!

–¡No! Aún no he llegado, pero casi… –respondo inconsciente.

–Nuestra parada –insiste ella con una sonrisa–. Te prometo que allí podremos seguir lo que hemos empezado.

–¡Oh, no! No voy a conformarme con esto, ¡lo quiero todo de ti! –afirmo mordiendo esos labios pecaminosos que me tienen al borde de la locura.

Bajamos del metro y la empotro –literalmente– contra la pared, justo al lado del circulito rojo que indica que estamos en la estación de Southwark. No creo que pueda esperar hasta llegar a casa de Iron Man para hacerla mía. Intento devolverle la jugada, descendiendo mis manos por

su ropa, pero ese mono ajustado con cremallera no hace posible ninguna maniobra obscena sin que sea de dominio público.

–¿Por qué te has puesto una ropa tan difícil?

–Las cosas difíciles son más interesantes…

Catwoman se separa de mí con una sonrisa malévola y tira de mi brazo para que la siga. Saber que tiene tantas ganas como yo me está excitando muchísimo.

–Por cierto, el 62 queda pendiente –provoco–. Y esta vez, va a ser en un avión.

–No sé si voy a poder esperar a Islandia… –responde, anudándome la capa alrededor del cuello de un modo muy erótico.

–¿Quién dice que tengamos que esperar? Siempre he querido conocer Europa: París, Barcelona, Praga, Venecia… Podrías venir conmigo.

Sé que estoy siendo muy emotivo, pero no soy un chico de una noche. Nunca lo he sido y no voy a cambiar ahora, y algo me dice que ella tampoco es así. Cuando pasa más tiempo del que me gustaría sin oír una respuesta, empiezo a impacientarme.

–Será mejor que nos vayamos. Tenemos que completar la lista.

Salgo del paso sin quedar como un completo idiota que, a los 32 años, todavía cree en el amor a primera vista, las almas gemelas y todas esas gilipolleces.

–Nunca he estado en Praga… –añade, justo antes de fundirse de nuevo con mis labios, sellando así una promesa que me llena de júbilo.

–Iremos a Praga entonces. Dame un minuto, hay algo que quiero hacer antes de salir de aquí…

La arrastro conmigo hasta un lugar que encuentro entre las sombras, oculto de testigos que puedan delatarnos. Entonces, saco el spray de pintura que compré en la tienda de tatuajes y lo agito con fuerza.

–Número 10, dejar tu huella en forma de grafiti.

Mis dotes de dibujo nunca han sido muy grandiosas, pero consigo que aquella mancha se asemeje lo suficiente a un martillo para considerarlo una firma. Le tiendo el spray y Sofía dibuja la sombra de lo que parece una gata.

–¡Será mejor que corramos antes de que nos pillen!

* * *

Cuando llamo al timbre, la hermana gemela borracha de Cruella de Vil nos abre la puerta. Sonrío al darme cuenta de que algunos invitados se han traído sus propias provisiones para soportar esta fiesta que ahora está dividida en dos bandos: por un lado, están los que bailan en el salón principal ajenos a todo y, por otro, los que se han enfrascado en algún juego de rol. Les he visto alguna vez pintando esas figuritas y reconozco que, aunque no es lo mío, tiene su arte.

La música es más actual y hemos cambiado de siglo, ahora suena Ed Sheeran confirmando la teoría de Ted Mosby de que nada bueno pasa después de las dos de la mañana. Observo de reojo a mi gatita, que tararea la canción mientras me mira con un aire inocente, y no puedo evitar reírme. No andaba tan desencaminado sobre sus gustos musicales…

A esa canción le siguen Sam Smith, James Arthur y todo un recopilatorio de música pop británica actual. La verdad es que no conozco ninguna de esas canciones, a mí me va más el country y la música rock.

Y aquí estamos, en medio de la pista con dos vasos de plástico azul llenos de refresco que nos

ha adjudicado Cruella, y sin decirnos nada. No sé si Sofía está arrepentida por el arrebato, o simplemente no sabe cómo actuar ahora que se han enfriado las cosas. No me quedo con la duda. Sin pensarlo dos veces, cojo su mano para guiarla hasta nuestra guarida, la buhardilla que Iron Man atesora en la segunda planta, donde las reservas de alcohol y las posibilidades esta noche son ilimitadas.

Se recuesta en el sofá mientras yo relleno dos copas de vino rosado y afrutado de baja graduación –de esos tan chic que suele gustarles a todas las mujeres– y me siento a su lado. Ha abierto la ventana, revelando sobre nosotros una luna llena que dibuja destellos plateados sobre su rostro. ¿Es posible que esté aún más hermosa bajo esa luz azulada?

–No sabía qué vino te gustaba, así que pensé que éste estaría bien. Tiene poco alcohol –digo por hablar de algo.

¡No puedo creerme que esté nervioso como un colegial! Como si no hubiera hecho ya esto antes cientos de veces…

Me quita la copa de vino con delicadeza y la deja a un lado, justo antes de acercarse a mí para devorar mi boca sin demora. Sujeta mi capa con las dos manos y me atrae hasta quedar completamente sobre ella. Mi cuerpo vuelve a ebullir como una olla a presión. Sus labios parecen melocotón, suaves y sedosos, y su sabor es algo francamente exquisito. Me muero por explorar su cuerpo, conocer todos sus rincones y saber qué esconde bajo ese mono elástico que tan bien se ajusta a su bonita figura.

La gatita no se anda con rodeos y desabrocha mi capa, tirándola al suelo con mucha teatralidad. No mucho después, le sigue mi jersey de punto, que está empapado por la lluvia.
Mis manos juguetean con la cremallera de su mono y la bajan muy lentamente. Sostengo su mirada, corroborando que no me estoy excediendo, y me encuentro con sus ojos felinos, mostrando un hambre feroz que es mi mayor afrodisíaco. Mis manos se vuelven exploradoras y retiran la parte superior del mono por su piel hasta descubrir un bonito sujetador de seda y encaje en color violeta. La visión hace que pierda la cabeza por completo. No puedo dejar de besarla mientras continúo bajando hasta dejar su torso al descubierto casi hasta el ombligo.

Hacía mucho que no deseaba a nadie de ese modo y mi cuerpo reacciona de manera primitiva y animal a su tacto. Quiero poseerla, quiero descubrir su intimidad y hundirme salvajemente en su cuerpo hasta que grite mi nombre entre gemidos. Y, a la vez, despierta una ternura en mí que me hace desear llenarla de caricias, besarla hasta que nos sorprenda la luz del alba y un montón de cursiladas más que juré que jamás volvería a sentir por ninguna otra mujer. No me sentía así desde que conocí a Leah, mucho antes de descubrir que era una traidora infiel y nuestra relación se volviera un infierno. Antes de ver esas fotos en las que dejaba que otro disfrutara lo que yo creía mío. Leah Madison. ¡Esa zorra!

–¿Estás bien? –Sofía se incorpora con preocupación–. De repente te noto… ausente.

Me doy cuenta de que llevo un rato en Babia, pensando en Leah y en todo lo que me hizo. De hecho, la dureza que estaba deseando hundir en ella no es ahora más que un trozo de carne inerte. ¡No puedo creer que siga dándole el poder de amargarme la vida en un momento así!

« Me gusta la meona. Me gusta la meona. Me gusta la meona… », me repito un millón de veces. Y es cierto, no lo digo para autoconvencerme ni nada de eso, pero sé que no estoy emocionalmente preparado para ofrecerle más que esta noche, y no sería justo para ella. Por otro lado, tal vez Sofía no esté buscando más que esto, un romance pasajero y furtivo en la azotea de Iron Man, que algún día podrá contarles a sus nietos.

–¿Thor? –insiste, torciendo el gesto–. ¿Está todo bien? Si quieres que paremos…

–Todo bien, gatita.

Vuelvo a centrarme en ella y en sus besos. Mis manos descienden por dentro de sus pantalones hasta encontrar una textura de encaje y seda que se asemeja a la de su sujetador. Ella no me para, al contrario, desabrocha un poco más la cremallera de su disfraz para que siga indagando en ella, mientras sus labios devoran los míos con ansiedad. Deslizo un dedo por dentro de su lencería y la acaricio muy lentamente. Mi miembro reacciona a su humedad, endureciéndose de manera automática. Comienzo a acariciarla íntimamente, primero despacio, después más frenético a medida que ella mueve las caderas para indicarme. Sus gemidos van a parar directamente a mi boca, su respiración entrecortada sobre la mía aumenta mis niveles de oxitocina. Quiero matarla de placer, quiero llevarla hasta el extremo de la locura. Le introduzco el dedo, y ella eleva las caderas para ayudarme a llegar más profundo.

–Thor… ¡no puedo más! –susurra en mi oído, entre gemidos lastimeros–. ¡Quiero sentirte dentro! Quiero que terminemos juntos.

Saco el dedo que tenía en su interior y lo saboreo con movimientos lentos. Su sabor es francamente exquisito. Sofía me mira abrumada, incapaz de contener tanta luz, y exhala un largo suspiro.

–Apenas te conozco y ya me estás volviendo loca –confiesa, arrastrando mis pantalones con ropa interior incluida para revelar la erección que he estado conteniendo.

–Acabo de hacerme un tatuaje por ti, gatita. –Tiro de sus pantalones para sacárselos por el tobillo–. ¿Se puede volver a alguien más loco que eso en una sola noche?

Me sonríe y vuelve a atraerme hacia ella para fundirnos en un beso cálido y apasionado, que vuelve a enredarnos en cuerpo y alma.

–Oye, ¿tienes…? –pregunto, al caer en la cuenta de lo que estamos a punto de hacer.

–¿No tienes condones?

–No pensaba dormir acompañado. Y deduzco que tú tampoco.

–No hago esto a menudo. A decir verdad, no hago esto nunca. ¡Mierda! Podríamos haberlos comprado antes de venir.

–Dame un minuto. Estoy seguro de que encontraré algo.

–¡No tardes!

–No termines sin mí.

Le doy un beso cálido en los labios, me pongo los pantalones y el jersey –que siguen empapados– y salgo escopetado escaleras abajo.

Hago malabares para llegar hasta el baño sin que nadie me pare para charlar. Lo malo de trabajar en la misma empresa que el cumpleañero es que todos nos conocemos y es difícil pasar desapercibido. Cuando alcanzo el cuarto de baño de la segunda planta, lamento mi mala suerte al comprobar que hay al menos tres personas esperando para entrar. Doy media vuelta, dispuesto a investigar todos los armarios de la casa si hace falta.

–Ey, tío, ¿dónde te habías metido? ¡No te he visto el pelo en toda la noche!

Maldigo mi mala suerte y sonrío a Colin, que parece contento de haberse encontrado conmigo.

–He estado aquí y allá, ya sabes… –explico, sin ánimo de prolongar la conversación.

–¿Es eso barra de labios? –pregunta malicioso, señalándome el cuello donde deduzco que tengo restos del lipstick rojo de Sofía–. Alguien se ha llevado el gato al agua…

Me quedo sin palabras ante la delación y solo puedo sonreír de forma tonta e ingenua.

–¡Venga, tío, cuéntamelo! ¿Ha sido Patri? Ella también ha desaparecido de la fiesta…

El muy ingenuo sigue creyendo que tiene futuro como casamentero.

–No, no ha sido Patri. Y ya hablaremos de eso el lunes… Por cierto, ¿no tendrás condones?

–Sí, claro, están en la mochila. –Le sigo por el pasillo hasta la habitación que comparte con Chloe y otra pareja más–. ¿Con quién has ligado, cabrón? ¿Es Carla? –pregunta. No tengo ni la más remota idea de quién es Carla, aunque deduzco que es alguna amiga de Chloe–. ¡Venga tío! ¡Cuéntamelo! Parece que te hubiera comido la lengua el gato…

Colin me tiende una tira con tres condones con recelo, pero parece que no va a soltarlos hasta que no le dé una pista.

–La gata más bien… –Me cubro la boca con las manos para evitar que las mariposas se escapen de mi estómago, pero Colin ya no parece divertido con la situación. Su rostro se torna terso y ligeramente defensivo.

–¿A qué te refieres con "la gata"?

–Tu compañera de piso, "Catwoman". ¿Por qué no me la has presentado antes? Sofía es tan… auténtica.

–¿Cómo la has convencido? –En su semblante veo algo que no me gusta–. ¿Está ella igual de borracha que tú?

–Reconozco que se nos ha ido un poco de las manos…

–¡Y tú aprovechas y te acuestas con ella! –No me gusta lo que está insinuando. No entiendo la razón, pero a Colin no le hace gracia imaginarme cerca de su compañera.

–Sofía es mayorcita y sabe perfectamente lo que hace. ¡Yo no la he forzado a nada!

–No quiero verte cerca de ella. Eres un tipo atractivo, seguro que puedes acostarte con la que quieras. ¡Deja a Sofía en paz! –me advierte.

Sonrío incómodo, estaba siendo demasiado perfecto para ser verdad.

–¿Por qué? –frunzo el ceño y le exijo una respuesta.

–Pues… porque no. ¡Y punto! –A Colin le cuesta encontrar las palabras y está empezando a mosquearme–. Mira… Es mi mejor amiga, ¿vale? Y ya le han hecho bastante daño, así que a no ser que tengas claro que es la mujer de tu vida, yo la dejaría tranquila. Te lo estoy pidiendo como amigo.

–¿Como amigo? –inquiero mordaz–. ¿Qué clase de amigo interfiere en la felicidad de dos personas que se gustan?

–¡Qué intenso todo! Si hace cinco minutos que la conoces… Hay un montón de mujeres que estarían dispuestas a pasar un rato agradable contigo.

–¡Ella también está dispuesta a pasar un rato agradable conmigo!

–¡Porque la has emborrachado! –me grita, dándome a entender que soy una especie de violador psicópata.

Sus palabras me hacen daño, por un momento había sentido que podría tenerlo todo, y de repente, mi vida ha vuelto a desmoronarse como un castillo de naipes. Vale sí, reconozco que el alcohol me ha puesto un poco dramático, pero es así como me siento.

–Mira, Sofía no es para ti. Es como mi hermana pequeña y me veo en la obligación de protegerla de…

–¿De qué exactamente? –pregunto, molesto con su actitud–. ¿De tipos como yo?

Colin no tiene que responder para que yo me dé cuenta de que eso es justamente lo que piensa. Por la razón que sea, no me considera lo suficientemente bueno para su amiga. Mi amigo –por llamarle de algún modo– me sostiene la mirada, consciente de que me ha ofendido con su discurso.

–No quería decir eso. Simplemente, no creo que tú estés en el mejor momento ahora mismo para conocer a alguien como Sofía. Tal vez en unos meses, pero no ahora. No esta noche.

Estoy tan cabreado, tan dolido, que no me veo capaz de regresar a ese desván y rematar la faena. Además, sé que hay algo más que no me está contando, la verdadera razón por la que no quiere que esté con ella. Dice que le han hecho daño. ¿Y a quién no? Cualquiera que pase de la veintena tiene alguna cicatriz en el corazón. Sin embargo, algo me detiene. Si en algo tengo que darle la razón a Colin es en que no estoy preparado para conocer a una mujer como Sofía. Aún pesa en mí el dolor que me causó Leah, y tengo muy claro que voy a regresar a Australia en menos de un año. No quiero conocer a una mujer que me haga cambiar de planes, y a juzgar por todo lo que ha hecho conmigo en una sola noche, creo que podría llegar a dejarlo todo por ella.

–Lucas, escucha…

–Será mejor que me vaya a casa. Nos vemos el lunes en la oficina –digo, sin ánimo de prolongar la discusión por miedo a que se nos vaya de las manos–. Despídete de Sofía por mí.

–Lucas, espera…

Colin me pone la mano en el hombro para que me detenga, pero sigo caminando hasta abandonar la fiesta. Me siento frustrado, humillado, cabreado y un montón de cosas más que ni siquiera sé identificar. Nunca he sido demasiado bueno hablando de sentimientos y tampoco sé cómo gestionarlos con todo lo que he bebido. Las emociones se han vuelto mucho más intensas, empezando por mi romance absurdo con Sofía, y ahora con el mazazo con Colin.

Camino bajo la lluvia en dirección a mi casa. Hay un buen paseo y hace fresco, pero no me importa. Necesito sacar lo que llevo dentro como sea.

A estas alturas, Sofía debe de pensar que soy el capullo que Colin cree que soy. Y no la culpo, dejarla abandonada en el desván, medio desnuda, ha sido probablemente lo más rastrero que he hecho nunca. Siento tentaciones de dar media vuelta y disculparme, pero Colin ha sido bastante claro al respecto: no quiere verme cerca de su compañera.

Decido borrar su número de teléfono de mi móvil para evitar cualquier tentación de llamarla. Sé que podría revisar todas las redes sociales hasta dar con ella, o plantarme en la agencia esa de publicidad en la que trabaja, cual caballero de brillante armadura, pero esta es la vida real y no voy a hacerlo. Si he sido capaz de superar lo de Leah –o casi–, superar un rollo de una noche no debería costarme tanto trabajo. Aunque siempre recordaré con fastidio esta historia inacabada por su efimeridad, su belleza romántica y un terrible dolor de huevos.

SOFÍA

Veinticinco minutos. Ese es el tiempo exacto que he estado esperando a que Thor apareciera con los condones antes de darme cuenta de que ha sido una excusa barata para librarse de mí. ¿Por qué? ¡No lo sé! Tal vez le gusta ir seduciendo a mujeres en fiestas para luego abandonarlas en un desván. Igual no he estado a la altura. « ¡Una mierda! » , me repito. ¡Yo no he hecho nada malo! Sé que he estado bien por la reacción sincera que he palpado en el bulto de sus pantalones cuando me estaba besando. Ha tenido que ser otra cosa. Pero ¿el qué? ¿Por qué se ha ido así, sin más? ¿Por qué ha sido tan cobarde de refugiarse en la falta de condones para no decirme que no quería enrollarse conmigo? Solo se me ocurre una respuesta a mis preguntas: Lucas es un capullo. El mayor de todos los que he tenido la desgracia de conocer hasta ahora. Y el más rápido en desaparecer de mi vida. ¡Ni siquiera ha sido capaz de culminar!

Por fin estaba preparada para pasar página, soltarme la melena y hacer algo estúpido –como siempre me suplica Fabio–, tan estúpido como acostarme en un desván con un completo desconocido que lleva un traje de superhéroe.

Me río por no llorar y agarro la botella de vino rosado que una hora antes he compartido con Thor. Me la acabo de dos copas y decido que no voy a esperarle ni un minuto más.

De nuevo en la planta baja, no tardo en localizar a Fabio y Patri. Me sorprende enormemente descubrir que siguen en la fiesta, Patri amenazó horas antes con irse a bailar, y me consta que Fabio ha tenido su propia diversión en uno de los cuartos de aquel dúplex.

–¡Mira! ¡La desaparecida! –comienza Fabio con retintín–. ¿Dónde demonios te habías metido? ¡Llevo buscándote toda la noche!

–No me pareció que me echaras mucho de menos en esa habitación… –respondo perspicaz.

–Al menos uno de los tres se ha divertido –comenta Patri.

Me sirvo un vaso de agua y derramo buena parte por la mesa. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo perjudicada que estoy, o tal vez hayan sido las dos últimas copas que me he tomado sola las que han terminado de rematarme.

–¿Se puede saber dónde te has emborrachado si en esta fiesta solo hay batidos de frutas? –observa mi amiga, a la que no se le ha escapado mi estado de embriaguez.

–Es una larga historia. Y yo mejor me voy a casa, que estoy calentita…

–Yo más bien diría “mojada” –se burla Fabio, observando el caos de mi pelo–. ¿Has estado peleando con Batman bajo la lluvia?

–No fue una idea brillante invitar al dios de los truenos. ¡Mira la que ha liado! –bromeo, tratando de parecer indiferente.

–Hablando del rey de Roma, ¿alguien sabe dónde se ha metido ese bombón australiano? –inquiere Patri con marcado interés–. Estábamos teniendo una conversación apasionante y, de repente, no volví a verle en toda la noche.

–Apuesto a que el pobre salió huyendo despavorido –afirma Fabio con desdén–. Al fin y al cabo, el todavía está “a-Thor-mentado” y tú eres un “Thor-bellino”. –Se me escapa algo. ¿Por qué Fabio cree que Thor “todavía está atormentado”?–. O igual se fue a la cocina a probar la “Thor-tilla” de Sofía.

Me atraganto con mi propia saliva al oír sus palabras. ¡Desde luego que Thor ha probado algo más que mi tortilla esta noche…! Tardo solo un instante en reconocer que Fabio solo está

jugando a encontrar palabras que lleven el nombre de “Thor” intercalado.

–Tal vez se fuera porque había “Thor-menta” –añado ingeniosa.

–O puede que simplemente le falte un “Thor-nillo” –zanja Patri, harta de nuestro juego infantil–. De otro modo, jamás hubiera dejado tirado a un mujerón como yo. Pero no pienso parar hasta que ese idiota se rinda a mis pies, ya lo veréis.

Me muerdo la lengua por no hablar. Patricia no es el único mujerón al que ese capullo ha dejado tirado. Pero Thor me las va a pagar. Sé que volveremos a encontrarnos algún día, y entonces, pienso vengarme por lo de esta noche.

7

SOFÍA

Odio los lunes. Por alguna extraña razón que no acabo de comprender, a mi jefa le encanta poner presentaciones con los clientes a primerísima hora de la mañana. Ella dice que es cuando está más fresca, pero el resto de seres humanos necesitamos varios cafés para recuperarnos del fin de semana. Sobre todo, si tienes que lidiar con la resaca de tu vida…

La campaña que presentamos hoy es para una prestigiosa revista femenina que va a lanzar una nueva subscripción de pago digital, un modelo de negocio al que se han ceñido muchas publicaciones con la crisis del papel.

–¿Vas a contarme de una maldita vez dónde te metiste en la fiesta? –Fabio ni siquiera levanta la mirada de sus notas cuando me hace la pregunta.

Dudo un instante si contárselo o no, pero decido que necesito una opinión externa antes de volverme completamente loca. Porque sí, reconozco que le he dedicado a ese cretino más pensamientos de los que merece.

Como una imagen vale más que mil palabras, saco del bolso dos patitos de goma que representan a la Dama de hierro y a Freddy Mercury, y los dejo encima de la mesa.

–¡Prueba superada! –respondo apática. Fabio me mira sin entender.

–Aunque siempre me ha parecido muy graciosa la afición británica por coleccionar patitos de goma, como mediterráneo que soy, creo que ya tienes una edad para poder bañarte sola.

–¡No, idiota! Este es mi salero –replico, recordando sus palabras que definían lo que era para él vivir–. Me desperté ayer con dos patos de goma en el bolso y no tengo ni idea de cómo han llegado hasta allí.

Fabio examina los patos con una mueca divertida y vuelve a dejarlos sobre la mesa.

–¿Qué mierda te metiste en esa fiesta?

–Cerveza, vino, vodka… ¡yo qué sé! Solo sé que conocí a un capullo que se evaporó sin dar explicaciones. ¿Pero sabes qué? ¡Mejor así! Lo que empieza muy caliente, se quema con la misma rapidez. Igual perdió interés después de que le masturbara en el metro. ¿Quién sabe?

Mi amigo me mira consternado, con la boca tan abierta que puedo verle las muelas del juicio, y me doy cuenta de que le he soltado demasiada información de golpe.

–¿Podrías empezar por el principio? Por un momento, me ha parecido oír que has masturbado a alguien en el metro…

–¡Fue la noche más alucinante de mi vida, Fabs! Todo iba sobre ruedas: hablamos de mil cosas, nos reímos, bailamos, seguimos esa estúpida lista que prometimos completar juntos… ¡Si hasta nos hicimos…!

Las vivencias de aquella noche me vienen a la mente como un cruel *déjà vu*. Llevo todo el fin de semana tratando de bloquear ese recuerdo con la esperanza de que se hiciera menos real, y ahora lo siento arder con fuerza en la piel. Me subo los pantalones por encima del tobillo y levanto la pierna en el aire para mostrarle la cicatriz que me ha dejado esa borrachera, un

recuerdo constante de la humillación sufrida a manos de ese imbécil.

–*Oh, my God!* –exclama, levantándose de la silla para verlo mejor–. ¿Es de verdad? ¿Qué se supone que te has dibujado? ¡Dime que no os habéis hecho tatuajes idénticos en plan parejita cursi!

Miro para otro lado y bajo la pierna para quitarle la obra de arte de la vista.

–¡Lo sé, lo sé! ¡Ya te he dicho que se me fue de las manos! –me excuso–. ¡Todo esto es culpa tuya y de Patri, que queríais que perdiera el control!

–Te dijimos que vivieras un poco, que te emborracharas y echaras un polvo con un desconocido con el que levantarte al día siguiente desorientada y con ganas de vomitar. ¡Nadie te pidió que te hicieras un tatuaje con un tipo al que acabas de conocer! Y lo peor de todo es que…

–Que… –le invito sin saber por dónde va a salirme ahora.

–Que es amigo de Colin, ¿verdad? –pregunta ante tal obviedad. Me siento absurdamente acorralada–. ¡Claro, tuviste que conocerle en la fiesta!

–Preferiría no dar detalles…

–Como tú quieras, pero sabes que lo voy a descubrir, aunque tenga que ir revisando los tobillos de todos esos pardillos como si fuera la Gestapo en busca de símbolos judíos –me amenaza. Hago caso omiso y me mantengo en mis trece, sin revelar la identidad del susodicho, de quién, por cierto, no he obtenido ni un nombre–. Aparquemos el tema del tatuaje por un segundo, ¿podrías explicarme eso de que le masturbaste en el metro?

De pronto, muestra más interés en mi vida afectiva que en la millonaria campaña con la revista *Ladies'Secret* en la que tanto nos jugamos.

–¡Yo qué sé, Fabs! Desprendía un carisma difícil de resistir, y la gravedad de su voz, sus manos fuertes, ese cuerpo robusto y… ¡qué olor! Olía a aventuras, a atardeceres en la playa y a noches interminables de pasión.

–Un momento, ¿estuvimos en la misma fiesta? ¿Esa en la que solo había frikis disfrazados jugando al Warhammer? –pregunta, torciendo el gesto–. Perdón, continúa: ¿qué pasó con tu ligue?

Le cuento toda la historia, incluyendo el desconcertante desenlace, aunque omito dar detalles de su identidad. Fabio, sin embargo, levanta una ceja y me mira con ternura cuando llego a la parte del desván.

–Estuve esperando al menos 25 minutos, me acabé la botella de vino yo sola y me largué. Fin.

–Así que es ahí donde guardan las reservas de alcohol…

–¿Eso es todo lo que has extraído de mi relato?

–No, pero será muy útil en la próxima fiesta –sonríe malicioso–. ¿Has llamado a Iron Man para preguntarle si alguien perdió un zapato?

–¿Cómo?

–¿Es que nunca has visto *La Cenicienta*?

–Dudo mucho que vendan zapatos de cristal del 45.

–¡Vaya! Intuyo que Ceniciento es un gran tipo…

–Muy, muy grande –confirmo despacio, recordando la magnífica visión de su cuerpo desnudo.

–¡Razón de más! Tienes que descubrir si ha dejado alguna pista sobre cómo encontrarle. No debería serte difícil teniendo en cuenta que estabas en la fiesta de tu compañero de piso y que era una fiesta de disfraces. "Oye Colin, ¿podrías darme el número de Superman? ¡Gracias!" –imita con voz de pito. Deduzco que él ya lo ha hecho antes.

–¡No pienso arrastrarme de ese modo! Le di mi número de teléfono y no lo ha usado, ¿para qué molestarme? ¿Es así como se siente uno después de ser espontáneo y vivir la vida al máximo? –pregunto, desviando el tema–. Porque la verdad es que, ahora mismo, pesa más la humillación y el abandono, que el recuerdo de una noche apoteósica.

–Te acabarás acostumbrando con la práctica. Lo que tienes que hacer es volver a salir y repetir la juerga. Seguro que en dos días conoces a otro perdedor en un bar y te olvidas de ese capullo.

–No me estás animando…

¡Salvada por la campana! Karen aparece como un torbellino para informarnos de que la clienta ha llegado y nos esperan en la sala de reuniones. Puedo notar la sobredosis de cafeína que se ha tomado, lo que me hace intuir que la directora de *Ladies'Secret* es un hueso duro de roer.

Cuando entramos en la sala, entiendo por qué todo el mundo está tan alterado: la sola presencia de aquella mujer impone lo suficiente para que a Fabio se le haya tensado todo el cuerpo y esté sudando Armani por cada poro de su piel. Nuestra clienta está discutiendo por teléfono con su empleada porque llega tarde a la reunión. Su falta de modales me perturba, y me apiado de la pobre que esté aguantando el rapapolvo.

Gina Dillan cuelga el teléfono y nos tiende la mano con una sonrisa que se esfuerza por ser amable, aunque todos en la sala sabemos que es un tiburón de los grandes y Karen no le llega ni a la suela de los zapatos. Al menos, mi jefa tiene corazón, aunque sea de hielo. Gina es conocida en el mundo editorial por haber conseguido que una revista de segunda se equipare en tiempo a récord a las grandes del sector como *Vogue* o *Cosmopolitan*. Nadie sabe muy bien cómo lo ha logrado, pero las cifras hablan por sí solas.

Tendrá cerca de cincuenta años, a pesar de que las inyecciones de su piel traten de mostrar lo contrario. Destila clase y seguridad, con un estiloso traje de chaqueta blanco impoluto que realza el fuego de su pelo. Su rostro está poblado de pecas, tal vez el único toque de dulzura en su semblante duro y condescendiente. Sus ojos verdes se cruzan con los míos y sonríe con autosuficiencia.

Karen le ofrece un café mientras esperamos pacientemente a que llegue su empleada. No mucho después, vemos aparecer a una chica que se disculpa por el retraso y se presenta como Elena Fernández. Me sonríe complacida cuando le digo mi nombre y las dos reconocemos al instante que somos compatriotas. Lleva puestos unos vaqueros rotos muy rockeros, unas sandalias negras planas con tachuelas y un top negro de tirantes.

Me fijo de nuevo en su rostro con la creciente sensación de que nos conocemos de algo. Siempre he sido terrible para recordar dónde he visto una cara antes.

–¡Veinticinco minutos tarde, Lorena! ¿Se puede saber qué te ha tenido tan ocupada? –cuestiona su jefa sin importarle que estemos nosotros delante.

Frunzo el ceño, confundida. Juraría que la chica se ha presentado como Elena…

–¡Y mira las pintas que me traes! –Gina sigue con su discurso–. ¿Tú te crees que este es el modo de presentarte en Petrichor?

No alza la voz, pero su tono es lo suficientemente intimidante para hacer que sienta compasión por la joven.

–¡Te recuerdo que hoy era mi día libre! –La joven no se achanta ante su jefa–. La próxima vez que necesites que te acompañe a una reunión, asegúrate de decírmelo el día antes y no cuando llegues a la sala de reuniones.

–¡Esto me pasa por confiar en una portuguesa! –lamenta dramática.

¿Portuguesa? El instinto me ha fallado esta vez, hubiera puesto la mano en el fuego porque Elena era tan española como yo. No puedo dar crédito de la situación y decido automáticamente que Gina me cae mal, cualquier persona que trate así a sus empleados debería arder en el infierno, pero sé que nos jugamos mucho con esta campaña y voy a tener que lamerle el culo.

–¡Deja de gruñir que te van a salir arrugas! Y el bótox no dura para siempre –replica su empleada, sentándose en la silla que le tiende Karen.

Fabio y yo nos miramos sin saber dónde meternos. Comenzamos la presentación, enfocándonos en los puntos fuertes de este nuevo sistema de negocio, como si realmente el pagar por leer una revista online fuera como si te tocara la lotería. Por último, presento mi parte de la campaña centrada en las redes sociales, una serie de anuncios interactivos que van a dar mucho de qué hablar.

Mientras expongo mis ideas, me concentro en desviar mi atención de Gina, cuya falta de expresividad me está poniendo cardíaca. Sigo hablando y hablando, con la inseguridad de no saber si la campaña está yendo bien o mal. Cuando termino, los tres nos miramos con la misma pregunta en mente y damos paso a un incómodo silencio.

–¡Bravo! –Contra todo pronóstico, Gina se levanta y aplaude encandilada. No sé si está fingiendo o realmente le ha gustado–. Selena, ¿crees que será lo suficientemente atractiva para atraer a las descerebradas de tu generación?

–Creo que es perfecta para atraer a los jóvenes, pero me gustaría crear una segunda colección de anuncios más elegante y clásica –explica la chica de los mil nombres–. Recuerda que también queremos atraer a menopaúsicas asaltacunas como tú, Dina.

¡Toma pulla! Elena-Selena-Lorena acaba de cambiarle el nombre a su jefa e insultarla con mucho arte. A estas alturas, el rollo que se traen estas dos me tiene completamente desconcertada, pero le da vidilla a la reunión.

–¿Creéis que podríamos reunirnos algún día para hacer unos retoques a los videos? –pregunta la chica de nuevo–. La campaña no saldrá hasta enero, pero nos gustaría tenerlo todo listo lo antes posible.

–Lo mejor para eso es que trates directamente con Sofía –informa Karen ipso facto–. Es la que suele encargarse de la publicidad en redes sociales.

–¡Perfecto! Te doy mi tarjeta y si quieres hablamos un día de estos.

Asiento sin más que agregar. No mucho después, Gina Dillan y su empleada –que ya no sé ni cómo se llama ni su procedencia– discuten algo en privado, justo antes de anunciar que firman el proyecto.

Fabio y yo abandonamos la estancia con profesionalidad y más erguidos que el palo de una escoba, para pegar saltos de alegría tan pronto llegamos al pasillo y estamos fuera de su alcance visual.

–¡Lo hemos conseguido! –grito, presa de la emoción.

–¡Y con Gina Dillan nada menos! Te acabas de coronar con la jefa. Si con esto no te hace un contrato, no sé qué más tienes que hacer… –agrega, infundiéndome esperanzas. Me dejo llevar por la emoción y le abrazo con ganas–. ¡Sofi, que me vas arrugar el traje!

–Perdón, me ha podido el momento. ¿Tú te la imaginabas así? –pregunto, sorprendida porque alguien con esa actitud tan altanera haya podido llegar tan lejos.

–Me habían dicho que era una harpía, así que sí, me la imaginaba más o menos así. Aunque reconozco que su elegancia innata me ha cautivado al instante. Por cierto, *amore*, ¿estás lista ya? Son casi las 6 y tenemos mesa en el The Last Tuesday Society para celebrarlo.

–Me encanta que planees las celebraciones antes de que ocurran, pero ¿no has encontrado un sitio más estrafalario para cenar?

–Sí, pero no tenían mesa –afirma complaciente–. Voy a asearme un poco y te veo a la salida. Seguro que Patri ya tiene su culo prieto esperando en el bar.

Hago una breve parada en el lavabo para asearme antes de nuestra gran noche. Me sorprendo al encontrarme a la joven de los mil nombres hablando por teléfono mientras se lava las manos. Al verme, cuelga y me sonríe afable.

–Habéis estado muy bien ahí adentro. Puedo garantizarte que habéis impresionado a mi jefa, y créeme que no es tarea fácil.

–Muchas gracias, ha sido trabajo en equipo –replico modesta–. ¿Cómo puedes vivir así?

Me arrepiento nada más hacer la pregunta, pero lo cierto es que su jefa me ha despertado una antipatía contra la que no sé cómo lidiar.

–¿A qué te refieres?

–Creía que mi jefa era un ogro, hasta que he conocido a la tuya y la ha dejado a la altura del betún.

–¡Oh! ¿Lo dices por Gina? –Mi pregunta parece sorprenderla–. ¡No es tan terrible! Le gusta mantener el papel de jefa mala delante de la gente para intimidar.

–¡Pues lo ha conseguido! ¿Llevas mucho tiempo por aquí?

–He perdido la cuenta –responde apática. Deduzco que, al igual que todos los españoles, llegó a la ciudad con la firme promesa de que serían tres meses y ha acabado estableciéndose aquí–. ¿Y tú? ¿Llevas mucho en Londres? Me suenas de algo…

–¡Ya lo tengo! Tú vas a clases de salsa, ¿verdad? Fabio y yo solíamos ir hasta hace unos meses.

–¡Eso es! ¡Te juro que llevo toda la presentación preguntándome dónde os habría visto antes! Sois los amigos de Patri, ¿verdad?

–Ella es la razón por la que nos apuntamos a las clases.

–¡Qué bueno! Oye, me tengo que ir, mi chico me está esperando. Te llamo un día de estos para tomar un café y discutir la campaña si te parece bien. Te llamas Sofía, ¿verdad?

–Sí, ¿y tú eres Yurena, Helena…? –comienzo a enumerar todos los nombres que su jefa ha ido mencionando en los escasos cuarenta minutos que ha durado la presentación.

–Elena, me llamo Elena. ¡Encantada!

* * *

The Last Tuesday Society es, con diferencia, uno de los lugares más variopintos en los que he tenido el placer de estar jamás. En su interior alberga una galería de arte y curiosidades del coleccionista Viktor Wynd y una tienda de los horrores en el sótano, que no es sino una burla al consumismo y los objetos absurdos que venden en algunas tiendas de este país. Puedes encontrar toda clase de objetos inútiles o fuera de lugar, como mesas mortuorias, cabezas reducidas o un felino con bombín en una mesa decorada con la rosa de los vientos. Aquel lugar tiene personalidad propia, herencia del gusto de Wynd por lo macabro, lo erótico y lo absurdo. Y, a la vez, mantiene la esencia británica de un modo muy rocambolesco.

Pedimos unos cócteles con absenta y nos sentamos en la mesa que nos han asignado, horrorizada al comprobar que tengo un feto de plástico flotando sobre mi cabeza.

Patri no tarda en unirse a nosotros. Su atuendo tan convencional nos deja a los dos mirándola

boquiabiertos: unos discretos vaqueros muy ochenteros y una camiseta blanca de algodón. Sin transparencias ni adornos innecesarios.

–¡Bueno, bueno, bueno! ¡Ya me ha contado Fabs la buena nueva, mi reina! –Mi amiga me abraza con orgullo y la voz inundada en emoción.

–Ya sabes que Fabs y yo hacemos el mejor equipo.

–¿De qué carajos me estás hablado, Sofi? Me ha dicho que estuviste a punto de trincarte a un amigo de Colin, lo que significa que por fin has pasado página con el capullo de tu ex. Y lo del metro… ¡Guau, sí que ibas tú lanzada!

–¡Ah! Te refieres a lo de Ceniciento –respondo, decepcionada porque ese sea el logro más festejable de la noche–. Si voy a salir al mercado, tenéis que prometerme que activareis el radar de capullos por mí. Está claro que el mío sigue roto.

–¡Solo ha sido una mala experiencia, Doña Dramática! Y estás desentrenada, así que no cuenta.

–¡Ni siquiera me ha llamado para disculparse!

Lo sé, soy una ingenua, albergaba la esperanza de que me llamara y dijera algo tan genial que hiciera que me olvidara del plantón, que le había dado un infarto a su abuela, se había muerto el perro o algo así.

Fabio y Patri se miran con complicidad mientras beben su cóctel casi de un tirón para evitar decir nada.

–¿Se lo dices tú o se lo digo yo? –susurra Patri sin mirarnos a ninguno de los dos.

–Déjamelo a mí –pide Fabio, algo condescendiente–: cariño, nunca llaman. Vete haciéndote a la idea que Ceniciento solo ha sido un calentón que, con un poco de suerte, te ha hecho espabilar un poco y darte cuenta de que hay un montón de rabos por el mundo.

–¡Qué bruto eres! –exclama Patri, quien no se queda atrás–. Hablando de rabos, he conseguido el teléfono de Thor.

Casi me atraganto con la absenta. Algo dentro de mí comienza a arder de rabia al oír su nombre. No quiero contarle que mi breve romance fallido también ha sido con su objeto del deseo. Bueno, uno de sus muchos objetos del deseo…

–¡Mírala! –vitorea Fabio–. ¿Se lo pediste a Colin, supongo?

–¡Pues claro que se lo pedí a Colin! Fue un poco reacio al principio, pero después me dijo que al chico no le vendría mal un poco de compañía femenina… Ya me entendéis.

Sí, por desgracia la entendemos de sobra. Sonrío complaciente y me muerdo la lengua para no admitir que yo también le estoy dedicando mi insomnio a un idiota con un martillo de plástico.

LUCAS

Tengo la resaca de mi vida. No es que acostumbre a emborracharme hasta perder el conocimiento, pero ayer quedé con una mujer a la que es imposible seguirle el ritmo. La he conocido a través de una famosa aplicación de citas. Llevábamos chateando un par de semanas y hasta ayer no me atreví a dar el paso. Necesitaba olvidar el mal trago de la fiesta. Seguro que, a estas alturas, Sofía ya tiene un muñeco de vudú con mi nombre lleno de agujas. Y no la culpo.

Tampoco he vuelto a hablar con Colin más de lo estrictamente necesario. Me ha escrito para disculparse, pero poco hay que decir después de haber insinuado que estaba abusando de su amiga y que, en el mejor de los casos, yo no era suficiente para ella. ¿Quién quiere enemigos teniendo a Colin? ¿Acaso tengo yo la culpa de lo que le hayan hecho a Sofía otros hombres en el pasado? ¿Nos convierte eso a todos en la misma especie de cretinos?

Eso, sumado a que no estoy pasando por mi mejor momento anímico, ha hecho que me decidiera a quedar con esa mujer. Se llama Agnieszka y es polaca, aunque ha tenido el detalle de permitir que la llame Aga ante mi incapacidad para pronunciar bien su nombre. Es muy bonita, con una piel blanca de porcelana, los ojos muy grandes de un azul claro, y el pelo cortito de un rubio cenizo muy popular en Europa del este que, a mí, sin embargo, no termina de convencerme. Aga tiene su propia peluquería en Ealing, al oeste de la ciudad, por eso lleva ese look tan *trendy*[11]. No es que sea un problema para mí, pero reconozco que es la primera vez que salgo con una mujer que no tiene un título universitario colgado en la pared. Para todo hay una primera vez en esta vida.

A simple vista, parece una mujer con carácter y las ideas claras, y es diez años mayor que yo. La verdad es que estoy en un momento de mi vida en el que ni busco ni me cierro a nada. Estoy siendo agua, como dijo una vez Bruce Lee, y como tal, fluyo.

La cita comenzó en un restaurante polaco comiendo dumpings y una cantidad ingente de carne que, sinceramente, no sé cómo digirió ese menudo cuerpo suyo. Le confesé que no me gustaba la carne, a riesgo de arruinar la primera cita, pero Aga parecía encantada con mi sinceridad y dictaminó que nos íbamos a llevar muy bien. A la cena le siguió una ronda de confesiones, acompañada de cerveza y chupitos de vodka, en la que descubrí algunas cosas sobre ella (además de su obvia tolerancia al alcohol, pues se bebe el vodka como si fuera agua). A Aga le gustan los coches de carreras, no le gusta viajar y odia los críos. Me contó que ese fue uno de los motivos por los que dejó a su marido –sí, también es mi primera vez saliendo con una divorciada–, además de por muchas otras razones que no vienen al caso. Y, después, me soltó abiertamente que tenía ganas de acostarse conmigo y que no buscaba nada serio. En un principio, el modo tan directo de abordarme me dejó un poco desconcertado. Después, decidí que me ponía muchísimo esa actitud de dominatrix y que no podía dejar pasar esa oportunidad. Tras unos cuantos besos que caldearon el ambiente, acabamos en su piso. Sexo esporádico y sin compromiso. Prometedor, excepto porque no siento nada cuando estoy con ella. No me mueve nada por dentro. Tan solo ha sido un orgasmo para aliviar la frustración, que no me ha hecho sentir vivo.

Nada parece hacerme sentir vivo desde que Leah rompió conmigo, a veces siento como si una parte de mí estuviera un poco muerta. Me reprendo por ser tan estúpido. Sé que aún no estoy en mi mejor momento. Y tan pronto abandoné el piso de Aga, volví a sentir ese vacío que tanto pesa

en mi alma.

¿Qué me has hecho, Leah? ¡Me has roto!

El chat interno de la empresa ruge con insistencia. Tengo al menos doce mensajes que no he leído, de los cuales, ocho son de Colin, ese bastardo que se hace pasar por mi amigo.

Aún me siento culpable por lo que pasó en su cumpleaños, por haber abandonado a esa mujer sin darle una explicación. Cada vez que recuerdo lo bien que encajaba mi boca con la suya, el tacto de sus manos deslizándose sobre mi miembro… ¡Uf! Así de patético soy, comparto con una extraña una noche de desenfreno y yo me obsesiono de un espejismo.

En cualquier caso, Sofía es pasado y Aga mi presente. Del futuro ya se preocupará el Lucas del mañana.

Colin insiste en que salgamos a por un café y a tomar un poco el aire. Nada me apetece menos en estos momentos. Cierro la ventana del chat y me enfoco en mi trabajo, o lo intento, pues no tardo en oír su voz detrás de mí, sobresaltándome.

–Ey, no has respondido a mis mensajes.

–Estoy super liado, ya sabes cómo son los lunes –replico, intentando ocultar que aún sigo molesto con él.

–¿No tienes ni cinco minutos para un café y una disculpa?

Miro a mi alrededor y veo que mi jefe oculta una sonrisita que no me gusta en absoluto.

–¿Te importa si hablamos en otro momento? Mi jefe está convencido de que soy gay, y que vengas a mi mesa pidiendo que aclaremos las cosas, no me está ayudando demasiado a convencerle de lo contrario…

–Claro, ¿cuándo? ¿Vamos a comer hoy juntos o también estarás liado? –pregunta con tonito.

Suspiro y me rindo ante la evidencia: Colin no va a parar hasta que me diga lo que sea que tiene que decirme. Mejor lo zanjamos antes de que mi jefe publique la buena nueva en el tablón de anuncios. Por si la sola presencia de Colin no fuera suficiente, su madre, Maggie, decide unirse a la fiesta. Le sonrío con dulzura, al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de que su hijo sea un traidor.

–Hoy he preparado mini *Victoria sponge* por el cumpleaños de Sarah, la de Recursos Humanos, pero ya que estáis los dos juntos, voy a empezar la ronda con mis chicos. ¿Queréis un pedacito?

–¡Claro! Seguro que está delicioso.

Acepto el platito con motivos florales que me tiende. No me gustan mucho los pasteles, pero me veo incapaz de negarle nada a Maggie.

–¿Qué tal te lo pasaste en la fiesta, querido? –pregunta ella con interés y esa sonrisa amable que siempre tiene lista todos–. ¿Conociste a alguna mujer interesante o tengo que poner en marcha mis habilidades como Celestina?

–No será necesario, Maggie, he conocido a una chica de Ealing y estamos quedando.

–¡Vaya! Me alegro por ti, cielo. –Su tono no muestra lo mismo–. Mantenme informada si las cosas con ella no funcionan. Aún tengo guardado un as en la manga para ti, la chica perfecta. Tan pronto te vi, supe que harías una pareja genial con mi Sofi. Es la compañera de piso de Colin, ¿sabes? Para mí, es como una hija más.

Miro de refilón a Colin, que se ha puesto de todos los colores, y no puedo evitar sonreír de medio lado.

–Si las cosas no salen bien con ella, me encantaría que me presentaras a esa Sofi –respondo, más por provocar a Colin que otra cosa.

–Mamá, ¿tú no tienes que seguir repartiendo pastel? –pide, para después volverse a mí–. ¿Te espero abajo?

Asiento con la cabeza y prometo que bajaré cuando termine de meter los datos de un nuevo cliente en el sistema.

Diez minutos después, recojo mi móvil y la cartera y salgo a mi encuentro con Colin. Por el camino, veo a Maggie, feliz y risueña, ofreciendo pastel a las chicas de Marketing, que lo rechazan con falsos modales. Sé que se mueren por hincarle el diente, pero no pueden permitirse añadir 300 calorías a su estricta dieta de *top models*.

Una vez en la calle, me encuentro a Colin pidiendo dos cafés con leche en un puesto callejero que solemos frecuentar. Me lo tiende y aprieta los labios con incomodidad.

–Antes de que digas nada, quería disculparme por lo que pasó en la fiesta. Lo que hagas con Sofía no es asunto mío, pero hay algo que quiero que sepas…

–No, no es asunto tuyo –replico cortante. Le pego un sorbo al café, que me abrasa la lengua y la garganta. ¡Qué manía de poner la leche tan caliente incluso en pleno mes de junio!

–Bueno, solo quería aclarar que no creo que seas un mal tío.

–¡Me acusaste de haberme aprovechado de ella! –le recuerdo tajante.

–¡Porque Sofía no es la clase de mujer que va emborrachándose y acostándose con el primero que se le pone por delante! No digo que haya nada malo en ello, solo digo que ella no es así.

–¡Aucht! –respondo dolido–. ¿Pretende ser una disculpa?

–¡No quería decir eso! Es solo que me sorprendió un poco lo del sábado, no estoy acostumbrado, pero Sofía es mayorcita para liarse con quien quiera.

–¿Cuál es tu problema conmigo entonces? Porque, según tengo entendido, tu novia y tú no paráis de organizarle encerronas con tíos que ni siquiera le gustan.

–Mi problema contigo no eres tú, Lucas. En primer lugar, tenía la esperanza de que surgiera el amor entre Sofía y Sam este fin de semana en la playa.

–¿Y qué opina ella al respecto?

–No lo sé, no se lo he comentado. –Su intento desesperado por emparejarla con sus amigos me saca de quicio–. Segundo, está el hecho de que sigues tocado con tu ex y no quiero que Sofía sea un desahogo.

–¿No se te ha pasado por la cabeza que igual podría olvidar a mi ex con ella y empezar de cero?

–Nunca he creído que un clavo saque otro clavo. Si acaso, son parches que te entretienen y te ayudan a sanar hasta que aparezca la persona definitiva. Y Sofía no va a ser tu parche.

–¡Tú qué sabes! –replico molesto, aunque en el fondo sé que podría tener razón–. Creo que estás muy equivocado con ella. ¡Sofía no es ninguna princesa en apuros! Se cuida bastante bien por sí sola.

–¿Te enrollas con ella una noche y ya crees que la conoces mejor que yo?

–¡Al parecer, tú no me vas a dejar hacerlo! –reprocho–. Deberías dejar que viva su vida a su manera.

–¡Lo siento! Tampoco pensaba que te gustara tanto, ¡si acabas de conocerla!

–¿De verdad crees que estoy así por tu amiga? –pregunto sarcástico, pensando que Colin es muy observador, pero no se está enterando de nada–. ¡Me da igual Sofía! Me pareció una chica increíble pero, como bien has dicho, acabo de conocerla.

–¿Entonces?

–Entonces, ¡estoy hasta los huevos de que todo el mundo se crea que me conoce! ¿Quieres

saber por qué me dejó mi ex? –Elevo la voz más de lo necesario, provocando que Colin se encoja de hombros–. ¡Porque era demasiado buen chico! Responsable, educado, romántico, fiel… "Aburrido", dijo ella. Mi ex necesitaba aventuras y un macarra que la volviera loca de remate, que le hiciera sentirse viva. ¡No sé qué manía le ha entrado a todo el mundo con eso!

Abro la caja de Pandora y mi ánimo se viene abajo con el recuerdo de Leah. Me doy cuenta de que mi amigo tiene razón: aún no lo he superado. No estoy preparado para tener una relación de ningún tipo, ahora mismo solo arruinaría las cosas pagando con ella lo que me hizo mi ex.

–Lo siento, yo no sabía que…

–Prefirió irse con un capullo con el pecho tatuado, que se la tiró cuatro veces en un coche destartalado y después se olvidó de ella. Fue emocionante, llenó su vida de morbo y, después, se sintió como una mierda. –Hago una pausa ante su mirada atónita, que no esperaba que fuera a tener ese arranque de sinceridad. Aun así, me observa en silencio y me escucha–. La perdoné, volvimos a intentarlo, y mi regalo de cumpleaños ese año fueron unas fotos de mi ex montándoselo con otro que alguien tuvo el detalle de poner en un proyector.

–No lo sabía…

–Y ahora vienes tú con el rollo de que no soy lo suficiente para tu amiga, que ella necesita un buen chico. Precisamente ella, que me confesó entre dos copas de vino que siempre acaba enganchándose con los más idiotas y tenía ganas de conocer a un hombre de verdad.

–Nunca dije que fueras un mal tío. Lo que quise decir fue que no estás en tu mejor momento, cosa que reitero después de tu confesión. Deberías darte un tiempo para desintoxicarte y conocerte a ti mismo.

–Mira, sé que suena muy loco porque no la conozco de nada, pero las dos veces que nos hemos visto ha habido un magnetismo, una química entre nosotros que…

–Ya, es lo que Sofía despierta en los hombres, Lucas. ¡No eres el único de mis amigos que se la quiere llevar a la cama!

–¡No hablo de eso! –me excuso, tratando de encontrar las palabras adecuadas para que no crea que estoy chiflado–. ¿Has visto esa serie sobre una red social que empareja a sus clientes basándose en pruebas de ADN?

–¿*The One*?

–¡Esa! Lo que me pasó con Sofía fue algo similar. Es como si hubiera activado todas las células de mi cuerpo que hasta ahora creía dormidas, como si alguien hubiera encendido la luz después de muchos meses de oscuridad. Eso es lo que me hace sentir tu amiga –saco mi lado romántico. Colin me mira con los ojos fuera de las órbitas, asemejándose demasiado a un dibujo animado–. Y sí, también me quiero acostar con ella. ¡Aquella fue la noche más perfecta de mi vida! De esas que solo ocurren en las películas, pero fue real. Ella es real. Y necesito saber dónde nos lleva esto. Igual lo he idealizado todo y al final tienes razón con que es solo un calentón. Pero ¿y si funciona?

–¡Guau! –ladra Colin atónito.

–Crees que estoy loco.

–No creo que estés loco –dice al fin–. No creo en los astros, pero sí en la compatibilidad genética, lo que vuelve a llevarnos de nuevo al plano sexual y la supervivencia de la especie.

–¿Quieres dejar de racionalizarlo todo y escuchar lo que te estoy diciendo? –Su actitud cada vez me está frustrando más–. No puedo prometerte que vaya a ser la mujer de mi vida porque no lo sé. Solo te estoy diciendo que tengo buenas intenciones. Que, si no te hubieras metido por medio, la hubiera llamado para volver a vernos. Soy un chico formal que, al igual que ella, no va

emborrachándose cada fin de semana ni haciéndose tatuajes…

–¿Te has hecho un tatuaje? –pregunta, perplejo. Aquello no me da puntos…

–Pensé que habrías visto el de Sofía –respondo, bajándome los calcetines para que vea el nuevo dibujo que brilla en mi piel.

–¡Qué cojones, Lucas! –exclama al ver mi tobillo–. ¿Y dices que Sofi se ha hecho otro?

–En su momento tenía sentido –defiendo.

–Vale, pongamos que tienes razón y que Sofía y tú os volvéis locos de amor. ¿Piensas quedarte aquí eternamente? Porque hasta hace dos días no parabas de lloriquear por lo mucho que echabas de menos Australia.

–No he llegado tan lejos en mis planes de futuro, de momento, solo quería invitarla a cenar… –replico, dándome cuenta de que hay algo más que no me está contando–. Okey, dime la verdad… ¿Por qué tienes tanto miedo a que le rompa el corazón a tu amiga?

Su rostro se frunce en una mueca que endurece sus facciones, y sé que está sopesando si darme o no una valiosa información. Y yo no sé si quiero oírla, temo que cambie el guion de la película romántica que me estoy montando en la cabeza, alimentado por el recuerdo de aquella noche.

–Su ex abusaba de ella –revela al fin, mirándome tan fijamente que sé que no puede estar mintiendo.

Me quedo tan aturdido con su confesión, que pasan unos minutos en silencio hasta que consigo ordenar las palabras en mi cabeza para formular la pregunta más absurda del mundo.

–¿En qué sentido?

–Creo que más psicológico que físico, el tipo era celoso, posesivo… Pero sé que en alguna ocasión le puso la mano encima, sobre todo, cuando salían de fiesta y se tomaba un par de copas de más.

–No me dio esa impresión. Si lo hubiera sabido, hubiera ido más despacio con ella…

–La cuestión es que tengo esa tendencia a sobreprotegerla de cualquiera que merodee cerca de ella. Por eso intento que se enamore de alguno del grupo, porque sé que jamás le harían daño.

–Tampoco la harían feliz.

–¿Y tú? ¿Puedes garantizarme que tú la harás feliz? –me pregunta–. Desde que has aparecido en escena, ha tenido la peor resaca de su vida, se ha hecho un tatuaje y, por lo que sé, ibas a echarle un polvo en un desván solo para olvidarte por unas horas de esa chica cuyo perfil de Instagram ya te sabes de memoria.

Me veo incapaz de replicar, a sabiendas que tiene razón en su cruel análisis. No estoy preparado para la responsabilidad que supone salir con una mujer con tamañas cicatrices, no cuando aún no he sanado las mías.

–Por favor, no le digas que te lo he contado –pide–. Simplemente, quería dejar claro que no tengo nada contra ti, sigo creyendo que eres un tipo genial y te sigo considerando mi amigo. –Colin me tiende la mano y se la estrecho con fuerza.

–Te prometo que no me acercaré a Sofía, siempre y cuando tú no vuelvas a presentarme a más mujeres como Patri.

–¡Oops! Le acabo de dar tu número de teléfono… –Tuerce el gesto y sé que no está bromeando–. Pero bueno, has dicho que tuviste una cita ayer, ¿no? ¿Es la chica polaca del chat? ¿Es cierto que les ponen vodka en el biberón para que se vayan inmunizando?

–No lo había oído nunca, pero a juzgar por cómo bebe, diría que es posible. Hemos quedado esta noche para cenar en su casa.

–La cosa va muy bien, por lo que veo…

Sonrío apático y termino lo que queda de mi café. Ojalá yo lo tuviera tan claro.

–Ahora que está todo aclarado, este fin de semana vamos a ir a Durdle Door. Es una pequeña playa escondida en la costa jurásica. Unos paisajes de ensueño y, lo mejor de todo –añade dándole un toque de emoción– uno de los mejores puntos de Inglaterra para ver el firmamento. Puede que me haya portado como un cretino contigo, pero sé lo mucho que te interesan esos temas. ¿Qué me dices?

–No lo sé… –analizo el panorama y dudo un instante–. No tengo ganas de que Patri me acose sexualmente y Sofía me pegue una paliza.

–¡Ni te preocupes por eso! –responde despreocupado. Frunzo el ceño con curiosidad–. A Patri no suelen durarle mucho los caprichos y Sofía ni te ha mencionado, así que apuesto a que no le ha dado la misma importancia que tú.

–¡Me quedo mucho más tranquilo!

Mi sarcasmo me delata. Debería estar contento porque no esté enfadada conmigo, pero, en el fondo, me fastidia que para ella no haya significado nada.

8

LUCAS

No sé cómo he dejado que Colin me convenza. Supongo que porque todos somos adultos y quiero creer que de veras ella no le ha dado importancia a lo que pasó. Fue una chiquillada, tal vez algo que las mujeres europeas acostumbren a hacer y a mí me ha pillado de nuevas. En cualquier caso, tengo la firme intención de disculparme, aunque no pueda contarle los verdaderos motivos que me llevaron a abandonarla. Eso queda entre Colin y yo.

Como el destino es caprichoso y actúa a su santa voluntad, acabo con Sam en el coche, uno de los chicos del grupo que me consta que bebe los vientos por Sofía y que, en mi opinión, no tiene absolutamente nada que hacer con ella por mucho que Colin insista en lo contrario.
Debería odiar a Sam porque sé que tiene la aprobación de Colin de la que yo carezco, pero simplemente no puedo. Es tan auténtico, sensible y leal, que me veo incapaz de odiarle.

A estas alturas, deduzco que Patri ya se habrá ido de la lengua sobre mi verdadera identidad, y es posible que la magia e inocencia de la otra noche no sean ya sino un recuerdo idílico y perfecto. En el mejor de los casos, Sofía sentirá indiferencia y seguirá creyendo que soy el gilipollas que la dejó tirada en un desván. En el peor, veré en su mirada el mismo interés morboso que veo en Patri y en otras mujeres. Tal vez sea una de las muchas seguidoras de Leah Madison y decida posicionarse en mi contra o sentir esa pena dañina que tanto me destrozó en Australia. En cualquier escenario posible, sé que esta excursión ya huele a fracaso, pero quedarme en casa un sábado por la tarde, bebiendo cerveza en lata y devorando todos los capítulos de la última temporada de *La Casa de Papel*, está fuera de toda discusión.

He decidido borrar mi cuenta de Instagram. Al fin y al cabo, solo la usaba para espiar lo que hacía mi ex, lo que no me estaba ayudando demasiado a pasar página.

Llegamos a nuestro destino alrededor del mediodía. Sam aparca y observo maravillado el paisaje que nos rodea. Colin no mintió cuando dijo que aquel lugar iba a fascinarme. Hay un tranquilo camping con caravanas bordeando la costa, un montón de senderistas buscando huellas de dinosaurios, y otros tantos que ya han emprendido la caminata hacia la playa escondida. No tardamos en unirnos a ellos, caminando a varios metros de altura sobre la Playa Man O'War, hasta llegar a una escalinata de piedra que desciende hasta el mítico arco de piedra caliza, Durdle Door. Desde arriba, puedo divisar esta íntima cala prehistórica donde a simple vista no abundan los bañistas, excepto aquellos que en un acto de inconsciencia se atreven a saltar a sus gélidas aguas.

–¿Sabías que su nombre proviene del inglés arcaico y quiere decir "puerta con agujero"? –Sam me deleita con sus conocimientos.

–Todo en lo que puedo pensar ahora mismo es en surfear esas fantásticas olas.

–No te lo recomiendo… –Su tono es de por sí suficiente advertencia de que aquella no es la mejor idea–. Estas aguas son imprevisibles. En cuanto te alejas un poco de la costa, hay corrientes subterráneas que podrían arrastrarte mar adentro, un fondo marino algo irregular e

incluso…

–¿Incluso…?

–Hay una leyenda que dice que el arco es en realidad un Durdlesaurio que se despierta por las noches y se alimenta de los cuerpos que el mar ha robado por el día –explica, con un tono tan serio, que no puedo evitar arquear las cejas con estupefacción. Y, después, rompo a reír a riesgo de ofenderle. Afortunadamente, él se une a mi jolgorio.

–¡Por un momento pensé que me lo estabas diciendo en serio! –reconozco–. He leído en alguna parte que hay una cala azul turquesa por aquí cerca, ¿se puede ir andando?

–Lulworth Cove, a menos de dos millas de aquí. No puedes regresar a Londres sin dejarte caer antes por allí. Además, venden unos helados deliciosos. No probar el de *butterscotch*[12] se considera delito.

–Lo tendré en cuenta.

Nuestros pasos nos guían por la playa hasta el conjunto de toallas y mochilas que Sam insiste en que son del grupo. No me queda otra que creerle. Con las prisas, se me ha olvidado ponerme las lentillas, y me niego a hacer una aparición pública con las gafas de pasta que me compré a los veinte años. Así que, en un acto de estupidez supina, las he dejado en el coche de Sam y me he prometido a mí mismo que me compraré unas menos anticuadas. Solo hay un problema: sobrevivir todo el día sin que se note que no veo ni torta, lo cual hubiera resultado más sencillo si nada más llegar no me hubiera tropezado con las extravagantes sandalias de plataforma de Patri, cayendo indecorosamente encima de ella en una posición muy comprometida que, estoy seguro, a ella no le ha incomodado en absoluto.

–Mmm… Me gusta lo que muestras y me enciende lo que escondes en ese bañador –replica ella con un tono seductor que busca únicamente incomodarme.

Me recompongo con dignidad y le dedico un gesto que trata de servir como disculpa.

–Si queréis estar solos, mi coche tiene los cristales tintados –ofrece Fabio a modo saludo.

–¿Por qué tintarías los cristales del coche? –Chloe a veces peca de ingenua–. ¿Sabes qué? ¡No respondas! Tengo una imaginación desbordante.

Mi cuerpo se tensa cuando mis ojos se cruzan con los de Sofía, que contempla la escena impasible y con cierta incredulidad. Apuesto a que nadie le ha informado de que me iba a unir a la fiesta. El incrédulo soy yo cuando se levanta y me da dos besos, un saludo muy mediterráneo que a mí me deja temblando en el sitio por la sorpresa.

–¡Qué alegría volver a verte, Thor! ¿Cómo tú por aquí? –pregunta con una sonrisa de diez mil dientes blanqueados.

No reconozco esa sonrisa, no es la misma que me mostraba de continuo la otra noche, no parece sincera. Pero nadie alrededor parece haberse dado cuenta.

–Hola, gatita –respondo al fin, dejando mis dudas atrás–. Cuando Colin me habló de este sitio, no pude resistirme. ¿Sabías que el nombre de la playa significa…?

–Puerta con agujero –me interrumpe ella–. Sam nos cuenta la misma historia cada verano. ¿Te ha soltado ya ese cuento chino del Durdlesaurio?

–Sí. Creo que ya estoy listo para sobrevivir a un día de playa en Dorset.

–¡Genial! Disfrutaremos de tu compañía hasta que desaparezcas sin avisar.

Ahí está, la actitud que esperaba. Su mirada es una advertencia de que aún está dolida por lo de la otra noche. Regresa a su toalla y se oculta tras unas enormes gafas de sol mientras finge concentrarse en un libro de Harper Lee, *Matar a un ruiseñor*. ¡No me lo puedo creer! Sonrío satisfecho al comprobar que no soy el único que ha seguido completando por su cuenta esa

estúpida lista. Esa novela estaba entre las lecturas imprescindibles antes de morir, y es la razón por la que yo me he traído a la playa un ejemplar de *Dublineses* de James Joyce.
Ese simple e insignificante gesto que ha pasado desapercibido para todos, hace que mi corazón se llene de júbilo. Puede que esté resentida conmigo, pero no lo ha olvidado. No nos ha olvidado. Lo siento por Colin, pero no lo tengo todo perdido en esta guerra.

Sofía me mira de reojo al darse cuenta de que no he apartado mis ojos de ella, y no puedo evitar reírme por dentro al notar que está nerviosa. ¿Es que soy el único que sabe descifrar sus gestos? Tal vez soy masoca, pero esa mujer a la que me han prohibido acercarme, es precisamente la única capaz de sacudir mi cuerpo desde que Leah me dejó hecho trizas. Y reconozco que tengo curiosidad. Nunca se me ha dado bien quedarme con las ganas, los "y si…" son destructores del alma que atacan a los cobardes. Y yo no soy ningún cobarde.

Patricia se levanta entonces y me acapara con poco disimulo. Su abrazo es tan fuerte y firme que noto sus turgentes pectorales estrujándose contra los míos. ¿Qué lleva puesto? Su escueto bikini consigue sacarme de onda, un tanga de tela rosa brillante que apenas tapa la fina línea que lleva a su pubis, acompañado de un diminuto top de triángulos en el mismo color, que hace aún más evidente que sus magníficos atributos le han costado una fortuna. Leah también estaba operada, algo que nunca llegué a entender, porque tenía una figura bonita y bastante proporcionada. Supongo que la fama y sus nuevas amistades terminaron sembrando un concepto de belleza distorsionado en su cabeza que le llevó a tunearse por completo. Lo que empezó con un ligero retoque en la nariz "por razones médicas", terminó en una transformación tal que, cuando rompimos, apenas podía ver en ella ni un ápice de la mujer que una vez me enamoró. No eran sus facciones, naturales e imperfectas.

Al contrario que Patricia, Chloe odia exhibirse en público y lleva un bikini pin up, azul marino con lunares blancos y cintas rojas, que tapa prácticamente toda su anatomía. Y la meona lleva un exótico conjunto sin tirantes con estampado de selva, que me hacen imaginarme toda clase de aventuras salvajes y fogosas a su lado. Lo que ocurrió en el metro se queda corto con todo lo que se me está pasando por la cabeza… ¡Buf! Tengo que contenerme a riesgo de que mi bañador de palmeras me delate.

Después de saludar a Colin y Fabio, me pongo manos a la obra a preparar la barbacoa con ellos. No sé por qué las parrillas siempre están rodeadas de hombres asando carne mientras las mujeres no muestran ningún interés en la actividad. La verdad es que a mí tampoco me apasiona, pero la idea de volver a la toalla y leer toda la tarde me haría parecer un antisocial.

El día transcurre tranquilo y sin altercados. Comemos, bebemos y nos sentamos en las toallas a disfrutar del inmejorable paisaje y charlar de esto y aquello. Me sorprende gratamente comprobar que la gatita sigue siendo amable conmigo a vista de todos, mostrando su lado de publicista, capaz de convencer a cualquiera de que comprar pasta de dientes con sabor a ajo es una excelente idea porque aumenta las defensas y protege contra las caries. Verídico, no sé cuántas veces habré visto el mismo anuncio, ojiplático perdido, al comprobar cómo la marca se convertía en pocas semanas en número uno en ventas en el Reino Unido. No puedo negar que Sofía es buena en lo suyo, lo cual es muy malo para mí, porque me cuesta diferenciar cuando está siendo sincera y cuando está vendiendo su alma al diablo.

El objeto de mis deseos desaparece en busca de intimidad para hacer una llamada. Me pregunto si estará hablando con su familia o tal vez se haya echado algún ligue que la haya sacado del mercado.

Aprovecho su ausencia para hablar con Sam, quién se ha puesto tan nervioso al estar cerca de

ella, que le sudan las manos como si de un aspersor se tratasen. Me confiesa tras dos latas de cerveza que está colgado por Sofía, como si a estas alturas no nos hubiéramos dado cuenta todos. Solo le ha faltado mearle encima… No he querido decir nada, bastante complejo debe ocasionarle esa falta de carisma al pobre.

La cosa no hace sino empeorar cuando Patricia sale del agua, contoneándose como una de esas vigilantes de la playa que se hicieron tan populares en los noventa. Sam se levanta para tenderle una toalla, en un gesto de caballerosidad que acaba en tragedia cuando le derrama la cerveza encima. Al menos, Patricia se lo ha tomado bien y ha regresado al agua para limpiarse sin montar demasiado escándalo.

Aprovecho el percance para ausentarme discretamente y pasear por la playa en busca de mi gatita. Se merece que me disculpe como es debido, algo que se me antoja imposible, pues apenas distingo más allá de mis propios pies. Aun así, escudriño los ojos ante cada mujer con el cabello largo y oscuro, especialmente, aquellas que llevan bikinis con estampados verdes, algo que, por desgracia, parece estar de rabiosa actualidad.

Maldigo por dentro a Colin. Podría estar disfrutando de un maravilloso día de playa con ella, y en lugar de eso, estoy aquí, merodeando en busca de una chica que me odia y a la que muy posiblemente no distinguiría ni aunque se me plantase delante. Admito que lo de no ver tres en un burro no ha sido culpa de Colin, pero le maldigo también por eso, por haber aumentado mi inseguridad en un momento de mi vida en el que cualquier mínimo gesto sirve de combustible en la hoguera de mi desconfianza.

Sigo caminando sin un rumbo fijo hasta llegar al final de la misma. Estoy a punto de rendirme ante la evidencia de que no voy a encontrarla, cuando de pronto oigo su risa fresca y escandalosa salir de una de las muchas cuevas que hay en la montaña rocosa. Confirmo mis sospechas al notar que está hablando en español, así que me apoyo en la pared caliza a la espera de que termine la llamada. De repente, se hace el silencio, señal inequívoca de que ha colgado, y la veo asomarse por la ranura para abandonar su escondite. Sofía no tarda en verme, y el bote que pega es tal que se golpea la cabeza con el techo de la cueva, resbalando con la inestable piedra caliza y precipitándose por la ranura a una altura de casi dos metros de distancia. Actúo con rapidez, haciendo un círculo con mis brazos que frenan su caída y la presionan fuerte contra mi cuerpo. No recobro la respiración hasta comprobar que no le ha ocurrido nada, a excepción de un buen golpe en la cabeza que promete doler un montón. Después, observo complacido que es su trasero lo que sostienen mis manos, y puedo decir que la gatita tiene unas buenas posaderas.

–¡Joder! –exclama ella en español. No tengo ni idea de lo que ha dicho, pero no suena amigable–. ¡Pensé que me mataba! ¿Se puede saber qué haces aquí?

–¿Salvarte la vida? –Propongo ofendido por su falta de modales–. Tienes una preocupante adicción a caerte cuando ando cerca de ti, lo menos que podrías hacer es darme las gracias.

–¿Darte las gracias? –repite ella con los ojos como platos–. Si no estuvieras espiándome, no me habría caído, con lo que ahora no tendría nada que agradecerte. ¡Casi me mato por tu culpa!

–¡Yo no te estaba espiando! ¡Si ni siquiera entiendo una palabra de español! –me defiendo al fin–. Solo quería hablar contigo.

–¡El martes tengo una presentación importante y no puedo aparecer con este careto! –responde exageradamente trágica. Se lleva una mano al chichón y arruga el gesto–. ¡Maldita sea, cómo duele!

–Hay hielo en la nevera –ofrezco.

–¿Te importaría mucho bajarme al suelo? Sé que te mola mucho el rollo de superhéroe, pero

no me siento demasiado cómoda con tus manos en mi trasero.

–Sí, claro, perdona. –Acabo de darme cuenta de que aún la estoy sujetando.

Sofía me mira impaciente y la bajo con delicadeza, con mis manos curiosas deslizándose por su anatomía lentamente hasta que sus pies pisan tierra firme. Se sacude los restos de arena y observa con disgusto los rasguños de sus muslos, que parecen al rojo vivo.

–Siento haberte asustado, no pretendía… –me disculpo.

–Está bien, solo son un par de arañazos. Será mejor que vuelva a la toalla a por un poco de hielo para la cara, ese golpe me preocupa más.

–¿Tienes un minuto? –pregunto esperanzado.

–Solo uno. Mi tiempo vale más que tu Rolex, y ya me has hecho perder bastante...

–Entonces no vale mucho, porque acabo de descubrir que es falso.

–¿Tus padres te regalaron un Rolex falso?

–No, este me lo regaló mi ex. No debería seguir poniéndomelo, ni siquiera me gusta llevar reloj.

–Tu ex tampoco te conocía mucho entonces… O tal vez tú no seas claro.

–Eso parece –asiento a las dos cosas.

Acabo de darme cuenta de que es cierto: Leah solo me regalaba cosas que hacían juego con ella, no lo que a mí realmente me gustaba. De hecho, todo en mí no era sino un complemento más para ella.

–Por cierto, ¿tú no llevabas gafas el día que nos conocimos?

–No me gustan demasiado, me hacen los ojos saltones. –No sé por qué le confieso esa inseguridad.

–¿Quién te ha dicho semejante tontería? –A pesar del cabreo que tiene, aún le queda algo de amabilidad en su menudo cuerpo relleno de mala leche.

–Mi ex.

¡Mierda! He mencionado a Leah dos veces en menos de diez frases de conversación. Realmente tengo un problema.

–Pues yo creo que te quedan bien, te hacen parecer inteligente. Y nunca está de más parecer menos tonto de lo que uno realmente es.

–No sé si es un cumplido extraño o me estás insultando, pero voy a quedarme con que estoy guapo con gafas.

–El simple hecho de que te quedes ya me sorprendería –responde con retintín.

–De eso precisamente quería hablarte… Quiero que sepas que tenía una muy buena razón para hacer lo que hice. O lo que no hice.

–¿Más allá de que eres un capullo arrogante, quieres decir? –Sofía tiene el don de faltar al respeto y, al mismo tiempo, mostrar ese cariz de simpatía–. Normalmente a los tipos como tú los veo venir de lejos, pero te confieso que me has pillado fuera de juego.

–En realidad soy un buen tipo. Pero supongo que no me crees porque no me conoces de nada… ¿verdad?

Suelto la bomba y espero su reacción, esta es la prueba de fuego para saber si ya ha descubierto mi identidad o sigue creyendo que soy tan solo un imbécil con el que tuvo la mala suerte de magrearse en un desván.

Se me van los ojos sin querer al sugerente escote de su bikini, la suavidad que recuerdo en su piel, la perfecta definición de su clavícula y ese cuello tan largo que queda al descubierto con el recogido informal que se ha hecho con una pinza del pelo.

–¿Y bien? –insiste, impaciente–. ¿Vas a decirme cuál es tu excusa o tengo que aceptar lo de que eres un capullo?

–He dicho que tengo una excusa, no que pueda compartirla contigo.

–Ah, ¡qué útil! ¡Todo aclarado entonces! –replica con aires de superioridad.

Sé que está incluso más cabreada conmigo si cabe por esa verdad a medias, pero ese rollo de indiferencia que se trae me está poniendo muchísimo. Tengo unas ganas irrefrenables de sujetarla otra vez por el culo, empotrarla contra la pared de la cueva y besarla. Pero luego se me vienen a la cabeza las palabras de Colin y lo que me apetece entonces es protegerla. Maldigo a Colin de nuevo. ¿Por qué ha tenido que contármelo?

Sofía no aparta sus ojos de mí, observándome con el rostro encogido en un signo de frustración.

–Venga, dilo –le invito.

–Yo no he abierto la boca.

–No hace falta, te salen subtítulos en la cara cuando piensas.

–Alguien dijo la otra noche que le gustaba mi expresividad…

–¡Y me encanta! Me da ventajas… ¡Dispara!

–¡Por tu culpa tengo este estúpido tatuaje para el resto de mi vida!

–¿Perdona? ¡Te recuerdo que fue idea tuya! Tú te querías hacer un tatuaje y yo te seguí el rollo como un idiota a pesar de que los odio. ¡Soy yo quién debería estar molesto contigo!

–¿Un gato y un puto martillo? ¿Cómo se te ocurrió una idea tan ridícula?

–¡“Éramos nosotros”! –me burlo, con un tono de voz cursi que pretende imitar las palabras que pronunció aquella noche.

–¡Un “nosotros” que no significa nada!

–¿Crees que fui un error?

–Hubieras sido un recuerdo increíble si no te hubieras largado sin avisar –confiesa sin tapujos–. Porque puedes buscarte la excusa que te dé la gana, pero sé que tú también te estabas divirtiendo. El brillo en tu mirada fue bastante sincero y, ¿sabes qué? No sé qué te ha pasado, pero ya no está ahí. Hoy no lo veo.

–Tengo razones para hacer lo que hice, no excusas –aclaro–. Y jamás he negado que aquella noche fuera increíble.

–¿Por qué te fuiste entonces? –pregunta sin entender–. Podrías haberme echado un polvo en ese maldito desván, no haberme llamado más y todo hubiera quedado todo en una apoteósica aventura de verano sin importancia. ¡Pero así te has coronado como el rey de los capullos!

–¿Haberme acostado contigo y no haberte llamado después me hubiera hecho mejor persona? –examino, atónito con su reflexión.

–No es eso lo que quería decir… ¡Olvídalo! –replica ella falta de argumentos.

–Lo siento –pido en español. Sofía me mira aún más perpleja, si cabe.

–¿Desde cuando hablas mi idioma?

–Número 51. Me he apuntado a clases de español. No quiero que pienses que lo he hecho por ti… Simplemente, me parecía el idioma más útil.

–No, si vas a regresar a Australia –me recuerda.

Reconozco que la disculpa no está yendo exactamente como había planeado. Hay algo en ella que me saca de mis casillas, me altera y me pervierte. Me repito a mí mismo que alejarme es lo mejor para los dos. Porque si Colin cree que yo no soy lo suficiente para ella, debería saber que Sofía tampoco es lo suficiente para mí…

No es lo suficientemente alta para un tipo que mide casi un metro noventa.

A sus 26 años, no es económicamente estable. ¿Cómo piensa sobrevivir en una ciudad como esta?

Además, debido a su juventud, aún no tiene planes de futuro y no parece importarle.

¿Y por qué está siempre sonriendo? Las simpáticas no son de fiar.

Y es tan… irritablemente perfecta. Perfecta para arruinarme los planes de volver a Australia.

¡Mierda! Me gusta. Me gusta mucho.

De pronto, tengo una idea estúpida. Muy estúpida. Pero me veo a mí mismo pronunciando las palabras que no debería haber pronunciado. Y todo, porque no me veo capaz de resistirme a ella a no ser que ponga algunos impedimentos de por medio.

–¿Estás libre el viernes?

–¿Me estás pidiendo una cita? –pregunta atónita–. Porque necesitaría al menos dos copas de vino, un Sofía on the rocks y tres cervezas para hacer una gilipollez como esa.

Sonrío ante su respuesta. Cuando está cabreada es aún más ingeniosa si cabe.

–No estoy libre para ti –replica al final.

–¿Y para Sam? –pregunto. Sofía me mira con la duda reflejada en el rostro.

–¿Acostumbras a hablar en tercera persona? ¡Eres más egocéntrico de lo que pensaba!

–¡Yo no soy Sam! –exclamo ofendido–. ¿En serio no sabes cuál es mi nombre?

–¿Thor? –prueba con un deje chistoso–. ¡Yo qué sé! No mencionaste tu nombre en ningún momento.

–Cuando no estoy de guardia, me llamo Lucas.

–¡Anda, como el pato! ¿Quién es Sam entonces?

–El chico con el que estabas hablando hace un momento en la toalla.

–¡Ah! Ese Sam…

Se encoge de hombros sin demasiado interés. Cada vez veo menos factible el plan de Colin. Por un instante, me siento en la obligación de interceder para evitarle a mi amigo una humillación, pero decido que no es asunto mío.

–¿Por qué quieres que quede con él?

–Está colgado por ti.

Una llamarada se dibuja en sus ojos almendrados e intuyo que, de algún modo, la he ofendido.

–Ah, ya entiendo… a tu amigo le hacía falta un poco de diversión y te acordaste de la zorra que te la meneó en el metro.

–¡Por Dios, no! ¡Eso es lo último que se me ha pasado por la cabeza!

–¡Eres aún más capullo de lo que creía!

Se da media vuelta y se larga. Salgo corriendo detrás de ella y le agarro del brazo, obligándole a que se gire para mirarme a la cara. En realidad, jamás se me había pasado por la cabeza que fuera ninguna zorra por algo que obviamente los dos disfrutamos, y verla con Sam, es lo último que me apetece. Pero al menos evitará la tentación de que me acerque a ella. Porque, francamente, no me veo capaz de ello por mí mismo. Tal vez debería mandar a la mierda a Colin y hacer lo que me dicta el corazón, pero sé que tiene razón al decir que yo no puedo ofrecer nada bueno ahora mismo.

–¡No quería decir eso! –comienzo, y ella me da la oportunidad de disculparme… otra vez–. Me dijiste el otro día que estabas buscando un buen chico, y creo sinceramente que Sam lo es. Una apuesta segura, jamás te haría daño.

Ella me mira y lo piensa un momento.

–¿Por eso te largaste? ¿Para dejarle vía libre a tu amiguito?

–En realidad no quiero verte con Sam –confieso.

–¿Qué carajos quieres, Lucas? Querías disculparte, cosa que no has hecho. Me pides que le dé una oportunidad a tu amigo, pero no quieres verme con él. ¿A qué estás jugando?

Me veo incapaz de responder. Estoy hecho un puto lío.

–¡Okey! No sé qué pretendes, pero puedes darle mi número de teléfono a Sam –agrega.

–Ya, en cuanto a eso…

Miro para otro lado para evitar su mirada. Sé que en cuanto abra de nuevo la boca, me va a odiar aún más. ¿Qué quedó del chico bueno al que le habían roto el corazón en Australia?

–No me preguntes por qué, pero ya no tengo tu número de teléfono.

–Pero seguro que hay otra buena razón para ello, ¿verdad?

En sus ojos puedo ver que está realmente dolida conmigo. Probablemente, en mi intento desesperado por disculparme, he conseguido justo lo contrario.

–¿Me podrías dar tu número otra vez?

–No te preocupes, se lo daré a Sam directamente.

Me da la espalda con el orgullo herido y se aleja de mí. La sigo muy de cerca, en parte porque no quiero dejar las cosas así, en parte porque sé que, sin alguien que me haga de guía, jamás encontraré la toalla por mis propios medios. Así de idiota puedo llegar a ser.

Cuando regresamos con el grupo, Sofía se acomoda en la toalla de Sam y empiezan a hablar animadamente. O al menos ella. Él la mira como si fuera una diosa, mientras intenta disimular bajo su sudadera un visible tic en la pierna derecha y una considerable erección. No es el mejor comienzo, pero Sofía parece reírse con él y, no sé cómo, accede a dar un paseo por la orilla. ¡La que he liado! Claramente he subestimado al enemigo.

Me abro una lata de cerveza y me la bebo casi de un trago, tratando estrepitosamente de no prestar atención a la parejita, pero pierdo la batalla en cuestión de segundos.

–¡Estoy flipando! –exclama Fabio, colocándose las gafas de sol sobre el puente de la nariz–. ¿Qué ha podido decirle para que acceda a ir con él a pasear?

–¡Eh, un respeto! –defiende Chloe, sacando las uñas por Sam–. Puede que sea paradito, pero tiene un gran corazón.

–¿Paradito? –se burla Patri–. Paradito es el príncipe Guillermo, Sam es como un gato de escayola. ¿Te recuerdo aquella fiesta en la que le pedimos que se encargara de las latas y trajo atún?

–Bueno, porque nadie le especificó que tenían que ser de cerveza –le defiende de nuevo Chloe, en actitud maternal.

Patri no agrega nada más, concentrada como está en arremolinarse aún más el bikini alrededor de sus pezones para que el sol llegue a más partes de su cuerpo. Tiene tanta piel al descubierto que hasta el astro rey se ha puesto nervioso.

Doy por concluida la conversación. Colin me clava la mirada de un modo que cabalga entre la culpabilidad y el reproche.

Por más que lucho contra mí mismo, mis ojos acaban volviendo una y otra vez a Sam y Sofía. No sé qué demonios le ha dicho para hacerla reír de ese modo, pero me remueve algo por dentro. La gente subestima las sonrisas sin saber que no cualquiera puede provocarlas y que, además, tienen el poder de sanar un corazón. Y eso es lo que me pasa a mí cuando oigo reír a esa mujer, se me cierran todas las grietas del alma.

–Lucas, querido, ¿te importaría echarme crema en la espalda? –Oigo la melosa voz de Patri

mientras me tiende el bote de crema sin lugar a réplica.

–Claro –acepto por mantenerme distraído, aunque no me creo que la reina del pole dance no pueda hacerlo por sí sola.

Comienzo a repartirle aquel ungüento con olor a coco con desgana, mientras ella se contorsiona y emite sonidos de placer. Mi vista se escapa un par de veces sin mi consentimiento hacia la orilla. ¡Menudas piernas tiene! Menudos ojos de fuego. Cada vez que recuerdo el modo en el que me miraba aquella noche…

–¡Más abajo, cielo! Mmm… ¡así! –gime en un tono muy erótico al que yo, sin embargo, no presto atención.

Mis dedos recorren su columna vertebral, dónde tiene dibujada una serpiente que se pierde en su rabadilla, toda una de declaración de intenciones que acaba en su prominente trasero. No contenta con eso, la reina de la provocación se desabrocha el top y lo deja a un lado de la toalla, sugiriéndome abiertamente que no lleva nada con lo que cubrirse. Colin y Chloe se están aguantando la risa. Cualquier otro en mi lugar se hubiera puesto cardíaco, pero manosear a esa mujer medio en pelotas, me está produciendo todo lo contrario al placer.

Cuando termino de sobarla, me acerco a la orilla (aunque lejos de ellos) para quitarme los restos de crema. Me estoy aburriendo terriblemente. Tal vez por eso decido escribir a Aga para ver qué está haciendo y si quiere que nos veamos esta noche. Después de una buena ducha, claro. Me contesta ipso facto que le encantaría verme y que puedo ducharme en su casa… Con ella. Aquella muestra de confianza recién adquirida me gusta.

–¿Debería llamar a la policía por acoso sexual?

Su voz grave y serena hace que me gire para mirarle. Colin está disfrutando de lo lindo con la situación. Ojalá yo pudiera encontrarle la misma gracia.

–No sé de qué hablas. He dejado a Sofía tranquila, como tú me pediste, y tu plan de emparejarla con Sam parece ir sobre ruedas.

–Me refería a Patri –responde con ese mohín divertido en la voz–. Y cuando se trata de Patri, tú siempre eres la víctima.

–Ya te he dicho que no tengo ningún interés en ella. De hecho, esta noche voy a quedar con Aga.

–Sigues molesto conmigo. –No es una pregunta–. ¿Tienes algo que ver en que Sofía esté de repente tan pendiente de Sam? Porque justo hoy me ha pedido que cese en mis intentos desesperados por encontrarle novio. Creo que se me ha visto el plumero.

Sonrío para dentro, reconociendo a mi meona en sus palabras.

–La he notado receptiva conmigo y he decidido espantarla. No queremos que acabe con el chico incorrecto, ¿verdad?

–Ya te he pedido disculpas.

–Y yo las he aceptado.

No mucho después, nos despedimos todos y regresamos a casa. Sam promete llamar a Sofía y sé que va a cumplir con su palabra. Sería muy estúpido si no lo hiciera.

Me doy una ducha rápida y me presento en Ealing, donde mi preciosa rubia de ojos azules me está esperando con los brazos y las piernas abiertos. Después de una película (de la lista, por supuesto) y varios besos de tornillo, nos entregamos a la lujuria de manera tranquila y desapasionada. Aga no tarda en dormirse y yo me recuesto a su lado mirando al techo, confundido, frustrado y sintiéndome miserable. No esperaba sentir fuegos artificiales en nuestra tercera cita, pero tampoco esa absoluta desconexión. Porque lo cierto es que no siento nada más

allá del deseo primitivo de procrear, de liberar la pesada carga de mis huevos, no me mueve nada por dentro cuando nos acostamos juntos. Me siento… vacío.

Vuelvo a mirar a la maravillosa mujer que duerme a mi lado y siento una leve punzada de angustia en el pecho que me indica que algo no va bien. Reconozco esa sensación porque ya la he sentido antes. ¡No me puedo creer que Leah vaya a protagonizar otra noche de insomnio y agonía! Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, tratando de localizar la fuente del dolor para hacer que se vaya, y me sorprendo a mí mismo pensando en Sofía. En lo mucho que me ha jodido verla sonreír a Sam.

SOFÍA

¿De cuántas maneras se puede humillar a una persona? Cuando me preguntó si estaba libre el viernes, juro que pensé que iba a pedirme una cita o simplemente a disculparse, pero la decepción me ha sacudido como una ola de calor del Sahara, dejándome sofocada y confundida. ¡El muy idiota quería organizarme una cita con su amigo Sam! Que no es que tenga nada de malo el chico, pero me pone tanto como ver dos moscas apareándose.

Yo he decidido seguirle el rollo, ¿por qué no? Al fin y al cabo, Sam no tiene la culpa de que su amigo sea un demente.

Dado que tenía un cabreo monumental y el orgullo herido, decidí darle una oportunidad, corroborando así que no tenemos absolutamente nada en común. La noche y el día. De hecho, la única razón por la que hemos hablado más de tres minutos seguidos es porque él estaba tan nervioso, que me ha enumerado todas y cada una de las especies que han vivido en el área desde el Pleistoceno. También me ha explicado cómo se reproducen las amebas o porque las ostras producen perlas. Y así es precisamente como me sentía yo escuchándole, aburrida como una ostra. Supongo que, si encontrara a Sam mínimamente interesante, pensaría que su conversación es fascinante, como cuando Lucas se puso a enumerarme todas las estrellas del hemisferio sur. Pero con Sam no noto esa química irracional que el australiano arrogante despierta en mí en contra mi voluntad, y no creo que sea algo en lo que podamos trabajar. El amor surge con el tiempo, pero la química se tiene o no se tiene. Tan simple como eso.

Creo que Sam también se ha dado cuenta de que yo no soy tan interesante como él creía. No tengo ni idea de física, se me atraviesan los números y la ciencia nunca ha sido mi fuerte.

Una vez en casa, me pego una ducha y me siento en el sofá con Chloe a degustar un plato precalentado a base de noodles con gambas y salsa *sweet chilly*. En unas semanas presento una campaña para Happy Dinner, una marca de platos precocinados, y he decidido empezar por los competidores para poder ser más objetiva cuando pruebe las muestras que me ha enviado el cliente.

–Oye, Sofi, ¿puedo preguntarte una cosita? –Chloe ha puesto esa expresión de niña buena que adelanta que va a soltar una pregunta incómoda de un momento a otro. Y no me equivoco…–. ¿A ti realmente te gusta Sam?

La miro con los ojos como platos y se me escurren los noodles del tenedor, chorreando salsa agridulce por mi labio inferior. ¡Un cuadro! Me limpio con una servilleta tras el desastre causado por su pregunta.

–¿Y puedo saber por qué me preguntas esto ahora?

–Bueno, porque os he visto juntos todo el día y, sinceramente, siempre te estás quejando de que los amigos de Colin son un muermo, pero es que te has ido a fijar en el más rarito de todos… ¡Si hasta le temblaban las piernas al ver a Patri en bikini!

–¿Y a quién no? ¡Hasta a mí me tiemblan las piernas al ver a Patri en bikini! –bromeo divertida–. Y Lucas también estaba babeando por ella mientras le echaba la crema.

Sí, lo reconozco, mientras Sam me enumeraba todos los dinosaurios conocidos hasta la fecha, se me ha escapado la vista a la escenita de la crema en un par de ocasiones.

–¿Estás de broma? –Mi acusación parece divertirla–. Patri es la última persona del mundo a la que Lucas le tiraría la caña, tiene mejor gusto que todo eso…

–¿Y a ti qué te pasa con ella? Te recuerdo que es mi amiga.

–Aparte de su afición por restregarnos a todos sus tetas de plástico por la cara, no me pasa nada. –Sonríe condescendiente–. Jovencita, ¡no me cambies de tema! ¿De verdad te gusta ese chico? ¡Porque es un cambio muy grande después del macarra con el que te vi la última vez!

–No hay nada que entender. –Decido sincerarme con ella a riesgo de que crea que he perdido la cabeza–. Lucas me pidió que le diera una oportunidad a su amigo, y lo hice. Una idea nefasta, por cierto. Estoy bastante segura de que se empalmó mientras hablaba con él. Creo que le cuesta controlar sus emociones…

–¡Madre del amor hermoso! ¡No hacía falta que entraras en detalles! –exclama con cara de circunstancias–. Pero me sigue faltando información. ¿Por qué Lucas te pediría algo así? Y, sobre todo, ¿por qué le harías tú caso? Cada vez que Colin te sugiere a alguno de sus amigos, tiendes a mandarle a hacer puñetas.

–¿Por qué me abandonó en el cumpleaños de tu novio? –replico, harta de ese secreto que me está matando por dentro–. ¡Yo qué sé! Porque no quería darle el poder de saber que me había afectado volver a verle.

–Un momento, nuestro Lucas es… ¿Lucas es Ceniciento?

–¿Cómo sabes lo de Ceniciento?

–¡Me lo contó Fabio en la playa mientras cuchicheábamos de ti y Sam! En su momento no lo entendí, pero… ¡Claro! –Chloe parece saber más de lo que yo sé y me mosquea–. ¿En serio viviste todo eso con él en una sola noche?

–No sé qué te habrá contado Fabio, pero preferiría olvidar el tema…

–¡Así que el tatuaje aborigen que lleva en el tobillo hace juego con el tuyo! –deduce divertida–. ¡Esto se lo tengo que contar a Fabs! Catwoman y Thor huyendo juntos de una fiesta y cambiando el argumento de Marvel y DC Comics. Como Disney se entere de esto, os hacen una serie.

–Muy graciosa. ¡No le digas nada a nadie de esto, por favor! Especialmente, al bocazas de tu novio.

–No hay nada de qué avergonzarse…

–Sí, sí lo hay. Porque sé que esa clase de tíos solo sirven para un rato, y a mí no me importaba porque tenía ganas de echar un polvo. Pero ese “rato” lo culminó mi Satisfyer al llegar a casa.

Esta vez, Chloe no me mira divertida ni apiadándose de mí como yo había esperado, sino que parece de algún modo preocupada.

–Oye, Sofi, ¿te has planteado que igual Lucas tuviera una buena razón para desaparecer?

–Sí, eso mismo me dijo él antes de lanzarme a los brazos de Sam, que tenía una buena razón que no iba a contarme. Al final, dejamos el tema por imposible. Su falta de respuestas estaba colmando mi paciencia.

–¡No me lo puedo creer! –Chloe me mira sin dar crédito.

–Pues sí, créetelo.

–¡Colin, querido! ¿Has oído eso?

Chloe no espera ni a que me dé la vuelta para contarle el chismorreo a su novio. Esa es una de las razones por las que tiendo a no contarle nada, porque la discreción no es su mayor virtud. Y al parecer, tampoco la de Fabio… Está claro que en este grupo no existen los secretos.

–Pero ¿qué haces? ¿Tú estás loca? –protesto enérgica e inútilmente.

–¡Coliiiiin! –sigue gritando ella, ignorando por completo mi mirada amenazadora. Algo en su actitud ha cambiado, dejando atrás las bromas para mostrar que está molesta por algo–. ¡Oh,

estás aquí, baby! ¿Sabías que Lucas prometió llamar a Sofía en tu cumpleaños y nunca lo hizo? Me pregunto qué habrá pasado…

–¡Genial, Chloe! ¡Pon un anuncio en el periódico!

Recojo los restos de mi dignidad y de la cena, dispuesta a acabarla en la cocina en soledad. Detrás de mí, los oigo cuchichear casi en un susurro, lo que provoca que los mire malhumorada.

–¡Deja de darle vueltas, Chloe! Tú me has preguntado qué había entre nosotros y yo te he respondido. ¡Fin!

–¡Por supuesto! –se burla mi amiga, enervándome aún más–. ¡Por supuesto!

9

SOFÍA

Necesito conocer a alguien. No en plan príncipe azul ni nada de eso. Necesito un hombre esta misma noche. Pero ya llegaré a eso más tarde…

Han pasado seis semanas desde aquel fatídico día en la playa en el que decidí darle una oportunidad a Sam y, como era esperable, después de la primera cita, no hubo una segunda.

En un intento por probarle a Fabio y Patri que estaban equivocados con su percepción sobre mí, he protagonizado una serie de eventos de los que no me siento particularmente orgullosa. El primero fue una tarde de *speed dating*, que Patri me prometió que sería divertida, y acabó con un par de idiotas en un bar de mala muerte, donde lo más impresionante que podría ocurrir un sábado por la noche era que alguien se acordara de utilizar preservativo durante un magreo en los lavabos.

El segundo, acabó con una resaca de espanto y sintiéndome vacía después de que otro me rellenara. Levantarme con un extraño fue tan bizarro y aséptico, que ni siquiera le di la oportunidad de una escena incómoda a la espera de intercambiar números de teléfono. Yo ya lo tenía claro: no quería volver a ver a aquel hombre que solo le había aportado a mi vida un instante de placer físico que se había evaporado con los primeros rayos del sol. Salí de su apartamento lo más rápido que mis cortas piernas me permitieron y me prometí a mí misma que no volvería a pasar. La realización me ha costado dos borracheras y veinte libras que Fabio insistió en apostar en mi contra y que yo acepté porque creía una apuesta ganada, pero al menos ya tengo clara una cosa: los ligues de una noche no van conmigo. Y está bien, no tengo por qué avergonzarme de ello, yo soy así y punto. Solo quiero conocer a alguien con quien conectar y sentir esa electricidad recorriéndome el cuerpo. ¿Acaso pido tanto?

Y hablando de calentones tontos, no he vuelto a ver a Lucas, Thor o cómo demonios se llame ese cretino. Sé que sigue vivo porque Colin y Chloe quedan ocasionalmente con él y porque, después de la playa y con todo el subidón que dan los días de verano, me han agregado a uno de esos grupos de Telegram que ahora mismo está que echa humo con promesas al aire de planes apoteósicos, pero que sé que se tranquilizará tan pronto caigan las primeras hojas del otoño.

Pero mi suerte no podía durar demasiado tiempo. Colin y Chloe quieren reunirnos a todos esta noche para anunciarnos algo después de haber pasado dos idílicas semanas de amor, *francesinhas* y vino tinto en las calles de Oporto. Con la falta de tacto que caracteriza a Patri, lleva toda la semana insistiendo en que el bombazo informativo es precisamente ese, un bombazo, ya que solo eso justificaría la repentina subida de peso de Chloe. Pero yo llevo el tiempo suficiente viviendo con ella como para saber que tiene cierta tendencia a engordar al menos cuatro kilos cuando se va de vacaciones. Y no es la primera vez que arde Troya después de que alguien sugiera inocentemente lo del embarazo…

Patri me ha contado también que Lucas se está viendo con alguien, razón por la cual ha encontrado un nuevo objetivo al que engatusar, un profesor de baile cubano de su gimnasio que, "casualmente", tiene un amigo que pasará a buscarme a eso de las siete. Conociendo los gustos de Patri, estoy esperando a un atractivo mulato que dejará a todos con la boca abierta y a mí sintiéndome de nuevo inerte tras una noche desapasionada. Aun así, he decidido darle una oportunidad. ¿Qué podría salir mal?

Y no me equivoco…

A las siete en punto, hora británica, tras ponerme unos pantalones negros de satén ajustadísimos y un precioso top color champán con escote en uve que compré en Las Ramblas, aparece por la puerta de mi apartamento una imponente Patri con un vestido de lycra y transparencias que no deja nada para la imaginación, acompañada de dos hombres que parecen sacados de una película de Hollywood. Observo a los dos pensando que el paraíso existe y a la espera de que Patri me diga quién de los dos va a ser mi acompañante esta noche. Así de frívola está la cosa.

–Sofía, este es Maikel –me presenta–. Maikel, mi amiga Sofía. Es cubano y muy ardiente –añade por lo bajo para que solo yo pueda oírla.

–Puedes llamarme Sofi –aclaro, aceptando los dos besos que me da.

–Puedes llamarme Mike.

Tan pronto se acerca a mí, entiendo de golpe aquello de que "más se perdió en Cuba". ¡Ya lo creo que se perdió! Sus labios rozan insinuantes los míos y encienden mi alma, haciéndome cosquillas en la piel. Miro de arriba a abajo a aquel adonis latino de ojos como el carbón y pelo ensortijado, pensando que Patri sabe escoger bien. El atractivo mulato viste una piel dorada y una boca sensual, jugosa como fruta del paraíso, que aventura noches de lujuria. El aroma de su piel me evoca recuerdos del verano, una combinación refrescante de cítricos con toques dulzones de pachuli que revelan una personalidad fogosa y atrevida. Lleva unos pantalones blancos ajustados y una camisa negra que realza el moreno de su piel. No se me ocurre mejor sujeto para acudir a esa fiesta misteriosa que el bombón que tengo ante mí.

Tardamos veinticinco minutos en taxi en llegar al local, suficiente para descubrir que me agrada Maikel. Es hablador, risueño y optimista, tal vez lo que yo necesite para darle un poco de color a mi vida, que últimamente parece más gris que una película de los hermanos Marx.

Y, así, de la mano de esos apuestos hombres que podrían protagonizar todas las campañas publicitarias de perfumes que invaden los escaparates en Navidad, nos adentramos en la improvisada fiesta. Cuando veo aquel despliegue de medios, ya me huele a chamusquina, y me temo que esta vez Patri no se haya confundido con sus predicciones. Han alquilado la planta baja de un tradicional pub victoriano y preparado varias mesas a modo buffet con canapés, mesa de dulces y picoteo variado, y hay al menos cuarenta personas, entre las que se encuentran los padres de los anfitriones, a quienes, por cierto, no veo por ningún lado.

A quien sí veo es a Fabio, que se acerca a nosotros acompañado de su nuevo ligue, con una sonrisa afable que rápidamente se transforma en una mueca de consternación.

–¿Estáis pensando lo mismo que yo? –susurra él a modo saludo.

–Si estás pensando que Chloe no va poder entrar por la estrecha puerta del local, sí, pensamos lo mismo –dice una Patri dañina–. Como siga engordando, van a tener que ponerle dos asientos en el avión.

–¡Chloe no está gorda! –insisto, molesta por la enemistad de mis dos amigas.

–Sí, sí, mucho culpar al tiroides, pero toda la cristalería de tu casa son vasos de nocilla… –

insiste Patri, activando el modo harpía. Decido hacer la vista gorda y no intervenir en esta guerra perdida.

–¿Qué tiene de especial esta fiesta? –Maikel se agencia dos mojitos y me tiende uno.

–Para empezar, que hay alcohol en vez de batidos de chocolate –Fabio responde por mí y se auto presenta–. Soy Fabs, el mejor amigo de Sofi. ¡He oído cosas maravillosas de ti!

–Mike, encantado. Es curioso, porque acabamos de conocernos… –responde algo confundido–. ¿Es rara una fiesta con alcohol en vuestro grupo de amigos? ¡Porque Patri es capaz de tumbarnos a todos!

–Solo en este caso –aclaro–. Los anfitriones son más de pedir comida china y jugar al Scrabble. Y, normalmente, no invitan a toda la familia a sus fiestas, solo al grupito que ves allí.

Señalo a los compañeros de trabajo de Colin, que se han vestido de elfos y hobbits de *El señor de los anillos*. Saludo a Sam en la distancia que, como no podía ser de otro modo, va vestido de Frodo Bolsón. Trato de localizar en el grupo a Thor, pero el superhéroe australiano no parece haber hecho acto de presencia con su martillo.

–No me había dicho nadie que fuera una fiesta de disfraces –observa Fabio, siguiendo la dirección de mi mirada–. ¿Por qué van vestidos todos así?

–¿Desde cuándo necesitan una excusa para disfrazarse? –replico divertida.

–¿Os habéis fijado en la música? No sé quién es el Dj, pero la música es de este siglo –añade Patri complacida, alejándose a la pista al ritmo de una canción de Bruno Mars.

–¿La música también es una novedad en estas fiestas? –Mike está flipando.

Asiento con la cabeza, tratando de no recordar el repertorio cortavenas que me hizo sentir tan vulnerable en el cumpleaños de Colin. No puedo evitar acordarme de Lucas y del hecho de que no debe de andar muy lejos de aquí de la mano de su nueva novia, a la que no tengo ningún interés en conocer.

–Entonces, me alegra que me hayas traído a esta fiesta. Me dijo Patri que te gustaba bailar, ¿es eso cierto?

Mike me brinda una sonrisa encantadora y me arrastra a la pista. No me cuesta seguirle a pesar de que el Funky nunca ha sido mi fuerte, intuyo que es un excelente profesor y que esa destreza muy posiblemente se vea recompensada en la cama. Mike no me deja regresar con mis amigos cuando termina la canción para dar comienzo a un clásico de los años 50 en versión bachata, *Be my baby*, interpretado por Leslie Grace. Aunque me gusta la canción, me desconcierta que Colin y Chloe hayan aprobado esa música para su fiesta cuando ni hablan español ni les gusta bailar.

Cuando termina la bachata, nos vamos a la barra a rellenar nuestro mojito con la inconfundible voz de Barry White de fondo. Esto ya me cuadra más…

–¿Cuántos años llevas dedicándote al baile? –inquiero, por hablar de algo.

–Unos seis en Londres, aunque bailo desde pequeño, todo el mundo baila en mi familia.

–Así que lo llevas en la sangre, ¡tramposo! ¿Dónde están ellos ahora?

–¿Mi familia? En Pinar del Río –explica con una tristeza en la voz que delata su nostalgia–. Y si no te importa, preferiría no hablar de Cuba ahora mismo, hace al menos tres años que no regreso a casa por diferentes motivos y el tema me escuece un poco.

–Como quieras… ¿Puedo preguntarte qué te trajo aquí?

–Vine en busca de un sueño, como todo el mundo. Aunque confieso que yo quería ir a Miami, pero conocí a una inglesa en La Habana y me enamoré perdidamente de ella. Tanto como para dejar mis sueños para perseguir los suyos.

–¿Y dónde está la inglesa ahora?

–Casada con un arquitecto inglés. Al parecer, yo no era un digno pretendiente…

–¿Qué quiere decir eso? ¿No querías sentar cabeza?

–Sí, yo sí, pero no podía darle la boda de princesa que ella siempre quiso. Y no terminaba de encajar en su círculo –explica con tristeza–. Verás, por lo visto los cubanos estamos bien como romance pasajero, pero todo el mundo esperaba que ella se casara con un "hombre de verdad", uno que, en vez de ganarse la vida bailando por un sueldo mediocre, pudiera llevarla de luna de miel a Monte Carlo.

–¡Menuda idiota!

–Bueno, han pasado cuatro años de eso. He estado de aquí para allá desde entonces, sin centrarme mucho en nada, pero ya lo he superado. Y me encuentro mejor que nunca.

–En ese caso, me alegro. No conozco a esa tiparraca, pero si de verdad te dejó por lo que pudiera decir su familia… ¿Por qué no probaste suerte en Miami después de todo?

–¡Porque me encanta esta ciudad! Es tan bonita que hasta el invierno viene a veranear aquí. ¡Vaya veranito de frío llevamos! –agrega jocoso. En sus palabras percibo el mismo romántico embeleso que siento yo hacia Londres–. ¿Qué hay de ti? Me dijo Patri que ya has cerrado tus heridas…

–¿Hay algo que Patri que no te haya dicho? –Mi rostro se tensa un poco, sin saber hasta qué punto le ha podido contar una historia que considero solo mía.

–Se le olvidó decirme que eras tan guapa, mami.

Me ruborizo al instante. La galantería de los cubanos es de sobra conocida por todos, y he de decir que funciona.

–Tú no te andas con rodeos, ¿no?

–No cuando tengo las cosas tan claras.

–¿Y qué es lo que tienes tan claro, si puede saberse?

–Pues, en circunstancias normales, te diría que tengo claro que esta noche te quiero en mi cama –dice sin apenas ruborizarse, al contrario que yo, que me he puesto de todos los colores.

–¿Y en este caso en concreto? –Le sigo el juego sin demasiado interés.

–Pues en este caso, sigo queriendo lo mismo, pero además me gustaría conocerte. Ya sabes, llevarte a cenar, tomar un café, que me hables de tu vida en Barcelona…

–¡Guau, frena un poco!

La confesión me pone tan nerviosa, que hace que pierda la vista en la multitud sólo para esquivar su mirada.

–¿Eso es un sí o un no? –insiste divertido.

No sé qué responder a eso. No le pongo pegas a la primera propuesta, a mí también me apetece una noche desenfrenada con un compañero que no vaya a pilas, pero la idea de volver a intimar con alguien en el plano emocional, me sigue dando vértigo. Casi hubiera preferido que me hubiera dicho que solo quería echar un polvo y no volver a saber nada de mí. Al menos ya sabría el final de la historia. Sin riesgos.

–Pues…

Evalúo las posibilidades que me brinda el destino mientras busco a Patri con la mirada y pienso que voy a matarla por meterme en semejante embrollo. No encuentro a mi amiga por ninguna parte. A quien sí hallo a lo lejos es a Lucas, apoyando sus manos sin reparo en la cintura de una rubia, mientras ella se contorsiona en una estridente carcajada. Tiene un estiloso corte de pelo, muy cortito, que realza la perfecta definición de su rostro. Desde esta distancia, distingo

unos ojos azules como el cielo, enmarcados con un elegante maquillaje ahumado que dota de misterio su mirada.

¡Mierda! Lucas se da cuenta de que los estoy observando y me obligo a saludar con la mano, mientras una punzada de dolor invade mi pecho. Me devuelve el saludo con cortesía, analizando a mi acompañante con indiferencia durante un instante, para después volver a centrarse en la rubia y castigarme con su indiferencia.

Odio que un completo extraño tenga ese poder sobre mí, esa capacidad para dejarme desconcertada y exhausta. Me giro y miro a Maikel, que espera paciente a que le dé una respuesta mientras apura el último sorbo de su mojito.

–Si acepto esa cena, lo de tu cama esta noche está fuera de toda discusión.

–Aún no han terminado las negociaciones…

Me guiña un ojo y me da un empujón amistoso que busca provocar alguna reacción en mí. El gesto culmina en un abrazo que me deja fría, no por el abrazo en sí, sino porque veo aparecer a mis compañeros de piso de una guisa que no hubiera imaginado jamás, acompañando su llegada con la banda sonora de *El Señor de los anillos*. Colin lleva puesta una armadura gris con estrellas doradas sobre una cota de malla que le cubre hasta los pies, unos pantalones burdeos y una especie de corona en la cabeza. Chloe luce un vestido largo de color menta sin apenas adornos, excepto unas frondosas mangas acampanadas con varias capas de tela. Una especie de tiara con finos alambres de plata se pierde en su cabello, alargado con extensiones hasta muy debajo de las caderas. No entiendo nada o prefiero no entender, porque he visto la trilogía las veces suficientes como para darme cuenta de que aquellos atuendos son los elegidos por Arwen y Aragorn para el día de su boda. Y no me gusta la conclusión a la que he llegado.

Busco con la mirada a Patri y Fabs, que parecen igual de desconcertados que yo.

–¿De qué va todo esto? –pregunta Fabs, acercándose a mí con cautela–. ¿No creerás que…?

–Ahora mismo no sé qué creer. Pero el anillo que lleva Colin en el dedo me deja las cosas muy claras.

En la sala reina el silencio, a excepción de los suspiros de asombro que se han dejado oír por doquier. Me compadezco de Maggie y el mal rato que está pasando la pobre en el que se supone debería ser un día feliz para la familia. La conozco demasiado bien como para advertir que está haciendo auténticos esfuerzos por mantener la compostura, mientras todos le dan la enhorabuena por un enlace del que ella ni siquiera era consciente.

Los anfitriones se acercan al puesto del DJ y Colin toma el control de la situación. Todas las miradas se centran en ellos entre aplausos, vítores y desconcierto. Por desgracia, pertenezco al último grupo.

–Buenas noches a todos y muchísimas gracias por estar aquí hoy –comienza Colin–. Seguro que todos os estáis preguntando por qué os hemos reunido hoy aquí.

–¡Adivinaste, idiota! –responde Fabio en un susurro, apenas perceptible con el ruido del local.

–¡Viva los novios! –grita uno de los elfos al fondo de la barra.

–Como ya sabéis, hemos pasado dos maravillosas semanas de vacaciones en Portugal, pero lo que no sabéis es que, tras tantos años de relación en los que esta preciosa mujer y yo…

–¡Que nos hemos casado! –interrumpe Chloe a voz en grito, levantando su mano y la de Colin en alto para que podamos ver sus anillos que, intuyo, están escritos en élfico.

La sala se llena entonces de aplausos y felicitaciones. Mis amigos y yo, sin embargo, seguimos en estado de shock.

–¡Bienvenidos a nuestra boda! –exclaman los dos al unísono cuando una pancarta que reza "Recién casados" cae desde el techo.

–¡Queremos ver a todo el mundo comiendo y bebiendo como si no hubiera un mañana! –invita un Colin más eufórico que de costumbre–. ¡Aprovechad, que hoy pagamos nosotros!

–¿Son tus compañeros de piso? –me pregunta Maikel. Estoy tan impactada con la noticia que me veo incapaz de responder–. Ya veo… ¿Y tú no sabías nada de esto? –De nuevo, niego con la cabeza, consternada y parca en palabras–. ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Tienes plan B? Supongo que querrán irse a vivir solos…

He ahí el otro motivo por el cual el inminente enlace me ha dejado en trance. Aparte del shock inicial porque mis amigos se hayan casado en secreto en Portugal, está el hecho de que odio los cambios. Soy una de esas personas que siempre eligen el mismo sabor de helado porque ya sé que me gusta. ¿Para qué arriesgarse si algo funciona? Y, aunque sabía que iba a pasar tarde o temprano, cambiar de compañeros de piso y embarcarme en una nueva mudanza con completos desconocidos, no estaba en mis planes a corto plazo.

–Disculpa, cariño, déjamelo a mí… –Fabio empuja amistosamente a mi acompañante y me planta una bebida delante de las narices que apesta a alcohol a metros de distancia–. ¡Bebe! Es una orden.

Ni siquiera me molesto en comprobar qué es, mi amigo parece saber siempre lo que necesito. Cuando el licor alcanza mi garganta, me doy cuenta de que es sambuca. Le tiendo el vaso vacío al camarero para que me sirva más y vuelvo a bebérmelo de un trago.

¿Soy una persona horrible porque, en vez de alegrarme por su dicha, esté preocupándome por mi futuro incierto?

A mis 26 años, mi vida sentimental es un desastre, no tengo ni puñetera idea de qué quiero conseguir en la vida y, para colmo, ver a Lucas con esa rubia de bote me ha afectado más de lo que quiero reconocer. Al menos, ha tenido la decencia de comportarse y ser comedido con las muestras de afecto para no restregarme su nuevo amor por la cara.

Dos chupitos después, Fabio y Patri me agarran del brazo y me sacan de la barra.

–Vamos a desearles lo mejor, como hacen los buenos amigos, y después, si quieres, sigues emborrachándote –propone Fabio.

–Bueno, podemos felicitarle a ella por pegar el braguetazo y darle el pésame a él –propone Patri, mostrando de nuevo que la simpatía que siente hacía mi amiga es inexistente–. No es que Colin haya hecho precisamente el negocio del siglo casándose con ese tapón de cuba…

–¡Deja de meterte con Chloe! –suplica Fabs, en defensa de mi amiga.

Yo no me veo capaz de replicar, sigo molesta por haber tenido que enterarme de la noticia en ese bar de mala muerte en lugar de en casa.

Hacemos cola para dar la enhorabuena a los tortolitos y, cuando llega nuestro turno, dejo que Fabs y Patri se me adelanten y se deshagan en halagos. Sé que Fabio es sincero porque me consta que realmente les aprecia, pero no pondría la mano en el fuego por Patri.

–¡No me puedo creer que hayas traído a mi boda a un tipo al que acabas de conocer! –Chloe no me deja ni acercarme a ella antes de echarme un rapapolvo–. ¡Y a saber de dónde ha salido! Con lo guapo que es, seguro que se trata de uno de los amiguitos descerebrados de la golfa de tu amiga.

–Pensaba darte la enhorabuena por tu enlace secreto, pero igual me lo ahorro –replico, dejando que los tres chupitos de sambuca hablen por mí–. ¡No me puedo creer que tenga que enterarme de que os habéis casado en medio de una multitud!

–¡Era una sorpresa! –se justifica ella–. Pensábamos que sería mejor así, sabes que no me gusta ser el centro de atención y no quería una boda grandilocuente organizada al detalle por mi madre –informa. Sí, recuerdo bien a la mandamás de su madre–. Y como nos conocimos en Portugal, pensamos que sería bonito celebrar nuestro enlace allí.

–La verdad es que me parece muy romántico. Habéis hecho lo correcto. –Le doy un abrazo sincero que es bien recibido–. ¿Cuál es el siguiente paso, entonces? Deduzco que querréis empezar a vivir solos y… ¿un bebé, tal vez?

–¡Sabía que este vestido me hacía gorda! –exclama a punto del llanto–. ¿Tú también pensabas que estaba embarazada?

–¡No! ¡Para nada! Eso son cosas de Patri, yo…

–¿Esa zorra creía que estaba embarazada? –Chloe adopta una actitud macarra y busca con la mirada a la susodicha, que está deshaciéndose en elogios con Colin–. ¡Yo la mato! ¿Es que no puede comportarse ni el día de mi boda?

Hace un amago por precipitarse hacia mi otra amiga, pero la intercepto antes de que haya daños que lamentar. Nunca entenderé cuál fue la semilla del mal en su enemistad.

–No creo que organizar un escándalo el día de tu boda sea lo más sensato. Además, dijiste que tenías que darnos una noticia y era lo más obvio. Ninguno nos imaginamos esto. Por cierto, mañana mismo me pongo a buscar piso y así os dejo vuestra intimidad…

–¡No es necesario que te vayas, tonta! Queremos ahorrar un par de años antes de movernos a una casa con jardín dónde criar a los niños.

–¿Seguro? –tanteo, aliviada por su decisión.

–¡Claro que sí! Es solo un papel, Sofi, no va a cambiar nada. ¿Puedo pedirte un favor esta noche?

–¡Claro! Lo que quieras. ¡Eres la novia!

–¿Podrías poner a ese chico en la esquina cuando nos hagamos fotos? Así será más fácil quitarle con Photoshop cuando acabes con él.

Su comentario me sorprende y ofende a partes iguales.

–¿No me ha dado tiempo a conocerle y tú ya has decidido que voy a romper con él?

–Sofía, conozco tus gustos mejor que tú y ese chico va a durarte dos telediarios. Ahórranos a todos el drama y ponle en la esquinita, guapa.

–¡Por supuesto que conoces mis gustos! ¡Por eso te has empeñado en liarme con todos los amiguitos raros de tu novio! –replico ofendida–. Dime una cosa, ¿qué es lo que te molesta exactamente? ¿Qué haya sido Patri quien me haya presentado al hombre de mi vida? ¿O acaso teníais algún orco preparado para mí esta noche?

–¿El hombre de tu vida? –cuestiona con recochineo. Decido no entrar en debate porque no quiero arruinarle la fiesta–. Sí que tengo a alguien listo para ti, pero no hoy, no esta noche. Y, desde luego, no es ni remotamente parecido a los ligues que te buscan Patri ni mi novio.

–Tu marido –le corrijo.

–¡Uy, no creo que jamás me acostumbre a esa palabra! –responde risueña–. Si no te importa, preferiría seguir con esta conversación en casa. Aún tengo gente a la que saludar y tú deberías volver con el amor de tu vida.

–Estás muy chistosa hoy.

–Recuerda, guapi: en la esquinita de las fotos. –Chloe me guiña un ojo y hace un gesto de cortar con unas tijeras, justo antes de desaparecer con una radiante sonrisa para saludar a los siguientes en la cola.

Su actitud hace mella en mí. Decido salir del bar para tomar un poco de aire, o más bien, para congelarme. A Boris Johnson se le ha olvidado pagar el impuesto del calor este verano. Estamos a principios de agosto y hace un frío propio de octubre.

Merodeo nerviosa por los alrededores, víctima del cabreo y el frío. ¡Qué manía tienen todos de interferir en mi vida privada! ¿Qué es eso de que tiene a alguien para mí? A pesar de que no conozco de nada a Maikel, me dan ganas de plantarle un morreo en primera plana en todas las fotos venideras solo por fastidiar, pero no quiero arruinar el recuerdo de su boda ni cabrear a mi amiga. ¿Y quién se cree que es para juzgar si Maikel es o no es lo que estoy buscando? Que sí, que todos sabemos que ese romance que aún no ha comenzado tiene los días contados, ¡pero ella no es quién para decir algo así! ¡No todos tenemos la suerte de haber conocido a nuestro gran amor en una excursión del colegio a los quince años! Fabio asegura que no siente ninguna envidia pues los tortolitos se han perdido las grandes enseñanzas que te da el desamor, las mejores borracheras por despecho y una infinidad de rollos de una noche que preferirían olvidar, pero lo cierto es que a mí sí me dan envidia. Cada vez que vuelvo del trabajo, agotada moralmente, y los veo acurrucados en el sofá, compartiendo manta y arrumacos, daría cualquier cosa por encontrar algo así.

Supongo que aquello me hace parecer un bicho raro, pero saco de mi bolso un ejemplar de *El fin del romance* de Graham Greene y comienzo a leer ávidamente. Los libros tienen el poder de sacarme de la realidad y hacerlo todo más llevadero, incluso esta dichosa boda.

–¿Se puede?

Un sutil roce en mi espalda hace que pegue un brinco y me lleve la mano al pecho. No esperaba encontrarme a nadie aquí afuera con el pedazo fiesta que está aconteciendo en el interior del local. Y, probablemente, Lucas sea la última persona con la que necesito hablar en estos momentos.

«Mentira cochina», pienso, dedicándole una sonrisa falsa. Cuando está cerca de mí, ardo, literalmente. Mis hormonas comienzan una danza ancestral que hacen que me sienta mareada. Sé que este tipo es una mala idea, pero no puedo evitarlo: hay algo en él que me vuelve completamente loca.

–¡Claro! –digo al fin, tratando de que no note que estoy temblando de frío como una hoja al viento–. Bonita fiesta.

–¿Tú sabías de qué iba todo esto o te ha pillado tan de sopetón como a mí?

–Me ha pillado más de sopetón que a ti: desayuné con ellos esta mañana como si nada.

–¿Y en qué posición te deja esta boda? Es decir, ¿tienes pensado moverte a algún lado o vais a seguir viviendo los tres juntitos?

–Chloe dice que no hace falta que me vaya y que no va a cambiar nada, pero… Creo que debería ir buscando algo por mi cuenta. Lo que empezó siendo un piso de chicas, ahora es un piso de casados con la amiga solterona de por medio.

–Pero tú no eres una solterona, te he visto muy bien acompañada esta noche…

–¿Quién? –pregunto extrañada–. ¡Oh, Mike!

Decido que no tengo por qué contarle que no hace ni tres horas que lo conozco. ¿A él que le importa?

–¿Es modelo o algo así?

–Profesor de baile. Es cubano.

–Ambas cosas explican por qué se mueve tan bien. –Su afirmación me deja perpleja.

–¿Nos has visto bailar?

–¡No, claro que no! Yo… –Lucas parece absurdamente acorralado–. Me alegro por ti, de veras, parece un buen tipo.

Se alegra de verme con otro hombre. ¿Hay alguna manera más directa y tajante de decirme que su interés por mí es inexistente? Sonrío incómoda y nerviosa por su cercanía. Entonces, reparo en que él también tiene un libro en la mano, *La sombra del viento* de Carlos Ruíz Zafón.

–¿Qué haces aquí leyendo en lugar de estar disfrutando de la fiesta?

–Le dijo la sartén al cazo –observa divertido, mirando el ejemplar que sostengo en mi mano–. Me he enganchado a este libro y necesito saber cómo acaba. El modo en el que este hombre describe lo que siento al leer es pura poesía: "*Dejó pasar las horas perdido en la magia de las palabras, cambiando la piel y el nombre, sintiéndose otro*". ¿No es increíble el poder que tienen los libros de hacer que vivas mil vidas diferentes?

–Sé de lo que hablas –afirmo levantando el libro en alto–. Ahora mismo, soy una mujer casada viviendo un peligroso romance con el escritor Maurice Bendrix, en plena Segunda Guerra Mundial.

–¿*El fin del romance*? ¡No me lo puedo creer! ¡Estás completando la lista por tu cuenta!

–¡Dijo Míster "de-repente-me-encanta-John-Irving"! ¡Te vi leyendo *Dublineses* en la playa!

–Okey, lo reconozco, he hecho algunas cosas por mi cuenta –confiesa, sacando la lista de la cartera, que no dudo en arrebatarle.

–¡Déjame ver eso, traidor! Número 28, lanzarse en paracaídas. ¿En serio?

–Hace dos semanas, con una amiga a la que le encantan las aventuras extremas. Y podría repetir.

–La 64, conducir un coche a máxima velocidad. ¿Dónde has hecho esto? No veo que hayas tachado la de que te arresten…

–¡Fue todo legal! Colin reservó una de esas experiencias ultra mega caras para conducir un SSC Tuatara en un circuito cerrado. Muy recomendable, si no te importa gastar doscientas libras en una hora…

–Gastarme doscientas libras está fuera de toda discusión. Sigamos… Número 63, aparecer en la portada de un periódico de tirada nacional. ¡Anda ya! ¡Explica esto!

Lucas se queda bloqueado mientras le abordo de un modo tan agresivo. Cuando al fin abre la boca, me suelta una historia que no termino de creerme.

–Fue hace muchos años, con la número 3, ganar un trofeo o un premio. ¿Podemos dejar ya el tema?

–¡Por supuesto que no! ¿Qué premio has ganado tú? ¿La maratón "ligue a la fuga"?

–No te lo creerás, pero echaba de menos tu ingenio –acompaña sus palabras con una tímida sonrisa.

¿Por qué ha tenido que decir eso? ¿Por qué ha tenido que sonreírme de ese modo y hacer que baje la guardia?

–No me cambies de tema, forastero. ¿Cuándo fue eso?

–Está bien, te lo voy a contar: gané un concurso internacional de matemáticas cuando aún estaba en el colegio, y salí en portada en varios periódicos de todo el mundo. Si no me crees, puedo pedirle a mi madre que me envíe fotos del periódico que aún tiene enmarcado y colgado en las paredes de su estudio.

–¡Así que eras un empollón! –me burlo.

–¿Quién dice que haya dejado de serlo?

Así que, además de capullo y guapo, inteligente. Lucas va ganando atributos y yo voy

perdiendo la partida.

Un silencio incómodo lo envuelve todo. Ahora que no estamos hablando, soy más consciente del frío que hace, pero el modo en el que me mira empieza a acalorarme. Saco el móvil del bolso y finjo mandar un mensaje en busca de una excusa para evitar su mirada, pero no funciona. Sé que sigue ahí, analizándome en silencio. Y me pongo tan nerviosa que pego un traspiés con los tacones y se me cae el móvil al suelo. Me agacho a cogerlo con mi inestable equilibrio y mi cabeza se choca con la suya, que ha tenido la brillante idea de mostrar sus exquisitos modales por vez primera. Acto seguido, escucho un sonido detrás de mí que no me gusta nada. Suena como si alguien hubiera roto un trapo, aunque no hay absolutamente nadie a nuestro alrededor. No tardo en sentir una brisa fresca acariciándome las nalgas que no adelanta nada bueno. Empalidezco de golpe al intuir que el textil roto han sido mis pantalones de raso y, una vez más, estoy protagonizando una bochornosa escena en presencia de este idiota. Cubrirme con las manos no sirve de nada ni ayuda a disimular que mi voluminoso trasero ha quedado al descubierto, además de un diminuto tanga de encaje. ¡Quién tuviera las famosas bragas absorbentes a mano para evitar una vergüenza mayor!

Lucas se da cuenta de mi sufrimiento y no se esfuerza por ahorrarme el mal trago.

–¡Vaya! Estas son mucho más escuetas que las del día que nos conocimos. De hecho, ¿llevas bragas siquiera

Está claro que voy a ser el hazmerreír durante mucho, mucho tiempo.

–¿Podrías dejar de reírte y pensar en algo para ayudarme? ¡No sé cómo me las apaño para acabar con el culo al aire siempre que andas cerca!

–Es un culo bonito –afirma divertido. Le miro avergonzada y e da cuenta de mi apuro, pues se quita la sudadera y me la pone a mí–. ¡Toma, anda! No es lo más elegante, pero te servirá para salir del paso.

–Gracias, se la daré a Colin cuando llegue a casa –informo, y él hace un gesto despreocupado.

Abrocho la sudadera hasta arriba para asegurarme que me cubre por completo. Pensar que nadie se va a dar cuenta, sería un poco ingenuo por mi parte. En el mejor de los casos, mis amigos harán preguntas cuando vean que llevo puesta una sudadera deportiva de hombre encima de un look tan elegante. En el peor, reconocerán que es de Lucas, empezando por la rubia que le acompaña esta noche.

La culpabilidad me azota cuando observo que, en su intento por ser un caballero, ahora Lucas está muerto de frío. Lleva un par de meses en Europa y aún no parece haberse hecho al clima. No sé cómo va a sobrevivir al invierno…

–Si no estás cómoda y quieres que te acompañe a casa, solo tienes que pedirlo.

–No, no te preocupes. He venido con…

–Mike, cierto.

–Iba a decir “con mis amigos”.

–Oye, Sofi… me gustaría pedirte algo –Lucas tantea, inseguro, y algo dentro de mí se enciende de esperanza–. Sé que estás dolida conmigo por lo que pasó, y estás en tu derecho, pero me gustaría que enterráramos el hacha de guerra.

–Veo que estás dispuesto a usar todo tu arsenal de herramientas conmigo… –bromeo, para no confesar que aquella me parece una idea nefasta. Él parece confundido y le explico la broma–. Primero fue un martillo, ahora un hacha…

–Hablo en serio… Cada vez que alguien propone algo en el grupo, me toca preguntarle a

Colin si vas a ir tú antes de decidir qué haré yo por miedo a incomodarte.

–No me incomodas –confieso.

–¿Amigos?

Miro para otro lado y pienso que lo que me está pidiendo no entra ni remotamente en mis planes. No quiero ceder a su propuesta, no porque quiera seguir con esta absurda guerra fría, sino porque la simple idea de coincidir con él y esa rubia otra vez, se me antoja imposible.

–¡Claro! –digo al fin en contra de mi voluntad. Él me dedica una sonrisa amarga.

–¡Perfecto! Si necesitas ayuda para encontrar piso o con la mudanza, no tienes más que pedirlo.

–Gracias, pero no hace falta, de veras. Chloe insiste en que no hay prisa…

–Hablando de Chloe, ¿qué os ha pasado hace un momento? Parecía que las cosas se estaban poniendo tensas…

–Realmente no se te escapa una, ¿eh?

–Soy bastante observador.

–No le ha parecido bien que haya venido con Mike a una boda a la que ni siquiera sabía que asistía. Me ha pedido que nos pongamos en la esquina de las fotos, así podrá recortarle cuando le rompa el corazón.

Mi confesión parece divertirle.

–¡Adoro a Chloe! Esa chica no se anda por las ramas. A mí me ha soltado algo parecido con Aga, no te preocupes.

–¿Aga…? –pregunto, haciéndome la tonta, aunque en realidad sé perfectamente que está hablándome de la rubia que le estaba abrazando hace un rato.

–Es la chica con la que vine a la fiesta. A Chloe no le cae nada bien.

–Últimamente, tampoco soporta a Patri. Empiezo a pensar que a Chloe no le gustan las mujeres guapas.

–No parece tener ningún problema contigo.

Sus palabras cortocircuitan mis pensamientos. Me mira cohibido, sabedor de que no debería haber dicho algo así. Estoy segura de que él también siente esta química loca que nos une, esta electricidad que creía que solo yo percibía. Sigue ahí, al igual que siguen ahí unas ganas irrefrenables de arrancarle la ropa con los dientes.

«Sofía, contrólate, que te vuelves a dar la hostia…». Pero mis deseos me delatan.

–¿Te apetece dar un paseo? Me estoy quedando un poco fría aquí parada…

–Creo que deberíamos volver a la fiesta. Si sigo aquí a solas contigo, no respondo de mis actos.

Le miro perpleja ante su confidencia. Ha venido con otra mujer, eso debería ser suficiente garantía de que la cosa pinta mal, pero no puedo evitar desearle de un modo loco y enfermizo.

–Tal vez yo no quiera que respondas…

Sus ojos azules se abren de excitación y se muerde el labio, sopesando mi oferta. Sé que se está conteniendo porque ya he visto esa expresión en su rostro antes, la vi aquella noche. El mismo deseo, ahora ahogado por un control férreo sobre sí mismo que me descoloca. Acaba de pedirme que seamos amigos y me está desnudando con la mirada. ¿Qué demonios esperas de mí, Lucas?

Comienza a juguetear con la cremallera de la sudadera que me ha prestado y me mira con tanto deseo, que mi cuerpo entra en combustión. Me da igual que siga poniendo barreras entre nosotros. Voy a besarle. Doy un paso al frente, sin dejar de mirarle y con la clara intención de

aproximarme a sus labios, y él no me aparta. Al contrario, apoya sus manos en mis caderas para invitarme al acercamiento.

–Gatita…

Su suspiro se ahoga al fondo de la garganta.

Entonces, el destino me muestra de nuevo que no está de mi parte en esta historia y todo se va a la mierda. La rubia aparece por detrás de él como un torbellino y comienza a sobarle por dentro de la camisa, dejando al descubierto ese definido abdomen que recuerdo muy bien.

–¡Aquí está mi chico! –susurra Aga, melosa.

Huelo a problemas y me siento morir por haberle puesto en esa tesitura, pero la rubia no parece cabreada con él, a pesar de haber presenciado la escena en directo.

Su voz es grave y áspera, fuerte, no suena como la Barbie descerebrada que hubiera deseado encontrar. Y, ahora que la tengo cerca, puedo ver que sobrepasa los cuarenta, aunque tenga el cuerpo más terso que una de veinte.

–¡Aga! –exclama él con sorpresa, visiblemente incómodo por las muestras de afecto que su ligue le está dando.

La rubia le planta un morreo de esos de película, con levantamiento de pierna incluido, sin importarle que yo esté delante de ellos. Marcando territorio.

Ya que la cosa va de sobreactuar, ¿debería carraspear para hacer notar mi presencia como hacen en las películas? En su lugar, decido no hacer nada y me quedo expectante de aquel inesperado ósculo que, en mi humilde opinión, dura demasiado y del que creo no merezco ser testigo. Es cruel. Es mezquino. Y, sobre todo, ese beso es la prueba evidente de que no podemos ser amigos.

LUCAS

–¿Eso es lo que piensas ponerte para venir a la fiesta?

–¿Algún problema?

Miro con sorpresa el modelito de Aga y muevo la cabeza de un lado para otro sin entender cómo se ha podido embutir en ese mono de PVC con aperturas en el que toda su ropa interior queda a la vista. Es cierto que tiene un cuerpazo y le queda bien cualquier cosa que se ponga, pero ese atuendo sobrepasa todas las barreras de lo moralmente permitido.

–Que no es una fiesta de sadomasoquismo, por ejemplo.

–¡Uy, cariño! Si fuera una de estas fiestas, te aseguro que esto es lo último que me pondría –responde divertida, mientras se quita el mono y se queda en ropa interior–. ¿Y bien? ¿Qué quieres que me ponga?

–No sé, algo menos… ¿tú? –Rebusco entre las prendas de su armario y saco unos pantalones de cuero y un top azul de seda con escote drapeado que sé que le va a quedar de infarto con esos ojos que tiene–. ¿Qué tal algo así? –propongo.

Aga lo coge a regañadientes y sonríe con indiferencia.

–Como tú quieras, Luke.

–¡Ponte lo que te dé la gana! –me rindo–. Mientras no parezcas una stripper, me doy por contento. Para eso ya tenemos a Patri.

–¿Es esa la amiga de tu chica misteriosa?

–Dejó de ser "la chica misteriosa" en el momento en el que te lo conté todo sobre ella –replico, aburrido de la misma conversación de siempre–. Y ya te dije que solo fue…

–Sí, ya, ya… –me interrumpe, poniéndose la ropa a toda prisa y pidiendo mi aprobación–. ¿Mejor?

–¡Estás espectacular, como siempre!

Aga me lanza un beso al aire. Ella sabe de sobra que cualquier cosa luce genial en ella.

–¿Vas a dejar que me enrolle con alguien esta noche o piensas ponerte en plan exclusivo?

–¡Eres increíble! –respondo, incapaz de creer el rumbo que ha tomado nuestra relación en las últimas semanas. Nuestra no relación.

–¡Vamos! Solo bromeaba, grandullón. –Masajea con ternura mis hombros–. Cada vez que piensas en esa estúpida fiesta, te pones muy tenso.

–Yo no estoy tenso.

–¡Por supuesto que no! Por eso he preparado "Carlotas"[13] para entonarnos un poco antes.

–¿En serio quieres que nos emborrachemos antes de ir a una fiesta?

–Cariño, fuiste tú quien me dijo que en las fiestas de Colin no corre una gota de alcohol. –Me golpea con una dosis de realidad–. Creo que este cóctel te va a hacer más falta a ti que a mí. Están en el frigo, termino de maquillarme y en dos minutos estoy contigo.

Me dirijo a la cocina de su apartamento con una extraña sonrisa en la boca. Esa mujer, descarada y atrevida, va a acabar conmigo.

Hace tres semanas que nuestra "amistad con derecho a roce" pegó un giro de 180 grados después de que me confesara abiertamente que era bi y vi: bisexual y muy viciosa. Lo siguiente que recuerdo es a mí atragantándome y escupiéndole cerveza caliente en la cara por la impresión.

Creo que todo comenzó por un tonteo descarado con la camarera al que yo al principio no le

di importancia, pero que acabó traduciéndose en un magreo en la puerta trasera del bar al que yo, si quería, estaba invitado. En ese momento, me quedé de piedra y abandoné el local por no montar una escena, pero Aga vino detrás de mí para disculparse y explicarme su punto de vista.

–¡No reaccionarías así si esta confesión te la hubiera hecho un hombre! –alegó ella, ofendida por mi reacción.

–¡Joder, qué no se trata de eso! –me defendí yo, pues soy bastante liberal en cuanto a las preferencias sexuales de cada uno, siempre y cuando no me salpique a mí–. ¡Es que te he tenido en mi cama hace dos horas y, lo último que esperaba, es que me dijeras que te da igual la carne que el pescado!

–¿Acaso comes tú macarrones todos los días?

–¡Oh, vamos, no es lo mismo!

–Luke, querido, me he tirado 15 años de mi vida aguantando a un marido maltratador, machista y que me tenía bajo la suela de su zapato porque era lo correcto. Fingiendo que deseaba ser madre porque era lo que se esperaba de mí, lamentando que Dios no nos hubiera bendecido con un bebé cuando por detrás me atiborraba a píldoras anticonceptivas. ¡Y me he liberado! No pienso reprimirme nunca más. Odio a los niños. Me gusta experimentar en el sexo, hacer tríos, intercambios de parejas… –agregó ante mi cara de alucine–. Y creía que los dos teníamos claro que esto era solo sexo. ¡Nunca te prometí una relación!

–¡Es que yo no busco una relación! –aclaré ipso facto.

–Sí, sí que la buscas… pero no conmigo –aseguró ella, sin elevar ni un ápice la voz, usando un tono conciliador que buscaba calmarme–. Tú eres un romántico, Luke, a ti lo de ser follamigos no te pega.

En ese momento, me di cuenta de dos cosas. Por un lado, aquella mujer que apenas me conocía, me había calado al instante. Yo no soy la clase de hombre que puede tener una relación liberal. A mí me gusta llegar a casa y saber que habrá alguien esperándome para hacer la cena juntos y tirarnos en el sofá a ver una peli; volverme loco para sorprender cada día a mi chica con las ideas más disparatadas que se me ocurran y comprar una casa en el lago en la que envejecer juntos.

Por otro lado, me di cuenta de que Aga no entendía mi sufrimiento. Ella solo veía la punta del iceberg. Lo que yo no podía explicarle es que, ese dolor que había causado en mí, ese sentimiento que hacía hervir mi sangre, no era amor, ni celos, ni nada remotamente parecido. Yo siempre tuve claro que Aga era solo sexo. Pero el verla con esa chica, había reabierto en mí las viejas heridas que Leah me había causado una vez, trayendo consigo ese convencimiento de que yo no era suficiente. No fui lo suficiente para Leah, ni para Sofía, ni para Aga. Todas ellas parecían necesitar más de lo que yo podía ofrecerles.

Le dediqué una mirada de cordero degollado y rompí a reír. Sí, es cierto, me estaba riendo de la situación y ella se unió a mi júbilo.

–Okey, tú quieres acostarte con esa morena de ahí y no te culpo, está muy buena –cedo, diciéndole exactamente lo que sé que quiere oír–, pero yo no quiero tener que mirar tu agenda para saber si te cuadra estar conmigo. Así que, ¿en qué posición nos deja eso?

–Mientras no sea en la del misionero, puedo ser flexible.

–¡Hablo en serio, Aga! Por mí puedes experimentar lo que quieras, pero lo cierto es que no me siento cómodo sabiendo que en tu tiempo libre vas de orgía en orgía.

–¿Y crees que podrías ser el amigo de alguien que no va de orgía en orgía, pero a quien le gusta divertirse de vez en cuando?

Aga comenzó a poner pucheros hasta colmar mi paciencia. No podía creer que, a estas alturas, siquiera lo pusiera en duda.

–No vas a librarte de mí tan fácilmente, golfa –concedí al fin.

Una vez aclarados los nuevos términos de nuestra relación, nos fundimos en un abrazo y la dejé libre para que se fuera con aquella morena que, francamente, también era mi tipo. No mucho después, le conté la verdad sobre Lucas William Doyle y me sentí un poquito más libre al descubrir que a ella le traía sin cuidado quiénes fueran mis padres o cuánto dinero hubiera en mi cuenta corriente.

Y así es como, de la noche a la mañana, Aga dejó de ser mi amante y se convirtió en la amiga tocapelotas que es hoy día. Mi compañera de aventuras y paño de lágrimas con el que sincerarme sin que me juzguen. Aga fue ese clavo que tenía que sacar de mi organismo el veneno tóxico con el que Leah me emponzoñó. Y, ahora que el sexo ha quedado fuera de la ecuación, me sorprende descubrir que no lo necesito. Al menos, no acompañado... Mentiría si dijera que me he vuelto un monje tibetano.

Gracias a Aga y a sus valiosas enseñanzas, me siento más libre que nunca. Me gusta tener tiempo para mí, para conocerme y reinventarme. Y no tengo miedo a estar solo mientras lo descubro.

Cuando Aga sale del cuarto de baño, está imponente. Con el pelo ondulado, tiene un atractivo salvaje que resulta atrayente y envidiable a simple vista. Sé que no le cae bien a otras mujeres, que la critican por su estilo de vida y por tener las agallas de decir en voz alta lo que muchos otros callan por miedo. De hecho, me consta que a Chloe no le cae particularmente bien. Si supiera que Colin y ella protagonizan las fantasías sexuales más perversas de mi amiga, le prohibiría automáticamente la entrada a la fiesta de esta noche.

Llegamos al pub y no veo a los anfitriones. A quien sí veo es a mis compañeros de trabajo vestidos como todos los habitantes de Hobbiton. A estas alturas, ya no me sorprende nada…

Los saludo y me uno a Aga de nuevo, que espera paciente en la barra a que las camareras le atiendan. Cuando por fin se agencia dos cervezas, choca la suya contra la mía en un exagerado brindis.

–Por nosotros –dice ella–. Y porque tengas de una maldita vez los huevos de lanzarte a por lo que realmente quieres.

–No sé de qué me hablas –replico, haciéndome el loco.

–De esto…

Aga sujeta mi cabeza con sus fuertes manos y me la mueve con brusquedad en dirección contraria.

–¡Auch! –protesto en vano.

Entonces, la veo, y el mundo se detiene al ver esa sonrisa que ya creía olvidada. Su abundante pelo negro le cae despreocupadamente por los hombros, quitándole protagonismo a un top champán que le da un aspecto sofisticado. Me siento morir al comprobar que no ha venido sola. A su lado hay un cretino que parece salido de una de esas revistas que Aga tiene en la peluquería para entretener a los clientes. Alguien con esos bíceps no puede ser de fiar.

Sofía repara en mí y me saluda tímidamente con la mano, justo antes de fundirse en un abrazo con el Ken musculitos. Cojo aire y lo suelto con fuerza mientras noto un dolor punzante en el pecho. Esa mujer del demonio va a acabar conmigo.

«Seguro que es gay», me digo. Es la clase de hombre que vendría a la fiesta acompañando a Fabio.

Mis ilusiones se vienen abajo cuando veo aparecer al susodicho de la mano de un rubio barbilampiño con aspecto de acabar de llegar al mundo. No, definitivamente el cachitas no es gay. Y sí, está abrazando a mi meona.

Me doy la vuelta y bebo la cerveza de un trago, para acto seguido pedir otras dos. No me molesto en comprobar si Aga se ha acabado la suya, el ritmo al que ingiere alcohol sin que le afecte lo más mínimo es desconcertante.

–Sabes que esto es solo culpa tuya, ¿verdad? –Ya está mi amiga del alma tocándome la moral.

–¿De qué lado estás tú? Deberías convencerme de que me olvide de ella porque apenas nos conocemos de nada.

–Es que no creo que debas olvidarte de ella, Luke. Creo que deberías tirarte a la piscina y descubrir si realmente es una simple atracción física o la chica de las bragas de abuela vale tanto la pena como para para haberte tatuado la piel con esa cursilada.

–Gracias, por un momento me había olvidado del estúpido tatuaje.

–¡De nada! Para eso estamos los amigos, para recordar las humillaciones –sonríe ella–. Voy a repetirte la pregunta, ¿cuándo vas a echarle huevos?

–No es una cuestión de huevos, sabes que le prometí a…

–…Colin que bla, bla, bla –acaba la frase por mí con ironía–. ¡Eres un puto cobarde, Luke! ¿Qué te preocupa exactamente: que salga mal o que os gustéis tanto que decidas quedarte?

–¿Sabes que me gustabas más cuando usabas la boca para comérmela en vez de meterte conmigo? –replico soez, poniéndome a su nivel.

–Ya, Luke de mis amores, pero alguien tiene que espabilarte, y me he adjudicado esa misión, porque está claro que esos amigos tuyos de ahí no van a conseguirlo –asegura, señalando al grupo de hobbits y elfos que hay en la otra barra.

–¡Mira, ahí están los tortolitos! –exclamo feliz por tener algún tema de conversación más interesante que esta cobardía de mi amor por ella, como dice una vieja canción–. ¿De qué van vestidos?

–¿Dónde están? –pregunta Aga mirando en todas las direcciones–. En serio, ¿tú llevas lentillas o prismáticos?

Agarro su cabeza y la giro en dirección a la pareja que entra en la sala irradiando felicidad como si fuera el día más feliz de sus vidas. Y mucho me temo por su atuendo que no voy mal encaminado... ¡Estos cabrones se han casado! No puedo evitar sonreír como un imbécil al ver la cara de éxtasis de mi amigo al contemplar a la mujer que ama.

–Okey, es oficial: necesitas cambiar de amigos –asegura Aga con recochineo–. ¿De qué carajo van vestidos hoy?

–De Arwen y Aragorn. Y están a punto de anunciar que estamos de boda.

* * *

Necesito tomar el aire. Entre la emoción por el evento y la mala influencia que Aga ejerce sobre mí, me he pasado con la cerveza, con el tequila y con el vodka. Necesito empezar una dieta libre de alcohol ya mismo. Nunca he sido de emborracharme, pero mucho me temo que, con Aga a mi lado, mantenerme sobrio todo un fin de semana no parece una opción viable.

Mi suerte cambia de golpe al ver a Sofía sola, aterida y paseando de un lado para otro con un libro en la mano. Sonrío al comprobar que es una de las lecturas que aparece en la lista.

–¿Se puede?

Acaricio su espalda desnuda a modo saludo sin apenas darme cuenta. Sofía pega un brinco y se lleva la mano al pecho, sobresaltada.

–¡Claro! –dice al fin–. Bonita fiesta. ¿Eh?

¡Genial! Tres segundos y ya empezamos con las conversaciones de ascensor. Lo próximo va a ser hablar de lo buena que se ha quedado la noche, a pesar de que es evidente que está muerta de frío. Pienso en ofrecerle mi sudadera, pero entonces recuerdo que no ha venido sola y descarto la idea al instante.

–Al menos en esta fiesta hay alcohol, lo que es una notable mejora…

–Y diría que has hecho un buen uso de él –me ataca. Decido no entrar en la guerra.

–Puede que me haya tomado un par de copas para celebrar el enlace. Por cierto, ¿tú sabías de qué iba todo esto o te ha pillado tan de sopetón como a mí?

–Me ha pillado más de sopetón que a ti –confiesa con pesar–. He desayunado esta mañana con ellos, me han hablado de sus vacaciones y te juro que ni se me había pasado por la cabeza.

Sofía me cuenta que va a empezar a buscar piso y que necesita tener su propio espacio e intimidad. Me hierve la sangre de imaginarla disfrutando de esa intimidad con el guaperas que la acompaña. Creo que se me ve el plumero cuando insisto en saber más de ese idiota que se mueve mejor que Patrick Swayze y Chris Brown juntos. Sofía sonríe orgullosa al intuir que no le he quitado la vista de encima, y me provoca:

–¿Estabas mirándome, Thor?

–Solo estaba al tanto por si volvías a caerte en la pista –ataco con indiferencia–. Parece un buen chico. Me alegro mucho por ti –agrego, mostrando que no estoy celoso.

Observo que está leyendo un libro de la lista, lo que inevitablemente nos lleva a hablar de nuestros últimos logros.

–¡Cada día te veo con un libro distinto! –observo en voz alta–. ¿Has completado algo más?

–Bueno, sí… algunas cosas. He conseguido un hoyo en un uno tras gastarme un dineral en el minigolf, he intentado escribir un bestseller, aunque no tengo ni idea de por dónde empezar…

–Esa va a ser una de las cosas más difíciles para mí. Tal vez pueda escribir un libro de cocina…

–¡Claro! Seguro que consigues que el pan de hadas se convierta en un imprescindible en cualquier fiesta.

–¡No te burles! Te aseguro que soy el mejor cocinero que has conocido nunca –afirmo convencido. Sofía me dedica una mueca de incredulidad–. ¿Qué más has tachado ahí?

–Estoy aprendiendo astronomía, leyendo más que nunca, he ordeñado una vaca… –confiesa con la mirada perdida–. El otro día fui a una granja y me enseñaron a hacer queso.

–Hacer queso, ¡guau! ¡Ya veo que te gusta vivir al límite!

–Entonces, mejor no te cuento que he ido a confesarme…

–¿En serio? ¿Qué pecados podrías tener tú? ¿Le has robado a Colin la mantequilla en el desayuno? –me cachondeo de su inocencia–. Además, ¿tú no eras agnóstica?

–¡Estaba en la lista! –se defiende–. ¡Déjame ver la tuya, graciosillo! ¿Qué has hecho tú estos meses? –Me la arrebata y comienza a leer en voz alta mis últimas aventuras–. Conseguir un hoyo en uno, beber un vino de añada, salir en portada en un medio de tirada nacional… ¡Ja, esto no me lo creo!

Me quedo en blanco. ¿Cómo explicarle todas las veces que Leah y yo hemos sido portada a mi pesar? Los recuerdos vienen al rescate, trayendo consigo memorias de cuando apenas tenía ocho años y gané un concurso de matemáticas que me hizo ser el orgullo de mis padres y del

colegio entero. Ese trofeo, precisamente, fue el que me ha ayudado a cumplir la número 3. Le cuento la historia y parece complacida. Al menos, lo suficiente para no hacer más preguntas.

–También he visto una docena de películas, me he montado en un par de montañas rusas con Sam, he corrido una maratón para recaudar fondos para el cáncer infantil y he estudiado el Kamasutra a fondo, aunque confieso que aún no he practicado mis nuevos conocimientos…

–Y por lo que veo, te estás gastando una cantidad ingente de dinero en parques de atracciones, experiencias exclusivas, restaurantes caros, deportes de riesgo…

–No he hecho nada que no esté en la lista.

–Yo no me puedo permitir esos lujos.

A su frase le sigue un incómodo silencio. La veo juguetear con el móvil hasta que éste acaba predeciblemente en el suelo. Me agacho para recogerlo y mi cabeza golpea torpemente la suya hasta hacerle perder el equilibrio sobre esos tacones kilométricos que lleva puestos. A continuación, oigo el sonido de una tela rasgarse y compruebo rápidamente que todas mis prendas están en su sitio. Pero si no he sido yo, entonces… La cara de Sofía no tiene precio mientras intenta inútilmente cubrirse el trasero con las manos. Como en el fondo soy un buen tipo, no hago ningún esfuerzo por descubrir su desnudez, aunque sí disfruto de lo lindo burlándome de la situación. ¡Esta chica es mejor que engancharse a una sitcom[14]!

–¿Podrías dejar de reírte y pensar en algo para ayudarme? –grita molesta–. ¡No sé cómo me las apaño para acabar con el culo al aire siempre que andas cerca!

–Es un culo bonito –afirmo con mi mejor sonrisa.

Pero a ella no parece hacerle la misma gracia que a mí, y en su mirada veo que está pasando el peor rato de su vida. Me quito la sudadera y se la tiendo, a pesar de que estoy muerto de frío.

–¡Toma, anda! Te servirá como vestido.

–Gracias, se la daré a Colin cuando llegue a casa.

Le hago un gesto con la mano, dándole a entender que me trae sin cuidado si me la devuelve o no. De hecho, a pesar de que baila sobre su menudo cuerpo, está preciosa con ella.

–No pensé que, procediendo de un país donde el topless es legal, fueras tan pudorosa.

–Dijo el habitante de un país donde el topless es ilegal, pero celebran las Olimpiadas Nudistas.

–Deberías verlas un día, ¡es toda una experiencia!

Me doy cuenta de que, a pesar de haber remediado la situación, sigue encontrándose incómoda. Me ofrezco a llevarla a casa con la esperanza de pasar más tiempo juntos, pero ella me recuerda que no está sola, así que aborto el plan.

¡Estoy harto de esta tensión sexual no resuelta! De esta situación ridícula en la que siempre tengo que andar comprobando si estará ella o no antes de unirme a cualquier plan por miedo a incomodarla. Y como ya he demostrado que no soy un tipo brillante cuando se trata de ella, le propongo que nos llevemos bien, lo que significa que más me vale ir acostumbrándome a ver al idiota ese a su lado cada vez que nos unamos a los mismos planes. Si tuviera a mano el famoso martillo, me daría con él en la cabeza hasta que el cerebro se me hiciera serrín.

Alcanzamos entonces un tema de conversación neutral, los tortolitos, y acaba confesándome que Chloe no aprueba su nueva relación. ¡Qué manía enfermiza tienen estos dos con decidir con quién puede o no puede estar! Si no fuera por ellos, ahora mismo sería yo quien estuviera acompañándola en esta fiesta. O no… tengo que dejar de culpar a Colin por algo con lo que, de algún modo, yo estaba de acuerdo. ¿Tendrá razón Aga y al final es todo culpa mía por ser un cobarde?

Decido meter ficha y le tiro un piropo que no se espera, cuando me confiesa entre risas que Chloe parece sentir inquina hacia las mujeres guapas.

–No parece tener ningún problema contigo.

Su sonrisa se congela y me mira con intensidad. Me pregunto qué estará pensando cuando me mira así, un instante efímero, delicado y perfecto en el que nuestras miradas vuelven a cruzarse con la misma fuerza que aquella noche.

–¿Te apetece dar un paseo? Me estoy quedando un poco fría aquí parada…

Soy lo suficientemente estúpido de rechazar su propuesta, aunque me muero de ganas por decirle que sí.

–Creo que deberíamos volver a la fiesta. Si sigo aquí a solas contigo, no respondo de mis actos.

–Tal vez yo no quiera que respondas.

El modo tan directo en el que me aborda me roba las palabras. Su forma de mirarme hace que me sienta drogado en ella. Me acerco, discretamente, y comienzo a juguetear con la cremallera de la que va a ser su sudadera esta noche. Ella da un paso al frente sin importunarle mi proximidad. Sus ojos me miran anhelantes, con ese fuego que tiene por dentro que yo estoy deseando reavivar con mis besos. Me apoyo en sus caderas y la atraigo contra mí, dejando que los recuerdos aumenten las ganas. Aún puedo acordarme a la perfección del sabor dulzón y refrescante de sus besos. Y hoy no voy a conformarme solo con eso. Necesito hacerla mía. Necesito devorarla de arriba a abajo hasta saciar esta sed que solo parece calmar la fuente prohibida de sus besos.

–¡Aquí está mi Luke! Te echaba de menos.

Aga irrumpe en escena, lista para hacer la actuación de su vida, y lo arruina todo, metiéndome las manos por dentro de la camiseta y subiéndola sin decoro para marcar territorio. No tengo ni idea de por qué hace eso y me molesta, y aún me molesta más cuando se adueña de mis labios y me besa con una pasión que nunca antes me ha demostrado. Apesta a tabaco y ron. Se me había olvidado a qué sabían sus besos.

–Bueno, creo que yo debería irme… –Sofía señala la puerta del bar, con la clara intención de usarla–. Ya nos veremos por ahí.

La veo alejarse, sintiéndome estúpido y un auténtico cabrón por algo que, de nuevo, no ha sido culpa mía. Mi mayor delito ha sido no tener las agallas de decirle de una maldita vez que me muero por ella. Que cada vez que huelo su perfume, mi piel reacciona de inmediato.

Me enfrento a Aga y la encaro con malas pulgas, como si ella fuera la culpable de todos mis problemas.

–¿Por qué has tenido que besarme así? ¿Acaso no viste la cara de Sofía?

–Sí. ¿Y tú? ¿Viste tú la cara de esa pobre chica? –celebra con una sonrisa radiante que no muestra un ápice de arrepentimiento.

–¡No tenías derecho a hacerlo!

–¡Venga, Luke, no te enfades conmigo! Solo lo he hecho para comprobar una cosa, y me he quedado satisfecha.

La insto con la mirada a que siga hablando, pero ella solo me dedica una sonrisa maligna que me saca aún más de quicio.

–Me tienes un poco harto con tus jueguecitos –replico al fin, tranquilizándome–. Parece un buen tipo, ¿verdad? –pregunto, acordándome del bailarín que daba vueltas como un tiovivo en la pista. Aga asiente con la cabeza, sin dudarlo ni un instante–. ¿Mejor que yo?

–No sé si mejor que tú, pero, desde luego, sabe ir a por todas. ¡Y está como un tren!
–Sabes que eso no es lo que quiero oír en estos momentos, ¿verdad?
–Lo sé, pero es lo que necesitas que alguien te diga.

10

SOFÍA

Nada puede igualar al color del otoño, el olor de las hojas sobre el césped húmedo, la nostalgia de saber que se acaba un ciclo y comienza otro. Si hay una ciudad en este mundo que sabe lucir con estilo ese manto de fuego y tierra, esa es sin duda Londres.

Termino mi paseo matutito por el parque de Hammersmith mientras disfruto del cálido abrigo del débil sol de septiembre y de un café con leche bien cargado.

Las últimas semanas han sido un caos. A pesar de que los tortolitos insistieron en que aquel enlace no cambiaría las cosas, yo necesitaba mi espacio y un ambiente diferente al llegar a casa. La búsqueda de habitación en una metrópoli como esta puede llegar a ser agotadora. Desde alacenas en el hueco de la escalera hasta buhardillas sin permiso de obra, pasando por casas mohosas o apestando a curry. Después de visitar varios antros sin mucho éxito, lo he dejado en pausa por ahora.

Las cosas con Lucas están "mejor". He dejado de odiarle en secreto por lo que no pasó y ahora disfruto de su compañía cuando coincidimos en algún evento. El otro día nos picamos en el karting y le demostré que las mujeres también sabemos correr al volante. ¿Puedo tachar la número 64 por haber puesto a máxima velocidad ese trasto?

Pero no todo es tan genial como parece. Estoy harta de fingir delante de todos que no pasa nada, cuando me tiembla hasta el alma cada vez que estamos juntos. Tal vez por eso le di una oportunidad a Maikel, con quien ya llevo semanas quedando y sigo sin tenerlo claro. Lo intento, de veras, pero tenemos menos química que un gas noble.

Dirijo mis pasos velozmente hacia Petrichor. Ya llego al menos veinte minutos tarde, pero Karen suele ser bastante flexible porque sabe que hacemos horas extra en casa. La inspiración es así, no entiende de horarios. Cuando Fabio me ve entrar por la oficina, se ilumina como una vela candente.

–¡Hora del descanso! Tú y yo tenemos que chismorrear –me dice, abrochándome de nuevo el abrigo rojo de paño y empujándome contra el ascensor.

–¡Pero si aún no he empezado a trabajar! –protesto enérgicamente.

–Me voy a los Cotswolds en media hora. Solo quiero saber qué tal fue tu cita con Mike en Windsor y si has hablado con los tortolitos.

–Pasopalabra, y sí. ¿Qué quieres saber?

–¡Todo! Cuando hablé con Chloe por teléfono sonaba como si, en vez de venir de su luna de miel, hubieran estado batallando en Vietnam.

–Técnicamente ha sido así. Creo que han tenido algunos problemas con la comida asiática y las picaduras de mosquito –aclaro, recordando que mis compañeros de piso no parecían especialmente entusiasmados con su viaje.

–¡Mira que les dije que se fueran a Italia! Vietnam es demasiado exótico para ellos. Y ahora dame salseo, ¿qué pasa con el cubano? ¿Ya tenéis etiqueta o sigue siendo "el bailarín sexy con el

que quedas ocasionalmente”?

–No sé, Fabs… Mike me gusta, pero va demasiado rápido para mí –respondo con indiferencia.

–Define “rápido”. ¿Es de los que se corren nada más meterla?

–¡Serás bruto!

–Okey, no es eso entonces. Lleváis semanas quedando…

–Ayer fuimos a Windsor, vimos el castillo, paseamos por el parque... Estuvo “bien”, no como para perder la cabeza, pero me lo paso bien cuando estamos juntos.

–¡Prometedor! –se burla con un ostentoso bostezo.

–¡Hablo en serio! Es guapo, cariñoso, divertido…

–¿Intentas convencerme a mí o a ti misma? Porque parece que estás enumerando las características de un televisor.

Fab entrecierra los ojos y me psicoanaliza. Me conoce demasiado bien para saber a estas alturas que Chloe tenía razón al decir que Mike tampoco es lo que buscaba.

–Okey, ¿cuál es su tara?

–¡Ninguna! Es solo que, cuando nos pusimos a hablar de los planes de Navidad y le dije que yo me iba a Barcelona, él dio por hecho que iba a presentarle a mi familia.

–¡Oh, no! –bromea Fabio, sabedor de lo recelosa que soy con presentarle mi familia a ningún ligue–. ¿Y qué le dijiste?

–¿Pues qué voy a decirle? ¡Qué no! Bastante tengo con tener que soportarles yo, como para encasquetarle a nadie más ese marrón –me excuso, cogiendo fuerzas de mi segunda taza de café–. Además, no les he presentado a nadie desde que rompí con Xavier. El día que lo haga, tengo que tener las cosas muy claras.

–*Amore*, no te engañes. Tú ya lo tienes claro.

Prefiero no preguntar a qué se refiere por miedo a que no me guste la respuesta.

De repente, me viene a la mente un recuerdo que creía olvidado. No he vuelto a pensar en ello desde aquella noche y ninguno de los dos hemos hablado del tema. ¿Lo habré soñado? Compruebo mis emails privados de junio, uno a uno, hasta cerciorarme de que sí ha pasado. ¿Tendrá pensado él ir a Islandia? Decido meterme en la aplicación de la aerolínea y compruebo satisfecha que Lucas ya ha rellenado los datos de su pasaporte. El hallazgo me llena de júbilo.

–¿Hola? ¿Me vas a dar más información o piensas seguir en trance mucho tiempo? –Fabio chasca los dedos en el aire.

–Acabo de recordar que compré unos billetes de avión para irme a Islandia en Navidad.

–¿Qué demonios pinta una mediterránea pasando frío en Islandia en Navidad teniendo familia? ¿Pero tú no te ibas a Barcelona? ¿Te vas con Mike a Islandia?

–Creo que con Lucas –afirmo con una estúpida sonrisa–. ¡No lo sé! Igual me acabo yendo sola. El billete ya lo tengo.

–¿Me he perdido algún capítulo? –pregunta con el ceño fruncido, creando unas arrugas en su frente que le hacen parecer muy sexy–. ¿Cuándo habéis decidido ir juntos a Islandia?

–No fuimos nosotros… fueron Thor y Catwoman.

* * *

–Sofía, tenemos una emergencia y te necesito. ¡Es una cuestión de vida o muerte! –El dramatismo que emplea mi jefa para sacarme de mis pensamientos hace que me ponga en alerta.

El catarrazo que tiene, también–. Happy Dinner ha adelantado la reunión y yo llevo todo el día intentando preparar algo, pero este estúpido dolor de cabeza no me deja pensar. ¿Crees que podrías ponerte ya mismo con ello y mandarme lo que tengas? ¡Atchús!

Karen se refugia en un enorme pañuelo que ha visto días mejores y me mira con sus ojos empequeñecidos por la congestión.

–¡Sin problema! –asiento, viendo así la oportunidad de que por fin me renueve el contrato–. Deberías ver a un médico...

–Lo que necesito son unas vacaciones –afirma con una voz forzosamente nasal–. ¿Has probado ya las muestras de comida que nos envió el cliente?

–No, he estado centrada en los competidores para tener un punto de vista más objetivo. Se supone que la campaña no era hasta el mes que viene.

–¡Pues espero que tengas hambre! –dice entre dientes, mientras saca de su bolso siete kits para preparar "auténtica comida local" de diferentes países, que suman diez con los tres que tengo en casa–. La reunión es mañana, el cliente se va seis meses a abrir mercado en Estados Unidos y esta es nuestra única oportunidad para impresionarle.

–¿Mañana? –pregunto con la esperanza de haberlo oído mal la primera vez. Mi jefa asiente con preocupación.

–Claro, que no hace falta que te lo comas todo, con que lo pruebes un poco por encima… Francamente, lo he intentado yo misma, pero no sé si es el catarro, que le da un sabor a cartón a todo, o es que el producto en sí es asqueroso.

–¡Sin problema! Yo pruebo los diez platos y esta misma noche te digo algo.

Mis palabras hablan con seguridad, por dentro me entra el miedo escénico. Son las cuatro de la tarde y no tengo absolutamente nada para la campaña, y sé que nos jugamos mucho.

–¡Sabía que podía contar contigo! –Karen me abraza efusivamente. La reina de hielo tiene que estar muy desesperada para regalar una muestra de afecto en público–. Estaré despierta toda la noche intentando extraer algo de mi reseco cerebro. ¡No me falles, Sofi!

–Vete a la cama y descansa. Seguro que se me ocurre algo.

En cuanto Karen sale de mi campo de visión, me pongo manos a la obra a mirar campañas de los competidores para saber a qué me enfrento. He probado varios de esos productos en los últimos días, así que estoy más que preparada para degustar el de nuestro cliente y dejar que las musas me inspiren.

A eso de las cinco, salgo escopetada a casa con todos los paquetes de comida, y antes de las seis ya estoy en la puerta de mi apartamento, buscando desesperadamente las llaves en mi bolso de Mary Poppins. Me repito a mí misma por enésima vez que voy a empezar a llevar solo lo imprescindible, mientras opto por sacar el móvil (seguido de la cartera, mi libreta de notas, el cargador, el libro que solo leo en el metro y un largo etcétera de cosas), dejarlo todo en el suelo, y centrarme en cuerpo y alma en encontrar las malditas llaves. ¡Pero no están! Llego incluso a buscar en el bolsillo secreto donde solo guardo paracetamoles y tampones de emergencia, pero no hay absolutamente nada.

Llamo a la puerta, persistente, y nadie me abre. Con el buen día que hace en la calle, apostaría que Chloe y Colin están en algún parque disfrutando de la brisa otoñal. Llamo por teléfono a la desesperada para que me digan dónde diantres están, acercarme –aunque tenga que ir volando– y coger las llaves. Necesito que esta campaña salga perfecta, aunque ello me suponga un lavado de estómago.

Después de diez tonos que se llevan toda mi paciencia por delante, me salta el contestador

para comunicarme que ni Chloe ni Colin están operativos. Al borde de la hiperventilación, pruebo suerte con Fabio a sabiendas que está pasando el día en Cotswolds con su último ligue, un profesor brasileño que le tiene en un sinvivir. ¡Necesito una maldita cocina como sea!

Patri tampoco me lo coge y, con los horarios tan locos que tiene, no tengo ni idea de por dónde empezar a buscarla. Lo cierto es que recurrir a Maikel tampoco es una opción, porque sé que a esas horas está dando clases de salsa.

A la desesperada, mando un mensaje al grupo de Telegram explicando mi drama personal, pero irónicamente, hoy es el día en el que todos deciden guardar silencio en el chat más ruidoso del mundo.

–¡Esto no me puede estar pasando! –Me dejo caer en el felpudo con el ánimo por los suelos–. La primera vez en mi vida que me olvido las llaves y tenía que ser precisamente hoy.

Paso como quince minutos viendo en YouTube videos de la competencia que me ayudan a inspirarme y agotan la batería de mi viejo móvil, pero sé que hasta que no pruebe el producto por mí misma, voy a ser incapaz de crear ninguna genialidad.

Finalmente, saco una libreta gastada donde empiezo a anotar ideas extraídas de mis primeras impresiones de los paquetes. Todos los platos son de pasta o arroz, con un sobrecito de especias y chiles, y otro con un mejunje espeso que ha de disolverse en una cazuela. Otros, son complementos al primero, ofreciendo carne envasada al vacío para combinar con la salsa. Siento cierta repulsión por el combinado. Si salgo airosa de esta campaña me habré ganado el Premio Nobel a la creatividad.

Consigo escribir conceptos insípidos que no llevan a ninguna parte, para después arrancar las hojas, hacer una bola y tirarlas al suelo, resignándome a la idea de que esa campaña va a ser un auténtico fracaso.

La vibración del móvil me sorprende, la siento tan placentera como el mejor de los orgasmos. ¡Alguien ha respondido a mi grito de auxilio! Cuando veo su nombre escrito en la pantalla, casi me da un vuelco al corazón. Pensaba que mi suerte no podía empeorar, pero está claro que me equivocaba.

Me repito a mí misma que soy idiota por dejar que el romance más efímero de mi vida me afecte de este modo. El recuerdo de nuestros encuentros aún late con fuerza en mi alma y está tatuado en mi piel. ¿Cómo culparme por ello?

El teléfono sigue insistiendo. Estoy tentada de no cogerlo y no aceptar su limosna, pero realmente me juego mucho.

–¡Gatita! –escucho cuando respondo la llamada.

—¿Podrías dejar de llamarme así? –contesto de mal humor.

–¡Guarda esas uñas! Acabo de llegar a casa y mi cocina está a tu entera disposición, si aún la necesitas…

–Te lo agradecería infinitamente. Estoy en un aprieto y no tengo ni la más remota idea de dónde se han metido mis compañeros de piso.

–Yo que tú, no malgastaría mis fuerzas con ellos… –responde convencido–. Se han ido al teatro, así que parece que soy tu única opción.

–¡Fantástico! –lloriqueo, resignándome a mi cruel destino–. Mándame la ubicación. Espero que tengas hambre, porque esta noche vas a ser mi conejillo de indias.

–Todo sea por tachar la número 21, gatita.

LUCAS

Odio los jueves. Arrastras todo el cansancio de la semana y sabes que aún te quedan dos jornadas de trabajo más para poder tirarte en el sofá o dedicar el tiempo a hacer lo que realmente te gusta. Y lo peor de los jueves es que a Aga le encanta salir de fiesta y aprovechar todas las promociones en bebidas alcohólicas que ofertan los bares.

Pero este jueves, Aga me sorprende diciendo que no quiere salir a ningún lado, que prefiere que nos quedemos en casa, lo cual me agrada gratamente porque televisan el partido de rugby de Melbourne Rebels contra Queensland Reds. Y como buen ciudadano de Brisbane que soy, no me perdería a los Reds por nada del mundo.

–¡*Wow*! ¿De dónde vienes así vestida?

Abro la puerta y me encuentro una versión de Aga bastante pornográfica. Incluso más de lo habitual.

Me da tres besos, al más puro estilo polaco y lanza los zapatos al aire para tumbarse despreocupadamente en el sofá. Me gusta que se sienta como en su propia casa, pero no sé si mis compañeros estarían muy de acuerdo si la vieran tomarse esas confianzas.

–Vengo de una cita. ¿Recuerdas aquel cliente que lleva cuatro meses pidiéndome que quede con él? –pregunta. Yo asiento con la cabeza–. Al pobre ya no le quedaba pelo que cortarse, así que accedí a quedar con él.

–¿En serio has ido así a tomar un café?

–Bueno, quería ser honesta con él, me pareció lo más apropiado –explica. Yo ya estoy temiendo lo que viene después–. Le dije lo que estaba buscando y salió corriendo. ¿Puedes creerlo? Cuatro meses cortejándome y sale corriendo por un detallito sin importancia. ¡Una pena! El chico tenía su punto…

–Espera un momento, ¿qué le dijiste exactamente?

–Pues que no me van las relaciones convencionales. –Se encoge de hombros de forma inocente–. Le dije que, si buscaba fidelidad, un "para siempre" y que fuera la madre de sus hijos, no contara conmigo. Pero que podía ofrecerle una mujer inteligente, divertida y sexualmente muy activa.

–¡Hubiera matado por ver su cara! No le culpes, a mí también me costó entenderlo al principio. Oye, voy a darme una ducha y a ponerme cómodo. ¡Estás en tu casa!

No hace falta que se lo diga dos veces, Aga entra en mi habitación, abre los cajones de mi armario y cambia su vestido de dominatrix por una camiseta mía que le sirve de camisón. Solo lleva eso, unas bragas negras de algodón y una lata de cerveza en la mano. No me extraña que mis compañeros de piso sigan creyendo que estamos liados…

Me doy una ducha rápida, sustituyo las lentillas por las gafas y me pongo un chándal de algodón gris con sudadera azul cobalto. Cuando me reúno de nuevo con Aga, me mira de arriba a abajo con cara de desaprobación.

–¿No tenías nada más cutre en ese armario tuyo? ¡Podrías currártelo un poco más! Unos vaqueros, una camisa…

–No te ofendas, pero… ¿para estar en casa contigo? –Le devuelvo el piropo–. ¡No mereces el esfuerzo, *baby*!

–¡Échate perfume al menos!

–¡Acabo de ducharme! –Me olisqueo las axilas y compruebo que huelen a limpio–. En serio, ¿qué problema tienes con mi aspecto?

–Siempre hay que estar listo para la acción, nunca sabes lo que va a pasar.

–¡Sí, sí lo sé! Vamos a pedir unas pizzas y a ver el partido de rugby. Después, te quedarás dormida en el sofá y me tocará llevarte a casa en taxi. ¡Eso es lo que va a pasar!

–Tú vas a ver el partido de rugby –corrige– yo voy a registrarme en esta nueva aplicación, a ver si consigo un ligue nuevo. ¿Sabes la cantidad de parejas aburridas que están buscando una tercera en discordia para darle un poco de picante a su relación? Igual podrías probar suerte tú también, estoy segura de que se matarían por un rubio de metro noventa con los ojos como el Pacífico.

–¿Barbacoa y pepperoni te va bien? –respondo, ignorándola por completo mientras miro las ofertas de pizzas en la página web.

–Sí, pero no tengas prisa, Luke. Todavía no tengo hambre…

–Normalmente a estas horas estás suplicando por algo que llevarte a la boca. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Se acomoda en el sofá y me mira maliciosa. No sé qué está tramando, pero sé que no va a gustarme.

La vibración de mi móvil interrumpe nuestra conversación. Ojeo el chat del grupo por encima, sorprendido de que sea Sofía quién escribe pidiendo ayuda. Al parecer, no tiene llaves y necesita preparar una campaña en una cocina. Sus excentricidades son algo que no deja de sorprenderme. ¿Para qué necesita una cocina ésta ahora? Dejo el aparato sobre la mesa y decido no contestar. Seguro que alguien acudirá al rescate tarde o temprano. Aga, tan observadora como siempre, me mira con seriedad.

–¿Qué pasa? Te ha cambiado la cara.

–Nada, una chica del grupo que se ha quedado sin llaves y necesita una cocina.

–¿Esa chica no será… “la chica”? –De todo lo que le he dicho, es lo único que le llama la atención. A mí me hubiera volado la cabeza con lo de la cocina.

–¿Es que tengo un letrero en la cara?

–Para mí, sí. Luke, eres un libro abierto. ¿A qué esperas para ofrecerle tu cocina?

–Llevo varios días sin verla y me va mejor así.

–Sí, ¡te va de maravilla! Por eso no has lavado la sudadera que le prestaste en la boda.

–¿Qué sabes tú si la he lavado o no?

–Porque he ido a ponérmela hoy y apesta a perfume de mujer.

–¡Me la ha devuelto hoy Colin! Te recuerdo que estaban de luna de miel. Ahora mismo la meto en la lavadora, ¡pesada!

–¡Gracias! Estaba empezando a pensar que eres uno de esos tíos raros que coleccionan objetos de sus amantes, quienes poco después, aparecen asesinadas en algún sótano…

–Haznos un favor a todos y deja de ver *You*.

Sin previo aviso, Aga me quita el móvil y aplica el patrón de desbloqueo que me ha visto usar cientos de veces. Debería cambiarlo ahora que sé que lo ha memorizado.

–¿La llamas tú o prefieres que lo haga yo? Sabes que yo soy mucho más directa.

–Seguro que está con Fabio. Además, Colin y Chloe tienen que estar al llegar…

–No, no lo harán.

–¿Cómo lo sabes?

–No puedo decirte nada más, solo sé que los tortolitos se fueron al teatro a ver *Los Miserables*

y que ellos se han llevado las llaves. Tiziano Ferro está viendo piedras con su nuevo ligue y Shakira está trabajando –añade con desdén, refiriéndose a Fabio y Patri.

–¿Cómo sabes tú todo eso? –pregunto sorprendido. De repente, me temo lo peor–. Un momento… ¿habéis planeado esto vosotros? ¿Y Colin estaba de acuerdo? Pero ¿por qué?

–¡Porque sois idiotas! ¡Los dos! –aclara abiertamente–. ¡Vamos, Luke, que no tengo todo el día! ¿La llamas o la llamo?

Aga hace un amago por marcar su número y decido quitarle el móvil.

–Está bien, la llamo yo. Ya me explicarás qué es eso de que se han llevado sus llaves.

Comienzo a pasear de un lado para otro decidiendo qué voy a decirle, hasta que me armo de valor y la llamo. Dejo esperar varios tonos a la espera de que responda al teléfono. Estoy a punto de colgar cuando, de repente, escucho su voz al otro lado de la línea.

–¡Lucas! –exclama sorprendida.

–Gatita, estaba a punto de colgarte.

Sofía me cuenta lo que yo ya sabía, que no tiene llaves, y yo le cuento algo que ella no sabe, que Colin y Chloe no van a hacer acto de presencia. Lo que no le cuento es que nuestros amigos se han confabulado en nuestra contra.

–¡Fantástico! Mándame la ubicación –no parece feliz de escucharme–. Espero que tengas hambre, porque vas a ser mi conejillo de indias esta noche.

–Todo sea por tachar la número 21, gatita.

Cuelgo el teléfono con una extraña emoción recorriéndome por dentro, aunque la idea de tener a Sofía en mi casa, me da vértigo. Sospecho que, cuando aparezca, Aga se irá con cualquier ridículo pretexto para dejarnos solos. ¿Tendrá razón al decir que el verdadero problema es que soy un puñetero cobarde que ha estado poniendo trabas a nuestro romance, por miedo a que me vuelvan a hacer daño? ¿A que me rompa el corazón en mil pedazos? ¿Por miedo a que salga bien?

–¿Y bien? ¿Qué te ha dicho? –insiste Aga expectante.

–Está de camino. Va a ser divertido cuando te vea en bragas, espatarrada en el sofá de mi casa. No creo que ayude a mejorar la imagen de mujeriego que ya tiene de mí.

–Y la seguirá teniendo hasta que no te sinceres con ella.

Se levanta y coge otra cerveza del frigo. Me ofrece una, pero la rechazo. Necesito tener todos los sentidos alerta para lidiar con Sofía. Al menos, esta vez juego en casa.

Los siguientes veinte minutos los paso de la habitación a la cocina tratando de ordenar mis ideas. Me cambio tres veces de ropa, me echo perfume, y vuelvo a ponerme el chándal inicial para que no parezca que he hecho un esfuerzo por ella. Aunque los vaqueros tampoco eran mala opción…

Busco en el canal de cocina de mi madre una receta para sorprenderla, pero la descarto inmediatamente al recordar que ella se encarga de preparar la cena. Aun así, encuentro entre el recetario un puré de apio nabo y manzana, y unas mini quiches vegetales que llevo tiempo queriendo probar.

Abro la nevera y me doy cuenta de que me faltan al menos veinte de los treinta ingredientes necesarios, así que bajo al súper más cercano (una de estas tiendas de barrio que te cobran un dineral por lo mismo que encontrarías más barato en su versión a las afueras) y decido comprar todo lo necesario, más una botella de vino Shiraz australiano que sé que le gustó aquella noche.

De nuevo en casa, a Aga aún no se le ha borrado de la cara esa estúpida sonrisa burlona que me está sacando de quicio.

–Sé lo que estás pensando, así que mejor no digas nada –le reprendo, antes de que abra la boca.

–Yo estoy aquí con mi chat y sin meterme con nadie…

Recojo la compra, dejo el vino en la encimera bien a la vista y vuelvo a reparar en mi aspecto por última vez. Debería quitarme las gafas, me hacen parecer un pardillo. Aunque ella dijo que le gustaban… Bueno, en realidad dijo que me hacían parecer más listo, lo que no me queda del todo claro que fuera exactamente un piropo.

El timbre rompe el silencio. Me acerco a la puerta con paso lento, sintiéndome repentinamente nervioso e inseguro. Y cuando la veo plantada en la puerta, me quedo sin palabras. Lleva un vestido entallado de color rojo que realza sus curvas de una manera femenina y sofisticada, unos zapatos negros con unos taconazos que le hacen parecer mucho más alta de lo que es en realidad, y el pelo recogido en un moño informal. Su belleza, sensual y elegante, es casi irreal, como si acabara de salir de una pintura de flamencas de Fabián Pérez. Se me seca la boca al entender que tengo ante mí a una Sofía a la que aún no me he enfrentado, la publicista agresiva, una faceta que desconozco y que me asusta y excita a partes iguales.

«Voy a matar a Colin», pienso para mí, mientras le odio por haberme puesto en esa situación. ¿Por qué narices no coge el teléfono? ¿Cómo voy a tener a esta mujer a solas en casa sin poder hacer nada? ¡Esto no se le hace a un amigo!

Sofía sigue parada en la puerta, sonriéndome nerviosa, mientras trata de ocultar una botella de vino que lleva en la mano. Gozo al darme cuenta que es el mismo vino que tomamos aquella noche. El mismo que yo he comprado.

No me dice nada y yo de repente no sé qué decir. ¡Mierda! Con Aga siempre es todo mucho más sencillo.

11

SOFÍA

Estoy nerviosa. Por alguna estúpida razón, he parado en una tienda de camino a su casa y he comprado una botella de vino. Pero no es un vino cualquiera, es un Shiraz australiano como el que tomamos aquella noche. Probablemente, él ni se dé cuenta de ese estúpido detalle. Y aunque sé que no es una cita ni nada por el estilo, es tradición llevar postre o vino cuando se cena en casa de algún amigo. Aunque en este caso, sé que la única razón por la que vamos a cenar juntos es porque yo tengo que hacer esta campaña y él tiene una cocina. Punto.

Me planto delante de su puerta unos minutos antes de atreverme a llamar, recordándome a mí misma que es una pésima idea, pero no tengo plan B. Cuatro veces me he quedado a solas con él en mi vida, ¡cuatro! Y las cuatro han sido un desastre.

La primera, acabé despatarrada con unas bragas de abuela en medio de Bankside y rodeada de panfletos para la incontinencia. La segunda, con la mayor resaca de mi vida y un tatuaje en el tobillo. La tercera, con un chichón en la cabeza y varios rasguños en los muslos. Y la cuarta… ¿Cómo olvidar la cuarta? ¡Ni siquiera me dio tiempo a despedirme antes de que una rubia con pinta de actriz porno se lo comiera vivo!

Mi mano se queda a medio camino de la puerta cuando él la abre de repente. Me quedo rígida, con mi botella de vino en la mano y sin saber qué decir, mientras él se apoya despreocupadamente en el marco de la puerta y me dedica un gesto que no sé cómo descifrar. Lleva unos vaqueros ajustados que le hacen unas piernas de infarto, una camiseta roja de algodón y unas gafas metálicas negras mucho más estilosas que las del día que nos conocimos. Despreocupado y sexy. Y huele deliciosamente bien.

Me reprendo a mí misma por volver a tener esos pensamientos por un tipo que ya me ha mostrado todas sus cartas y sé de antemano que la partida está perdida. Mi hermana tiene razón al decir que solo me fijo en los hombres que huelen a problemas.

–Has traído vino –observa, rompiendo el incómodo silencio.

–¡Ah, esto! –Le tiendo la botella de mala gana y trato de restarle importancia–. El cliente nos advirtió que mejoraría el sabor de la comida.

–¿Después de cuántas copas? –se burla, mostrando que sus expectativas con la cena son más bien escasas.

–No te hacen los ojos saltones –observo en voz alta. Lucas frunce el ceño sin entender–. Las gafas…

–Gracias, son nuevas. Bonito vestido.

Aprieto los labios y sonrío complacida. A Lucas le trae sin cuidado mi vestido que solo uso para la oficina, pero está tratando de crear conversación. Y se lo agradezco, es mucho mejor que hablar del terrible clima inglés.

De fondo, me llega la voz de una mujer y él se gira para mirarla con cariño.

–Luke, ¿te importa si cojo otra cerveza?

La rubia se acerca a la puerta y me observa con una expresión sorprendentemente amigable, que muestra que mi presencia no le inoportuna lo más mínimo. La reconozco como la misma chica que llevó a la boda, solo que aquel día llevaba ropa. ¿Qué está haciendo aquí? O, mejor dicho, ¿qué carajos estoy haciendo yo?

–Hola, soy Aga. ¿Y tú eres…?

–Sofía –respondo apática y algo en shock.

¿Me ha invitado a venir a su casa en medio de una cita? Y, por lo que veo, no han tenido reparos en continuarla a pesar de que yo estaba de camino. La rubia (que tiene una cara digna de una modelo, a pesar de ser visiblemente mayor que él) lleva tan solo una camiseta ancha y unos shorts cortitos que no dejan mucho para la imaginación. Sus ojos azules resaltan en un maquillaje ahumado y los labios lucen de un rojo intenso. Está claro que es una dominatrix, no me extraña que le tenga comiendo de su mano.

–Perdona, no sabía que estabas con alguien. Yo… creo que debería irme.

Hago un amago por salir escopetada, pero él me sujeta del brazo.

–¿A dónde? –pregunta realista–. ¡Si no te ha contestado nadie y no tienes llaves!

–Te aseguro que este es el último lugar de la Tierra dónde quiero estar, pero realmente necesito hacer uso de tu cocina.

Lucas se aparta de la puerta y me invita a pasar.

–¡Bienvenida, gatita! Mi casa es su casa –dice en un mal español. Jamás entenderé por qué los extranjeros adoran esa frasecita–. Y, por cierto, no estoy en medio de una cita. Aga es solo una amiga.

–¿Acostumbras a tener a todas tus amigas en bragas en el salón?

–Es la única amiga que tengo, exceptuando a Chloe, y francamente, no sé qué le parecería a Colin que su mujer se quedara en bragas en mi salón. Pero oye, si tú quieres ponerte cómoda, estás en tu casa. Sabes que estoy deseando volver a ver esas braguitas tan sexis…

No puedo creer que sea tan descarado, cuando tiene a esa mujer medio en pelotas esperando por él. Debería sentirme avergonzada en vez de reírme por su osadía. Tiene una facilidad innata para conseguir arrancarme una sonrisa, y le odio por tener ese poder que yo no he concedido darle.

–Eres un capullo, ¿lo sabías?

–Ahora dímelo sin reírte.

Lo primero que me encuentro al entrar es un espacio abierto, moderno y diáfano que alberga una de esas estancias que sirven a la vez de cocina y comedor. Al fondo, un gran ventanal, un televisor de 55 pulgadas y un *chaise longue* blanco con infinidad de cojines en gris marengo que hacen juego con las cortinas. Los muebles de la cocina son también en esos tonos, típicos muebles de aglomerado blancos con una encimera en L que imita al granito. Dejo mis cosas en una de las sillas de la barra sin saber muy bien cómo moverme en esta casa que me resulta tan extraña.

Mientras saco los productos del bolso, algo suave me roza las piernas. Una preciosa gata blanca, con un collar rosa con brillantes, se acerca a mí en busca de caricias, restregándose contra mis piernas a la vez que me dedica un maullido amistoso. Me agacho para jugar con el animal, que se tumba boca arriba y me enseña la tripa en un signo de confianza.

–Rosalía, deja en paz a Sofi –pide Lucas, cogiendo en brazos a la gata y dedicándole unos arrumacos–. Te está preparando la cena.

–¡Muy gracioso! –respondo, molesta porque siga cachondeándose del menú–. No sabía que

tuvieras una gata.

–Me siguió a casa desde los contenedores, me dio la impresión de que estaba abandonada.

–¿En serio la has llamado Rosalía? –pregunto, extrañada de que haya usado un nombre tan español para su gata.

–Mírale las uñas.

–¡Todo aclarado! –respondo conteniendo la risa–. Por cierto, ¿te importa si me pongo con esto? Ando un poco mal de tiempo…

–¡Claro! Puedes coger lo que necesites de esos tres armarios. Yo estaré viendo el rugby en el sofá, pero si necesitas algo…

–Gracias –respondo incómoda de estar presenciando una cita en directo.

Me quito los zapatos de ocho centímetros de tacón y mis pies respirar aliviados al toparse con la mullida moqueta del suelo. Lucas desaparece de mi campo de visión y vuelve con unos calcetines seis tallas más grandes que la mía y me los tiende con frialdad.

–La gata suelta pelo –explica, justificando así el gesto.

Me los pongo y le doy las gracias, deseosa de que se pire con su ligue y me deje cocinar tranquila. Si la situación de por sí no fuera lo bastante incómoda, estar descalza a su lado hace que me sienta como una liliputiense.

–¿Quieres tomar algo? –ofrece, sin darse cuenta de que lo que quiero es que me deje sola para ponerme a trabajar–. ¿Cola? ¿Cerveza? Creo que también tengo zumo de piña…

–Agua estaría bien, gracias.

–Estábamos viendo el rugby –interrumpe la chica desde el sofá, apretando los dientes en una forzada sonrisa que busca complacer a Lucas–. Puedes sentarte con nosotros si quieres. Hay sitio de sobra para los tres.

Tiene cara de necesitar compañía femenina urgentemente. Deduzco que ella no ha elegido la programación.

–No, gracias… –respondo algo sorprendida por su gesto–. Necesito centrarme y crear una campaña magnífica antes de las siete de la mañana.

–¿Eres publicista? –pregunta intrigada. Asiento con la cabeza–. ¡Qué guay! Siempre he pensado que es uno de esos trabajos que mola mucho. Yo soy peluquera. Tienes un pelo precioso, por cierto. Me encantaría meterte mano.

–Estoy seguro de que sí… –susurra Lucas divertido. Aga le mira con cierta complicidad y se guarda una sonrisa que no entiendo.

–No te lo tomes a mal, yo es que le soy fiel a mi peluquera de toda la vida en Barcelona… –respondo al fin, sin ánimo de prolongar la conversación.

–Si cambias de opinión, solo tienes que pedirle mi número a Luke –ofrece, para después centrarse de nuevo en el partido de rugby y dejar que yo me centre en la cocina.

Pero lo cierto es que no puedo centrarme. Mientras saco cazuelas y sartenes, tratando de hacer el mayor ruido posible para no oír sus comentarios amorosos, no puedo evitar sentirme celosa. Hacía mucho que no me sentía así, desde que me enteré de que mi primer novio me los ponía con aquella chica del pueblo y decidí perdonarle. Los meses siguientes a la relación fueron un sinfín de reproches, noches sin dormir y llantinas cada vez que no me cogía el teléfono o salía con sus amigos. Aquello no era sano para nadie y decidí acabar con ello. Ojalá pudiera cortar todo contacto con Lucas. Lo haría de buen grado si no fuera amigo de Colin.

–¡Jamás entenderé las reglas del rugby! –grita Aga, con su voz ronca de fumadora empedernida–. ¿Cuándo se supone que es falta y cuando no? En cualquier otro deporte, ya

habrían sacado la tarjeta roja.

–Creo que cuando hay sangre –comento, tan seria, que hasta Lucas se gira para mirarme.

–¿Qué has dicho?

–Sí, ¡míralos! –exclamo viendo la agresividad con la que se tratan los jugadores–. Está permitido absolutamente todo, pero parece ser que cuando alguien sangra o pierde un miembro, pitan falta.

Aga se ríe con mi ocurrencia. Lucas pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

–Ya que sabes tanto del tema… –Aga me sigue el rollo, buscando provocar a su amorcito–. ¿Quién se supone que gana el juego?

–Hacen un recuento final y gana el equipo cuyos jugadores conservan más dientes –contesto con seguridad.

Lucas no se pronuncia, pero observo de reojo que oculta una sonrisa tras su lata de refresco.

–¿Se me nota mucho que odio el rugby? –confiesa la rubia–. Solo estoy aquí porque este hombre siempre acaba haciendo conmigo lo que quiere.

Hace una sugerente pausa llena de dobles intenciones, mirándole embelesada, y a mí me dan ganas de vomitar.

«Comida enlatada con un sabor sorprendente», intento concentrarme, «especias, arroz con sucedáneo de pollo, cenas ricas… ¡Vamos, Sofía! ¡Puedes hacerlo!».

Les observo de refilón mientras sigo las instrucciones que pone en uno de los kits para preparar un pollo Tikka Masala, el plato estrella de Happy Dinner.

Me reprendo a mí misma por dos cosas. Primero, por intentar sentir antipatía hacia una mujer que, sinceramente, me ha caído bien. En otras circunstancias, podríamos incluso irnos de compras juntas. Y segundo, porque por más que intente negarlo, me está hirviendo la sangre de verlos juntitos en el sofá.

Preparo en una cazuela una sopa enlatada de champiñones y citronela, mientras en otra caliento una salsa marrón con tropezones que asegura ser el mejor Katsu de la historia. Tan pronto el olor de la comida inunda mis fosas nasales, entiendo que aquella va a ser una noche muy larga… Y no he traído suficiente Almax en el bolso.

En una sartén comienzo a saltear los chiles y las especias en aceite de coco hirviendo, mientras cuezo en una gran cazuela medio kilo de arroz blanco. Igual me he pasado, pero no tengo ni idea de cuánto come esa chica. A juzgar por cómo traga cerveza, me da la impresión de que cuidar su dieta no está entre sus prioridades y que tiene ese cuerpazo por pura suerte genética. ¡Qué asco de gente!

Decido ponerme los cascos y algo de música cañera que me ayude a meterme en ambiente. La voz de Danny O'Donoghue me guía, me inspira, *We are superheros*!

Cuando me giro para dejar el arroz listo en un recipiente de la encimera, me doy cuenta de que Lucas y Aga ya no están. No hace falta ser muy inteligente para adivinar que han decidido continuar su cita en un lugar más discreto y lejos de ojos curiosos, como su habitación. La sola idea hace que se me revuelva el estómago aún más que con el olor de esas salsas prefabricadas.

Por puro masoquismo, me asomo al pasillo mientras sigo cortando verduras para acabar cuanto antes la misión culinaria y largarme de aquí. Prefiero terminar de inspirarme en un antro con las mesas pegajosas de alcohol barato, antes que pasar ni un segundo más siendo testigo de este romance.

Entonces, capto su reflejo a través del espejo del armario, colocado en un ángulo que me ofrece una visión más o menos decente de lo que ocurre en el cuarto. Les observo con morbosa

curiosidad mientras decido bajar el volumen de la música, pero no capto una sola palabra de lo que están diciendo. Se funden en un fuerte abrazo y me hierve la sangre, lo que muestro aumentando la velocidad de mi cuchillo mientras degüello los champiñones sin piedad. Al menos podrían tener el decoro de cerrar la puerta.

Clac, clac, clac. Sigo cortando con fuerza. Clac, clac, clac. No salen de la maldita habitación y Aga no para de reírse. Clac, Clac, clac. ¿Se están besando? Clac, clac, clac. ¡Mierda!

No quiero mirar hacia abajo. La repentina quemazón que siento en mi dedo es suficiente para saber que, por muy pequeño que haya sido el corte, los champiñones están ahora teñidos de rojo. Y no llevo demasiado bien la sangre.

Me muevo rápido por la cocina tratando de encontrar tiritas por algún lado, pero en este piso no parece haber un triste botiquín. Finalmente, envuelvo mi dedo en una servilleta de papel y aprieto con fuerza para cortar la hemorragia. Solo espero no desmayarme de la impresión.

Entonces, la veo. Balancea sus ocho patas encima de mí colgando de un fino hilo de seda que amenaza con romperse en cualquier momento y arruinar mi cena. Tengo miedo a las arañas. ¡No! ¡Tengo pánico a las arañas! Sé que suena muy estúpido en una mujer adulta acostumbrada a viajar y a vivir sola, pero me dan auténtico terror.

Apago los fuegos de la cocina y me alejo todo lo que puedo, inmovilizada mientras la veo subir y bajar en el hilo sin atreverme a respirar por miedo a que utilice sus super poderes contra mí.

–Rosalía, ¡ataca! –le pido a la gata. Pero ésta sigue repanchingada en su mullida cama y no me hace demasiado caso–. Si te comes la araña, te dejaré probar el curry.

Ante la evidencia de que la gata no va a serme de gran ayuda y tengo que seguir con la cocina, cojo la tapa de una cazuela a modo escudo y una espátula de plástico como arma mortal, y me subo encima de la encimera para enfrentarme a ella. Noto el miedo congelándome entera cuando me enfrento al enemigo. Golpeo el techo con la espátula, sintiéndome ridícula y cobarde, y se me escapa, la araña comienza a andar techo arriba, alejándose de mi zona de alcance. Haciendo malabares para mantener el equilibrio, me subo al otro lado de la encimera, lista para vencer el enemigo y seguir adelante con la cena.

LUCAS

–¿“Me encantaría meterte mano”? –me burlo, imitando el mismo tono de voz que ha empleado ella para referirse al pelo de Sofía.

Aga me mira orgullosa, mientras se pone el vestido que horas antes dejó abandonado en esa misma habitación.

–Reconoce que he sido ingeniosa. Por cierto, me gusta –añade, devolviéndome la camiseta que llevaba puesta hasta ahora.

–Puedes quedártela si quieres.

–¡Genial! ¿Crees que ella…? –bromea, dándole la vuelta a la tortilla. Me doy cuenta entonces que estamos hablando de cosas diferentes–. Hablo en serio, me gusta mucho para ti. Es igual de panoli que tú.

–Yo también te quiero.

–Y me vas a querer más cuando me veas salir por esa puerta.

–¡Ni se te ocurra dejarme a solas con ella!

–¿Qué pasa? ¿Tienes miedo a hacer por primera vez en tu vida lo que realmente quieres hacer y no lo que se espera de ti?

–¡Auch! Eso ha sido un golpe bajo.

–¡Deja de ser Lucas William Doyle de una puta vez y empieza a ser simplemente Luke! Ese chico divertido y alocado que sé que puedes ser cuando no te transformas en un snob reprimido y acomplejado.

–Significa mucho viniendo de una mujer incapaz de decidir si le gustan los hombres o las mujeres. ¿Has terminado ya de meterte conmigo?

–Yo ya he decidido, cariño: me gustan ambos –me guiña un ojo mientras se pone los zapatos–. Y no, no he terminado contigo. Te aseguro que a esa chica le gustas, pero no va a estar esperando eternamente a que te decidas. Y aunque eres muy mono, el chico del otro día no tiene nada que envidiarte. He oído que se están viendo.

–¿Podrías decir algo que me anime para variar?

–¡No! Lo que quiero es que dejes de compadecerte por lo que te hizo tu ex y que reacciones. ¿Te gusta Sofía? ¡Ve a por ella! Tan simple como eso.

–Sabes que no puedo, Colin me ha puesto entre la espada y la pared…

–A quien deberías poner contra la pared es a Sofía. Estoy segura de que es de las que araña. ¡Miauuu! –agrega con un gesto felino–. ¿Me llamarás mañana para contármelo todo?

–Claro, prometo llamarte para que sepas cómo he vuelto a cagarla y que te rías de mí –afirmo, estrechándola contra mis brazos. Aga se ríe de forma estridente con mi comentario.

–Hecho, me encanta reírme de ti.

–A veces te mataría, pero eres la mejor amiga del mundo.

–Tú no te quedas atrás, grandullón –confiesa, dándome un pico en los labios. Siempre hace eso con su círculo de confianza.

El olor que encontramos al entrar en el salón-cocina es algo nauseabundo, una mezcla de curry, chili con carne, salsa agridulce y mantequilla de cacahuete que me resulta extenuante. Pero lo que realmente nos hace quedarnos en el sitio es encontrarnos a Sofía, subida encima de la encimera, protegiéndose la cara con la tapa de una cazuela y amenazando a una araña diminuta

con una espátula de plástico. Para más inri, parece realmente enfadada con el bicho, lo que demuestra por sus continuos ataques verbales que encuentro desternillantes.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Intento matar a este monstruo antes de que arruine la cena –explica sin siquiera mirarme.

–Si te da miedo esa araña, mejor no vengas a Australia –replico divertido–. Déjamelo a mí, anda.

Agarro a Sofía de las piernas en contra de su voluntad y la pongo en tierra firme. Aga observa la escena, entre divertida y perpleja. Estoy seguro de que ha cambiado de idea en cuanto a lo de irse.

–¡Ala! El monstruo ha muerto –confirmo, enseñándole el cadáver encogido del pobre arácnido en una servilleta de papel.

Sofía se vuelve a la cocina con despecho, harta de que siempre acuda al rescate. Si es que me lo pone demasiado fácil…

Me asomo a lo que hierve en la cazuela y tuerzo el gesto con disgusto. Aquella masa verde burbujeante parece alguna pócima para convertir a tu enemigo en sapo, más que cualquier delicatessen de ningún mercado de comida de este planeta. No se lo ofrecería ni a las ratas.

Me fijo entonces en Sofía, que sostiene su dedo índice en un pañuelo que parece ensangrentado, mientras dibuja en su rostro una sonrisa forzada.

–Dime que no te has hecho eso luchando con la araña.

Me acerco a ella en actitud protectora, pero ella me aparta con despecho. Pequeñita pero matona.

–Estoy bien, solo es un rasguño.

Con toda la discreción de la que soy capaz, saco el apio nabo y las manzanas del frigorífico. He visto tantas veces el vídeo de mi madre mientras lo grababa para su canal que me sé la receta de memoria. Me lavo las manos, saco una tabla de cortar y empiezo a preparar las verduras y a calentar agua en una cazuela. Sofía se vuelve a mí y me mira con la ira inundando sus ojos de fuego. Echaba de menos ese carácter español.

–¿Qué demonios te crees que estás haciendo? –pregunta, olvidando por un momento que estoy en mi propia casa–. ¡Te dije que hoy me encargaba yo de la cena! ¡Te necesito para acabar esta campaña!

–Sí, pero no dijiste que fuera una campaña de comida para perros.

–Pues lo siento, pero es lo que hay de cena esta noche –responde, dándose media vuelta para que no note su cabreo. Si no fuera tan transparente…

Entonces, lleno la cuchara con uno de los platos que ya ha terminado de preparar y se la meto a traición en la boca.

–Pero ¿qué haces, idiota?

Sofía se gira airada, una expresión que pronto es sustituida por autentico asco a medida que va paladeando la deliciosa cena de su cliente. Happy Dinner se llama… ¡Ja! Lo único “*happy*”[15] de esta “*dinner*”[16] es cuando lo tiras por el retrete.

–¿Y bien, gatita? –pregunto, a la espera de su veredicto. Sofía se contorsiona en una mueca de desasosiego y sé que está a punto de tragarse el orgullo.

–Dime que hay suficiente del plan B para los tres –ruega–. Que conste que pienso probar todos y cada uno de los platos que he preparado esta noche, es solo por si acaso…

Sonrío misterioso y no respondo. Aga interrumpe nuestra conversación.

–Con que haya suficiente para los dos, servirá. Yo tengo que irme. Sofía, un placer. Luke,

cariño, no hace falta que me acompañes. Te llamo mañana, ¿vale?

Asiento con la cabeza sin apartar la mirada de las manzanas, que ya están peladas, troceadas y listas para entrar en la cazuela.

Cuando Aga se va, Sofía ni siquiera se digna en mirarme. No sé si está enfadada conmigo porque la he eclipsado en la cocina, porque me haya burlado de ella o por todas las catastróficas desdichas que hemos acumulado en nuestra curiosa amistad y en las que ella siempre sale mal parada. Lo que no me esperaba es la frase que escoge para romper el silencio:

–Siento haberte arruinado el plan.

La miro sin entender, pero entonces me doy cuenta de que está refiriéndose a Aga.

–En realidad lo has mejorado –suelto sin pensar, volviendo a centrar la vista en mi proyecto de puré.

No veo un mínimo cambio en su fisonomía, ni un leve atisbo de sonrisa. Sigue fría y rígida como el mármol. Seguro que ella ha malinterpretado mi inocente coqueteo y cree de nuevo que soy un cabrón sin escrúpulos que ha aprovechado la ausencia de mi novia para tirarle los tejos. ¡Empezamos bien!

Las verduras están listas, así que las paso por la batidora y voy echando aceite de oliva, poco a poco, para espesar la crema. Sofía me mira con curiosidad.

–¿Qué estás preparando? Creo que nunca he comido manzana si no era en un pastel.

–Es una receta que encontré en Internet. También preparé mini quiches de quinoa, queso de cabra y cebolla caramelizada antes de que llegaras.

–Bueno, si nos queda espacio después del festín que he preparado, las probaré.

–¿De verdad tenemos que comernos eso? –Mi pregunta es en realidad un ruego–. Ya puedes ser buena publicista para convencerme.

–Estoy segura de que no es tan terrible. El eslogan de la marca es “un sabor que te sorprenderá”.

–A mí lo que me sorprendería es que alguien se atreviera a ponerme eso en la mesa.

Decido llevar las fuentes a la mesa del salón y coloco los cojines para que el sofá tenga mejor aspecto. Aga tiende a dejarlo todo manga por hombro cuando se va.

Me giro momentáneamente y la veo ultimando los detalles de la presentación, sujetando firmemente uno de esos pimenteros gigantes de madera y echándolo por encima de los platos de comida (si es que se le puede llamar así), y no puedo evitar encontrar la escena un tanto erótica. Yo ya sé lo que pueden conseguir esas manos en mi anatomía. El recuerdo de aquella noche y el deseo de culminarla me provocan una erección. Siento deseos de acercarme a ella, arrancarle la ropa y acariciar cada centímetro de su cuerpo con mis manos. Si ella me dejara (y yo me atreviese), le cogería ese culo prieto, la subiría a la encimera y la besaría hasta dejarla sin aliento. Imagino el juego de miradas antes de penetrarla, la suave cadencia de nuestros cuerpos interpretando una misma melodía.

Debo de parecer un idiota cuando se gira y me ve allí plantado, pensando que la perfecta definición de sus caderas haría que a Botticelli le templara el pulso.

Nos sentamos en el sofá y comenzamos la degustación del menú. Tiene una libreta donde ha ido apuntando sensaciones e ideas a lo largo de la tarde. ¡Me muero por saber cómo va a salir airosa de este embrollo!

Tan pronto me llevo el pollo Katsu a la boca, mis papilas gustativas reaccionan en una mueca de dolor. Reconozco que tantos años de entrenamiento culinario al lado de mi madre me han hecho un snob en la cocina, pero uno tiene que vigilar lo que se lleva a la boca. Mi madre me

enseñó que nuestro cuerpo es nuestro templo y debemos cuidarlo a lo largo de la vida, por eso intento llevar una dieta saludable y hacer deporte regularmente.

Observo divertido a Sofía hincándole el diente con orgullo a los noodles con anacardos y chile. Su expresividad facial es como un cartel gritando con luces de neón que está pasando un mal rato. Cambia de idea y prueba el chile con carne. Diferente expresión, igualmente divertida. He dejado de comer solo para poder observarla con detenimiento y reconozco que me lo estoy pasando en grande. Sofía "la valiente" hace un tercer intento antes de rendirse y degustar el pollo Katsu que yo he saboreado minutos antes, pero su orgullo no puede más y aparta el plato con asco.

–¿Crees que Rosalía tendrá hambre? –pregunta, pidiendo clemencia.

–Rendirse es de cobardes –respondo muy serio, a sabiendas que tiene que conseguir ese trabajo por mucho que me disguste la idea de meterme nada de eso en el cuerpo–. A ver si estoy aquí, sacrificándome por la causa, para que tú abortes la misión.

–Deberían avisar en los paquetes que comer esta comida perjudica seriamente la salud.

–¡Céntrate! Y piensa, ¿qué tienen en común todos estos platos?

–Que están asquerosos.

–¡Hablo en serio! Tienes que darle otro enfoque. Piensa en el placer que supone el poder degustar cualquier plato del mundo sin moverte del sofá. Es un festín multicultural. Una explosión de sabores…

–La única explosión es la que va a haber en tu cuarto de baño como nos comamos esto.

–¡Ayúdame un poco! ¡Estoy intentando que consigas ese trabajo! –protesto enérgico–. Espera, se me ha ocurrido una idea… ¡No te muevas!

–¡Trae la botella de vino! El cliente dijo que…

–Lo siento, pero hoy solo beberemos agua. La idea no es engañar el sabor, sino encontrar aquello que lo hace único.

Sofía me mira sorprendida y tuerce el gesto.

–¿No se te ha ocurrido nunca ser publicista? Parece que se te da muy bien esto.

–La publicidad es lo tuyo y la cocina es lo mío –le recuerdo–. Si tú y yo no podemos hacer esto, nadie más puede.

Me acerco a ella con una bufanda y le tapo los ojos con delicadeza. Sofía se pone en tensión, pero no me aparta.

–¿Qué haces, forastero?

–¡Calla y concéntrate! Vuelve a probar el pollo.

–Lo que tú digas –se rinde.

Comienza a palpar a tientas sobre la mesa hasta dar con el tenedor. Se lo quito, temeroso del caos que podría organizar si le dejo tentar a su suerte y a oscuras. Pincho un trozo de pollo indio y se lo llevo a la boca.

Se toma su tiempo para paladear la comida. Observar la belleza de sus facciones cuando está concentrada es una experiencia hermosa, casi cósmica. Decido imitar el gesto, probar el plato y cerrar los ojos. Aquello cambia las reglas del juego, aunque no necesariamente a mejor. Lo que antes era bueno, ahora se vuelve muy bueno; pero lo que era malo…

–¡No es tan terrible! –dice, tras tomarse unos segundos para degustar el pollo–. Sabe como a anís estrellado. Y me ha parecido percibir notas de canela y pimienta blanca muy agradables. ¿Estás seguro de que era el mismo plato?

–Cuando anulas el sentido de la vista, los demás sentidos se ponen alerta. La comida tiene

otro sabor, otros matices, un olor más fragante. ¿Has notado el sutil toque de cardamomo?

–Debería volver a probarlo… –Sus labios se abren de nuevo en una sutil invitación.

–Después. Ahora quiero que probemos otra vez el pollo Katsu, ¿lista?

Lleno el tenedor y se lo introduzco en la boca lentamente. La forma en la que degusta el plato, relamiéndose los labios para extraer el máximo sabor de cada trozo, es hipnótica. Y sé que estoy perdido. En vez de pensar en la comida, estoy pensando en arrancarle ese vestido rojo y deleitarme en las líneas de su cuerpo. Mi mente evoca el sabor de sus labios y se me hace la boca agua.

Estar tan cerca de ella, sin poder hacer nada, me está resultado una auténtica tortura que he me autoimpuesto. Y estoy cansado de callar cuando en realidad me muero por besarla. Me acerco a sus labios, lentamente, dispuesto a superar mis dudas, a afrontar mis miedos y a confesarle de una vez por todas que su risa es mi canción favorita. Que cada vez que la veo, me siento un poco más fuerte, y que estoy deseando descubrir la historia que sé que alguien ha escrito para nosotros. Sigo acercándome a ella lentamente. Un poco más. Mis labios casi rozan los suyos…

–¡Sí, sí, sí! –Sofía se quita la venda, presa de la emoción–. ¿Dónde está mi libreta? ¡Lucas, eres un genio!

No sé lo que he hecho, aparte de agarrarme un calentón considerable… otra vez. Sofía coge la libreta y comienza a escribir las sensaciones que le ha provocado la comida. Ha anotado buenas ideas con el *feedback* que le he dado, creando una historia en la que un tipo viaja a un mercadillo de comida de Tokio. Me gusta.

–Creo que tengo exactamente lo que estaba buscando, solo necesito pulirlo un poco y...

Sofía me abraza efusiva y yo me quedo sin saber qué decir ni qué hacer, aparte de inhalar el dulce aroma afrutado de su piel.

–¡Genial! Voy a recoger la cocina entonces. Tú quédate ahí escribiendo.

–¿Después de cómo te he dejado la cocina? Voy a recoger contigo y luego sigo con esto…

–Aprovecha que estás inspirada –ofrezco, obligándola a sentarse de nuevo en el sofá–. No me cuesta nada, en serio.

Mientras recojo y voy picando algo de los platos para llenar el estómago, la observo trabajando. Es una nueva faceta que no había conocido hasta ahora y que me encanta. Es decidida, directa y muy sexy.

Termino de limpiar unos veinte minutos después y regreso al sofá con dos copas de vino tinto. No me gusta dar rodeos, necesito que sepa de una vez que yo nunca quise alejarme de ella. Por un momento, creo que se va a sentir incómoda por mi proximidad, pero se limita a sonreírme y sigue escribiendo en su cuaderno.

–¿Siempre pruebas los productos antes de una campaña? –pregunto con curiosidad.

–Me inspiro mejor. Esa es precisamente la clave de nuestro éxito, ponernos en la piel del consumidor.

–¿Eso quiere decir entonces que el día que te conocí…? –No me atrevo a acabar la frase por miedo a resultar impertinente–. ¡Olvida que lo he preguntado!

–Sí, me pillaste en plena prueba de producto. Y Fabio también probó sus calzoncillos. Estoy segura de que llevas meses preguntándote si habitualmente llevo ese tipo de ropa interior.

–Las dudas se disiparon por completo tras ver tu escueto tanga en la boda de Colin.

–Supongo que soy una fuente inagotable de diversión para ti.

–Estabas demasiado sexy con mi sudadera para pensar en nada más –confieso, mirándola directamente a sus ojos color café que, al igual que la bebida, ejercen un efecto estimulante en mi

organismo.

Entreabre los labios para decir algo, pero se limita a soltar el aire muy despacio, como si le costara sacarlo de los pulmones.

–Me hubiera gustado aceptar ese café. Ahora ya sabes por qué no lo hice.

–¿Y crees que podríamos tomarlo un día de estos? –tanteo, acariciando discretamente el dorso de su mano con las yemas de mis dedos.

Su mirada es una duda constante para mí. Por un momento, siento que va a decir que sí; y de pronto, me cambia de tema con la misma velocidad e incertidumbre con la que el metro pasa por la estación de Paddington.

–¡Creo que ya lo tengo todo! Le mando un email a mi jefa y al diseñador gráfico para que se pongan manos a la obra, y todo debería estar listo para mañana. Y todo gracias a ti. ¿Puedes creerlo?

–¡De nada! –respondo sin saber qué he hecho, ni por qué no ha respondido a mi oferta–. Si algún día necesitas conejillos de indias, solo tienes que pedirlo.

–¡Siempre necesito voluntarios! Ahora mismo tenemos friegasuelos con marihuana, una chocolatina con sabor a coca cola, condones ultra estimulantes, una taza de café hecha con fibra de coco que se auto calienta… ¡Elige!

–Creo que me lo acabas de poner muy fácil –bromeo. Ella se acalora.

–Quería decir que… ¿Te gusta el chocolate?

No puedo evitar romper a reír al ver su apuro, lo que parece incendiar aún más sus mejillas. Encuentro su timidez adorable, pero ella malinterpreta mi gesto y se pone nerviosa.

Entonces, coge el móvil y hace un intento desesperado por localizar a sus compañeros de piso. Como era de esperar, nadie acude en su ayuda. No sé qué se traen estos dos entre manos, pero está claro que Colin me ha dado vía libre con ella esta noche, aunque Sofía no parece receptiva ni cómoda, y eso que me he esforzado por ser un buen anfitrión.

–¿Dónde se han metido estos dos? –protesta, con frustración.

–Ya te dije que estaban en el teatro. Si estás cansada, puedes echarte en mi cama. Yo puedo dormir en el sofá…

–¡No quiero echarme en tu maldita cama!

Sí, obviamente está molesta conmigo e ignoro por qué. Bebe un sorbo de su copa de vino y mira para otro lado con fastidio.

–Perdona, ¿he hecho algo que te haya molestado?

–¿Por qué eres tan caballeroso? ¿No podrías ser un capullo a secas?

–¿Perdona? –pregunto, sin poder dar crédito a su reacción.

–¡Deja de pedir perdón por todo, que pareces inglés! –vocifera alterada, dando vueltas de un lado para otro del salón–. ¡No te entiendo, Lucas! Me dejaste la sudadera a pesar de que te estabas muriendo de frío, has hecho esa cena maravillosa que apenas hemos probado, has recogido todo para que yo pueda trabajar, ahora te ofreces a dormir en el sofá… ¿De qué vas?

–Lo siento, pero no te sigo… ¿Desde cuándo la cortesía es algo malo?

–¿Vas a contarme alguna vez por qué no volviste?

Ahí está el verdadero motivo de su arrebato. Me sorprende que, después de tanto tiempo, aún siga doliéndole aquella noche. Y no es la única. Me muero por acabar con este malentendido de una vez por todas, pero no puedo traicionar a Colin.

–Sabes que no puedo.

–¡No! Ese es el problema, ¡que no sé nada!

–Sofía, no puedo decírtelo porque eso implicaría a alguien más a quién no quiero delatar.

–¿Implicar? –pregunta colérica. Estoy a punto de quitarle la copa de vino, pero está tan alterada que cualquier paso en falso podría ocasionar un accidente–. ¡Oh, ya veo! Se trata de Patri, ¿verdad?

–¿Patri? –Ahora el sorprendido soy yo–. ¡Madre mía! Sigues creyendo que soy un mujeriego, ¿verdad? Y encima te encuentras a Aga en bragas en mi piso…

–No es asunto mío lo que hagas con otras mujeres. Yo solo te he preguntado por aquella noche.

¿Está… celosa? Decido no entrar al trapo por no empeorar las cosas. Una ligera brisa de esperanza enciende mi corazón.

–No hay nada entre Aga y yo –confieso, ante su mirada atónita–. De hecho, después de la boda me dejó tirado para enrollarse con una asiática.

–¿Qué? ¿Aga es lesbiana? –La noticia le pilla por sorpresa–. ¡No me dio esa impresión cuando te sobaba el otro día!

–Diría que es bisexual, pero a ella no le gustan las etiquetas. Se define como una exploradora del amor.

–Y… ¿habéis explorado mucho juntos? –tantea el terreno con poca sutileza.

No puedo evitar sonreír al ver que estamos en el mismo barco, aunque ella se esfuerce en negarlo.

–Eres una cotilla, ¿lo sabías? –bromeo, pero ella se disculpa demasiado seria–. Cuando conocí a Aga, estaba pasando por una situación personal un poco difícil y ella fue mi salvavidas. Hemos estado juntos un par de veces, pero solo fue sexo y hace meses que se acabó. Aunque te cueste creerlo, soy un buen chico y aún estoy esperando mi cuento de hadas.

Sofía me mira con esos soles que esconden mil pensamientos que no consigo descifrar. Es un enigma constante para mí. Mis dedos ansían tocar su piel y la buscan de nuevo. Los entrelazo con los suyos con delicadeza. Ella necesita respuestas que yo no puedo darle. Está nerviosa y acelerada, la estoy llevando al límite, pero no puedo conformarme con menos.

Para mi sorpresa, reacciona bien a mi caricia y juguetea con mis dedos, incitándome a querer más. Siento un deseo arrebatador por olvidar los modales y abalanzarme sobre ella, de lamer su cuerpo muy despacio mientras avanzo con mis besos muy al sur de su cintura. Me invade el deseo de hacerla jadear, sentirla de un modo único, de enloquecerla de placer. La observo en ese silencio abrumador, mientras ella me mira con incertidumbre. No rechaza el contacto de mis manos, ni ha rechazado mi cercanía, y sé que ella siente la misma necesidad por el suave vello que eriza su piel.

Necesito dar el paso. Esta vez no voy a dejarla escapar. Acerco mi cara a su mejilla y la acaricio con dulzura, tan suave como la más exquisita seda de Oriente. Estoy a punto de besarla. Por fin, después de tantos meses de espera, aquí estamos los dos, dos copas de vino a medias, Keith Urban cantando de fondo, y esas ganas por comprobar si sus besos son tan mágicos como los recuerdo.

Y justo cuando parecía que los astros por fin se habían alineado a mi favor, el destino decide jugarme una mala pasada. ¿Acaso está tratando de decirme algo?

Su teléfono vibra en la mesa como un 7 en la escala Richter con el nombre de Chloe en la pantalla. Sofía duda un instante, y a la vista de que yo me he quedado paralizado cual estatua de bronce, decide responder.

–¡Perdona, Sofi! Estábamos en el cine, pero ya vamos para casa –se disculpa Chloe al otro

lado del teléfono. ¿Cine? Lo de mentir no se les da muy bien–. ¡Mira que dejarte las llaves! Cualquier día vas a dejarte la cabeza…

–Es la primera vez que me dejo las llaves –recuerda ella–. ¿La peli bien?

–¿Qué peli?

–No sé, la que hayáis visto…

–¡Ah, sí! Muy bonita, tienes que verla. ¿Vienes a casa entonces o prefieres quedarte allí?

Reconozco que la idea se me ha pasado por la cabeza, pero no me atrevería a insistir sabiendo que mañana tiene una importantísima campaña que presentar.

–Ahora nos vemos. –Cuelga el teléfono y me mira con fastidio–. Era Chloe, creo que debería irme a casa. Mañana tengo que…

–Sí, la campaña.

La magia se evapora. Sofía recoge sus cosas y se pone los zapatos en silencio. Me pregunto si ella también se siente chafada por la ausencia de aquel beso o tan solo aliviada por poder librarse de mí.

–Bueno, forastero… –se despide desde la puerta y la acompaño por cortesía, aunque no quiero que se vaya–. Gracias por acogerme en tu casa. Ya nos veremos por ahí.

–¿Quieres que te acompañe? Es tarde y estás lejos de casa.

–No hace falta, gracias. –Sonríe y se da la vuelta para irse.

Sigue sin parecerme seguro que vaya de noche sola pero no me quiero poner en plan caballero de brillante armadura. Leah lo odiaba. Sobre todo, porque solía aprovechar para irse con otro cuando salía de mi casa. Pero ella no es Leah y sé que no se va a ninguna parte esta noche. Y también sé que, si tengo una mínima posibilidad, es aquí y ahora.

–Sofía, yo…

–¿Sí? –Se gira y me mira conteniendo el aliento.

–Me preguntaba si querías… –Las palabras me abandonan de repente. ¿Y si dice que no? ¿Y si sigue creyendo que soy un cabrón? Ella me mira expectante y sonríe nerviosa–. Es que al final no has probado la comida que preparé y me preguntaba si querías llevarte algo para comer mañana.

¿En serio acabo de pedirle que se lleve las sobras? Mis dotes de seducción cada día son más infalibles.

–¡Oh! –Su cara muestra decepción y sorpresa, creo que no es lo que esperaba oír–. Te lo agradezco, pero no tengo ganas de ir cargada con el puré hasta casa. No quiero poner en riesgo el portátil.

–Puedo llevártelo después de tu presentación y comemos juntos, si te apetece…

« ¡Idiota, idiota, idiota! »

–La verdad es que mañana no es un buen día –declina cortésmente mi invitación–. ¿Sabes qué? Igual si lo envuelves bien, puedo llevármelo ahora…

Me acerco a la cocina, sintiéndome estúpido, y le preparo un par de táperes con la comida que no nos hemos comido esta noche y cociné especialmente para ella.

–Oye, Luke… –Es la primera vez que ella me llama así y descubro que me gusta la cercanía–. Solo quería que supieras que me lo he pasado bien hoy a pesar de todo. Muy bien.

–Yo también, gatita.

–Esta mañana me acordé de repente de los billetes a Islandia que compramos y… ¿Aún tienes pensado ir?

–Ya he reservado el tour al glaciar y la caravana.

–¿Vas a dormir en una caravana?

–¡Está en la lista! Además, Islandia está prácticamente despoblada, pensé que la caravana me daría más libertad a la hora de ir de un sitio a otro. Y siempre puedo reservar un hotel si cambio de idea sobre la marcha. –Mis argumentos parecen convencerla–. ¿Y tú? ¿Sigues queriendo ir a Islandia?

Asiente con la cabeza, dubitativa. Estoy seguro de que lleva tiempo dándole vueltas.

–Mi familia va a matarme por esto, pero…

–Podríamos quedar un día de estos y concretamos.

–Suena bien.

–¡Genial! Te llamo un día de estos…

Trato de resultar un tipo duro y que no note que mi corazón está dando saltos de alegría, o al menos, brevemente, hasta que veo una sombra endurecer sus facciones.

–¿No fue eso lo que prometiste la última vez? ¿Qué me llamarías? –pregunta rencorosa.

En su rostro intuyo que estoy más lejos que nunca de arreglar las cosas con ella. Se despide con una frase en español que no entiendo y ella no se molesta en aclarar:

–¡Hasta luego, Lucas!

No pierdo el tiempo en salir tras ella y enfrascarme en una disculpa eterna que sé que no terminará de creerse. Sé bien que lo único que puedo hacer para arreglar la situación es demostrarle que está equivocada.

SOFÍA

Una vez escuché un término del idioma yagán, hablado por los nativos de la Tierra de Fuego, que me pareció francamente hermoso: Mamihlapinatapai. Listada en el Libro Guinness como la palabra más concisa del mundo, describe esa mirada que se da entre dos personas cuando ambas están esperando que la otra comience una acción que ambas desean, pero que ninguno se atreve a realizar. Como un beso. Mamihlapinatapai. Para mí esa palabra es una condena, un bucle infinito en el que me hallo y del que no consigo salir. Porque hoy lo he sentido con más fuerza que nunca: él también quería besarme. Si Chloe no lo hubiera interrumpido todo…

Casi no me lo puedo creer cuando llego a casa. Me siento como si el día hubiera durado 300 horas. Cojo las llaves del mueble de la entrada sin entender nada. Yo nunca dejo las llaves allí, normalmente las meto directamente en el bolso o, como mucho, en la chaqueta si ando con prisas y despistada. ¿Cómo han acabado en el recibidor?

Me acerco a la cocina a dejar en el frigo la cena que no hemos tomado y reviso rápidamente el correo en el móvil. Karen me felicita y cree que la campaña lo va a petar.

Maikel me ha escrito para ver qué tal me ha ido el día y siento remordimientos. Decido ser clara con él y no hacerle perder más tiempo, aunque estoy convencida de que él ya tiene un plan B por ahí a la vista de que yo no termino de decidirme. He visto la complicidad que tiene con algunas de esas bailarinas que trabajan en su academia. Además, sé por Patri que los romances y los cuernos en ese mundillo están a la orden del día, así que tampoco creo que se vaya a quedar en casa llorando por mí.

–¡Sofi, estás en casa! –vitorea Chloe con una sonrisa que el gato de Alicia hubiera envidiado–. ¿Qué tal con Lucas? ¿Es buen anfitrión?

–Me ha estado ayudando a preparar la campaña. No sabía que fuera tan creativo.

–¿Y ya está? –Noto la decepción en su voz. Realmente no sé qué esperaba oír–. ¿No os habéis planteado volver a quedar para que te ayude con alguna otra campaña?

–Eh, sí… Dijo que me llamaría. ¿Hay algo peor que eso? –respondo incómoda–. Me tengo que ir a dormir, mañana me juego mucho.

Dirijo mis pasos a mi habitación, pero ella me sigue por el pasillo con marcada insistencia. No sé qué está tramando, pero me huele a complot de lejos. Colin se une a nosotras con una sonrisa complaciente.

–Bueno, si dijo que te llamaría, supongo que lo hará… –insiste la ingenua de Chloe.

–Te recuerdo que llevo cuatro meses esperando a que Ceniciento marque mi número y se disculpe –observo sarcástica–. Y me consta que tiene mi número porque hoy lo ha usado.

–Ya, eso… igual Colin tiene algo que decir al respecto.

Mi mirada incrédula se posa en Chloe, tratando de entender su acusación, y luego en Colin, que parece haberla entendido a la primera, lo que muestra con una repentina pérdida de color en sus mejillas.

–¿Me va a explicar alguien qué está pasando aquí?

–O se lo dices tú o se lo digo yo. –El tono que Chloe usa para encarar a su marido suena demasiado amenazador como para ignorarlo.

Colin mira para otro lado, y en sus esfuerzos por mantenerse correcto, entiendo que quiere matar a la bocazas de su mujer. Yo me pongo cardíaca a la espera de eso que todos parecen saber

menos yo.

–Lo siento, ¿okey? –se disculpa al final ante mi mirada atónita–. Solo quería protegerte. Me dijo que estaba pasando un mal bache por culpa de su ex y que solo estaba aquí de paso, y pensé que sería mejor que te dejara en paz.

–¿Qué? –atino a pronunciar sin terminar de entender sus palabras–. ¿Por qué? ¿Cuándo?

–En mi cumpleaños –aclara–. Me lo encontré en el baño y estaba muy borracho, con lo que deduje que tú andabas parecida. Me preguntó si tenía… ya sabes.

–¡Condones, Colin, condones! –completa Chloe, harta del puritanismo de su marido–. Lucas le pregunto si tenía condones y Colin dio por hecho que estaba abusando de ti y le dijo un montón de cosas horribles de las que luego se arrepintió. Lucas le ha perdonado ya, pero sé que aún está algo receloso. Por eso te quitamos hoy las llaves, estamos todos hartos de ver cómo suspiráis el uno por el otro sin hacer nada y queríamos que dierais el maldito paso.

–Un momento, ¿me habéis quitado vosotros las llaves? –pregunto, tratando de asimilar toda la información–. ¡No teníais ningún derecho a hacerlo! ¿Podéis imaginaros qué hubiera pasado si Lucas no hubiera estado disponible? ¡Necesitaba preparar esta campaña!

–Lo de la campaña ha sido un contratiempo de última hora… –se disculpa Chloe–. Aun así, nos las ingeniamos para que consiguieras al chico y su cocina.

–¿Te has dado cuenta de que podríamos llevar cuatro meses juntos si no fuera por ti? –le reprocho a Colin.

–¡En realidad no! Porque él no necesitaba esto hace cuatro meses, necesitaba clavos, y tú no eres un clavo. ¡No hubiera funcionado! Ahora es distinto –explica, orgulloso de sus argumentos.

–¿Pero qué clavos ni qué clavos? ¡No tenías ningún derecho a hacer lo que has hecho! ¿Cómo te atreves a decidir lo que es bueno para mí? ¿Para él?

–¡Solo intentaba protegerte! No quería que te hicieran daño.

–¡Pues deja de protegerme! ¡Deja de manipularme, como has hecho hoy robándome las malditas llaves! ¡Deja de intentar emparentarme con tus amigos! Precisamente, para uno que me gusta, ¡vas y lo echas todo a perder!

–¡Pensé que solo era un capricho para ambos! –se justifica de nuevo.

–¡Pero es que, si es un capricho o el amor de mi vida, no es tu problema!

–¡Tiempo muerto, chicos! –interrumpe Chloe preocupada–. Creo que se os está yendo un poco de las manos…

–¡No quería que os hicierais daño! –insiste Colin, elevando la voz más de lo que nunca creí que fuera capaz–. Él necesitaba tiempo y espacio, necesitaba romances de una noche, no a ti. No en ese momento.

–¡Estás mal de la cabeza! ¿Qué demonios le dijiste de mí para que te hiciera caso y se hiciera a un lado?

–Le conté… Le conté lo de tu ex –reconoce, agachando la cabeza–. Sin entrar en detalles.

–¿Cómo pudiste?

No puedo seguir discutiendo más. Le escucho, paralizada por las dudas y aún tratando de digerir la historia que me está contando. La cara B de esta cinta que no había escuchado hasta ahora. Y entonces exploto. Sin pensarlo, sin medir las palabras. Tan solo soy fuego y nervios consumidos por la ira

–¡Sobreprotegerme a mí no va a traer de vuelta a tu hermana!

Escucho la onomatopeya de sorpresa de Chloe e imagino la cara que la acompaña, con la mano tapándose la boca como si hubiera dicho un pecado. Realmente lo he hecho. Hace más de

quince años que la hermana de Colin murió en un accidente de coche mientras él la supervisaba en el parque, y aún seguía culpándose cada día por ello. Por eso él era así, por eso yo se lo consentía. Pero, esta vez, habíamos llegado demasiado lejos.

Colin no dice nada. Sus ojos grisáceos se empañan en una niebla oscura que los hace parecer casi negros e intenta contener sus pensamientos y unas más que probables ganas de salir huyendo. Siempre desaparece con discreción cuando alguien recuerda a su hermana, y no regresa hasta pasadas un par de horas. Como si me hubiera leído el pensamiento, desaparece de nuestra vista no tardo en oír la puerta principal cerrarse, dejando tras de sí un silencio ensordecedor.

Me dejo caer en el sofá y las lágrimas comienzan a inundar mis mejillas. ¿Por qué he tenido que decir algo así? En realidad, solo trataba de protegerme.

–No quería decir eso –respondo en voz alta, a sabiendas que Colin ya no puedo oírme.

–Lo sé, lo sé… Te has pasado siete pueblos sacando el tema de Morgana, pero reconozco que él tampoco ha estado muy fino con lo de Lucas –añade Chloe con tristeza–. Creo que me voy a hacer una manzanilla y esperar a que regrese. Conociéndole, estará en casa de Sam hasta las tantas.

12

SOFÍA

Una corriente me recorre la espina dorsal cuando veo aparecer a Karen de la mano de Jude Smith, el CEO de la compañía de comida prefabricada Happy Dinner. Karen hace las presentaciones oportunas y procede a exponer mis ideas con los gráficos y esquemas que ha hecho el diseñador gráfico para ilustrar el proyecto. Normalmente, ella no expone a no ser que sea un proyecto muy grande, lo que me confirma que nos jugamos mucho. En su rostro cansado puedo ver que no he sido la única que ha pasado la noche en vela dándole forma a un puñado de ideas inconexas hasta crear lo que, con un poco de suerte, invadirá vallas publicitarias, banners de Internet y redes sociales muy pronto. Tiene la voz ronca y las ojeras tatuadas a pesar del maquillaje que se ha aplicado.

Un proyector desciende desde el techo en el frente de la sala y Karen se hace con el control de la situación. O, al menos, lo intenta.

–Os presentamos tres escenarios distintos, igualmente comunes, rutinarios y nada emocionantes –comienza, dirigiendo sus pasos al borde de la pantalla para dejarle al cliente mayor visibilidad–. Todo cambiará con la llegada de Happy Dinner. Una experiencia única que trasladará a nuestros protagonistas desde el sofá hasta los lugares más exóticos del mundo. –Karen carraspea y, por un momento, pienso que va a ahogarse. Le acerco corriendo un vaso de agua y se recompone–. Sofía, ¿te importaría introducirnos la primera historia?

Asiento con la cabeza algo nerviosa. Aunque las ideas son mías, en realidad no me he preparado nada. Antes de salir a escena, le tiendo a mi jefa el bolso y le susurro al oído que tengo paracetamol y mis infalibles caramelos para suavizar la garganta en situaciones como esta.

–Nuestro primer protagonista es John, un hombre de unos 37 años, soltero, con una vida de lo más anodina, que está sentado en su sofá viendo la tele con un paquete de pollo al curry Happy Dinner. Su plan para esta noche es el de siempre, por eso lleva ese espantoso pijama de cuadros que su madre le compró por Navidad –matizo, metiendo detalles que no están en la campaña pero que observo que a Jude le hacen sonreír–. Pero todo cambia tan pronto percibe el sabor del curry en el paladar, cierra los ojos para saborearlo y, al abrirlos, se encuentra delante de un puesto ambulante de comida en Bombay. Ruido, tráfico, sobrepoblación, nada idílico, no es la India de los folletos de vacaciones, pero sin duda, es la más auténtica, los sabores más reales. Una anciana con el pelo blanco y sin dientes le sonríe mientras espera expectante su veredicto. Él dice que la cena está increíble y sigue comiendo su ración.

–Me gusta. ¿Qué pasa después?

–A su lado, nuestra segunda protagonista le mira con curiosidad. Ella procede de un país donde aún es de día, por eso lleva un elegante traje en lugar del pijama. Metemos un flashback de su despacho, está estresada después de una larga reunión de negocios, así que abre su paquete de comida india para comer delante de su ordenador y… ¡Bum! Primer plano de su boca, saborea, gime. Un torbellino de sensaciones la ha catapultado directamente al mercado más concurrido de Bombay, a punto de vivir una apasionante aventura con un desconocido.

–¡Un desconocido en pijama! –exclama Jude, visiblemente excitado con la idea.

–Así es. Tras unas breves escenas de su romance por las calles de India, se oye de sus labios la única frase que dice en todo el anuncio. "¿Mañana en Tokio?", pregunta él esperanzado, enseñándole un paquete de Happy Dinner con sabor a Teriyaki. "Es una cita", concluye ella.

No termino la presentación cuando el cliente se levanta entusiasmado y comienza a asentir con la cabeza.

–¡Me encanta! ¡Sabía que no me equivocaba al elegir Petrichor! –muestra, complacido–. Quiero que empecéis ya mismo con la campaña. Sofía, ¿tienes a alguien en mente para protagonizar el anuncio? ¿Ester Espósito? ¿Messi? Estoy dispuesto a invertir lo que haga falta en esta campaña, así que pide por esa boquita.

Miro a Karen esperando a que se pronuncie, pero ella me cede la batuta con un gesto, lo que me alegra y aterra a partes iguales.

–La verdad es que estaba pensando en alguien anónimo, del día a día. A la gente le gusta ver héroes de carne y hueso. Y, puesto que vamos a hacer varios anuncios, tiraría por la mezcla interracial.

–¡Me gusta la idea! ¿Podríais empezar con el casting esta misma semana? –grita Jude, eufórico–. Karen, quiero que Sofía se encargue personalmente de supervisar la campaña y las próximas venideras. Porque habrá más, estamos a punto de lanzar una línea de postres congelados que lo va a petar. ¡Muy bien hecho, equipo!

Mi jefa se lleva a Jude a su despacho, y yo regreso a mi escritorio con una sonrisa de oreja a oreja. Si después de esta campaña Petrichor no me hace un contrato, ya nada lo hará.

De nuevo en mi mesa, me encuentro a Patri sentada despreocupadamente sobre el escritorio mientras charla con Fabs. Va tan arreglada y tapada que me cuesta reconocerla.

–¿Cómo ha ido? –pregunta, dándome un cálido abrazo–. Fabs estaba contándome que le han llamado para ir de público a Drag Race UK en enero y puede llevar a dos acompañantes… –canturrea mientras nos señala a ella y a mí con ilusión–. Porque vas a llevarnos a nosotras y no a ninguno de tus amiguitos, ¿verdad?

–¡Me apunto! –respondo al instante–. La campaña ha ido genial, Karen estaba pletórica con mi presentación y…

–¿A quién le interesa la campaña?

–Tú me has preguntado… –respondo, sorprendida por su repentina bipolaridad.

–¡Ya sé que ha ido bien, no me esperaba menos de ti! –me interrumpe Patri con desdén–. Quiero saber qué tal ha ido con Lucas. ¿Ya te lo pasaste por el arco del triunfo?

–Tú siempre tan sutil, reina –agrega Fabio, poniendo los ojos en blanco.

–Así que vosotros también participasteis en la encerrona –afirmo no demasiado sorprendida.

–Nosotros, los tortolitos, Aga, Sam… Todos estábamos en el ajo –confirma Patri.

–¿Sam también?

–Sam no está ciego y salta a la vista que necesitabais un empujoncito, *amore.*

–Pues el empujoncito acabó conmigo en el salón discutiendo a pleno pulmón con Colin y echándole en cara que su obsesión con sobreprotegerme no va a traer de vuelta a Morgana.

–¡No! –exclaman los dos al unísono. Por sus miradas de asombro, entiendo que ellos tampoco aprueban mi conducta.

–¿Puedo preguntar qué pasó exactamente? –inquiere Patri–. Es un tema que he intentado sacarle más veces, pero parece demasiado dolido con ello.

–Él había quedado con sus amigos en el parque y su madre insistió en que se llevara a su

hermana pequeña, pero Colin no quería. Así que lo hizo a regañadientes y estuvo toda la tarde ignorando a la niña para que no quisiera salir más con él. El resto de la historia ya la conoces.

–Un coche pilló a Morgana –completa Patri con tristeza–. Conociendo a Maggie, jamás diría que una mujer tan alegre haya tenido tamaña pérdida.

–Chloe me contó que estuvo muchos años sin salir de casa, hasta que un día decidió que su hija no hubiera querido verla así y comenzó a disfrutar cada instante, por los años que le habían robado a su hija.

–Ahora entiendo por qué Colin es tan sobreprotector contigo –concluye Patri.

–Esta mañana apenas nos dirigimos la palabra. Me he tomado el café aquí para no tener que verle en la cocina. ¿Sabíais que Colin le prohibió a Lucas estar conmigo?

–Estás tardando en hacer las paces con él –me fuerza Patri–. Sabes que es su manera de quererte y que no lo hace con mala intención. Todos sentimos ese instinto de protección después de lo de tu ex, solo que Fabs y yo queremos que aprendas a base de errores y él necesita protegerte del mundo. ¡Pero basta de hablar de penas! ¿Nos vas a contar de una vez qué pasó con Lucas?

–Estuvimos cocinando y me ayudó con la campaña. ¿Quieres probar el puré que preparó? Fabio lo ha definido como "orgásmico".

–Todo en ese chico me parece orgásmico, su comida no iba a ser una excepción –aclara él.

Vierto un poco del puré en un vaso y se lo tiendo a Patri. Es una de esas cremas que saben aún mejor en frío, como el salmorejo. Cuando lo prueba, su cara es la perfecta definición de placer, exactamente lo que intento trasmitir en Happy Dinner. Una idea muy loca se me viene a la cabeza.

–¿Qué hace este chico perdiendo el tiempo en la oficina? –pregunta mi amiga–. ¡Está claro que la cocina le viene de cuna!

–¿De cuna? –Mi tono revela mi sorpresa.

–Su madre –insiste, como si fuera algo de dominio público–. ¡Oh venga! ¿No me digas que, a estas alturas, no sabes que la madre de tu amorcito es cocinera? La mejor, de hecho.

–La verdad es que no tenía ni idea. Me dijo que había aprendido a cocinar con su madre, pero deduje que era ama de casa, ya sabes…

La reacción de mis amigos no me gusta. Se cubren la cara con desesperación y aguantan una risita burlona.

–¡Creo que tenéis que poneros al día! –Patri da por zanjada la conversación–. ¿Te importa que me acabe la crema? Es lo mejor que he probado en mucho tiempo.

–Toda tuya –ofrezco, disfrutando del placer que parece provocar la comida en mi amiga–. Oye, ¿te gustaría participar en un anuncio?

–¿Yo? –pregunta ella sorprendida–. ¿Quieres que baile en la barra, latino o qué necesitas exactamente?

–¡Que comas! –suelto sin más. Patri me mira con los ojos como platos–. Es un anuncio de comida, tienes que vivir una aventura en algún país asiático y poner la misma cara que tienes ahora mismo cuando te comas el plato.

–Si cocina Lucas, dalo por hecho.

–Me temo que el plato no es tan apetitoso, pero si te has acostumbrado a la comida inglesa, lo soportarás.

–Muy graciosa. Por cierto, ¿has visto el increíble parecido que tiene el profesor con Enrique Iglesias? –Patri me cambia de tema radicalmente para hablar del último ligue de Fabio–. ¿No

tendrá un amigo heterosexual para mí?

–¿Qué pasó con tu profesor de salsa? –pregunta él sorprendido.

–¡Nunca te fíes de un profesor de baile! –Por un instante, se le olvida que esa es también su profesión–. Me lo encontré enrollándose con “la Trini”.

–¿La Trini? ¿Quién es la Trini? –inquiero, sorprendida con el mote.

–Una profesora de Kizomba con fama de estrecha. La llamamos “la Trini” porque hace unas cobras que ni en Matrix. –Patri comienza a inclinarse hacia atrás, imitando a Trinity y Neo–. Por cierto, me tengo que ir a trabajar. Arregla las cosas con Colin y, si Lucas no te llama, llámale tú. Mucho feminismo y mucha independencia, pero aún estamos esperando que sean ellos los que den el primer paso.

–¡Sí, mami!

LUCAS

Desde que vivo en Londres me he vuelto precavido, paranoico, me atrevería a decir. Me camuflo bajo ropas informales que no solía llevar en Brisbane, me he cambiado el peinado y escondo mis ojos tras unas gafas metálicas. Mi eterno bronceado de surfista ha desaparecido dando lugar a una piel algo más blanquecina. Combinado con mis rasgos faciales, paso perfectamente por cualquier ciudadano británico. Si me viera Leah ahora mismo, me untaría con urgencia en una de esas cremas autobronceadoras que le dejan a uno la cara naranja.

Evito los lugares concurridos y de moda en busca siempre de privacidad, a excepción de los más exclusivos y con aforo limitado donde la gente es tan egocéntrica, que no consiguen ver más allá de su propio ombligo. Pero mis intentos por pasar desapercibido en un mundo tan globalizado han sido en vano. Nada es oficial, aunque ya corre en Internet el rumor de que Lucas William Doyle está en la capital británica, y mis padres se han hecho eco de la noticia.

Mi padre toma la voz cantante en esta conversación que sé que me va a dar más de un quebradero de cabeza. Mi madre se muestra prudente y callada, observando en un discreto segundo plano lo que sabe puede derivar en una guerra tarde o temprano. Lleva años siendo testigos de nuestros dramas que siempre acaban salpicándole, aunque se empeñe en mantenerse al margen. Me consta que quiere a mi padre, a pesar de sus múltiples diferencias entre las que se incluyen la educación que me han dado. Él siempre quiso que entendiera que él éxito se mide por los logros laborales; mi madre, en cambio, lo mide en felicidad. Y tener un marido tan exitoso como ausente, no le hace feliz.

–Así que, en Londres, ¿eh? –pregunta mi padre en nuestra llamada semanal. Eso es todo lo que he concedido darles para que no me frían el cerebro, una llamada–. No sé por qué te imaginaba en California haciendo surf y bronceándote con modelos plastificadas.

Sé que lo dice por Leah, pero su recuerdo ya no me atormenta. Ojalá no hubieran inventado las videollamadas, mi cara de estupefacción es un poema. ¿Cómo narices han descubierto mi paradero?

–Me apetecía probar algo distinto –replico molesto por la intromisión–. ¿Cómo me habéis encontrado? ¿Me has vuelto a poner uno de tus detectives?

–¡Para nada! Hace tiempo que decidí dejar de malgastar mi dinero contigo y tus crisis personales –replica condescendiente–. Ha sido esa foto en Trafalgar Square. Se te ve cambiado, Luke, pero nosotros te hemos reconocido al instante.

Trato de hacer memoria de cuando fue la última vez que estuve allí y decido recurrir a Google para ayudarme. Basta con escribir mi nombre para encontrar cientos de entradas en medios de comunicación y blogs que hablan del parecido físico de ese extraño de Trafalgar Square con el “heredero a la fuga” de Daintree. Al parecer, ese es mi nuevo mote, “heredero a la fuga”. Llevo tiempo desconectado de la prensa por mi propia salud mental y me hace gracia descubrir que no han cesado en su búsqueda. Me siento un poco como Wally, con mis gafas de camuflaje, pero sin camiseta de rayas rojas.

–¿Quién es esa rubia? –pregunta mi padre, y por su tono sé que viene ahora una frase juzgante–. Parece una camarera de un bar de alterne.

–Es una amiga –replico, reconociendo a Aga al instante.

–Ahora que por fin hablamos como personas adultas, ¿has pensado ya qué vas a hacer con tu vida? Lo de tu escapada ha estado muy bien por un tiempo, pero ya va siendo hora de que empieces a tomar responsabilidades, ¿no crees?

–Te pedí un año y accediste…

–¡No tenemos un año! ¡Lo que tenemos son un montón de problemas ahora mismo! La hija de mi socio está preocupantemente interesada en el puesto y está ganando adeptos. De cara a la galería, resulta mejor opción que tú, ya que está muy implicada y siempre está localizable cuando la necesitas.

–¿Quién, Mandy? Yo también votaría por ella, esa mujer lleva Daintree en las venas.

–¡Tú también! Llevas años preparándote para esto. ¡No te he educado para que tires la toalla!

–No estoy tirando nada, solo dejo que las cosas sigan su curso. Tal vez este no sea mi destino.

El inexpresivo hombre de negocios acaba de distorsionar su rostro en una mueca de dolor agudo. El simple hecho de imaginar que su imperio caiga en otras manos que nos sean las mías, le provoca ardores.

–Lucas, tienes que volver. Si querías llamar la atención, lo has conseguido. Nos has tenido a tu madre y a mí en vilo, tienes a la prensa de medio mundo matándose entre ellos por conseguir la exclusiva de tu paradero, ¡pero ya está bien! Ya va siendo hora de que actúes como un hombre y comiences a ejercer la carrera que tanto dinero me ha costado.

–¿Te has preguntado alguna vez si Daintree me haría feliz? –pregunto, enajenado ante su discurso dictatorial–. ¡Tenía sueños antes de que tú te empeñaras en que siguiera tus pasos! Antes de que me presentaras a Leah y entre los dos me convencierais de que me convirtiera en tu versión más joven.

–¡Estás siendo un ingrato! –Su tono es sereno y calmado, aunque suena ofendido–. Querer lo mejor para ti, que te conviertas en un hombre poderoso, no es algo que reprocharnos a mí y a esa putita con la que salías. Y en cuanto a Leah, sabes que solo te la presenté por el poder político de su padre. A tu madre y a mí nunca nos gustó para ti.

–¿Lo mejor para mí? –No puedo evitar cierto tonito cuando formulo la pregunta–. ¡Yo nunca quise estudiar Empresariales! ¡Me aburrí enormemente en la universidad! No hice amigos. No pude salir de fiesta como hacían otros chicos de mi edad –protesto en vano, aunque sé que a mi padre le trae sin cuidado. Mi madre, por otro lado, parecer estar sufriendo con esta conversación

–Yo tampoco quise, pero tu abuelo sabía que era bueno para mi futuro, y es exactamente lo que estoy haciendo yo contigo, velar por tus intereses –asegura. Me doy cuenta de que jamás voy a hacerle cambiar de opinión–. Hay una reunión en unos meses a la que me gustaría que asistieras. Te dará tiempo de sobra a vivir tu sueño adolescente, seguir jugando a que eres el chico pobre que coge el metro, tirarte a esa putita polaca y volver al mundo real.

–¡Aga es solo una amiga y no es ninguna…! –la defiendo, dándome entonces cuenta de algo mucho peor. ¿Cómo saben que es polaca?–. Diles a tus hombres que la próxima vez que pasen por Carnaby Wharf, entren a saludar y les pongo un café.

–¡Madura ya de una vez, que es lo que tienes que hacer! Tu madre y yo estaremos esperándote con los brazos abiertos cuando regreses.

–Te quiero, Luke. –Es todo cuanto dice mi madre.

Sé que después me llamará por la tarde, cuando mi padre se meta en sus reuniones de

negocios, para poder charlar a solas conmigo. Mi madre es la única que está al día de mi vida.

Aquella conversación me deja mal sabor de boca todo el día. Me pregunto cuánto tiempo tardará en estallar la pólvora entre mi nuevo grupo de amigos. Me cuesta creer que no lo sepan, cuando es obvio que Patri me reconoció al instante. Me planteo por un instante que, al igual que pasó con Aga, a mis amigos les traiga sin cuidado si soy hijo del presidente de Daintree o del rey de Laponia.

Cuando llego a la oficina, observo chafado que no he fallado en mi predicción. Me encuentro a Colin –¡y a su madre!– esperándome en mi escritorio. Hay un arsenal de pasteles que deduzco que Maggie ha horneado, aunque ignoro la ocasión. Dejo mis cosas en la silla y los miro con sorpresa.

–¡Buenos días! ¿Qué se celebra hoy?

–¡Dínoslo tú! –Maggie se levanta para abrazarme de improviso y me ofrece un trozo de pastel de zanahoria–. ¿La has besado? ¿Estáis juntos?

–¿No me digas que tú también estabas en el ajo?

–¡No te duermas en los laureles, muchacho! Que mi Sofi vale mucho –exclama mi hada madrina, entendiendo que es el momento para irse–. Os dejo solos para que habléis, aunque estoy deseando llamar a Chloe para que me cuente todos los detalles. –Colin recrimina a su madre y yo me echo a reír–. ¿Qué? Sé que se lo acabarás contando a tu esposa, y ella no sabe mantener la boca cerrada.

Cuando nos quedamos solos, Colin insiste en ir a la zona de recreo de la oficina para desayunar. Cloud Computing es una de esas *startups* en las que cuidan mucho a los empleados y han dedicado un espacio con sofás, billares y futbolines, además de una cantina con snacks y máquinas de café completamente gratuitas. Tomamos café y el pastel que ha preparado Maggie y le escucho sacarme temas de conversación aleatorios de los que no sé ni qué decir. Está nervioso y distraído, como si intentara contarme algo.

–Tío, ¿me estás escuchando? –protesta Colin–. Te preguntaba si ya tienes plan para las Navidades. Chloe y yo vamos a ir a Kent con sus padres y hemos pensado que, si no vas a ir a Australia, podrías venirte con nosotros.

–He seguido mirando vuelos, pero los precios están por las nubes, con perdón del chiste. Al final, me voy a Islandia.

–¿En serio vas a pasar las Navidades solo?

–Con Sofía, si es que no cambia de opinión.

–¡Pues sí que os cundió ayer la noche! –exclama sorprendido–. Tengo que advertirte que las Navidades son sagradas para Sofi y siempre las pasa con su familia. Me extraña mucho que haya decidido ir contigo a Islandia…

–Igual la estoy forzando otra vez, como aquella noche –digo sin pensar, harto de su sobreprotección enfermiza que me está cortando las alas.

–Solo digo, que tal, vez deberías abortar el plan antes de verte solo en ese avión.

–Mira, Colin, sé que todo esto lo haces con la mejor intención, pero deja que me arriesgue a coger el avión solo. Deja que tomemos nuestras propias decisiones, que veamos a dónde nos lleva esto.

–Perdón, es que no quiero que pases por ninguna experiencia negativa con Sofi. Realmente me gustaría veros juntos de una vez.

–El dolor de vez en cuando está bien, ¿sabes? Te enseña, te cambia… Si no fuera por lo que pasé con mi ex, yo nunca hubiera tomado la decisión de venir a Londres.

–Tienes razón, solo te pido que vayas más despacio con ella, con paciencia…

¡Lo lleva claro si cree que voy a ir despacio después de casi cuatro puñeteros meses! Cuatro meses consolándome en soledad cada vez que imaginaba que mis manos recorrían su cuerpo. Cuatro meses torturándome al pensar que ella podría estar regalándole esa sonrisa a otro hombre.

–¿De verdad crees que se puede ir más despacio? Creo que ya he demostrado que puedo ser muy paciente.

–Ser paciente es de sabios.

–La paciencia es el sustituto de la toma de decisiones.

–Haz lo que quieras, pero luego no digas que no te lo advertí. Por cierto, Lucas, hay algo que quiero preguntarte…

Me pongo en lo peor cuando me enseña en el móvil la dichosa foto que ha dado la vuelta al mundo.

–¿De dónde has sacado eso?

–De una revista femenina que anda por casa –explica–. Quiero que sepas que me trae sin cuidado quién seas, pero no me gusta que me mientan. ¿Eres quién Chloe cree que eres?

–Yo no he mentido a nadie.

–¡Explícate! Nos has vendido una imagen y yo aquí veo otra muy diferente.

–¿En serio? ¿Qué ves? –le provoco, harto de esta conversación que aún no ha empezado–. ¿Qué se supone que tendría que haberte dicho el día que nos conocimos? ¿"Hola, soy Lucas William Doyle y mis padres están forrados"?

–Bueno, saber que tu padre posee la segunda empresa de venta online más grande del mundo y que tu madre es una famosa cocinera, hubiera sido bastante útil.

–¿Cambia en algo las cosas? ¿Acaso tú vas diciéndole al mundo que tu madre es la secretaria de la empresa donde trabajas y tu padre es… camionero?

–Catedrático en la Universidad de Oxford –me corrige.

–¿Ves? ¡A mí me trae sin cuidado! Mi amigo eres tú y te he elegido por tus logros.

–Vale, entiendo tu punto de vista. Lo que no entiendo es por qué dejarías tu destino de millonario en Australia para trabajar aquí, cambiando las fiestas y el caviar por pizza y tardes de Risk.

–Eso es reducirlo todo mucho. Cuando empecé a salir con mi ex, alcancé mucha más fama de la que me hubiera gustado. Y cuando rompimos, la cosa se descontroló. Ella disfrutaba con esas atenciones, pero yo no. A mí me paraban por la calle para mostrarme su burla o su lástima, me convertí en el cornudo de Australia –explico cabreado–. Por otro lado, mi padre me presionaba para que me involucrara más en sus negocios, algo que no me hace feliz y me crea ansiedad. Lo único que deseaba era encontrar un lugar dónde poder empezar de cero y ser cualquier otra persona, alguien cuyo futuro no estuviera escrito en las cartas.

–¡Perdona que me cueste creer que cambies una vida de lujos y sin preocupaciones por esto!

–¡Estáis muy equivocados! ¡Sí tenía preocupaciones! Cierto que vivía desahogado económicamente, pero eso no lo es todo. Ahora tengo libertad, me siento bien con mi trabajo, tengo una mascota, amigos… Y no echo de menos mi Holden Commodore o el jacuzzi de casa de mis padres, porque lo que tengo ahora es más de lo que he tenido nunca

–Eso explica que seas tan reacio a salir en las fotos –Colin parece visiblemente sorprendido por mi aplomo–. ¿Y qué vas a hacer? Porque supongo que algún día tendrás que plantarle cara a la realidad, ya sea aquí o allí.

–¡No lo sé! –reconozco al fin–. Al parecer le he dado menos vueltas que tú… Mi idea inicial

era quedarme un par de meses y largarme, pero supongo que las cosas han cambiado.

–¿Sabe Sofía quién eres?

–Primero, entre Sofía y yo no hay nada. Segundo… ¡Sigo siendo yo, Colin! Desde que has visto esa maldita foto, has dejado de verme a mí, el tipo con el que almuerzas cada día, y has empezado a ver al niño rico que tanto repudio. No estás tratándome con naturalidad.

–Perdón, tienes razón. Es que no he tenido un buen día y esto ha sido la guinda del pastel… Anoche me sinceré con Sofía y las cosas están un poco tensas ahora mismo.

–¿Sofía sabe…? –pregunto. Colin asiente con la cabeza. Una extraña felicidad me recorre por dentro al entender que va a dejar de verme como un capullo–. ¿Y qué dijo?

–De ti nada, nos enfrascamos en una discusión llena de reproches.

–Estoy seguro de que lo arreglareis. Gracias por decírselo.

–Era lo que tenía que hacer.

Después de la charla con Colin, caen otros tres cafés y dos tés de camomila que contrarrestan los efectos de los primeros. ¿Puede culparme alguien por estar nervioso?

Necesito ver a Sofía, hablar con ella, solo eso podría calmar la creciente ansiedad que tengo en estos momentos.

No sé si llamarla y preguntarle cómo ha ido la campaña o fingir que soy un tipo duro que no se ha pasado todo el día pensando en ese beso que no nos dimos ayer.

–¿Lucas, estás en llamada? –Me giro y veo que es Sam quién se acerca.

–No, solo estaba escuchando música –respondo quitándome los auriculares.

–Hemos quedado esta tarde para ver Star Trek en casa de Dave –Iron Man para los amigos–, unas pizzas, ya sabes… ¿te hace?

El plan me resulta tentador. Nunca he visto ninguna de Star Trek, están en la lista y estoy seguro de que verlas con ellos va a ser una experiencia mucho más gratificante que con Aga, quien me tortura con horas de cine polaco por cada película friki que vemos juntos.

–¿A qué hora?

–Empezaremos sobre las seis y algo.

–Puede que me anime… ¿Te importa si voy acompañado?

13

SOFÍA

Pierdo la vista en las paredes del despacho y dejo caer la cabeza con pesadez sobre mi última adquisición bibliotecaria. Cierro los ojos solo un instante, suficiente para que Fabio interrumpa mi descanso tocando las palmas estridentemente ante la amenaza de quedarme dormida.

–¡Despierta, Bella durmiente! ¿En serio estás leyendo a Hemingway?

–Es una larga historia…

–Tiene pinta.

Le miro de reojo mientras repasa, una y otra vez, la presentación de los geles de baño bronceadores en su laptop púrpura, una excentricidad que la empresa le ha permitido porque él se ha ofrecido a pagar la diferencia.

–Deberías seguir con eso mañana –propongo–. Ya son las cinco y media.

–¿Las cinco y media? Creo que me hace falta una copa, y a ti interactuar con amigos de carne y hueso y dejarte de tanto libro.

–¿Tú no habías quedado hoy con tu profesor?

–Gerardo tiene clases hasta las 8 –lamenta. Fabio lleva la palabra "drama" en los genes–. ¿Qué te parece si hago una reserva en Otherworld?

–¿Y eres tú quién me habla de amigos de carne y hueso?

Otherworld es un bar de copas que ha ganado bastante fama últimamente al combinar los mejores cócteles con cápsulas privadas de realidad virtual.

–¡Bingo! Hay una cancelación de última hora. Si corremos, llegaremos a tiempo. –Ignora mi comentario y hace la reserva igualmente.

Salimos de la oficina escopetados. Cuando las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo, mis ojos no pueden creer lo que ven. ¿Qué hace él aquí?

–¡Qué mona eres! Te has encendido como un árbol de Navidad al verle –susurra Fabs entre dientes–. No sabía que teníais una cita…

–Yo tampoco.

A veces creo que su hobby favorito es meterse conmigo. Aunque en algo tiene razón, se me ha cortocircuitado el cerebro al ver lo guapísimo que está con la ropa de ir a la oficina: unos pantalones chinos grises, camisa azul celeste y una americana de polipiel negra que le da un toque rockero.

Repaso rápidamente mi aspecto y me doy el aprobado: falda negra plisada por debajo de las rodillas con una camisa de seda color canela y unas botas altas sin tacón. Y no llevo bragas de abuela, lo que siempre es un plus si la noche se complica.

Lucas sonríe con timidez y levanta la mano a modo saludo cuando nos acercamos.

–¿Qué haces aquí? –le abordo algo tensa.

–Asegurarme de que esta noche cenas algo en condiciones y no esa porquería enlatada de la que pareces alimentarte últimamente.

–Como excusa para invitarla a cenar es malísima –susurra Fabio malicioso. Estoy tan en shock que aún no me he pronunciado.

–Igual interrumpo algo… debería haberme asegurado de que no teníais ya planes.

–¡No tenemos ningún plan! –Fabio se me adelanta de nuevo y sale disparado como un Sputnik para dejarnos a solas–. *Cara mia*, me voy de compras por Oxford Street. Te veo mañana. *Ciao*, Lucas!

Observo perpleja cómo Fabio se marcha para brindarnos intimidad. ¿De verdad va a dejarme a solas con él? Me vuelvo para mirarle y le pregunto algo nerviosa:

–Y bien, ¿qué haces aquí? ¿Dónde te apetece ir?

–La verdad es que me da igual, no hace falta que vayamos a ningún sitio extravagante solo... ¿Qué tal si damos un paseo y me llevas a tu lugar favorito de Londres?

–Mi lugar favorito…

Tengo que hacer una nota mental de todos los lugares que me han hecho vibrar en esta ciudad, las mejores puestas de sol, los rincones dónde el color de la piedra se vuelve más intenso, o esas calles donde los fantasmas victorianos se dejan ver entre el gentío. Hay demasiados lugares que merecen ese puesto, ¿cómo decantarme solo por uno? Entonces, lo tengo claro. Un lugar en concreto acude a mi mente y me evoca toda clase de emociones.

–Creo que sé exactamente dónde te voy a llevar. Espero que tengas ganas de andar.

–Si eso significa pasar más tiempo contigo…

Sonrío de forma estúpida. Por suerte, él parece no darse cuenta de lo mucho que me trastorna su simple presencia. Comenzamos a caminar hasta la parada de metro que nos llevará a Bankside.

No puedo evitar acordarme de aquella noche. La escena es muy diferente a la que viví hace seis meses, el vagón está abarrotado ahora, hace frío y ninguno de los dos estamos borrachos. Lucas parece tan cohibido como yo y necesita llenar los silencios contándome todo lo que ha estado mirando para nuestro inminente viaje a Islandia.

Dejamos el metro y nuestros pasos nos llevan por la calle Clink, donde se encuentra la prisión museo con el mismo nombre que funcionó como cárcel de la ciudad desde el siglo XII hasta bien entrado el XVIII.

–¿Sabías que en la cárcel de Brixton hay una academia de cocina con restaurante? –Le cuento por hablar de algo y que no note que sigo algo nerviosa con la improvisada cita–. Fabs me llevó allí en mi último cumpleaños.

–¿Y los camareros son presidiarios?

–Sí. Te cachean antes de entrar y no te dejan tomar fotos ni pedir alcohol, lo que fue un drama para Fabio.

–¿Aquí no hay bares normales o es que os encanta recorrer los más pintorescos?

–¿Tú qué crees?

Sonríe y entiendo que él solo se ha respondido.

Pasamos por las ruinas del Palacio de Winchester y nos detenemos frente al Golden Hind, un bonito galeón que rompe con la estructura moderna de la zona.

–¿Por qué hay un galeón aquí? –observa en voz alta.

–Dio la vuelta al mundo en el siglo XVI. Inicialmente se llamaba Pelícano, pero Francis Drake, el capitán, renombró el barco en honor a su patrón, Sir Christopher Halton, cuya cimera[17] mostraba una cierva dorada.

–Muy interesante, Sofipedia –se burla por mi extenso conocimiento de la ciudad–. ¿Y este es

tu lugar favorito?

–¡No seas impaciente! ¡Aún no hemos llegado!

Le invito a seguirme en dirección a la catedral de Southwark para seguir caminando hacia el Mercado de Borough. Me llega el olor a curry y especias, a carne asada, a trufa y a cerveza artesanal. En ese mercado he tenido algunas de las experiencias gastronómicas más fantásticas desde que vivo aquí, pero nada comparable al placer de observarle a él descubriéndolo todo por primera vez.

–¿Habías venido alguna vez al mercado de Borough? –pregunto. Él niega con la cabeza.

–Siempre está cerrado cuando paso por aquí. ¿Qué es eso de ahí?

–Ostras con tabasco. Aquí puedes encontrar toda clase de delicatessen para tus recetas. Siendo tan gourmet, pensé que te gustaría…

–Has acertado.

Un tendero nos ofrece pan con aceite de oliva trufado, francamente delicioso, y otro nos invita a degustar un queso con jengibre y mango que tiene un sabor peculiar.

–A mi madre le encantaría este lugar. –Creo que es la primera vez que le oigo hablar de su familia–. Aunque también le pondría pegas a todo. "Esto no está bien cocinado, aquello tiene muy poca sal, esto mejoraría con pimienta rosa…".

–Me dijiste que era cocinera, ¿no?

–La mejor de Australia –responde orgulloso–. Tiene un don para extraer el máximo sabor de cualquier plato, por sencillo que sea. Por ejemplo, un simple sándwich se convierte en una obra de arte cuando comienza a añadir especias o moja el pan con alguna salsa. La clave está siempre en "ese ligero toque de".

–Tú también tienes ese don. No sé qué llevaba ese puré, pero… ¡Uff! Fabio se está preguntando por qué no montas tu propio restaurante y si te has planteado hacerte gay.

–¿Y tú qué opinas?

–Yo no quiero que te hagas gay –digo ipso facto. Oigo su risa y no puedo evitar sonrojarme–. En serio, estaba todo delicioso.

–¿Qué haces el viernes? Igual podrías probar otra de mis especialidades…

–¿Seguimos hablando de comida? –Flirteo descaradamente.

–Lo dejo a tu elección, gatita.

–El viernes hemos quedado todos para ir a *Dans Le Noir*.

–Tal vez podríamos escaparnos después… –insinúa, mirándome con sus ojos de mar. Su mano busca la mía y juguetea con mis dedos, que ansían recorrer toda su anatomía.

–Suena bien. Hablando de escaparnos, siento decirte que, como no nos demos prisa, no vas a poder ver mi lugar favorito.

–¿Acaso cierra?

–No, pero la experiencia cambia según la hora del día. ¿Te apetece un café?

–¿Cómo negarme a un café que ha tardado meses en llegar?

Nos dirigimos al siguiente destino, la cafetería Monmouth que hay en la esquina y proclama tener el mejor café de la ciudad. Pedimos dos expresos con leche para llevar y nos adentramos en La City, atravesando el Puente de Londres en dirección al Monumento al Gran Incendio, una columna dórica de 61 metros de altura que rinde homenaje al fuego que asoló la ciudad en 1666.

–Este es el lugar donde se originó el incendio y, no muy lejos de aquí, está el niño dorado de Pye Corner que marca el lugar exacto dónde acabó el fuego –explico, ante su marcado interés en la columna–. Y antes de que lo preguntes, tampoco es aquí dónde venimos.

–No sé por qué me lo imaginaba.

Seguimos caminando a buen paso por la ciudad financiera en dirección a Blackfriars. Lucas observa embelesado el Banco de Inglaterra y la plaza que alberga la antigua bolsa de comercio del siglo XI, así como una estatua a los caídos durante las dos guerras mundiales.

–Esta plaza es… ¡Guau! ¿Cómo es posible que nunca haya pasado por aquí antes?

–Me temo que vas a tener que verla rápido, aún no hemos llegado a nuestro destino...

–¿Dónde me estás llevando? –pregunta al fin–. ¡No puede haber nada más espectacular que todo lo que ya hemos visto!

–¡Te aseguro que sí! ¡Corre!

Esta vez no me molesto en caminar. Tenemos diez minutos para atravesar toda la calle Queen Victoria. Cuando alcanzamos a ver la cúpula de la Catedral de San Paul, sé que estamos cerca. Un poquito más… Giro a la izquierda por Peter's Hills y aminoro el paso.

–¿La catedral? –pregunta sin mostrar un ápice de sorpresa–. ¿Este es tu lugar favorito o es aquí donde viniste a confesarte? –se burla, recordando que ya lo taché de mi lista.

–No es San Paul, pero es parte de ello. Ya estamos muy cerca…

Cojo su mano y le arrastro hasta el Puente del Milenio en dirección al edificio Tate. Cuando llegamos a mitad del puente, sobran las palabras. Las vistas que ofrece de la ciudad a ambos lados le quitan a uno el sentido. Detrás de nosotros, las luces de los puentes de Londres y de Southwark iluminan un cielo oscuro y sin estrellas. Frente a nosotros, el sol pinta de naranja y morado un cielo que no quiere despedir el día, acariciando con sus débiles rayos de sol el Puente de Blackfriars. A nuestra derecha queda ya la catedral de San Paul, con su cúpula gobernándolo todo en la noche. Pierdo la mirada en el horizonte y dejo que la ciudad me arranque un suspiro de emoción. ¿Cómo no voy a estar enamorada de este lugar, si es que lo tiene todo?

Me giro y observo que sus ojos se han teñido de admiración. Sonrío satisfecha, los 14.000 pasos que mi reloj dice que hemos andado han merecido la pena con creces solo por ver la luz del atardecer reflejarse en su mirada. Aprieta mi mano con fuerza y sé que está sintiendo el mismo estremecimiento que yo al contemplar este instante único del día.

–Un momento, ¿no fue aquí dónde nos conocimos? –observa en voz alta.

Le miro con sorpresa. ¿Cómo he podido pasar por alto algo así?

–¡Es verdad! ¡Te juro que no me había dado ni cuenta!

–Yo iba absorto en una guía de viajes que aseguraba que este puente ofrecía unos atardeceres únicos. Y, entonces, me quedé sin atardecer… pero me topé contigo.

El aire se calienta cuando su mirada cálida se posa sobre mí. ¿A qué espera para besarme? Pero sus intenciones son bien distintas… Lucas decide ir directo al grano con una brusquedad que me pilla por sorpresa.

–Colin me ha dicho que lo sabes. También sé que habéis discutido.

–Sí, bueno, echarle en cara lo de Morgana no estuvo muy bien por mi parte, pero entendió que estaba frustrada.

–¿Y hay algo que quieras decirme al respecto?

–La verdad es que sigo sin entender por qué te influyó tanto lo que pensase Colin. Puede prohibirme estar contigo si quiere, pero al final yo voy a hacer lo que me dé la gana.

–Bueno, hubo tres cosas –comienza con lentitud. No sé por qué, pero siento que esta conversación va a marcar un antes y un después en nuestra historia–. Por un lado, está el hecho de que yo no tenía pensado quedarme más de unos meses, así que buscaba solo un rollo de una noche. Pero todo lo que vi en ti me gustó y una sola noche no parecía suficiente, así que no

quería arriesgarme a conocerte y que me cambiaras los planes de volver a Australia.

–Parece justo. ¿Segundo?

–Lo de tu ex me echó un poco para atrás, no te lo voy a negar. Era mucha responsabilidad para mí y decidí que no quería complicarme la vida. Colin me pidió que no me involucrara contigo a no ser que lo tuviera 100% claro y, te aseguro que tengo buenas intenciones, pero yo no puedo prometer que esto vaya a funcionar. No tengo una bola de cristal.

–Lo que pasó con mi ex no debería preocuparte. Lo he superado hace tiempo y estoy lista para que me vuelvan a partir el corazón.

–Mi intención no es hacerte daño. –Su mano sujeta la mía y su mirada cálida me abraza.

–¿Y por último? Dijiste que había tres motivos…

–Por último… –Las palabras no llegan a manifestarse. Se toma un segundo para meditar qué va a decir–. Supongo que me hizo sentir que no era lo suficientemente bueno para ti.

–¡No me lo creo! He visto cómo te miran mujeres y hombres, levantas pasiones allá por dónde vas. No me creo que seas tan inseguro.

–Descubrí que mi ex se tiraba a otro. Y, después de ese hallazgo, vino la revelación de que lo había estado haciendo durante todo nuestro noviazgo –confiesa. Parece demasiado sincero para estar mintiéndome–. Cuando me dejó, me dijo que era aburrido y predecible, y yo me lo creí.

–¿Tú aburrido y predecible? –pregunto sorprendida–. ¡Vaya con los chicos australianos!

–Gracias por la parte que me toca –sonríe coqueto–. Cuando me dejó la primera vez, pensé que la culpa era mía y me obsesioné con ser el mejor en todo, con la convicción de que ella volvería conmigo tan pronto se diera cuenta de lo que había perdido. Y sí, lo hizo… y también volvió a ponerme los cuernos.

–¿Cuántas veces habéis roto?

–Dos. La primera vez la perdoné, la segunda decidí que, por mucho que la quisiera a ella, me quería más a mí. No voy a mentirte, esa mujer me dejó hecho polvo.

–Y… ¿sigues pensando que quedar conmigo es arruinarte los planes? –tanteo, jugueteando con el cuello de su chaqueta.

–¡Uy, sí! ¡Estoy más convencido que nunca! –Sus palabras no son lo que quiero oír. Entonces, cambia el tono de voz y me mira con dulzura–. Pero no quiero seguir mirando desde las gradas cómo otros tipos te invitan a salir.

–¿Y qué piensas hacer al respecto? Porque yo no pienso esperar otros cuatro meses a que decidas darme un beso.

–Yo tampoco.

Una luna débil se dibuja en sus ojos, que bajan la mirada mientras se aproxima a mi boca. Siento la calidez de sus labios mezclándose con los míos, que lo acogen como si fuera un marinero que vuelve a tierra tras un largo viaje. A pesar de que ya los he probado, sus besos saben distintos. Ya no es un apuesto desconocido al que besar en un desván en una noche de locura, ahora es Lucas. El chico que lleva meses volviéndome loca con sus enigmas y su dulzura. El que sabe cómo hacerme reír cuando ya nada más funciona. El que calienta mi cama en las noches, sin estar siquiera presente.

Lucas me aprieta las caderas contra las suyas y le siento arder por mí. No puedo conformarme con ese beso. Lo quiero todo.

No me atrevo a moverme. Contemplar las primeras estrellas de la noche, mientras su cuerpo acalora el mío, es una sensación mágica de la que no quiero desprenderme. Pero Lucas no tarda en separarse de mí, dejando sus manos apoyadas en mi cintura. Por un instante, creo que me va a

besar de nuevo, pero solo me acaricia mientras llena de misterios la noche.

–Yo también quiero enseñarte un lugar que es muy especial para mí y, casualmente, está aquí al lado.

–Ah, ¿sí? ¿Dónde es?

–No puedo decírtelo, gatita…

Cogidos de la mano, emprendemos la marcha en dirección a Southwark. Creo que sé exactamente a dónde nos estamos dirigiendo. Reconozco la calle porque la he recorrido decenas de veces rumbo a alguna de las fiestas que Dave organiza en su casa. El mismo lugar dónde me dejó tirada esperando una explicación que ha tardado meses en llegar. Aquel sitio me produce sentimientos encontrados. Mis sospechas se hacen realidad cuando le veo pararse en el elegante portal. Se sitúa frente a mí, recogiendo un mechón de mi cabellera por detrás de la oreja y subiéndome el mentón para que le mire a los ojos. El recuerdo de aquella noche los ha teñido de vergüenza.

–Sé que la cagué contigo en este lugar, pero para mí es muy especial. En esta casa supe por primera vez lo que es tener amigos de verdad, me acogieron y cambiaron las reglas de mi juego –explica–. Y luego apareciste tú… Aquella noche me atreví a ser yo mismo sin preocuparme de lo que nadie pudiera pensar de mí. Y fue contigo, que despertaste un lado de mí que había estado dormido todo este tiempo.

–¡Vaya! –Sus palabras arrebatan el poder de las mías, que no se ven capaces de igualar el valor de su discurso.

–No he dejado de pensar en ti ni un solo día.

–Yo tampoco he dejado de pensar en ti.

Sonríe con timidez. Sus labios se juntan con los míos con la misma delicadeza con la que la noche abraza a la mañana, y miles de estrellas bailan una danza ancestral solo por nosotros. Su olor a selva me embriaga, al igual que el sabor amargo del café que nos hemos tomado, que no empaña la dulzura de sus labios. Mis pies flotan y me trasladan a otra dimensión, donde las luces me ciegan y el deseo me consume.

–Se que no es lo más romántico, pero ¿te apetece subir a ver Star Trek y comer pizza grasienta con mis amigos? –pregunta–. Le prometí a Dave que me pasaría.

–Realmente sabes cómo conquistar a una mujer –bromeo–. ¿Estará Colin?

–No podéis seguir enfadados por esta tontería. Sabes que te adora.

–Sospecho que eso es un sí… –Me resigno a que tendré que enfrentarme a él antes o después–. ¡Anda, vamos!

LUCAS

A veces la felicidad se encuentra en los hechos más corrientes. No necesitaba lugares increíbles ni acontecimientos rimbombantes, porque me sentía pleno exactamente dónde estaba, rodeado de mi grupo de amigos, comiendo pizza guarra y viendo una película de ciencia ficción en un *puf* del suelo con Sofía entre mis piernas, mientras pensaba cómo podía hacerlo yo para acabar entre las suyas.

Al ser lunes, no nos quedamos a la sesión maratoniana de películas (aunque al resto poco parece importarles). Caminamos de vuelta a casa para bajar la pizza y hacer tiempo antes de meternos en el metro y despedirnos hasta quién sabe cuándo.

Es cuando vemos a un grupo de jóvenes haciendo una coreografía en el Puente del Milenio para subirla a TikTok, que decido sacar un tema que me lleva atormentando todo el día.

–Oye, ¿tú estás al día en influencers, redes sociales y esas cosas? –pregunto inocentemente, con la baza que me han dado esos chiquillos para jugar. Ella niega con la cabeza, sorprendida por mi pregunta–. ¡Venga! No tienes por qué avergonzarte si eres de las que sigue en secreto a Jojo Siwa. Colin me dijo que tenéis el piso lleno de revistas de moda últimamente.

–¿Jojo Siwa? –Su cara de perplejidad me divierte–. ¿No se te ocurría nadie más… más?

–¡Aja! Así que sabes quién es –provoco.

–¡Lo que me preocupa es que lo sepas tú! Y ya veo que mientras viva con los tortolitos, no tendré secretos para ti. Tengo esas revistas porque estoy preparando una campaña para la competencia. Solo estaba investigando un poco…

–¿Las has leído a fondo?

–¡No! Solo las he ojeado, ¿por qué te preocupan tanto mis lecturas?

Respiro aliviado por el hallazgo, pero no puedo contarle la verdad, que mi único interés en esta conversación es saber si ha visto esas malditas fotos en Trafalgar Square. Le cambio de tema por uno mucho más jugoso que sé que va a conseguir que se olvide del anterior.

–¿Les has dicho ya a tus padres que no vas en Navidad?

–No son mis padres quiénes me preocupan… ¿Te he hablado alguna vez de mi hermana? Tiene cuatro años más que yo y es perfecta en todos los sentidos: abogada, alta, vive cerca de mis padres, está casada y tiene un niño repelente y repeinado.

–¿Te preocupa lo que pueda decir tu hermana?

–¡Mucho! Sonia y yo no compartimos nuestro estilo de vida, pero, a diferencia de ella, yo la respeto. Si falto estas Navidades, es capaz de ponerlo en mi obituario como hito histórico más relevante de mi existencia. Eso, después de matarme con sus propias manos, claro está.

Decido que aquel es un lugar tan bonito como otro cualquiera para besarla y dejar volar los instintos. Sus besos son como una enredadera que me cubren por completo y, en un segundo, olvido donde estoy. La reacción de mi cuerpo es instintiva. Esta noche no voy a negarme el placer de saborearla, simplemente no puedo. Sin soltar mis manos de su cintura ni mis labios de los suyos, voy arrinconándola poco a poco contra la pared de un discreto callejón que encuentro cerca. No me planteo lo seguro que pueda ser estar aquí a estas horas de la noche, Sofía me hace perder la cordura y los exquisitos modales que aprendí en los mejores colegios de Sídney.

–Ey, gatita, ¿tienes alguna campaña nueva que probar hoy? –pregunto sugerente, besando su cuello hasta hacerla enloquecer–. ¿Ropa interior experimental, chicles con sabor a cebolla...?

Reacciona a mi provocación con una sonrisa velada que esconde sus más pícaras intenciones. Sujeta mi mano y la guía por debajo de su falda para que palpe las braguitas lenceras que lleva puestas.

–Siento decepcionarte, forastero…

El gesto termina de enloquecerme. Aprovecho a rozar con mis dedos la suave hendidura de sus labios y compruebo satisfecho que está tan lista como yo. Sofía me mira con tanto deseo que siento que podría derretirme como la nieve al sol. Interpreto su gesto como una invitación para que siga y retiro un poco el encaje de la lencería para dedicarle lentas y suaves caricias en su zona más íntima. Ella gime y no me aparta. Generarle placer me parece orgásmico. Su expresividad es una obra de arte que debería ser inmortalizada por algún pintor y ser expuesta en los mejores museos para que todo el mundo pueda apreciar su belleza.

–Aún tengo que preparar las campañas de chicles y condones… –propone entre gemidos.

–Me encantaría ayudarte con ambas –susurro, sin separarme de sus labios (de ninguno de ellos). No puedo ni quiero–. ¿No tendrás por ahí uno de esos chicles multisabor?

Sofía mete las manos en su enorme bolso de trabajo y saca un paquetito en el que se lee "muestra".

–¡Estos chicles van a causar furor! –comparte, olvidando por un momento que mis manos aún descansan en su entrepierna. Realmente su pasión por el trabajo es más fuerte que ningún otro instinto–. Han sido desarrollados con una tecnología que estudia las papilas gustativas y la percepción sensitiva de los sabores. A cada persona le saben de una manera, según qué zona de la lengua tengan más desarrollada.

–¿Y tú te crees eso?

–No solo me lo creo, sino que lo he comprobado por mí misma. Fabio insiste en que saben a una fruta en concreto, pero te aseguro que a mí me saben completamente diferentes.

–Acabas de crearme unas expectativas muy altas. –Me introduzco el chicle en la boca. Ella no pierde detalle cuando lo mastico y tuerzo el gesto algo perplejo–. ¿Tiramisú?

–¿Cómo va a saber a tiramisú un chicle?

–¡Dijo la que anuncia pasta de dientes con sabor a ajo!

–¡Eso es distinto! El secreto de la pasta de ajo con menta reside en sus beneficios, no en su sabor –explica, pero sigue sin convencerme–. Céntrate, ¿a qué te sabe el chicle? A Fabio le sabe a kiwi y a mí a cerveza con lima.

–¡Ni de coña! ¡Es el chiche más dulce que he probado jamás! –aseguro contundente–. ¿Estáis seguros de que la empresa no os está tomando el pelo y cada chicle tiene un sabor distinto?

Ella niega con la cabeza.

–He partido un chicle en dos trozos y le he dado la mitad a Fabs, cada uno percibimos cosas distintas. Al menos, nosotros notamos sabores refrescantes, ¡tú has pasado directamente al postre!

–¡Estoy deseando pasar al postre!

Sofía se rinde. Ante la evidencia de que no me cree, hago exactamente lo que pide el envase, se lo "muestro", besándola apasionadamente para que pruebe por sí misma cómo sabe el chicle que tengo en la boca.

–¡Tiramisú de limón! –exclama divertida.

–¡Eres imposible!

* * *

Reconozco que en mis fantasías me he imaginado este mismo momento cientos de veces. Yo la invitaría a cenar en mi casa, prepararía algún plato exótico con ingredientes afrodisíacos, unas velas que endulzaran el ambiente y, tal vez, un poco de música de esa que hace que tengas ganas de acabar enredado en las sábanas. Las ganas y el deseo han hecho que la realidad sea muy diferente. Hemos venido todo el camino metiéndonos mano sin control, un arrebato que ha continuado en el ascensor y después contra la puerta de mi apartamento. Afortunadamente, mis compañeros de piso no están en casa, pero juro que la deseo tanto que poco me importa ya que nos oigan gritando como dos locos en toda la escalera.

Le desabrocho la blusa de seda y dejo que resbale lentamente por sus hombros hasta caer al suelo. Al ver que no pone resistencia, hago lo mismo con su falda y me aparto un poco de ella para poder deleitarme en su belleza. Lleva un conjunto de encaje negro con transparencias y seda azul marino, combinado con unas medias con liguero. Sexy y misteriosa como la noche. No creo que las mujeres sean conscientes de lo que una prenda así puede lograr en los hombres, nos reduce a meros primates con el cerebro de un cacahuete y unas ansias locas de procrear. Es instintivo, y no podemos luchar contra eso.

Sofía aprovecha mi distracción para quitarme la camisa y tirarla contra la pared. Sus labios comienzan a descender por mi pecho con delicadeza, dejando a su paso un reguero de besos que van a parar a mi pezón. Sigue descendiendo por mi abdomen, torturándome con esa mirada que no se despega de la mía y adelanta sus más crueles intenciones. Me baja la cremallera con los dientes y juguetea con el elástico de mi bóxer, liberando mi polla turgente, que reclama atenciones a gritos. La gatita saca las uñas y no duda en metérsela en la boca, haciendo que me encoja por la sorpresa y gima de placer al sentir su lengua acariciándome.

–¡Aquí no! –exclamo cuando veo que está decidida a matarme de placer–. Mis compañeros podrían llegar en cualquier momento.

–¡Pues que disfruten del espectáculo!

Mi parte más sensata decide cerrar con llave mientras intento no perder la cabeza cuando siento la humedad de su boca apretando mi pene suavemente. Se relaja y lo saborea despacio con su lengua, para después volver a apretar con suavidad y arrancarme un gemido del más puro goce.

–¡Vas a acabar conmigo, gatita! –susurro, cuando siento que el calor que me recorre es más del que puedo soportar–. Necesito estar dentro de ti. Quiero sentirte, Sofía.

–¡Vuelve a pronunciar mi nombre! –me pide, ascendiendo por mi cuerpo con esa mirada felina.

–Sofía…

Se saborea los labios con mucho erotismo mientras me mira de ese modo tan caliente, que va a conseguir que todo mi autocontrol se vaya a la mierda. Creo que podría correrme solo contemplando su mirada.

Entonces la cojo en brazos y la recuesto en el sofá. Si cree que ella ha tenido la última palabra, lo lleva claro conmigo. Mis pulgares acarician el hueso de su cadera y deslizan sus braguitas de seda, como si estuvieran desenvolviendo el bombón más exquisito. Sin perder el contacto visual, comienzo a besarle el pubis, mi lengua dibuja caricias que van humedeciendo su piel hasta perderse dentro de ella. Aspiro su olor divino que me envuelve y me deja extasiado. No puede haber nada en este mundo más delicioso que esta mujer, nada que yo desee más que quemarme en la hoguera de su cuerpo. Sofía exhala un gemido en señal de agradecimiento y se

contorsiona en busca de más, meciendo las caderas para aumentar el ritmo de mis atenciones en su cuerpo. A mi lengua se le suman mis manos y mis ganas de complacerla, de conocer cada íntimo rincón de su anatomía.

–Lucas… –gime sin llegar a decir nada.

Su respiración se vuelve pesada, densa, y su mirada está ahora borrosa por el placer. Mi lengua saborea ansiosa su clítoris y deslizo uno de mis dedos por su sexo, penetrándola con furia. Contiene un gemido y se muerde los labios, arqueando las caderas para invitarme a llegar más profundo. Introduzco un segundo dedo y ella vuelve a gemir, repitiendo mi nombre con su voz de terciopelo que me acaricia en la oscuridad. Saber que soy el responsable de su placer, que está dispuesta a yacer derrotada ante mis caricias, me llena de gozo.

Aprieta los muslos y tensa los dedos de los pies para que entienda que está lista y deseosa. No quiero que ceda al orgasmo tan pronto, no sin antes sentir su humedad empapando mi miembro erecto mientras se abre paso entre sus piernas. Decido que es el momento perfecto para fundirme con ella y alcanzar juntos las estrellas. Me aparto para ponerme un condón y busco sus labios antes de penetrarla con un ritmo suave y pausado, sintiendo su cuerpo meciéndose rítmicamente debajo del mío. No quiero llegar al orgasmo. Quiero inmortalizar este momento, atesorarlo para siempre en mi memoria y poder revivirlo una y otra vez cuando las arrugas me corten la piel. Nos miramos sudorosos, jadeantes y al borde del abismo. Mueve las caderas y me clava las uñas en la espalda, invitándome a penetrarla más fuerte. Entonces, esconde la cabeza en mi pelo y entona los acordes finales del placer en mi oído. Me aprieta tanto las piernas que a su orgasmo se le une el mío. Cuando me separo de ella, no puedo apartar los ojos de su mirada inquieta, que manifiesta una colección de sentimientos que abarcan desde la más absoluta felicidad hasta las dudas.

No tengo palabras para definirlo. Ha sido como si una estrella hubiera bajado del cielo y se hubiera posado en mi sofá. Eso es Sofía para mí, luz, intensidad, la magia que ilumina las noches más oscuras. Compararla con otras mujeres no sería justo, sabiendo que ellas no significaron nada para mí, pero ha sido muy diferente a Leah, a pesar de lo estúpidamente colgado que estaba por ella.

–¿Tienes algún *feedback*? –Su pregunta me pilla por sorpresa.

Me incorporo y me pongo las gafas para mirarla como es debido, como si estuviera mal de la cabeza.

–¿Quieres *feedback* del polvo? –pregunto sorprendido–. Bueno, sí, ha sido… ¡Guau!

Su risa fresca y espontánea me aturde los sentidos.

–También ha superado mis expectativas, pero me estaba refiriendo a los condones. Dijiste que querías ayudarme con la campaña... ¿Qué te han parecido?

–¡Ah, eso! –Por un momento, suspiro aliviado porque no esté TAN loca como creía–. La verdad es que estaba más pendiente de ti que de hacer ninguna cata, así que no puedo ayudarte.

–¿Crees que podríamos hacer otra comprobación? Sabes que me empleo a fondo en mi trabajo, así que es posible que también tengamos que probar a los competidores…

Esta vez es ella quién se coloca encima de mí y se adueña de mi boca como si fuera suya.

–Creo que podré sacrificarme por tu trabajo.

Sonríe y antes de darnos cuenta, ya estamos de nuevo enganchados en cuerpo y alma, en busca del alivio que pueda calmar esa sed.

14

LUCAS

Solo a Fabio se le podría haber ocurrido reunirnos a todos en Dans Le Noir, un restaurante que ofrece una experiencia gastronómica y sensorial en la más absoluta oscuridad. Reconozco que la idea me gusta, yo mismo he comprobado que los placeres se vuelven más intensos cuando privas al cerebro de la cárcel visual que invita a prejuzgar y suponer. Además, es un lugar discreto e íntimo donde poder disfrutar de una velada agradable sin temor a que nadie publique fotos comprometidas. Aunque es cierto que las últimas semanas me he relajado, no quiero exponerme demasiado. Nadie puede culparme por volverme cauto después del infierno mediático que viví con Leah. Lo último que necesito es que indaguen demasiado en la vida de Sofía y se sienta expuesta.

Me siento un poco idiota delante del espejo probándome prendas que nadie va a tener ocasión de ver. Aun así, opto por una camisa negra y unos pantalones de cuadritos negros y blancos que, según Aga, me dan un toque de empresario sexy demoledor. Quiero que Sofía sienta esa atracción animal hacia mí. Yo ya estoy dispuesto solo de imaginar su cuerpo desnudo. Me embadurno en perfume y observo mi aspecto una vez más. Me siento yo mismo. Sin artificios. Sin intentar agradarle a nadie, 100% Lucas.

Mientras termino de arreglarme, llamo a mi madre, que me cuenta que ha aceptado un contrato millonario para llevar su show a un plató de televisión. No puedo expresar con palabras lo orgulloso que estoy de este ama de casa, que ha sabido llevar la comida vegana a lo más alto con sus ideas innovadoras, su esfuerzo y su creatividad. Aun así, la idea de tener a mi madre en la pantalla cada vez que encienda el televisor me inquieta sobremanera, no sé cuánto tiempo voy a poder seguir con esta farsa antes de que explote la bomba. Por otro lado, ¿por qué iba a darle explicaciones a nadie? Sigo siendo yo, al fin y al cabo, el chico que vende tecnología en Cloud Computing y que comparte un apartamento de tres habitaciones y un solo baño en Canary Wharf.

No sé por qué le acabo hablando a mi madre de Sofía. Supongo que estoy demasiado feliz para ocultar el brillo que tiene mi mirada, perceptible incluso a través de la cámara del móvil, o porque las madres no son tontas y siempre adivinan este tipo de cosas. Para mi sorpresa, se muestra extrañamente ilusionada de que esté rehaciendo mi vida, aunque sea tan lejos de casa. Hace ya seis meses que estoy en Londres, la Navidad está a la vuelta de la esquina y empiezo a echarles de menos. A pesar de nuestras diferencias, mis padres siempre han estado ahí, dándome su cariño incondicionalmente, y me siento muy lejos de casa. Confieso que he mirado billetes para hacer una escapada en enero, pero los precios son prohibitivos en esta época del año. Y aunque sé que ellos me lo pagarían sin dudar, no quiero recurrir al dinero de papá y mamá cada vez que tenga un apuro.

Me reúno con mis amigos en la calle St. John y observo complacido que todos han llegado puntuales, incluso el bando latino, algo francamente inusual. Como no podía ser de otro modo, Fabio se ha puesto una camisa estampada con flores de loto y un pañuelo de seda que solo podrían sentarle bien a él, y Patri se ha desvestido con un llamativo trozo de tela color bronce al

que ella probablemente ose llamar vestido.

No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi cara al ver lo hermosa que está Sofía. Lleva un abrigo de paño blanco semiabierto que deja intuir un vestido de punto marrón con escote caído bajo los hombros. Elegante y sexy.

Hacemos un baile de besos y miradas sin saber muy bien cómo saludarnos. Me muero de ganas por besarla y decirle al mundo entero que por fin las cosas parecen ir bien, pero opto por darle un abrazo que me sabe a poco. No sé en qué punto estamos después de lo qué pasó la otra noche. No quiero correr, no quiero agobiarla, no quiero dormirme en los laureles. ¿Por qué es tan complicado el juego de la seducción?

–Estás preciosa, gatita –me oigo diciendo en voz alta mientras mi mano le agarra suavemente de la cintura. Ella me sonríe con aprobación y me mira de arriba a abajo.

–Me alegra que hayas decidido no ponerte las lentillas –dice con una sonrisa.

Entrecierro los ojos, un poco extrañado por su respuesta.

–Las gafas están graduadas, no necesito lentillas para saber si estás guapa o no…

–Quería decir que me gustas mucho así –responde ruborizada y nerviosa–. ¿Sabes qué? Será mejor que entremos al restaurante.

Sale escopetada para buscar el apoyo de Patri, que no para de hablar y hablar sobre no sé qué película de baile a un volumen que se considera indecoroso.

–¿Alguna razón en concreto por la que te guste tanto la oscuridad? –Oigo preguntar a Chloe–. Tienes los cristales del coche tintados, ahora nos traes a este sitio…

–La vista es traicionera –responde un Fabio filosófico, propio de un publicista–. Te adelanta información y te predispones a un juicio erróneo. Sin la vista, se potencian el resto de los sentidos y todo se vuelve más intenso, nuevo e inesperado.

–Está claro que no recuerdas cómo acabamos la última vez que vinimos aquí… –recuerda Patri con fastidio–. ¡Casi te clavo un tenedor!

Un empleado muy simpático nos da la bienvenida, recoge nuestras chaquetas y abre una puerta por la que vamos desfilando en fila india. Me coloco detrás de Sofía para asegurarme de que nos sientan juntos, se me ocurren un montón de cosas que podríamos hacer en la oscuridad y rodeados de gente. Sofía despierta mi lado más morboso.

La oscuridad resulta agobiante hasta que te acostumbras a la falta de luz. Oigo ruido, murmullos de otros comensales, pero no veo absolutamente nada. Sofía me aprieta la mano con fuerza, como reafirmando que sigo aquí. Seguimos caminando con pasitos cortos e inseguros. El camarero nos sienta en una mesa que no adivino a descubrir a qué altura de la sala está. He contado los pasos inútilmente, pero las distancias se vuelven imprecisas sin la ayuda de la vista.

No sé cómo es el mantel ni la cubertería, si los platos están sucios o relucen cual diamante. Palpo a ciegas la mesa y me da la información que necesito. Está cubierta por una tela de algodón, muy posiblemente blanca y sencilla, y con una largura suficiente para cubrir hasta media pierna.

–¿Seguís ahí? –pregunta Patri, buscándonos en la oscuridad.

–Estoy aquí –confirma Fabio.

–¡Todos estamos aquí! –se pronuncia Colin–. La cuestión es, ¿dónde?

Por la distancia a la que percibo sus voces, deduzco que me han sentado frente a Fabio. A mi derecha tengo a Colin y a Chloe, y a mi izquierda, a Sofía y a Patri.

Mientras atravesábamos el restaurante, he observado el volumen de ruido de cada mesa e intuyo una distancia prudente para tener una conversación más o menos íntima, aunque tampoco

podría garantizarlo dado que no veo ni torta.

–Acabo de estirar los brazos hacia atrás y no parece que haya moros en la costa –Chloe interrumpe el silencio con su voz jovial, leyéndome el pensamiento–. La siguiente mesa debe de estar como mínimo a un metro y medio.

–Tú no te estires mucho, a ver si vas a tirar a algún camarero cargado de platos –pide Colin.

–¿Estáis seguros de que este sitio es seguro? –duda Sofía–. No traerán velas encendidas ni nada que pueda arder, ¿verdad?

–¿Cómo van a poner fuego en un local a oscuras? –pregunta Fabio, visiblemente cansado de nuestras quejas.

–Tranquila, lo único que puede arder esta noche soy yo al imaginarte con ese vestido –susurro juguetón.

Oigo un suspiro que me adelanta su sonrisa nerviosa, pero no dice nada, tan solo busca mi muslo en la oscuridad y me aprieta por toda respuesta. Mi mano va en su encuentro y la acaricio con ternura, entrelazando sus dedos con los míos. El experimento empieza a no parecerme tan divertido. No voy a ser capaz de ver sus expresiones mientras hablamos, esa sonrisa que me vuelve loco o lo bien que se ciñe el vestido a sus caderas.

–¿Y cómo sabré si la comida está fría o caliente si no veo el humo? –pregunta entonces Chloe, mostrando cierta angustia en la voz–. ¡No quiero abrasarme la lengua!

–¡No creo que nos traigan una sopa hirviendo! –añade Colin.

–¡No sé para qué os llevo a ningún sitio! –exclama Fabio, aburrido de la conversación.

–¿Os puedo traer algo de beber mientras miráis la carta?

La repentina voz del camarero detrás de mí hace que me sobresalte y pegue un bote en la silla, ocasionando las risas de todo. ¿Cuánto tiempo lleva ahí plantado? ¿Es que es ninja?

Tal vez la oscuridad no sea tan discreta como yo pensaba, cualquier ruido o movimiento parece mucho más intenso que a plena luz del día.

–Quieres que “miremos la carta”, ya “veo”… ¡Muy gracioso! –responde Patri ingeniosa.

–Cabernet Sauvignon y agua para todos –ordena Fabio–. Hemos reservado el menú de degustación.

–Eso no incluirá nada raro, ¿no? –pregunta Chloe con preocupación.

–Define “raro” –pide Fabio–. Teniendo en cuenta que los langostinos te parecen insectos alienígenas y en el mediterráneo se consideran un manjar…

–Nada viscoso, ni con ventosas o vísceras… –concluye Chloe.

–Tenemos lubina al horno con salsa de limón y eneldo, acompañado de espuma de patata; solomillo de ternera acompañado de patatas con sal gorda y romero y, para los vegetarianos, tartaleta de espinacas, calabaza y boniato con arroz de coliflor –explica el camarero.

–Perfecto –añade Chloe más relajada.

El camarero nos deja de nuevo a solas. Colin y Fabio se embarcan en una conversación apasionante sobre criptomonedas en la que colaboro activamente. Chloe lamenta haberse sentado tan lejos de las chicas, que, en estos momentos, están hablando del último ligue de la colombiana a un volumen que me parece obsceno. Sobre todo, por la calidad de la información…

Me sobresalto al sentir una mano subiendo lenta y sugerentemente por mis muslos hasta llegar a mi ingle y mi cuerpo reacciona de inmediato. Está claro que Sofía tiene ganas de jugar. Tanteo en la mesa hasta dar con su otra mano y la hago mía, sobresaltándome al sentirla más áspera de lo que recordaba, más velluda. Creo que no me gusta Sofía en la oscuridad, hasta ahora no me había dado cuenta de que sus manos eran tan masculinas.

–Su vino –responde un camarero con voz excesivamente grave, apartando mi mano de la suya.

Me ruborizo instantáneamente y aborto el plan romántico. ¡Mierda!

–¿Cuánto tiempo llevas ahí parado? –pregunto algo molesto por el magreo.

–Acabo de llegar, señor –me informa. Tampoco sabré nunca si es verdad o llevaba rato en la penumbra.

Le pego un trago al vino para tragarme la vergüenza y no me molesto en rellenarlo. No tengo ni idea de cuánto licor queda en mi copa ni dónde está la botella, y no pienso moverme para averiguarlo. Nos quedamos de nuevo en silencio por espacio de varios minutos, hasta que Patri decide intervenir.

–Estoy azotando el aire, pero parece que no hay nadie alrededor.

–¿Podéis simplemente disfrutar de la cena y dejaros llevar por esta experiencia sensorial? –pide Fabio–. Brindemos por la suerte que tenemos de habernos conocido en un mundo como este, y por poder permitirnos este tipo de excentricidades.

Intuyo que levanta la copa e imito el gesto alzando la mía hacia el centro sin ningún resultado. Oigo el sonido de algunos cristales chocando, aunque no suena como normalmente lo haría un brindis.

El camarero trae la comida y comienzo la degustación, deleitándome en los matices que percibo en mi tartaleta. A veces lamento haber nacido en el lecho de una familia acomodada y con una madre cocinera, especialmente, cuando todos comentan sorprendidos la intensidad de un sabor que, en mi opinión, no es nada del otro mundo. Lo sé, soy un snob cuando se trata de comida, pero esta tartaleta mejoraría infinitamente con nuez moscada y un toque de cilantro.

–¿Os habéis fijado en lo bien que huele la carne? –exclama Chloe.

–A mí me huele todo a limón –responde Sofía.

–Los chicles también te saben a limón. Está claro que tienes un problema con los cítricos –añade Fabio.

–¡Pues a mí todo me huele a Armani! –protesta Patri, en referencia al perfume de Fabio–. ¿Cuántos litros de colonia te has echado?

–¡Lo mismo de siempre! Es porque en la oscuridad…

–Sí, sí, ya… Se potencian los sentidos. ¡Ya nos lo has dicho ochenta veces! –completa Patri–. Podrías haberlo tenido en cuenta antes de intoxicarnos a todos en glamour italiano.

Es cierto, en esa mesa hay un mejunje de perfumes y olores que resulta extenuante, empezando por mi propia colonia a la que mis fosas nasales ya se habían acostumbrado y ahora mismo me resulta insoportable. También percibo el perfume afrutado de Sofía como un recordatorio constante de su proximidad.

Y entonces, en medio de esa algarabía, solo oigo el silencio. Un silencio que lo envuelve todo y lo acaricia. A pesar del morbo del momento, me pongo nervioso porque no puedo verla.

Percibo sus dedos recorriendo despacio mis facciones, como si quisiera descubrirlas por primera vez. Jamás pensé que pudiera sentir algo tan intenso, tan auténtico, solo con un roce. Dejo que siga recorriendo mis labios con sus dedos, arrancándome un suspiro que intento ahogar y va a parar directamente a su dedo índice. No la veo, pero la imagino radiante con su vestido marrón ceñido que me ha dejado K.O nada más verla. Llevar un vestido así es jugar sucio, muy sucio, porque mientras estoy en ese restaurante tratando de mantener las formas, no puedo dejar de pensar en la forma más rápida de arrancarle la ropa y devorarla entera. Me entrego en cuerpo y alma a la experiencia sensorial. Sus dedos descienden deliberadamente por mi piel, tocándome el

cuello y provocándome cosquillas en varias partes de mi anatomía.

–Sofía… –suspiro.

Su osadía, discreta y elegante, me altera los sentidos. Su aliento fresco, ligeramente dulzón por el vino, descansa ahora en mi boca mientras sus manos recorren mis muslos. La idea de rozar su piel de nuevo, de hundirme en sus profundidades, hace que me endurezca de nuevo. ¿Por qué esperar a estar solos?

Decido mandarlo todo al carajo, el autocontrol, la caballerosidad y mis planes para esta noche. Mis manos buscan su cintura y la atraen hacia mí, despacio. Sé exactamente dónde está su boca y no dudo un instante en hacerla mía. Busco a tientas su regazo y comienzo a descender por la largura de su falda. Acariciar la tela me provoca un extraño placer en el que no había reparado antes, es áspera y cálida. Sofía no me detiene, con lo que sigo mi excursión por sus piernas hasta encontrar el borde del vestido, que subo lentamente por sus muslos. Se remueve incómoda en la silla, pero no dice nada, así que meto mi mano por debajo de su falda y comienzo a ascender por sus medias hasta notar los ligueros. ¡Uf! Imaginármela con este tipo de prenda está haciendo que me acalore.

Sigo avanzando con mis dedos hasta descubrir el encaje de su ropa interior, áspero y sintético, y la humedad de su entrepierna. Sonrío satisfecho. Definitivamente no soy el único que está deseando que acabe la velada.

Su mano agarra mi brazo para detenerme y se acerca a mi oído con nerviosismo, un susurro que hace que me entren más ganas de perder el control.

–¡Lucas! ¿Qué estás haciendo?

–¡Esta te la debía! Por lo del metro…

–¡Tú estás loco!

Su pelo me recorre la cara y deduzco que ha girado la cabeza para mirar a su alrededor. Apuesto a que no es capaz de ver nada, exactamente igual que el resto de comensales que están aquí.

–Tú sigue comiendo el postre, intenta no hacer mucho ruido y nadie se dará cuenta.

Introduzco mi dedo dentro de su encaje y comienzo a frotarle el clítoris con discreción, ella se remueve en la silla, nerviosa y excitada.

–¡Estás mal de la ca… ah! –exclama, interrumpida por un gemido que va a conseguir que nos echen por escándalo público–. Eres consciente de que los camareros pueden vernos, ¿verdad?

–Están ciegos.

–¿Cómo sabes que no es una estrategia de marketing?

–Pues es muy efectiva, ¡toma nota!

El morbo, mezclado con las ganas contenidas, la novedad y la frustración de no poder verla, potencian las sensaciones de una manera indescriptible.

Introduzco mi dedo en ella y comienzo un baile en el interior de su cuerpo. Su humedad es deliciosa, el tacto esponjoso en el que no había reparado antes. Sofía abre las piernas sutilmente para invitarme a llegar mejor. Gracias a los superpoderes de los que me ha dotado lo oscuridad, escucho su respiración agitarse como si estuvieran retransmitiéndola en altavoces para un estadio de fútbol. La temperatura del aire ha aumentado varios grados, mientras lucha por ser discreta y no delatar nuestras posiciones. Solo espero que nadie más se dé cuenta de la travesura.

–¡Por favor, para! ¡Se va a enterar todo el mundo! –susurra en mi oído casi en silencio, un gemido desesperado que en realidad pide lo contrario a lo que reclama.

–¡No pienso parar! Me estoy poniendo como una moto.

Cojo su mano libre y la llevo a mi erección, que está a punto de reventar en mis pantalones. Que alguien me traiga un extintor que voy a comenzar a arder en cualquier momento. Me aprieta suavemente para palpar mi miembro y me inclino de placer sobre la mesa. Estoy tan excitado que me duele. El ruido que hace mi bragueta al descender es suficiente para alertar a todos de nuestra maniobra, así que, en un acto de prudencia, le aparto la mano y llega mi momento de susurrar.

–Aquí no… Los hombres lo tenemos más complicado para que no se note.

–¡Esto no va a quedar así! –susurra, buscando mis labios, que la reclaman con urgente desesperación.

Sujeta mi antebrazo y me aprieta fuerte contra ella, invitándome a llegar más profundo en su interior, a notar su calor y la tensión que le provoca el placer. Aumento la velocidad de mi acometida, mientras ella ahoga sus gemidos en mis labios. Estoy seguro de que, a pesar de la apasionante conversación sobre la custodia de Britney Spears que está teniendo lugar en la mesa, todos son conscientes de que, como mínimo, nos estamos besando.

Mis dedos abandonan su interior y vuelven a centrarse en el botón de su placer, acariciándolo con delicadeza, notando cómo se endurece y aumenta de tamaño bajo mis dedos. Su respiración cambia, su cuerpo se tensa y sé que está a punto de ceder al desenfreno.

–¿Qué crees que va a pasar con Cloud Computing cuando la adquiera el grupo americano? –La voz de Colin me distrae. Tardo un instante en darme cuenta de que esa pregunta solo puede ir dirigida a mí.

–No lo sé. Normalmente cuando esos grupos compran empresas pequeñas, comienzan a poner reglas y protocolos para garantizar que el negocio sea eficiente –razono, sin dejar de acariciar a mi gatita, que se contorsiona a unos centímetros de mí.

–Eso mismo me ha dicho Sam –lamenta él–. Que probablemente recorten gastos de snacks y eventos sociales, nos controlarán más con los tiempos…

–Reconoce que las condiciones que tenemos ahora mismo son demasiado buenas.

Al otro lado de la mesa, observo que Patri da conversación a Sofía, que está haciendo esfuerzos heroicos por mantenerse firme.

–Me voy a Colombia en enero. ¿Te apetece venir? Siempre estás diciendo que la próxima vez que vaya, te apuntas.

–¡Me encantaríaaaa! –gime mi gatita–, pero sabes que estoy arruin… ¡Ah! ¡Dah!

–¡Chica, con qué emoción lo dices! Ojalá todo el mundo tuviera esa actitud.

Un poco más y su placer es mío. Sofía me aprieta el antebrazo con fuerza para que pare y hago justo lo contrario.

–¡Auuuu! –Escucho un lamento lastimero que no tardo en comprender que proviene de Chloe–. ¿Quién me ha metido un dedo en el ojo? ¿Has sido tú, Fabio?

–¿Por qué iba a meterte yo un dedo en el ojo?

–¿Eso era tu ojo? –oigo a Colin, muerto de la vergüenza–. Lo siento, estaba intentando besarte, pero es que no veo nada.

–¿En serio es lo que intentabas hacer? ¿Besarme? –protesta Chloe de nuevo.

Colin busca a tientas algo en la mesa para aliviarla. En la excursión de su mano sobre el mantel, derrama una copa que, por el olor, me atrevería a decir que contiene vino. El drama está servido… Las voces se suceden ahora de un lado al otro de la mesa como si de un partido de tenis se tratase.

–¡La madre que os parió! –La que grita ahora es Patri–. ¡Me habéis arruinado el vestido! ¡Y huele a tinto que apesta!

–Lo siento, solo intentaba buscar una servilleta limpia… –se excusa Colin.

–¿Cómo sabes que está limpia, si no ves nada, zoquete? –agrega Patri.

–¿Y tú cómo sabes que te ha arruinado el vestido si tampoco ves nada? –pregunta Chloe, defendiendo a su marido.

–¡Porque mi vestido está mojado y apesta a tinto! –exclama la colombiana–. ¡Necesito un baño! ¡Necesito ver el grado de daño que le habéis ocasionado a mi pequeño!

Patricia siempre se refiere a sus exclusivos vestidos de diseño como si fueran sus bebés.

–Yo también necesito un baño –anuncia Chloe–. Creo que me voy a quedar ciega si no me echo un poco de agua.

–Si te quedas ciega, no te iba a faltar trabajo en este restaurante –susurra Patri, mostrándole su inquina.

–¡Cuidado, no os matéis por el camino! –exclama Fabio.

Me giro y observo que los carteles de emergencia están encendidos, debería ser suficiente para guiarlas hasta el baño sanas y salvas si no se sacan las uñas antes, algo en lo que no confío…

La atmosfera que se crea alrededor nos da la suficiente discreción para culminar mi obra de arte. Aumento el ritmo de mis caricias sobre su piel húmeda y sensible, notando sus convulsiones en mi dedo de un modo halagador y placentero. Sigo deleitándome en su intimidad, regalándole placer a cambio de que ella me dedique sus gemidos. Me parece un trato justo. Sofía aprieta las piernas, señal inequívoca de que está a punto de alcanzar el paraíso terrenal y lucha por contener la respiración.

–¿Señorita, ha terminado ya?

Me giro, guiado por el sonido de su voz y me quedo mudo de la impresión al intuir que el camarero, aunque sea ciego, está siendo testigo de TODO.

–¡No, aún no! –protesta Sofía en un susurro quedo.

–No le retiraré el plato aún entonces –responde el camarero con un hilillo de voz entrecortada–. ¿Y usted, señor?

–Puede retirar el plato. El postre está exquisito.

Mientras el camarero recoge los platos y charla con mis amigos sobre la experiencia, yo retomo la danza de mis dedos en su interior y la beso, con tanto deseo, que parece que fuera yo quién está a punto de correrse. No tarda mucho en liberarse en medio de un gemido involuntario que va a parar directamente a mi boca.

–¡Esta me la vas a pagar! –susurra entre dientes, gemidos y suspiros.

–Eso espero, gatita, eso espero.

15

SOFÍA

Odio la Navidad. Sé que eso me hace parecer algún tipo de ogro verde y con verrugas, pero es cierto: para mí, la Navidad es sinónimo de consumismo y peleas familiares. Porque ¿a quién queremos engañar? Nos tiramos los trastos a la cabeza el resto del año y, de repente, solo porque el ayuntamiento haya puesto cuatro luces de colores, decidimos olvidar nuestras diferencias y sentarnos todos en la mesa alrededor de un pavo seco a cantar villancicos y ponernos al día. ¿No podríamos hacer lo mismo en verano con una cerveza fría en la piscina?

Está bien. Lo confieso. La razón por la que este año estoy tan agobiada por la Navidad es porque aún no le he dicho a mis padres que no voy a ir. Y solo quedan quince días...

Hace dos meses que Lucas y yo estamos "juntos" y cada día es una fiesta a su lado. Caer rendida a sus encantos es, posiblemente, lo más fácil que he hecho nunca. Con él no necesito armaduras, porque me entrego sin reparos y quiero todo lo que me da.

Cuando llego a la oficina editorial de *Ladies'Secret*, una secretaria monísima y super complementada me pide que la siga hasta una sala de reuniones donde tendrá lugar la presentación de la campaña. Elena Fernández y Gina Dillan insistieron en reunirnos aquí para que pudiera percibir al detalle la esencia de la publicación. Se supone que Karen iba a acompañarme, pero lleva días enfrascada en reuniones interminables con los altos directivos para ajustar los presupuestos para el próximo año. ¡Un rollo!

Una estilosa mesa de madera gris gobierna la sala con sillones de cuero blanco situadas a ambos lados de la misma. Al fondo, un proyector y una mesa con una cafetera y refrigerios.

De las paredes cuelgan publicaciones anteriores enmarcadas en sencillos marcos de madera teñida de negro. Entre las bellezas habituales en este tipo de revistas (Jennifer Lawrence, Penélope Cruz, Keira Knightley…) encuentro algunos rostros menos esperados, como Winnie Harlow, Aaron Philip o Madeline Stuart. Sonrío para mí, no se puede negar que *Ladies'Secret* está apostando por una imagen más abierta e inclusiva que otras revistas de su género, estancadas en modelos de belleza tan renacentistas como irreales.

–Lo siento, a Elena le ha surgido un imprevisto de última hora y estará aquí en unos quince minutos –me informa la secretaria, cerrando la puerta tras de sí para brindarme algo de intimidad.

Aquella noticia me da la oportunidad que necesito para enfrentarme a mi familia. Empiezo escribiendo en el grupo familiar, pero inmediatamente borro lo escrito y decido llamar a mi madre por separado.

–¡Cariño! Me pillas desayunando con tu hermana, así que pongo el manos libres. ¿Qué haces llamándome a estas horas?

–¿Estás con Sonia? –pregunto, aunque sé de antemano la respuesta. ¿No existe ninguna opción de "desllamar" a alguien?

–Claro, hermanita, ventajas de vivir en Barcelona cerca de mamá y papá, que puedo permitirme ciertos lujos –responde con retintín. A Sonia le encanta meter el dedo en la llaga–. ¿A

qué debemos el placer de tu llamada? ¿Necesitas dinero otra vez?

Sus palabras hacen que me quede en silencio. En realidad, ese era el segundo motivo de la llamada, pedirles que me dejaran algo de dinero hasta que cobre para ir más desahogada a Islandia, pero descarto la opción inmediatamente. Solo les he pedido dinero un par de veces y se lo devolví enseguida, con los intereses altísimos que me supone tener que aguantar los reproches de mi hermana cada vez que sale el tema. Y ella siempre sabe cómo sacarlo…

–Solo quería saber cómo estabais, eso es todo.

–¡Ay, hija, no seas así! Tu hermana me llama todos los días. –Mi madre sale en mi defensa–. Cariño, ¿tienes ya los billetes de Navidad o necesitas que te los compremos? Sabes que no me importa hacerlo con tal de que vengas.

–Ya, en cuanto a eso… –Llega el momento de partirle el corazón y pasar a los anales de la historia como la peor hija del mundo–. No voy a poder ir este año. Resulta que…

–¿CÓÓÓÓMOOOO? –interrumpe Sonia, pronunciando cada letra en mayúscula y acentuada.

–Estoy saliendo con alguien y vamos a pasar la Navidad juntos en Islandia.

–Pero… ¡Cariño! –exclama mi madre sin saber qué decir. No sé si le ha impactado el que esté quedando con alguien o el que no vaya en Navidad. Puede que ambas cosas.

–Déjame que lo entienda –comienza mi hermana, siempre dispuesta a retorcer cualquier detalle para reprocharme mi existencia, y esta vez, le estoy dando munición para ello–: así que no vienes a Barcelona en Navidad con tu familia porque estarás pasando frío en Islandia con un perdedor al que acabas de conocer en algún antro de pecado. ¿Me equivoco?

–No es ningún perdedor y hace seis meses que nos conocemos –corrijo.

–¡Oh, perdóname, seis meses! ¿Qué son seis meses al lado de los quince años que llevo yo con Julián?

–No he llamado para competir contigo, hermanita, todos nos alegramos mucho de que lleves toda la vida felizmente casada con el señor Pollito.

–¡Te he dicho mil veces que no llames así a mi marido!

Mi cuñado se ha ganado ese mote a pulso por su curioso estilismo capilar, de un rubio casi nórdico y muy despeinado que le hace asemejarse preocupantemente a Boris Johnson y, por ende, a las crías de los pollos recién nacidos.

–Os lo compensaré en Grecia, lo prometo –replico sin ánimo de más disputas.

–¿Grecia? –Mi madre aún no sabe por dónde va la película.

Me muerdo el labio y espero el aluvión de reproches que no tarda en llegar por parte de mi hermana. Y, esta vez, no la culpo…

–¡Sí, mamá, Grecia! Está claro que la cabeza de chorlito que tienes por hija no sabe mantener la boca cerrada. –Mi hermana, tan encantadora como siempre–. Os hemos comprado un crucero por el Mediterráneo a finales de marzo por vuestro 40º aniversario. Sofía y yo nos uniremos en la última parada en Creta. ¡Ya está! ¡Dicho! ¿Estás contenta de arruinarle la sorpresa a mamá?

–En realidad no he sido yo quién ha soltado de sopetón toda la información, pero…

–¡Un crucero por el Mediterráneo! ¡Ya veréis lo contento que se va a poner vuestro padre! ¡Con las ganas que teníamos! –exclama mi madre, aunque sé que la pobre no sabe ni dónde meterse. Hace tiempo que nuestras peleas sin sentido se le quedan grandes–. ¿Vas a venir con ese chico, Sofi?

–¡Por supuesto que no va a venir con él! –contesta mi hermana por mí–. ¿Cuántos novios le has conocido hasta ahora?

Decido ignorarla y responder directamente a mi madre. Nunca entenderé por qué Sonia me

odia tanto.

–No lo sé, mamá. Aún nos estamos conociendo… No tenemos etiqueta.

Es más fácil decir eso que confesar que me da pavor presentarle a mi familia y que salga corriendo.

–¿Aún no le habéis puesto nombre a lo que tenéis? –pregunta mi hermana, a punto de soltar otra de sus pullas.

–¡Ay, Soni, eso ya no se lleva!

–¿Y qué se lleva ahora entonces? ¿Follar con un extraño hasta que te deje tirada por una más joven? ¿Y que encima no puedas sacarle ni un céntimo porque no tenéis nada, ni contrato verbal ni escrito?

–A veces se me olvida que eres abogada…

–A mí nunca se me olvida que eres una descerebrada.

–¡Sonia! –exclama mi madre, sacando la cara por mí otra vez que, en mi intento por evitar polémicas familiares innecesarias, tiendo a dejarme avasallar–. Tu hermana hace lo que puede por salir adelante estando allí sola. Y estoy segura de que es muy buen chico, ¿verdad, cariño? ¿Cómo se llama? ¿Es inglés?

–Se llama Lucas, es australiano y es amigo de Colin. ¿Te acuerdas del novio de Chloe?

–¿No es ese que se parece al científico que iba en silla de ruedas?

–El mismo. Oye, tengo que dejaros, estoy en una reunión de trabajo. Te quiero, mami.

–Yo a ti también, hija. Cuídate.

Siempre que hablo con mi hermana me queda ese sabor amargo en la boca. Nunca hemos tenido una relación envidiable, pero en los últimos años ha empeorado notablemente. Aunque solo nos llevamos dos años, le encanta ir de hermanita mayor por la vida, cosa que me revienta. Somos polos opuestos a pesar de la similitud de nuestros nombres, Sonia y Sofía, una gracia de mis padres que fue motivo de infinidad de burlas en la infancia. Carne de *bullying*, sobre todo porque Sonia siempre fue la más querida en el colegio y yo era una rata de biblioteca. No fue hasta la pubertad cuando me volví popular y los chicos comenzaron a fijarse en mí.

Mi hermana y yo nos distanciamos aún más en la universidad. Ella se juntó con niñatos de alta alcurnia que estudiaban derecho por deseo de papá, y yo era una obra social con patas rodeada de genios creativos con ansias de viajar y libertad. El mundo elitista de mi hermana se me quedaba grande y ella no terminaba de comprender el mío.

Ni siquiera sé si quiero que Lucas venga a Creta conmigo. No estoy preparada para presentarle a mi familia. Mi hermana es un monstruo, la niña perfecta a la que nadie le dijo nunca que “no” a nada, ni siquiera la vida. Es el orgullo de papá, que también es abogado, aunque él siempre dice que en la imperfección está la belleza y yo soy su diamante en bruto. Y a bruta no me gana nadie…

Julián, su marido, también es abogado y es igual de perfecto y repelente que ella. Nunca lleva los cuellos del polo mal planchados ni la raya del pantalón fuera de su sitio. Y en cuanto a mi sobrino, Jorge… Sus padres trabajan tantas horas que han dejado la educación en manos de niñeras que dimiten en menos de una semana.

El sonido de la puerta al abrirse hace que me sobresalte. Me giro con mi mejor sonrisa y veo aparecer a Elena acompañada de su pintoresca jefa, Gina Dillan. Lleva un kimono de seda con motivos orientales, el pelo recogido en un moño estricto que realza la blancura de su piel, y unos zapatos de raso azul cobalto con unos tacones imposibles. Genio y figura.

–¡Bienvenida a *Ladies’Secret*, encanto! –saluda ésta con mucho énfasis–. ¿Te apetece tomar

un café? Siento decirte que no nos queda vodka, aunque creo que aún hay algo de ginebra en el cajón. Si tú no se lo dices a nadie, yo tampoco.

–¿Vodka? –Es todo lo que se me ocurre preguntar ante tan bizarro monólogo. Mis ojos van de Gina a Elena sin entender nada, y veo que mi compatriota está haciendo esfuerzos inhumanos por aguantarse la risa.

–Eres rusa, como Selena, ¿no? Pensaba que las rusas bebíais el café con vodka –responde con tanta naturalidad que no me atrevo a contrariarla.

Miro a Elena de nuevo con la creciente sensación de que su jefa me está tomando el pelo.

–Lo siento, estoy un poco confundida… ¿quién es Selena?

–Yo soy Selena –exclama Elena, o como diantres se llame, levantando la mano–. Selena, Lorena, Malena, Yurena… tengo un montón de nombres por aquí. ¿Un cortado está bien? A la española, con poca leche y sin vodka.

La veo dejar su portátil y el bolso sobre la mesa y se dirige al fondo a preparar los cafés. Gina me analiza de arriba a abajo, haciendo que me sienta incómoda. Más aún.

–Y cuéntame, María, ¿qué tienes pensado para la campaña?

–En realidad es Sofía –corrijo, sintiéndome molesta porque mi clienta no se haya molestado en aprenderse un nombre tan simple–. Había pensado en crear una campaña bastante potente para TikTok…

–¿TikTok? –pregunta confundida–. Elena, ¿es esa la mierda tan adictiva que usan ahora los jóvenes? –pregunta ajena a mi presencia. Elena contesta que sí por detrás mientras acerca los cafés a la mesa–. Okey, TikTok, me gusta. Cuéntame más.

–Gina, ¿por qué no te vas y nos dejas solas? –sugiere Elena.

–Es que no quiero ir a esa estúpida reunión llena de pelotas lameculos –confiesa con una sonrisa que no había visto antes en nadie, como de asco. ¿Se puede tener asco y sonreír al mismo tiempo? Gina Dillan sí puede.

–Esas pelotas lameculos son tus empleadas y te recuerdo que las has contratado tú. Estoy segura de que la reunión va a ser apasionante –se burla con un tono que sobrepasa el sarcasmo–. Las últimas novedades de *La isla de los famosos*, cómo maquillarte para enamorar a un hombre millonario y que te convierta en su esposa fiel, el último romance de Leah Madison… ese tipo de cosas que tanto te apasionan.

Sí, definitivamente está siendo irónica y su jefa parece conforme con ello. Jamás podría imaginarme tratando a Karen de aquel modo.

–Debería leerme ese reportaje que propones, mi modo de maquillarme me ha llevado a liarme con un entrenador físico –observa Gina torciendo el gesto.

–Sí, pero tu entrenador tiene mejor culo que ningún millonario y te mantiene a ti en forma. Y reconoce que te diviertes con él.

–¡Eso ni lo dudes! ¿Quién demonios es Leah Madison? –pregunta Gina con indiferencia. Me uno a la duda y le sumo mi desconcierto por ser testigo de tan bizarra conversación.

–¿En serio diriges una revista de moda? –replica Elena haciéndole un “zas” en toda la boca–. Es una influencer australiana que se hizo famosa por: A, ser la hija del futuro candidato a la presidencia del país, y B, por haberse tirado a toda Australia. Y añadiría una C, su ex novio está muy, pero que muy bueno. Llegó a coger más fama incluso que ella, sobre todo cuando Leah le puso los cuernos la segunda vez.

–¿Quieres ir a la reunión tú por mí? –ofrece Gina con aire despectivo–. Yo me puedo quedar con Casandra supervisando la campaña.

–Me llamo Sofía –intervengo discreta, aunque, sinceramente, no sé si sirve de mucho.

–¡Lo que sea! Las portuguesas tenéis nombres muy complicados. –Gina me cambia de nuevo la nacionalidad y el nombre sin ponerse ni colorada. ¿Tendrá algún tipo de trastorno mental?– Elena, enséñame la foto del motivo C. ¡No puedes decir que está muy bueno y no enseñárnoslo!

A esas alturas de la película, ya estoy reducida a pasmarote y sin saber dónde meterme. Elena busca la foto del susodicho en el móvil y nos lo tiende para que lo veamos. Gina no debe de ver tres en un burro, pues coge el móvil y se lo pone casi a la altura de la nariz.

–No está mal –dice con indiferencia, como si hubiera visto una foto de El Fary–. ¿A ti qué te parece, Rocío?

No me molesto en sacarle de su error, ya estoy dispuesta a responder a cualquier cosa que me llame. Me planta el teléfono en las narices y tengo que alejarme un poco para coger perspectiva. En la foto veo una estilizada morena con visibles retoques estéticos y unas piernas interminables, acompañada del típico rubio musculitos, sin personalidad y con pinta de descerebrado.

–¡Nah! No es mi tipo –concuerdo con ella.

La puerta se abre abruptamente y una mujer rubia aún más perfecta que la anterior, y mucho más pija, entra en escena con una sonrisa radiante.

–¡Oh, aquí estás, Gina! Estamos esperándote para empezar la reunión.

–Os estoy evitando, querida –responde sin alterar ni un ápice su tono de voz–. Me tenéis todas al borde de mezclar Valium con tequila.

–¡Muy bueno! –La risotada que suelta es tal que estoy segura de que ha hecho eco en su diminuto cerebro–. Voy a decirle a las chicas que ya vienes.

–¡Me encanta cuando soy honesta y nadie me toma en serio! Me voy a esa estúpida reunión –anuncia Gina, resignándose a su “terrible” destino de directora de revista.

Elena y yo nos quedamos solas. Se sienta a mi lado con confianza y se disculpa por el comportamiento de su jefa alegando jocosa que tiene demencia senil.

–¡Qué rollo tan extraño te traes con ella! –observo en voz alta–. ¿En serio acabas de decirle que su novio tiene buen culo?

–Desde que se acuesta con mi mejor amigo, me veo incapaz de respetarla.

–Eso lo explica todo. Si te parece bien, voy a empezar presentándote la campaña para TikTok, y luego seguimos con Instagram y Facebook, ¿sí?

Elena asiente y comienzo a exponerle los anuncios. No me cuesta mucho exponer argumentos a favor de este modelo de lectura de pago porque en Reino Unido todo el mundo está acostumbrado a pagar por todo, y sé que van a conseguir subscriptores el primer día que salga la campaña.

Al principio, Elena parece complacida, pero en algún punto de la presentación veo que pierde interés y se distrae con facilidad, luchando contra los espasmos musculares que indican que está a punto de quedarse frita en la mesa.

–Perdona, ¿está todo bien? –pregunto, un poco asombrada por su comportamiento–. Si quieres que cambie algo o…

–¡Discúlpame, de verdad! –Contra todo pronóstico, se ríe de la situación–. ¡Me está encantando y no tengo nada que objetar! Seguro que estás pensando que soy lo menos profesional del mundo, pero acabo de regresar de un largo viaje y el jet lag me está matando.

–¡A mí lo que me mata es la envidia! ¿Dónde has estado?

–¡En todas partes! No quiero aburrirte con detalles, esa historia da para un libro –responde indiferente–. Estoy segura de que la campaña va a ser un éxito. ¿Qué te parece si lo dejamos para

otro día y nos vamos a tomar un café de verdad a otra parte? Te prometo que la semana que viene tendré los ojos más abiertos y el cerebro operativo.

–¡Nada que objetar!

A medida que pasa el tiempo me doy cuenta de que me gusta Elena. Tenemos una edad similar, compartimos profesiones artísticas, hobbies y algunos proyectos a largo plazo. En resumen, sé que podríamos llegar a ser grandes amigas. Me habla de su vida aquí, sus amigos y de su novio mexicano-escocés. Y, cuando me quiero dar cuenta, ya hemos organizado planes para los próximos seis meses.

En un abrir y cerrar de ojos, llegan las seis y me tengo que ir escopetada al cumpleaños de Fabio. Todos los años nos sorprende con planes disparatados y esta vez le toca el turno a The ArcelorMittal Orbit (también denominado "La locura de Boris", pues fue el orgulloso responsable de la obra cuando ostentaba el título de alcalde de la ciudad), una torre de observación de 115 metros de altura inaugurada con motivo de los Juegos Olímpicos y Paralímpicos de 2012. La razón por la que Fabs ha escogido este lugar para reunirnos es la misma por la que yo llevo varios días sin dormir, el tobogán transparente de 178 metros de longitud que presume de ser el más largo y alto del mundo. La aventura suena increíble… si no fuese porque me dan auténtico pavor las alturas.

Cuando llego a la atracción, Lucas, Patri, Fabs y sus respectivos acompañantes ya están esperándome en el mirador de arriba, deleitándose en las maravillosas vistas de la ciudad olímpica y derrochando adrenalina ante los que van a ser los 40 segundos más excitantes del día. Yo ya vengo pálida de casa, pero el trayecto en ascensor hasta el mirador no ha hecho sino empeorar una tez que ni todo el maquillaje del mundo conseguiría recuperar.

–¡Llegas tarde! –se queja Fabio, dándome dos sonoros besos que yo transformo en un fuerte abrazo.

–Lo siento, estaba con Gina Dillan –informo, y sus ojos se llenan de estrellas en busca de un buen cotilleo–. ¿No vas a presentarme?

Observo al apuesto moreno que no se ha apartado de su lado y deduzco que es el famoso profesor que ha conseguido que Fabio se vuelva monógamo. Mide al menos un metro noventa, tiene los ojos enormes y muy negros, y el pelo corto y liso del mismo color.

Patricia me aborda para presentarme a Juan Carlos, su nuevo ligue al que, sospecho, no volveré a ver.

–Es profesor de bachata –me explica en privado–. ¿A qué es clavadito a Romeo Santos?

–Si subieras una foto con él a Instagram, nadie notaría la diferencia.

Tras las presentaciones pertinentes, Lucas se acerca y me da uno de sus besos capaces de parar el invierno en la noche más fría de diciembre. Pero ni eso parece suficiente.

–¿Lista para la número 87? –pregunta. Estoy tan nerviosa con la idea del dichoso tobogán que no sé de qué me está hablando–. Dominar tus miedos. Piensa que son solo 40 segundos, no es como si tuvieras que tirarte en paracaídas.

–Para ti es muy fácil decirlo. No eres tú quién tiene miedo a las alturas. Ya veremos si te lo tomas con tanto optimismo cuando tengas que tachar la tuya.

–¡Oh, yo ya taché la mía hace tiempo! –dice con indiferencia.

–¿Qué miedo es ese que según tú has superado? Porque las tarántulas inglesas no parecen causarte ningún efecto.

Una sonrisa tímida le salpica el rostro y duda si contármelo o no.

–¡Mi turno! –exclama. Salvado por la campana–. Te lo diré si consigues tirarte por el tobogán.

Le veo desaparecer por el túnel y trato de seguir su recorrido por la obra de Anish Kapoor and Cecil Balmond. Cuarenta segundos exactos después, veo la luz verde que indica que sus pies han alcanzado tierra firme, y el monitor me hace una señal para que me meta en el saco que me ayudará a deslizarme. Las piernas me tiemblan como gelatina. Alguien tuvo la brillante idea de hacer el tubo transparente en algunas zonas para que la experiencia fuera más increíble, además de los inesperados cambios de dirección y los tramos de caída en picado. ¿He dicho ya que además de vértigo tengo claustrofobia?

Busco a Fabio con la mirada y me entran ganas de matarlo. Hace unos meses estuvo mareándome con todos los planes locos que quería hacer para su cumpleaños y creo que, en algún momento, desconecté y le dije que sí a todo. ¡Maldita la hora!

Cuando llega el momento de tirarme, el aire que mis pulmones son capaces de respirar no parece suficiente. Me siento mareada y sudorosa en pleno mes de diciembre. Quiero gritar. Quiero darme la vuelta, a riesgo de quedar como una gallina. ¿Por qué Fabio tiene que inmortalizarlo todo con su estúpido teléfono? Por suerte para mí, mi reputación digital me trae sin cuidado.

–Como lo pienses va a ser peor…

El monitor utiliza conmigo sus dotes de psicología. Pedirme a mí que no piense es como pedirle al mar que no acaricie la arena con sus olas, pero allá voy. Aprieto los ojos con fuerza, me agarro a la barandilla y… ¡deslizando! El grito que pego es lo suficientemente fuerte para alertar a todo el mundo de mi miedosa existencia. Cuarenta. Treinta y nueve. Treinta y ocho... Voy contando los segundos que mi cuerpo tarda en descender a toda velocidad por el tubo. Tras el pánico inicial, mi cuerpo se habitúa al viaje y me libero. Grito, con fuerza. Me sienta bien. Cuando mis pies tocan el suelo, me doy de bruces contra el chico que espera abajo. Tengo un mareo monumental y adrenalina corriendo a raudales por mis venas. Necesito más. Si no fuéramos con el tiempo pegado al culo para la cena, me hubiera vuelto a tirar.

–¡Prueba superada! –Lucas dibuja una uve en el aire y me rodea con sus brazos en actitud protectora. ¿He dicho ya lo mucho que me gusta este hombre? –. ¿A qué te sientes invencible?

–Ha sido… ¡fantástico! ¿Es así cómo te sentiste tú cuando superaste “tus miedos”?

Disimula una sonrisa traviesa y sé que no va a caer en la trampa.

–La verdad es que el descubrimiento me dio más vértigo que el tobogán.

–Me encantaría saber de qué estamos hablando para poder seguir la conversación…

–De mis miedos, por supuesto.

Me guiña el ojo y oculta su sonrisa en mi cuello para regalarme un reguero de besos.

LUCAS

–¿Vienes esta noche a tomar unas cervezas a casa? –invita Aga con voz cansada.

Me doy cuenta de que es la tercera vez que le digo que no esta semana. Siempre que me llama estoy con Sofía y, sin embargo, siento que me faltan horas al día para estar con ella. ¿No es absurdo?

–No puedo, es el cumpleaños de Fabio y acabamos de entrar al restaurante. Pero si quieres unirte a la fiesta, no creo que ponga pegas…

–¿Plan de parejitas? ¡Paso! –responde apática–. ¡Desde que tienes novia eres un muermo!

–¡Yo no tengo novia! –me defiendo–. Solo estamos… ya sabes.

–Atontados, eso es lo que estáis. ¿De verdad necesitas una escenita de balcón para asumir que estáis oficialmente juntos?

–No es eso, es que… Sabes que algún día yo volveré a Australia y no sé qué será de nosotros.

–Estoy segura de que llegarás a un acuerdo con TU NOVIA –recalca en mayúsculas con recochineo–. Oye, si algún día tienes tiempo para tus viejos amigos, llámame.

–Está bien, ¿qué haces el domingo? –pregunto, ofreciéndole mi tiempo en exclusiva–. ¿Te apetece maratón de pizza y cerveza en mi piso, como en los viejos tiempos?

–Solo si me dejas escoger a mí. Por cierto, estaba de broma, sabes que Sofi me cae bien…

–No, lo entiendo. Desde que salgo con ella te he dejado un poco de lado. Supongo que Colin y Chloe están tan emocionados de tener otra parejita con la que hacer planes que nos han atrapado en interminables tardes de juegos de mesa y catas de vino.

–Juegos de mesa y catas de vino –repite muy despacio, digiriendo mis palabras con recochineo–. En serio, Luke, ¿tú eres feliz?

–¡Más que nunca! –sonrío al otro lado del teléfono–. ¿Por qué no quedas hoy con Elsa?

Hace semanas que Aga queda ocasionalmente con una ucraniana pelirroja con la que tiene bastante *feeling*, pero ella se niega a reconocer que son más que amigas.

–Porque la vi el lunes y sabes que no repito ligue en la misma semana.

–Pensaba que podrías hacer una excepción con ella… –tanteo, pero Aga me ladra al otro lado del teléfono un discurso sobre las ataduras y la libertad sexual que me deja sin argumentos–. Okey, como quieras. Nos vemos el domingo. ¡Nada de cine polaco! –ruego.

Cuelgo el teléfono y regreso al restaurante con el grupo. Es sencillo y convencional, estoy seguro de que en otro tiempo fue un lugar sofisticado y elegante, pero ahora parece un burdel de la época del destape. Mejor así, un sitio donde prima la intimidad. No quiero glamour, no quiero focos y no quiero que nadie me reconozca. Desde que salgo con Sofía estoy jugando con fuego.

Disfruto observando a Fabio tan pletórico, rodeado de sus mejores amigas y del que parece ser ya su novio oficial. Después de todo lo que han pasado para estar juntos, me llena de emoción verlos tan felices.

Patricia, sin embargo, luce una tristeza en la mirada impropia de ella y que no creo que aquel adonis con la palabra “rollo-de-una-noche” escrita en la cara vaya a aliviar. Su último candidato a fracaso amoroso es un hispano ridículamente atractivo que ha conseguido acaparar todas las miradas del local, incluyendo la mía.

Y a mi lado, mi gatita, con unos vaqueros oscuros que le hacen un culo de infarto y un top de cuello vuelto en color crema. Me chasca los dedos en el aire y sonrío, dándome cuenta de que me

he quedado embobado mirándola como un idiota otra vez. ¿Cómo culparme por ello? Soy el tipo más afortunado del mundo. Y un cursi, en eso tiene razón Aga.

–¿En qué estás pensando? –Sofía frunce el ceño y me mira con seriedad.

–Primero, en qué habrá debajo de esos vaqueros… Segundo, en que no me cuadra que Fabs haya elegido un sitio tan convencional y aburrido para su cumpleaños.

–¿Convencional y aburrido el Paradise? –Su perfecto arqueo de cejas me mosquea.

Cuando veo aparecer a los camareros con los platos que Fabio ha pedido, lo entiendo todo. Las mujeres solo llevan pezoneras y un escueto tanga de látex en colores fluorescentes. Los hombres, slips con el culo abierto y cremallera a medio abrochar en la parte frontal, revelando unos abultados atributos que, estoy seguro, tienen truco.

–¿Es un…? –No llego a terminar la frase. Estoy tan atorado que no alcanzo a combinar las palabras–. ¿Es un club de alterne?

–No, es la sala de espectáculos para adultos donde trabaja Patri –me informa–. El show de hoy es de Drag queens, actúan los finalistas de la última edición de Drag Nights UK.

–No tengo ni idea de lo que acabas de decir –confieso a riesgo de quedar como un carca.

–Tú solo relájate y disfruta. Te gustará.

¿Relajarme? Un momento…

–Has dicho que eran finalistas, ¿verdad? –pregunto aturullado. Ella asiente–. Eso quiere decir que habrá prensa.

–Y gente posteando cada detalle en sus redes sociales, sí. ¿Cuál es el problema?

–Ninguno…

¿Estaré lo suficientemente irreconocible? Cuando me miro en el espejo no veo un atisbo del tipo que fui en otra vida, pero la duda siempre me persigue.

Sonrío al camarero mientras va dejando platos de comida para compartir al centro de la mesa, y no puedo evitar fijarme en su trasero depilado y firme cuando se da la vuelta. Un trasero como ese requiere más horas de gimnasio de las que tiene el día.

–¡Empieza el show! –exclama Fabio dando palmas por la emoción. Creo que solo por verle así, ya merece la pena el esfuerzo.

Una drag vestida de Dolly Parton sale a escena cantando *Baby, I'm Burnin'* y se mete al público en el bolsillo. A Dolly le siguen Lady Gaga y su *Born this way* y una nada inocente versión del *Like a Virgin* de Madonna, un clásico del mundo Drag.

Después del espectáculo musical con las drags más atléticas, salen a escena las humoristas con escenificaciones de Theresa May, Margaret Thatcher y Boris Johnson, quintaesencia de la política británica. Su show es sarcástico y políticamente incorrecto, rozando lo ofensivo en varias ocasiones, y reconozco que lo encuentro desternillante. Es tan potente que me relajo al darme cuenta de que todo el mundo en esa sala está pendiente del show y no del público. Sentirse a salvo en la boca del lobo es tan placentero como excitante y, desde luego, una experiencia completamente nueva para mí que jamás habría podido vivir en Australia.

–¿No son fantásticas? –Estoy tan concentrado en el show que apenas escucho a Sofía.

–Reconozco que a veces es bueno salir de tu zona de confort.

–¡Ajá! Te está gustando. ¡Lo sabía! –me provoca. Me guardo una sonrisa y me abstengo de comentar.

–¡Chist! Que me pierdo el show.

La actuación continúa con una parodia de mujeres de distintas nacionalidades muy estereotipadas e igualmente tronchantes: Lola, la flamenca española; Amelie, la pintora francesa;

Cinzia, la diseñadora de moda italiana; Naomi, una reina de la belleza de ébano y Britney, el ídolo pop americano. El estilismo es un derroche de creatividad, con unos elaboradísimos maquillajes llenos de color y purpurina. Me río a mandíbula batiente al reconocer en muchos de los gestos de Lola a Sofía. Es expresiva, sexy, con carácter y muy atrevida, todos ellos rasgos que veo también en ella y me tienen completamente loco. Y reconozco que, en ocasiones, Cinzia llega a recordarme a Fabio de un modo desconcertante, pero eso me lo guardo para mí.

Tres drags con ostentosos bodis de colores fluorescentes, transparencias, prótesis y mucha purpurina, entran en el escenario haciendo una coreografía perfecta del *Single ladies* de Beyoncé. Las piezas musicales están tan bien integradas en la historia que todo parece tener sentido con el hilo argumental. Miro fascinado su elasticidad, el modo en el que esos hombres que rondan el metro ochenta y algo se contorsionan sobre esas plataformas de 20 centímetros es algo envidiable. ¡Qué alguien me diga que eso no es arte!

Pero lo que más estoy disfrutando esta noche no es la actuación… Fabio está eufórico, gritando emocionando con cada nuevo número. Fabio más Fabio que nunca. ¡Y me encanta!

En los últimos meses hemos llegado a hacernos grandes amigos, desde una noche en la que coincidimos en el Waxy O'Connors, un pub irlandés del Soho considerado el mejor del mundo en su categoría por varios años consecutivos, y que destaca por la llamativa decoración de sus cuatro bares distribuidos en seis niveles. Yo estaba con Aga, como cada jueves, y me extrañó encontrarme a Fabio solo en la barra y bebiendo cerveza como si le fuera la vida en ello. Me contó entonces que estaba quedando con alguien que no quería comprometerse porque nadie a su alrededor sabía que era homosexual. Así que habían decidido no verse más y Fabs tenía el corazón roto.

–¡No entiendo cómo alguien puede vivir su vida fingiendo constantemente ser alguien que no es! –exclamó él con frustración–. La única persona a la que engañas es a ti mismo, por no mencionar todo lo que te pierdes…

Me quedé pensando en lo que decía y decidí que tenía razón. Es lo mismo que llevaba yo haciendo meses, aunque yo no estaba haciendo daño a nadie… ¿O sí?

–¡Vaya! Perdona que me sorprenda tanto, siempre pensé que tú y Patri erais más de amores de barra –confesé.

–¡Sorpresa! –Levanta su pinta de cerveza en un gesto lastimero–. Pero no quiero aburrirte con mis dramas gais. ¿Es tu novia?

–¿Quién, Aga? –pregunté sorprendido. Para mí hacía tiempo que ese tema estaba aclarado–. No, solo es una amiga. Mi mejor amiga.

–Ya… –se burló, bebiendo más cerveza para no decir abiertamente que no me creía.

–¿Ves a esa pelirroja con la que está hablando? –pregunté, señalando a una mujer espectacular con los ojos más verdes que había visto nunca.

–¿Es tu presa?

–No la mía… –insinué divertido. Fabio me miró sin dar crédito–. Aga es abiertamente poliamorosa. Así que es posible que en menos de media hora, si la jugada le sale bien, me quede aquí plantado en este bar y acabe yéndome solo a casa. Así que, si no te importa que me quede charlando contigo, tus dramas gais son el mejor entretenimiento que tengo esta noche.

–¿Tú no vas a hacer lo mismo? –Le miré sin saber de qué me hablaba–. Buscar a alguien con quien dormir caliente esta noche.

–¿Me creerías si te digo que soy un romántico empedernido? Tuve mi época de desenfreno, pero ahora me da un poco de pereza despertarme al día siguiente con una extraña y no saber qué

decir.

Fabio me analizó con la mirada y levantó una ceja. Supongo que algo en mis palabras le hizo pensar en mi breve romance con Sofía, pero nada más lejos de la realidad. No pude decirle que cada vez que veía a su amiga, me temblaban hasta las pestañas.

–La verdad es que me lo imaginaba… –soltó al fin de manera vaga e imprecisa–. Lo de Leah fueron cinco años, ¿no? O eso se rumorea.

Descubrir que conocía mi pasado no me sorprendió en exceso, Fabs estaba al día en todo lo que tuviera que ver con moda y celebridades.

–Lo sabes.

–Lo sospechaba, pero lo cierto es que no pareces el mismo perro faldero que Leah Madison paseaba por Brisbane.

–¿Así es como me veías?

Fabio se encogió de hombros.

–No sé, cuando salías con ella parecías una persona, pero luego con tu madre parecías otra muy diferente, con lo que siempre pensé que o eras un actor de primera o tenías una fuerte crisis de identidad.

–Muy observador.

–¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Sigues enamorado de ella?

–¿De Leah? ¡No, por supuesto que no! Eso ya es agua pasada.

–Me alegro, porque siempre quise tener delante a Lucas William Doyle para decirle que Leah es una zorra manipuladora. Y que, en realidad, eres más atractivo con gafas.

No pude evitar echarme a reír por su declaración categórica.

–¡Gracias! Me habrías venido muy bien hace unos años para ahorrarme un par de escándalos, un montón de dramas y un corazón roto. Por cierto, ¿lo sabe alguien más?

–¿Qué Leah es una zorra? ¡Todo el mundo! –La seriedad en su semblante, algo tan poco habitual en él, consigue arrancarme una carcajada–. Creo que solo Patri. Sofi y los tortolitos viven en la Inopia… Un momento, ¿por qué sonríes?

–Yo no estoy sonriendo. Te agradecería mucho que no le dijeras nada a…

–¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! ¡A ti te gusta Sofía!

–¡No digas tonterías!

–Cuando me contó lo de aquella noche, no me lo podía creer. Sofía no es de las que va magreando a nadie en el metro, ¿sabes?

–¡Dios mío! ¿Te ha contado eso?

–Tranquilo, lo que más me impactó fue lo del tatuaje. ¿Me dejas verlo?

Se lo mostré, resignándome a la evidencia de que no iba a parar hasta que se lo enseñara.

–Ahora que sé lo que significa, me gusta.

–¿Podría quedar esta conversación o, mejor aún, la noche entera entre nosotros?

–Solo si me explicas por qué no te has lanzado ya.

–¿Quieres que lo haga? –pregunté sorprendido–. Colin la está protegiendo de los “tipos como yo”, ¿a ti no te molesta que ande cerca de ella?

–¿Bromeas? ¡Yo trato de pervertirla! Le animo a que se equivoque, a que viva y le partan el corazón para que vuelva a reconstruirlo. Terapia de choque –informa–. ¿Ese es tu miedo entonces? ¿Qué Colin te parta las piernas?

–No quiero hacerle más daño –confesé, pero él se echó a reír escandalosamente.

–Tranquilo, *amore*, tú no vas a hacerle daño.

–¿Cómo estás tan seguro?

–Porque siempre se ve el humo mejor desde fuera, y tú estás abrasándote, cariño. ¿Te apetece otra cerveza? Creo que a tu amiga le está yendo bien la noche.

Me hizo un gesto con la cabeza para que me girase y vi a Aga besándose con la pelirroja. La escena me dio mucho morbo, para qué negarlo.

–Me encantaría esa cerveza –dije al fin–. Y bien, volviendo al drama gay, ¿has pensado qué hacer para pasar a ese profesor a tu bando?

–¿A qué te refieres?

–Pues que, si realmente te gusta ese chico, vas a tener que darle motivos para que salir del armario valga la pena.

* * *

Mi paz mental se viene abajo cuando las drags Lilly y Lola trasladan el show a las mesas de los comensales, la guinda del pastel que a mí me suena a ruleta rusa. ¿Quién será la mesa afortunada en convertirse en estrella invitada del show? Solo espero que no seamos nosotros...
Entonces me doy cuenta de que en aquella sala de espectáculos todos tienen algo que celebrar, ya sea una despedida de solteras o un ascenso laboral, y las drags se están empleando a fondo por homenajear a los protagonistas. No tengo escapatoria.

Mis peores temores se hacen realidad cuando escogen nuestra mesa y empiezan a caminar alrededor buscando a su presa. Todos los ojos de la sala, todos los teléfonos y todas las miradas están puestas en nosotros. Me pongo más rígido que el palo de la escoba que usan para barrer el jardín. Una cuarta reina aparece por detrás de Fabs con una tarta de cumpleaños gigante con un montón de formas eróticas elaboradas en azúcar de colores.

–Cariño, primero vas a soplar las velas y después… ¡la vela mayor! –anuncia Lilly emocionada.

La drag emite una risa estridente y ostentosa, justo antes de colocar el adorno central de la tarta, un pene de chocolate color caramelo de dimensiones astronómicas a la que no duda en llenar de nata, obligando al cumpleañero a hacer una felación a la chocolatina. Grotesco, pero él parece estar en su salsa… o en su nata, mejor dicho. Quien no parece estar disfrutando tanto es Gerardo, quien se cubre la cara con poco disimulo para que nadie le identifique. Supongo que tiene que ser duro mantener esa imagen de catedrático serio y que alguien te vea de repente en el bar más gay de todo Londres, junto a un tipo que se está comiendo una polla embadurnada en nata. Empatizo con él y le dedico una sonrisa de amabilidad. Sé exactamente cómo se siente…

Las otras dos señoritas drag se dan cuenta de la incomodidad que reina en el ambiente y deciden escoger una segunda víctima… ¡Yo! Niego con la cabeza insistentemente, pero a ellas les importa un pimiento mi opinión. Me convierto en el nuevo centro de todas las miradas –algo que Gerardo agradece porque nadie más está pendiente de ellos dos–, cuando las drags empiezan a sobarme los hombros de un modo muy sensual y yo escondo la cabeza, avergonzado.

–Estás muy tenso, rey, igual podemos hacer algo para que te relajes… –Lola me susurra con una voz forzadamente sensual, acariciando mi pecho y bajando muy al sur de mi anatomía.

Si espera que así me relaje, ¡lo lleva claro! Me pregunto hasta dónde está dispuesta a llegar con el show, pero la drag se detiene antes de invadir ninguna zona prohibida.

–¡Vaya, vaya! ¿Es eso una pistola o es que te alegras de verme, chico? –parafrasea a Mae West y hace un gesto escandaloso para después dirigirse a Sofía–. ¡Chica, estas cosas se

comparten! ¡Mírala, chocho, por eso ha tenido esa sonrisa toda la noche!

Todos a nuestro alrededor ríen con mi apuro, incluida Sofía, quién disfruta del show con la naturalidad de la que yo carezco. Me doy cuenta de que, llegados a este punto, tengo solo dos opciones: o sigo comportándome como un capullo amargado o me tiro a la piscina. Le quito la boa de plumas rosas a Lola y me la coloco alrededor del cuello ante su mueca de exagerada sorpresa.

–¿Puedo? –pregunto acercándome a sus prótesis mamarias con curiosidad–. Creo que después del magreo que me has pegado, es lo más justo.

La drag muestra primero un falso decoro que, inmediatamente, sustituye por una estruendosa carcajada. Después, agarra mi mano y se la lleva directamente a su delantera. Aprieto y me sorprendo de lo bien conseguidas que están las prótesis. Me dirijo entonces a Sofía, que no para de reírse con el show:

–Lo siento, nena. Creo que prefiero a Lola.

–¡Has ligado, chocho! –le dice la tercera drag, Lila, siguiendo con el show que tienen previsto esta noche.

–Tranquilas, que donde caben dos, caben tres –bromeo abrazando a mis dos drags con teatralidad.

Todo el mundo comienza a aplaudir cuando me dan un sonoro beso en la mejilla y anuncian que tienen que ir a otra mesa a seguir con el show. Gerardo me susurra un “gracias” que no todos perciben. Le he quitado un peso de encima y odio reconocer que me ha encantado hacerlo. Me he sentido libre, auténtico, yo mismo. Es como si me hubiera quitado toda la represión de golpe en ese acto de valentía escénica.

Y así, en medio de todo ese festival de color y música, decido confesarle a Sofía algo que nunca le había dicho y que hace semanas que lleva rondándome la cabeza.

–Volver a enamorarme.

–¿Qué? –Sofía me mira, sin saber de qué le estoy hablando.

–Mi miedo –aclaro.

Una sonrisa de felicidad le atraviesa el rostro y yo me relajo. Esa es justo la reacción que estaba esperando.

16

SOFÍA

Y entonces llegó diciembre.

–He estado empapándome en todas las historias y tradiciones islandesas y parece ser que allí aún te veneran –bromeo.

Es cierto. Islandia está fuertemente influenciada por la cultura escandinava, lo que implica que la figura de Thor tenga un gran protagonismo.

–Disculpe señorita, ¿son solo dos? –La azafata interrumpe nuestra conversación. Me giro y afirmo con la cabeza–. Tenemos un problema para equilibrar el peso del avión. ¿Les importaría si los muevo a los asientos delanteros sin coste alguno?

–Se refiere a… ¿clase Business? –pregunta Lucas sin creer la suerte con la que empieza el viaje.

–Bueno, es un vuelo *low cost*, así que tampoco os emocionéis mucho...

–Cuando mides un metro noventa, tener más espacio para las piernas es razón más que suficiente para emocionarse.

Seguimos a la azafata hasta los nuevos asientos, una fila solo para nosotros dos en la que tenemos mantas, snacks y tablets para amenizar el vuelo.

–Número 40 tachada –observa él–. Hemos conseguido que nos asciendan de categoría en un avión sin hacer nada.

–¿Qué te parece si tachamos también la número 62? –Mi mano se posa discretamente sobre su entrepierna mientras mis ojos se lo comen con deseo.

–¿La número 62? –susurra apurado–. ¿Pero tú estás loca?

–Te espero en el lavabo.

Me contoneo como una gata en celo, pero mis intentos por resultar atractiva se vienen abajo cuando una turbulencia hace que me caiga contra un señor que dormía plácidamente en su asiento. Llego a trompicones hasta los lavabos, un habitáculo pequeño y maloliente donde apenas hay aire que respirar. Mientras le espero, improviso toda clase de posturas sexuales, pero es físicamente imposible hacer nada en ese espacio. Lucas llama discretamente a la puerta y le abro para que entre. El aseo es tan reducido que tengo que poner una pierna a cada lado de la taza para que podamos entrar los dos, y, aun así, estamos tan pegados que me siento agobiada. ¿A quién demonios se le ocurrió que tener sexo en un avión era divertido?

–Si realmente queremos hacer esto, tenemos que ser rápidos –le informo.

Oigo sus protestas cuando, en un intento por ser pasional, me abalanzo sobre él con tanta fuerza que se clava el manillar de la puerta en la espalda. Ignora el golpe y me sube la falda mientras yo le desabrocho los vaqueros. Llevo unos leotardos térmicos preparados para el frío polar que se resisten a abandonarme. A base de arañarme la piel y romperme dos uñas, consigo bajarlos solo hasta las rodillas, sintiendo que me oprimen la circulación de manera preocupante.

Me inclino contra la taza del váter para facilitarle la maniobra. Una turbulencia hace que

ambos nos desplacemos con fuerza contra el lavabo. Y luego contra la pared contraria, y de nuevo contra el lavabo.

–¿Crees que podrías terminar ya? –le pregunto desesperada–. Creo que voy a vomitar.

–Sofía, no creo que pueda… No lo estoy disfrutando en absoluto.

–¡Perfecto! Abortamos misión, pero esta la tachamos. Tener sexo en un avión no implica correrse, ¿verdad?

* * *

Aterrizamos en Reikiavik a las diez de la mañana y dedicamos el día a coger la caravana de alquiler y relajarnos en la Laguna Azul, una enorme piscina termal a unos 50 kilómetros de allí, que debe el intenso color de sus aguas a la cantidad de partículas de sílice que hay en ellas. La experiencia no podría ser más placentera, disfrutar de un refresco dentro del agua, sintiendo el vapor en la piel en contraste con el frío helador que hay afuera.

–¡No me puedo creer que hayas accedido a comer en un *Burger*! –exclamo, recordando nuestra primera comida en el país–. ¿Qué se siente al comer comida barata y grasienta?

–Puedo hacer algunas excepciones en la dieta cuando estoy de vacaciones, graciosilla.

–Dicen que el primer amor huele a hamburguesería barata, no veo por qué no puede hacerlo también el último…

–En mi caso, va a ser SÓLO el último. Mi primer amor olía a caviar y a bistec de canguro.

–¡Pobres canguros! –exclamo con tristeza–. ¿Con quién salías tú para poder permitirte esos lujos? ¿Nicole Kidman? ¿Kylie Minogue, tal vez?

–Mejor no te cuento que nuestras primeras vacaciones juntos fueron en un yate en Saint-Tropez…

Le miro escéptica. El plan del yate y el caviar dista mucho de la experiencia que está teniendo conmigo, comiendo comida basura y hospedándonos en hoteles de bajo coste.

–En serio, tú eres consciente de que hoy vamos a dormir en una caravana, ¿verdad?

–Te recuerdo que el plan lo elegí yo. Estoy exactamente dónde quiero estar, gatita, con una española super sexy y en el lugar más recóndito de la Tierra.

–¿Sabes? Hace mucho que nos conocemos y tengo la impresión de que no sé nada de tu vida anterior.

–¿Qué quieres saber? La verdad es que no hay demasiado que contar…

–¡No sé! A qué se dedican tus padres, qué sueños tenías de pequeño, si has tenido alguna otra ex novia millonaria...

Lucas tuerce el morro, pensativo.

–De pequeño soñaba con ser astronauta. Pensaba que podría salir de la nave cuando quisiera y tocar las estrellas, pero cuando descubrí cómo funcionaba realmente el asunto, me llevé una gran desilusión. ¿Y tú?

–Siempre tuve claro que quería ser publicista. ¿Cómo acabaste en ventas entonces?

–Supongo que se me da bien, lo he mamado desde niño. Mi padre tiene una empresa razonablemente exitosa de venta online de la que espera que yo me haga cargo algún día.

–Y tú no quieres. –Algo en su relato me ha adelantado esa información.

–No –replica, perdiendo la vista en el fondo del paisaje–. No creo que me vaya a hacer feliz. Entiendo que es su legado, que ha luchado mucho por conseguir llevar la empresa a lo más alto, pero ese fue su sueño, no el mío. Tengo la impresión de que da igual lo que decida, una parte de

mí se va a arrepentir igualmente de no haber explorado la otra opción.

–Eso siempre es así cuando tienes que tomar una decisión. ¿Qué te gustaría hacer, entonces? Si pudieras elegir cualquier cosa en este mundo…

–Ya te dije que me encantaría montar un restaurante. Lo tengo diseñado en la cabeza al detalle, una combinación elegante y misteriosa entre madera y cristal tintado en azul marino, con el techo lleno de luces diminutas que parpadean muy sutilmente, como si fuera…

–Un cielo estrellado.

–¡Exacto! Una noche de estrellas en la ciudad, con la calidez y el aroma de la selva. Quiero que la gente entre allí y disfrute tanto que se olvide de toda preocupación. Que se vayan con una sonrisa en la cara. Pondría una barra con palmeras artificiales para darle un toque exótico, y habría orquídeas colgando de macetas hechas con cáscara de coco. ¡Y serviríamos los mejores cócteles!

–Supongo que sería un restaurante vegano…

–Sostenible más bien. Estoy a favor del consumo de carne y pescado de manera responsable.

–Tu sueño no parece algo improbable, ¿qué te impide montar ese restaurante?

–Primero, que ahora mismo vivo en Londres, y tengo claro que ni el clima ni el ambiente es lo que estoy buscando para mi restaurante. Segundo, tengo que encontrar el modo de decirle a mi padre que no me voy a hacer cargo de su empresa. Y no se me da bien decepcionar a la gente…

Por primera vez desde que nos conocemos, me doy cuenta de todo a lo que Lucas está renunciando por apostar por nosotros. Él tenía sueños en Australia, unos sueños que, de algún modo, yo le estoy negando.

–La primera no tiene por qué ser un obstáculo –me oigo decir.

–Estoy contigo ahora y soy feliz aquí.

–Ya, pero tú no puedes renunciar a tu sueño por una mujer a la que acabas de conocer.

–Sí, sí puedo. Es mi elección. Además, la hostelería es muy esclava. ¿Acaso querrías salir con un cocinero?

–Siempre y cuando sigas cocinándome a mí en privado, no veo por qué no iba a querer.

–No te parece… ¿insuficiente?

–¿Insuficiente? Las verduras horneadas con salsa de pistacho que hiciste el otro día eran algo fuera de este mundo.

–Okey, tomaré nota. –Tuerce el gesto, sorprendido–. Mi ex creía que salir con un chef era humillante. Fue una de las condiciones que me puso para estar con ella, que encontrara un trabajo “digno”.

–¿“Una de las condiciones que te puso para estar con ella”? ¿“Trabajo digno”? –repito ojiplática–. ¿Y tú aceptaste?

–Ella quería que trabajara en una gran empresa, que fuera alguien, y su plan era compatible con el de mi padre. Supongo que al final esa idea anidó con fuerza en mi cabeza. Cuando le comenté lo de montar un restaurante con mi madre, creyó que era un don nadie y que, por ese camino, nunca podría complacerla.

–En serio, ¿de qué mundo vienes tú?

–De uno muy complicado. Y cuanto más lejos te mantengas de él por ahora, mejor para todos. Ahora mismo, lo único que me preocupa es decidir qué voy a hacer con la empresa de mi padre…

–No deberías hacerlo si no es lo que quieres. Solo hay una vida, ¿sabes?

–No empieces como Fabio…

–¿Has hablado con Fabio de esto? –pregunto sorprendida.

–Siento comunicarte que ya no es solo tu amigo, tenemos una relación muy cercana cuando tú no estás presente.

–¿Cómo de cercana?

–No TAN cercana –bromea con una sonrisa canalla–. ¿Por qué no me hablas tú de tu familia? Los Carrascal son todo un enigma para mí.

–¡Y mejor que lo sigan siendo, créeme! Mi madre es encantadora, pero es una mujer frustrada y empequeñecida que ha vivido siempre a la sombra de mi padre. Aún sigue convencido de que le hizo un favor a mi madre obligándole a quedarse en casa con nosotras mientras él prosperaba laboralmente.

–Traducción: tu madre es ama de casa y tu padre es un machista.

–Bueno, ellos lo llaman "matrimonio tradicional y cristiano". Mis abuelos crecieron con Franco, con lo que mis padres no recibieron la educación más progresista… Y sí, mi madre es ama de casa. Mi padre es abogado, el mejor de Barcelona, y mi hermana ha seguido de cerca sus pasos, convirtiéndose en la abogada de divorcios más despiadada. Siempre consigue sacarle los cuartos a la parte contraria sin tener en cuenta los motivos del divorcio ni quien es el culpable.

–No siempre hay culpables, gatita. Cuando rompí con mi ex, todo el mundo se posicionó sin tener ni idea de por qué habíamos roto, gente que no nos conocía de nada se atrevió a juzgarnos. Toda historia tiene dos puntos de vista. Y a tu hermana le pagan precisamente por eso, por posicionarse.

Sus ojos se oscurecen cada vez que habla de su ex, como si un montón de demonios hicieran acto de presencia.

–¿Estuvisteis mucho tiempo juntos? Porque tiene pinta de que te hizo bastante daño.

–Cinco años. Y sí, me hizo daño, pero ya es agua pasada –confiesa, sin ánimo de prolongar la charla–. Y, hablando de agua… ¿Podríamos dejar el pasado atrás y disfrutar del presente en esta magnífica piscina natural?

* * *

El segundo día lo dedicamos a recorrer el Círculo Dorado, una zona repleta de valles cubiertos de nieve, cascadas y ríos de plata. Nuestra primera parada es el Parque Nacional de Thingvellir, uno de los lugares más especiales de la isla, pues en este mismo lugar, sin edificios pomposos ni ribetes de oro, los vikingos fundaron en el año 930 el Albingi, primer parlamento democrático nórdico y una de las instituciones parlamentarias todavía vigentes más antiguas del mundo. Otro de los intereses del valle que sirvió de escenario en *Juego de Tronos,* es que es el punto donde confluyen las placas tectónicas de Eurasia y América del Norte. En otras palabras, en aquel paisaje de escarpadas paredes de lava negra, manantiales y llanuras, consigo tachar la 105 de mi lista: estar en dos lugares a la vez.

–¿Crees que conseguiremos ver elfos? –pregunto. Lucas me mira con los ojos como platos.

–No sé, igual les pillamos en una fiesta del té con Alicia y el sombrerero loco.

–¡Hablo en serio! He leído que el 62% de los adultos en Islandia cree en los elfos y en "la gente oculta". ¡Tienen hasta una Universidad de Elfos!

–Si ves a Dobby por ahí, dale mi número de teléfono. Siempre quise tener un elfo doméstico que me planchara la ropa.

–¡Dobby vive en Londres! –respondo, como si se tratara de un personaje real.

–Tendré que estar más atento entonces…

Proseguimos con la ruta del Círculo Dorado, deteniéndonos en el géiser Strokkur para observar maravillados los chorros de agua hirviendo que escupe cada cinco minutos, alcanzando la friolera de 20 metros de altura.

La siguiente parada es la catarata Gullfoss, la más imponente de la isla y, por sus paisajes, una de las más especiales del mundo. Después de esta visita, las cascadas de Seljalandsfoss y Skógafoss ya no parecen tan increíbles. Terminamos la ruta por la playa negra de Reynisfjara, que nos ofrece un paisaje muy distinto a nada que hayamos visto nunca antes, y finalmente, regresamos a Reikiavik agotados y muertos de frío.

* * *

El día de Nochebuena me despierto con la continua vibración de mi móvil. Tengo al menos treinta y cinco mensajes, varias notificaciones de redes sociales y dos llamadas de mi madre. Me levanto, me pongo el abrigo y las botas de nieve y salgo de la caravana tratando de no despertar a Lucas, que sigue durmiendo plácidamente en la litera.

–¡Felicidades, pequeña! –saludan mis padres al unísono al verme por la cámara.

Hoy cumplo veinte siete años y lo cierto es que no he preparado nada especial. Una de las desventajas de haber nacido en Nochebuena es que mi cumpleaños siempre queda eclipsado por el de un tío en el que ni siquiera creo, así que me he acostumbrado a estar en un segundo plano mientras todos festejan a Jesús.

–¿Qué llevas puesto? ¿Tanto frío hace por allí? –pregunta mi padre con esa preocupación innata de los progenitores.

–¡Ni te imaginas! Llevo tanta ropa encima que me cuesta moverme.

–¿Te está gustando Islandia? –pregunta mi madre torciendo el gesto–. No nos has mandado ninguna foto.

–La cobertura no es la mejor por aquí, pero prometo mandaros alguna cuando regrese a casa.

–¿Qué vais a hacer esta noche? –quiere saber mi madre.

–No mucho, hemos comprado un par de platos típicos para cenar y supongo que veremos una peli –explico–. Hoy cierra todo pronto. La tradición aquí es ir al cementerio a decorar las tumbas de los seres queridos.

–¿Eso no es lo que hacen en México en el Día de los Muertos? –Mi padre me mira con desconfianza.

–¡Pues aquí se hace en Nochebuena! Nos han dicho que la Navidad no empieza oficialmente hasta que no oigamos las campanas de la iglesia luterana repicar.

–¿Cómo te trata ese chico? –Quiere saber mi padre–. La verdad es que nos quedaríamos más tranquilos si le viéramos la cara…

–Todo está bien, papá. Estoy muy contenta, aunque os echo mucho de menos. Prometo que iré a veros después de Navidad.

–Nosotros también te echamos de menos, pequeña –responde mi madre con tristeza–. Incluso tu hermana y tu sobrino están un poco tristes porque no hayas venido este año. ¡Feliz Navidad! Y feliz cumpleaños, tesoro.

–¡Feliz avidad a vosotros también!

Cuelgo el teléfono sintiéndome algo melancólica. Está siendo una experiencia increíble, pero reconozco que estar lejos de mi familia en estas fechas, se me hace un poco cuesta arriba.

–¿En serio hoy es tu cumpleaños? ¿Por qué no me habías dicho nada?

Me giro y veo a Lucas observándome con una mezcla de sorpresa y decepción.

–No tiene importancia, en serio. Normalmente todo el mundo está pendiente de la cena de Nochebuena así que no hago nada especial… Fabio es el único que me obliga a celebrarlo a lo grande, aunque sea una semana antes.

–¡A mí la Nochebuena me trae sin cuidado! ¡Es tu cumpleaños! ¿Cómo se me ha podido pasar algo así?

–De verdad, no le des importancia... Un segundo, me está llamando Patri.

Me mira pensativo mientras respondo a la llamada de mi amiga, que aprovecha a felicitarme la Navidad, el cumpleaños, el año nuevo y casi, hasta las Pascuas.

–Gatita… –interrumpe de pronto, saludando brevemente a Patri–. Vuelve a la caravana. ¡Cambio de planes!

Le miro sin entender nada y continúo la llamada dentro, como me ha pedido. Lucas se da una ducha rápida, prepara el desayuno y se pone sus mejores galas. Todo esto mientras yo respondo las llamadas de Fabio, Colin y Chloe, mis abuelos, mi hermana, algunos amigos de Barcelona y decido finalmente que, quienquiera felicitarme, tendrá que tirar de mensaje de texto. Yo cierro el chiringuito de llamadas por hoy.

–¿Aún sigues en pijama? –protesta Lucas al verme ataviada con los pantalones de cuadros de franela y el abrigo de nieve.

–La idea era pasar el día en Reikiavik empapándonos del espíritu navideño. –Engullo un trozo de tostada con mantequilla de almendras y le miro sin entender la jugada–. ¿Se puede saber a dónde vamos con tantas prisas?

–A las estrellas.

LUCAS

¡Bendita la hora en la que accedí a que Sofía cumpliera la número 64 en las inhóspitas carreteras de Islandia! Una caravana no es un juguete. No acelera ni frena tan bien como un coche y, desde luego, no es un lugar donde quiera morir. Animada por la música de ACDC, ha pisado el acelerador y puesto el vehículo a máxima velocidad.

–No te la voy a dar por válida, así que reduce. –Mi voz es una súplica.

–¿Por qué no?

–A, porque no es un coche. Y B, porque 200 kilómetros por hora no se considera una velocidad de vértigo. El coche que yo conduje superaba los 400.

–Puedo pisarle más si quieres…

–¡Frena! –suplico, apoyando la mano en su muslo para que no se emocione–. Aún tenemos 3 horas de camino hasta Akureyri y preferiría llegar vivo.

–¿Por qué has cambiado la ruta en el último momento?

–Ya lo verás. Con que estemos allí a las nueve y media de la noche, me conformo.

–¿Nueve y media de la noche?

Sofía me mira confundida y no muy convencida con mi plan, pero sigue conduciendo sin hacer más preguntas.

¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido preguntarle cuándo era su cumpleaños? ¿No es acaso una de las primeras preguntas que haces cuando conoces a alguien? La edad, el horóscopo, el cumpleaños… Me he sentido tan estúpido con el hallazgo, que he aprovechado las incesantes llamadas de aquellos que sí lo sabían para organizar algo de última hora que haga su día memorable, tarea difícil cuando todo cierra a las cuatro de la tarde.

En algún momento de la ruta, mis padres me llaman para desearme un feliz día de Navidad alegando de coña que llaman desde el futuro, una broma que hacen mucho desde que vivimos con nueve horas de diferencia.

–¿Cómo se celebra la Navidad en Australia? –pregunta Sofía, curiosa.

–Con una barbacoa de marisco en la playa. Hacemos muñecos de nieve con arena, Santa Claus llega en tabla de surf…

–¿Utilizáis delfines en vez de renos? –Su sarcasmo delata que no me cree.

–¡Te juro que no te estoy vacilando! Solemos vestirnos con nuestras mejores galas, un bonito bañador y un gorro de Navidad –explico–. Todo esto de ver nieve y pasar frío es nuevo para mí.

Tras varias paradas para estirar las piernas y visitar algunos puntos de interés fuera de ruta, llegamos a Akureyri a las seis de la tarde. En esa época del año, la noche visita pronto la ciudad y estamos sumidos en la oscuridad desde las cuatro.

Considerada “la capital del norte” y la puerta de entrada a las “highlands” islandesas, Akureyri es la segunda ciudad más grande de la isla, con poco más de 20.000 habitantes.

Apenas nos da tiempo a visitar la iglesia –cuya arquitectura asemeja el trono de *Juego de Tronos*– y la casa de Navidad Jólahúsið, una pintoresca tienda de regalos que recuerda a la casita de jengibre de Hansel y Gretel, y que mantiene su espíritu navideño durante todo el año. Compramos unos dulces a base de canela y los engullimos en el acto. También compro unas velas navideñas que servirán para decorar el pastel de cumpleaños.

A las siete de la tarde propongo volver a la caravana ante la evidencia de que no hay mucho

más que hacer en la ciudad. Observo con disgusto que Sofía se cambia de ropa y se pone un precioso vestido de terciopelo verde con las mangas transparentes. No puedo decirle que aquella es una idea pésima, arruinaría por completo la sorpresa.

Comemos una deliciosa sopa de pescado y un plato de carne ahumada con guarnición y salsa de caramelo que hemos comprado en una tienda de comida para llevar. Y de postre, un pudding australiano que he preparado especialmente para la ocasión y que he decorado con las velas de Navidad que compré en la tienda. A falta de pan… buenas son velas de Papá Noel y Rudolph.

–¡No tenías que haberlo hecho! –responde ella con un susurro infantil.

–Cumpleanios feeliss, cumpleanioos… –Le canto con un mal acento en español que a ella le hace reír. No puede decir que no me estoy esforzando en aprender su idioma–. ¡Pide un deseo! –Sopla las velas y parte el pastel en dos platos–. Sé que Santa no llega hasta mañana, pero tenía algo para ti antes de saber que era tu cumpleaños.

–Yo también te he comprado algo –dice ella-. Es un poco arriesgado, pero espero que te guste…

–El simple hecho de que hayas pensado en mí ya me gusta.

Se levanta y desaparece de mi vista. La oigo hacer ruido en la mochila, y luego regresa con un pequeño paquete y unos sobres que me tienen la mar de intrigado. Yo he escondido el mío detrás de la silla, así que tan solo tengo que estirar el brazo y cogerlo.

Comienzo abriendo el paquete, un ejemplar de *El día que dejó de llover sobre Londres*, una novela que parece autopublicada. He releído demasiadas veces esa lista de libros como para saber que no está en ella, pero no por ello voy a negarle la oportunidad. También me encuentro un bóxer rojo que al parecer quiere que me ponga en Nochevieja. Cosas de España.

Abro entonces los sobres y me encuentro una claqueta de cine de cartón en la que se lee: 27 de junio, 12pm, The Gold Lion Studios. En el mismo sobre, me encuentro unas entradas de cine que muy probablemente haya diseñado ella y en las que se lee el mismo título del libro. Me quedo mirándola confuso. Obviamente existe una relación entre ambos regalos que yo no alcanzo a entender.

–¿Qué es esto? –Doy la vuelta a la claqueta en busca de alguna otra pista. Nada.

–La número 96 y la 44 –suelta, aunque no me aclara mucho.

–¿Voy a ser extra en una película?

–El rodaje no empieza hasta mayo. Karen conocía a alguien en la productora y me puso en contacto con la chica que organiza el casting –explica, ante mi mirada atónita–. Nos darán tickets para el preestreno y podremos cumplir la 44.

–¡Guau! ¿Y todo esto lo has diseñado tú? –pregunto, observando la claqueta con purpurina dorada en los bordes y la entrada de cine que parece antigua. Ella afirma con la cabeza–. ¡Me encanta!

No puedo sino comérmela a besos, poniendo en riesgo el plan de esta noche. ¡No puedo creerme que los dos hayamos tenido la misma estúpida idea de hacernos regalos que poder disfrutar juntos mientras complementamos la lista!

–Menos mal que no me decidí por el Rolex… –susurra divertida.

–Se quedaría en el cajón con los otros dos –respondo. Hace tiempo que sustituí mi caro reloj por una pulsera de actividad–. ¡Me toca a mí!

Le tiendo un paquete envuelto con papel negro con lunares dorados. Me encanta ver su ilusión cuando desenvuelve un bolso para el portátil en tono azul cielo y con mil compartimentos para guardar sus productos de muestra.

–¿Cómo sabías que necesitaba uno?

–Me he fijado en que el tuyo se te ha quedado pequeño. Aún hay más, sigue mirando...

Sofía extrae un sobre del bolso en el que hay una tarjeta de Navidad y otro sobre más pequeño.

–"Feliz de que cumplas la 15 y la 29. No tanto con la 20, pero podría llegar a aceptarlo si me autorizas a tener un *affaire* con Sofía Vergara" –lee en voz alta. Solo por el desconcierto que veo en su mirada, ya han valido la pena las horas de cola para conseguir su regalo–. ¿De qué se trata? No conozco tan bien la lista… Hay demasiadas cosas que no podré hacer hasta que cumpla la 72.

La número 72 no es otra cosa que tener suficiente dinero para poder realizar todas las cosas de la lista.

–Te dejo que mires la chuleta…

Le saco la copia que siempre llevo encima y se la doy.

–"Feliz de que cumplas la 15 y la 29" –relee mientras busca rápidamente en la lista–. Número 15, lanzarse desde un escenario al público. Okey, entonces deduzco que aquí hay entradas para un concierto o una obra de teatro.

–Sigue leyendo…

–Número 29, conocer a mi ídolo. –Frunce el ceño y me mira sin entender–. ¿De qué va todo esto?

–Lee la número 20… –le pido–. Recuerda que podré asimilarlo si me dejas estar con tu tocaya.

–¿Colarse entre bambalinas y liarse con un dios del rock? –pregunta aguantando la risa–. ¿Qué estás tramando?

–Abre el sobre.

El brillo que albergan sus ojos es suficiente para saber que el regalo le ha gustado tanto como yo esperaba.

–¿Entradas para el próximo concierto de Daughtry, con acceso privado al camerino de Chris? –pregunta casi gritando–. ¡Estás loco! ¿Cómo sabías que Daughtry es mi ídolo?

–Puede que le haya preguntado a Fabio un par de cosas sobre ti. Obviamente, se me pasó lo de tu fecha de cumpleaños…

–Te aseguro que Chris Daughtry no va a ser el dios que va a tener sexo esta noche, Thor.

Se pone juguetona de nuevo y me desabrocha la camisa. Me veo obligado a frenarla, tarea nada sencilla cuando yo también tengo ganas de ella.

–Espera. Aún hay más… Cámbiate de ropa.

–¿Cómo? –pregunta extrañada–. ¿Qué tiene de malo mi vestido?

–Que no quiero que te dé una hipotermia. Y nos están esperando, recuerda que hemos quedado a las nueve y media.

–¿Dónde vamos, si está todo cerrado? ¿Quién nos está esperando?

–¡No tardes! Y ponte ropa de nieve.

Afortunadamente, no tarda más de cinco minutos en ataviarse la ropa de frío extremo entre incesantes preguntas que me he negado a responder.

Cuando salimos de la caravana, el guía del tour ya está esperándonos en la furgoneta, junto a otras dos parejas y un grupo de jóvenes que, al igual que nosotros, han pensado que no había mejor plan para Nochebuena que disfrutar de las maravillas que nos otorga la naturaleza. A medida que nos alejamos de la contaminación lumínica, el cielo se va tiñendo de verde, blanco y, en ocasiones, destellos ligeramente púrpuras.

–¡Venimos a ver la aurora boreal! –deduce, incapaz de parpadear por miedo a perderse el espectáculo que tiene ante sus ojos.

–Quería hacer algo que hiciera tu cumpleaños memorable. A mí me da igual la Navidad. A partir de ahora, el 24 de diciembre celebraremos tu día por encima de todo. El de Jesús será algo complementario para contentar a las familias…

Sofía se ríe y apoya su cabeza en mi pecho.

–¿Más memorable que el simple hecho de estar aquí contigo y con unas entradas al camerino de Chris Daughtry? –añade maliciosa.

–Aún más memorable. ¡Feliz cumpleaños, gatita!

Nos adentramos en las profundidades de la naturaleza islandesa en busca del lugar idóneo para la excursión. El frío corta la piel y desgarra los pulmones, pero también es absoluto responsable de esos paisajes imposibles de encontrar en ningún otro lugar del planeta. La tierra de fuego y hielo.

El guía nos reúne a todos bajo las luces y comienza a explicarnos cómo se forman las auroras. Cojo una manta de la furgoneta y nos envuelvo a los dos, mientras disfrutamos de aquel espectáculo de la naturaleza con un vaso de chocolate caliente, acompañado de unos dulces típicos del país.

–Las auroras son el resultado de las partículas del Sol que entran en contacto con el campo magnético de la Tierra –explica–. Nuestro campo magnético dirige estas partículas a los polos, creando el juego de colores que estáis viendo ahora mismo. Este fenómeno no solo se produce en el hemisferio norte, también en el hemisferio sur tienen sus propias auroras, conocidas como auroras australes.

–¿Alguna vez has visto una? –me pregunta Sofía.

–No, es una de esas cosas que sabes que siempre puedes hacer porque está en tu país, y al final dejas pasar el tiempo…

–Entonces esta es también tu primera vez.

–La primera de muchas primeras veces juntos.

Brindo por eso. Las luces del norte bailan sobre nosotros, dibujando formas en el aire. Miro a Sofía y sonrío. Las auroras han teñido de verde y naranja sus ojos, imprimiendo misterios en sus pupilas. Es la máxima definición de magia. Un fenómeno natural que me tiene descolocado, embelesado y cautivo. Y si a eso le sumamos el espectáculo que tiene lugar en el cielo, aquella noche es simplemente perfecta.

La intensidad de mis sentimientos me abruma. Y tengo miedo. Tengo miedo a que descubra esa parte de mí que guardo tan celosamente, miedo a que no le guste Lucas William Doyle cuando le conozca. Porque, ¿a quién queremos engañar? A mí tampoco me gusta. O no al completo… Supongo que aún queda algo bueno de él en mí, la pasión por los atardeceres en Brisbane tras una tarde de surf. Las mañanas ayudando a mi madre a preparar sus videos de cocina.

–¿Por qué me miras así? –pregunta con voz débil.

Sonrío y me lo guardo para mí. Podría decirlo más alto, pero no más claro: estoy jodidamente enamorado de Sofía.

17

SOFÍA

¿Existe la mala suerte o somos nosotros los que atraemos determinados acontecimientos con nuestra actitud? Desde luego, hoy no es mi día, ni mi semana, y sospecho que febrero tampoco va a ser mi mes. Y solo estamos a martes…

Simone de Beauvoir dijo una vez que, ha sido mediante el trabajo, como la mujer ha podido franquear la distancia que la separaba del hombre, ya que es lo único que podría garantizarle la libertad completa. Libertad. En los últimos días, este trabajo que tanto adoro se ha convertido en mi cárcel. He dejado que una mala campaña me atrape y me absorba hasta el punto de influenciar todo lo demás en mi vida. Estoy tan desconectada del mundo, que me he saltado comidas sin darme cuenta y dejado la vida social a un lado. Y todo para nada. Porque ¿a quién quiero engañarle? Llevo un año en Petrichor y no hay absolutamente ningún indicio de que me vayan a hacer fija. Tal vez vaya siendo hora de dejar de llorar por los rincones y empezar a asumir que hay más agencias de publicidad. Si Petrichor no me quiere, yo tampoco los necesito a ellos.

Tampoco estoy teniendo demasiada suerte para encontrar piso. Todos tienen humedad, falta de luz o están ubicados en el subsuelo, a lo que se le suman las continuas inundaciones, la contaminación que generan los viandantes y el ajetreo del metro haciendo vibrar las paredes. No, gracias.

A esta racha de dudas y desconexión, se le ha sumado un bloqueo creativo que me está matando. Llevo semanas preparando la campaña para el gigante empresarial de productos capilares Lo Real –que, irónicamente, venden los colores más irreales del mercado– sin haber llegado a ninguna conclusión posible. Tal vez el fracaso de la campaña se deba a que me falta el toque que le aporta Fabio, o a que, por primera vez, no puedo probar el producto. ¡Bajo ningún concepto voy a teñirme el pelo de azul brillante para empatizar con los clientes! Eso está fuera de toda discusión.

Y ahí estaba yo, un martes a las siete de la mañana, intentando extraer algo de mi reseco cerebro que pudiera servirme para anunciar los tintes de pelo para el monstruo de las galletas.

–¿Qué haces tan pronto en la oficina? –pregunta un Fabio sorprendido, al que no he visto desde que hace varias semanas se fue a Milán con su chico. Me da un abrazo tan fuerte que mi menudo cuerpo cruje entre sus brazos–. No me digas que estás pensando en cambiar tu preciosa melena por el estilo inglés.

–¡Ni de coña! Solo intento conectar con el cliente. –Tuerzo el gesto y apago la pantalla–. ¿Qué tal en Milán? Por las fotos que has mandado al grupo diría que como una luna de miel.

–¡Divino! Todo el mundo adora a Gerardo. Si todo va bien, este verano nos iremos a Brasil a conocer a su familia, beber caipiriña y bailar samba hasta el amanecer. Por cierto, te he traído algo. –Saca de su maletín de trabajo una bolsa de bombones de colores–. Es torroncini y morbidelli, están hechos con frutos secos y recubiertos de chocolate o crema de pistacho. Son

típicos de Navidad, pero mi madre siempre me los guarda hasta que voy a Italia.

–¡Eres cruel! Sabes que estoy a dieta –recuerdo, metiéndome uno de esos deliciosos dulces navideños en la boca.

–Y también sé que nunca la cumples. –Me lanza un beso en el aire para meter más el dedo en la llaga–. ¿Y tú qué, desaparecida? Me ha dicho Patri que hace días que no te ve.

–Estoy un poco agobiada –reconozco–. Entre el trabajo, el piso, el…

–¡Los dramas de uno en uno! ¿Qué es eso de que estás buscando trabajo?

–Hace un año que estoy en Petrichor y nadie me ha llamado para renovar el contrato. Es cuestión de tiempo que Karen me largue.

–A mí me hicieron fijo a los 14 meses, hicieron la vista gorda hasta que no pudieron extenderlo más. Por el piso no voy a preguntarte, deduzco que te has cansado de vivir con Pin y Pon. ¿Y Lucas? ¿Todo bien con él?

–Pues… sí, supongo.

–¿Sí, supones?

–Patri no es la única a la que he dejado de lado estos días… –confieso, apretando los dientes–. Supongo que estoy pagando de algún modo mi crisis con él, dedico cada segundo de mi existencia a esta maldita campaña.

–Necesitas descansar, *amore*. Por mucho que lo fuerces, si no viene la inspiración, no viene. Vete a cenar con tu chico, echa un polvo y desconecta. ¡Es infalible!

–¡No puedo! Tengo la presentación hoy y te digo de veras que he estado dedicada a esto en cuerpo y alma. Y luego hay algo más… –Hago una pausa y lo pienso un segundo antes de contarle las tonterías que últimamente se me han pasado por la cabeza–. Vas a pensar que estoy loca, pero hay algo en Lucas que no…

–Has acertado, ¡creo que estás loca! –dice abriendo tanto los ojos que me da la risa–. Los hombres como Lucas son como el planeta Halley, pasan una vez cada setenta y cinco años. Es romántico, divertido, original, está como un tren…

–¡Ahí es dónde quiero yo llegar! ¿Y si no fuera ni romántico ni original y solo estuviera ocultando algo? –pregunto con la mosca tras la oreja. Fabio sigue dedicándome esa mirada de escepticismo–. Todas nuestras citas son siempre en lugares íntimos, oscuros, misteriosos… Nunca hemos tenido una cita en un bar de moda o en el centro comercial.

–¿Así que ese es el problema: quieres tener citas aburridas y convencionales? La verdad es que no te entiendo.

–No es eso, es que… ¡Ni siquiera sé cómo se llaman sus padres! Es siempre tan reservado con todo que…

La preocupación que muestra su semblante me crea desconfianza, como si él supiera algo que yo desconozco por completo.

–¿Has hablado con él de esto?

–Siempre que le pregunto por su pasado se cierra como una ostra, o me suelta cuatro respuestas para tenerme contenta un rato y me cambia de tema.

Es cierto. En las últimas semanas ha sido un patrón que se ha repetido cada vez que intentaba saber más sobre él. Y he llegado a cansarme.

–Estoy seguro de que hay una muy buena explicación a por qué actúa así. Y también creo que tú necesitas unas vacaciones porque estás empezando a ver fantasmas donde no los hay.

–Estoy harta de que jueguen conmigo, Fabs. –Miro el reloj de la oficina y exhalo un largo suspiro de cansancio–. Lo siento, no puedo seguir de cháchara. Tengo que preparar la maldita

presentación antes de las doce. Los dulces italianos y yo nos vamos a la sala de reuniones.

–¿Nos vemos después del trabajo? He quedado con Patri en el O'Neill's.

–¿Tú yendo al O'Neill's? –pregunto perpleja de que vaya a un sitio tan típico–. Me encantaría, pero he concertado dos visitas para ver pisos esta tarde.

–Baja un poco el ritmo, nena. Te has tomado demasiado en serio lo de "año nuevo, vida nueva". –Creo que hoy he terminado de romperle los esquemas–. ¡Suerte con la campaña!

* * *

Tan pronto veo a Karla Lewinska, la CEO de Lo Real, me doy cuenta de que me he equivocado de lleno con la campaña. Tiene un corte de pelo irregular en tonos violeta con reflejos rosas, los labios pintados de azul y lleva unas llamativas gafas multicolor con brillantes de Swarovski. Su vestido de retales queda eclipsado por unas botas de plataforma en forma de espiral, realizadas con multitud de tejidos que abarcan desde las flores hasta los cuadros escoceses. Lleva un enorme colgante dorado en el cuello que le otorga un llamativo parecido a Úrsula, el pulpo malvado de la Sirenita. Debería haber imaginado que ese es el tipo de público al que va destinado el producto.

Tan solo es una reunión informal para acercar puntos con la clienta, pero, antes de empezar, ya paladeo el sabor del fracaso. Karla me hace un gesto para que comience a exponer mis ideas, mirándome a través de sus gafas multicolor que me están cegando con tanto brillo.

–Había pensado que podríamos mostrar a cinco mujeres en su día a día, monótono y aburrido que, al teñirse el pelo, transformaban también su actitud –comienzo, insegura. Incluso a mí me está sonando repetitivo e insulso–. Imagínate una oficinista morena, como yo, que se pone el pelo de rosa y se vuelve alocada y atrevida, o una señora de la limpieza que...

–¿Esta es la genial idea que va a hacer que yo venda millones de tintes? –interrumpe Karla, visiblemente sorprendida por la mierda que Petrichor, famosa hasta en los confines de la Tierra por sus originales campañas, ha preparado para ella.

–Bueno, la idea es que… –dudo un instante antes de hablar a sabiendas que no voy a hacer sino empeorar la situación– la escena se llene de música pop y color y…

Karla no se molesta en añadir nada más y mira a mi jefa para comentar algo en privado.

–¿Quién organizó la campaña esa tan alucinante de chicles multisabor?

–Hubo tres campañas, Sofía dirigió la de Instagram, Fabio la de YouTube y Theresa la de TikTok.

–¡TikTok! ¡Eso es! Había un anuncio de Mary Poppins que me evocó sentimientos nostálgicos de la infancia, y a la vez, conecté con el producto de un modo único. –Karla nos recuerda un anuncio que, irónicamente, creé yo tras mi cata de chicles con Lucas–. ¿Crees que Theresa estará disponible para llevar esta campaña?

Me veo incapaz de cerrar la boca mientras miro con soberbia a Karla, que actúa de repente como si yo no estuviera aquí. Creo que es lo más humillante que ningún cliente me ha hecho nunca.

–Bueno, la campaña de Mary Poppins fue idea de Sofía –informa Karen en voz alta–. Al igual que ese anuncio de Instagram tan genial sobre las bragas para incontinencia.

–¿Aquel de las mujeres en su día a día meándose encima cuando hacían actividades cotidianas? ¡Fue deprimente! –Karla no piensa mostrarse piadosa conmigo–. Y como le funcionó para vender bragas, pensó aplicar la misma plantilla a mi producto. Si no te importa, Karen,

preferiría dejar Lo Real en manos de esa tal Theresa. Necesito ideas modernas e innovadoras, como mis productos.

–¿Desde cuándo los tintes del pelo son algo moderno e innovador? –me oigo a mí misma preguntando a modo crítica–. ¡Lucía Bosé ya llevaba el pelo azul hace veinte años!

Karen hace un gesto con la mano para que me calle y sé que me he extralimitado. La clienta me mira de arriba a abajo por encima de sus gafas y no se corta un pelo en analizarme en voz alta.

–Encanto, eres la viva imagen de la Virgen María. Pelo virgen, piel virgen… –añade con cierto desprecio, un gesto que engrandece sus ojos saltones bajo esas gafas hiper graduadas hasta hacerle parecer un sapo.

No sé por qué pierdo el tiempo en mostrarle mi tatuaje, pero ella abre los ojos impresionada. Me parece increíble que el recuerdo de una borrachera sea para ella un motivo de orgullo, una cicatriz de guerra que me da un pase directo al club exclusivo de los vividores.

–Prepararemos una segunda campaña para el viernes que viene –ofrece Karen–. No vamos a parar hasta dar con la idea exacta que tienes en la cabeza.

Sonrío apática cuando la clienta sale de la sala acompañada de mi jefa. Ayudaría mucho a modelar la idea si la clienta se hubiera pronunciado al respecto. Karla Lewinska no ha dicho absolutamente nada de lo que espera de nosotros, tan solo ha soltado una retahíla de divagaciones sin sentido sobre lo que no espera.

Recojo mi maletín y me resigno a la idea de pasar otra semana dedicándole mi insomnio a esa petarda. Karen me intercepta cuando estoy a punto de abandonar la sala.

–¿Desde cuándo tienes un tatuaje? –pregunta sorprendida. A mí me sorprende que ese sea el tema que le preocupa y no el desastre que acabo de protagonizar.

–Me lo hice la noche que conocí al chico con el que estoy saliendo.

–No sabía que tuvieras novio, siempre pensé que tú y Fabs…

–No eres muy observadora, ¿verdad? –me burlo–. Fabio es abiertamente homosexual.

–Pensaba que todos esos comentarios eran parte de su personaje, como es italiano y eso… –se justifica, tirando de tópicos–. Oye, Sofía, quería que supieras que no tienes por qué sentirte mal por lo que ha pasado hoy. No siempre conectamos con el cliente y, si no te sientes cómoda con el rollo transgresor de Karla, puedo darle la campaña a Theresa.

–Karla es menos transgresora que un lapicero –digo con escepticismo–. ¡Puedo hacerlo! Solo necesito un poco más de tiempo.

–Tiempo es lo que no tenemos, quiere algo listo en una semana.

–Tendré algo este mismo jueves. Si no le gustan mis ideas, podrás darle la campaña a Theresa.

–No te lo tomes como algo personal, querida. Bill Gates dice que los clientes más insatisfechos son la mayor fuente de aprendizaje. Y esta campaña te está sacando de tu zona de confort. Eso siempre es bueno.

–Puedo hacerlo –reitero, no sé si para ella o para mí misma..

Cuando regreso a mi escritorio lo único en lo que puedo pensar es en Karla Lewinska y el reto que me va a suponer complacerla. Es una de esas personas que se creen auténticas y únicas y no tiene absolutamente nada que la identifique del resto, más allá de sus prendas de colores que probablemente ningún diseñador progre aceptaría. ¿Acaso no es ese el estilo del 25% de los habitantes de esta ciudad?

Lucas me ha mandado al menos dos mensajes para desearme suerte con la campaña y saber

cómo ha ido el día. A media tarde, no tengo escapatoria posible cuando el teléfono comienza a sonar insistentemente. Decido tomarme un descanso para comer un sándwich y tomar el aire, a riesgo de que la ansiedad acabe conmigo entre las paredes de este despacho. Me sabe mal decirle que hoy tampoco podremos vernos; desde que estamos "saliendo", pasamos prácticamente cada noche juntos y llevo varios días dándole largas cada vez que se ofrece a traerme la comida o a acompañarme a ver pisos. Necesito estar sola, pero él, que es un impaciente selectivo, no lo entiende. Podría pasarse horas haciendo cola en un supermercado sin alterarse ni un ápice mientras yo pierdo gradualmente la paciencia, pero cuando se trata de él, de su vida, las cosas las quiere para ayer. Y después de varios días sin vernos, sumado a la ambigüedad de mis excusas, empieza a perder la paciencia...

Pero lo que él no entiende es que yo necesito concentrarme. Necesito una puñetera idea brillante que deje a esa réplica de Úrsula con la boca abierta.

* * *

Aquel jueves me presento en la oficina a las cinco de la mañana con un termo de café, una manta térmica y un paquete de galletas con chocolate, mientras repaso, una y otra vez, las ideas "transgresoras" que le expondré a la clienta. Mis bocetos incluyen imágenes psicodélicas siguiendo el estilo Pop-Art, llenas de luz, color, con un divertido estilismo de cómic. Mis protagonistas son gente de todos los sexos, edades y nacionalidades, con peinados imposibles, pertenecientes a tribus urbanas, con tatuajes, piercings… El eslogan, "Tu color. Tu rollo". Estaba bastante contenta con el resultado hasta que Karla Lewinska –que esta vez se ha presentado con el pelo lleno de rastas de un amarillo chillón– tuerce el gesto y, sin mostrarse particularmente encantada con mis ideas, añade:

–¿El estilo Pop Art no estaba de moda en los cincuenta?

–Y los pantalones de campana en los setenta, pero todo vuelve –añado molesta.

–Reconozco que es algo mejor, aunque está lejos de lo que estoy buscando. Quiero que el anuncio permanezca en la imaginación colectiva y que hablen de él, no necesariamente que empaticen con él. No quiero que conecten con la realidad, sino que la idea de usar el producto les haga sentirse especiales, únicos, fuera de este mundo.

Un *deja vú* me deja aturdida cuando veo a Karen acompañar a la clienta a la salida y me quedo de nuevo en la sala esperando el veredicto. Cuando regresa, es tan breve como misteriosa.

–Sofía, ¿a ti cuándo se te acababa el contrato con la agencia?

–Se me acabó en enero –replico, tragándome la agonía que me produce el saber que mi despido es inminente.

–Va a ser difícil encontrar a alguien como tú.

Con una palmadita en la espalda desaparece y me deja aquí sentada, confundida, y pensando que mi mala suerte esta semana no ha hecho más que empezar.

* * *

–No va a despedirte –repite Fabio por enésima vez en menos de un cuarto de hora.

–Eso no lo sabes. Últimamente no paro de cagarla. Y lo peor es que no tengo ni idea de por dónde tirar…

–¿Dónde van a encontrar a alguien como tú? –repite dándome un abrazo que a Karen no le

pasa desapercibido. Me sonríe como corroborando su teoría y yo niego con la cabeza.

–Karen cree que entre tú y yo hay algo –le informo divertida.

–¿No soy lo suficientemente gay para ella? –exclama con una exagerada expresión facial que me arranca una carcajada por primera vez en esta semana–. ¿Qué haces esta noche? ¿Te hace una cena en mi casa? He quedado con Gerardo y Patri, creo que va a traerse a un amigo nuevo... Podrías pasarte con Lucas.

–¿Cena en tu casa? ¿Tú metido en la cocina? –me burlo, con los ojos como platos–. En serio, ¿desde cuándo te has vuelto tan convencional? El otro día fuiste al O'Neill's, hoy vas a cocinar…

–He decidido probar la rutina. No estoy acostumbrado, así que para mí es un plan apoteósico.

–Cierto –tuerzo el gesto y le doy la razón–. Mira que me encantaría verte haciendo cosas normales por una vez en tu vida, pero tengo que terminar esta campaña antes de que la campaña termine conmigo. Y he concertado dos citas para ver otros dos pisos.

No tiene que preguntarme cómo va la búsqueda porque lleva los años suficientes viviendo aquí para entender que es un tema delicado y desesperante. Por eso no le extraña cuando, a las cinco en punto, salgo escopetada hacia Ealing con cara de dirigirme a la horca. Lo que sí me sorprende a mí misma es cuando, después de ver el primer piso, que no me convence ni por zona ni por tamaño, cancelo la última visita a un piso en esa misma calle y me dirijo a la peluquería de Aga. No sé por qué decido hacerlo, pero algo dentro de mí me pide a gritos que llene de colores esta semana tan gris.

–¡Sofía! –Aga se sorprende al verme y deja a una clienta a medio cortar el pelo para propinarme un abrazo amistoso–. ¿Cómo tú por aquí? ¿Vas a dejar que le meta mano a ese pelazo de una vez por todas?

Hace un gesto con las tijeras en el aire que me da más pánico que la idea de la horca en sí.

–¡Ni se te ocurra acercar a mí ese instrumento de tortura! –Amenazo con toda la seriedad que consigo reunir–. He tenido una semana horrible y me gustaría que me ayudaras a darle un poco la vuelta. Solo me pondría en tus manos para algo así.

–Me tienes intrigada. Termino de cortar a esta maruja y en veinte minutos estoy contigo.

LUCAS

Tiempo. Es una palabra a la que no siempre se le da el valor que merece. Para algunos es una necesidad vital, un estilo de vida, una exigencia. Es eso que pasa como un huracán cuando estás disfrutando y que parece detenerse cuando quieres que pasen las horas. Y así estaba yo, contando las horas para volver ver a Sofía, con la certeza de que algo no iba bien.

¿Habrá descubierto quién soy y me estará castigando con su indiferencia? ¿O tal vez se haya dado cuenta de que no soy tan especial como parezco, tan auténtico, y que no puedo ofrecerle una vida llena de aventuras? Que soy anodino y común, como decía Leah. Sea lo que sea, estoy dispuesto a llegar hasta el fondo de este asunto.

El lunes le propongo vernos y me dice que tiene que preparar una campaña para el martes. Normalmente le ayudo con eso, pero respeto su espacio después de semanas intensivas viéndonos día y noche.

Cuando el martes me dice que no puede verme porque tiene que ir a ver pisos, me ofrezco a acompañarla, pero ella prefiere ir sola alegando que está cansada.

El miércoles no me molesto en proponerle nada. Sé que cuando quiere verme, es la primera que dice de venir a mi casa, y Sofía ni siquiera pregunta qué voy a hacer esa tarde, lo que me tiene terriblemente mosqueado porque antes de ser pareja hablábamos más de lo que estamos hablando estos días.

El jueves pierdo la paciencia. Si he hecho algo mal, merezco saberlo.

La última vez que una mujer comenzó a ignorarme sin motivo aparente fue porque había alguien más en su vida. Más de un alguien. Me niego a creer que Sofía me esté haciendo lo mismo.

Como viene a ser habitual esta semana, después del trabajo me paso por la peluquería a recoger a Aga para pasar la tarde juntos. Cuando me ve aparecer, sonríe entre dientes y me pega cariñosamente en el hombro a modo saludo.

–¡Cuatro días seguidos! –vitorea con la agudeza que siempre la caracteriza–. Desde que sales con Sofía tengo que pedir audiencia con más adelanto que para ver al rey. ¿A qué se debe el honor de tu visita… otra vez?

Saco del bolsillo dos bolsas de palomitas para microondas de la tienda polaca y se las enseño en alto.

–¿Te apetece maratón de películas? Hay unas cuantas que me apetece ver y el clima no es demasiado favorable para hacer cualquier otra cosa.

–¿Desde cuándo el clima es un impedimento en este país? –se burla ella–. Hoy no puedo, cielo, he quedado con un chico que he conocido en la aplicación de citas de Facebook.

–¿De verdad alguien ha probado eso?

–Al menos dos personas lo han hecho –responde la voz de la evidencia–. Por cierto, tu novia acaba de salir por la puerta. ¡No puedo esperar a que la veas!

–¿Sofía ha estado aquí? –Aquella noticia termina de descuadrarme el día–. Me alegra saber que no tiene tiempo para mí, pero sí para cortarse el pelo.

–¿Quién ha dicho que se ha cortado el pelo? –Su tono misterioso no me gusta nada. Si Sofía le ha dado manga ancha, habrá acabado con el pelo rapado al 2 y de un naranja brillante–. ¿Por qué no estás con ella ahora mismo? Me encanta tu compañía, pero cuatro días seguidos tal vez sean

demasiados...

–Cuando lleves cuatro días seguidos sin verme, no quiero verte suplicando que quede contigo.

–¡Me encanta echarte de menos, Luke! Así cuando nos vemos tenemos cosas de las que hablar. Pero si no me dejas echar un polvo, no tendré nada que contarte la próxima vez que nos veamos que, dada la trayectoria, sospecho que va a ser mañana.

Sus chistes me hieren más que de costumbre. Puede que porque es la segunda mujer que me dice ese día que está cansada de verme y empiezo a plantearme que esté haciendo las cosas mal con ambas. Decido despedirme de ella y largarme con mis palomitas a otra parte.

–Luke, espera. Solo estaba bromeando. –Aga se acerca a mí en actitud maternal y me da un abrazo que le devuelvo al instante. Me conoce demasiado bien para saber cuándo lo necesito–. No has respondido a mi pregunta.

–Es que no sé la respuesta –confieso–. Últimamente parece estar ocupadísima. Me manda un par de mensaje para ver qué tal me ha ido el día y listo. Pensaba pasarme por su casa a verla para ver si sigue con vida, pero ya me has dicho tú que sí, así que…

–¡Pásate! ¿Por qué tienes miedo de ir a verla? ¡Es tu novia!

–Técnicamente no hemos aclarado aún ese punto…

–¡Luke, eres imposible! Vete a ver lo que se ha hecho en el pelo TU NOVIA, que cuando se lo lave no quedará tan guay.

–Creo que no hará falta… –respondo horrorizado, mirando el selfie que me acaba de mandar Sofía con su nuevo look. Al menos se ha acordado de que existo–. ¿Le has…? ¿¡LE HAS TEÑIDO EL PELO DE ROSA!?

* * *

–¿Qué te has hecho en el pelo?

De todas las preguntas que he acumulado esta semana en mi cabeza, esa es la que de repente cobra mayor fuerza. Cuando me ha mandado la foto, todas las dudas sobre una posible crisis se han disipado de golpe y he decidido venir a verla, a pesar de sus continuas quejas porque estaba liada. Otra vez.

Sofía levanta la cabeza de su portátil y me mira con asombro, al igual que Chloe, que es quien me ha abierto la puerta y está deseando ver mi reacción. Aunque sigue morena en las raíces, la mitad de su melena está pintada de un fucsia muy llamativo.

–¿No te gusta? –pregunta Sofía–. ¡Estaba harta de parecer la Virgen María!

–Yo me había hecho devoto de tu religión, pero reconozco que así también estás guapa. Solo tengo que acostumbrarme.

Sonríe con mi respuesta y se levanta para darme un abrazo que no me esperaba, dada la semana de autismo.

–¿Qué haces aquí? Pensaba llamarte ahora…

–¿Tú qué crees? –Dudo un segundo si besarla o no y llego a la conclusión de que no hay razón alguna por la que no deba hacerlo. Sigue siendo mi chica hasta que no se acuerde lo contrario.

–Perdona si he estado un poco ausente, entre la maldita campaña y la búsqueda de piso…

–¿Por qué no te quedas a cenar, Luke? –propone Chloe, entusiasmada con la idea de otra posible tarde de juegos de mesa y vino tinto–. Podríamos pedir comida nepalí y…

–Yo no puedo, chicos, tengo que preparar la campaña, así que cenaré algo rápido –responde

mi chica la aguafiestas.

No sé qué responder. La verdad es que no tengo ninguna gana de cenar comida nepalí, solo me apetecía estar con ella y parece que no va a ser posible. Mi suerte cambia cuando Sofía coge mi mano y me arrastra con ella a su habitación. Y, entonces, me besa y el cielo vuelve a llenarse de estrellas. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Acaricio su pelo rosa y sonrío. No sé cómo lo hace para estar siempre tan guapa, incluso cuando se ha destrozado su preciosa melena.

–No puedo dedicarte mucho tiempo, voy atrasadísima con el trabajo –se excusa.

–¿Puedo quedarme a dormir al menos? Prometo que no te molestaré, cogeré un libro y…

–¡Claro! ¿Has leído *La hoguera de las vanidades*? –pregunta, tendiéndome un libro de Tom Wolfe que descansa en su mesilla de noche. Yo niego con la cabeza y lo acepto.

Mientras la observo trabajar, entiendo lo del cambio de look. Está intentando conectar con el consumidor, como hace siempre, solo que esta vez lo ha llevado demasiado lejos. Analiza campaña tras campaña de la competencia en busca de ese algo que haga que mágicamente encuentre la inspiración que ha perdido, esbozando garabatos en un papel que enseguida desecha y tira a la papelera. Nunca la había visto tan estresada. Yo me quito los zapatos y los calcetines, me pongo un pantalón corto de algodón, que siempre tengo aquí, y me acomodo en la cama con mi novela.

Sé que el tiempo avanza porque llevo más de veinte páginas leídas y ella sigue mordiéndose el labio con frustración. Y, entonces, pierde la vista no sé muy bien en qué, parece que en mis pies. Compruebo que los tengo limpios y no emiten ningún olor desagradable. ¿Por qué tiene la mirada fija en mis tobillos entonces?

–¿Por qué no haces un descanso y comemos algo? –propongo–. Estoy seguro de que te sentirás mucho mejor con el estómago lleno…

Asiente con la cabeza sin siquiera mirarme. Lo que sí mira son mis pies, de un modo desconcertante.

–Catwoman y Thor. Superhéroes –pronuncia bajito, aún con la mira perdida en lo que ahora sé es mi tatuaje–. Sirenas. Elfos. Hadas. No quiere nada real, sino memorable. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

–¿Estás bien?

–¡Genial! –responde más animada de lo que la he visto antes–. ¿Por qué no preparas algo para cenar y estoy contigo en media hora?

La idea me gusta. Voy a la cocina y me entretengo hablando con Colin y Chloe mientras preparo unos sándwiches versión gourmet con queso de cabra y cebolla caramelizada, acompañados de verduras de temporada al horno con salsa de anacardos.

Sofía aparece en la cocina con el ánimo renovado. Cenamos, charlamos un poco con los tortolitos y volvemos a meternos en su habitación, para tirarnos a la cama mirando el techo sin nada que decir. Aunque su humor ha mejorado, aún sigue congelando el aire cuando respira. Me siento incómodo, se nota en el ambiente que algo no va del todo bien.

–¿Cómo va la búsqueda de habitación? –Pregunto por hablar de algo–. Me dijo Aga que has visto una cerca de su peluquería.

–Sí, pero está demasiado lejos de todo... ¿Puedes creerte que he visto como quince esta semana y todas tenían un “pero”?

–¡Esto es Londres! –suspiro, reconociendo que no es el mejor lugar para encontrar el piso de tus sueños.

–Ese es el problema, que esto es Londres… Y si a eso le sumas que mi hermana no para de

mandarme fotos de casas de ensueño en Creta a precios irrisorios, pues comparas y…

–¡Es verdad! Os vais a Creta en abril, ¿no? El 40ª aniversario de tus padres.

–En cuanto a eso… –Sofía se incorpora y me mira demasiado seria–. Me estaba preguntando si debería reservar habitación para uno o para dos…

–Pues…

No me esperaba esa pregunta tan directa. Ir con su familia a Grecia es lo último que se me ha pasado por la cabeza, aunque reconozco que tiene sentido. Algún día tendremos que dar el paso de conocer a nuestras respectivas familias, aunque esperaba hacerlo después de que Sofía estuviera al tanto de mi situación.

–Para uno –se responde ella sola, incitada por mi mutismo.

–Es que me lo preguntas así, tan de sopetón… –Intento excusarme, pero lo cierto es que salta a la legua que no quiero ir–. Oye, no quiero que te lo tomes a mal, podemos organizar algo más adelante… ¡Siempre he querido ir a Barcelona! Podría conocer a tu familia allí.

–Claro, lo entiendo…

No lo entiende. Es un maldito libro abierto y mi respuesta errónea solo haya hecho más evidente que está pasando algo que no me quiere contar.

–Sofía…

–Está bien, en serio. –No, no está bien. Lo veo en sus ojos–. ¿Hay algo que te haga especial ilusión para tu cumpleaños? –Recordarme que en menos de dos meses cumpliré los treinta y tres no cambia el hecho de que tenemos que hablar–. Fabio quiere reservar el Madison, tiene unas vistas increíbles, pero no sé si va mucho contigo…

Al oír esa palabra, mi cuerpo se pone en tensión. No sé si está jugando conmigo o ha sido un comentario completamente inocente.

–Madison está fuera de toda discusión. Además, es caro y pomposo.

–¡Eso mismo he dicho yo! Podríamos ir a ese bar rock de Brick Lane que…

Su insistencia por hablar de mi cumpleaños es la última prueba que necesito de que Sofía está incómoda conmigo y necesita llenar los silencios como sea. Su verborrea me pone nervioso. Sé que se me está escapando algo, pero ¿el qué?

–¿Podríamos dejar de hablar de mi cumpleaños?

Me mira impactada por el tono de mi comentario, pero no dice nada. En su lugar, se levanta de la cama y regresa a su ordenador, donde se pone a revisar la campaña. Otra vez.

–¡Lo siento! Soy un capullo, debería estar encantado de que mi novia me esté organizando el cumpleaños y, aquí estoy, poniéndole pegas a todo, pero es que no guardo un recuerdo particularmente grato del último que celebré.

Sofía se gira y tuerce el gesto.

–¿Qué has dicho?

–Me enteré de que mi ex estaba con otro en mi cumpleaños –repito–. Alguien tuvo la brillante idea de poner unas fotos suyas morreándose con otro en el proyector del bar.

–Eso ya me lo habías contado, me refería a lo otro…

–¿Lo de que soy un capullo? –pregunto sorprendido–. Creía que esa parte ya había quedado clara…

Me mira a punto de perder la paciencia.

–Lo otro.

Su reacción termina de rayarme. Siempre estoy defendiendo que no somos nada, y acabo de llamarla “N–O–V–I–A” con todas las letras.

–Bueno, es lo que somos, ¿no?

–¡Pues no lo sé, Lucas! La verdad es que tenemos un concepto bastante diferente de lo que es ser novios.

Me llama por mi nombre... ¡Malo! No sé qué está pasando, pero sé que el volcán Sofía ha acumulado todo el magma que podía soportar y acaba de entrar en erupción.

–¿Se puede saber qué estoy haciendo mal? Porque en los últimos días te noto muy distante, y no tengo ni la más remota idea de qué he hecho. He rememorado las últimas semanas y todo lo que recuerdo es lo felices que somos juntos. O al menos, lo feliz que soy yo…

–Sí, yo eso también lo recuerdo. Y además te recuerdo a ti rehusando hacerte fotos conmigo o, si las hago, prohibiéndome expresamente que se las envíe a nadie –añade con frustración. No tengo escapatoria–. Y luego me puse a pensar en todas esas citas románticas y originales que hemos tenido. Todas a la luz de la luna, en la intimidad o disfrazados… La excusa perfecta para que nadie nos vea. Y luego está mi hermana…

–¿Tu hermana?

–¡Mi hermana! Pues que no me creo que vaya a decir eso, pero… ¡Tiene razón, Lucas! –Otra vez me ha llamado así. La cosa pinta mal–. ¡Si es que no sé absolutamente nada de ti! No he visto fotos de tu infancia, ni de tu familia, ni de tus amigos en Australia… De hecho, ¿tienes siquiera amigos en Australia? Empiezo a pensar que hay algo más que no me estás contando. ¡Si es que no sé ni cómo se llaman tus padres!

¡Así que se trata de eso! Tengo ganas de reírme, pero no quiero que me parta la cara por cretino.

–¿En serio llevo una semana sin verte por esta chorrada?

–Hablo en serio, Lucas. ¿Estás casado? Tienes mujer e hijos en Australia, ¿verdad? ¡Por eso no quieres que nadie nos vea juntos!

–¿Eso es hablar en serio? –pregunto, perplejo por ese derroche de imaginación. Esto me pasa por liarme con una publicista…

Me resigno a que tendré que ser honesto con ella y actuar con normalidad si quiero que las cosas sigan su curso. Al fin y al cabo, Aga tiene razón: no tengo por qué dar explicaciones sobre mi vida anterior ni tengo por qué avergonzarme de nada.

–Vicky y Will.

–¿Qué? –Sofía me mira sin entender mi respuesta.

–Mis padres –aclaro–. Victoria y William. Ese es también mi segundo nombre, Lucas William. Y no tengo demasiados amigos en Australia. Fui a un colegio de pago y no encajé demasiado bien con nadie. La mayoría de mis “amigos” de la edad adulta me dejaron de lado cuando rompí con mi ex, así que no merecen que los defina como tal.

–¿Echas de menos tu vida allí?

–No la vida que llevaba, pero sí echo de menos mi ciudad y a mi familia.

–Si no estás casado, ¿de qué te estás escondiendo?

–¿De verdad crees que, si me estuviera escondiendo, vendría precisamente a la ciudad más caótica del Reino Unido en lugar de a un pueblo remoto?

–La gente en los pueblos habla, en las grandes ciudades cada uno va a lo suyo.

–¡Se te está yendo de las manos! Creo que necesitas descansar y dejar de comerte la cabeza.

–No lo sé, Lucas… Tengo la impresión de que no estamos en el mismo punto.

Suspiro un segundo y me doy cuenta de que Sofía necesita más de lo que le estoy dando. Y sé que este es justo el momento en el que debería ser honesto con ella, contarle ese pasado del que

intento huir, pero simplemente no me atrevo. ¿Cómo voy a explicarle que la razón por la que me niego a quedar con ella en un restaurante de moda es porque cada día aparecen nuevas fotos con la eterna incógnita de si seré yo o no? ¿Que tengo puestas las alertas de Google para que me avisen de cualquier mención a Lucas William Doyle, y últimamente se me acaba la batería del móvil de tantas notificaciones que recibo? Hace dos días me vieron bailando salsa en La Habana, y esa misma noche, montando en bici en las calles de Ámsterdam. Y entre todas esas fotos de desconocidos que han tenido la mala suerte de parecerse a mí, hay fotos de ella. Besándome, cogiéndome de la mano, visitando el círculo de piedras sagrado de Stonehenge. Todo el mundo quiere saber quién es esa mujer cada vez más asidua en las fotos.

Pero no puedo hablar… Tengo miedo a perderla. Tengo miedo de que, al decirle la verdad, crea que soy un impostor. Que no pueda lidiar con la presión de salir con un personaje público. Que ansíe una vida en el anonimato que yo no pueda darle.

–Lucas… –susurra esperando una respuesta. Creo que Sofía lleva tiempo pensando esta conversación y no tiene miedo a las consecuencias. Solo tiene miedo a las cicatrices.

–Yo estoy en el punto en el que me faltan horas al día para estar contigo –digo al fin, callando de nuevo por no contarle la verdad de mis mentiras–. Y quiero irme contigo a Creta. Quiero conocer a la hermana esa petarda que tienes. Y quiero enseñarte fotos de mi infancia, que compartas trucos de cocina con mi madre. Y no quiero que sigas buscando habitación con un grupo de extraños –remato, ante su mirada confusa–. Quiero que nos vayamos a vivir juntos. ¿En qué punto estás tú?

–¿Quieres que nos vayamos a vivir juntos? –pregunta con los ojos como platos–. ¡Pero si apenas llevamos saliendo unos meses! Porque estamos juntos, ¿verdad?

–Terriblemente juntos –susurro recostándome sobre ella–. Y no es un impulso que me ha dado de repente. Tengo casi treinta y tres años y no quiero esperar diez más para ver si lo nuestro funciona. En junio tengo que renovar el contrato de alquiler o buscarme otro sitio. Tú decides.

No estoy seguro de si mi pregunta es lo que ella quería escuchar o acabo de trastocarle los planes. Sofía muestra de nuevo esa actitud de analista de riesgos que tanto critica Fabio y que no había vuelto a ver desde la noche en la que nos conocimos.

–¿Y si sale mal? –pregunta, mordiéndose el labio con nerviosismo.

–¿Y si sale bien?

–¡Va a salir bien!

Sellamos el pacto con un beso que sabe a futuro.

Como decía, el tiempo puede ser tu mejor amigo, capaz de curar viejas heridas y borrar los malos recuerdos. Pero también tiene el poder de arruinar los momentos más valiosos de la vida cuando corre en tu contra. Porque ahí estaba yo, haciendo planes de futuro con la mujer más maravillosa del mundo, y todo lo que podía pensar es que tengo dos meses para encontrar el modo de contarle quién soy y explicarles a mis padres que no pienso regresar a Australia. Tic toc, tic toc.

18

SOFÍA

De pequeña me fascinaba la mitología griega. Mi madre siempre nos dormía a mí hermana y a mi contándonos aquellas historias de mortales que realizaban hazañas extraordinarias, héroes que recibían el castigo de los dioses y ninfas que acababan enamorándose de quien no debían. Todas esas historias tenían un elemento en común: sus protagonistas siempre acababan aprendiendo una valiosa lección de un modo cruel.

Uno de los mitos que más recuerdo es el de Ícaro, que nos enseña las consecuencias de querer siempre más de aquello a lo que podemos aspirar. Su padre, Dédalo, había construido el laberinto de Cnosos donde el rey Minos tenía encerrado al minotauro. Temiendo que alguien encontrara la salida, el rey decidió encerrar a padre e hijo en el laberinto de por vida. Pero Dédalo ideó el modo de salir de allí, creando unas alas de cera que le permitirían abandonar el laberinto por el aire, y advirtió a su hijo de la necesidad de no volar muy alto o muy bajo, pues las alas se romperían. Pero Ícaro, cegado por la belleza del sol, quiso acercarse tanto que sus alas se derritieron, precipitándose irremediablemente al vacío.

Me cuesta creer que en menos de 24 horas estaré cogiendo un avión hacia Creta para ver el laberinto con mis propios ojos. Estoy segura de que, después de un par de horas con mi familia, yo misma estaré construyéndome unas alas de cera para escapar. Cuando les confirmé que Lucas venía conmigo, me pusieron la cabeza como un bombo con toda clase de preguntas, muchas de las cuales, no supe responder. Es la primera vez que alguien me importa lo suficiente para pasar por las bromas, los bochornosos recuerdos de la infancia (¿a quién le importa que llevara pañales hasta los tres años?) y todas esas cosas que hacen los padres en los eventos familiares para ridiculizar a los hijos. Y eso que aún no les he contado que nos vamos a vivir juntos…

A quien tampoco se lo he contado es a Fabio y Patri, que, en estos momentos, se encuentran despanzurrados en el sofá de diseño que Patri acaba de adquirir para su salón, mientras saborean las deliciosas arepas que ésta ha cocinado, con un cóctel mimosa en la mano. Entre bocado y bocado, Patri le hace la pedicura a Fabs, cuyos pies están llenos de algodoncitos de colores. Una imagen de lo más pintoresca.

–¿Cuánto tiempo hace que no hacíamos esto? –Fabio se echa hacia atrás en el sofá y ronronea de placer cual gato persa–. Sofí, ¿podrías dejar el móvil y volver al planeta Fabio?

–Perdona, estoy mirando ollas en Internet, solo será un segundo.

–Añádele una “p” y me apunto al plan –responde malicioso–. ¿No podrías dejar eso para luego?

–Hay una oferta limitada –explico, dando pie al bombazo informativo–. Lucas me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos en junio.

–¿QUÉÉÉÉÉ? –Entonan en una perfecta sintonía, vertiendo parte del cóctel sobre el sofá estampado.

–No crees que es un poco… ¿precipitado? –pregunta Patri, tratando de elegir las palabras correctas.

–Bueno, en junio hará un año que nos conocemos. Además, sois vosotros los que siempre me alentáis a tomar riesgos, a que monte en bicicleta sin temer la caída…

–Sí, pero nunca te pedimos que le arrancaras los frenos a la bici, cariño… –añade mi amiga entre dientes–. Yo solo te digo que no os conocéis tanto e igual te llevas alguna que otra sorpresa.

–¿Sorpresa? –pregunto con la mosca tras la oreja–. Chicos, ¿hay algo que deba saber?

–¡Nada en absoluto! –interviene Fabio. Su cambio de tema repentino me mosquea sobremanera–. Ya que la noche va de anuncios, yo también me voy a vivir con Gerardo. Y antes de que me digáis nada, os diré que me da igual si es pronto o no, odio a mis compañeros de piso y adoro a Gerardo. Punto.

–¿Cuándo? –pregunto, más sorprendida por el hecho de que haya decidido sentar cabeza que la noticia de la mudanza en sí.

–A finales de verano. Tengo permanencia en el piso hasta el 30 de agosto.

–¡Me alegro un montón, cielo! –exclamo exaltada. Miro a Patri, que nos analiza a los dos conteniendo sus pensamientos–. Puedes decirlo, somos dos ilusos que han caído en las garras del amor y te damos grima.

–En realidad me dais algo de envidia, pero jamás reconoceré que he dicho esto.

–¿A ti? –se burla Fabio escéptico–. Pero si tu no buscas esto, reina, se lo has dejado claro a todos los idiotas que hacen cola por ti en la puerta del gimnasio.

Patri se acaba la mimosa de un trago, vuelve a rellenarlo de la jarra y repite el mismo procedimiento. Entonces, su mirada se pierde en el bullicio de la calle y comienza a hablar, sin siquiera mirarnos.

–En realidad hay alguien, siempre lo ha habido. Pero no va a pasar nada porque está con otra. He intentado luchar cuando aún estuve a tiempo, pero… no hay nada que hacer. Nunca se va a fijar en mí. Y ahora está felizmente casado.

–¿Estás enamorada de un casado? –pregunta Fabs en shock.

–¿Estás enamorada, en general? –La sorpresa es tal que no logro cerrar la boca al acabar la frase.

–Se me pasará. De momento, prefiero seguir haciendo turismo sexual. Supongo que es cuestión de tiempo que alguno de esos idiotas me guste lo suficiente como para darle una oportunidad, ¿no?

Su confesión activa mi cerebro, que no para de rememorar todos y cada uno de los momentos que he compartido con Patri en los que ha despachado sin miramientos a unos hombres que, dado su carácter fogoso y cariñoso por naturaleza, creían que iban a ser los únicos. Patri siempre tiene un gesto amable para todo el mundo y nunca la he visto manifestar signos evidentes de tristeza, excepto una vez… Fue precisamente en el cumpleaños de Colin, hace un par de años. Lo celebró en el parque de atracciones de Lego y recuerdo que lo pasamos en grande. La fiesta terminó en un club nocturno de Richmond donde Chloe anunció que se iban a vivir juntos o, mejor dicho, que él se nos acoplaba en casa.

Me entró tanto agobio ante la idea de que algo cambiase en mi vida, que tuve que salir al jardín a refrescarme un poco. Fue precisamente allí donde me encontré a Patri con el rostro hinchado de haber aguantado las lágrimas más tiempo del debido. Nunca supe qué había pasado y ella me hizo prometer que nunca volvería a sacar el tema. Di por hecho que en esa fiesta había

alguien que le había hecho daño, un antiguo ex novio tal vez, pero todos los invitados eran amigos de Colin y Chloe. Colin y Chloe… ¡No puede ser! De repente, todo tiene sentido. La enemistad entre mis amigas, las malas caras, el mal rollo. La inesperada revelación hace que me quede helada. Patri está enamorada de… ¡¿Colin?!

* * *

–¿Seguro que no se te olvida nada? ¿Cuántos bañadores has metido en la maleta? –pregunto con los nervios a flor de piel.

–Dos, los dos que tengo –responde Lucas con parsimonia.

No me puedo creer que en menos de doce horas vaya a conocer a mi familia y esté tan tranquilo. ¿Es que tiene horchata en las venas?

–¿Crees que serán suficientes?

–¿Para cuatro días? ¡Qué estamos a finales de abril! –observa, inyectándome una dosis de realidad–. Tranquilízate, gatita. Todo va a ir bien y tus padres me van a adorar. ¿Te importa si me doy una ducha rápida antes de ir al aeropuerto?

–Claro. Voy a preparar café y responder un par de emails.

–El mío doble. Me has dejado muerto –se burla con un suave beso que acaba tirándome de nuevo a la cama y sentándose a horcajadas sobre mí.

–¡Y yo estoy muerta de hambre! –protesto, apartándole de mí.

–Okey, te dejo desayunar. Pero no te vistas… Cuando salga de la ducha, no pienso dejarte escapar.

Llevo puesta únicamente su camiseta encima de mi ropa interior, pero sé que sus compañeros de piso nunca están los fines de semana, así que puedo permitirme andar por el piso de esa guisa.

Preparo café y horneo los croissants que Lucas dejó preparados anoche. Me ha tocado la lotería con este chico. Como sé que va a tardar media hora en ducharse, cojo el libro que he preparado para el avión y comienzo a leerlo, *Brighton Rock* de Graham Greene, una novela policíaca que transcurre en la ciudad con el mismo nombre. Apenas debo de llevar diez páginas, cuando el timbre de la puerta me interrumpe. Dejo el libro de mala gana en la encimera y me dispongo a abrir al que posiblemente sea el repartidor de paquetería. Los compañeros de Lucas son adictos a comprar online.

Pero no, aquella mujer dista mucho de los chicos que normalmente traen los paquetes. Parpadeo dos veces para comprobar que estoy despierta, no porque su belleza me deslumbre, sino porque tiene un halo de diva que no estoy acostumbrada a ver en las personas de carne y hueso. Va enfundada en unos ajustadísimos vaqueros oscuros, top de satén con estampado de leopardo, tacones de infarto del mismo diseño y complementos dorados, con discretos diamantes incrustados que no parecen de imitación. Su maquillaje es tan perfecto como generoso, dando la impresión de que llevara los filtros de alguna aplicación puestos. Tiene una abundante melena castaño oscuro, algo más clara que la mía y, desde luego, más disciplinada. Es de esas mujeres que llevan el brazo doblado en un ángulo de 45 grados para que su bolso Hermès y su manicura estén siempre a la vista. No me hubiera extrañado nada si hubiera salido un chihuahua como el de Paris Hilton del bolso.

Sus ojos verdosos me miran con curiosidad mientras adopta una estudiada sonrisa de complacencia. No sé quién es ni qué hace aquí, pero de repente, me siento pequeña a su lado. La idea de haberme vestido antes de abrir la puerta ya no suena tan descabellada. La mujer –que

rondará los treinta y pocos– comprueba de nuevo el número del apartamento y me mira con cierto aire de superioridad antes de abrir la boca.

–Disculpa, ¿vive aquí Lucas?

De todas las preguntas que había esperado oír, esta es, con seguridad, la última de mi lista. Mi cabeza empieza a hacer conjeturas a un ritmo frenético, concluyendo que tal vez no estuviera tan desencaminada en mis paranoias y Lucas tenga de verdad una doble vida.

–Perdona, ¿tú eres…?

–¡Leah, por supuesto! –resopla con una risita condescendiente y ese aura de diva que me está desquiciando.

Se cree tan especial que no aporta un segundo apellido, una etiqueta o referencia que me ayude a entender de qué se conocen. Su simple nombre ya debería explicarlo todo.

–¿Vas a dejarme pasar o no? –pregunta.

Sigo apoyada en el marco de la puerta bloqueando la entrada y no pienso cambiar de postura hasta que no obtenga algunas respuestas.

–Perdona, ¿podrías repetirme otra vez quién eres?

–¡Lo sé, lo sé! Impacta un poco la primera vez. Normalmente no firmo autógrafos, pero, si me dejas pasar, podría hacer una excepción contigo

¿Autógrafos? ¿Por qué iba a querer yo un autógrafo de la Barbie cirugías?

Algo dentro de mí sospecha que no me van a gustar sus respuestas, pero, aun así, necesito hacer las preguntas.

–¿En serio no me reconoces? –Creo que mi ignorancia ha ofendido a la diva–. ¿Leah Madison? ¿No ves mi canal, Simplementeleah.com? ¿Noches de pecado? –Me suelta su currículo vitae con cierto tonito en la voz–. ¡Da igual! ¿Y tú quién demonios eres y qué haces en bragas en el piso de mi novio?

Un momento… ¿SU NOVIO? Todas las terminaciones nerviosas de mi cerebro conectan y empiezan a atar cabos dolorosamente. Recuerdo la voz de Elena, explicándole a Gina quién era Leah Madison.

"…Es una influencer australiana que se hizo famosa por: A, ser la hija del futuro candidato a la presidencia del país, y B, por haberse tirado a toda Australia. Y añadiría una C, su ex novio está muy, pero que muy bueno. Llegó a coger más fama incluso que ella, sobre todo, cuando Leah le puso los cuernos…".

Y recuerdo a Lucas, hablándome en diversas ocasiones de una mujer que corresponde a las percepciones que tenía de ella:

"…No me gusta llevar gafas en público, me hacen los ojos saltones. Me lo decía mi ex…".

"…Me enteré de que mi ex estaba con otro en mi cumpleaños…".

"…Mi ex creía que salir con un chef era humillante. Fue una de las condiciones que me puso para estar con ella…".

Leah chasca los dedos en el aire para que vuelva en mí y decide no seguir esperando. Me aparta con un empujón grosero y entra directamente en el piso, quedándose paralizada en la entrada del salón al ver que no es el palacio de algodón de azúcar que ella esperaba. Y eso que ese apartamento podría considerarse un lujo comparándolo con los cuchitriles donde viven

muchos de mis amigos…

–¡Ay, por favor, cómo está todo! ¡Mira este cuadro! ¡Si parece sacado de un mercadillo ambulante!

–Es de Ikea –respondo ipso facto, sin saber si esa palabra entra en su vocabulario.

–¡Menos mal que he llegado para poner un poco de orden en esta casa! ¡Y esos sofás! –Se lleva una mano a la cara con sufrimiento–. ¡Los sofás van fuera ya! Querida, ¿podrías darle un repaso al felpudo de la entrada cuando termines de limpiar aquí? ¡Es un criadero de microbios y ácaros!

–Espera un momento… ¿Te has creído que soy la chacha?

–Oh, perdona, te he visto con el pelo ese rosa estropajoso y pensé que… ¿Quién eres entonces?

–Me llamo Sofía.

No le concedo más información que la que da un nombre. Me niego a darle el placer de divulgar en las redes que me ha robado el novio. Esta mujer es capaz de etiquetar mi humillación en el post para que sea más real.

–Claro, sí, Sofía… ¿De dónde es ese acento?

–Barcelona.

–¡Oh, mi amada Barcelona! ¿Eres parte de los PIIGS[18] entonces?

–¿Acabas de llamarme cerda?

–Plebeya, querida. Todavía no me has dicho qué haces en bragas…

Adopto una pose de diva que no es más que una burda imitación del esperpento que tengo delante, y le contesto:

–¿Esto? ¡No me ofendas, querida! Estos vestidos estilo “camiseta-masculina-gigante” están arrasando en Londres. ¡Todo el que es alguien los lleva!

Leah camina a mi alrededor y me examina con cierto interés científico. ¡Y yo que pensaba que lo peor a lo que tenía que enfrentarme este fin de semana era mi hermana! Sonia está lista para la canonización al lado de esta mujer.

Miro de reojo sus pechos erguidos y la perfección de sus pómulos. Si prendiese una cerilla, saldríamos todos ardiendo de aquí.

Rosalía hace acto de presencia y se restriega contra mis piernas en busca de afecto. Le acaricio la cola y observo, halagada, que se ha puesto en tensión al ver a Leah, lo que muestra con un bufido agónico dirigido a la diva de Internet.

–¡Claro! ¡Tú eres la chica de las fotos! –exclama exaltada. No tengo ni idea de qué está hablando–. Supongo que tiene su morbo tener una aventura con una pobre, está bastante à *la mode*. ¿Has pensado alguna vez en operarte la nariz? Mi cirujano haría maravillas con esa napia.

Estoy a punto de arrearle un sartenazo, cuando lo único que esa mujer y yo tenemos en común aparece por la puerta del salón, recién duchado y llevando solo una toalla naranja anudada en la cintura. Se topa de lleno con Leah, la misma Leah que le partió el corazón un año atrás y que, sinceramente, no entiendo cómo ha ocurrido. ¿Qué vio en ella? Me cuesta imaginar al Lucas que yo conozco saliendo con esta fantoche. Claro que, el Lucas que me mostró Elena en su despacho, dista mucho del Lucas que yo conozco. Leah salía con un guaperas con pintas de necesitar urgentemente que alguien le pegara con un libro en la cabeza y le bajara los aires de grandeza. Sin gafas. Repeinado. Fashionista. Frecuentando solo los bares más de moda, esos a los que nunca me lleva a mí.

Y como una imagen vale más que mil palabras, no me molesto en pedirle explicaciones

mientras observo pasiva cómo se desarrollan los hechos. Su reacción al verla es todo cuanto necesito para saber que Lucas no ha pasado la prueba. Su rostro muestra una mezcla de confusión y curiosidad, y sus ojos brillan de desconcierto. A pesar de todo el daño, sigue sintiendo algo por ella. Viéndolos juntos entiendo que no pinto nada aquí. Leah es parte de algo a lo que yo no pertenezco y no logro entender. El Lucas de Australia, algo del pasado… o del futuro. Y yo soy solo el presente, un tiempo inseguro e impreciso que tiene el poder de cambiarlo todo con una simple decisión.

Lucas rompe el silencio, desubicado al ver a su ex en el salón de casa.

–¿Qué haces aquí?

–¡Vengo a salvarte, amor!

–¿Has venido por mí? –Su tono delata sorpresa y escepticismo.

–¿Por quién si no cogería dos vuelos y dejaría que se me hincharan las piernas de este modo?

Leah se tira a sus brazos y Lucas no sabe cómo reaccionar. Está tenso e inerte, con lo que ella se aparta al no obtener el cariño que buscaba. Después, le observa de arriba a abajo con disgusto.

–¿Por qué llevas otra vez esas ridículas gafas de pardillo? –Se las quita y las apoya con desgana junto al televisor–. ¡Mucho mejor! ¡No puedo creerme que solo nos hayamos tomado un descanso y haya tanto que hacer! Al menos veo que te has puesto en forma…

Leah aprieta sus brazos fornidos con total confianza y sigue bajando la vista por su anatomía. Sus ojos se abren con sorpresa al descubrir el tatuaje, el recuerdo que nuestra historia dejó en su piel.

–¡Dime que se quita con agua y jabón!

–Me temo que no –responde Lucas, apartándola suavemente de él.

–Acabo de conocer a Sofía. La verdad es me esperaba otra cosa después de aquellas fotos… –añade como si “Sofía” no estuviera presente.

Decido intervenir a la vista de que nadie me va a explicar nada.

–¿Se puede saber de qué fotos estás hablando?

–¡Están las redes que arden contigo, guapa!

–¡Eso es imposible! Yo no he subido nada y me consta que él no tiene perfiles.

Decide hacerme de menos con un gesto condescendiente y se dirige directamente a Lucas, olvidando por un momento que es de mí de quién están hablando.

–Dime que es buena en la cama porque no me creo que estés con ella por su inteligencia. –Leah sigue insultándome a gusto y Lucas no le dice nada–. Al menos eso descarta que te quiera por tu fama…

–¿Fama? –Es todo cuanto logro decir, incapaz de procesar la situación.

Observo la escena en la lejanía, incrédula al comprobar que mi chico no abre la boca mientras su novia-exnovia-loquesea se deshace en comentarios despectivos hacia mí. Veo una versión de Lucas que no me gusta nada. Con menos amor propio, un sirviente de los deseos de esa harpía, capaz de tirarse del puente más alto de Londres si ella se lo pidiera. Y lo peor es la creciente sensación de que, no importa cuántos buenos momentos hayamos vivido juntos, Lucas sigue perdidamente enamorado de esta mujer. Y ella lo sabe.

Decido desaparecer antes de empeorar las cosas. Tal vez lo más sensato sea seguir a Leah Madison en las redes sociales para enterarme del momento exacto en el que voy a dejar de tener novio. Conociendo a Lucas, puede tardar cinco o seis meses en atreverse a darme la noticia…

Romeo y Julieta siguen hablando acaloradamente, poniéndome en bandeja la oportunidad de hacer una salida lo más discreta posible. Voy a la habitación, cojo mi maleta, el bolso y las

deportivas, y cruzo el salón ignorando a la infeliz parejita. Lucas se da cuenta de que me estoy yendo justo cuando alcanzo el pomo de la puerta. Aprieto los ojos con rabia. No quiero estar ni un segundo más aquí, observando cómo besa el suelo por donde ella pisa.

–¡Sofía, espera!

–Será mejor que me largue, creo que tu otra novia y tú tenéis mucho de lo que hablar.

–No es mi novia.

–¿Y ella lo sabe? –Hago un amago por irme al ver que no responde, pero él me intercepta de nuevo.

–Sofía, espera… Tenía que habértelo contado antes, pero no encontré el momento. ¡Y contigo todo parecía tan fácil fingiendo ser otra persona! –Sus ojos revelan una ensalada de sentimientos que hace que, de algún modo, me apiade de él–. Será mejor que subamos a la azotea a hablar, apuesto a que hay periodistas abajo. Hay algo que necesito decirte.

Aunque confuso con el rumbo que ha tomado la tarde, Lucas no ha olvidado sus modales y carga con mi maleta hasta la azotea. Le sigo en silencio, a sabiendas que da igual lo que quiera contarme, las cartas ya están echadas para nosotros.

* * *

–¡¿Su ex novia está aquí?!

El grito de Fabs se oye por todo Heathrow, a pesar de que llevo los cascos puestos. Cuando les pedí a Patri y a él que organizáramos una videollamada de emergencia, sabían que se trataba de algo grave.

–¿Leah Madison? –insiste Patri, incapaz de creer mis palabras–. ¿Cómo demonios le ha encontrado?

–Un momento… –comienzo yo con calma–. ¿Soy la única tonta en esta historia que no sabía quién era Lucas?

–La verdad es que al principio nos sorprendió un poco. Y luego intentamos contártelo un montón de veces, pero tú parecías tan feliz en la ignorancia, que… –se justifica Patri.

–A mí me lo pidió él personalmente –añade Fabs sin rodeos.

–¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? –La de las preguntas bisilábicas soy yo.

–¡Yo qué sé! Nos hicimos amigos en una deprimente noche de confesiones y borrachera. Me dijo que le gustaba el modo en el que le tratabas porque las otras mujeres solo veían en él la fama. Y que lo vuestro era real. Auténtico.

–¿Cuándo fue eso?

–No sé, ¿en verano?

–¿Sabíais desde el principio que estaba saliendo con un personaje público y no me habéis dicho nada?

–Hombre, reconoce que es raro que no supieras quién era el hijo de William Doyle. ¡Es como si no supieras quiénes son los hijos de Jeff Bezos o Steve Jobs!

–No tengo ni puñetera idea de quién es su descendencia –confirmo.

–¡Oh! –exclama mi amiga mirando para otro lado–. De todos modos, tratamos de avisarte, te dijimos que Thor jugaba en otra liga. Pero la historia de Cenicienta existe….

–Pues Ceniciento se fue con la Barbie de silicona.

–No, querida, lo de Cenicienta esta vez va por ti… –añade Fabs con sutileza, para no hacerme más daño.

Me di cuenta de que, si ni siquiera mis amigos tenían claro el desenlace de esta historia, las cosas estaban mucho peor de lo que yo las veía.

–Pinta mal, ¿verdad?

–Bueno, si fuera otra mujer, te diría que Lucas está loco e irremediablemente enamorado de ti. Pero es que estamos hablando de Leah Madison. –Patri me mira con ternura–. Y no creo que esa mujer te llegue ni a la suela de los zapatos, pero…

–Es Leah –concluyo, dándome cuenta de lo que eso significa–. Su Leah.

El desánimo me lleva al acto masoquista de buscar a Leah Madison en Instagram. Su perfil está lleno de videos con filtros ridículos, selfies promocionales y otras más indecorosas en las que le llueven los likes. Da igual lo que haga o diga, su sola presencia es motivo de halagos y burlas. Y a nadie le importa que le haya roto el corazón a Lucas dos veces; para los fans, Leah y Lucas son algo así como Brad Pitt y Jennifer Aniston, todo el mundo quiere volver a verlos juntos. Y yo, de repente, he dejado de ser su novia para convertirme en la zorra que está en medio de su felicidad, la Angelina Jolie de turno.

La última publicación de Leah es una declaración de intenciones que, de haber seguido su canal mucho antes, no me hubiera pillado por sorpresa. Un recopilatorio de fotos de ellos dos juntos a través de los años en los que se lee: “Mañana cojo un avión para recuperarte”. Casi un millón de likes y miles de comentarios le auguran el éxito. ¿Cómo podría Lucas rechazar a Leah Madison, la que fue durante años su musa, su fuente de adoración y sufrimiento? Revistas del corazón y blogs de moda se hacen eco de la noticia y comienzan las conjeturas. La inminente reconciliación está ya por todas partes.

Y así, de la noche a la mañana, mis alas de cera también se derritieron por querer volar muy cerca del sol y, al igual que Ícaro, me precipité al vacío. Mi vida amorosa se había convertido en una tragedia griega. Y no había hecho más que empezar.

19

LUCAS

Aprender español no es tan fácil como parece en las aplicaciones móviles. Existen mil maneras de llamarle a una misma cosa, los verbos tienen cientos de terminaciones, las palabras tienen género y… ¿Qué narices es un subjuntivo? ¿A quién se le ocurrió el imperativo, un modo verbal que sirve para dar órdenes? Si no sonara tan sexy cuando lo pronuncia mi chica, creo que ya me hubiera rendido.

Ante mi incapacidad para dominar el idioma en unas semanas, Sofía ha optado por lo más sencillo, enseñarme algunas expresiones útiles para que pueda tener una conversación más o menos fluida con su familia. Como empiecen a hablar en catalán… estoy perdido.

–¿Seguro que no se te olvida nada? ¿Cuántos bañadores has metido en la maleta?

Estoy tratando de mantener la calma ante la idea de conocer a su familia, pero el estado de nervios que ella muestra, no me lo pone fácil.

–Dos, los dos que tengo –respondo calmado. Uno de los dos tiene que estarlo.

–¿Crees que serán suficientes?

–¿Para cuatro días? ¡Qué estamos en abril! –bromeo. Tuerce el gesto y me da la razón–. Tranquilízate, gatita. Todo va a ir bien y tus padres me van a adorar.

Ojalá yo lo tuviera tan claro. Quiero hacer este viaje, pero no así, no con este secretismo que me va a tener en vilo durante cuatro días. Porque sí, he fracasado estrepitosamente en mi intento por contarle que en las últimas semanas nos hemos convertido en el foco constante de youtubers e instagrammers. No quiero que nada cambie entre nosotros, no quiero que me mire de otro modo. Y sé que todo va a cambiar tan pronto sepa quién soy. Estoy dejándome llevar por ese torbellino de acontecimientos y emociones al que llaman “vivir” y poniéndole parches a todo para no tener que enfrentarme a la realidad.

–¿Te importa si me doy una ducha antes de ir al aeropuerto? –pido. Me siento acalorado y nervioso.

–No, claro, voy a preparar café y responder a un par de emails mientras tanto.

–El mío doble, me has dejado muerto…

Intento meterla de nuevo conmigo en la cama –otro parche para no decirle que estoy histérico–, pero ella me aparta alegando que tiene hambre. Yo tengo hambre de ella.

Me doy una ducha rápida y no me molesto ni en vestirme cuando salgo al salón a buscarla. Tan solo una toalla naranja en la cintura y el pelo alborotado, sé que no podrá resistirse y yo ya he dejado claras mis intenciones de volver a meterla en mi cama.

Sin embargo, la escena no va exactamente como había planeado en mi cabeza. Oigo unas voces procedentes del salón y no puedo disimular mi sorpresa. ¿Con quién está hablando Sofía?

Y, entonces, la veo. Mi corazón deja de latir y se congela de nuevo, trayendo de vuelta el invierno que Sofía había apartado con su primavera. ¿Qué cojones hace aquí? ¿Cómo se atreve a volver?

Me maldigo a mí mismo cuando mis ojos recorren sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros oscuros. A pesar de todo el rencor, de todo el odio, la sigo encontrando atractiva. Me había jurado que no volvería a verla, a mencionar su nombre o el tiempo que había perdido a su lado. A veces es muy fácil romper una promesa.

–¿Qué haces aquí? –pregunto con frialdad, mostrando que ya no soy el pelele sin amor propio que conoció una vez.

–¡Vengo a salvarte, amor!

¡Y yo que creía que era aquí, lejos de ella, donde estaba a salvo!

–¿Has venido por mí? –Mi escepticismo me delata. Mi soberbia, también.

–¿Por quién si no cogería dos vuelos y dejaría que se me hincharan las piernas de este modo?

De pronto, todo mi mundo se viene abajo. Ahora mismo, la familia de Sofía parece el menor de mis problemas. Leah me explica que me echaba de menos, que necesitaba verme y que la vida no era igual sin mí. Mentiría si dijera que sus palabras no provocan algo en mi interior, que un escalofrío no me recorre entero cuando recuerdo todos los momentos que hemos pasado juntos. Los buenos. Porque esa es la magia del tiempo, hace que todo el dolor pierda importancia y solo recuerdes los momentos en los que fuiste feliz. Como cuando una mujer se olvida de lo mucho que le dolió un parto en pro de seguir perpetuando la especie. Pues algo así me pasa a mí con ella. Teniéndola delante de mí, tan guapa –y sumisa–, lo único en lo que puedo pensar es en qué hubiera sido si…

...Si no me hubiera ido de Australia.

…Si no lo hubiéramos dejado.

…Si nunca me hubiera enterado de su infidelidad.

…Si no hubiera conocido a Sofía.

¡Sofía! Me doy la vuelta, alertado por el sonido de unas ruedas arrastrándose sobre la moqueta, y me doy cuenta de que mi chica se está yendo sin mí. Salgo detrás de ella sin saber muy bien qué decir. ¿Cómo explicarle lo que está pasando si ni yo mismo lo sé? ¿Cómo contarle que hace escasa media hora tenía claro que quería despertarme cada día de mi vida a su lado y ahora me planteo si estar juntos ha sido una buena idea?

–Sofi, ¡espera!

–Será mejor que me largue, creo que tu otra novia y tú tenéis mucho de lo que hablar.

–No es mi novia.

–¿Y ella lo sabe?

–Tenía que habértelo contado antes, pero no encontré el momento. ¡Y contigo todo parecía tan fácil fingiendo ser otra persona!

–No sé qué responder a eso.

–Será mejor que subamos a la azotea. Hay algo que necesito contarte…

Cojo su maleta y cargo con ella hasta arriba. Sofía no dice nada en todo el trayecto, creo que está aún más en shock de lo que yo lo estoy.

–Tú dirás. ¿Vas a hablarme de tu novia? ¿De tu misteriosa madre cocinera de quién no tienes ni una foto? ¿De tu padre, el empresario cuya empresa no tiene nombre?

–¿Ya lo sabías?

–¿Saber el qué exactamente? ¿Quién demonios eres, Lucas? ¡Los vaqueros de esa chica valen más que todo lo que tengo en mi apartamento junto!

–Esa fue otra etapa de mi vida.

–Ya, ¡una en la que la gente regala Rolex como si fueran rosquillas!

Y entonces no puedo callarme más. Le cuento todo lo que no me he atrevido a decirle estos meses, al detalle. Le hablo de mi padre, de mi madre y de Leah. De la vida que dejé en Australia. Y ella me mira en silencio, analiza mis expresiones, mi lenguaje no verbal. Sé que le gusta hacer eso con sus clientes para saber si va por el buen camino o no, y odio que lo esté haciendo conmigo ahora. Hace que me sienta desnudo ante ella, como si no tuviera secretos. Y cuando habla, sé que no los tengo. No con ella, capaz de ver a través de mi alma.

–¿La quieres?

La pregunta me sienta como un jarro de agua fría y no sé qué responder. ¿La quiero? ¡No! ¡Claro que no la quiero! Leah es pasado para mí. Pero, entonces, ¿por qué siento esta presión en el pecho? Cuando la he visto de nuevo, se me han arremolinado un montón de pensamientos inconexos, sentimientos imprecisos y contradictorios. Y ahora que estoy con Sofía, no sé cómo se supone que debería sentirme. Es como si Leah hubiera borrado ese amor de un plumazo y lo hubiera sustituido con dudas y confusión. No puedo evitarlo. Igual que no puedo evitar que un maremoto repentino de cosas negativas me venga al cerebro.

Sofía es inestable.

Sofía volverá a Barcelona. Mi vida está en Brisbane.

Sofía es muy bajita (¿desde cuándo me ha importado a mí eso?)

Sofía es demasiado… Sofía.

Sofía no es Leah.

–Te he hecho una pregunta –insiste.

–Lo que sienta por ella no cambia lo que siento por ti.

–¿Y qué sientes por mí?

De nuevo, le dedico mi silencio, incapaz de formular una respuesta coherente.

–No lo sé, ahora mismo estoy hecho un lío.

–¡Apaga y vámonos!

Sofía llena los pulmones de aire y lo suelta despacio. Me siento el ser más miserable de la Tierra, pero no puedo mentirle. No puedo decirle que la adoro y la quiero con locura porque, de pronto, no me siento así. Me siento perdido en un mar embravecido, a la deriva y sin saber a qué puerto anclarme.

–Sofía, tienes que entender que… ¡Es Leah! –exclamo, tratando de que ella vea mi punto de vista–. Ella es la mujer por la que me volví loco, por la que cambié para ser lo que ella quería, por la que estuve dispuesto a renunciar a todo.

–Me suena un poco tóxico, pero si tú quieres que lo entienda, lo entenderé.

–Lo que quiero decir es que no puedo simplemente borrar todos los años que pasamos juntos, todo lo que hemos vivido.

–Pero sí puedes olvidar lo que has vivido conmigo.

–¡Yo no he dicho eso!

Permanece tranquila, con la mirada perdida en los altos edificios que nos rodean para no tener que mirarme a mí. Yo también sé descifrar su lenguaje no verbal y sé que está a punto de romperse, por eso no es capaz de devolverme la mirada. Y jamás creí que yo fuera a ser el causante de su dolor.

–No quiero olvidar lo que he vivido contigo, es solo que… –Suspiro abrumado, intentando escoger unas palabras que definan cómo me siento cuando ni yo mismo lo sé–. Contigo soy una persona diferente, es como si existieran dos Lucas dentro de mí y, por alguna razón, no consigo conciliarlos.

–Pues vas a tener que encontrar el modo. Independientemente de lo que elijas, negar quién eres no te va a hacer ningún bien.

–No quiero quedarme en Londres –confieso. Ella me mira sorprendida.

–¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuándo les contemos a mis padres que nos vamos a vivir juntos?

–¡No! No sé, yo… –Hago una pausa e intento ordenar los pensamientos antes de abrir la boca de nuevo–. Esta mañana lo tenía claro y, de repente… ¡No sé qué me pasa! No sé qué quiero. Esto no quiere decir que quiera volver con Leah, simplemente yo… es como si ya no supiera quién soy –confieso.

Sofía esquiva mi mirada para que no note el daño que le estoy causando. Estoy tan confundido, tan perdido, que ni siquiera puedo sentirme culpable por ello.

–¡Mierda! ¡Y en unas horas nos vamos a Creta! –exclamo–. ¡No podría haber aparecido en peor momento!

Se vuelve para mirarme con una mirada fría como témpano de hielo.

–¿Sabes? Creo que deberías quedarte.

–¿Cómo?

–Sí, no creo que esta sea la mejor manera de conocer a mi familia. Van a notar que algo no va bien y, además, tú no quieres venir. –Sofía me conoce demasiado bien como para negarlo–. Tómate estos días para aclararte. Queda con Leah, escúchala y resuelve tu crisis existencial.

Me cuesta creer que pueda ser tan comprensiva. Cualquiera en su lugar se hubiera vuelto loca de celos, o simplemente hubiera mandado la relación a la mierda. Y aquí está ella, diciéndome que me tome el tiempo que necesite para aclararme. ¿No la convierte eso en la mejor novia del mundo?

–¿Y tú? –pregunto.

–A mí también me vendrá bien un tiempo a solas con mi familia. Sinceramente, ahora mismo estoy un poco confundida con todo lo que está pasando.

–¡Lo siento! –Me acerco a darle un abrazo, pero ella me aparta.

–¿Podrías llamar al casero y decirle que no queremos el piso?

–¿Por qué? ¡Aún quedan seis semanas para mudarnos!

–¡Mírate, Lucas! ¡Has visto a esa mujer y se te ha puesto el mundo del revés! Cuanto antes empecemos a llamar las cosas por su nombre, mejor para todos.

–¡No! ¡Yo quiero irme a vivir contigo! ¡Y quiero que nos vayamos juntos a Creta! Es solo que…

–¡Ya! Que es Leah. –Sonríe con amargura, consciente del poder que tienen para mí esas cuatro letras–. ¿Recuerdas la noche que nos conocimos? –pregunta. Yo asiento con la cabeza, sin saber muy bien por dónde va a llevarnos la conversación–. Aquella noche decidimos hacer del "Carpe Diem" nuestro lema sin preocuparnos del mañana. Al final es mejor arrepentirse de lo que has hecho que de lo que has dejado por hacer.

–Lo siento, pero no te sigo… ¿Qué tiene que ver esa noche con esto?

–Tú haz lo que tengas que hacer para aclararte y hablamos cuando regrese, ¿okey? Sin arrepentimientos. Serán solo cuatro días.

–Gatita, no estamos rompiendo, ¿verdad? Solo necesito un poco de tiempo.

–¡No! O sí… Mira, Lucas, yo no quiero esto. No quiero estar preguntándome a quién de las dos vas a escoger. Prefiero que nos demos espacio y, cuando regrese de las vacaciones, ya veremos en qué punto estamos.

–¿Qué cojones estoy haciendo? –me pregunto en voz alta, escondiendo la cara entre las manos–. ¡Perdóname! Sé que estoy loco por ti, simplemente ahora no lo siento. ¡No siento nada! Es como si alguien hubiera apagado una luz y me encontrara en la más absoluta oscuridad emocional.

Me mira con tristeza, intentando mostrarse comprensiva, aunque sé que la he decepcionado. En todos los sentidos. Sin embargo, uno no puede luchar contra lo que siente… o lo que NO siente. Y yo ahora mismo no siento nada de nada. Soy una piedra.

Cojo su rostro entre mis manos y le beso la frente con delicadeza. Reconozco su olor floral y, por un segundo, encuentro el camino de vuelta a casa. A sus besos afrutados. A su risa. Después, todo se evapora y me veo sumido de nuevo en la oscuridad.

–Tengo que irme, Lucas. Haznos un favor a todos y termina ese capítulo que dejaste a medias. Una vez que lo hagas, te será más fácil decidir si quieres retomar el libro o cerrarlo para siempre. Yo tengo que coger ese tren o perderé mi vuelo. Nos vemos en tu cumpleaños.

La veo coger su maleta y desaparecer con los ojos empañados en rabia, dolor o qué se yo. Sé que el día que consiga aclararme le deberé una disculpa, pero ahora mismo necesito tiempo para mí. Leah ha despertado todos mis demonios y sé que no estoy bien.

Cuando regreso a mi apartamento, descubro que Leah se ha entretenido cambiando de sitio algunas cosas. Por suerte, mis compañeros no regresarán hasta el domingo por la tarde así que podré volver a colocar todo en su sitio.

Tiene los brazos llenos de arañazos y las motitas de sangre que los recorren parece fresca. Rosalía me bufa y se esconde tras el sofá, autoproclamándose orgullosa culpable del crimen.

–Esa zorra me ha agredido –explica, delatando a Rosalía.

–Es solo una gata.

–¿Desde cuándo tienes mascotas, gordi? ¡Es tan atípico en ti!

¿En serio? Juraría que siempre me han encantado los animales. La miro de arriba a abajo sin saber qué hace aquí, no sé qué espera obtener de mí a estas alturas, aunque reconozco que me muero de curiosidad. Una parte de mí se siente fatal por haber dejado que Sofía se vaya sola a Grecia, e incluso llego a plantearme la posibilidad de echar a Leah con cajas destempladas y salir corriendo tras ella. Pero en el fondo, sé que quiero oír lo que tiene que decirme. Nadie recorrería medio mundo si no tuviera una muy buena razón para ello.

Me ausento un minuto para ponerme unos vaqueros y una camisa. No creo que esa toalla naranja sea el mejor atuendo para mantener una conversación en igualdad de condiciones. Y, muestra evidente de que sigo siendo un auténtico idiota, me pongo las lentillas que ahora solo uso para ocasiones especiales.

De nuevo en el salón, su presencia me desafía con una mueca inquieta. Las preguntas se amontonan en mi cabeza y trato de ordenarlas para decidir cuál de ellas quiero formular primero.

–¿Cómo me has encontrado?

–¡Ay, gordi! ¡Te reconocería entre un millón de hombres! Llevan meses publicando fotos tuyas en todos los rincones del planeta, pero cuando vi esas fotos con una rubia de bote con pintas de furcia barata, supe que eras tú. Y también supe que necesitabas con urgencia que alguien te rescatase. Por cierto, ¿quién era esa chica? Sofía…

–Sofía y yo… –En realidad ya no sé qué somos después de la conversación de hoy–. Leah, estoy intentando entenderlo, pero aún no sé qué haces aquí. Me culpaste de no tener las riendas de mi vida. De ser aburrido. De no ser lo suficientemente loco, original y fascinante para ti. –Mientras enumero una y cada una de sus frases gloriosas, Leah se sienta en el sofá y me mira

como a un cachorro desvalido–. Criticaste a mi madre y mis aspiraciones por seguir sus pasos. Me dijiste que nunca sería nadie. Y, finalmente, me engañaste con ese gilipollas, o "esos" más bien, porque después me enteré de una larga lista de amantes a mis espaldas.

–No te creas todo lo que dice la prensa.

–¿Eso es todo lo que vas a decirme? ¡Creía que todo estaba claro entre nosotros! ¡Tú me lo dejaste claro! Y, después, no he vuelto a saber de ti en un año. ¡Ni un mensaje de texto, Leah! ¡Ni una llamada para preguntarme cómo estaba llevando todo esto!

–¡Sí, hice todo eso! ¡Y sí! Te engañé, pero no soporto la vida desde que no estás en ella.

Leah se levanta y se cuelga de mi cuello, entornando los ojos en plan seductor. Yo la aparto, molesto. Ahora mismo me provoca rechazo. Su presencia ha revivido todos aquellos sentimientos negativos, todo el dolor que me provocó una vez. La oscuridad que una vez lo envolvió todo.

–¡Estaba confundida! –insiste ella, acariciando mis brazos con una ternura que no sé si siente o está fingiendo–. Era muy joven para sentar cabeza, ¡pero ahora todo ha cambiado!

–Tienes 34 años –recuerdo dolorosamente, pues el ácido hialurónico de su rostro no puede borrar lo que dice su pasaporte–. ¿Y por qué ahora? ¡Ha pasado más de un año!

–Me puse como loca cuando te vi con esa chica. Además, tienes que volver a Australia conmigo cuanto antes. Tus padres te necesitan allí, ¡yo te necesito! Mi canal se está llenando de *haters*[19] que me culpan de tu repentina huida. Todo el mundo quiere más Leah y Lucas, esperan impaciente a que lleguemos juntos a cada evento y me miran decepcionados cuando ven que no estás conmigo. ¡Toda Australia se está preguntando dónde demonios estás!

–Tu discurso me está emocionando, pero ¿te importaría mucho avanzar hasta el final? –respondo sarcástico, lamentando el error que he cometido no cogiendo ese tren para irme a Creta con Sofía.

–Mi padre está perdiendo puntos en la campaña electoral. Creen que, si no puede mantener a raya a su hija y solucionar sus problemas domésticos, ¿cómo va a conseguirlo con todo un país?

–Así que se trata de eso, politiqueo –asumo decepcionado.

–No, mi amor. Estoy aquí porque te echo de menos, pero también porque la posición de mi padre peligra. Y la del tuyo… La hija de su socio está ganando votos. Tú no resultas tan fiable si a la mínima de cambio no sabes afrontar los problemas y desapareces.

–Eso ya lo sabía, me lo ha dicho mi padre…

–¿Es que no te das cuenta de que juntos somos mucho más fuertes? No solo emocionalmente, también somos un pilar fundamental para los negocios de nuestros padres.

Me siento en el sofá, alicaído y consternado. Como siempre, el amor de Leah tiene un precio, y yo he sido tan imbécil de quedarme en tierra por ella una vez más. Porque, en el fondo, aún queda algo de ella en mí. O, mejor dicho, aún queda algo en el antiguo Lucas que se empeña en conservar su recuerdo, negándome toda posibilidad de olvido.

–Gordi, di algo… –Leah se arrodilla frente a mí y coge mis manos, mirándome esperanzada–. ¡Dime que al menos te pensarás el regresar conmigo a casa!

–Pensé que después de todo este tiempo habrías venido a decirme que me quieres, que te arrepientes de haberme traicionado, de haberme humillado públicamente en reiteradas ocasiones. Que estás dispuesta a todo por que vuelva contigo.

–¡Gordi! ¡Eso no hace falta que te lo diga! He cogido dos aviones de doce horas para estar aquí, tengo los tobillos hinchados y me huele el pelo a polución y a pescado frito. ¿De verdad crees que hubiera hecho todo eso si no te quisiera más de lo que jamás he querido a ningún otro

hombre?

Hundo la cabeza en las manos sin saber qué pensar o sentir. El batiburrillo que tengo por dentro ahora mismo me está mareando. Me asfixia.

Leah se sienta a mi lado en el sofá y me abraza, y yo hundo mi cara en su pecho firme y duro y me dejo querer, incapaz de moverme un centímetro de dónde estoy ahora mismo. Creo que en mi vida me había sentido tan perdido.

Entonces, sujeta mi rostro con firmeza. Sus ojos verdes se vuelven más cálidos, confiados, y sé que va a besarme. Es uno de esos momentos románticos de las películas en los que dos amantes que llevan tiempo sin verse se reconcilian y acaban haciendo el amor como dos locos en la moqueta del salón. Solo que yo no quiero besarla. ¿O sí? ¡No lo sé!

El tacto de su piel me abrasa, pero no de un modo romántico o erótico, sino como la lava de un volcán que lo destruye todo a su paso, dejando solo tierra árida y candente. Así me siento yo con ella. Emocionalmente infértil. Incapaz de cosechar ningún sentimiento más allá del dolor que me causó y que aún permanece latente en mí.

Leah sigue buscando mis labios, a sabiendas que hubo un tiempo en que hubiera dicho que sí a cualquier cosa solo por sentir de nuevo esa boca sobre la mía. ¡Lo que fuera! Ganaba todas las discusiones con un beso porque yo, ingenuo y sin amor propio, estuve dispuesto a asfaltar el mar solo para que ella pudiera cruzarlo. Así de idiota fui. Así de idiota soy... Porque, por mucho que yo quiera a Sofía, la mujer que tengo delante de mí es Leah Madison. Mi Leah.

–Necesito tiempo –digo al fin–. No puedes venir de repente y poner mi vida patas arriba.

–Tiempo es sinónimo de esperanza –agrega con una amplia sonrisa.

Se ha blanqueado tanto los dientes que hacen un poco de daño a la vista. ¿O es el moreno de su piel que ha ganado intensidad? Me fijo entonces en que, en realidad, se ha puesto carillas dentales. Pero ¿por qué? ¡Si tenía unos dientes perfectos!

–Voy a quedarme en Londres una semana. Estoy hospedada en el Savoy –dice, haciendo referencia a uno de los mejores hoteles de la ciudad–. ¿Por qué no vienes y tomamos algo, charlamos…?

–No voy a exponerme públicamente contigo ahora que sé que medio mundo es consciente de que estás aquí –respondo cauto–. Si quieres hablar, me temo mucho que va a tener que ser aquí, en la privacidad de mi casa. Podemos pedir comida para llevar.

–¿Comida para llevar? ¿Quedarnos aquí, en este apartamento cochambroso? –pregunta ella, señalando con sus uñas de gel a nuestro alrededor con cierto desprecio. Supongo que mi nueva vida no está a la altura de la marquesa–. ¡Vayamos a mi hotel! Nadie nos molestará en mi habitación. Es más grande que tu piso y tiene jacuzzi.

–¡No voy a usar el jacuzzi contigo!

–Pero puedes mirar mientras yo me meto con una copa de champán –dice sugerente.

Y como soy tonto, digo que sí. No porque la idea de verla desnuda y llena de burbujas me atraiga en absoluto –que también– sino porque prefiero jugar en terreno neutro. No quiero infectar mi piso, mi templo, de recuerdos con ella que nunca debieron ser creados.

Recojo mis cosas, me pongo una absurda gorra de beisbol y unas gafas de sol que me hacen parecer aún más culpable, y me dirijo con ella a su hotel.

20

SOFÍA

Familia no hay más que una. Por fortuna... A pesar de lo mucho que les quiero, no podría imaginarme teniendo que aguantar esto por duplicado.

Observo a mi hermana, limpiándole los morros a su marido con una servilleta, y siento náuseas. Mi cuñado siempre lleva polos de marca, que combina con pantalones chinos de colores pastel, y cinturones náuticos o con la bandera de nuestro país. Lleva el pelo rubio lacio y despeinado y siempre camina muy erguido, como si fuera el más chulo del barrio, algo que no termina de casar bien con ese aspecto de "Borjamari" que tiene. Pero lo que más caracteriza a Julián es que, cada vez que habla, sube el pan. Es una de estas personas con una opinión muy definida y a la que le encanta exponer sus ideas como únicas e irrefutables, lo que nos lleva a infinidad de controversias en las cenas familiares, porque todo el mundo sabe que yo no sé tener el pico cerrado. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Tengo que conformarme con escuchar sus chorradas sin opción a replica solo por no provocar una discusión familiar? Tal vez debería ser él quien aprendiera a controlar mejor sus opiniones…

Mi hermana se complementa a la perfección con él. Es alta y estilizada, un regalo genético al que no saca partido con esos vestidos insulsos que lleva puestos, las francesitas planas y esos collares enormes de diseño que cuestan casi tanto como su chalet de Pedralbes.

¿Y qué decir de mi sobrino? Es como si la versión pija de Chucky se hubiera reencarnado en ese crío de cuatro años que tiene que tocarlo y romperlo todo. A decir verdad, mi sobrino Jorgito es un Julián en miniatura, orgullo del padre y vergüenza para los que sufrimos su presencia.

Mi hermana no habrá acertado al escoger marido, pero nadie puede reprocharle que no sabe cómo elegir hotel. Nos hemos hospedado en unas bonitas cabañas individuales en Sisi, un precioso pueblo marinero al este de Creta. Las zonas comunes del hotel son el sueño de cualquier fotógrafo: jardines con buganvillas, hamacas de colores y, por supuesto, las típicas construcciones en madera azul que hacen las delicias de los turistas. Un ambiente romántico e idílico lo envuelve todo de un modo cruel. Mi habitación es un recordatorio constante de mi situación actual. Albornoz para dos, una cesta de frutas que yo sola no sería capaz de acabar ni en un mes, cama matrimonial y un montón de picardías que nadie va a ver.

Al parecer, la música está prohibida en Creta debido a las últimas restricciones por el Covid, lo que me hace sentir un poco como en *Footloose* y me obliga a estar pendiente de cada palabra que sale de sus bocas. Al menos, las vistas a la bahía son innegablemente hermosas, tal vez por eso, la comida familiar se me esté haciendo medianamente soportable. Y todavía me quedan tres días para regresar…

Con todo el drama que ha supuesto la aparición de Leah, me he dejado el cargador en el piso de Lucas y me he visto obligada a recurrir a mi querida hermana, que me ha dejado el suyo a condición de que cargara el móvil en su habitación por temor a que se lo pierda. Porque claro, "todo el mundo sabe que cualquier día me voy a dejar la cabeza". ¿Cómo exponerse a que le pierda un puñetero cargador de los chinos?

Al verlo, lo entiendo todo. Es rosa y tiene incrustados brillantitos de Swarovski. A veces me pregunto cómo mi hermana no se ahoga en su propia pijotería.

Por suerte para mí, aún no ha salido la conversación de por qué Lucas no está aquí conmigo y yo he preferido evitar el tema. Podría haberme inventado cualquier excusa que justificara su ausencia, pero mentir nunca ha sido mi fuerte. Y hablando del rey de Roma, me ha escrito un mensaje para preguntarme si había llegado ya a Creta y asegurarse de que estaba bien. Le respondí cortés y cortante. ¿Cómo quiere que esté? Traicionada. Insegura. Viviendo algo irreal. Ni siquiera sé si quiero verle ahora mismo.

Lo peor que podría haberme pasado durante un vuelo de cinco horas es que la aerolínea ofreciera Wifi gratuito, dándome la opción de leer todas y cada una de las publicaciones que se han hecho jamás sobre Lucas William Doyle o Leah Madison. Son como Barbie y Ken en carne y hueso, y no es un piropo…

Creo que mi desconocido compañero de asiento ha sentido cierta lástima, que no se molestó en ocultar, al entender que soy otra más de las pobres muchachas que sueñan con obtener algún día sus atenciones. Nada más lejos de la realidad. El Lucas que me encuentro en Internet no es el chico sencillo y humilde que yo conozco. Es un niño de papá con aspiraciones empresariales y aire de perdonavidas. Un guaperas de revista rodeado de socialités y actrices de cine. Modelo de Valentino, pero no de conducta. Habitual en fiestas y eventos, sus fotos junto a una Leah alcoholizada han ilustrado portadas de toda Australia. Las edulcoradas muestras de afecto en público que ella le dedicaba en sus redes mientras se tiraba a otro, han sido motivo de burla. En resumen, este tipo de personas no se juntan con gente como yo.

También vi las famosas fotos del yate, Leah entregándose en cuerpo y alma a otro hombre, seguidas de cientos de fotos robadas de Lucas huyendo de los paparazzi para ocultar su dolor. El retrato de un juguete roto.

Me siento enferma de no saber lo que estará haciendo con ella en estos momentos. No quiero parecer dependiente e insegura. Decidí dejarle tiempo y voy a respetarlo, pero los celos me consumen, sumado a la rabia por sus mentiras, y al hecho de no saber si lo que veo en esas fotos es lo que quiero para mí. No sé si quiero a ese Lucas en mi vida. Mis recuerdos han perdido fuerza después de haber visto las entrevistas en YouTube, los posados en las playas más paradisíacas o en bares de moda mostrando una imagen frívola, superficial y absurda. No sé quién es Lucas William Doyle, pero tengo claro que no es alguien que vaya conmigo.

–Sofía, estamos hablando contigo, ten la decencia de ignorarnos con algo más de discreción –pide mi hermana, sacándome de mis pensamientos abruptamente–. ¿Quién te engañó para teñirte el pelo de rosa? ¡Pareces una mujer en la mediana edad con una crisis de identidad!

–Teñirse el pelo de colores está de moda –respondo apática–. A cualquier edad.

–Tatuarse la cara también y no veo que nadie de los presentes lo haga –replica con retintín. Me abstengo de confesarle que la cara no, pero el tobillo…–. ¿Tú no pensabas traerte a tu novio misterioso, del cual no nos has enviado ni una triste foto?

Ahí estaba, la temida preguntita de marras. Me meto un trozo de queso feta en la boca para hacer más llevadera la pregunta y respondo sin tapujos. Al fin y al cabo, yo no hice nada malo y no tengo por qué avergonzarme de ello.

–Las cosas están un poco raras ahora mismo.

Me dedica una mirada condescendiente, como de quién lo ha vivido y lo sabe todo, que me saca de mis casillas. Sonia en estado puro. No sé por qué aún tengo la esperanza de recibir un poco de empatía por su parte.

–Como siempre, Sofi. ¡No sé cuándo vas a sentar esa cabeza de chorlito que tienes! ¿Qué le has hecho a ese pobre chico? –pregunta, dando por hecho que yo tengo la culpa. Entonces, se dirige únicamente a su marido–. Mi hermanita tuvo una mala experiencia en el pasado y, desde entonces, tiende a torturar a todos los hombres que pasan por su vida. ¡Ninguno es suficiente para ella!

–¡Sonia! –protesta mi padre sin mucho énfasis.

–¿Qué, papá? ¡Sabes que es verdad! ¡Jobar, Sofi, que ya tienes 27 años y aún le estás pidiendo dinero a mamá y papá para pagar el alquiler! Lo que deberías hacer es dejar ese trabajo que tienes y buscarte uno de verdad, donde te paguen en condiciones.

–¡Vaya, hombre! ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

En un gesto tan sutil como imperceptible, mi madre aparta la botella de vino para evitar que Sonia siga bebiendo, pero no dice nada. Hace años que decidió mantenerse al margen por su propia salud mental.

–Y, por cierto, yo no he torturado a nadie –me defiendo, falta de pasión.

Estoy intentando con todas mis fuerzas no entrar en el debate, pero no puedo prometer nada. Mi hermana sabe bien qué botones tocar para hacer que pierda la paciencia.

–¿Qué pasó con Sergio entonces? ¿O con Iván? –pregunta mi hermana, subiendo la voz–. ¡Ese chico bebía los vientos por ti y le diste calabazas "porque no sentías nada"! O aquel chico del pueblo, Óscar…

–¡Nunca hubo nada entre Óscar y yo! ¡Y Sergio es gay! No puede ser más evidente.

–¡Siempre tienes excusas para todo, hermanita! En cualquier caso, no me sorprende que ese pobre chico haya decidido no venir. Si te soy sincera, habíamos hecho una apuesta sobre si llegaríamos a conocer a Lucas o no algún día. Y parece que Julián y yo hemos ganado.

Miro a mis padres con la esperanza de que nieguen que tal apuesta existe, pero fracasan estrepitosamente en el intento. Mi madre mira para otro lado con preocupación y mi padre solo alcanza a decir:

–¡Sonia! ¡Te estás pasando con tu hermana!

–Luego la apuesta existe –concluyo al fin.

–No fue una apuesta, apuesta… –se excusa mi madre–. Fue más bien un comentario al aire, ya sabes, siempre eres tan reservada… Pero, cariño, ¡está bien! No hace falta que nos presentes a nadie si no estás preparada. Ya aparecerá el adecuado.

Mi madre apoya su mano sobre mí en un gesto protector que delata de un modo cruel su preocupación.

Sofía la reservada. "¡A saber qué está pasando por su vida en estos momentos!".

Sofía la inmadura. "¡Esa cabeza de chorlito nunca sentará cabeza!".

Sofía la soñadora. "Algún día se dará cuenta que estudiar marketing no le dará dinero".

Sofía la viuda negra, "incapaz de sentir amor por ningún hombre".

Mi hermana y mi padre se enfrascan en una discusión familiar en la que soy el eje central. Cuando se trata de Sonia, todo gira en torno a ella. Incluso cuando me pone a caldo y mi padre le dice que se ha extralimitado, consigue, de algún modo, ser la absoluta protagonista.

Decido que no quiero quedarme a ver cómo las personas que –en teoría– más me quieren en este mundo airean mis miserias sin delicadeza. Mi madre me hace un gesto de súplica para que me quede, pero he tomado una decisión. Cojo la calle que lleva hasta el pueblo y me alejo de allí. Es un paseo agradable, lleno de palmeras y vegetación salvaje que va quedando tras de mí a medida que me acerco al otro lado de Sisi, lleno de vida y restaurantes. No tardo en vislumbrar

donde quiero pasar mi cabreo, un acogedor bar de estilo mexicano con una enorme terraza tropical desde la cual obtengo las mejores vistas del pueblo. Frente a mí, queda el mar y la zona con palmeras donde reside nuestro hotel y mi familia se tira de los pelos. A mi izquierda, restaurantes tradicionales griegos y, a mi derecha, Sisi en todo su esplendor. Suficiente para quitarle el sentido a cualquiera.

Una camarera bellísima se acerca y me pregunta qué voy a tomar. Charlamos un rato y acabo por dejarme convencer para tomar un cóctel a base de raki, una bebida local que sabe a alcohol etílico, pero promete subirse rápido. Justo lo que necesito.

Por suerte, llevo conmigo el libro que empecé en el avión, así que aprovecho para descubrir cómo sigue la historia. Un par de sorbos después, mi cabeza se libera de prejuicios y el cóctel adquiere un sabor más llevadero, incluso agradable.

–¡Por fin te encuentro! –Mi hermana parece más emocionada de verme a mí, de lo que yo lo estoy de verla a ella–. ¿Graham Greene? ¿No es un poco denso para las vacaciones?

–A mí me gusta –respondo, por no entrar en detalles.

–Las vacaciones son para leer romántica, todo el mundo lo sabe.

No me molesto en contestar. El atardecer que tengo ante mí es demasiado hermoso para estropearlo con la imagen de mi hermana juzgando mis gustos literarios. Y, afortunadamente, el bar ha infringido la restricción musical, con lo que me resulta más fácil distraerme y olvidarme de lo que dice.

Sonia no se da por vencida y se sienta frente a mí en una bonita silla de estilo tropical. Mira la carta despreocupada y le pide algo a la camarera.

–Oye, hermanita, he venido hasta aquí para disculparme, lo menos que podrías hacer es dejar de ignorarme.

En vistas de que no va a dejarme tranquila, decido dedicarle dos minutos de mi tiempo, mirándola con indiferencia por encima de mi lectura.

–Bien, disculpas aceptadas, ¿querías algo más?

–¡Pues claro que sí! –Se desespera al no encontrar las palabras. Hace unas horas no parecía tener problemas cuando me estaba faltando al respeto–. ¿Cuándo se volvió todo tan difícil entre nosotras?

–Creo que fue cuando te empezaste a juntar con la jet set del instituto y decidiste que yo te avergonzaba –recuerdo, sin apartar la mirada de mi novela, aunque en realidad no consigo concentrarme.

–Siempre he sido una pija insufrible, eso es cierto.

–¡Por fin nos ponemos de acuerdo en algo!

–Lo que tú no sabes es que estaba llena de complejos. Procediendo de una familia de clase media, yo siempre era la pobre del grupo e intentaba adaptarme. Tal vez, por eso me convertí en la más pija de todas. Y mi hermana pequeña y perroflauta era el recordatorio constante de que yo no pertenecía a ese mundo en el que intentaba entrar desesperadamente. Siempre ibas con esos pantalones sin forma y con estampados de colores que te hacían parecer un payaso

–¿Y te ha merecido la pena? –Ahora sí la miro, pero ella parece no entender.

–¿El qué?

–Alejarte de mí para poder sentir que perteneces a su mundo. Ahora que meas colonia y cagas purpurina, ¿te ha merecido la pena?

–Nunca debí haberme alejado de ti si es lo que me estás preguntando.

–Sigues haciéndolo cada día, hermanita –respondo con el orgullo herido–. ¿Te crees que no

me gustaría tener un trabajo estable y vivir en mi casoplón de Barcelona, como tú? ¿O tener una pareja que no me fuera infiel, me pegara o tuviera problemas con el alcohol? –Mi hermana me mira con los ojos como platos y decido responder a la pregunta que no ha formulado–. Sí, tu idealizado Iván coqueteaba con varias sustancias y ha estado en rehabilitación.

–Yo no…. No lo sabía. –Acabo de romper su mundo de unicornio y estrellitas–. Siento las cosas tan horribles que he dicho hace un rato. Supongo que soy tan mezquina contigo porque, machacando tus defectos, se hacen menos evidentes los míos.

–¿Qué dices? ¡Si tú no tienes defectos!

–¡Oh sí! Soy perfeccionista hasta la repelencia, estricta y estoy amargada. Y el hecho de que tu seas tan caótica y disfrutes con ello… de algún modo, te admiro.

–¿Qué tú me admiras a mí? –Me río–. ¿Por qué, exactamente? ¡Si sabes que no sé ni combinar los calcetines con los zapatos!

–¡Precisamente por eso! ¡Porque no te importa! –responde ella–. Porque vives tu vida sin planear nada, como va llegando, y no te decepcionas cuando las cosas no pasan como tú esperas. Sigues caminando como si nada y disfrutando al máximo de cada instante. ¡Eso es admirable! Yo hace años que dejé de divertirme.

–Pensaba que te lo pasabas en grande con el señor Pollito…

Espero paciente a que Sonia proteste por ese apelativo que tanto odia, pero en su lugar, me devuelve una expresión cargada de tristeza.

–Julián y yo no estamos pasando por nuestro mejor momento –confiesa al fin–. Últimamente discutimos por todo. Yo pensaba que era el estrés de la paternidad, que al principio se nos quedó grande, pero ahora que Jorge es más mayor… Ha llegado un punto en que ya ni me molesto en arreglarlo. Hace seis meses que dormimos en habitaciones separadas. No les he dicho nada a mamá y papá, pero…

–Pero…

–¡Esto no puede salir de aquí, Sofi! –suplica.

–¡Oh, no! Has conocido a alguien. –En mi cabeza, aquellas palabras no tienen ningún sentido. Pero el modo en el que Sonia me devuelve la mirada, me indica que estoy en lo cierto.

–¡No ha pasado nada, lo juro! Ni siquiera sabría explicarlo. ¡Es algo completamente irracional e impropio de mí!

–¿Qué ha pasado con Julián?

–¡Pues lo esperable cuando te casas a los veinte con tu novio de toda la vida! Que hemos crecido por caminos separados. Toda nuestra relación ha seguido el rumbo que tenía que seguir, lo que se esperaba de nosotros, sin riesgos, sin aventura… Nos conocimos en la universidad, nos casamos en la iglesia que eligió su madre, me quedé embarazada exactamente cuando tocaba, llamamos al niño Jorge por el abuelo… Todo estaba medido por unos patrones previamente planeados. –Percibo la ansiedad en su tono de voz cuando habla de Julián, y cómo, de repente, se relaja de golpe–. Y este chico… ¡Me ha puesto la vida patas arriba desde el mismo momento en que lo conocí!

–Empieza por el principio. ¿De qué lo conoces? –Decido que esta historia me interesa más que la de Charles Fred Hale, así que guardo el libro en el bolso y le cedo los cinco sentidos.

–Necesito otro cóctel para contarte esta historia –dice, apurando de un trago lo que queda en su vaso. Sonia pide otra copa y sigue narrándome–. Prepárate, que vienen curvas: es profesor de yoga.

–¿Profesor de yoga? ¿Tú? –La carcajada que suelto se oye en toda la isla–. Déjame que

adivine: perroflauta, viajero, sueña con vivir en Bali, vegetariano y odia los toros que tanto le apasionan a tu marido.

–Ha vivido diez años en Bali, pero está de vuelta en Barcelona porque su madre está muy enferma –matiza–. Y sí, es vegetariano, odia el consumismo y, básicamente, todas las cosas que siempre me han representado. ¡No te burles de mí!

–¡Lo siento! –me disculpo, incapaz de aguantar la risa–. ¡Es que eres un estereotipo con patas! La típica esposa adinerada que tiene una aventura con su profesor de yoga para darle un poco de picante a su aburrida vida en las afueras.

–¡No debería haberte contado nada!

–¡Déjame que disfrute por primera vez de no ser yo quién está en apuros! –le pido–. Háblame de ese chico, anda…

–La primera vez que nos vimos, sentí una conexión al mirarnos casi cósmica, algo surrealista y sin explicación, que con cada clase fue a más. Pensaba que eran cosas mías, pero Joan me invitó a un café y me dijo que no sabía qué le pasaba conmigo, que le parecía una pija estirada e infeliz con su vida que recurría a clases de yoga para escapar de su familia, pero que sentía que teníamos que conocernos.

–¿De dónde se habrá sacado eso? –me burlo con retintín. No puedo parar de reírme–. ¡Lo siento, hermanita! Sigue… ¿Qué le dijiste?

–¡Qué no! ¡Soy una mujer casada y con un hijo, por Dios!

–¿Y es cierto? –pregunto. Sonia me mira sin entender–. Con lo de pija estirada está claro que dio en el clavo, me refiero a lo de que usas las clases de yoga para escapar de tu vida.

Sonia hace una breve parada y sonríe con tristeza, mientras remueve con la pajita lo poco que queda de su segundo cóctel. No sé en qué momento se lo ha acabado, pero le chasco los dedos a la camarera para que nos traiga otra ronda. Esta noche salimos de aquí reconciliadas y cantando el Asturias, patria querida.

–Sí –responde al fin–. Después de ese café, vinieron tres más y una cena en un restaurante hippy que un amigo suyo tiene en el patio de su casa. ¡Completamente inocentes, lo juro! Solo quería probarme a mí misma que era un capricho, una locura sin sentido y que no iba a ninguna parte. Y, entonces, fue cuando me besó...

Abro los ojos como platos al escuchar el relato de Doña Perfecta, que nunca ha tenido un mechón fuera de su sitio.

–¿Fue solo un beso?

–Un beso al que le siguieron un ataque de pánico que me duró dos meses y una crisis de identidad de la que aún no me he recuperado. Julián quiere que tengamos otro hijo, pero yo no quiero ni muerta. –Mi hermana va cogiendo carrerilla y cada vez me cuesta más seguirle–. Joan quiere que deje a Julián y sé que quiero, pero no sé si puedo dejar mi vida estable en Pedralbes para arrastrar a mi hijo en una aventura romántica con un hombre que hoy está aquí enseñando yoga y mañana… ¿quién sabe? Si no tuviera hijos, me lanzaría al vacío, porque, te juro que cada vez que veo todas esas camisas de rayas en el armario de Julián, cada vez que le veo con sus compañeros de pádel, me pregunto dónde fue a parar aquella chica rebelde que se subía a los árboles en Collserola.

–Aún sigue aquí, en algún lado –digo cogiendo su mano y llevándosela al pecho–. Solo tienes que volver a conectar con ella, avivar la voz que has estado ahogando todos estos años con vestidos de Balenciaga.

–Siento que no estoy viviendo la mejor versión de mí misma, Sofi. Te veo a ti, tan libre, con

tu pelo rosa y sin importarte el qué dirán. Y yo… hace mucho que dejé de divertirme.

–Si me permites un consejo, creo que deberías dejar a Julián. Pero no por Joan, ni por nadie más. Hazlo por ti. Esto no es más que un aviso de que no eres feliz con tu vida. Como sigas adelante y tengáis un segundo hijo, te vas a sentir aún más atrapada. Y no es justo para nadie.

–Ya…

–Y si en unos meses Joan sigue ahí… Bueno, a veces está bien salirse un poco de la zona de confort y conocer a alguien que nos rompa los esquemas.

–No le digas nada a mamá y papá.

–¡Jamás! Con tener una bala perdida en la familia, tienen más que de sobra.

Me siento al lado de mi hermana, que está hecha un mar de lágrimas, y le doy un abrazo de esos que hacen que todos los problemas de este mundo pierdan su valor. Se seca los ojos con una servilleta, se retoca el maquillaje con la ayuda de la cámara de su teléfono móvil y llama a la camarera para que nos traiga dos cócteles más.

Cuando me levanto para regresar a mi silla, me doy cuenta de que no sé si es tan buena idea. A mí ya me ha subido el alcohol y el azúcar a partes iguales, el bar se ha vuelto borroso y difuso. Mis pies parecen incapaces de soportar mi peso y se tambalean inestables.

–Oye, siento lo que dije antes sobre tu chico –se disculpa–. Estoy segura de que hay una buenísima razón por la que no ha venido contigo, como no querer conocer a tu hermana mayor y tocapelotas, por ejemplo.

–La hay. –Recuerdo dolorosamente las últimas horas antes de coger ese avión a Creta y decido que mi confesión pierde importancia al lado del giro radical que está a punto de dar su vida–. Su ex novia se ha presentado en Londres y quiere llevárselo de nuevo a Australia.

–¿Qué? ¿Y él qué ha dicho? ¿No se habrá quedado allí con ella en vez de venir a Creta contigo?

–Dice que necesita tiempo, y yo no tenía ganas de presentároslo sin saber qué va a pasar. No quiero volver a ser el hazmerreír de la familia.

–¡Ey, mírame! ¡Tú no eres el hazmerreír! Que sea la última vez que te oigo decir algo así.

–Horas antes estábamos haciendo planes para irnos a vivir juntos y, de repente, no sabe si quiere estar conmigo o regresar con Leah. Y, sinceramente, he descubierto una faceta de él en las últimas horas que no sé si me convence…

–Un momento, ¿la ex de Lucas, tu novio australiano, se llama Leah? ¿Leah y Lucas?

–¡No me digas que tú también eres fan de Leah Madison!

–¡No puedes estar hablando en serio! –exclama mi hermana exaltada, recuperando de pronto las ganas de vivir–. ¡Leah lleva semanas anunciando en su canal que sabe dónde está Lucas y va a traerlo de vuelta con ella!

–Pues no mintió.

–¡No podemos estar hablando de la misma persona! –insiste mi hermana. Saca el móvil y busca el nombre de Lucas, el real, en Google y me lo tiende con los cientos de imágenes que este me devuelve–. Mira las fotos con detenimiento y dime de verdad que este tío es tu novio.

Veo un sinfín de imágenes con un tipo hiper arreglado posando en photocalls y eventos glamourosos a los que llega en cochazos de lujo. Y, por último, un post de Leah con dos millones de likes amenazando con robarme el novio.

–No tengo ni idea de quién es ese chico de las fotos –confieso, mostrándole una de las fotos robadas en las que se nos ve paseando despreocupadamente por Richmond–. Yo salía con este otro.

–¡Mi madre! ¡Si esa eres tú! –Mi hermana se lleva la mano a la boca como si acabara de confesarle un pecado mortal. Creo que por culpa del alcohol está exagerando un poco la situación–. ¿Cómo te has metido en el medio? ¡Todo el mundo sabe que nadie puede competir contra Leah Madison! Lucas siempre ha sido su caniche.

–Nos conocimos en una fiesta de disfraces –resumo–. Saltaron chispas desde el primer momento. Y es amigo de mi compañero de piso, así que era inevitable que acabara pasando antes o después.

–¿En serio no le reconociste?

–¿Cómo iba a pensar que estaba saliendo con el heredero de Daintree? ¡Para mí no era Lucas William Doyle! Tan solo era el amigo guapo de Colin. Un tío inteligente, divertido, cariñoso… Hasta ayer no supe realmente en dónde me estaba metiendo.

–¡Quiero saberlo todo sobre Lucas! ¡Sus más turbios secretos! ¿Qué tal besa?

–¿Eso es lo más turbio que se te ha ocurrido? Realmente tu matrimonio te ha dejado seca...

–¡Déjame vivir un poco a través de ti al menos! Es lo más emocionante que me va a pasar estas vacaciones.

–Bien –digo al fin–. Besa muy bien. Todo muy bien, aunque supongo que no te extraña porque eres consciente de que, después de romper con Leah la primera vez, estuvo licenciándose en ciencias del amor con modelos de alto standing.

–Lo sé, estuvo saliendo con un montón de mujeres –me incomoda que mi hermana sepa más cosas de la vida de mi chico que yo. Empiezo a obtener un atisbo de lo que realmente supone salir con Lucas: que nuestra vida privada sea expuesta de ese modo–. Así que tú eras la “zorra” que le había quitado a su Lucas. Dame un minuto antes de seguir hablando…

Mi hermana coge el móvil y empieza a quitarle corazoncitos a las fotos de Leah Madison. El gesto infantil me provoca una leve sonrisa. Después, escribe en una foto un largo comentario con muchas faltas de ortografía, debido al pulso irregular por el alcohol y a su mal inglés, diciendo que Lucas nunca volverá con ella.

–¿Qué haces?

–Decirle a esa pelandrusca que con las hermanas Carrascal no se juega.

–Te agradezco mucho el apoyo, pero esta guerra está perdida. ¡Tú no viste la cara que se le quedó cuando vio a Leah en su casa!

–Has perdido una batalla, hermanita, no la guerra.

Concluye la acción haciéndonos una foto –de la que sé que mañana me arrepentiré– y subiéndola a todos sus perfiles en las redes sociales, que hasta ahora, solo habían mostrado aburridísimas fotos del vermut de los domingos con los amigos esos carcas que tiene. Que se prepare el mundo, que Sonia Carrascal está desatada.

–Hablo muy en serio, jovencita. –Mi hermana borracha es todo un show–. La pregunta es, ¿es esto realmente lo que tú quieres? Porque a ti nunca te ha ido el famoseo y la prensa rosa, y meterte en su mundo, va a ser esquivar de continuo a la prensa. Por eso Lucas desapareció de la opinión pública, porque necesitaba alejarse de todo eso.

Me encojo de hombros, incapaz de contestar a esa pregunta.

–No conozco esa faceta de él que todos parecéis conocer a la perfección, así que no lo sé. No sé si vale tanto la pena.

–Creo que Lucas no es el único que necesita tiempo para aclararse ahora mismo… –No me acostumbro a la empatía de mi hermana–. Estos días separados os van a venir bien. Y hazme un favor: deja de mirar las redes sociales. Son el mayor método de tortura del siglo XXI. Te aseguro

que algún día aparecerán en los museos junto a la guillotina y la silla eléctrica.

–Tranquila, te recuerdo que tengo el móvil en tu cuarto.

–O sea, que cuando te he llamado, no me estabas ignorando… ¿No es un poco irresponsable andar por un país desconocido sin móvil?

–Estamos en Grecia y solo he cruzado al otro lado del pueblo. Nuestro hotel está justo ahí. –Señalo las palmeras que forman una oscura mancha de vegetación en la noche–. ¿No te parece un poco cruel dejar a papá y mamá con el Pollito?

–Papá me animó a casarme con él. ¡Que apechugue con sus decisiones mientras su hija se pone tibia a cócteles por primera vez en una década! –Sonia se termina su cuarto cóctel con decisión–. ¿Qué lleva esto? Voy a pedir otra ronda.

–Raki, es un anís con 3000 grados de alcohol, típico de los Balcanes.

–¡Perfecto!

El cóctel viene esta vez acompañado por un camarero guapísimo y su amigo, que no dudan un segundo en sentarse a hablar con nosotros. Se presentan como Panos y Costas –probablemente los nombres más comunes de toda la isla– y nos cuentan, por dar conversación, que la bahía que tenemos ante nosotras fue usada por los rebeldes de Lassíthi durante la Revolución Cretense como punto estratégico para descargar las armas y la munición.

–Aún no nos habéis dicho vuestros nombres –insiste Costas.

–Sofía –respondo falta de emoción.

Aunque en Creta están los hombres más atractivos que he visto jamás, tengo claro que mi corazón aún pertenece a otro. Al menos, hasta que se aclare lo contrario.

–Sofía, una española con nombre griego. ¡Me gusta! –coquetea Costas, sentándose a mi lado a pesar de que nadie le ha invitado.

–¡Yo soy Daphne! –contesta Sonia ipso facto. Posiblemente, ha sacado el nombre de la serie Bridgerton a la que está enganchada–. También es griego, ¿verdad?

–¿Conoces la historia de Daphne y Apolo? –Panos saca a relucir sus armas de seducción mientras se come a mi hermana con los ojos.

Y entonces, ella le hace un hueco, y Panos comienza a narrarle el mito, seguido de la historia del laberinto del Minotauro, el nacimiento de Zeus en una cueva de la isla y no sé cuántos mitos cretenses más. Mi hermana finge escucharlo todo por primera vez, a pesar de que ambas leímos *La Odisea* en el instituto y mi madre nos crío leyéndonos un mito cada noche.

Mientras escucha a Panos un tanto embelesada, parece haber olvidado que tiene a su marido y a su hijo esperando en una habitación al otro lado de la bahía. No, no lo ha olvidado. Viéndola tan radiante y desinhibida por primera vez desde que la conozco, diría que mi hermana ha tocado fondo.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –le pregunto en privado, para que los dos dioses griegos no nos escuchen. Aunque con esa cara y ese cuerpo, estoy segura de que tienen super poderes.

–Solo me divierto un poco, tranquila. No sabes lo que es llevar quince años con el mismo hombre sin que nadie más te haga un poco de caso. ¿Esto es lo que me he estado perdiendo todos estos años? –pregunta. Me doy cuenta entonces de que la crisis que tiene es peor de lo que imaginaba. Asiento con la cabeza lentamente, para no dar más énfasis a su situación–. ¡Podrías mentirme, perra! Por cierto, sonríe mucho. ¡Dientes!

Mi hermana hace un selfie de los cuatro juntos que no tardará en subir a las redes.

–Hay trenes que solo pasan una vez –añade filosófica. He bebido tanto que me veo incapaz de

seguirle la conversación–. Tal vez es él quien debería preocuparse porque tú conocieras a otro en Grecia mientras él resuelve su crisis –dice subiendo la foto a Instagram.

–No estoy de humor para subirme a ningún tren. Además, Lucas no tiene redes sociales.

–Pero su querida Leah sí, y están juntos, ¿no? –responde ante algo tan obvio.

–Creo que deberíamos irnos antes de que las cosas se compliquen más… –propongo–. He visto cómo te guardabas el anillo en el bolso.

–Me ha pedido que bajemos a la playa a dar un paseo. ¿Puedes creerte que a mis 30 años solo he estado con Julián? –pregunta con la mirada perdida en sus pensamientos, que mucho me temo no van a gustarme–. ¡Solo he probado un hombre!

–¡No te creo! –respondo, ella asiente con la cabeza–. Eso no justifica que…

–¿Cómo de malo sería? Al final, voy a dejarle antes o después, no es como si me estuviera jugando la relación.

–Sonia María Carrascal Torres, ¡dime que no estás pensando lo que creo que estás pensando! –exijo, incapaz de creer que la moralista esté siendo precisamente yo–. ¡No puedes hacerme esto! ¡No voy a ser testigo de cómo le pones los cuernos a tu marido!

–Se ha enrollado con su compañera de trabajo –me dice al fin. Intuyo en sus palabras una historia que en su día le causó dolor y ahora la deja fría–. Se fue tres días a Madrid a una conferencia de abogados y, cuando regresó, me encontré unas bragas en el coche. Unas de esas diminutas de encaje que hace años que no me pongo y que, ahora que lo pienso, creo que me sentarían de infarto.

–Creo que has perdido el norte…

–Pues yo creo que acabo de descubrir el sur. Necesito tener una aventura que me haga sentir viva. ¡Necesito esto! No sé cómo saldrán las cosas con Joan, pero sé que él lleva meses esperando a que dé el paso y está acostándose con otras mujeres. Si las cosas entre nosotros funcionan, habré pasado de un hombre a otro sin divertirme un poco entre medias. Solo quiero saber qué se siente rompiendo las reglas por una vez, dejando de ser perfecta, simplemente… perdiendo el control.

–La única vez que hice eso acabé con una resaca del copón y el bolso lleno de patitos de goma –recuerdo–. Si no te acabas de inventar toda esa historia de su infidelidad para que te dé permiso, y a la vista de que vas a dejarle…

–Mamá y papá jamás se pueden enterar de esto. Nadie puede. Nunca.

–¿Sabes que me quitarías bastante presión si de vez en cuando hicieras algo mal a sus ojos?

–¡Voy a divorciarme! Voy a dejar a un abogado para estrellarme en los brazos de un hippy que hoy enseña yoga en Barcelona, mañana limpia elefantes en una granja de Tailandia y pasado, Dios dirá. ¡Creo que la voy a liar muy parda, hermanita! Deja que me divierta por una noche.

No sé cómo accedo. Supongo que porque, esta noche, he sentido una conexión que no había vuelto a tener con mi hermana desde que apareció Julián en su vida. Y me gusta. Siento que la he recuperado.

–Voy a darle palique a su amigo –digo al fin. Sonia sonríe tanto que se le va a desencajar la mandíbula–. Pero no pienso volver al hotel sola. No tengo móvil y no voy a permitir que un desconocido me acompañe, ni a dejar que tú duermas vete tú a saber dónde. ¡Volvemos juntas!

–Volveremos juntas, tranquila. El señor Pollito no puede enterarse de esto.

Que llame a su marido con el apelativo despectivo que yo le he puesto me hace ver que las cosas están peor de lo que yo creía.

–Diviértete, con responsabilidad. –Abrazo a mi hermana y le cuelo una tira de condones en el

bolso. Sé que ella no los usa con su marido, así que tengo que preocuparme por su seguridad.

Después, los veo alejarse a la playa de la mano como dos adolescentes a punto de hacer una travesura. Intuyo que así es como se siente ella ahora, como una adolescente, volviendo a vivirlo todo por primera vez.

Costas me sonríe. Nos hemos quedado solos en un entorno idílico y romántico que da pie a todo tipo de situaciones. Se acerca aún más a mí mientras me cuenta secretos de Creta que nadie más conoce –deduzco que algún dios se los habrá susurrado al oído mientras dormía–, y me habla de todas las delicias que tengo que probar en la isla… Empezando por los locales, a los que mi hermana no ha dudado en hincar el diente.

Sonrío con incomodidad pensando que Sonia me debe una muy grande, y sigo hablando con el apuesto griego.

–Y bien, Costas, ¿tú exactamente a qué te dedicas?

21

LUCAS

–¿Qué haces en la oficina un sábado por la mañana? –Colin me mira extrañado por mi repentina afición al trabajo. Lo mismo podría preguntarle yo a él–. Un momento, ¿tú no deberías estar en Creta con tu novia?

–Leah está aquí.

–¿Quién? –Entrecierra los ojos, tratando de recordar dónde ha oído ese nombre antes–. ¡Ah, Leah! ¿Leah tu…? ¡Entiendo! ¿Y qué quiere?

–Supuestamente a mí. Me quiere de vuelta en Australia. El cuento de hadas completo.

Colin no sabe qué responder a eso. Tal vez ahora entienda que prefiera estar en la oficina adelantando trabajo que en mi piso dándole vueltas a la cabeza. Además, necesitaba entender si realmente mi trabajo me gusta tanto como para renunciar al verdadero amor de mi vida: Brisbane.

–Bueno, es lo que tú querías, ¿no? –Colin trata de mostrarse neutral y comprensivo, a pesar de estar en el medio entre Sofía y yo–. Que sepas que no voy a juzgarte si decides…

–Me gusta Sofía –aclaro tajante–. Me gusta mucho. Pero no cerré página con Leah en su momento y ahora no sé qué debería hacer. Por cierto, ¿qué haces tú aquí?

–No soy tan friki como tú, ayer me dejé olvidado el móvil. Chloe me está esperando para ir a clase de spinning. Si te apetece despejarte luego, avísame.

–Le he dado un día a Leah para escucharla. Es lo menos que puedo hacer viniendo desde tan lejos.

–Mi oferta sigue en pie. Si necesitas hablar, no voy a juzgarte ni a tomar bando.

Me da una palmada en la espalda y me deja de nuevo acompañado de mis dudas, confusión y vacío existencial. Me he pasado la noche sin dormir tratando de decidirme, pero mucho me temo que no voy a hacerlo a no ser que pase más tiempo con Leah; que, en vez de idealizar su recuerdo, viva de nuevo lo que realmente era estar a su lado, algo que recuerdo fue un infierno para mí.

Mirando fotos mías con esas dos mujeres veo a dos personas completamente diferentes. Con Leah volvería a una vida de lujos y comodidades cerca de mi familia, tal vez aceptaría el puesto que mi padre eligió para mí y me juntaría con los altos cargos del país en fiestas y eventos.

Con Sofía soy espontáneo. Todo es nuevo y emocionante, inesperado. Podríamos acabar viviendo en una furgoneta en Melbourne seis meses y pasar otros seis en Palma de Mallorca haciendo surf. O montaría en Barcelona ese restaurante que siempre quise montar y ella sería mi asesora de marketing.

Sé que no puedo seguir huyendo de mí mismo, tengo que encontrar el modo de unificar esos dos Lucas.

A la hora de la comida, me reúno con Leah en un restaurante solo para VIPs que le ha recomendado un contacto. Está en la última planta de un rascacielos sin nombre y solo puedes reservar mesa si tienes una invitación. Oculto tras una bóveda de cristal que le da un toque muy

chic, toda la decoración está realizada en gris y naranja, creando un contaste de luces y sombras exquisito. Destila lujo y glamour al más puro estilo británico. No me siento cómodo en estos sitios, pero es cierto que, además de pagar casi diez libras por un café, estás comprando discreción. Aquí no se hacen fotos ni preguntas y podemos ponernos al día sin que nadie pida un autógrafo. Aunque Leah es tan diva que no pasa desapercibida ni en un local así, hasta su aura deja una estela de purpurina a su paso.

El camarero nos trae el vino y el entrante, dos diminutas bolitas chiclosas blancas que aseguran ser vieiras, acompañadas de un aliño a base de pesto y un único canónigo. Dos vieiras y un canónigo por plato a dieciocho libras la ración. Por suerte, hay un McDonald's de camino a mi casa…

Leah lleva un rato hablando y hablando, pero he perdido la concentración en algún punto de la charla. ¿Cuándo dejaron de interesarme esos temas de conversación que antes encontraba fascinantes? Al ver mi obvia falta de interés, pasa al plan B, hablarme de gente en común que una vez fue parte de mi vida y de la que no he vuelto a saber absolutamente nada. Cuando Leah me dejó, no encontré apoyo en ninguno de ellos. No me llamaron para ver cómo estaba o si necesitaba un hombro en el que llorar. Son gente que solo están ahí mientras puedas aportarles algo.

Leah se resigna al hecho de que hoy no estoy muy hablador y decide hacerme preguntas para forzarme a intervenir en la charla.

–¿Por qué Londres? ¿Qué es lo que más te gusta de este lugar?

«Sofía». La respuesta acude a mi cerebro de inmediato. Su sonrisa. Las arrugas que se dibujan en sus ojos. Podría pasarme horas viéndola sonreír.

–¿Lucas? ¿Tu lugar favorito? –insiste.

«Su cuerpo». No puedo controlar mis pensamientos. ¡Basta de pensar en Sofía!

–El Puente del Milenio –respondo, parco en palabras y recordando aquellos besos, el lugar que marcó por varias razones el inicio de nuestra relación.

–¿El Puente del Milenio? –repite ella, incrédula, justo antes de embarcarse en una verborrea interminable acerca de sus propias percepciones de la ciudad.

Lo cierto es que su discurso me aburre. Su presencia me deja frío. Ya no queda nada de aquellos días de playa deseando quedarnos a solas para arrancarle el top, de las miradas furtivas a través de los grandes salones de fiestas.

El camarero sigue trayendo platos con raciones microscópicas a las que han tenido la decencia de llamar por su nombre: "reducción de", "descomposición de" o "algo en miniatura".

–Gordi, voy a serte muy sincera: –comienza Leah, haciendo así que me gire para participar en su monólogo interminable–. Quiero que volvamos juntos. No he venido hasta aquí para irme con las manos vacías, me da igual el tiempo que tenga que esperar hasta que vuelvas a creer en mí, pero… ¡te echo tanto de menos!

–Tú vienes buscando al viejo Lucas, pero ese ya no existe. Y, sinceramente, no creo que te guste la persona en la que me he convertido aquí. Llevo ropa de outlet, voy camino de hacerme vegano como mi madre, me gusta quedarme en casa un sábado para leer o ver una película, y la mayoría de mis amigos viven de alquiler en cuchitriles victorianos a los que alguien se atreve a llamar casa.

–¡Pues déjame conocerte! –pide, agarrándome las manos con delicadeza. Su tacto me pone nervioso, pero no lo aparto, víctima de los recuerdos tan contradictorios que evoca en mí.

–¡Es que no sé si quiero que me conozcas, Leah! ¡No puedes regresar de repente a mi vida y

ocupar el lugar que tenías! Creía que era feliz hasta que has llegado y lo has puesto todo del revés.

–¡Tú me has dejado ponerlo todo del revés, gordi! –corrige. Pienso en replicar. Tardo un rato en darme cuenta de que tiene razón, ha sido culpa mía–. Nadie te puso una pistola en el cuello. Si elegiste quedarte es porque en el fondo sabes tan bien como yo que aún queda algo de mí en ti. Por mucho que hayas cambiado, sigues siendo aquel chico de Brisbane al que le gusta caminar descalzo por la arena mojada. Y voy a conseguir que ese chico vuelva, porque sé que estaba enamorado de mí como nunca nadie lo ha estado.

–Estás loca.

–Las locas amamos con locura, las cuerdas atan.

Sus versos adolescentes no causan el efecto que ella esperaba en mí.

Terminamos la cata y nos dirigimos a un bar del barrio donde me espera Aga, empeñada en conocer a la mujer que una vez me robó el corazón. Es un local muy diferente, la cerveza no cuesta ni dos libras y también vende privacidad por el simple hecho de que nadie en su sano juicio nos buscaría aquí.

Observar a Leah me resulta divertido. Su mirada camina indecisa de un lado a otro del bar sin detenerse en ningún sitio más de lo necesario por miedo a coger algo infeccioso.

–¿En serio esta es la clase de sitios por los que te mueves ahora? –Leah eleva las cejas, incapaz de situarme en un sitio así.

–Tienen cerveza barata y está cerca de casa –respondo para impresionarla aún más.

–Primero lo del méndigo y ahora esto… ¡Menos mal que he venido a rescatarte!

“Lo del méndigo” no fue sino un pequeño acto de caridad por mi parte que Leah encontró asqueroso. Nada más salir del restaurante, nos encontramos un mendigo en la puerta de un supermercado. Entré un segundo en la tienda y salí con un sándwich, algo de fruta y un té caliente. El hombre me dio las gracias y me enseñó una sonrisa sin dientes, a lo que Leah me miró completamente horrorizada.

–¿Por qué has hecho eso? –me preguntó.

–¿El qué? ¿Evitar que alguien pase hambre?

–¡Ayudar a ese yonqui maloliente como si fueras una monjita de la caridad! ¿No me digas que esto lo has aprendido de la chica esa con la que te juntas ahora? Supongo que, para ella, tiene que ser habitual viniendo de un país tercermundista, pero para ti…

–¿España tercermundista? –No podía creer que Leah fuera tan hipócrita–. ¿No eres tú la que veranea cada año en España?

–En Ibiza, amor, es distinto. Ese yonqui está ahí porque se lo ha buscado él solito. En este país hay trabajo más que de sobra para todos.

–¡No conoces su historia! –defendí, enervado por su discurso.

–¡Tú tampoco!

Me hubiera gustado grabarlo y mostrarle al mundo la otra cara de Leah Madison. Leah la generosa, la filántropa que recientemente fue galardonada por haber hecho una donación millonaria para enviar vacunas a África.

¿Cómo pude estar tan ciego de pensar que aquella mujer era todo mi mundo? Y, sobre todo, ¿cómo he podido ser tan estúpido de dejar sola a Sofía para intentar descubrir lo que sentía por Leah? Rechazo. Asco de mí mismo por lo mucho que me humillé por ella. Siempre me han dicho que quien bien te quiere te hará sufrir, pero eso es una mentira como una catedral. Leah nunca me ha querido, por eso fue tan fácil para ella humillarme reiteradamente y romperme el corazón

con la misma facilidad con la que se rompe una promesa.

Cuando llegamos al bar y veo a Aga al fondo, jugando al billar con la pelirroja de siempre y otra amiga, casi doy saltos de alegría. Necesito un poco de mi nueva vida para equilibrar la balanza, que, en estos momentos, tiene una sobredosis de mi "yo" de Australia que me va a marear.

Aga se moría de ganas por conocer a Leah y sospecho que mis advertencias se han quedado cortas. Para Mal. El modo en el que la está mirando me indica que la primera impresión no ha sido buena. Aun así, Aga es una firme defensora de que las primeras impresiones pueden ser traicioneras, y decide darle una segunda oportunidad. Pero Leah fracasa de nuevo –¡estrepitosamente!– cuando comenta con el morro arrugado que Londres huele a humo y fritanga, que está lleno de plebeyos y que los metros parecen alcantarillas. Tampoco su desacertado comentario sobre Elsa, el nuevo ligue de Aga que se identifica con el género no binario, le ha dado demasiados puntos a su favor.

–¿Y tú a qué te dedicas? –pregunta Leah, bebiendo su copa de vino con estudiada elegancia.

–Soy peluquera –responde Aga cortante. Leah casi se atraganta al oír esas palabras.

–Lo siento, es que no me acostumbro a que Lucas tenga amigos tan… convencionales. Cuando el viejo Lucas me presentaba a alguien, solían ser actores, deportistas de élite… Pero parece que el nuevo Lucas se junta con la *crème de la crème*[20], mendigos y peluqueras. –Leah busca con la mirada los lavabos y sonríe con incomodidad–. Si me disculpáis, voy al aseo. Lucas, me gustaría irme de esta cochambre antes de pillar cualquier cosa.

Leah desaparece para ir al baño y Aga se acerca a mí, sin poder ocultar una mueca de asombro. Yo ya sé lo que va a decirme.

–¡No me puedo creer que te hayas quedado aquí con Barbie Malibú! –me reprende entre dientes para que nadie nos oiga.

–Necesitaba aclararme las ideas, te recuerdo que esta mujer me tenía loco de remate.

–Y te juro que estoy intentando con todas mis fuerzas entender por qué has dejado a Sofía por esta chica, ¡pero me está costando!

–¡Ey, que yo no he dejado a Sofía!

–¿Tú estás seguro de eso?

–¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Fue ella quien sugirió que nos diéramos un tiempo!

–¿Es que no has visto *Friends*? Déjame que te lo exponga de otro modo: teníais planes para iros a vivir juntos justo después de conocer a sus padres. Y, de repente, aparece tu ex y ella acaba yéndose sola a Creta y pidiéndote que canceles el contrato de alquiler, después de haberle confesado que no sabes lo que sientes por ella. Sofía te ha dicho que no le importa, pero lo que yo veo es que te ha dado a escoger entre irte con ella o quedarte con tu ex, y tú has establecido tu jerarquía de prioridades. Te aseguro que, si mi ex apareciera aquí ahora mismo, yo no dejaría a mi pareja actual para perder el culo detrás de él.

Analizo las palabras de mi amiga y exhalo todo el aire que he contenido en mis pulmones.

–No lo había visto así.

–Apuesto a que Sofía está que se sube por las paredes ahora mismo. Al menos, yo lo estaría.

–¡Tienes razón! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? –Me siento como si Aga hubiera encendido la luz en una habitación que llevaba tiempo a oscuras–. ¡Soy feliz con Sofía! ¡Muy feliz! Creo que voy a llamar a mi chica... Dile a Leah que ahora vuelvo. Lo menos que puedo hacer es llamar a un taxi y asegurarme de que llega sana y salva a su hotel.

–¡Ese es mi chico! Arrea a llamar a Sofi.

Miro el reloj sin tener muy claro si llamar o no. Son las diez de la noche en Inglaterra, lo que hace que sean las 12 en Grecia, y es posible que Sofía ya esté en la cama a pesar de ser viernes. Los viajes familiares pueden llegar a ser agotadores. Aun así, me animo y la llamo sin demasiado éxito. Como no me coge el teléfono, acabo escribiéndole un mensaje cursi y melancólico para que sepa que la echo de menos.

Cuando entro de nuevo en el bar, me encuentro a Aga con sus amigas jugando al billar de nuevo, y a Leah haciendo lo que mejor sabe hacer en este mundo: postear en Instagram. Pero me sorprendo al ver que no está mirando su propio perfil, sino el de una mujer llamada Sonia Carrascal que enseguida enciende mis alarmas. Es morena, elegante y clásica, de esas mujeres que siempre llevan el pelo liso y pendientes de perlas. A pesar de eso, se parece más a Sofía de lo que ella quiere reconocer.

–¿Qué haces mirando el perfil de Sonia?

–¿La conoces? –pregunta sorprendida–. Tiene una foto con tu amiguita. ¿En serio no le da vergüenza subir algo así? Mira el ángulo. ¡Y está borrosa! Al menos podrían haberla retocado con algún filtro…

Lejos de todas esas imperfecciones fotográficas que ella ve, lo que yo veo es a mi chica y su hermana pasándoselo de miedo en Grecia. La idea me haría más ilusión si no fuera porque hay dos morenos despampanantes de fondo sacando la lengua a la cámara. Me relajo al recordar que Sonia está feliz y tradicionalmente casada y no hay nada que temer. Pero sé que voy a tener el run-run detrás de la oreja hasta que hable con ella. ¡Malditas redes sociales del demonio capaces de matar de celos a cualquiera!

–Será mejor que te pidas un taxi y regreses a tu hotel. Tengo ganas de irme a casa y descansar, ha sido un día muy largo.

–¿Por qué no me acompañas al hotel? No estoy segura de saber llegar sola…

–Has sabido localizar mi piso entre un mundo entero donde escoger, estoy seguro de que sabrás localizar el hotel más lujoso de Londres.

El tirante de su vestido se desliza provocativamente por su hombro. Se agacha para subírselo, mostrándome todos sus encantos. Me quedo mirándola con el mismo interés que hubiera mostrado hacia el tirante de Sam o Colin, la más vil indiferencia. ¿Significa eso que me he curado?

–¿Sabes que tengo una botella de Cab Sauv esperando por mí en la habitación? Es un Bin 707 Penfolds del 97. Estoy segura de que ni el nuevo Lucas podría negarse a una buena copa de vino.

Reconozco el vino enseguida, un delicioso ejemplar australiano que supera las dos mil libras y dista mucho de aquel Cabernet Sauvignon barato que consumo desde que vivo aquí. Estoy tentado de aceptar su oferta solo por volver a sentir ese placer en mi lengua, su sabor afrutado e intenso. El nuevo Lucas decide que lo más coherente es rechazar su propuesta.

–Leah… me pediste un día. Y lo cierto es que…

–¡No, no, no! ¡Escúchame! Un día no es suficiente, gordi. Dices que has cambiado y lo veo, lo noto, pero necesito tiempo para acceder a ti, para conocerte de nuevo.

–¡Es que no quiero que me conozcas! Tú eres parte de algo que dejé atrás y este soy yo ahora.

–Te llamo mañana.

–Por favor, no lo hagas más difícil... Disfruta de tu estancia aquí y tal vez nos veamos algún día por Brisbane. Lo nuestro se ha acabado.

22

LUCAS

¿Cuánto pueden durar 24 horas? A veces solo un instante. Otras… Si las mido teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, lo que ha cambiado mi vida, cómo se ha ido todo a la mierda, juro que no son solo 1440 minutos.

Es lunes. Hace cuatro días que Sofía se fue, y mi plan inicial era ir a buscarla al aeropuerto con flores y acabar haciendo el amor apasionadamente en mi apartamento cuando me perdonara. ¡Lo tenía todo ideado en mi cabeza! Pero a la hora de la verdad, a dos horas de que su avión aterrice en Heathrow, no puedo. Simplemente no puedo… No puedo mirarle a la cara después de lo que me ha hecho. No puedo mirarme al espejo después de lo que nos he hecho.

Todo empezó el sábado por la mañana. No pude pegar ojo, ansioso como estaba porque Sofía se despertara y devolviera mi llamada. A las cinco de la mañana me rendí ante la evidencia y me levanté a hacer unas flexiones, salir a correr con el fresco de la mañana y tomar un café en la calle. A mis siete, me preocupé por no haber sabido nada de ella, pues eran las nueve en hora griega. No era solo que no hubiera respondido a mi mensaje, ¡es que ni siquiera lo había leído! Marqué su número otra vez y me quedé a la espera de que alguien contestase, pero obtuve el mismo resultado que la otra noche. No sabía si estaba enfadada conmigo o le había pasado algo, así que volví a insistir, hasta que alguien por fin respondió a mi llamada.

–*Hello Lucas.* –Oí a un hombre con mal acento en inglés–. *Jaguar llu*?

Me quedé tan pillado que no supe qué responder. ¿Quién demonios era ese tío y qué hacía con el teléfono de mi novia?

–¿Podría hablar con Sofía?

El interlocutor bromeó con alguien en español mientras yo quedaba a la espera de su respuesta. Al menos, no parecía que nadie le hubiera robado el móvil.

–Soy Julián, su cuñado. Sofía se dejó anoche el móvil en nuestra habitación.

–¿Puedo hablar con ella? Estaba empezando a preocuparme…

–¡Oh, no te preocupes por ella! Sofía ha pasado la noche muy bien acompañada…

El sonido de su risa compartiendo con alguien una broma privada que no entendí, me molestó casi tanto como sus palabras. Aunque no lo conocía de nada, pude intuir a través del teléfono que era un auténtico cretino. Desde luego, no podía decirse que hubiera tenido el menor tacto para decirme que mi novia había dormido con otro.

–Oye, Lucas, ya te llamará ella cuando se despierte, ¿vale? Yo no me quiero meter en vuestros líos.

Dicho y hecho, el español más borde de la historia me colgó el teléfono después de haberme soltado tremenda bomba de relojería. A partir de ese momento, pasé por varias fases en cuestión de minutos.

Primero, me lo tomé mejor de lo que esperaba e incluso la justifiqué. Había sido solo un polvo, un rollo de una noche al que no iba a volver a ver en la vida. Un desahogo. Igual, ella dio por hecho que yo había vuelto con Leah y decidió divertirse un poco. Había sido un egoísta. Ella

había sido comprensiva conmigo y yo ni siquiera me había parado a pensar hasta ese momento en lo que había supuesto para ella el verme con mi ex, actuando de nuevo como su marioneta y que, de repente, mi mundo le explotase en la cara. Decidí entonces que podría llegar a olvidarlo. Sexo por despecho, por frustración, por dudas… ¡No era tan terrible!

En la segunda etapa, me rayé como un vinilo viejo. Si realmente me quisiera, no habría hecho eso. Soy un hipócrita por decir esto, pero si le quitas la confianza y la sinceridad a una relación, ¿qué sentido tiene? Yo estaba confundido, pero jamás la habría traicionado de ese modo.

En la tercera fase, volví al punto de partida, defenderla, una etapa que duró muy poco esta vez, pues se me vino a la cabeza la infidelidad de Leah en sus momentos más álgidos y ardí con furia. La intensidad del daño que me produjo una vez Leah estaba a años luz de lo que sentía en esos momentos. Empecé a notar brotes de agresividad desde mi pecho hasta mi puño. Necesitaba golpear algo, necesitaba...

Terminé mi café y caminé a paso ligero hasta Primrose Hill, una colina al norte de Regent's Park que ofrece unas vistas espectaculares. Y grité. Grité como un demente para desahogar todo lo que tenía dentro. Sofía había sido el gran desengaño de mi vida. Un lobo con piel de cordero que iba de mosquita muerta. Al menos, en eso, Leah era mejor que ella, se la veía venir de lejos. Yo no, porque estaba ciego, pero cualquiera con dos ojos en la cara hubiera sabido que me la iba a jugar tarde o temprano.

No podía perdonarla. Me sentía traicionado. Roto.

La siguiente etapa, fue la práctica. Tenía que mantener la mente fría. Lo último que necesitaba era otro romance nefasto que se filtrara a la prensa.

Volví a casa, me duché, cociné al menos seis platos diferentes para relajarme, incapaz de ordenar mis ideas. No sabía lo que quería, no me apetecía nada de lo que había preparado, y acabé pidiendo pollo frito en el KFC a pesar de que no como carne. Me sentía un fracaso. Hasta el simple hecho de volverme vegano se había visto interrumpido por instantes de enajenación mental.

La última etapa fue la autodestructiva, mezclada con un intenso odio irracional que manifesté emborrachándome en una taberna de mala muerte a las cuatro de la tarde. Yo que odiaba el alcohol, y ahí estaba, contándole mis miserias a un camarero al que mi querida amiga Aga se había trincado un par de veces. No sé por qué le conté que iba a acostarme con mi ex, ni siquiera tenía claro que fuera a hacerlo realmente, pero me puse en plan macho alfa, como un auténtico cretino, contándole a ese pobre chico que esa noche iba a darlo todo, mientras él me escuchaba estoicamente y rellenaba mi vaso cuando se quedaba vacío.

Tres cervezas más tarde, Aga hizo acto de presencia en el bar. No era una coincidencia, podría apostar a que el camarero le había alertado de mi lamentable estado.

–Si no te importa, esta me la bebo yo. –Aga me quitó la cerveza y bebió un sorbo de ella.

–No me importa, siempre y cuando me pidas otra.

Le quité la cerveza de nuevo y le hice un gesto al camarero chivato para que abasteciera a mi amiga.

Su presencia siempre me agrada. Siempre sabe escoger las palabras exactas que necesito escuchar. Pero la voz de la diversión tenía ganas de fastidiarme esa noche. Estaba en plan Pepito Grillo, haciendo de abogada del diablo y diciéndome con quién podía o no podía echar un polvo.

–¿Qué es eso de que te vas a acostar con Barbie Malibú? –preguntó con seriedad y cierto tono de reproche.

–¿Todos los tíos con los que has follado son tan serviciales como este? ¡Debes tener Londres

minado de espías!

–¿Podrías dejar de comportarte como un capullo y largarte a casa?

–¿A las siete de la tarde? –Reí con amargura–. ¡Debes de estar de coña! La noche acaba de empezar.

–¿Se puede saber qué carajo me he perdido, Luke? Ayer estabas decidido por Sofía y, de repente, hoy te encuentro borracho perdido y pensando en volver con ese monstruo con uñas de gel.

–No pienso volver con ella, no te equivoques.

–¡Mírame, Luke! –Aga me agarró la cara, obligándome a mantener el contacto visual–. ¿Qué ha pasado?

–Se ha acostado con otro, ¿vale? –dije al fin. Las palabras se hicieron más reales cuando las pronuncié en voz alta–. ¡Ni 24 horas ha tardado! Claro que, ¿qué podría esperar de una mujer que me masturbó la misma noche que nos conocimos?

¡Plas! Aga me dejó marcada la cara como si fuera una jugadora profesional de pelota vasca.

–¿Se puede saber de qué coño vas? –pregunté, llevándome la mano a la cara para aliviar el golpe.

–¡No! ¿De qué coño vas tú, machista neandertal? ¡Como vuelva a oír otra barbaridad sobre tu novia, te pongo la otra mejilla a juego! Y deja de buscar excusas para justificar que te quieres acostar con tu ex porque sigues siendo su perrito faldero. ¡Sofía no te ha engañado! No sería capaz de tal cosa.

–Tengo pruebas. Me lo ha dicho su cuñado.

–¿Y por qué su cuñado te lo contaría precisamente a ti? ¡Carece de sentido!

–¡Yo qué sé! Igual no soy suficiente para ella o igual se ha agobiado con toda esta mierda. Seguro que no le gusta lo que ha visto en Internet, y no la culpo.

Mientras volvía a entrar en la fase autodestructiva, terminé la pinta de cerveza –la cuarta, según mis cálculos– y le pedí al camarero que me sirviera otra.

–Igual deberías dejar de beber antes de que te estampe el botellín en la cabeza –amenazó Aga–. ¡Estás haciendo un ridículo espantoso! Y te recuerdo que, desde que Barbie entró de nuevo en tu vida, estás rodeado de paparazzi a todas horas, cariño.

–¡Me la trae al pairo! Que publiquen lo que quieran, así se entera mi novia de que yo también puedo divertirme sin ella. Dicho esto –añadí, apurando un último sorbo de cerveza– me voy a buscar a Leah.

–¡Deja de hacer el capullo! Sé que mañana te vas a arrepentir de esto. ¡Nos vamos a casa! –Aga me agarró de los hombros para que me quedara, pero yo me solté de ella con la fuerza de un toro de Miura.

–¡Y tú deja de comportarte como mi madre solo porque tengas unos años más que yo! –le grité con voz dañina. Aga abrió sus ojos azules lo más que sus párpados le permitieron, incapaz de creer que el bueno de Lucas fuera capaz de decirle todas esas barbaridades–. ¡Estoy hasta los huevos de que todos me digáis lo que tengo que hacer! Especialmente tú, que dices ser bisexual y poliamorosa porque, en el fondo, no tienes los ovarios de reconocer que estás loca por Elsa, que te aterra la estabilidad por la mala experiencia que tuviste con tu ex marido, y sabes que tus padres católicos te matarían si les explicas que tienes una relación con una persona de género no binario.

–Muy bien, Luke, ¡qué te jodan! Desde que esa mujer ha regresado a tu vida, te estás comportando de nuevo como el gilipollas que eras antes de venir aquí.

–¡Tú no me conocías entonces! ¡No te atrevas a juzgarme!

–¡Pero te estoy viendo ahora mismo! Y no me gusta esta versión de ti. ¡No te reconozco! ¿Quieres follarte a Leah? ¡Fóllatela! Pero no me vengas llorando cuando Sofía te deje y tú te mueras por volver con ella.

–¡Que te jodan también a ti, Aga!

Después de esa discusión, no sé cómo llegué al Savoy. Estaba en un estado lamentable y casi le grité a los recepcionistas por no querer decirme en qué habitación se hospedaba Leah.

–Caballero, ¿le importaría abandonar nuestro hotel? En el Savoy no podemos permitirnos estos escándalos.

–Soy Lucas –expliqué, como si eso lo justificara todo–. ¿Lucas William Doyle? Estuve hace un par de días aquí con la señorita Madison. ¿Nada?

–Me temo que no. –Me miró de arriba a abajo con cierta condescendencia y no tuvo reparos en echarme del hotel–. Me temo que, si no se marcha, voy a tener que llamar a seguridad.

–¡Solo quiero ver a Leah! ¡Dígale que he venido! ¡Me está esperando!

Dos hombres trajeados me acompañaron a regañadientes a la salida y me dejaron en la calle, empapándome bajo la lluvia como un perro abandonado. Decidí mandarle un mensaje al móvil, pero hacía tiempo que había borrado su número para evitar la tentación de escribirle. Ante la evidencia de que no iba a conseguir verla con la ayuda de los empleados del hotel, mi única opción fue reabrir mi cuenta de Instagram, solo para decirle que estaba esperando abajo. Tan pronto como me incorporé a la red social, me llovieron las notificaciones de nuevos seguidores, mensajes y miles de fotos que habían subido mis contactos en mi ausencia digital. Le mandé un mensaje rápido para anunciarle que estaba esperando abajo y que aceptaba de buen grado esa copa de vino. ¡Bendita sea su adicción a las redes sociales! Leah me contestó al instante que estaba en el spa del hotel dándose un masaje y que me esperaba en cinco minutos en su habitación.

–Los perros sabuesos de la puerta me han echado –expliqué–. Dicen que estoy borracho.

–Hablaré con ellos. Habitación 416.

Cuando entré de nuevo al hotel, los polis matones se acercaron a mí con una actitud bien diferente. Se disculparon por el malentendido y me escoltaron personalmente hasta la suite de Leah. Una vez delante de su puerta, empapado en lluvia, algo más despejado y con las manos vacías, me pregunté a mí mismo si haber ido hasta allí había sido realmente una buena idea.

Leah me abrió la puerta envuelta en un kimono de seda con flores y encaje, semiabierto, dejando entrever un minúsculo conjunto lencero a juego. Sus pechos sobresalían, firmes y erguidos, por la copa del sujetador, su piel bronceada me evocaba recuerdos de aquellas cálidas tardes de playa en Brisbane, y el olor a mar en su pelo. Sus ojos verdes me miraron seductores bajo unas densas pestañas postizas.

–Llevo todo el día de compras en Harrods –explicó por romper el hielo–. ¡El *afternoon tea*[21] de ese sitio es divino!

–Me alegra que estés sacando partido a tu estancia aquí.

Dejé mi chaqueta mojada en el perchero de la entrada y me quité los zapatos, sintiéndome inmediatamente como en casa. Era como si el viejo Lucas, el que sé que tengo escondido en algún lugar, hubiera hecho acto de presencia. A ese Lucas le gusta el confort, el bienestar y los lujos. Y, sobre todo, le pone muchísimo Leah. Sus modales de pija consentida que siempre lo ha tenido todo.

La suite tenía un sofá naranja de espaldas a otro blanco, creando dos salones juntos pero

independientes y con dos ambientes muy distintos. Los muebles eran de madera maciza, con adornos dorados, una mesa y unas sillas junto a una espectacular chimenea blanca de mármol. Aunque, sin duda alguna, el mayor atractivo de esa lujosa habitación se encontraba fuera de ella: Londres. Las vistas tan espectaculares que se veían desde los enormes ventanales que iban de pared a pared, eran algo fuera de este mundo.

Me acomodé en el sofá blanco que había frente a la chimenea. Leah me miraba desde el mueble bar, una elegante composición de mármol negro con madera oscura de fondo, donde habían tenido la cortesía de dejarle algunas botellas de primerísimas firmas. Me observaba con curiosidad mientras abría la famosa botella de vino, vertiendo el licor en dos copas y tendiéndome la mía. Leah forzó un brindis en el aire antes de beber un sorbo de su copa. Yo me tomé mi tiempo, lo saboreé lentamente antes de permitir que el líquido atravesara mi garganta. Hay placeres que se disfrutan mejor despacio, y un buen vino es uno de ellos. Leah seguía de pie frente a mí, en tensión, y sin atreverse a sentarse en el sofá conmigo.

–No es que no me alegre de verte, pero… ¿qué te trae por aquí? –La expresión de su rostro me indicó que estaba tan sorprendida como dolida–. Ayer me dejaste bien claro que no querías volver a verme.

–He cambiado de opinión –respondió mi yo más inexpresivo, pero mis ojos delataban mi hambre.

Había ido a esa habitación con una idea en mente y no iba a irme hasta que lo consiguiera. Primero, porque estaba muy borracho y rabioso de dolor. Segundo, porque no necesitaba excusas, me apetecía acostarme con ella. No porque aún la quisiera, sino porque necesitaba comprobar que ya había sacado su veneno tóxico de mí, que ya no tenía el poder de manejarme a su antojo. Y sabía que, el único modo de descubrir si me había curado de la enfermedad que una vez me causó, era volviendo a caer en la trampa. Además, ¡era Leah Madison! Esa era razón más que suficiente para estar allí y perder la ropa. ¿Tan horrible soy por ello?

–Solo has venido porque querías probar el vino –me provocó, a la espera de que dijera algo que le diera un poco de esperanza.

Su pierna desnuda sobresalía entre los pliegues del kimono y buscaba mis manos, seductora. Mis dedos le respondieron al instante, dibujando sutiles caricias en su piel de seda.

–Reconozco que el Bin 707 siempre supo mejor cuando lo bebíamos juntos… –dije al fin.

Agarré los pliegues de su bata y tiré suavemente de ella hacia mí. Leah se deslizó sobre mi cuerpo con delicadeza, montándose a horcajadas sobre mí, y yo la sujeté por la rabadilla. Mis labios buscaron los suyos y ella me facilitó el camino. Entonces, la devoré, literalmente, y ella me siguió el juego. Pero no fue un beso tierno ni romántico. Fue agresivo, desesperado y lleno de frustración. Un beso que expresaba todo el odio que sentía hacia ella, todo el dolor que me había causado Sofía y, sobre todo, era la prueba evidente de que estaba muy jodido.

Deslicé el kimono de seda por sus hombros, dejando a la vista un hermoso conjunto lencero de seda salvaje, que sabía que le había costado más caro que el vino que acabábamos de bebernos. Comencé a besar su pecho hasta quitarle el encaje que cubría su pezón. Lo mordí, lo saboreé, arrancándole un gemido de placer que hizo que se me pusiera dura. Se me había olvidado lo que era acariciar esos pechos voluminosos, el olor a Chanel que me intoxicaba cuando descendía por su cuerpo con mis labios.

Me incorporé para sujetarla con fuerza y tirarla en el sofá con una fuerza animal, pero Leah parecía encantada con esa nueva faceta que hasta ahora no le había mostrado. No lo había hecho porque la quería, pero en esos momentos, solo quería correrme con ella. Sin amor ni promesas.

Sexo crudo y salvaje.

Descendí por su cuerpo con maestría, dejando un reguero de saliva húmeda y caliente sobre su piel, hasta llegar al monte prohibido de su placer. Retiré con los dientes el encaje que cubría su intimidad y la allané con mi lengua, deleitándome en su sabor. Conseguí que llegara al orgasmo en tiempo récord, la ventaja de haber salido con ella tantos años es que conocía su cuerpo casi tan bien como el mío.

–¡Buf! ¿Esto es lo que me he perdido todos estos meses? –susurró entre gemidos.

–He estado practicando un poco –confesé con el ego henchido.

–Si esto es parte del nuevo Lucas, creo que podré acostumbrarme.

–No hemos vuelto, Leah. Solo estoy dejándome llevar. Esta noche no quiero pensar.

–Como tú quieras…

–Lo digo en serio.

–¿Tú no has dicho que no quieres pensar? Mañana negociamos. Ahora ven aquí y cállate la boca. Hay condones en el baño.

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Ni siquiera terminé de desvestirme, ¿para qué? Dirigí mis pasos hacia el baño, una estancia elegante y clásica en mármol blanco con detalles dorados en las paredes. Localicé el neceser de Leah entre los dos lavabos y rebusqué los condones con ansiedad. El espejo me devolvió una imagen horrible de mí mismo, no solo físicamente, sino también de mi alma. No sabía qué estaba haciendo, pero no me veía capaz de parar. Algo dentro de mí necesitaba estar con Leah esa noche.

De nuevo en el salón, me la encontré recostada en el sofá blanco y dispuesta. El hambre se dibujaba en sus ojos, que me miraban con deseo contenido y cierta cara de satisfacción por haber conseguido lo que quería de mí. Me coloqué encima de ella y, sin más juegos ni calentamientos, la penetré con fuerza. Leah gritó al sentirme dentro, y apretó las caderas contra mí, invitándome a embestirla con más énfasis. Y lo hice. Una corriente de energía me recorrió entero mientras mi cuerpo se liberaba de todo ese caos de emociones que tenía agarrotadas en mi interior.

No me sentía nada cómodo teniéndola frente a mí, no quería ver sus emociones cuando alcanzara el clímax. Así que le obligué a cambiar de postura hasta que quedó de espaldas a mí, mirando el hall de la suite, y entonces, la penetré desde atrás con brío, como si fuera un animal salvaje. Creo que nunca he sido tan rudo con una mujer. No le estaba haciendo el amor, ni siquiera estaba teniendo sexo ocasional como solía hacer con Aga. La estaba follando con rabia, con desesperación. Con rencor, frustración y odio. Sed de venganza. No sé si hacia ella, hacia Sofía o hacía mí mismo, pero sé que las razones que me llevaron a esa suite eran las que me movieron a actuar de un modo tan violento. Sin embargo, ella parecía estar disfrutándolo al máximo. Sus gemidos pidiéndome que no parara así lo probaban, lo que me hizo pensar que todas las veces que le hice el amor con ternura, no estaba siendo suficiente para ella. Por eso buscó fuera lo que yo no le daba con mis besos y mis caricias. El pensamiento hizo que la embistiera con más fuerza, que clavara mi polla en ella hasta casi traspasarla.

–¡No pares, Lucas! ¡Me gusta así! ¡Duro, sigue!

Respondí a su invitación cabalgándola con furia, hasta que me dejé llevar por el placer. Mi cuerpo convulsionó hasta vaciarse dentro de ella, proporcionándome un inmenso placer físico, que inmediatamente fue sustituido por vergüenza, culpabilidad y vacío. Miré a la mujer que tenía frente a mí, extasiada y radiante, y de pronto, lo vi todo claro. ¿Qué estaba haciendo allí? Se suponía que Leah era todo cuanto quería para ser feliz, pero no podía dejar de pensar en Sofía. En sus caricias, sus besos tiernos, las bromas cómplices que siguen al acto de hacer el amor. El

sexo con sentido, esa necesidad de conectar, de quererla tanto que estar unidos no parecía suficiente. Las ganas de más... Y no de menos. Porque estaba semidesnudo en esa habitación que daba vueltas y vueltas a mi alrededor. Y sentía calor. Me asfixiaba.

Entonces, me sentí miserable. Me daba igual si Sofía se había acostado con ese griego o no, porque ella es la mujer con la que quiero despertar cada día de mi vida. Desde el momento en que nuestros caminos se cruzaron, lo tuve claro.

Sentí náuseas. Leah me miraba expectante y sonriendo incómoda. Su rostro se desdibujaba y se iba haciendo más difuso, su voz se perdía en la habitación. Corrí como alma que lleva el diablo al cuarto de baño y mancillé el retrete real con los restos de mi borrachera, sumado a mi orgullo herido, mis miedos y mis mentiras. Mi cuerpo se vació de todo aquello que estaba contaminándolo y, de repente, me sentí puro, renovado. Y esa sensación de bienestar, me hizo reír como un demente. Reí porque, a pesar de haberme comportado como un cabrón, estaba mejor que nunca conmigo mismo. Y eso también es importante.

–Estoy curado –me dije, con una risa que resonó por toda la suite–. ¡Estoy curado!

–Gordi… ¿está todo bien? –Leah se asomó por la puerta con un mohín de disgusto.

–Todo bien –sonreí sincero–. Mejor que nunca.

Me incorporé y pasé de largo en busca de mi camiseta, que estaba tirada en el suelo del salón. Leah me siguió con un brillo misterioso en la mirada que estaba complicando las cosas.

–¡Creo que ha sido el mejor sexo que hemos tenido nunca! Gordi, yo… Ayer cuando me echaste de tu vida pensé que no ibas a entrar en razón, pero nunca perdí la fe en nosotros. ¡Sabía que antes o después regresarías conmigo!

–Leah, no…

–¡No hace falta que digas nada! –Me tapó la boca con un dedo para impedir que pronunciase la verdad que ella no quería oír–. Sé que aún hay mucho de lo que hablar, pero tendremos tiempo de sobra en Australia.

–No voy a volver contigo –dije al fin–. Esta noche ha sido todo lo que necesitaba para cerciorarme de que ya te he olvidado.

–¡No me ha dado esa impresión hace 10 minutos! –insistió ella–. ¡No puedes echarme un polvo y dejarme, así como así!

–Tú tampoco, y eso no te impidió hacerlo. En reiteradas ocasiones. Dime, ¿cómo podías salir conmigo y después irte a casa de ese imbécil? ¿No se te movía nada por dentro?

–¡Eso ya es pasado!

–¿Cómo podías seguir besándome como si nada? ¿Diciéndome a la cara que me querías, que yo lo era todo para ti? ¡Porque yo me siento como una puta mierda ahora mismo de pensar que tú no eres Sofía!

–Vamos a calmarnos todos un poco –pidió ella, pausada–. ¡Somos Leah y Lucas! Somos la pareja perfecta, todos quieren ser nosotros o acostarse con nosotros. ¡No puedes simplemente renunciar a esto por un pequeño error del pasado!

–Christian Denver, Ian Wilson, David Slater, Eduard Lacroix… ¿un pequeño error del pasado, dices?

–¡Me sentía perdida! Solo buscaba un poco de compañía.

–Mientras tú buscabas compañía, ¡yo te lo di todo!

–¡Ya te he dicho que lo siento!

–¡La verdad es que no! Aún no lo habías dicho. Todas las veces que lo hemos dejado me has hablado de ti, de cómo te sentías tú, justificando que necesitas hacerlo para sentirte realizada y

recalcando que todo era culpa mía por no darte lo que necesitabas. Nunca me has preguntado cómo estaba yo. Lo cierto es que esta noche he roto con el Lucas que tú conoces, he roto del todo con mi pasado y quiero comenzar una nueva vida en la que tú no estés.

–¿También vas a renunciar a tu familia? –inquirió con una sonrisa sarcástica–. ¿A tu sueño de abrir un restaurante con tu madre para quedarte aquí para siempre con esa chica?

–Estoy tomando esta decisión por mí, por nadie más. Y no te quiero en mi vida.

* * *

Y así pasaron los días, hasta que llega el lunes por la noche y me quedo plantado en la puerta sin saber si abrirla o no para ir al aeropuerto en busca de Sofía. No he vuelto a saber nada de ella. Intentó llamarme en varias ocasiones, pero al ver mi negativa a responder sus llamadas, dejó de insistir. No me he visto capaz de hablar con ella. Necesito tenerla cara a cara y que me explique qué ha pasado en Creta, confesarle qué ha pasado en Londres.

–¡Mierda!

Con tantas emociones, se me había olvidado que mañana es mi cumpleaños y va a ser super violento tener esta conversación allí, delante de todo el mundo. Especialmente, porque tuve la estúpida idea de dejar que Fabio nos liara a todos para una experiencia de cine inmersivo, donde nos veremos rodeados de los personajes de Bridgerton en carne y hueso. Fabio está tan entusiasmado con la idea, que también se ha encargado de alquilar todo el vestuario para el evento, además de reservar los tickets para todos. Me encantaría cancelar mi entrada, pero ahora más que nunca, necesito a Fabio como aliado.

Me armo de valor y salgo en busca del taxi más cercano que me lleve a Heathrow. Necesito aclarar las cosas antes de montar un escándalo en la fiesta, pero a medida que vamos acercándonos al aeropuerto, me acobardo al entender que no tengo ni puñetera idea de qué voy a decirle. ¿Me arrepiento de haberme acostado con Leah? La respuesta es que no. No me arrepiento porque, aunque sé que he traicionado a Sofía y mis propios principios, algo dentro de mí lo necesitaba. Necesitaba romper con esa parte de mi pasado que nunca quedó conclusa, los asuntos pendientes del viejo Lucas. Necesitaba cerrar la puerta y disipar todas las dudas. Solo ahora puedo afirmar con certeza que ya no quiero a Leah Madison. ¡Es más! Creo que nunca la he querido realmente. Fui adicto a ella como quien se engancha a la heroína y sabe que, tras un subidón inicial, acabará tirado y hecho mierda en la cama. Eso era Leah para mí, una droga química y tóxica que se fue llevando mi vida por delante. Y sé que no me hubiera dado cuenta de ello sin ese polvo de despedida que no me supo a nada.

Cuando el taxi se para en el aeropuerto, tengo mis reservas.

–Son veinte libras con ochenta y siete peniques –me informa el taxista.

Miro a mi alrededor y las dudas se apoderan de mí. Pago al taxista y le pido que me espere mientras salgo a hacer una llamada. Marco el número de Sofía y espero impaciente a que coja el teléfono, pero no responde. Le mando un mensaje rápido y escueto, aún apoyado en la puerta del taxi, que ha puesto en marcha el contador de millas otra vez.

–Estoy en Heathrow.

23

SOFÍA

No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve semejante resaca. Miento, sí me acuerdo: el día que conocí a Lucas. Lo último que pensaba es que volvería a cogerme una moña así, y al lado de Sonia, a quien la palabra “diversión” le produce sarpullidos. Yo diría que anoche se lo pasó muy bien…

Miro a mi hermana, que sigue durmiendo a pierna suelta a mi lado sin preocuparse de que el sol entre a raudales por la ventana. No sé qué hora es, mi móvil sigue atrapado en su bungalow.

No sé con qué cara voy a mirar hoy al señor Pollito, mientras por dentro tengo la imagen de mi hermana comiéndose a besos con aquel griego. ¡La madre que la parió!

–Chist, Soni… –Intento despertarla mientras me pega un manotazo en la cara y casi me tira de la cama.

Cojo su móvil y miro la hora con preocupación. ¡Casi las diez de la mañana! Vuelvo a apagar la pantalla al sentir un escalofrío tras contemplar una imagen de la familia perfecta en el fondo de su pantalla. Lo que yo creía que eran.

–¡Sonia, levántate! –insisto–. ¡Son las diez de la mañana y tienes un millón de llamadas de Julián y mamá!

–¡Qué pesado es este hombre, por Dios! Si le dije que estaba durmiendo contigo.

–No puedes enfadarte porque se preocupe por ti, sigue siendo tu marido.

–También lo era cuando se benefició a esa zorra y no pareció acordarse tanto de mí –responde, dedicándome un ostentoso bostezo–. ¡Vaya mierda llevo encima! ¿No tendrás codeína?

–¿Así arreglas tú las resacas?

–¡No lo sé! ¡Nunca he tenido una! –exclama con el carácter avinagrado que la caracteriza.

Al menos me queda claro que la Sonia de siempre ha vuelto, esa que me cae fatal pero que, al menos, no va a enrollarse con otro, haciéndome cómplice de sus secretos.

–Será mejor que vayamos a comer algo que nos asiente el estómago.

–Tú ve sin mí, creo que voy a vomitar –me informa, desperezándose–. En serio Sofi, ¿cómo puedes hacer esto cada fin de semana?

–¿Pero qué imagen tienes tú de mí? –me defiendo–. Normalmente no paso de las dos cervezas. La única razón por la que estoy más fresca que tú es porque ayer bebí agua entre cóctel y cóctel. Lo más cerca que estuviste tú del agua fue cuando Panos te llevó a…

–¡Chiiiiiist! –Mi hermana me tapa la boca y mira en todas las direcciones como si alguien pudiera vernos–. ¡Anoche no pasó nada! Se nos fue un poco de las manos, ¡y ya está!

–Lo sé, lo sé… Voy a darme una ducha y a comer algo. Creo que tú deberías hacer lo mismo.

–Te espero fuera en quince minutos, ¿vale? Será mejor que enfrentemos a papá juntas.

–¡Claro! No sea que papá nos castigue un mes en el cuarto sin salir –me cachondeo.

No puedo evitar romper a reír a pesar del dolor de cabeza que tengo en el que el sonido de mi

propia voz reverbera en mi cerebro.

Tengo tantas ganas de recuperar mi móvil para ver si me ha escrito Lucas, que me ducho en tiempo récord, me visto y no me molesto ni siquiera en secarme el pelo. Al fin y al cabo, se me va a llenar otra vez de salitre. Tal y como había prometido, una versión estirada y perfecta de mi hermana me espera en la puerta del bungalow, lista para ir a desayunar.

–Tu móvil no está en la habitación –me informa–. Acabo de hablar con Julián y lo tiene él. Están dando un paseo por el puerto y esperándonos para ir a Mátala. Sinceramente, no creo que pueda soportar un viaje de dos horas en coche por las carreteras de este país.

–Podemos quedarnos aquí si quieres… –ofrezco. Sonia niega con la cabeza.

Terminamos de desayunar y nos encontramos con ellos en el puerto. Sonia va tan resacosa que he tenido que sujetarla en varias ocasiones por miedo a que se cayera al suelo, pero ella insiste en que va bien. He cogido varias bolsas de basura por si acaso le diera por vomitar en el coche.

Cuando nos ven llegar, no pueden evitar atiborrarnos a preguntas sobre dónde nos metimos la otra noche. Les vendemos una historia de confraternización entre hermanas que resulta plausible, pero Julián está molesto porque su esposa perfecta no haya dormido por una noche en su cama.

–Ha llamado Lucas –informa de mala gana, mirándome con esa cara de pijo estirado que pone cuando algo le saca de su zona de confort. Y sé que, en estos momentos, me está odiando secretamente por haber pervertido a su mujer. Porque por supuesto, lo que pasó anoche fue culpa mía.

Hago mutis por el foro y dejo a mi hermana lidiar con sus problemas maritales mientras yo me dispongo a lidiar con los míos. Lucas me ha mandado un mensaje diciendo que se arrepiente de no haber venido y que me echa de menos. Sonrío al deducir que no tengo nada que temer y que sigue enamorado de mí. No debería haber dudado de él. Respondo a su llamada, pero no me lo coge. Un sábado a esas horas es posible que esté haciendo ejercicio o que haya salido a comer con Aga o Colin, así que le mando un mensaje diciéndole lo mucho que le echo de menos, y vuelvo de nuevo con mi familia, sintiéndome mucho mejor.

Mi padre conduce hasta Mátala, una localidad costera situada al sur de la isla que adquirió notable fama en los sesenta y setenta por sus comunas hippies. El aire en ese rincón de la isla parece diferente, con sus variopintos puestos de mercadillos que recorren unas calles cuyos suelos están pintados con ilustraciones pacifistas. Puedo sentir el espíritu de Bob Dylan y Cat Stevens en cada bocanada de aire. Las palabras de Joan Báez resuenan en todo el pueblo: "*Puede que no lo sepas, pero en el otro extremo de la desesperación, existe un lugar muy claro donde uno es casi feliz*".

Me pierdo entre los puestecitos del mercado para comprar souvenirs a mis amigos y dar un poco de intimidad a mi hermana, que está luchando contra la resaca y contra Julián, y va perdiendo por K.O. en ambos casos. Mis padres, por otro lado, intentan controlar al hijo de Satán para evitar que rompa todo lo que encuentra a su paso, tarea harto difícil cuando se trata de mi sobrino Jorge. Cuando mi padre está a punto de perder los papeles –no sé si con Sonia o con Jorge–, decido relevarle.

–Idos al puerto a tomar una cerveza y disfrutar de las vistas, yo me encargo del monstruo –ofrezco, cogiendo de la mano con fuerza a mi sobrino.

Siempre he sabido que la mejor manera de calmar a esa fiera es dejarlo exhausto. Compro un *frisbee* de madera con muchos colores y me llevo a mi sobrino a la playa como si fuera un perro. Reconozco que acabo con la lengua fuera mucho antes que él, pero yo tengo perseverancia y

amor propio, y Jorge no tarda en decirme que está cansado y quiere sentarse con los abuelos a tomar un zumo. Busco con la mirada en los chiringuitos y me encuentro que Sonia y Jorge están de nuevo con mis padres, aunque tienen cara de malas pulgas. ¿Le habrá contado Sonia a su marido lo que pasó anoche?

Cuando me junto con ellos, el ambiente está enrarecido. Mis padres buscan desesperadamente encontrar un tema de conversación conmigo, Julián está mirando al horizonte con esa cara de sabueso que pone a veces y Sonia… Sonia tiene una resaca que no se tiene en pie. Ni siquiera se ha quitado las gafas de sol a pesar de que no es tan intenso en esta época del año.

–¿Cómo va el trabajo, hija? –pregunta mi madre por hablar de algo–. El otro día le enseñé a Puri tu campaña de friegasuelos y dice que ella lo compraría sin dudar, y que eres tan buena, que serías capaz de vender a tu madre si alguien mostrara el suficiente interés.

–Mamá, vender tus virtudes sería muy fácil, pero no tengo intención alguna de quedarme sin ti.

–¡Mi niña dulce! –dice cogiendo mi mano–. ¡No sabes qué bien nos ha sentado a tu padre y a mí ese crucero! Venecia ha sido un sueño hecho realidad, y Capri… ¡me sentí como en una de esas películas de Audrey Hepburn! ¿Verdad, Enrique?

–Verdad –responde mi padre que, para ser abogado, a veces es muy parco en palabras–. ¿Se puede saber dónde os metisteis anoche? Tu hermana a duras penas se tiene en pie y tiene que darle ejemplo al niño.

Me pregunto si mi sobrino será consciente de lo que pasa a su alrededor, viviendo como vive en su inocencia infantil. Por suerte, mi cuñado le ha puesto unos cascos gigantes para que vea *La patrulla canina* y no moleste a los mayores.

–¿No vas a decirme entonces donde os metisteis tú y tu hermana? –insiste mi padre.

–Su hermana está delante y puede oírte y responder. Las gafas no me aíslan del sonido –replica Sonia molesta, poco acostumbrada a los reproches de papá.

–¿Y de la inmadurez te aíslan? ¡Porque pareces una quinceañera trasnochada! –replica mi cuñado con inquina.

–¡A ti lo que te pasa es que has tenido que cuidar del niño más de dos horas seguidas! ¡Que, desde que ha nacido, no puedo ni ducharme sin tenerlo pegado a las bragas!

Mi padre está a punto de intervenir, pero mi madre le tapa la boca con la mano. Yo directamente no doy crédito y me refugio en mi móvil, con la esperanza de que Lucas me haya contestado el mensaje, pero no hay ni rastro de él, a pesar de que sé que lo ha leído. Me centro de nuevo en el partido de ping pong que están jugando Sonia y Julián delante de toda la familia, que concluye cuando mi hermana se levanta de la silla y le grita unas palabras que frenan de golpe toda la conversación:

–¡Quiero el divorcio!

–¡Sonia María Carrascal, siéntate ahí ahora mismo y retira lo que has dicho! –exclama mi padre autoritario, levantándose para poner fin al drama.

–¡No voy a retirar nada, papá! ¡Estoy harta de ser la hija perfecta, la madre perfecta y la esposa perfecta! ¡Harta de no hacer lo que quiero por el miedo a fallaros, a no ser lo que esperáis de mí! ¿Pues sabéis qué? ¡Qué ahora me toca vivir a mí! No voy a esperar a la jubilación para embarcarme en este crucero.

El señor Pollito está tan impactado por la petición de su mujer, quien además es abogada especialista en divorcios, que se ha visto incapaz de replicar nada. Yo estoy a punto de aplaudir de emoción. ¡Esa es mi hermana!

La solución de mi padre es tan tajante como inútil: pedir la cuenta y regresar a Sisi, donde poder atajar el problema en la soledad del hotel. Como si horas de conversación pudieran cambiar el hecho de que mi hermana quiere divorciarse.

Así que, cuando llegamos a Sisi, mi madre se queda de niñera de Jorge mientras mi padre, Sonia y Julián discuten el futuro de esa relación. No sé qué pinta mi padre ahí, pero jamás dejaría que se metiera en mi vida de ese modo. Creo que, en el fondo, Sonia está disfrutando torturándole con la situación y por eso le ha dado manga ancha en el asunto.

Es de noche y ha empezado a refrescar. Cojo una chaqueta y me siento despreocupadamente en las hamacas de colores con la compañía de diez mil mosquitos que han tenido la misma idea que yo. Son las nueve, hora local, las siete en Londres, y Lucas sigue sin cogerme el teléfono. Estoy tentada de llamar a Aga para que me confirme que está bien, pero automáticamente decido que es una idea absurda y que, muy probablemente, Lucas no me ha llamado porque me está evitando. O tal vez solo necesite un poco más de tiempo.

Guardo el teléfono en el bolso y me pongo a leer, algo decepcionada. Echo de menos a Lucas. Me dije a mí misma que no iba a dejar que ningún hombre volviera a hacerme daño, pero me ha llegado muy adentro con esa imagen de chico tímido y adorable que me ha vendido. Una mentira para encubrir que es un niñato acostumbrado a tener lo que quiere y para quien la vida solo es un juego en el que sabe que siempre va a ganar. Por un momento, se me pasa por la cabeza que en realidad esté sufriendo la misma crisis que mi hermana, que haya vivido una vida que él no ha elegido por miedo a salirse de lo establecido, y ahora no sepa cómo gestionar los cambios. ¿Quién sabe que se le estará pasando por la cabeza?

–¿Sigues sin saber nada de él? –Mi hermana aparece delante de mí con los ojos rojos de haber estado llorando. Muevo la cabeza afirmativamente–. Igual ya está en la cama…

–Eso es lo que me preocupa. Hay dos horas menos allí, no debería estar en la cama. A no ser que esté acompañado…

–He mirado todos los perfiles de Leah y te aseguro que no han vuelto. Le hubiera faltado tiempo para publicar la exclusiva.

–La verdad es que espero que tenga el detalle de contármelo él mismo antes de enterarme por la prensa. ¿Qué ha pasado ahí dentro? No me gustaría tener que llevar a papá a urgencias cuando le dé un infarto.

–¿Tú crees que papá nos ha sobreprotegido? –pregunta con seriedad.

–¡Sin duda alguna! Mis amigos se ríen de mí porque me aterra tomar riesgos. Aunque voy mejorando, también necesité hacer un par de locuras para entenderlo…

–¿Cuándo fue eso? –Mi hermana parece sorprendida–. ¡Tú siempre has hecho lo que te ha dado la gana!

–Entre comillas. La vocecita de papá siempre estaba presente. “No te subas a ese árbol o te abrirás la cabeza” –le imito, con una voz que a Sonia le hace sonreír–. “No vuelvas tarde a casa o podrían secuestrarte”. “No te beses con ese chico o creerán que eres una guarra”.

–¡Uy, sí! La última… ¡Imagínate que pensaría de mí si supiera lo que pasó anoche!

Las dos nos reímos al imaginarlo.

–Mejor que no sepa entonces lo que pasó la noche que conocí a Lucas… –Le resumo la historia y Sonia me mira sin dar crédito–. ¡Estaba desatada esa noche!

–Y él volvió a llamarte, lo que prueba que la teoría de papá no es cierta –celebra–. Oye, ¿no tendrás una copia de esa lista de cosas que hacer antes de morir? Ahora que voy a empezar a vivir, no me vendrían mal algunas ideas.

–Te regalaré el libro entero para que sea tu nueva biblia. ¿Hablabas en serio con lo del divorcio, entonces?

–No he estado más en serio en toda mi vida.

–Ni siquiera pareces arrepentida por lo de anoche.

–Tengo sentimientos encontrados. Sé que ha estado mal y debería sentirme horrible, pero… A la vez me siento genial –añade con una sonrisa traviesa–. Libre. Como si se hubieran roto mis cadenas. Siento que he estado viviendo una mentira todo este tiempo y, de repente… ¡Esta soy yo! La verdadera yo. No sabría explicarlo, pero creo que, a riesgo de sonar egoísta, era justo lo que necesitaba.

–Un polvo terapéutico –bromeo–. ¿Vas a volver a verle? Puedo cubrirte si hace falta, no es que su amigo sea peor compañía que papá y mamá ahora mismo…

–Gracias hermanita, pero no quiero manchar mis recuerdos. Lo que pasó anoche fue simplemente perfecto gracias a la improvisación, lo inesperado y la brevedad. Y estoy lista para el siguiente paso. Aunque sé que va a ser un proceso lento y difícil, al menos, tengo una ilusión en el horizonte.

Sonia me tiende el móvil para que vea una foto donde aparece con un chico con el pelo largo en una coleta, una camiseta con un mándala y unos pantalones de algodón. Las siguientes fotos que veo son de el mismo hombre haciendo yoga, escalando una montaña o nadando con tortugas.

–Este es Joan –deduzco

–Este es Joan –confirma.

No quiero decirle que presiento que esa relación tiene los días contados y que Joan va a ser tan solo el “hombre taxi” que la llevará en su vida del punto A al B, aquel que ha propiciado un cambio dramático, pero no será el definitivo. Aún le queda mucho que recorrer, pero tendrá que descubrirlo ella sola algún día.

–¿Va a quedarse en Barcelona? –pregunto.

–No lo sé. He dejado de pensar en el futuro –aquella que habla NO es mi hermana–. ¿Para qué hacer planes? Hace un par de años era una mujer feliz con mi aburrida vida de casada y, después de tres meses encerrada en casa por culpa de ese estúpido confinamiento, decidí que no podía pasar un día más de mi vida con Julián. Me estaba ahogando en vida, Sofi.

–Creo que deberíamos irnos las dos solas a cenar un dakos con un buen cóctel –ofrezco.

–Solo si pedimos ración extra de tzatziki y me prometes que volveremos antes de las doce. Una cosa es que vaya a divorciarme y otra que vaya a dejar de ser madre.

–Entonces, deberíamos cambiar de bar. Algo me dice que Panos va a estar esperando a que aparezca su Dafne.

* * *

Aterrizo en Heathrow sintiéndome desilusionada y confundida. Aunque aquel viaje ha obrado de pegamento para unirme de nuevo a mi hermana y salvar nuestra relación, siento que cada día que pasa estoy más lejos de Lucas. No he sabido nada de él en tres días. Miento. Antes de partir, he visto en un medio sensacionalista unas fotos suyas saliendo de la puerta del Savoy, un lujoso hotel que lleva el nombre de Leah Madison por todas partes. Otro medio realzaba su imagen de macho, tras haber sido visto discutiendo con una rubia despampanante en un bar horas antes de ir al hotel de Leah. Un tercer tabloide auguraba la inminente vuelta de “LuAh” –acrónimo compuesto por los nombres de Lucas y Leah con el que los fans apodaban cariñosamente a la

pareja– tras la repentina vuelta de Lucas al mundo virtual. Compruebo asqueada que, en efecto, Lucas ha reabierto su perfil de Instagram, en el que tiene 354K seguidores y un montón de fotos antiguas pavoneándose con celebridades y políticos. Me había mentalizado para el dolor que supondría volver a verle con ella, pero siento algo parecido a la indiferencia. Porque aquel chico que tengo ante mí no es mi Thor.

No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero no parece que haya mucho más que explicar. Tal vez, por eso no me molesto en comprobar si Lucas está esperándome en el aeropuerto como prometió, ni me acuerdo de quitar el modo avión hasta que llego a mi piso. Colin y Chloe ya están acostados y yo pienso hacer lo mismo en cuanto me dé una ducha. Rescato el móvil de mi bolso y observo, sorprendida, que Lucas realmente había ido a buscarme como prometió. El mensaje es de hace más de una hora, al que sigue otro treinta minutos después.

Lucas: Estoy en Heathrow.

Lucas: ¿Has aterrizado ya?

Sofía: ¡Mierda! Tenía el móvil en modo avión. Ya estoy en casa. ¡Lo siento!

Lucas: Ok. ¿Nos vemos mañana en la fiesta?

Sofía: ¡Por supuesto! Si no voy, Fabs me mata. Oye Lucas… ¿Qué voy a encontrarme mañana?

Lucas: No lo sé, Fabs es quién lo ha organizado todo y me tiene muy intrigado.

Sofía: Me refiero a nosotros. He visto tus fotos saliendo de su hotel, y otras en las que Aga parecía a punto de matarte. Y te noto tan distante…

Lucas: Leah y yo no estamos juntos. Pero me gustaría que habláramos antes de que empezara la función.

Sofía: Claro. Hasta mañana, Lucas.

Lucas: Hasta mañana, Sofía.

24

SOFÍA

–¿Sería mucho pedir poder respirar esta noche? –protesto enérgicamente, agarrándome con fuerza a la encimera de la cocina mientras Patri sigue apretándome las cuerdas del corsé hasta rozar la asfixia.

–Tu rival tiene atributos de silicona, va a ser muy difícil competir con eso a no ser que te apriete un poquito más –informa, pegando otro tirón a las cuerdas que me deja en el sitio.

Me doy la vuelta cabreada y me encaro a mi amiga.

–¡No pienso competir por ver quién tiene el mejor escote esta noche! ¡Así que ya me estás soltando el corsé o me desmayaré antes de llegar a la fiesta!

–¡Tengo una idea!

Patri desaparece de mi campo de visión y reaparece con dos rellenos de silicona que no duda en colocar con toda confianza en mi sujetador. Cuando me miro en el espejo, tengo una cintura tan estrecha que parece que he perdido seis kilos, y a la vez, he ganado dos tallas de sujetador.
Sabía que no tenía que haber confiado en ella para elegir el vestuario ambientado en Bridgerton. El suyo es un escandaloso vestido fusión entre la moda de principios del siglo XIX y el moderno "vestido desnudo" que no va a dejar a nadie indiferente. El mío, no mucho más recatado, es un espectacular diseño de terciopelo rojo, tan escotado, que me hace sentir una prostituta victoriana. ¿Y qué decir de Fabio? Lleva una americana larga de terciopelo negro, combinado con un chaleco de seda azul marino con estampados dorados y pantalones negros a juego. Extravagancia y elegancia victoriana al más puro estilo italiano.

Aunque mi amigo finge estar eufórico con el plan, sabemos que está de morros porque su novio no va a poder venir al evento al encontrarse en plena corrección de exámenes, aunque prometió unirse a la cena más tarde.

–¿Estamos listos? –Fabs mira su móvil con impaciencia–. Que el protagonista del evento llegue tarde a su fiesta está de rabiosa actualidad, pero no sé si los organizadores del teatro pensarán lo mismo si nosotros llegamos tarde.

–¡Que sí, pesado, que ya vamos! –protesta Patri, tirando de mí para que no cambie de opinión en cuanto al semi recogido que me ha hecho y que llevo media hora criticando frente al espejo.

Lo cierto es que no quiero ir a la fiesta. No sin antes aclarar con Lucas en qué punto estamos. Si es que queda algo que aclarar… Todo el trayecto en taxi me lo paso repasando, una y otra vez, las divagaciones publicadas en Internet sobre la relación de LuAh, hasta que Fabs me quita el móvil y me dedica una mirada de hartazgo.

–¡Me niego a que caigas en esta espiral mediática sin filtro! ¡Seguro que hay una explicación!

–Dijo el que todo este tiempo supo la verdad y no me dijo nada –respondo apática. Aún estoy dolida con él por haber sido cómplice de Lucas.

–¡Sabíamos que no te molestarías en conocerle, Sofía! –agrega Patri a la defensiva–. Le hubieras juzgado por lo que cualquiera ha publicado en lugar de darle una oportunidad.

–Exactamente lo mismo que estás haciendo ahora –agrega Fabio.

–Además, ¿qué más da quiénes sean sus padres o con quién saliera antes? –Patri toma el relevo–. Lo que importa es que es un chico maravilloso y super normal, dadas las circunstancias.

–¡Y está loco por ti! –concluye Fabio.

Llegamos a la ubicación que nos han mandado horas antes, y un grupo de recepcionistas nos piden que dejemos el bolso y el móvil en la taquilla para evitar que nadie haga fotos. Después, nos piden que les sigamos hasta una zona al aire libre donde encontramos a un grupo de unas veinte personas entre las que se encuentran Sam, Colin, Chloe, Dave, Lucas... Y Leah. ¿Qué demonios hace Leah aquí si no han vuelto?

Fabio y Patri me miran tratando de extraer algo de mi reacción, pero estoy dispuesta a interpretar el papel del año mientras dure el evento y pirarme antes de la cena. Con un poco de suerte, al menos obtendré una disculpa del cumpleañero.

–¿Qué es eso que lleva puesto? –Fabio mira el atuendo de Leah, horrorizado–. ¿Es qué nadie le dijo que tenía que vestirse acorde a la temática del teatro?

–Si lo llego a saber, te suelto un poco el corsé… –agrega Patri.

–Es una camiseta de hombre –explico, recordando nuestro primer encuentro–. Cuando apareció en el piso de Lucas, me preguntó qué hacía en bragas, y me quedé tan bloqueada, que le dije que era el último grito en moda. ¡Jamás pensé que fuera a copiarme el look y presentarse de esta guisa!

–¡Pues prepárate para que en un par de semanas todo el mundo lleve ese look por la calle! –advierte mi amiga.

¡Genial! Encima voy a tener que lidiar con un montón de borregas sin personalidad copiando el look de Leah y recordándome constantemente el humillante encuentro.

–¿También se ha dado mechas rosas? –observa Fabs frunciendo el ceño.

–Puede que también dijera que eran lo más en peluquería… –confieso.

–Pues diría que el icono de la moda no es más que una plagiadora de plebeyas –añade mi amigo con recelo–. ¡A saber a quién le copió aquel look tan rompedor hecho con plástico de burbujas que llevó en la gala de X Factor!

No sé de qué vestido habla y me trae sin cuidado. No sabía quién era Leah Madison hasta que he tenido que sufrirla en mis propias carnes. El brillo triunfal que veo en su mirada en estos momentos me hace sentir aún más miserable, ridícula con este vestido que apenas me deja respirar y evidencia que estoy marcando territorio. En otras circunstancias, sé que lo hubiera adorado, pero solo quiero pasar desapercibida, que acabe la función y largarme a casa con el orgullo intacto.

Mis ojos se cruzan de pronto con Lucas. Es una mirada triste y nerviosa, culpable. Susurra un “hola” en el aire que respondo con la mano sin mucho énfasis. Le maldigo por ser tan guapo. Ha elegido para el evento una americana de terciopelo azul clarito, chaleco de un azul algo más apagado y pantalones negros, claramente siguiendo la línea cromática de la familia Bridgerton.

–¿Dónde está Aga? –Observa Fabs en voz alta. Sospecho que su ausencia tiene algo que ver con las fotos que vi en aquella revista.

–No se encontraba bien –miente Lucas, porque sé que miente cuando agacha así la mirada.

–¡Podría haberme avisado! ¡Las entradas están contadas y el show solo funciona con un número exacto de participantes!

–Ha sido algo de última hora, ¡no te estreses! –añade Lucas despreocupado–. Seguro que no pasa nada porque haya una persona menos.

–¡Cielo santo! ¿Qué te ha pasado en los brazos? –Chloe agarra a Leah del antebrazo con toda

confianza, como si fuera su amiga de toda la vida y no una diva del ciberespacio.

–¡Esa puñetera gata me odia! –protesta Leah, poniendo morritos.

«¡Esa es mi Rosalía!», pienso para mí, aguantándome una sonrisa.

–¿En qué trabajas exactamente Leah? –pregunta Chloe, sin entender muy bien el alcance de su fama.

–Soy influencer –responde moviendo el pelo de un lado para otro, como si fuera un anuncio de champú.

–¿Y qué haces exactamente? ¿Llegas a un lugar, te exhibes y te pagan por no hacer nada? –insiste Chloe–. Siempre se me quedó grande el concepto...

Me doy cuenta entonces de que yo no soy la única que se siente incómoda con la presencia de Leah. Lucas no debería haberla traído. No es bienvenida en el grupo y está creando tensión.

–La verdad es que no tengo que hacer mucho, mi sola presencia ya vende –responde la diva, encantada con la atención que está recibiendo–. Cada vez que Lucas y yo subimos alguna foto juntos, las redes se incendian.

Miro para otro lado y pierdo la vista en los técnicos de sonido que van de un lado para otro, asegurándose de que el show sea perfecto. Porque sí, he visto esas fotos tan explicitas de las que habla, y preferiría no recordarlas.

–Pero no os creáis todo lo que veis en las redes –sigue Leah entusiasmada–. Sabes que la gente quiere morbo, así que a veces solo manipulas un poquito y…

–¿Eso es lo que pasó en el yate? –pregunta Patri, marcando un tanto a mi favor–. ¿Pura carnaza para entretener a la audiencia?

Leah se ha quedado del mismo color que su camiseta de Yves Saint Laurent, blanca. Lucas no se ha pronunciado en toda la noche y su pasividad empieza a desquiciarme.

–La exclusiva de nuestra ruptura alimentó a los medios por meses –añade Leah con diplomacia–. La prensa estaba deseando que nos pronunciáramos, nos ofrecieron un dineral por salir a la palestra a hablar, analizaron cada post en busca de alguna pista… Perdí muchos seguidores, ¿sabéis? Pero también gané otros. Mi nombre sonaba por todas partes. Es el precio de la fama.

–Es curioso, porque yo no lo recuerdo de ese modo… –Por fin Lucas se pronuncia, mirando a Leah con frialdad. ¡No entiendo nada!–. Lo que recuerdo es que recibí tantos mensajes, que tuve que cerrar mis perfiles.

Veo a un camarero del catering pasar con una bandeja llena de refrescos y copas de vino, y decido agenciarme la que para mí es la segunda de la noche.

–Cariño, llevas dos –recuerda Fabs, sustituyendo mi copa por un refresco de cola–. Y los dos sabemos qué pasa cuando tomas más de dos copas de tinto…

–Esta noche me da igual.

–¡Es miércoles! –me recuerda–. Emborráchate el finde si quieres, pero mañana tenemos una presentación y te quiero fresca.

–¡Qué aburrido estás hoy, por Dios!

–Responsable, alguien tiene que serlo, y parece que hoy nos hemos intercambiado los roles.

Vuelvo a coger la copa de vino y sonrío al camarero con falsedad.

–Es esto o largarme a casa, tú eliges –le amenazo–. Estoy haciendo el paripé para no parecer la ex novia celosa.

–¡No eres su ex novia!

–No hemos hablado desde que me fui a Grecia, no me ha saludado esta noche, se ha

presentado con Leah aquí y quiere que hablemos –analizo en voz alta–. Fabs, creo que sobran las palabras.

–Yo no lo tendría tan claro. Aquí está pasando algo y yo me voy a enterar.

–¡Llama a Lady Whistledown! –bromeo, metiéndome en escena–. De todos modos, algo me dice que, sea lo que sea, mañana estará en la prensa de todos modos.

LUCAS

Nunca es tarde para ser lo que podrías haber sido. Recuerdo esas palabras de George Eliot que alguien soltó en una charla motivacional de Daintree hace algunos años. Y lo que yo quiero ahora mismo es dejar de ser un imbécil y remediar todo el daño que he causado.

El primer paso es Aga. Una de las ventajas de que la empresa te dé el día de tu cumpleaños libre, como parte de tus beneficios de empleado, es que he podido presentarme en su peluquería con una rosa negra y mi mejor disculpa.

–¡Anda! ¡Mira a quién tenemos por aquí! –Aga se acerca a la puerta a recibirme, con los brazos en jarras y un mosqueo considerable–. Pensaba que estabas hasta los huevos de mí, que me las doy de bisexual y poliamorosa, cuando no soy más que una cobarde que…

–No hace falta que me repitas el discurso, sé de sobra las tonterías que dije –interrumpo avergonzado–. Venía a disculparme y a invitarte a comer. No me gustaría que las cosas estuvieran raras esta noche en la fiesta.

–No te preocupes que no estarán raras, cielo. No pienso ir.

–¡Aga! –insisto con tristeza, incapaz de creer que haya perdido a mi novia y a mi mejor amiga en un mismo fin de semana por capullo.

–Déjame que termine a esa señora y nos vamos a comer. ¡Pero invitas tú! –me advierte–. ¡Y nada de comida vegana! Quiero un sitio caro con carne de avestruz, de esos a los que vas con Barbie Malibú.

–Eso está hecho.

Sin embargo, cuando Aga sale del trabajo, insiste en ir a un restaurante polaco de la zona donde venden unos platos enormes repletos de varios tipos de carne entre los que no se encuentra el avestruz.

–Sabes que no me gustan esos sitios pomposos, Luke, solo bromeaba.

–¿No vas a venir esta noche, entonces?

–Lo siento, pero no creo que pueda estar allí sabiendo lo que sé.

–Te recuerdo que fue ella quien me puso los cuernos a mí antes…

–¿Qué es lo que quieres conseguir exactamente, Luke? ¿Qué vuelva contigo o decirle que estás con Leah?

–No he vuelto con Leah. Y ahora mismo “quieodio” a Sofía –confieso por primera vez en voz alta. Aga me mira con sorpresa, aunque lleva tiempo sospechando lo de que la quiero. Lo de que la odio es algo nuevo–. Es un sentimiento demasiado complejo. No sé qué va a pasar esta noche, pero sí sé que no va a perdonarme. ¿Y tú? ¿Sigues enfadada conmigo?

–Sí, pero se me pasará. Te tengo demasiado cariño como para tenerlo en cuenta, cuando sé que has tocado fondo –su leve sonrisa me hace sentir de nuevo en casa–. ¿Por qué no cancelas esa mierda de Bridgerton y os vais los dos solos a un lugar bonito donde podáis hablar en la intimidad?

–Porque Fabs lo ha organizado todo con mucha ilusión y no quiero ponerle también a él en mi contra.

–Anda, ve y arréglalo con Sofi entonces. Yo tengo que regresar a la pelu. Llámame después, ¿vale? ¡Feliz cumpleaños, grandullón!

* * *

El paso número dos del plan, Sofía, se torna más complicado. Mis amigos ya están aquí, pero ella llega tarde, nada extraño cuando juntas a un italiano, una española y una colombiana. Es como si su organismo no tuviera un reloj interno y siempre se tomarán su propio tiempo para hacerlo todo. ¡Desesperante! El plan termina de irse al garete cuando veo aparecer a Leah en escena, acaparando la atención de todo el grupo, conocidos y desconocidos. ¿Qué diantres hace aquí? ¿Y por qué va vestida de ese modo? Me acerco a ella y la arrastro hasta un rincón privado que encuentro tras las casetas de sonido, ventajas de que parte del show sea al aire libre.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te dije que no quería volver a verte?

–¡Feliz cumpleaños, gordi! –exclama ella, falta de emoción–. He comprado mi ticket, como todo el mundo. Te recuerdo que esta no es una fiesta privada.

–¿Así que solo has venido por Bridgerton?

–Nunca he estado en un cine inmersivo. Además, quería darte tu regalo de cumpleaños.

–No quiero nada tuyo, Leah.

–Al menos, ábrelo.

Me tiende una cajita de terciopelo y no sé cómo actuar al respecto. ¿Debería abrirlo? Además, ¿qué puede haber en una caja tan pequeña? ¿Acaso va a pedirme matrimonio? Cuando lo abro, me encuentro una llave con un llavero de plata en forma de yate.

–No entiendo nada, ¿qué se supone que es esto?

–La llave de un yate –confirma. Arqueo las cejas con escepticismo–. Amor, quiero que borremos el pasado y que el único yate que aparezca en nuestra historia sea el que está esperándote en el puerto de Brisbane. ¡Es todo tuyo!

No puedo creer sus palabras. ¿Es que nunca se da por vencida?

–¡No quiero tu yate! –respondo, devolviéndole la caja y la llave–. ¡Lo único que quiero es que te vayas!

–No voy a irme. Me muero de curiosidad por ver al tipo que va a interpretar al Duque de Hastings.

Decido dejarla por imposible y tragarme el cabreo monumental. Leah solo ha venido para sabotear mi intento por arreglar las cosas con Sofía. Su sola presencia ya va a ser motivo de disputa.

Cuando vuelvo con el grupo, observo que Sofía ya ha llegado, ataviada con un precioso vestido rojo que realza sus curvas y le otorga un aire mezcla de demonio y ángel que me desconcierta. ¿Cómo puede ser tan hermosa?

Tan pronto mis ojos se cruzan con su mirada triste y apagada, se disipan todas las dudas, alimentadas por días de ausencia, distancia, celos y mi propia inseguridad. Es Sofía, ¡mi Sofía! Y ella jamás me haría algo así. Estoy seguro de que hay una explicación. Tengo unas ganas horribles de correr y abrazarla. Cuando los recuerdos de mi traición con Leah vuelven a mi cabeza de manera lenta y tortuosa, me mata la culpabilidad y no me atrevo ni a decirle “hola”.

Su mirada se desvía entonces de la mía y va directamente a Leah, que está charlando con Colin como si fueran amigos de toda la vida. Algo en su semblante se endurece y adopta una actitud fría y altiva que no le pega nada.

–Prefiero la carne –oigo que responde Leah. Ignoro cómo ha comenzado la conversación–. La madre de Lucas tiene un canal de cocina vegano y está un poco, ya sabes… –hace un gesto con un dedo en la cabeza indicando que mi madre está loca–. Siempre nos reíamos de las chorradas

que publica en su canal.

¿Siempre ha sido así? ¿Siempre ha manipulado mi mundo a su antojo sin respetar mis gustos o a mi propia familia?

–¡No! Tú te reías de mi madre –replico cortante–. Yo simplemente callaba por no discutir contigo y porque era un pelele.

–¡No digas bobadas, gordi! ¡Tú tampoco la seguías!

–¡Deja de llamarme así! ¡Siempre lo he odiado! Y, por cierto, ¡sí la sigo! De hecho, yo también soy vegano ahora. O lo intento…

–¡Veremos lo que te dura la tontería!

Leah y Chloe se embarcan en otra apasionante conversación acerca de la profesión de aquélla. Mi ex parece encantada de ser el centro de todas las miradas, pero mis amigos están visiblemente violentos con la situación.

–¿Podemos hablar?

Por fin llega el momento que tanto he deseado y temido en los últimos días. Me giro y veo a Sofía detrás de mí, dispuesta a aclarar la situación cuanto antes. ¿He dicho ya que está increíblemente sexy con ese vestido?

–Ey, estaba buscando el momento para hacerlo, pero no sé si aquí, rodeados de gente… –respondo, inseguro.

–Solo quería darte tu regalo, tranquilo. Ya hablaremos más tarde.

Cojo su mano y la llevo a un lugar más íntimo que encuentro a varios metros de allí, detrás de dos casetas de vestuario, donde nadie puede vernos.

–Estás preciosa.

–Gracias. La verdad es que he estado a punto de no venir –confiesa–. Fabio me ha obligado porque era necesario un número mínimo de participantes.

–Pues yo me alegro de que hayas venido.

–¿Sí? Porque cuando te he visto aquí, con Leah, me ha quedado todo bastante claro.

–Yo no la he invitado. Es un teatro y ha comprado su entrada, no puedo hacer nada al respecto.

–¡Toma, anda!

Sofía me entrega una bolsa de regalo con desgana. No sé cómo le han dejado pasarla los de seguridad con todos los controles que ha habido a la entrada. Saco de ella un sobre tamaño folio, que deduzco contiene alguna otra experiencia para completar la lista, y una cajita muy parecida a la que me ha dado Leah poco antes, aunque sé que la probabilidad de que ella me haya comprado un yate es bastante remota. Abro el último regalo, bastante intrigado, y me encuentro con un juego de gemelos de plata que consiste en un martillo Mjölnir y una gata. No puedo evitar emocionarme al sentir que he arruinado algo único que no sé si nunca volverá.

–¿Dónde los has conseguido?

–Encontré una página de Internet que te hacían gemelos personalizados.

–¡Pues me encantan! En serio –confieso, aunque mi tono de voz bien pueda decir lo contrario.

Abro el sobre y, cuál es mi sorpresa, al ver que es un certificado de la NASA con mi nombre completo en él. Se me hace raro que Sofía me llame así, aunque supongo que es como debería haber sido desde un principio. Lo leo un par de veces tratando de averiguar de qué se trata, pero no entiendo nada.

–¿Me has comprado…? ¿Una estrella? –adivino, un tanto perplejo.

–Me he asegurado de que estuviera en el hemisferio norte, así tendrás una excusa para volver

y cuidar de tu estrella cuando regreses a Australia –explica, dando por hecho que ya he tomado una decisión–. La idea es que tacharas de la lista lo de que le pongan tu nombre a algo. Yo tengo mi cóctel y tú tienes tu estrella.

La miro asombrado por ese torrente constante de creatividad. Las palabras no me alcanzan para describir las sensaciones que me suben desde el estómago hasta el pecho. Amor infinito. Deseo. Culpabilidad. Entonces, la abrazo con fuerza y me hundo en ella, a punto de desmoronarme. Y ella se queda inerte, sin saber cómo reaccionar ante mi gesto.

Me aparto un poco de ella y la miro, con tanta ternura, que creo que mi corazón se me va a salir del pecho. Bueno, no solo ternura… También tengo ganas de borrarle el lipstick rojo con mis besos, subirle las enaguas y hacerle el amor apasionadamente. Me entristezco al pensar que tal vez nunca ocurra, que tal vez no vuelva a sentir sus besos ni su cuerpo.

–¡Es perfecto! –digo al fin–. Es la primera vez que alguien me regala algo con tanto significado.

–Había pensado en regalarte un yate, pero no quedaba ninguno libre en el Támesis –bromea, con una sonrisa débil que sé que le ha costado esbozar.

Yo empalidezco de golpe. La broma tiene un significado para mí que ella no logra entender. Decido cambiar de tema instantáneamente.

–¿Qué tal en Grecia? Estabas preciosa en esas fotos con tu hermana.

–Ya me he dado cuenta de que vuelves a estar en las redes.

–Necesitaba comunicarme con Leah y no tenía su número, pero lo he cerrado esta mañana.

–¿Y mi número? ¿Tampoco lo tenías?

–Te llamé el viernes. Y el sábado por la mañana –confieso resentido. Ha llegado el momento de la verdad–. Estabas demasiado ocupada para atender a mi llamada.

–No tenía batería. Me dejé el móvil en el bungalow de Sonia. Además, te devolví la llamada el sábado, varias veces, y no volví a saber de ti.

–Sofía, vamos a dejarnos de rodeos, me lo contó todo tu cuñado.

–¿Hablaste con mi cuñado?

–¿No te lo dijo? Respondió al teléfono y me dijo que estabas en la cama, y muy bien acompañada...

Sofía rompe a reír, como si le hubiera contado el chiste más divertido del mundo, dejándome patidifuso y molesto. ¡Yo no le encuentro la maldita gracia por ningún lado!

–Sí, la verdad es que fue el tema de conversación de todo el viaje. Al menos, hasta que Sonia le pidió el divorcio a Julián.

–¿Cómo puedes encontrar divertidas ninguna de las dos cosas?

–¡Oh, lo fue! Era la primera vez que mi hermana se emborrachaba en su vida, ¡fue tronchante! Después, vomitó en mi bungalow… Eso ya no fue tan divertido.

–Espera, ¿de qué me estás hablando?

–De la borrachera que nos cogimos Sonia y yo el viernes –responde como si fuera lo más obvio del mundo–. ¿De qué me estás hablando tú?

–¿Dormiste con tu hermana? –Mi pregunta esconde un ruego porque me diga que no, pero ella confirma con la cabeza–. ¡Joder, joder, joder!

–¿Qué está pasando, Lucas? –Creo que mi expresión facial es suficiente para que Sofía ate cabos ella sola–. Okey, entiendo: has vuelto con ella.

–¡Jamás volvería con Leah!

–¿Entonces?

–Mira… Cuando tu cuñado me dijo que no estabas sola, yo pensé que estabas con algún griego y…

–Espera un momento… –pide Sofía–. ¿De verdad creías que estaba con otro tío? ¡Me dijiste antes de irme que no habíamos roto, que solo necesitabas tiempo para aclararte!

Fabio aparece de repente e interrumpe nuestra conversación.

–Chicos, diez minutos y estamos dentro. ¡Empieza el show!

Eso me temo, que el show está a punto de comenzar… Asiento con la cabeza y le hago un gesto para que nos deje intimidad.

–Será mejor que vayamos a otro sitio más apartado –propongo, recordando que los camerinos para invitados estaban vacíos.

Sofía me mira con fastidio y me sigue a regañadientes, mientras yo repaso mentalmente esa escena que tantas veces he vivido ya antes en mi cabeza, tratando de recordar cómo era el diálogo perfecto para que me perdonase. Pero no llegamos a la zona de camerinos, Sofía se para en una especie de recepción abandonada y decide que no aguanta más.

–Di lo que tengas que decir antes de que me consuman los nervios.

En ninguna de las escenas que me he imaginado, empezamos la conversación de ese modo. Medito antes de abrir la boca, cojo aire y lo suelto con fuerza.

–Me he acostado con ella.

25

SOFÍA

Se ha acostado con ella. Sus palabras me sacuden hasta la médula. Me paralizan por un instante. Y me veo incapaz de replicar. Tampoco sé qué me creía… ¿Qué era mejor que Leah? Tal vez lo sea, pero no para Lucas. Para él no existe otra. Nunca la ha habido.

–Y me encantaría decirte que me arrepiento, que estaba muy borracho y celoso, y un millón de excusas más que justificaran el hecho de que me he acostado con otra mujer, pero no voy a hacerlo.

–Ah.

Esa es toda mi respuesta. Un "ah" inexpresivo que se ahoga al fondo de mi garganta.

–Suena fatal, déjame empezar de nuevo –pide, dando vueltas por la habitación, visiblemente nervioso–. Quiero decir que me arrepiento porque sé que he arruinado las cosas contigo y lo último que quiero es perderte porque estoy loco por ti.

–¡Vaya! Eso ya se parece más a la típica cantinela suplicante de hombre infiel –me burlo–. Pero…

–Pero, siendo egoísta, no me arrepiento porque era justo lo que necesitaba para romper con ese pasado que tanto me atormentaba. Para pegar carpetazo definitivamente con mi otra vida, el otro Lucas que se quedó en Australia esperando a que Leah volviera de nuevo a sus brazos. ¡Y ya no hay dudas! No quiero a Leah Madison. Te quiero a ti, Sofía Carrascal, con toda mi alma.

Es la primera vez que pronuncia esas palabras y, sin embargo, no producen ningún efecto sobre mí. Todavía estoy tratando de digerir lo que su confesión anterior significa.

–No había estado más confundido en toda mi vida –continúa entonando su perorata–. Por la mañana me desperté pensando que era el hombre más afortunado del mundo y, de repente, me sentía en una montaña rusa en la que todo estaba yendo demasiado rápido y ni siquiera sabía cómo me había montado en ella.

Mi pecho empieza a llenarse de un calor asfixiante que necesito expulsar como sea. Me estoy llenando de ira.

–¿Cuánto tiempo pensabas seguir riéndote de mí, Lucas? ¿Hasta cuándo pensabas seguir jugando al novio perfecto, mientras tenías un futuro muy diferente en Australia esperándote?

–No es lo que tú te crees.

–¿De veras? Hijo del empresario William Doyle y de la prestigiosa cocinera vegana Victoria 'Saffron' Doyle, ex novio cornudo y reincidente de Leah Madison. ¡Con ella no te importaba llenar tus perfiles de fotos y yo no podía ni mandarle una estúpida foto de mi novio a mi madre sin que entraras en pánico! ¡Me has mentido todo este tiempo!

–¡Yo no te he mentido! Que no haya alardeado de mi familia, no quiere decir que no estuviera siendo honesto. Cada vez que me has preguntado por ellos, te he respondido. No es mi culpa que no relacionaras a mis padres con ningún personaje público.

–¿Cómo iba a pensar que estaba saliendo con el futuro director de Daintree?

–¿Y qué más da eso? –añade seguro de sí mismo–. A mí me da igual si tu padre es abogado o limpia escaleras, ¡yo estoy saliendo contigo! Y, precisamente, lo que me ha gustado siempre de ti es que me has tratado como a un igual, sin darle importancia a quiénes fueran mis padres.

–¡Es que no sabía quiénes eran!

–¿Y cambia en algo las cosas el saberlo? ¡Sigo siendo la misma persona!

–Tienes razón, no puedo enfadarme por esto. Supongo que solo me siento ridícula por no haberte reconocido –confieso al fin.

–No tienes por qué sentirte ridícula. Yo nunca pretendí herirte, simplemente me cansé de ser el chico perfecto que siempre complacía a todo el mundo, necesitaba descubrir quién era por mí mismo.

Sus palabras me suenan demasiado a mi propia hermana como para odiarle por ello.

–Pues me alegro mucho de que te hayas encontrado y hayas superado a Leah, de verdad. Pero creo que necesito digerir todo esto en privado.

–Fuiste tú quién me diste cancha libre para descubrir qué sentía por Leah. Sin arrepentimientos –me recuerda.

–¡No pensé que realmente fueras a meterla en tu cama! No sin antes tener un cierre conmigo.

–¡Es que no quiero un cierre contigo! Pero hay cosas que no se descubren hablando. ¡Necesitaba sentir! Y, ahora mismo, el miedo que tengo a perderte es el motor más poderoso, un indicativo de que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperarte. Lo que tú me pidas. ¡No tienes ni idea de lo que siento por ti!

–¿Este es tu modo de ser romántico? –El dolor enciende mi sarcasmo.

–Este es mi modo de ser honesto. Sí, me he acostado con otra mujer. Sí, estaba muy borracho, pero sí, sabía de sobra que no eras tú. Sabía que no eran tus labios los que besaba, ni tu piel. Y, aun así, lo hice.

Su sinceridad visceral hace que me sienta mareada. Me falta el aire, me ahogo. Me apoyo contra la pared e intento desesperadamente desabrocharme las cuerdas del corsé, pero están demasiado prietas y las tiras se han enredado hasta formar nudos. Lucas sigue hablando, ajeno a mi malestar.

–Llevo dos días sintiéndome como una mierda, a pesar de que pensaba que tú me habías hecho lo mismo. Yo no soy vengativo. No soy infiel. Y no me acosté con ella por devolvértela. Lo hice porque lo necesitaba. El antiguo Lucas murió en esa suite de hotel y volví a renacer. Con las cosas claras, lleno de energía… –Percibo la ansiedad en sus palabras, la misma que mi hermana ha mostrado todo este fin de semana–. Ni siquiera sé cómo explicártelo.

–Sabes que fue moralmente incorrecto, pero tu alma necesitaba liberarse de sus cadenas –resumo, mientras mis dedos luchan en mi espalda por desenredar las cuerdas del corsé.

–¡Sí, algo así!

Lucas me mira sorprendido, con cierta emoción dibujada en el rostro al entender que podría llegar a comprenderle. Da un paso al frente y se acerca a mí, acorralándome contra la pared. Y me falta el aire, su cercanía me está agobiando.

–Sé que necesitas tiempo para perdonarme, y estoy dispuesto a esperarte una eternidad si hace falta…

Me falta el aire. Me llevo las manos a las caderas y me contorsiono, intentando normalizar la respiración, pero el aire se ha negado a llegar a mis pulmones.

–Sé que dije que no me quiero quedar en Londres –continúa él– pero estoy dispuesto a

hacerlo para estar contigo.

–¡Me estoy ahogando! –digo al fin, sin tener muy claro que el vestido sea el verdadero causante de mi malestar–. ¡Ayúdame! ¡Desátame las puñeteras cuerdas! ¡Desátalas!

Lucas me da la vuelta y afloja las cuerdas en un santiamén, dejando espacio a mis pulmones para que cojan aire de nuevo. Comienzo a respirar de manera torpe y ruidosa, como si hubiera salido a la superficie después de un largo tiempo bajo el agua. Con los brazos en jarras y el aliento inestable, me giro a él y le miro sin saber qué conclusión sacar de todo esto. Mentiría si dijera que no puedo perdonarle. Después de haber vivido la crisis personal de mi hermana en primera persona, de escuchar sus pensamientos más profundos, puedo llegar a entender por lo que está pasando. Pero luego me lo imagino con ella, recorriendo su cuerpo con sus manos, y me siento enferma.

–Sofía… –Pone la mano en mi mejilla y me mira suplicante. Le aparto con delicadeza, sintiendo que sus caricias me crean rechazo–. Entiendo que ahora mismo estés enfadada conmigo, pero espero que con el tiempo llegues a perdonarme.

–¡No lo entiendes, Lucas! –respondo al fin, cuando consigo llenar de nuevo de aire mis pulmones–. Podría llegar a perdonar tu infidelidad, pero es que… ¡no sé quién eres! Te veo en esas fotos y…

–¡Sigo siendo yo, gatita! El Lucas de las fotos de Brisbane ya no existe. –Se acerca a mí y me mira con tanta tristeza, que siento que voy a venirme abajo–. Dime la verdad: ¿me hubieras dado una oportunidad si hubieras sabido la verdad desde el principio? ¿O hubieras pensado que soy un niño mimado y aburrido con su vida, en busca de una relación pasajera con una plebeya? Todas las mujeres me ven como un niño de papá o como algo inalcanzable. Solo soy Doyle, a nadie le importa Lucas.

–¡Pero ese también eres tú! ¡No puedes borrar tu existencia anterior como si nada, solo porque has cambiado de país! Yo soy esta Sofía que tienes aquí, la publicista agresiva y decidida, pero también soy la niñita insegura que cada vez que vuelve a Barcelona se pelea con su hermana.

–Estoy buscando el modo de combinar ambas partes, pero necesito tiempo.

–¡Pues tómate ese tiempo!

–Te quiero a mi lado en el proceso.

–¡No, Lucas! ¡Necesitas descubrir esto solo! –añado con pesar–. De todos modos, yo también necesito tomarme un tiempo para ver las cosas con claridad, y no quiero tenerte esperando porque no sé qué voy a decidir. Ahora mismo no sé si quiero volver a verte.

–¡Sofía!

No puedo mirarle a la cara cuando pronuncia mi nombre de un modo tan lastimero.

–¿Has llamado ya al casero para decirle que no queremos el piso?

–Sofi, ¡no nos hagas esto! Vamos a recapacitar un poco... ¡Aún tenemos un mes! Y sé que puedo hacer que me perdones.

Lucho por contener las lágrimas que amenazan con inundar mis ojos, pero el dolor que tengo dentro es más fuerte que mi voluntad. Creo que no lloro por él, lloro por todo aquello por lo que no he llorado antes. Lloro porque estoy harta de que nadie me tome en serio. Estoy cansada de trabajos de mierda, de dar tumbos por la vida. De que nadie me escoja a mí. ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué todas mis relaciones tienen que acabar igual, conmigo llorando y pensando que ningún hombre merece mis lágrimas?

–¡No puedo verte llorar! ¡No soporto saber que te estoy haciendo daño! ¿Qué puedo hacer

para arreglar las cosas?

Sujeta mis manos con fuerza entre las suyas. Está manteniendo el tipo, pero percibo que también está desbordado con la situación. El calor que desprende su cuerpo, tan cerca de mí, me reconforta y me crea rechazo a partes iguales.

–Tranquilo, no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo aguante. Debería irme. Entre el moño, los tacones y el corsé, estoy un poco agobiada ahora mismo.

–¡Espera, gatita! –me pide, sin saber qué más decir que pueda cambiar las cosas–. Sé que podemos arreglarlo. ¡Por favor, dame una oportunidad!

–Acabamos de empezar la relación, Lucas. Si ya tenemos que ponerle parches, no resulta muy prometedor...

–¡Es que no quiero parches! Las heridas tienen que sangrar y cerrarse solas.

–También dejan cicatrices.

–Las cicatrices son la prueba de que somos más fuertes de lo que creíamos. ¡La prueba de que el pasado fue real! –insiste, confundiéndome, haciendo que me vuelva vulnerable con su discurso–. Si me das una oportunidad, voy a hacer que valga la pena cada lágrima que has derramado hoy por mi culpa. Por favor, Sofía…

–Felices *Thirty-Free*[221], Lucas –concluyo, con la clara intención de largarme de aquí cuanto antes–. Acuérdate de cancelar el piso.

Me voy y le dejo apoyado en la pared, observando mi partida en silencio. Agradezco que todo el mundo tenga el móvil en la taquilla porque sé que no me bombardearán a mensajes hasta que acabe el show. Mando un mensaje al grupo que tengo con Fabio y Patri, explicando lo que ha pasado y pidiéndoles que me den tiempo para procesarlo antes de hablar de ello.

Irónicamente, la única persona a la que se me ocurre llamar es a mi hermana. Desde que ha tenido su famosa crisis de identidad, las hermanas Carrascal están más unidas que nunca. Supongo que no hay mal que por bien no venga… Sé que ella se va a poner de su lado en cuanto le cuente qué ha pasado, que va a empatizar con él porque ella se siente del mismo modo. A pesar de que ya sé cómo va a discurrir la conversación, la llamo y le cuento el final de nuestra historia. Ojalá la tuviera más cerca para darme un abrazo.

26

SOFÍA

Jamás pensé que cumpliría la número 63 de mi lista de cosas que hacer antes de morir. Y aquí estoy, en la puerta de mi casa, un miércoles por la mañana, luchando por hacerme paso entre los periodistas para poder coger el metro a la oficina. Odio esta situación. Mi "nueva realidad", más allá de las mascarillas e hidrogeles que nos dejó el Covid. Desde que Leah irrumpió en nuestras vidas y todo el mundo descubrió el paradero de Lucas, este es mi día a día.

"Sofía, ¿es cierto que Lucas y tú habéis mantenido un romance durante todos estos meses?".

"¿Existe tal ruptura? Fuentes cercanas aseguran que seguís viéndoos a escondidas".

"¿Sabes si Lucas va a tomar el mando de Daintree? ¿Tienes pensado mudarte algún día a Australia?".

"¿Podrías contarnos si Lucas es tan aburrido en la cama como Leah sugirió en una entrevista?".

"¿Crees que sería posible una reconciliación de LuAh o SofiCas?".

"Sofía, ¿es cierto lo que aseguran Cosmopolitan y Ladies'Secret?".

Cuando oigo la última pregunta, me da un vuelco al corazón. Elena ha sido mi amiga imparcial y confidente estos meses y, casualmente, el medio en el que trabaja ha publicado algo sobre mí. No puede ser una coincidencia.

Me hago paso entre la gente a empujones. Mi rostro no les resulta familiar, pero todos me miran con expectación y me sacan fotos con sus smartphones, por si acaso, mientras un corro de paparazzi psicópatas me siguen hasta la entrada del metro. Cuando consigo meterme en el vagón, respiro aliviada. Otro día más que he logrado escapar de ellos. Estoy francamente hasta los ovarios de esta situación que viene durando ya tres semanas. Solo quiero volver a mi vida de antes, cuando era una chica anónima y nadie se refería a mí como SofiCas, SoLuAh ni ninguno de los nombres ingeniosos que los fans han inventado combinando nuestros tres nombres para referirse al triángulo amoroso que formábamos.

Ni siquiera he vuelto a ver a Lucas desde su cumpleaños. Y no porque él no lo haya intentado, es que simplemente no me veo capaz de estar con él ahora mismo. Solo me ha pedido un café y un poco de tiempo, y ni eso he sido capaz de concederle.

A quien sí he visto es a Aga. Ante la evidencia de que todas quieren parecerse a Leah Madison, he decidido volver a mi color de pelo habitual y quitarme las mechas rosas. Aga se limitó a preguntarme cómo estaba yo sin mencionar a Lucas, cosa que le agradecí en el alma porque la situación con Colin y Chloe se está volviendo insoportable. Los casamenteros metomentodo me sueltan píldoras día y noche sobre lo que debería o no hacer al respecto, o me dan información sobre él que nadie ha pedido. Por esa misma razón, he decidido retomar el plan inicial de buscar habitación en otro piso.

Cuando por fin llego a mi parada, permanezco a la espera de si hay más periodistas o no esperándome, pero parece que todo está despejado. La situación está aumentando mis niveles de

ansiedad hasta lo inimaginable. Entro en una pequeña cafetería independiente y me pido un cortado, al que no dudo en echarle unas gotitas de ron de la petaca que Fabio me pidió que le guardara en el cumpleaños y aún no me he acordado de devolverle. Un carajillo mientras leo un buen libro es justo lo que necesito en estos momentos para tranquilizarme.

La fuerte vibración de mi móvil me interrumpe justo en el mejor momento de la novela. Una corriente de fuego interno me recorre al comprobar que se trata de Elena, la periodista que ha fingido ser mi amiga para sacarme información y publicarla en su revista de pacotilla.

–Antes de que digas nada, te juro y te perjuro que yo no tengo nada que ver con esto –comienza, a modo saludo.

–¿En serio? Porque yo me he llevado una desagradable sorpresa esta mañana al ver mi nombre en tu revista con declaraciones que yo te había dado a ti en privado. ¿Cómo has podido hacerme esto?

–Estoy en un hotel de Escocia, aislada y sin cobertura –informa–. Cuando lo vi esta mañana, fui la primera sorprendida. ¡Te juro que yo no tengo nada que ver! Y lo peor es que he hablado con Gina y dice que ella nunca aprobó esa publicación.

–No sé qué quiere decir eso… –digo apática, pidiéndole al camarero por señas que me ponga otro café al que no tardaré en echar otro chorrito de ron–. Si estás buscando la exclusiva del año conmigo, te informo de que ya no estamos juntos. Así que será mejor que persigas a Leah Madison o cualquier otra celebridad que quiera ser portada de tu revistucha de mierda.

–Sofía, escúchame: sé que resulta difícil de creer, pero yo no he sido. Creo que tenemos un topo en la revista. Alguien ha tenido que oírnos hablar. Tal vez en la cafetería en la que siempre quedamos o…

Mientras habla, recapacito sobre la posibilidad de que esté diciendo la verdad. Recuerdo que una vez compartimos bromas privadas sobre nuestras parejas y la revista no parece haber publicado nada al respecto… Todavía.

–Te aseguro que Gina no dio luz verde a esa portada. El plan era publicar una entrevista con Emilia Clarke sobre su última película. No te ofendas, pero tú no eres tan famosa como para dedicarte una portada de *Ladies'Secret*, algo no me cuadra...

Sus palabras no carecían de sentido: la calidad de las imágenes robadas no corresponde con las portadas coloridas y perfectamente a la moda que la revista publica cada mes. Decido creerla a riesgo de que vuelva a jugármela. He leído lo que dice el reportaje un millón de veces en el metro y realmente no hay nada comprometedor. Tan solo son frases aleatorias sacadas de contexto con las que han elaborado un reportaje bastante mediocre. Y el estilo de redacción tampoco es el de Elena, es más fluido y con un dominio de la jerga británica del que mi amiga carece.

–Sofía, te juro que mi jefa va a llegar hasta el fondo de este asunto y va a despedir a quien haya hecho esto.

–Está bien, tampoco es para tanto...

–¡Sí es para tanto! ¡Se ha publicado sin el consentimiento de la directora! Y no es la primera vez que pasa… Cuando sepamos quién ha sido, se le va a caer el pelo –suelta con voz cabreada, para después adoptar un tono más conciliador–. Así que no estáis juntos. Pensaba que le habrías perdonado después de la fiesta.

–No quiero hablar aquí. Si de verdad tienes un topo, igual te han pinchado la línea o qué se yo…

–¡No creo que lleguen tan lejos, mujer! De todos modos, solo llamaba para decirte que, si

necesitas hablar o un lugar donde quedarte un tiempo y despistar a esas alimañas, tenemos una habitación libre. No tengo la más mínima intención de airear tu corazón roto. Y mi compañero, Casper, es completamente de fiar y está curado de espanto.

–La verdad es que no me vendría mal cambiar de aires, mis compañeros están en el medio de los dos y es un poco incómodo. Si me das el número de Casper, me puedo pasar esta misma tarde a ver la habitación.

–¡Eso está hecho!

* * *

–Dime una cosa. ¿Por qué cada vez que me hablas me llega un fuerte olor a alcohol? –Fabio me mira con desconfianza, ante la improbable posibilidad de que haya estado bebiendo alcohol a estas horas de la mañana.

–No sé, habré confundido el flúor con colonia al lavarme los dientes –replico apática. Fabio entorna las cejas exigiendo una explicación–. ¿Qué? ¡Fuiste tú quién quería que viviera a tope! Pues ahí lo tienes, ¡estoy viviendo al límite!

–¿Qué demonios te pasa hoy?

Saco del bolso una copia física de las dos revistas que he comprado en el metro y se la planto de malos modos sobre la mesa.

–Número 63 de mi lista: salir en portada en un medio de tirada nacional. Tachado, por partida doble. Bueno, en la Cosmo solo salgo en la esquinita, pero sigue siendo portada.

–¿En serio estás en portada? –Fabio me arrebata las revistas, incapaz de creer lo que ven sus ojos–. ¿Y esta no es la revista donde trabaja tu amiguita Elena?

–Jura y perjura que ella no tiene nada que ver. Además, Elena sabía cosas mucho más jugosas sobre nosotros que no se mencionan en ese artículo.

–¿SoFiCas? ¿Es así como os llaman ahora?

–Ingenioso, ¿eh? No entiendo cómo este chico despierta tanta expectación. ¡Ni que fuera una estrella de cine!

–Bueno, es el heredero de una empresa multimillonaria y uno de los solteros más codiciados del planeta ahora mismo. Y podría ser tuyo si no fueras tan cabezota.

–No va a hacerse cargo de la empresa, si es que no me mintió también en eso.

–¡Da igual, *amore*! Su sola presencia, carisma y esos ojos azules, ya venden por sí solos. Por cierto, el jefazo y Karen quieren verte en su despacho. Y apestas a alcohol.

–¿Cómo se han enterado?

–¡No, idiota! Creo que quieren negociar tu contrato, así que más te vale bajar y tomarte un buen café con medio litro de Listerine antes de presentarte allí.

–¡No seas exagerado! Con un chicle de menta bastará. Solo me he tomado un carajillo… doble.

Antes de dirigirme al despacho del jefazo, me paso por el aseo para comprobar que todo está bajo control. El pelo está en su sitio, mi maquillaje perfecto, el vestido recatado y elegante. Creo que nunca he cruzado más de dos palabras con él y ha sido por cortesía en la máquina de café. Ni siquiera recuerdo cómo era el tono de su voz.

Me acerco sigilosa al despacho y llamo a la puerta con indecisión, pensando en qué voy a decirle cuando la abra. Tal vez debería haber llamado antes a mi jefa. Quien abre la puerta es precisamente Karen, luciendo un estiloso traje de chaqueta blanco con zapatos rojos que le

quedan de infarto.

–Sofía, querida, te estábamos esperando. ¡Pasa!

Karen cierra la puerta tras nosotros y me invita a pasar a un despacho decorado en gris claro y verde hierba con temática de golfista. Me siento completamente fuera de lugar en presencia de Matt, el director de Petrichor, que me observa de un modo que no sabría describir.

–Me ha dicho Karen que eres la responsable de los últimos éxitos de Petrichor –dice por romper el hielo–. ¿De qué parte de España eres, Sofía?

–De Barcelona –respondo sin saber qué más decir. A pesar de sus intentos por ser simpático, su puesto en la empresa me impresiona un poco.

–¡Ay, Barcelona! Soy un fanático de Gaudí. ¿No es la Sagrada Familia la obra arquitectónica más impresionante que se haya construido jamás? Tan misteriosa, tan auténtica. Y el carisma de Barcelona, ese aire bohemio y cosmopolita contra el que solo París podría competir. ¡Eres una chica con suerte!

"Suerte", justo la palabra que más me define…

–Gracias. ¿Y usted de dónde es? –Me arrepiento inmediatamente. Parece que no me he molestado en conocer al hombre que paga mi salario, escaso, he de añadir.

–Soy de Newcastle. Es bonito, pero nada que ver con Londres. ¿Por qué no tomas asiento? –Pide tendiéndome una silla educadamente al lado de la de mi jefa–. Si te hemos hecho venir hoy aquí es porque tu contrato de becaria llegó a su fin hace varias semanas.

«¡Lo que me faltaba! Que ahora me despidan del trabajo», pienso para mí.

–¿Tienes pensado qué vas a hacer después? –inquiere Karen con una seriedad pasmosa.

Comienzan a sudarme las manos. No me gusta lo que está insinuando. ¿Por qué Karen me ha hecho ir al despacho del jefazo en vez de entregarme la carta de fin de contrato como hace todo el mundo?

–La verdad es que no he empezado a mirar nada todavía –explico–. Tenía la esperanza de quedarme en Petrichor...

Matt y Karen se dedican una mirada cómplice que me pone nerviosa y sonríen para sí. Entonces, Matt saca unos papeles de una carpeta que está encima de la mesa y los tiende frente a mí en la mesa.

–Estamos impresionados con tu talento, Sofía –comienza Karen, dedicándome una sonrisa de satisfacción que me llena de júbilo–. Nos encantaría que te quedaras en Petrichor.

–Contrato indefinido, salario revisable cada año, bonus anual, pensión privada y seguro médico –continúa Matt, leyendo en voz alta los beneficios de mi nuevo contrato–. Échale un vistazo y piénsatelo.

Mi yo interior comienza a dar saltos de alegría. He trabajado muy duro por esa empresa y siento que por fin todos mis esfuerzos, todas las noches sin dormir, han sido recompensadas. Leo el contrato por encima y no necesito pensarlo demasiado antes de firmar.

Regreso a mi mesa de trabajo con una sonrisa de oreja a oreja que no corresponde con el estado de ánimo que tenía esta mañana. Fabio me espera impaciente y casi se abalanza sobre mí cuando me ve tan radiante.

–¡Estoy dentro! –grito de la emoción.

–¡Esto hay que celebrarlo! Voy a buscar un sitio rocambolesco para esta noche. Los tres solos, como en los viejos tiempos.

En realidad, no tengo ganas de celebrarlo por todo lo alto. Lo único que me apetece hacer esta noche es pedir comida india, abrir una botella de vino y celebrarlo con Lucas en casa. Dejar que

me abrace hasta deshacerme en sus brazos y decirle que lo hemos conseguido juntos, porque esta victoria es tan suya como mía. Él ha sido, de algún modo, parte de todas y cada una de las ideas grandiosas que han ilustrado esas campañas.

A quien sí llamo es a Sonia, que grita tan fuerte de la emoción que casi puedo oírla sin necesidad de teléfono. Me cuenta que han puesto la casa a la venta y que ella y mi sobrino se han mudado a un piso en el centro de Barcelona donde poder empezar su vida de cero. Y está estudiando unas oposiciones para ser funcionaria en el ayuntamiento. Está harta de ser abogada. Desde luego, la crisis de mi hermana se escribe con C mayúscula y ha sido un tsunami que ha puesto patas arriba su vida.

* * *

–¿Esta es tu última caja? –pregunta Elena, ayudándome a colocarlo todo en la que va a ser mi nueva habitación.

Confirmo con la cabeza mientras decido mentalmente dónde voy a colocar las cosas. Hay una estantería a la derecha donde caben todos mis libros, una mesa de escritorio con varios cajones y un armario lo suficientemente amplio para toda mi ropa.

Los anteriores inquilinos han dejado unas cortinas negras que me van a ser muy útiles para poder dormir cuando amanezca a las cuatro, un bonito puzle de Brooklyn que brilla en la oscuridad a juego con las estrellas del techo, y un cuadro de Alfons Mucha. No puedo esperar a darle mi toque. Desde que vi la habitación hace ya diez días, he esperado impaciente cada día a que llegara este momento. Necesito cambiar de aires. Necesito un espacio libre de Lucas.

–¡Bienvenida a la "habitación maldita"! –añade Elena en un tono espeluznante.

–¿Esta es la famosa habitación maldita? –indago. Ella afirma con la cabeza–. ¿Y Casper es…? ¡Oh!

Habían apodado así a la habitación porque durante un tiempo había estado ocupada por mujeres que no habían durado demasiado en ella tras cometer el error de pasar por las sábanas de Casper.

Colin, que lleva un rato a solas en el salón con el que va a ser mi nuevo compañero de piso, me aborda sin mucho disimulo.

–No sé si me hace demasiada gracia que vivas con el clon de Marilyn Manson.

–¡Colin, no empieces con tus paranoias!

Observa de arriba a abajo a Casper con cierto recelo que no se molesta en disimular. Tiene el pelo oscuro, los ojos claros, los brazos llenos de tatuajes y una notable predilección por el color negro. Me resulta demasiado introvertido para decidir si me cae bien o no a primera vista, pero Elena insiste en que es un cacho de pan.

–Elena me dijo que os conocéis de salsa, ¿cierto? –Casper intenta darme conversación.

–Eh… sí. También he llevado la campaña publicitaria de *Ladies'Secret*.

–¡Anda, entonces has conocido a la famosa Gina Dillan!

–Sufrido, más bien –le hago cómplice de mis secretos y el sonríe.

–Ya, Elena me ha contado maravillas de Gina como jefa. Supongo que ni siquiera ha sido capaz de recordar tu nombre…

–Desde que está bien follada, está más calmadita en el trabajo. Antes era un auténtico monstruo –interrumpe Elena, dando un golpe en el pecho a Casper que me hace sentir el buen rollo que hay en la casa–. Sofi, ven conmigo, será mejor que te explique las complejidades de la

casa. ¡Te va a encantar cuando descubras cómo funciona la luz!

–¿Con interruptores? –Colin saca a la luz su carácter sarcástico y receloso.

–Con cordones en realidad –explica Elena–. Y no tenemos facturas, tenemos un USB de prepago.

Colin mira a Elena con los ojos como platos, pero se abstiene de comentar. Empiezo a pensar que está algo celoso de pensar que voy a cambiarles a él y a Chloe por Elena y Casper. Lo que él no entiende es que, para mí, han sido como mi familia desde que me instalé, y eso no es tan fácil de reemplazar.

A Colin le suena el teléfono y me mira con preocupación antes de responder.

–¿Crees que podrás quedarte sola con estos extraños en lo que contesto a la llamada?

–Colin, ¡acabo de mudarme aquí! ¡Estos extraños son mis compañeros de piso ahora!

–Mejor no me lo recuerdes...

Con una mirada lánguida, desaparece por el pasillo en busca de intimidad para responder al teléfono.

LUCAS

Las últimas semanas de mi vida han sido un poco absurdas. Cada vez que salgo de casa, me encuentro periodistas o blogueros acechándome en busca de una exclusiva, ofreciéndome el oro y el moro para que rompa mi silencio. Mis compañeros de piso están hartos de encontrarse a desconocidos esperando en el descansillo, y el nombre de Leah empieza a estar hasta en la sopa.

Lo que peor llevo de todo es la ausencia de Sofía. Le he escrito en varias ocasiones con cualquier pretexto y ella siempre me despacha con educación. Tampoco nadie me ha vuelto a hablar de ella, es como si todo el mundo prefiriese omitir su nombre delante de mí. Aunque sé por Aga que se ha vuelto a poner el pelo moreno, y Fabio me contó que por fin ha conseguido el trabajo por el que tanto ha luchado. Me muero de ganas por llamarla y darle la enhorabuena, pero sé que ella no quiere ni oír hablar de mí.

Estoy loco por ella, pero no voy a entrar en esa espiral de masoquismo y dolor en la que ya me vi envuelto una vez. Si no quiere verme, no voy a estar eternamente persiguiéndola. En estas semanas, he tenido tiempo para pensar en lo que quiero hacer con mi vida y reconozco que la idea de volver a Australia me ha cruzado la mente en un par de ocasiones.

Salgo a correr por Primrose Hill como cada tarde, con música rock y electrónica acompañándome en la carrera para motivarme a llegar un poco más lejos cada día. Cuando llego a lo alto de la colina, me detengo a contemplar las vistas y coger un poco de aire. Da igual cuántas veces haya subido a esa colina, juro que la escena nunca es la misma. El cielo se ha pintado de rosa y lila en una cálida tarde de junio que me atrapa. ¡Cuántas tardes he pasado aquí con Sofía viendo el atardecer y riéndonos de cosas sin sentido!

Llamo a Colin para concretar la cena de esta noche y avisarle de que llegaré tarde. Su respuesta lo cambia todo de pronto. Mis proyectos. Mis sueños. Mi futuro.

–No te preocupes, yo también voy tarde. Aún sigo en Clapham y me queda para rato aquí…

–¿Qué haces en Clapham? –quiero saber. Su silencio me perturba.

–Pues… Estoy ayudando a Sofía con la mudanza –suelta la píldora sin edulcorarla–. Ha encontrado una habitación en casa de la periodista esa española con la que se junta tanto últimamente.

–Diría que alguien está celoso… –bromeo por ocultar mi propio desasosiego.

–Esos dos mindundis no nos llegan a Chloe y a mí ni a la suela del zapato. ¿Te importa si dejamos la cena para mañana? Está siendo un día muy largo y estoy reventado.

–Claro. Nos vemos mañana. ¡Feliz cumpleaños, Colin!

Cuando cuelgo el teléfono, una sensación de vacío me barre por dentro. De incertidumbre, de miedo y de soledad. La música se ha vuelto a encender sola tras la llamada, dando paso a una canción de Daughtry que me cala hasta los huesos, *Call you mine*. Decido quitarla inmediatamente a riesgo de venirme abajo. No sé cómo se ha colado el grupo favorito de Sofía en mi lista de reproducción.

¡Mierda! ¡Cómo la echo de menos! Todo lo que fuimos. Todo lo que ya no seremos. Todo lo que he destruido en mi intento desesperado por encontrar mi lugar en el mundo.

Precisamente hoy…

Había pensado en pedirle a Dave la casa prestada para celebrar un pequeño picnic en la azotea de manera simbólica. En su lugar, descubro que se ha mudado de piso, señal inequívoca de que

está lista para pasar página; y yo sigo aquí, esperando como un panoli a que un día mágicamente decida perdonarme.

No sé cómo acabo marcando su número a sabiendas que va a contestarme por cortesía y acabará dándome largas otra vez. Cuando oigo su voz al otro lado del teléfono, mi alma se derrite por completo.

–Solo quería darte la enhorabuena por el puesto de trabajo –digo al fin–. Sé lo mucho que has trabajado para conseguirlo.

–Gracias. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Fabs? –pregunta, fría y cortante.

–Le oí comentarlo con Chloe y Patri –explico, tratando de no comprometerle–. ¿Te has fijado en que esas dos últimamente parecen llevarse muy bien?

–¿Patri y Chloe? Sí, han decidido enterrar el hacha de guerra y ahora están todo el día juntas.

–¡Por fin! –festejo–. Yo también tengo algunas novedades. Quizás podríamos tomar un café y charlar…

Mis novedades son en realidad de rabiosa actualidad. Más que nada, porque acabo de tomar una decisión ahora mismo mientras marcaba su número.

–La verdad es que estoy muy liada ahora mismo. Con el nuevo trabajo, ya sabes…

–Bueno, pero algún día de esta semana descansarás, ¿no?

–De veras que estoy hasta arriba… –responde una Sofía apática y desapasionada que me rompe el corazón–. Cuídate, ¿vale?

–Sofía… –Decido hacer un "*all in*", sabiendo que, aunque no tengo una buena mano, tampoco tengo ya nada que perder–. Hoy hace un año que Thor conoció a Catwoman. Y me ha dicho que la echa de menos.

–¡Mierda! ¿Hoy es el cumpleaños de Colin? –Lo ha olvidado, al igual que ha olvidado que hace un año que nos "conocimos"–. ¡Acabo de estar con él y se me ha pasado por completo! Tengo que dejarte, Lucas.

* * *

Las últimas semanas las he pasado dando forma a una idea que cada vez está más definida en mi cabeza. Un sueño que nunca me he atrevido a pronunciar en voz alta y ahora parece tener todo el sentido del mundo. Tengo que seguir con mi vida. No puedo parar mi mundo esperando sentado a que Sofía un día decida marcar mi número de teléfono porque, a estas alturas, sospecho que no va a pasar. La he perdido.

Así que he comprado billetes para regresar a Australia en un momento de calentón. Ya va siendo hora de que aprenda a combinar mis dos partes, los dos Lucas que no pueden ni verse, y los fusione en uno solo que defina con exactitud en quién me he convertido en los últimos meses.

Cuando llamo a mis padres para contárselo, escuchan mi discurso en silencio antes de decir nada. Sé que mi padre no me va a tomar en serio desde el momento en el que le digo que quiero montar un restaurante en Brisbane. Lo he soñado tantas veces que casi puedo tocarlo con la punta de los dedos. Lo veo con claridad, al detalle. Los muebles de cristal negro ahumado y madera, con un toque de bambú, exótico y elegante. Veo la terraza con luces led colgando de una estructura de madera que cerca el recinto. Romántico y veraniego. Plantas colgadas por doquier dando un toque salvaje que pega a la perfección con el olor a naturaleza del local. Y el menú, las más exclusivas recetas veganas de mi madre hechas realidad en ese restaurante.

Mis padres me escuchan con un silencio sepulcral que me preocupa. No sé qué les ha

impactado más, si la idea de volver a tenerme en Australia o que tenga la cabeza llena de pajaritos con un negocio que no sé si sabré llevar. Jamás he trabajo en hostelería, he oído que es un negocio duro y muy esclavo, pero tengo muchas ganas de emprender este viaje.

–Papá, siento decepcionarte, pero no tengo madera para hacerme cargo de Daintree, no tengo esa vocación empresarial ni ganas de sacrificar mi vida por algo que sé que no me va a hacer feliz, mientras que la hija de tu socio es perfecta –explico. Él permanece en silencio–. Esa chica lleva toda su vida preparándose a fondo para su destino y sería una digna candidata al puesto con sus ideas frescas e innovadoras.

–Lucas… –me interrumpe. Yo no quiero oír su discurso, así que sigo hablando, tratando de convencerle.

–Y sé que el proyecto del restaurante podría salir mal, pero realmente me gustaría intentarlo. He encontrado un local en Streets Beach que…

–¡Lucas! –me interrumpe de nuevo con voz grave para hacerse oír– No me has decepcionado en absoluto. Lo único que quería es que encontraras tu camino porque te veía muy perdido, pero estoy orgulloso de que hayas tomado esta decisión.

–¿En serio? –Aprieto el ceño y le miro sin entender–. Sabes que no sé llevar un restaurante, ¿verdad? Que este proyecto puede ser un completo fracaso.

–Contigo y tu madre al frente, nada puede salir mal. Estoy muy orgulloso de ti, hijo, de los dos.

–¡Y yo no podría estar más emocionada! –grita mi madre al fin–. ¡Mi hijo vuelve a casa y con un restaurante bajo el brazo! ¡Por fin nuestro proyecto para Saffron va a ver la luz!

–¿Qué va a pasar con la chica? –Que sea mi padre quién formula la pregunta, me desconcierta.

–La chica se acaba de mudar a otro piso, ha conseguido el trabajo de sus sueños y no quiere saber nada de mí. Si cambia de opinión, estoy seguro de que sabrá localizar Australia en el mapa.

–¿No estás siendo un poco duro? –Mi madre no reconoce a su hijo huevón en mis palabras.

–Con todo lo que me arrastré por Leah, he aprendido una cosa: el amor de mi vida soy yo. Y si alguien quiere complementarme, le abriré las puertas. Pero no voy a dejar pasar esta oportunidad esperando un día que tal vez nunca llegue.

–¡Me parece increíble todo lo que has cambiado en un año! –responde mi padre con sorpresa–. Estamos deseando tenerte de vuelta, hijo.

Culmino la llamada cuando alguien llama con insistencia al timbre y no se da por vencido. Me sorprende escuchar la voz de Aga al otro lado del telefonillo. Le abro la puerta y preparo café para dos mientras sube. Sé que me va a echar la bronca por haber estado un poco esquivo últimamente, pero cada segundo que he tenido libre después del trabajo, se lo he dedicado íntegramente al proyecto.

–¡Benditos los ojos que te ven! No respondes a mis llamadas, empezaba a estar preocupada por ti.

Me abraza con fuerza, se sienta en la butaca de la cocina y se edulcora el café que sabe que he hecho para ella.

–Tranquila, todavía respiro –respondo burlón–. ¡Te juro que pensaba llamarte! Aún estoy ajustándome a la nueva situación, y tengo algunos proyectos en mente que me están manteniendo ocupado.

–Ya veo que estás lleno de energía. No sé por qué esperaba encontrarte en la cama llorando y sin afeitar. Pero ¡estás muy guapo!

–Siento decepcionarte –le dedico mi mejor sonrisa canalla–. He decidido seguir con mi vida. Hablando de eso…

–¡Oh, no! ¿Te vuelves a Australia?

–¿Cómo lo sabes? ¿Es que tienes super poderes?

–¡Luke! ¿No me digas que vas a aceptar el destino que tu padre ha elegido por ti? ¿Vas a volver a ser ese Lucas de pelo relamido que tanto odiabas?

–Voy a montar ese restaurante del que siempre te hablé. Perdona que no te haya puesto al día de mis planes, pero quería contártelo todo en persona y está todo muy reciente. Acabo de contárselo a mis padres… –explico, antes de soltarte el broche final–. Me voy en dos semanas. Ya he dejado el trabajo y el piso.

–¡Luke! –Aga se lleva las manos a la cara y abre la boca, emocionada.

–Siento no haberte dicho nada, es que…

–¡No lo sientas, cariño! ¡Estoy tan orgullosa de ti! ¿Qué voy a hacer yo ahora?

–Encontrarás otro panoli al que iluminar con tus sabios consejos.

–Tranquilo, aún existe el WhatsApp, no vas a librarte de mí tan fácilmente. ¿Qué opina Sofía de que te vayas? ¿Habéis hablado o has tirado la toalla con ella?

Segunda vez que alguien me hace la preguntita de marras en menos de una hora. ¿Tan difícil es entender que he pasado página?

–La toalla la voy a tirar en la playa en cuanto llegue a Brisbane. ¡Estoy harto de este clima! Tú eres polaca y no sabes de qué te hablo.

–¡Será por las veces que has estado tú en Polonia! –exclama a la defensiva–. ¿Por qué no te arreglas un poco y nos vamos a comer por ahí? Se me ocurre que podríamos visitar el Neasden Temple y comer algo por la zona.

–¿Ese no es un templo hinduista?

–Sí, y una de las siete maravillas de Londres.

–Entonces es una suerte que hoy hayas decidido ponerte ropa –bromeo, criticando sus pintas habituales de reina del sado.

–Luke, no sabes lo que te voy a echar de menos.

27

LUCAS

Cuando era pequeño creía que mis padres tenían todas las respuestas. Que nunca se equivocaban. Cuando yo temía a los monstruos que habitaban debajo de mi cama, mi madre siempre sabía cómo consolarme y hacer que el mundo perdiera importancia. Eran héroes, invencibles, sin miedo a nada. Ahora que tengo la edad que tenían ellos entonces, me doy cuenta del esfuerzo que les suponía fingir cada día que todo estaba bajo control. Nadie nos enseña cómo vivir nuestra vida. Simplemente, nos dejamos llevar por las circunstancias esperando que nos sean favorables.

–No hay un manual, Luke –recuerdo que me dijo Aga en una ocasión–. Al final, tienes que ir averiguándolo tú solo. A los veinte experimentas, a los treinta tienes claro lo que te gusta y luchas por conseguirlo, a partir de los cuarenta intentas garantizarte una buena vejez…

–Visto así, suena deprimente.

–También puedes cambiar las reglas del juego. Yo me niego a seguirlas, y tú aún estás en la treintena. ¡Anda que no te queda por descubrir!

Aquello me hizo sonreír.

¿Qué por qué estoy tan filosófico? Porque es mi último día en Londres y he querido disfrutarlo al máximo, como si hubiera sido mi último día en la Tierra. Sin listas, sin planear nada. Simplemente, haciendo las cosas que me han hecho feliz durante este último año.

Por la mañana, he salido a correr por Primrose Hill antes de desayunar con los chicos de la oficina mi último English Breakfast vegano, al que le ha seguido una generosa ración de pasteles galeses que Maggie preparó para mi despedida.

A mediodía, terminé antes de trabajar para comer con Aga en un pub tradicional que tiene el mejor *fish and chips* que he probado hasta ahora, y juntos recorrimos las calles de Southwark en un paseo cargado de nostalgia y recuerdos. Ese es y siempre será mi barrio favorito por todos los recuerdos que guarda en sus calles.

Por la tarde, Fabio organiza mi despedida en el Sky Garden para garantizar que mi recuerdo de Londres sea tal, que siempre tenga ganas de volver.

Pedimos unas cervezas y disfrutamos de un atardecer espectacular. La idea de no volver a ver estas vistas me entristece tanto como saber que tampoco volveré a ver a mis amigos. Colin, Chloe, Patri, Sam, Dave, Aga, Fabs, Gerardo… Todos están aquí. Sé que mantendremos el contacto, pero también sé que Australia está demasiado lejos para un reencuentro. La mayoría de la gente que he conocido en Inglaterra no ha estado en su vida en Australia y no tienen planeado coger dos vuelos para descubrir el paraíso.

¡Odio las despedidas! Sobre todo, si son tan agridulces como esta. Rodeado de gente que me quiere y yo estoy pensando en la única persona que no está aquí esta noche.

–¡Oh, oh! Estás preocupantemente callado. ¡Bebe! –Aga se acerca a mí y me tiende otra cerveza.

–Solo me ha dado un poco de bajón al entender que no voy a volver a vivir este momento –

explico con melancolía–. Este lugar, vosotros… Mañana seréis tan solo un recuerdo. En unos años, parte de aquella aventura que viví en Londres.

–En eso consiste la vida, Luke. Cada vez que vuelvo a Polonia y me encuentro con un antiguo amigo con el que ya no me hablo, me acuerdo de la Aga que iba al instituto o disfrutaba yendo a misa los domingos.

–Ya, pero tú vuelves a Polonia varias veces al año. Yo no creo que vuelva por aquí.

–¡No digas eso! Tienes que cuidar de tu estrella, ¿recuerdas?

–Mi estrella se ha apagado –sonrío con tristeza.

–¿Es que no piensas despedirte de ella?

–¿Qué quieres que haga? La he llamado mil veces y me ha pedido expresamente que le deje espacio. Me dijo que, si cambiaba de idea, ella me buscaría a mí. La vi feliz y segura de sí misma. Y yo no quiero volverme loco persiguiendo un imposible. ¡Me niego a pasar por esto otra vez!

–No te digo que le pidas que vuelva contigo, solo que tengáis una despedida. Te vas a arrepentir si no la tienes.

–¡No puedes rechazarme un último Jägerbomb! –Fabio nos tiende un chupito y me doy cuenta de que todos están esperando por nosotros para brindar–. Por Lucas. Por su nueva vida en Australia y porque todo vaya bien con ese restaurante. Ya sabéis lo que dice el refrán, "quien no apoya, no folla".

–¡Por Lucas! –responden todos al unísono, golpeando la mesa con su chupito antes de beberlo para garantizar una vida sexual plena y satisfactoria.

Trato de atesorar cada instante con ellos, con el valor añadido de que va a ser el último. El último chupito. La última noche. Tal vez Aga tenga razón y algún día vuelva, pero no seremos los mismos. Más viejos, más sabios, tal vez con niños correteando por todos lados. De fondo, Loving Caliber entona *It Should have been you*, una oda a todos aquellos imbéciles que han dejado escapar al amor de su vida.

I could be wrapped around your arms instead of being lonely.
We could be gazing at the stars, but now it feels just like I
wandered off into a room and closed the door behind me.
I never gave the key to you, even though I wanted to.[23]

¿De verdad voy a irme sin verla? ¿Sin escuchar su risa por última vez? ¿Sin decirle que la quiero una vez más? Si hay una mínima oportunidad de recuperarla, esa es hoy, a pesar de que ella ni siquiera me ha llamado para tener un adiós en condiciones.

Me despido de mis amigos con nostalgia y el corazón encogido en el pecho, pero tengo una misión que cumplir. Mis pasos me dirigen a Clapham. Me ha costado un triunfo conseguir que Fabio me dé su dirección a sabiendas que Sofía no quiere volver a verme. Creo que, en el fondo, él también cree que este cuento de superhéroes merece otro final.

Una vez allí, no me cuesta localizar el edificio. Mis pies se quedan paralizados en la fachada sin atreverse a avanzar ni un centímetro. «¿Y ahora qué?», me pregunto.

La puerta del portal está abierta. Subo andando por las escaleras para darme tiempo a pensar qué voy a decirle. Debería darme la vuelta y regresar a casa. Mañana me espera un día muy largo.

Cuando llego al tercer piso, me encuentro la puerta entreabierta y a un hombre a medio

camino entre el descansillo y el recibidor, en actitud romántica con alguien a quien no puedo ver por hallarse en el interior de la vivienda. Se deshacen en suspiros, besos y carantoñas. Compruebo la dirección que me ha mandado Fabio y sí, no hay duda: ese es el piso donde vive Sofía. Me da un vuelco al corazón al entender que ya ha rehecho su vida, por eso no para de darme largas. El chico se despide de ella y cierra la puerta, dándose de bruces conmigo, que sigo como un pasmarote contemplando la escena.

Es irritantemente atractivo, con ese aire seductor de macho alfa que solo unos pocos privilegiados tienen. Lo que más me desquicia es su sonrisa, una de esas que solo se dibujan cuando acabas de echar el polvo de tu vida. Sus ojos se cruzan con los míos y me miran con sorpresa.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–Venía a ver a… ¡Da igual! Será mejor que me vaya.

–Un momento, tú eres Lucas ¿verdad? –Su semblante muestra un atisbo de reconocimiento. No sé qué mierda sabe este tipo de mí, pero asiento con la cabeza–. Sofía está dentro. Acabo de cenar con ella.

–Ya veo…

¡Encima, se regocija!

–¡Oh, no! ¡Es solo una amiga! –El tipo sonríe, tímidamente, al darse cuenta de la confusión. Creo que llevo la palabra "celoso" escrita en la cara–. Yo estoy aquí por Elena, no por Sofía.

Me tiende una mano amistosa que busca aclarar la situación. En realidad, no me debe nada.

–Supongo que Sofía te habrá hablado maravillas de mí...

–Tampoco ha sido tan terrible –confirma–. ¿Puedo meterme dónde no me llaman?

–¿Por qué no? Tampoco es que las cosas puedan ponerse peor de lo que ya están…

–Si quieres que lo vuestro funcione, dale tiempo, es todo cuanto puedo decirte. Sofía necesita estar sola ahora mismo –dice. Sus palabras me dejan frío–. No quiere decir que no te quiera…

–No te preocupes, mañana me voy a Australia y no tendrá que verme más.

El tipo se echa a reír y me mira con sorna.

–¿Han quebrado todas las aerolíneas? –se burla. Creo que intenta ser simpático, pero estoy tan nervioso que me parece un poco payaso–. Me tengo que ir. Si de verdad te interesa esa chica, dale tiempo. El tiempo lo pone todo en su sitio.

–Gracias por el consejo.

–Sé que te vas mañana a Australia, pero espero volver a verte por aquí.

Me guiña un ojo y sé que cree que voy a ser tan calzonazos como para quedarme. Pero yo tengo las cosas claras esta vez y un montón de proyectos en Australia.

El tipo llama a la puerta antes de irse. Una joven pelirroja –que deduzco que es la tal Elena– sale a su encuentro.

–Dile a Sofí que salga, tiene visita –informa él antes de irse.

Elena se asoma y me mira con curiosidad, abriendo los ojos como platos, muestra inequívoca de que me ha reconocido. Me saluda con cortesía y desaparece en busca de su compañera.

La siguiente que se asoma por esa puerta es mi gatita. En sus ojos se dibujan toda clase de preguntas que no me veo capaz de responder. Solo sé que no quiero despedirme de ella.

–¡Lucas! –exclama sorprendida–. ¿Qué haces aquí?

SOFÍA

–¿Cómo dices que se llama esto? –inquiero, saboreando un delicioso plato frío a base de marisco y cítricos.

–Ceviche –aclara el novio de Elena, que últimamente pasa más tiempo aquí con nosotras que en su propio piso.

–¡Cómo sigas cocinando así, me voy a poner gorda! –protesto, untando pan en salsa.

–Me alegra que te guste –sonríe él orgulloso.

Desde que me he mudado a esta casa, hace ya un par de semanas, he dejado de cocinar porque mis compañeros de piso tienen siempre suficiente comida para alimentar a un batallón. Lo compenso comprando cosas de limpieza que hacen falta en la casa o preparando algún postre sencillo. Seamos sinceros, la cocina no es lo mío, pero las cocas de crema me quedan de escándalo.

–¿Qué es eso que llevas colgado al cuello? –pregunta Elena, fijándose en el colgante que compré en Creta–. Se parece mucho a la piedra del sol azteca…

Me quito el colgante para que pueda mirarlo de cerca y Elena lo mira detenidamente, con cierta fascinación que no entiendo.

–¡Vaya! Si llego a saber que te interesa tanto la arqueología, te hubiera traido uno –añado.

–¿Cuál es su historia? –Elena parece en trance de la emoción.

–Es algo así como la Piedra Rosetta minoica. La descubrió el arqueólogo Luigi Pernier en 1907 en las excavaciones del Palacio Minoico de Festo, pero nadie tiene muy claro qué significa. Algunos creen que es un poema, otros un alfabeto, otros creen que es falso y que lo hizo él mismo para ganar fama. La cuestión es que es uno de los descubrimientos más enigmáticos de la historia de la arqueología. Lo más alucinante es que, de ser verdadero, el disco es 1300 años más antiguo que la piedra Rosetta, y está elaborada con una técnica a base de sellos, precursora de la imprenta.

–¿No es… fascinante? –esta vez, Elena se dirige solo a su chico.

No entiendo la fascinación, pero él parece seguirle el rollo. ¿Será historiador o arqueólogo?

–Me parece un colgante muy bonito –agrega él, dando por zanjada la conversación.

–¡Definitivamente tenéis que ir a Creta! –sigo yo, alimentando su curiosidad–. En el Museo Arqueológico de Heraclión hay un montón de piezas que os fascinarían. Mi favorita es la colección de la Diosa de las Serpientes. Se cree que representa a una diosa de la civilización minoica –explico, mostrándole las fotos en el móvil–. Creen que es algo así como la diosa madre o la diosa de la fertilidad.

–Definitivamente, tengo que ir a Creta –insiste Elena.

–Después de lo que pasó en México, las próximas vacaciones van a ser en Disneylandia –concluye él, tajante y con cierto tono de advertencia en la voz.

–¿Qué pasó en México? –pregunto, queriendo ser parte de la conversación.

–A tu amiga le gusta meterse en líos innecesariamente –añade él, para acto seguido, cambiarme de tema por otro del que no me apetece hablar–. ¿Sigues sin hablar con ese pobre chico?

–Me mintió. ¿Por qué sigues defendiéndole?

–Porque a veces es más fácil fingir ser otra persona, sin intención de herir a nadie.

–Me fue infiel.

–Una única vez, fue solo sexo y te lo ha contado –defiende Elena–. Tú misma dijiste que entendías sus motivos porque había sido el broche final con su pasado. Creo que ese polvo fue algo necesario.

–¿Perdonarías una infidelidad?

–Ya lo he hecho.

Miro a su chico con curiosidad, preguntándome si estará refiriéndose a él. Y sí, por la respuesta del susodicho, sé que han pasado por algo bastante chungo antes de que su relación fuera un algodón de azúcar.

–¡Yo nunca te he sido infiel! –aclara él, ofendido–. Tenía pareja cuando me conociste, eso no cuenta.

–Es como yo me sentí en su momento, así que sí cuenta –aclara ella, muy digna–. Volviendo al tema de Lucas, antes de tomar una decisión, deberías descubrir esa otra parte de él que te ha mantenido oculta.

–Lo que he visto en Internet no me ha gustado.

–¡Olvídate de Internet! –exclama él–. Deja que te muestre su realidad en Australia. No tiene por qué ser ahora, cuando tú estés lista.

–¿Irme a buscarle a Australia? ¡Jamás me arrastraría de ese modo! –Mi comentario no es bien acogido por la pareja, que se mira y tuerce el gesto–. ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho ahora?

–A veces hay que tragarse un poquito el orgullo para que las cosas funcionen, cielo –dice Elena entre dientes–. Lleva dos meses intentando arreglarlo contigo, pero su paciencia no va a ser infinita.

–Si esperas que el destino propicie un encuentro casual en Starbucks, con tanta distancia de por medio, lo llevas claro… –agrega su chico.

–Ahora mismo no se me pasa por la cabeza dejar Londres.

–Solo intentamos ayudar.

El novio de Elena se acerca para darme un abrazo de despedida.

–Nos vemos el sábado en mi casa si al final te animas a venir. Puedes traer a tus amigos si quieres.

Elena sale detrás de él para despedirle en el descansillo y oigo un sinfín de carantoñas y besos de tornillo que me hace sentir nostálgica. Me planto en el sofá con una taza de té helado y una vieja edición de *La segunda oportunidad* de Douglas Coupland, uno de los últimos libros que me quedan por leer y que, en estos momentos, está siendo mi guía espiritual.

Elena regresa conmigo con una sonrisa de oreja a oreja y se sienta al otro lado del sofá a dar forma a uno de esos reportajes absurdos sobre moda y complementos que tanto aborrece. Me gusta que ella también aproveche cualquier momento de inspiración para trabajar porque me hace sentir menos culpable por ser una adicta al trabajo.

Estoy tan concentrada en mi nueva lectura, que no siento que llaman a la puerta hasta que Elena se levanta como propulsada por un resorte. Deduzco que es otra vez su novio por el tono meloso que emplea al abrir la puerta –ella no se da cuenta, pero se pone un poco cursi cuando está con él–, pero cuál es mi sorpresa cuando Elena regresa, más pálida que la pared, y me dice que tengo visita. Su silencio me mosquea.

–¿No serán otra vez esos periodistas? –pregunto, poniéndome en lo peor.

–Nooo… –responde alargando la vocal–. Es tu… Es Lucas.

No me molesto en corroborar si está segura y me voy directamente al descansillo a

comprobarlo por mí misma. Y sí, es él, con sus ojos azules teñidos de incertidumbre y aspecto de no tener claro qué le ha traído hasta aquí. Ya somos dos.

–¡Lucas! –exclamo sorprendida–. ¿Qué haces aquí?

–No lo sé. –Su primera frase no es alentadora–. Supongo que solo quería despedirme. Creo que nos merecemos un final mejor después de todo.

No sé qué decir. Yo también quería verle, pero he sido incapaz de acercarme a su fiesta de despedida. No lidio muy bien con este tipo de situaciones.

–He oído que vas a abrir un restaurante con tu madre –trato de sonreír, pero se nota a la legua que estoy triste–. Me alegra mucho que vayas a cumplir tu sueño.

–¿Puedo pasar? –pregunta, mirándome sombrío–. Preferiría que habláramos en privado. Si es que quieres hablar conmigo… Puedo irme si lo prefieres.

–No seas tonto, pasa.

Me aparto para dejarle paso y le guío hasta mi habitación. Enciendo una luz tenue, un poco de música jazz que dé ambiente e intimidad ahora que vivo con hispanoparlantes, y cierro la puerta tras de mí. Lucas observa la habitación y afirma satisfecho.

–Es bonita. Y muy luminosa.

–La verdad es que estoy muy a gusto aquí. ¡Mira! Seguro que esto te gusta... El anterior inquilino también era aficionado a la astronomía y dejó su huella en ese cuarto.

No sé en qué estoy pensando cuando apago la luz y le enseño las estrellas que brillan en la oscuridad, ordenadas estratégicamente como constelaciones del hemisferio norte. Su respiración se vuelve entrecortada y dificultosa. Aun en la oscuridad, puedo percibir con claridad que está acortando distancias porque la temperatura del aire se vuelve más caliente.

Por un instante, temo que vaya a besarme. Lo temo y lo deseo a partes iguales, porque sé que no voy a poder resistirme. No me atrevo a encender la luz por miedo a que descubra que estoy vulnerable, que, al ver ese techo estrellado sobre nosotros, aunque sea artificial, no he podido evitar acordarme de todos esos momentos que hemos compartido.

–Me estaba acordando de Islandia –confiesa, leyéndome el pensamiento. Me sobresalto al sentir sus manos enredándose en las mías, pero no le aparto–. ¡Joder, Sofía! ¡Lo siento! Lo siento de veras. No sé qué puedo hacer para que dejes de odiarme.

–Yo no te odio –respondo con ternura, abrigada por la protección que me da la oscuridad–. Si te odiara, todo sería más fácil. Ni siquiera estoy enfadada contigo. Entiendo que la única manera de salir de dudas era cruzar el fuego y quemarte, aunque a mí me haya causado dolor.

–¿Entonces? ¿Por qué no respondes mis llamadas? ¿Por qué no has venido hoy a despedirme? –pregunta, confuso–. ¿Por qué no estamos juntos?

–Los sentimientos son misteriosos. Aparecen y desaparecen sin que tengamos voluntad alguna sobre ellos. Al igual que no pude evitar sentirme instantáneamente atraída por ti de manera ilógica, ahora no puedo evitar sentir dolor cuando te veo. Es como si reviviera aquella noche en bucle, una y otra vez.

–¡Pues quédate con todas las cosas maravillosas que aún nos quedan por hacer juntos! –suplica, apoyando sus manos en mi cadera.

–No es tan fácil… –Le aparto con delicadeza, incapaz de definir con palabras lo que siento–. No sé si me gusta cómo van a ser las cosas a partir de ahora.

–¿Por qué iban a ser diferentes?

–¡Echo de menos a Thor! Echo de menos al chico con gafas con el que me fugué de esa estúpida fiesta, el que me hacía reír a todas horas. Pero luego veo al Lucas de las revistas y siento

que no te conozco en absoluto.

–¡Estoy aquí, gatita! Déjame demostrarte que el otro Lucas no es tan terrible. Que no es tan diferente del chico que te enamoró una vez.

–¡Pero es que no sé si estoy preparada para esto! ¡No puedo ni salir a la calle sin que haya alguien al acecho de una exclusiva!

–Te prometo que se calmarán. ¡Yo no soy nadie! Tan pronto les demos lo que quieren, se cansarán de nosotros.

–¿Pero es que no ves que la vida nos lleva por caminos separados? Tú tienes tu vida en Australia, vas a montar tu restaurante, tienes a tu familia… Yo tengo mi vida aquí y me ha costado mucho esfuerzo llegar dónde estoy ahora mismo. Tengo a mi familia a solo dos horas de avión y Sonia me necesita.

–Prometí que no volvería a cambiar mi vida por nadie, pero si me pides que me quede, me quedaré. Ya me acostumbré a vivir aquí una vez, podría volver a hacerlo.

–¡No pienso pedirte que renuncies a tu sueño!

–¡Pues vente conmigo a Australia! Déjame llevarte a todos esos lugares maravillosos que te prometí, enseñarte el cielo estrellado en el hemisferio sur, pasar la Navidad juntos en la playa… Quiero que seas mi Elsa Pataky –añade, conmemorando el día que nos conocimos–. Y quiero completar la 82, la 88 y la 101 contigo algún día.

He leído la lista las veces suficientes para saber que quiere que construyamos una casa juntos, que nos casemos de una manera original y que expandamos nuestros genes.

–¡Espera, tiempo muerto! –Él no puede ver mi gesto en la oscuridad, pero le estoy pidiendo que pare con las manos–. ¡Hemos roto, Lucas! Nos íbamos a vivir juntos y te acostaste con tu ex. Y yo te he perdonado, pero necesito tiempo para echarte en falta u olvidarte. ¡Lo que sea que ocurra antes!

–¡Es que no tenemos tiempo, Sofía! ¡Me voy mañana a Australia!

–¿Pretendes que tome una decisión ahora mismo? ¿Que después de todo lo que ha pasado me tire a tus brazos?

–¡Te estoy pidiendo una solución para hacer que lo nuestro funcione! Hace dos meses que lo hemos dejado. Si me monto a ese avión mañana, no habrá segundas partes.

–Pues parece que hay un conflicto de intereses, porque yo ahora mismo no puedo darte una respuesta.

–Entonces, será mejor que me vaya –dice buscando a tientas el pomo de la puerta.

–Buena suerte, Lucas.

28

SOFÍA

¿Cuántas veces habré imaginado que la tortilla se daba la vuelta? Que yo era de repente la hija ideal a la que nadie juzgaba y Sonia era la rebelde, la bala perdida, la que no sabía por dónde seguir su camino. Y ahora que el destino se pone de mi parte, no me siento nada cómoda con la situación.

Mientras termino de maquillarme y prepararme para la reunión con un pez gordo de los cosméticos veganos, escucho a mi hermana contándome las últimas novedades por teléfono.

–¡Te juro que no entiendo a los hombres! Le dije a Joan que había dejado a mi marido, todo fue como en las películas, un torrente de pasión y romanticismo. Y dos días después, me dice que él no es de atarse, que no busca nada serio… ¿Puedes creerlo?

–Lo que creo es que te falta experiencia con los hombres.

–¡Pero es que estoy enganchada a él! Le he dicho que yo tampoco busco nada serio solo porque quería volver a verle.

–Te diría que vas a darte una hostia monumental porque Joan no va a cambiar de parecer y tú te vas a enganchar más, pero si bien te conozco, no vas a parar hasta que te la des. Esto son experiencias necesarias para prepararte para los próximos capullos.

–¿Próximos capullos? –Mi hermana entra en pánico–. ¿Es que no quedan hombres normales en el mercado?

–Alguno queda, pero están muy cotizados. Lo importante es que mi sobrino y tú estéis bien sin depender de nadie. No necesitas a Julián ni a Joan ni a ningún otro para ser feliz, hermanita.

–Tendré que aprender de ti –se burla–. Cada vez veo más difícil que regreses a casa con ese puestazo que acaban de darte.

–Me han hecho asistente de marketing, no te pases. Sigo en lo más bajo de la pirámide, pero al menos cobro un sueldo medianamente decente. Se acabó el pedirles dinero a mamá y papá.

–Y aparte de eso… ¿cómo estás? –En realidad yo sé lo que quiere saber.

–Entre el trabajo, el gimnasio, las clases de salsa… la verdad es que no tengo tiempo para mucho más. Mi nueva compañera de piso sabe cómo mantenerme ocupada.

–Bueno, yo solo digo que quedan muy pocos hombres decentes en el mercado y, los que hay, están muy cotizados…

–¿Esa frase no es mía?

–¿Sabías que en Brisbane hace sol 283 días al año? Sin embargo, en Londres el sol es un bien tan escaso que lo miden por horas, 1481 concretamente, lo que nos da tan solo 61,7 días soleados al año. Y tú eres española, Sofi, necesitas más vitamina D que esos ingleses.

–Muy interesante. Me tengo que ir, Soni. Cuídate.

* * *

–No va a funcionar –agrego contundente.

–¿Perdona?

Siempre me pongo nerviosa en la primera reunión con un cliente. Ellos intentan exponer sus ideas como las mejores y nosotros intentamos, educadamente, hacerles ver que no tienen sentido. Algunos se lo toman bien porque saben que somos los expertos, pero otros se creen unos genios incomprendidos en este mundo que no valora el talento.

Sin embargo, esta vez me he dejado la sutileza en casa: las ideas de Shellie, fundadora de cremas orgánicas Gaia, son una auténtica mierda y no van a funcionar. Y lo peor, es que se cree que lo sabe todo porque ha estudiado en una buena universidad y ha recorrido medio mundo con el dinero de papá. Pero, esta vez, se equivoca. ¿Y por qué voy a andarme con rodeos? Yo soy la que entiende de publicidad y ella la que sabe hacer cremas veganas.

–Yo creo que sí va a funcionar –insiste Shellie–. La modelo es un rostro conocido y tiene mogollón de seguidores en todo el mundo. Si ella dice que nuestra crema hace milagros, se venderá como rosquillas.

–Te digo yo que no va a funcionar –insisto.

–Sofía, ¿podrías elaborar un poco más tu argumento? –pide mi jefa, consternada por mi obstinación.

Cojo aire y me resigno a que tendré que elaborar una explicación más allá del hecho de que me niego a crear una campaña de cremas orgánicas con Leah Madison como protagonista. Sin nada que perder, y con la seguridad de que Karen siempre respalda mis ideas, me subo a la palestra y comienzo a dibujar cosas en una pizarra de rotuladores sobre la que el cliente nos ha pedido que proyectemos un collage donde se ve a Leah, las cremas y un batiburrillo de productos naturales.

–La época de Victoria's Secret ya pasó –comienzo al fin, tachando la cara de Leah con un rotulador–. La gente ya no quiere un rostro perfecto, quieren ídolos de carne y hueso con los que sentirse identificados. Mujeres con estrías, con celulitis, con granos.

–No podemos anunciar una crema antiarrugas en una mujer que no tenga la piel bonita –objeta Shellie.

–¿Tan malas son tus cremas? –me oigo decir, con la chispa que últimamente me caracteriza. La foto de Leah me ha puesto de mala leche.

–¡Sofía! –exclama Karen apurada.

–Lo que quiero decir es que necesitamos una piel real y sin filtros, donde la gente pueda ver que realmente hay una necesidad del producto y una posterior mejoría –insisto–. ¡Mira la última colección de Primark! Modelos con tatuajes en la cara, con vitíligo, sin pelo. Son gente como tú y como yo. Y son gente que vende más que una influencer australiana operada. Un ejemplo de ello lo tenemos en Netflix. La cadena ha roto con la imagen de adolescentes perfectos que siempre nos han vendido los americanos. No tienes más que ver *Sex Education*. Son gente real, influyente y hermosa a su manera.

–¿Crees que alguno de los actores de esa serie querría hacer nuestra campaña? –pregunta Shellie, dándole vueltas a mi idea–. Tengo en mente a Tanya Reynolds y a Patricia Allison.

–Podríamos ponernos en contacto con ellas –ofrece Karen.

–Te llamabas Sofía, ¿verdad? –Shellie me observa con detenimiento a través de sus gafas sin montura. Yo asiento–. Sofía, creo que tienes razón. ¿Leah Madison anunciando cremas ecológicas? ¿En qué estaba yo pensando? ¡Si la han visto tirando latas de refresco en el mar!

–¡He oído unas cosas terribles de esa Leah Madison! –añade Karen, mostrándome su apoyo.

–¡Acabo de tener una idea brillante! ¡Ya sé quién sería la modelo perfecta para nuestra

campaña! –exclama Shellie. Intento disimular que mis expectativas no son muy altas cuando Karen le invita a hablar–. Carismática, elegante, natural…

Shellie me mira con una sonrisa de oreja a oreja que me tiene desconcertada. Hago una mueca de incredulidad, tratando de forzar que siga hablando.

–¡Tú, por supuesto! –exclama con toda la seguridad del mundo.

–¿Perdona?

–¡Sí! Eres un rostro desconocido, una mujer real. ¡Serías la sustituta perfecta de Leah Madison!

La sustituta perfecta para Leah Madison. De todas las cosas que me han llamado nunca, creo que esta es la que más me ha ofendido. Al principio, sonrío por cortesía. Shellie no tiene ni idea del verdadero significado de sus palabras. Después, decido que estoy harta de fingir, de pretender que todo va bien y tener una sonrisa lista para todo el mundo. ¡No estoy bien! ¡Y no quiero ser la sustituta de nadie! Quiero ser la única opción.

Me hallo en pleno proceso de enajenación mental cuando Shellie nos muestra la canción que va a acompañar el anuncio, *So far away* de Martin Garrix & David Guetta. Busco una cámara oculta en la sala. ¡No sé qué tiene que ver esa mierda de canción desesperada y comercialoide con unas puñeteras cremas antiarrugas!

–Mmm… no termino de cogerle el hilo a la canción. –Karen tuerce el gesto y busca las palabras más cordiales para no decir directamente que la idea ES UNA MIERDA–. Adoro esta canción y la voz de Jamie Scott es sublime, pero yo lo que oigo aquí es el final de un amor de verano, distanciamiento, días de playa… No sé si tiene mucho que ver con la crema. ¿Tú qué opinas, Sofi?

Niego con la cabeza y aprieto los labios. A mí la cancioncita de marras me recuerda a Brisbane, y eso que ni siquiera he estado.

–Igual es que necesitáis haceros con el ritmo –insiste Shellie, volviendo a poner la canción hasta dos veces más.

Y una tercera. Juro que ya me sé el estribillo de memoria. Karen frunce el ceño y emite una sonrisa de cortesía que va a derrumbarse de un momento a otro. Su paciencia no tiene tanto aguante como la mía. Como vuelva a poner la canción, va a ser Karen quién necesite esa crema antiarrugas con urgencia.

* * *

–¿Nunca te has asombrado de la cantidad de cosas que caben en un boli?

Fabio siempre sabe cómo convertirse en el centro de atención. Elena ha dejado de batir el salmorejo de golpe y yo me he visto obligada a parar mi lectura para observarle a él, que está tumbado en mi sofá mientras analiza con auténtico embeleso un bolígrafo transparente.

–¿Perdona? –Elena aún no está acostumbrada a las reflexiones de mi amigo.

–No habrás vuelto a probar los champiñones mágicos esos, ¿no? –pregunto preocupada.

–¡Estoy hablando en serio, chicas! –Fabio se hace el ofendido–. Pensad en todas las letras, las ideas expresadas a través de su tinta. ¿Cuántos pactos de amor, alianzas políticas, divorcios y bestsellers habrán salido de un boli como este? ¿Cuántas campañas publicitarias?

–La verdad es que no me imagino a nadie escribiendo un bestseller con un boli –añade mi compañera de piso algo escéptica–. Y te lo dice alguien que lleva más de un año para acabar una novela y no para de hacer cambios de última hora.

–Ese boli ha sido testigo de la peor campaña publicitaria de la historia –bromeo, siguiéndole el rollo–. La clienta es una chica de nuestra edad que quería a Leah Madison para anunciar sus cremas, y acabó decidiendo que yo sería una buena sustituta. ¿Podéis creerlo?

Antes de acabar la frase, ellos ya se están mirando con preocupación. Apenas han coincidido un par de veces en casa y ya se han hecho íntimos amigos, sobre todo cuando se trata de ponerse en mi contra.

–Eso es… ¡genial! –responde Elena entre dientes–. ¿Vas a protagonizar una de tus campañas entonces?

–¡Ni de coña! Yo no valgo para eso. Solo quería asegurarme de no tener que ver el careto de Leah en los banners publicitarios del metro, con eso me conformo.

–Hablando del diablo, ¿habéis visto el vídeo que subió el otro día en la inauguración del Saffron? –El rostro de Fabio indica que viene algo grande. Y Elena, la periodista de moda que dice odiar su trabajo, se une ante la perspectiva de un buen cotilleo.

–¿Invitaron a Leah a la inauguración? –Elena parece ofendida.

–¡No! ¡Esa es la gracia del video! –añade Fabio emocionado–. Tienes que ver a Lucas ignorándola vilmente, y finalmente, a la gran Vicky ‘Saffron’ tomando cartas en el asunto y pidiéndole que se largase.

–¡No te puedo creer! ¡Super mami al rescate!

Lo que yo no me puedo creer es que estén los dos despanzurrados en el sofá, comentando la jugada y riéndose a mandíbula batiente sin tener consideración conmigo. Para mí no es un simple video de la *celebrity* de turno pasando un mal trago por pasarse de lista. Todo lo que alcanzo a ver es que Lucas ha cumplido su sueño y el Saffron es exactamente como yo me lo imaginaba. Con la fachada de cristal ahumado, los muebles de bambú y las orquídeas dando un toque de lujo asiático.

–¡Y encima la tipa lo cuelga en su canal para desprestigiar al restaurante! –exclama Elena horrorizada–. ¿Qué creía que iba a pasar? ¡Si está tirando piedras sobre su propio tejado!

–A nadie le sorprende, cariño. Todo el mundo sabe de qué pie cojea esa Madison.

Decido centrarme en Roald Dahl y fingir que no me importa de lo que están hablando. Sin embargo, fracaso estrepitosamente a los tres segundos.

–¿Os importaría mucho hablar de otra cosa?

–Oye Sofi… –Cuando Fabio adquiere ese tono de voz, sé que se va a poner de un sentimental que es más de lo que puedo soportar ahora mismo–. Tú ya habías superado tu fobia a las arañas, ¿verdad?

¿Arañas? Le miro con sorpresa y asumo que he fallado en mi intento por entender cómo funciona su cabecita. Cada día entiendo menos a este chico.

LUCAS

–¿Te importaría alcanzarme la botella de coñac?

No parece que haya nadie más alrededor, así que Paige debe de estar refiriéndose a mí. Me estiro para coger la botella que me ha pedido y se la tiendo con una media sonrisa.

–Me aseguraré que nadie utilice la balda de arriba –añado–. Está alta incluso para mí…

–¡Gracias, jefe! –Me guiña un ojo y se dispone a llenar dos vasos con el licor que acabo de darle.

Paige es menuda, algo regordeta y tiene unos preciosos ojos color miel que evocan atardeceres, al igual que sus cabellos, dorados por el sol. Mi madre la eligió para encargarse de la barra porque es muy extrovertida y le cayó bien al instante. De hecho, parecen haber cultivado una magnífica relación en estos dos meses.

–No sabía que tuvieras un tatuaje, jefe.

Me giro para mirarla de nuevo y veo que sus ojos se dirigen a mis chanclas de playa. Normalmente siempre llevo los pies cubiertos por razones de seguridad e higiene, pero hoy era mi día libre y me he plantado en el restaurante con unas bermudas. Debería estar disfrutando del poco tiempo que no paso encerrado en el restaurante, pero siempre encuentro cosas que hacer. Además, ¿en qué podría invertir mi tiempo mejor que en cumplir mi sueño?

–Es una antigua herida de guerra –digo al fin, devolviéndole la mirada y la sonrisa–. Por cierto, Paige, ¿podrías dejar de llamarme “jefe” todo el rato?

–Como gustes je… Lucas.

–Así me gusta.

Paige sonríe y me doy cuenta de que tal vez crea que estoy flirteando con ella. Decido cortar por lo sano y centrarme en otra cosa, no porque no la encuentre atractiva, sino porque soy un digno defensor de la teoría de que dónde tienes la olla… Y tengo claro que no quiero líos en el restaurante.

–¿Aún sigues así? –Mi madre está hecha un pincel, con un traje chaqueta azul celeste que realza su piel morena. Algo se me escapa…

–¡Mierda! La reunión con los Kelton era hoy, ¿verdad? ¡Se me ha pasado por completo!

–Deberías ir a casa y ponerte algo más apropiado. No creo que ese atuendo sea el más adecuado para convencerles de que celebren aquí su fiesta de pedida.

–Mamá, eres la mejor cocinera del país. Si hay alguien que deba suplicar por que este negocio salga bien, esa no eres tú.

Doy un beso a mi madre en la frente y salgo escopetado al centro comercial en busca de unos chinos, una camisa y unos zapatos de vestir. El descuido me cuesta 300 dólares y diez minutos de retraso. Yo nunca llego tarde, me tomo mi trabajo demasiado en serio.

Cuando regreso al Saffron, mi madre ya está lidiando con la feliz pareja, enseñándole las instalaciones y contándole las ideas que tenemos para sorprender a sus invitados. No necesito mucho más para saber que están encantados con el sitio. ¿Cómo no iban a estarlo? Estos dos últimos meses han sido muy duros, pero tenemos el menú más variado de toda Brisbane, los mejores proveedores y la decoración más exótica. Cuando lo soñé, mi objetivo era que, todo el que entrara allí, dejase sus problemas en la puerta para disfrutar de un ambiente acogedor. Y acorde a las reseñas que he leído en TripAdvisor, lo hemos conseguido.

Les enseño la planta superior donde se celebrará el banquete y les presto mis ojos para que vean el local tal y como yo lo imagino. Las peonías decorando las columnas con cintas de seda gris, la vajilla de cristal bohemio, los platos en gris perlado… ¡Vale! Puede que mi madre haya contribuido con esas ideas tan pomposas que tengo en la cabeza, pero lo cierto es que, cuando ideé el Saffron, jamás pensé que iba a acabar organizando bodas.

La pareja no tarda en decidirse y pasamos a la oficina con ellos para firmar el contrato y hacer la entrega de la señal. Entre unas cosas y otras, me dan las seis de la tarde, así que decido quedarme al ver que el restaurante está hasta la bandera y no tenemos suficiente personal. Está siendo duro, pero saber lo que he conseguido en tan poco tiempo, me llena de un orgullo indescriptible.

A las doce de la noche, me apoyo en la barra a tomar una copa de rosado con mi madre antes de volver a casa.

–Luke, cariño, entiendo que estamos empezando, pero deberías aprovechar tus días libres para desconectar un poco. ¡Mañana nos espera un día de órdago y llevas aquí metido todo el día!

–Tú también llevas aquí todo el día –le recuerdo.

–Sí, pero ayer fue mi día libre y no me viste el pelo. Aproveché a ir a la peluquería y a cenar con unas amigas. No pasa nada porque de vez en cuando te diviertas un poco, ¿sabes?

–Te prometo que me lo tomaré con más calma en unos meses. Ahora mismo, necesito estar centrado en esto. Es mi proyecto.

–Podrías invitar a Paige a ir al cine… –suelta. No puedo evitar mirarla perplejo. ¿A qué demonios viene eso ahora?–. ¡No me mires así! Se nota a la legua que está loquita por ti. Es un poco bajita, pero creo que haríais muy buena pareja…

–¡Mamá, no empieces! –ruego–. ¡No tengo tiempo para eso ahora! Además, no quiero ser el típico jefe que va enrollándose con las camareras.

–No tienes por qué enrollarte con todas… –Mi madre me hace sonreír–. Sigues echando de menos a esa chica de Londres, ¿verdad?

–Ahora no tengo tiempo para mujeres, me sería imposible tener una relación. ¡Hasta mi gata se queja de que no le dedico el suficiente tiempo!

–Deberías irte a descansar, cariño. Mañana tenemos un desayuno de empresa, y hemos quedado con los padres de los novios a las doce y tienes que estar fresco.

–¿Te llevo a casa? –ofrezco, apurando mi copa.

–No te preocupes, tu padre debe de estar al caer.

Le doy un beso de buenas noches y echo un último vistazo al bar, asegurándome de que todo está perfecto. Sí, lo sé, soy un perfeccionista. Por suerte, estoy rodeado de un equipo maravilloso. Lo único que no me cuadra es la música, *So far away*, típica canción de chiringuito que lamenta el final de un amor de verano. Normalmente no ponemos ese tipo de música en el bar, pero concedo ciertas licencias al personal a la hora del cierre para que me vean como un jefe enrollado.

Por alguna extraña razón, la cancioncita de marras se me queda grabada en la cabeza y me provoca sentimientos que preferiría olvidar. No sé por qué me recuerda a mi vida en Londres si estoy convencido de que no he escuchado esa canción antes. Y, concretamente, grita el nombre de Sofía por todas partes.

Agobiado y confundido por su imagen, que me persigue en los momentos de debilidad, decido dar un paseo por la playa antes de regresar a casa. Rosalía me va a sacar las uñas en cuanto me vea aparecer por la puerta.

Tengo que olvidarme de Sofía como sea. Igual mi madre tiene razón y debería darle una oportunidad a Paige. Es guapa, divertida y parece una chica inteligente. Nunca me han gustado demasiado las rubias, pero probar algo diferente cuando todo lo anterior ha ido mal, no puede ser tan terrible. Las morenas siempre acaban por romperme el corazón.

* * *

Ilusión. Felicidad. Emoción.

La pareja que tengo ante mí, mostrándole el Saffron a sus padres y explicando al detalle cómo se imaginan el evento, desprende un millón de emociones que van en la misma dirección. No sé por qué tengo un buen presentimiento sobre ellos, a pesar de que es obvio que sus familias no se entienden y han protagonizado un par de situaciones incómodas que hubiera preferido no presenciar. Al final, uno no elige a la familia.

Cuando terminamos de mostrarles las instalaciones de arriba, bajamos de nuevo a la planta baja dónde tendrá lugar la barra libre y la zona de baile. Es difícil imaginárselo cuando está abarrotado de gente intentando reservar una mesa. Todo el mundo quiere comer en el restaurante de Vicky 'Saffron', y reconozco que la publicidad que mi madre hace en su canal está funcionando a las mil maravillas. Tenemos la lista de espera llena para los próximos cuatro meses y, en mi empeño de crear un ambiente espontáneo y sin planificación, he dejado diez mesas sin reservar, que se van llenando cada día por orden de llegada, una estrategia de marketing que está consiguiéndonos incluso más reservas cuando los clientes se quedan a puertas de comer allí.

Me acerco a Spencer, encargado del restaurante, y le presento como uno más de nuestra pequeña familia.

–Llevaos bien con él. Será quien se encargue de que todo esté a punto en vuestra fiesta –les digo a los novios–. ¿Cómo va todo por aquí abajo, Spencer? ¿Alguna novedad?

–¡Tan lleno como siempre, Luke! Acaba de venir una mujer preguntando por ti, aunque no sé si eso se considera una novedad… –responde, sacándome los colores innecesariamente.

–¿Otra "novia"? –se burla mi madre, para después hacer a la pareja cómplice de la situación–. Desde que hemos abierto el restaurante, cada día se presenta alguna muchacha diciendo que es su novia solo para poder conocerle.

–¡Vaya, muchacho! ¡Estás hecho un rompecorazones! –El padre de la novia me da una palmada en la espalda en tono cómplice–. Cuando yo tenía tu edad, tampoco me las podía quitar de encima.

–Reconozco que ésta era más original –Spencer le echa más leña al fuego–. Dice que viene de Londres.

–¿Londres? –Según escucho esas palabras, me da un vuelco al corazón–. ¿Recuerdas cómo era? ¿Morena? ¿Pequeñita? ¿Muy tocapelotas? –Me giro al recordar que estoy aún en una reunión de negocios y me disculpo por el vocabulario, pero los Kelson y los McDowell parecen divertidos con la situación.

–Diría que sí, Luke, sobre todo la última parte… –confirma Spencer–. Aunque dijo que venía de Londres, no era inglesa. Cuando le dije que no podía entrar sin reserva, se puso a maldecir en otro idioma. ¿Te dice eso algo?

Mi mirada se pierde al fondo del restaurante recordando todos los momentos que pasé a su lado. ¿Es posible que ella esté aquí, al otro lado de su mundo? ¿Qué sentido tendría?

–Se ha ido hace un momento –insiste él–. Si corres, igual la pillas…

–¡Vete! –exclama mi madre, dándome un suave empujón–. Ya me encargo yo de esto.

–Serán solo cinco minutos, ¡lo prometo!

Salgo escopetado del restaurante. Mi madre y las dos familias se han quedado paradas mirando el espectáculo como si los ventanales del Saffron fueran una pantalla de cine. ¡Les falta comprar palomitas!

Entonces, la veo y me da un vuelco al corazón. Ni siquiera tengo claro que sea ella, es como un espejismo. ¿Qué hace aquí después de tanto tiempo?

¡No quiero volver a verla! No voy a regresar a Europa con ella... ¿A qué ha venido entonces?

¡Joder! ¡Cómo la he echado de menos!

29

SOFÍA

Veintitrés horas de vuelo con una escala de 3 horas en Dubái. Eso es lo que me ha costado llegar a Brisbane. Al menos, el billete me ha salido gratis… Hartos de mi orgullo y mi avinagrado sentido del humor de las últimas semanas, mis amigos hicieron una colecta para pagarme el viaje a Queensland. Y aquí estoy… muerta de calor porque, a pesar de que en el mes de agosto es pleno invierno en este rincón de la tierra, la temperatura no baja de los 17 grados. Y yo, acostumbrada al clima europeo, he seguido la definición de "invierno" a rajatabla y me he venido preparada para visitar al Yeti.

Lo primero que hago al aterrizar en Brisbane es darme una ducha en el hotel y pegarme una siesta obligada de seis horas. Hay nueve horas de diferencia con Inglaterra, lo que quiere decir que, a la una de la mañana del jueves, yo estoy despierta como un búho porque para mí son solo las cuatro de la tarde del miércoles. Tengo las piernas hinchadas de la presión del vuelo y me siento pegajosa por la humedad. Mejor no hablar del jersey de lana y las botas que llevo puestas…

Pero más allá del calor o el jet lag, lo que peor llevo es la creciente sensación de que no tengo ni idea de qué voy a hacer ahora. Cuál es el siguiente paso. Mi idea era presentarme en el restaurante con la esperanza de que esté allí y decirle que… ¿Qué voy a decirle? ¿Que le quiero? ¿Que llevo 27 años de mi vida sin él y, desde que apareció en ella, no sé vivir de otro modo?

Tal vez haya rehecho su vida. Tal vez no quiera verme. Tal vez…

A las siete de la mañana consigo quedarme dormida, echando por la borda mis planes por completo. No me levanto hasta las 12, lo que implica que es la peor hora posible para presentarse en un restaurante en busca del jefe. Entre que me ducho, me maquillo y me pongo la única ropa que me he traído que hará que no me cueza viva –un camisón de seda verde oliva, combinado con unas chanclas naranja fosforito–, me dan la una y media y ni siquiera sé a dónde me dirijo.

Llevo dos cafés encima y el jet lag no desaparece. Me cuesta mantener abiertos los ojos y me siento mareada, algo nauseabunda, incluso.

Según Google Maps, el restaurante Saffron está a menos de seiscientos metros de aquí, lo que implica que no debería tardar en llegar. Pero a medida que la distancia se reduce, aumentan los nervios. Tal vez debería dar media vuelta, dormir un poco, y regresar otro día. Puede que incluso comprar algo de ropa acorde al clima fuera una buena idea…

«¡Eres una gallina!», me digo, obligándome a seguir avanzando. Pero cuando mis pies se paran delante del restaurante, comienzan a temblarme las piernas como gelatina. ¿Y si no quiere verme? ¿Y si está con otra? ¿Y si…?

Ya desde fuera, puedo ver la esencia de Lucas plasmada en el edificio. Es elegante, discreto y sencillo, con un sutil toque salvaje que lo hace muy diferente a todos los restaurantes de la zona. La fachada entera la componen cristales tintados en azul oscuro para darle un aspecto de privacidad al local, y el nombre del restaurante está escrito con letras de bambú. El entorno no podría ser más idílico, la playa artificial de Streets Beach, que se llena de vida y colorido a estas

horas del día. Con esas aguas cristalinas y las palmeras, cuesta creer que aquel paraíso no sea natural.

Abro la pesada puerta de cristal y me adentro en el local, maravillada por la mezcla de olores que me llegan al instante. Tiene una decoración minimalista y exótica donde prima el buen gusto, y todo está elaborado en el mismo tipo de cristal, rompiendo la estética con muebles de madera oscura y bambú. De las paredes cuelgan enredaderas con flores tropicales y orquídeas en cáscaras de coco, y el techo está lleno de unas luces diminutas y parpadeantes que asemejan un cielo lleno de estrellas. Estoy segura de que ese restaurante es el lugar preferido por todos los enamorados de Brisbane para hacer sus propuestas matrimoniales.

–Disculpe señorita, ¿puedo ayudarle en algo?

Me giro y veo al maître observándome con curiosidad. Spencer, como su chapa indica, lleva un traje elegante, pero no demasiado arreglado: una bonita camisa azul marino, pantalones negros y corbata blanca.

–Disculpe, ¿tiene reserva? –insiste.

–Eh… no. Solo venía a… ¿está Lucas aquí, por un casual?

–El jefe está ocupado en estos momentos. ¿Desea reservar una mesa?

–No, vengo a verle a él –respondo nerviosa. Algo me dice que aquel hombre no me va a ser de gran ayuda–. ¿Pero está aquí o no? Puedo volver en otro momento…

–Le repito que el jefe está ocupado ahora mismo y no puede recibir visitas. Si no va a reservar una mesa, le agradecería que abandonara el local, está obstruyendo el paso a los que sí tienen reserva.

Spencer me mira de arriba a abajo con curiosidad. No le culpo. Mi camisón de seda podría colar por un vestido, pero ni de coña pega con esas chanclas de plástico, y el pelo se me ha cardado por la humedad hasta parecer un caniche. ¿En qué narices estaba yo pensando? Cuando Leah reapareció en su vida, llevaba unos vaqueros de diseño y unos taconazos de infarto, mientras yo parezco la maruja del barrio. ¡Incluso las camareras del local están más arregladas que yo! Con esa bonita camisa de seda azul marino con discretos lunares que asemejan estrellas y una falda negra con volantes.

–Señorita, por favor… –insiste Spencer.

Dudo un instante, solo uno, y acabo decidiendo que no me voy a ir de Australia hasta que no vea a Lucas. Me ha costado mucho decidirme y no puedo simplemente echarme atrás.

–¿Podría al menos decirle que estoy aquí y que decida él? Dígale que soy…

–Señorita, no quiero ser grosero, pero no voy a avisar a nadie. –Spencer me empuja suavemente por los hombros y me indica con discreción dónde está la puerta–. Si de verdad cree que a Lucas le hará ilusión verla, le sugiero que le mande un mensaje al móvil y se lo diga usted misma.

–¡Es que no tengo su número! –confieso exasperada, para después blasfemar en español–. ¡Mierda! ¡Seré idiota! ¿Por qué no se me habrá ocurrido pedírselo a Colin o a Fabio antes de venir?

Supongo que mi confesión me hace parecer aún menos de fiar, tan solo otra loca más que ha venido hasta aquí para conocerle. ¡Bienvenida al mundo de Lucas William Doyle!

–Entiendo... –Spencer sigue rígido e inexpresivo–. Pues mucho me temo que voy a tener que rogarle que abandone el local. Es la hora de la comida y estamos hasta arriba de reservas. Por favor, señorita, ya sabe dónde está la puerta.

Me resigno al hecho de que, por ese medio, no voy a lograr nada. Y conseguir su número

cuando aún son las 5 de la mañana en Londres, tampoco parece una opción viable. Mando un mensaje al grupo de todos modos y observo, cabreada, el relojito que indica que el mensaje no ha llegado. Tengo los datos activados y me he asegurado de tener *roaming* en Australia, ¿por qué no funciona el chat? ¿Podría salirme algo bien para variar?

Me acerco de nuevo a Spencer, mostrando ese don de gentes que todos dicen que tengo y no me está sirviendo de nada con él.

–¿No tendrás la clave del Wifi? Voy a pedirle a un amigo que me dé su número de teléfono, pero no me funcionan los datos…

–¡Por supuesto que tenemos Wifi, señorita!

–¡Genial! ¡Muchísimas gracias! ¿Cuál es la clave?

–El Wifi es solo para clientes, me temo.

–¡Por supuesto! –A estas alturas, estoy demasiado cabreada para responderle como se merece–. ¿Podría reservar una mesa entonces?

–No tenemos nada hasta finales de noviembre.

–¿Me estás tomando el pelo? –La frustración habla por mí–. ¡Estamos en agosto!

Mis protestas no sirven de nada. La expresividad de ese hombre es tan escasa como sus ganas de ayudarme. Todo lo que obtengo de él es una mirada de indiferencia, justo antes de ignorarme para atender a una pareja que deduzco que sí tienen reserva. A estas alturas, ya he asumido que lo más inteligente va a ser buscar otro sitio donde comer y usar el Wifi, y esperar a que alguno de mis amigos se levante.

Abandono el local con el ánimo por los suelos. Si sigo la filosofía de Fabio de que todo en esta vida pasa por alguna razón, el destino me está diciendo claramente que debería volver a casa y dejar de forzar las cosas.

Miro los restaurantes de mi alrededor, pero lo que el cuerpo me pide a esas horas es café. Por mucho que el reloj local diga que son las dos y pico de la tarde, mi reloj interno sabe que aún no ha amanecido. Localizo con la mirada una cafetería con sándwiches un poco más adelante. Perfecto para pasar el tiempo mientras pienso en un plan B. Puede que incluso me compre un bikini y una toalla y me dé un chapuzón en la playa.

Me giro para mirar por última vez el Saffron con cierta frustración. En realidad, la culpa es mía por no haber tejido un plan más elaborado. Y, sé que suena ridículo, pero me siento repentinamente observada, como cuando en las películas la víctima sabe de antemano que alguien está al acecho. Y estoy en lo cierto, Spencer me mira con curiosidad desde su puesto de trabajo y, a su lado, me encuentro a una estilosa mujer rubia que sobrepasa los cincuenta, con un vestido color salmón. La reconozco en el acto como la codueña del local, la prestigiosa cocinera Victoria ‘Saffron’ Doyle, o lo que es lo mismo, la madre de Lucas.

A su lado, otros seis pares de ojos me observan con curiosidad. Seguro que se trata de un error, esas tres parejas no pueden estar cuchicheando sobre mí. Miro a derecha e izquierda, pero no veo a nadie más a mi alrededor.

Victoria sigue observándome mientras habla con Spencer claramente sobre mí. Supongo que le habrá puesto al día de la loca que se ha presentado en un local como ese, en chanclas de playa, y preguntando por su hijo. Me siento tan avergonzada con la situación que mis piernas comienzan la retirada por voluntad propia, mientras mi mirada sigue fija en Spencer y Victoria. Ni siquiera miro por dónde voy, simplemente…

–¡Auucht!

Colisiono contra un cuerpo musculoso y fuerte que mide al menos veinte centímetros más que

yo, puede que treinta con estas chanclas… Estoy a punto de caerme contra el suelo, pero salvo el equilibro y la dignidad con mucho estilo, sintiéndome morir al saber que la dueña del restaurante no se ha perdido ninguno de mis torpes movimientos.

–Lo siento, no miraba por dónde iba –respondo, abochornada y sin mirar al extraño a la cara. Mi prioridad es colocarme el camisón en su sitio, que ha quedado hecho un trapo después del accidente.

–¡Bonitas bragas!

¿Cómo se atreve? Estoy pensando en sacarle los colores por descarado, pero algo en su voz, en sus palabras jocosas, me detiene. Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos azules mirándome con sorpresa. Abro la boca para responder y no me salen las palabras. Estaba preparada para lidiar con el Lucas pijo y estirado, pero acabo de encontrarme con una versión "perroflauta business" que me está poniendo muchísimo. Tiene el pelo de punta algo despeinado, y hace varios días que no se afeita. Y sigue llevando esas gafas que me vuelven loca. ¿Por qué me hace esto?

Completa el look con unos chinos color marino y una camisa azul maya que resalta muchísimo con sus ojos, y que ha complementado con los gemelos que yo le regalé. Una gata y un martillo. Aquello me da cierta esperanza, al menos no ha borrado del todo mi recuerdo.

Ante mi silencio, me sonríe con timidez y pregunta:

–¿Qué haces aquí… en Australia?

–Compruebo la seguridad de tu restaurante. Y puedo decirte que es de primera, Spencer no me ha dejado pasar.

Algo en mis palabras parece hacerle gracia.

–Discúlpale, no eres la primera que viene aquí preguntando por mí o por mi madre. Le entrenamos para que sea muy estricto con las fans.

–Ya, me imagino que vendrán muchas mujeres preguntando por ti…

–Oye, me encantaría hablar contigo, pero la verdad es que no me pillas en buen momento. Tengo una reunión de trabajo bastante importante. Esa pareja de ahí quiere celebrar su fiesta de pedida en el Saffron y, si nos sale, va a suponer una importante publicidad para el negocio.

Se gira para señalar con la cabeza a los clientes y a su madre, que al igual que Spencer, no se han perdido ni un segundo de nuestra conversación.

–Lo siento, no quería molestarte. Ni siquiera sé por qué he venido…

Lucas me observa sin cambiar el gesto en su rostro y yo me siento estúpida. ¿Qué esperaba exactamente que iba a pasar? ¿Que vendría corriendo hacia mí y me daría un beso de tornillo como en las películas? Por no mencionar que, a su lado, me siento una liliputiense con esas estúpidas chanclas de playa. Podría haberme comprado unas sandalias con cuña, al menos me habrían dado algo de ventaja.

–No he cambiado de número… –añado justo antes de largarme.

«¡Estúpida, estúpida, estúpida!». Si no lo ha marcado en estos dos meses, no sé por qué iba a hacerlo ahora.

Sigue mirándome en silencio, con esa tranquilidad tan suya que me pone de los nervios, y decido que este es el momento idóneo para largarme por donde he venido y dejar que me trague la tierra.

El sonido de su voz me detiene justo cuando estoy preguntándome en qué narices estaba pensando yo para cruzar medio mundo para ver a mi ex, del que no he sabido nada en meses, después de haberlo tenido disponible en Londres y no haberme dignado en responder sus

llamadas.

–¿Sabes qué? No creo que pase nada porque pierda cinco minutos contigo. Seguro que mi madre tiene todo bajo control –responde para mi gozo–. Vayamos a un sitio más tranquilo, nos está mirando todo el mundo.

–Empezando por tu madre… –añado.

–¡Sobre todo mi madre! –confirma divertido.

Sigo a Lucas a través del restaurante hasta unas escaleras que hay en el lateral y llevan al piso de arriba. Spencer me sonríe con educación, ahora que sabe que no le he mentido. Lucas saca una llave del bolsillo y abre una puerta que da paso a una enorme sala de eventos, que en este momento, está vacía. A pesar de la luz del día, los cristales tintados le dan un aspecto íntimo, complementado con las tenues estrellas del techo. Las paredes están llenas de plantas exóticas y bambú, y en el hilo musical, se oyen sonidos de la naturaleza. Es como si, por un momento, te olvidaras de que estás en el centro de Brisbane y te trasladarás a algún lugar en medio de la selva tropical de Daintree.

–Este lugar es… –comienzo, sin encontrar las palabras–. Es exactamente cómo tú lo describías.

–Es exactamente como lo soñé –responde apático–. Aún no me has dicho por qué has venido hasta aquí.

Cojo aire sin saber qué decir. Me había preparado un discurso en el avión del que ahora mismo no recuerdo una sola palabra. Solo sé que, cuando está cerca de mí, el corazón me late con tanta intensidad que me falta el aire.

–¿Y bien? –insiste–. Siento ser tan directo, pero es que me están esperando y tengo un día de mucho jaleo…

–Fabio cree que no puedo tachar lo de superar mi miedo a las arañas de mi lista hasta que no me enfrente a una araña de verdad, de esas venenosas que tenéis en Australia.

¿Se puede decir algo más estúpido? Probablemente no.

–¡Ah! Buena suerte con eso –responde con incredulidad, desviando la mirada hacia la puerta con notable impaciencia–. Oye, me tengo que ir, de veras… Si necesitas encontrar arañas venenosas, estoy seguro de que en la oficina de turismo sabrán ayudarte.

–¡Lucas, espera! –Obtengo de nuevo su atención y me quedo en silencio. Mi discurso magistral se ha quedado al fondo de mi garganta, con mi valor y mi confianza–. Supongo que… igual sí que te quiero después de todo.

–¿Igual? –Alza las cejas con sorpresa y cierto fastidio–. ¡Espero que lo tengas claro, porque te has hecho 16.500 kilómetros para presentarte en mi trabajo, delante de todo el mundo, y decirme que “igual” me quieres!

Su frialdad y aplomo alimentan mi inseguridad. Pero no voy a rendirme. Llegados a este punto, no tengo nada que perder. ¿Por qué otra razón habría cruzado el planeta de punta a punta si no es porque quiero estar con él?

–Te quiero, Lucas –digo al fin–. Estaba harta de fingir que no te echaba de menos mientras todos los demás me hablaban de ti. Harta de que todos los lugares me recordaran a ti.

No sé si mi declaración le sorprende o simplemente le deja frío. Sigue mirándome inexpresivo y con los brazos cruzados, mostrando cierta tensión.

–Sofía… –Por el modo en que suspira mi nombre, sé que su respuesta no va a gustarme–. Yo no voy a regresar a Londres. Acabo de montar el restaurante, he dado la entrada para comprar el piso dónde estoy viviendo… Las cosas me van bien aquí.

Sonrío con amargura. Es evidente que las cosas le van bien, al igual que es evidente que ya hay alguien nuevo en su vida.

–Debería haberme imaginado que ya estarías con alguien.

–¡No sé cómo! Desde que he regresado a Brisbane, he dedicado cada segundo a levantar este lugar. La única mujer que hay en mi vida ahora mismo es Rosalía. Bueno, y mi madre. Y puedo asegurarte que ambas agotan todas mis energías.

–¿Te has traído a tu gata?

–¡Por supuesto! Rosalía es mi familia ahora.

Lucas termina de hablar y yo no sé qué decir, ni por dónde seguir la conversación, sintiéndome tan cohibida y fuera de lugar. Pierdo la mirada al fondo de la sala mientras decido qué voy a hacer con los diez días restantes que me quedan en Australia.

–Lo que quiero decir es que yo también te echo mucho de menos –rompe el silencio que nos envuelve. Levanto la vista y me encuentro con que su mirada ha suavizado la dureza que había mostrado hasta ahora–. Cada día, a cada instante... Pero no creo en las relaciones a distancia y no pienso tener una.

–¡Yo tampoco! –respondo exaltada, al ver por primera vez algo de esperanza en sus palabras.

–¿Entonces…? ¿Dónde nos deja eso?

–Hay agencias de publicidad en Brisbane, ¿verdad? Karen me dijo que tiene algunos contactos en Australia que podrían ayudarme.

Lucas da un paso al frente y, sin apartar sus ojos de los míos, añade:

–En mi piso hay una habitación vacía. Quedaría muy bien un estudio…

Una débil sonrisa se escapa de mis labios. Doy un paso al frente y me sitúo a escasos centímetros de él, de su boca y su mirada de hielo, que ha comenzado a derretirse a la misma velocidad que los casquetes polares.

–Suena bien. ¿Y cómo de grande es tu armario?

–¡Enorme! –Sus manos se posan en mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo–. De esos con puertas corredizas, baldas para tus zapatos de tacón y un montón de espejos.

–¿Y esos espejos se ven desde la cama? –pregunto seductora, rodeando su cuello con mis brazos.

–No estoy seguro, pero podríamos comprobarlo más tarde.

–¡Me encantaría comprobarlo!

Sonrío cuando sus labios se acercan a los míos y se funden con delicadeza. Ese instante delicado que bien merece la frustración, las horas de vuelo y toda la inseguridad que me ha matado estos dos días. Lucas me abraza con fuerza y exhala toda la presión que tenía encogiéndole el alma.

–¡No sabes lo que te he echado en falta, gatita!

–No pienso separarme más de ti, Thor. –Mi beso sella la promesa.

–¿Crees que podrás mantenerte ocupada hasta las siete? No creo que pueda escaparme antes, está siendo una semana de locos…

–No te preocupes, he visto una playa estupenda ahí afuera. O puede que regrese al hotel a sufrir el jet lag con dignidad.

–¡Nada de hoteles! –Lucas saca unas llaves del bolsillo de su pantalón y me las da–. ¡Bienvenida a casa, gatita!

Nota al lector

Si estás leyendo esto es porque, de algún modo, has descubierto mi novela y te ha intrigado lo suficiente como para seguir leyendo hasta el final. Muchísimas gracias por tu apoyo, tu curiosidad y tu valioso tiempo.

Este libro surgió como una casualidad del destino, una serendipia cuando iba buscando algo completamente distinto. Todo empezó en el verano de 2021. Me hallaba escribiendo la segunda parte de *La Piedra del Sol*, cuando las musas se rebelaron contra mí y me dijeron que tenían ganas de salseo. No las culpo. Hacía treinta y cinco grados a la sombra y lo que menos les apetecía era inspirarme para escribir una historia de misterio y drama. La verdad es que a mí tampoco me apetecía en exceso… Y es que mis musas querían divertirse. Querían salir de fiesta, hacer locuras y vivir un amor de verano.

Decidí escucharlas y ver a dónde me llevaban. Concluí mandar de vacaciones a los protagonistas de *La Piedra del Sol*, para que vivieran mil y una aventuras y se metieran en muchos líos, con la condición de que me lo contaran todo a su vuelta. Y ellos accedieron encantados. Una vez sellado el pacto, me puse manos a la obra a escribir la novela que hoy tienes entre tus manos.

La noche que Thor conoció a Catwoman es una novela fresca, desenfadada y ligera, de esas que hacen vibrar al calor de un nuevo amor. Es una historia amena para desconectar en los días de mucho estrés, o para disfrutarla con un buen café en una tarde de lluvia o, por el contrario, con un buen refresco mientras te tuestas al sol. Porque esta novela no está hecha para hacerte pensar… ¡Está hecha para hacerte sentir! Para que te dejes llevar por la magia de sus páginas y acompañes a Lucas y Sofía en su aventura por Londres, mientras cumplen su lista de 101 cosas que hacer antes de morir.

No faltará tiempo para viajar y descubrir nuevos lugares de la mano de sus protagonistas, que nos acompañarán por Grecia, Inglaterra, Islandia y Australia. De algún modo, Londres vuelve a convertirse en una protagonista más de esta novela, con su carácter único, sus contrastes y su ritmo cambiante.

Por último, espero que hayas disfrutado tanto leyendo mi novela como yo disfruté escribiéndola. Si he conseguido que hayas sido capaz de dejar tus problemas a un lado por unas horas, que te hayas emocionado con las aventuras de mis personajes y, tal vez, te he arrancado alguna carcajada (o un buen orgasmo literario), habré cumplido con mi misión como escritora.

Si te ha gustado mi novela, no te olvides de dejar una reseña, correr la voz y contactarme a través de las redes sociales. Tu apoyo es fundamental para darme a conocer y seguir creciendo cada día como escritora.

Y si te animas a escribir algo sobre mi novela en Instagram, no te olvides de etiquetarme **@deborahpgomez**, y usar los hashtags **#lnqtcacw** y **#lanochequethorconocioacatwoman.** ¡Estoy deseando leerte!

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los lectores que habéis decidido dar una oportunidad a esta novela, tan solo un pequeño pez entre todos los que hay en el mar. Espero que la hayáis disfrutado y que haya conseguido arrancaros una sonrisa.

A Miguel, que aunque no sea un gran lector, es mi fuente constante de inspiración, mi mayor fan y quien me hace reír cada día.

A mi familia, por su cariño y apoyo incondicional. En especial a mis padres, por haberme animado a estudiar periodismo, a pesar de los retos que supuso mi elección laboral.

A mis amigos de aquí y allí, por demostrar que la amistad no entiende de tiempo ni distancias.

Al Clan de la Bola Buum, las de siempre desde que empecé esta aventura, Alba, Mary, Clara, Rosa y Cristina. Por esas tardes arreglando el mundo y jugando al Gift Trap. Porque a pesar de ser tan diferentes, seguimos más unidas que nunca.

A mis amigos de Inglaterra y a mis "Cubanitos", por haber hecho mucho más llevaderos los tres confinamientos, por animarme cada día a que siga escribiendo y apostar por mi novela, a pesar de que no todos habláis español.

A todas las booktagrammers que leyeron mi primera novela y me animaron a seguir escribiendo, con sus mensajes, stories, reseñas y reels. Vuestro apoyo incondicional y el cariño que me mostráis cada día son el motor que hace que siga creyendo en mi pluma.

Y, sobre todo, muchísimas gracias a mis **siete lectoras cero** por todo el tiempo y cariño dedicado a corregir y pulir esta obra, hasta llegar a ser lo que hoy tienes en tus manos. Sin su poyo contante, esta novela no hubiera sido posible:

A mi madre, quien me inculcó la pasión por los libros desde muy pequeña. Una amante de las historias románticas con final feliz, que me reprendió en más de una ocasión por meter "palabrotas" en estas páginas. Lo siento, mamá, lo discutí con Lucas, pero él se negó a hablar de otro modo.

A Rosa, que ha sacado tiempo de debajo de las piedras para que mi historia fuera el primer contacto de la pequeña Lur con la literatura.

A Kat, por animarme a creer en mí cada día, y por hacer un sobreesfuerzo para ayudarme a corregir, a pesar de que ella solo lee en papel.

A Lorena Gómez, porque aunque no le guste este género, fue la primerísima voluntaria para leer *La Piedra del Sol* y una de mis lectoras cero en esta novela.

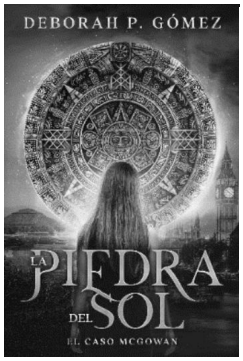
A **Nuria** (@loslibrosdenuri) por hacerme reír con sus comentarios y por convencerme de que dejara esta portada (y cambiara de muso para Lucas, LOL).

A **Angela** (@angela.lectoravoraz) por sus ganas de "salseo", su sinceridad y su extenso

análisis de la obra.

A todos, muchísimas gracias por animarme a seguir adelante.

LA PIEDRA DEL SOL



Hace 4 años que Elena dejó su Valladolid natal para comenzar su aventura periodística en Londres. Joven y decidida, no duda un instante cuando su jefa, la gran Gina Dillan, le pide que investigue a Ethan McGowan, un hombre con más secretos que dólares en el bolsillo que acaba de aterrizar en la ciudad.

Pero a Gina se le olvidó mencionar un pequeño detalle: Ethan está acusado de asesinato, tráfico de drogas y a saber cuántas cosas más. Tampoco mencionó que aquel psicópata fuera tan atractivo.

Elena empieza a desconfiar. Lo único de lo que Ethan parece culpable es de un exceso de ego y de imaginación. ¿A qué viene esa obsesión con la cultura nórdica? ¿Qué es ese colgante azteca que rodea su cuello? ¿Y por qué ese repentino interés con la historia de Valladolid?

Comienza así **el caso McGowan**, una investigación sin pies ni cabeza en la que presente y pasado se dan la mano y nada parece tener sentido. Lo único que Elena tiene claro es que la Piedra del Sol podría esconder un secreto que podría poner patas arriba la historia de la humanidad. Y es que su jefa ya le había advertido de que, para tener éxito, tenía que empezar por dudar de todas las verdades.

Booktrailer: shorturl.at/cjJ69

Acerca de la autora

Periodista de profesión y escritora por vocación, esta vallisoletana afincada en Londres aprovechó el primer confinamiento pandémico para escribir su primera novela, *La piedra del Sol (El caso McGowan)*, que fue publicada en Febrero del 2021, cosechando un gran éxito en las redes sociales. Se trata de una obra de género suspense romántico, en el que no faltan grandes dosis de humor, misterio y erotismo.

La noche que Thor conoció a Catwoman es su segunda novela, una comedia romántica, fresca y original que espera arrancar más de una sonrisa al lector.

Actualmente, la autora se encuentra escribiendo la segunda parte de *El caso McGowan*, que verá la luz a mediados del 2022.

Web: https://www.deborahpgomez.com/
Instagram: @deborahpgomez
Goodreads: Deborah P. Gómez
Facebook: https://www.facebook.com/Deborahpgomez

---

[1] Australasia es una región al oeste de Oceanía, que comprende Australia, Melanesia, Tasmania y Nueva Zelanda.

[2] Voz inglesa: azafrán

[3] Persona con alto coeficiente intelectual, pero sin habilidades para socializar.

[4] Voz inglesa e italiana: Mucho dinero, cariño.

[5] Voz inglesa: rarito, que da miedo, espeluznante.

[6] Convención Internacional de Cómics de San Diego.

[7] Pan de hadas. Rebanada de pan de molde untada en mantequilla y decorada con confeti comestible, muy típica en Australia en las fiestas infantiles

[8] Voz inglesa: alguien que lo tiene todo bajo control, con estilo propio, guay.

[9] Voz inglesa: Traducido como “multitud simultánea”, reunión en la que una multitud se reúne de repente para hacer una acción rocambolesca (como una coreografía) y se dispersa de nuevo.

[10] Voz inglesa: Abreviatura de “*What The Fuck?”*, traducido como ¿Qué diablos?

[11] Voz inglesa: a la moda, de rabiosa actualidad.

[12] Caramelo elaborado con azúcar moreno y mantequilla, muy similar al tofe.

[13] Cóctel polaco (Szarlotla) a base de zumo de manzana sin filtrar y vodka.

[14] Voz inglesa: Comedia de situación, serie televisiva cuyos capítulos se suceden en los mismos lugares y con los mismos personajes.

[15] Voz inglesa: feliz

[16] Voz inglesa: cena

[17] Adorno que se pone sobre la cima de un yelmo.

[18] Siglas empleadas en inglés con connotación despectiva para denominar a los países más débiles económicamente de la eurozona: Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España (Spain). “Pigs” significa cerdos en inglés, de ahí la broma ya que el símbolo de los PIIGS es una hucha de cerdito rota.

[19] Voz inglesa: los haters son personas que se proclaman “anti fan” de alguien en las redes sociales, y lo difaman, critican e insultan deliberadamente.

[20] Voz francesa: lo mejorcito de la sociedad.

[21] Voz inglesa: la hora del té. Los hoteles y cafeterías más elitistas ofertan un menú con sándwiches de pepino, scones, pasteles, té y demás delicatessen.

[22] Voz inglesa: Juego de palabras entre “thirty three” (33) y la palabra “free” libre. Lo que Sofía le desea es que disfrute de su recién adquirida libertad.

[23] Podría estar envuelto en tus brazos en lugar de estar solo. Podríamos estar mirando las estrellas, pero me siento como si hubiera entrado en una habitación y cerrado la puerta tras de mí. Y nunca te di la llave, a pesar de que quise hacerlo.